Año 4. Número 8 · Segundo semestre de 2011
ISSN 1853-7723

PolHis

Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política

Foto de tapa: Cuarentena, exilio y regreso, de Carlos Echeverría. Archivo personal.

PROGRAMA
BUENOS AIRES
DE HISTORIA POLÍTICA
DEL SIGLO XX

PolHis · Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política
Año 4, Nº 8, segundo semestre de 2011

http://boletinhistoria.com.ar
http://historiapolitica.com/boletin/
boletin@historiapolitica.com
Publicación semestral del Programa Buenos Aires

ISSN 1853-7723

Dirección administrativa:
Facultad de Humanidades - UNMdP. Centro de Estudios Históricos.
Funes 3350, 7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires, Argentina
Universidad Nacional de Mar del Plata; Mar del Plata (7600), Provincia de Buenos Aires.
Teléfono y FAX: 0223-4752277.
E-mail: boletin@historiapolitica.com

STAFF

Directora:
Marcela Ferrari (UNMdP – CONICET)

Directora asociada:
María Inés Tato (CONICET - UBA)

Secretaria:
Mariana Pozzoni (CONICET – UNMdP)

Equipo Editorial:
Sabrina Ajmechet (CONICET - UNSAM - UBA); Lucía Bracamonte (UNS); Micaela Iturralde (CONICET - UNMdP - IDES); Fernando Pedrosa (UBA); Ana Leonor Romero (UBA); María José Valdez (UBA - UNSAM)

Consejo Editor:
María Silvia Leoni (UNNE); Virginia Mellado (UNCuyo - CONICET); Ana Virginia Persello (UNR - CIUNR); Luis Alberto Romero (UBA - CONICET - UNSAM); Alicia Servetto (UNC); María Estela Spinelli (UNICEN - UNMdP)

Comité Asesor Externo:
Antonio Annino (Universidad de Florencia); Frédérique Langue (EHESS - CNRS); Darío Macor (UNL - CONICET); Mariano Plotkin (IDES - CONICET - UNTREF); Hugo Quiroga (UNR - UNL); José Rilla (UDELAR); Juan Carlos Torre (UTDT)

Diseñadoras:
D.I. Cecilia Bastida; D.I. Victoria Orengia

Programador:
Nicolás Quiroga (UNMdP-CONICET)

ÍNDICE

EDITORIAL 7

1. ARTÍCULOS

- **Gonzalo de Amézola**

Historia enseñada e historia investigada: relaciones peligrosas. El tratamiento escolar de la última dictadura militar y la necesidad de una actualización académica en la formación de profesores 9

- **Patricia A. Orbe**

El nacionalismo tradicionalista argentino en la segunda mitad del siglo XX: recorrida por un territorio en exploración.....27

- **Fabián Herrero**

"Votar al oficialismo es votar a Liendo y a Scioli". Sobre la tendencia *"oficialista opositora"* en las elecciones nacionales (del *"voto bronca"*) del 2001 36

2. ECOS DEL BICENTENARIO

- **Omar Acha**

Desafíos para la historiografía en el Bicentenario argentino.....57

- **Ana Leonor Romero**

"Una intervención en el espacio público: Los historiadores y el Bicentenario. Entrevista a Marcela Ternavasio" 70

3. DOSSIERS:

CATOLICISMO, SOCIEDAD Y POLÍTICA: NUEVOS DESAFÍOS HISTORIOGRÁFICOS - Miranda Lida y Diego Mauro (eds.) 78

- **Roberto Di Stefano**

El pacto laico argentino (1880-1920) 80

- **Diego Mauro**

Multitudes y movilizaciones católicas en la Argentina de entreguerras. Cuestiones metodológicas e historiográficas 90

- **Lucía Santos Lepera**

La Iglesia católica y el peronismo en Tucumán: nuevas miradas desde una perspectiva regional 97

- **Natalia Arce**

¿Sólo de la parroquia a la unidad básica? Repensando las vinculaciones entre catolicismo liberacionista, política revolucionaria y sociedad en la Argentina de los años '60 y '70 103

- **Mariano Fabris**

Iglesia y política en tiempos del retorno democrático, 1983-1989 112

- **Miranda Lida**

Por una historia social y política del catolicismo en la Argentina del siglo XX 121

- **Mesa redonda:** "La historia del catolicismo en la Argentina, hoy". Participan: Lila Caimari, Roberto Di Stefano, Carlos María Galli. Coordina: Miranda Lida 129

"CINE Y POLÍTICA" - Clara Kriger (ed.).....138

- **Elina Tranchini**

Cine e historia: Visiones fílmicas de la Revolución Rusa. Desde su conmemoración hasta la Guerra Fría y después del colapso.....140

- **Lior Zylberman**

No tocar a la mujer blanca: la sátira como cine político.....152

ÍNDICE

- **Alejandra Rodríguez**

La trama, la historia y la política en El último malón.....162

- **Maximiliano Ignacio de la Puente**

Cine Militante argentino contemporáneo: Una introducción.....173

- **María Elena Ferreyra**

Memoria documental sobre la dictadura en Argentina. Políticas de la mirada en el cine documental cordobés".....183

- **Paola Margulis**

Una mirada en transición. Un análisis del film Cuarentena. Exilio y regreso, de Carlos Echeverría.....200

- **Pablo Piedras**

Modos de explicar el mundo histórico en documentales argentinos de las últimas décadas.....210

LA VIEJA GUARDIA SINDICAL Y JUAN CARLOS TORRE - Julio César Melon Pirro (ed.).....225

- **Mónica Gordillo**

La vieja guardia sindical en la historia.....227

- **Daniel Dicósimo**

Sindicalismo e historia. A propósito de *La vieja guardia sindical* 232

- **Juan Carlos Torre**

Sobre los orígenes del peronismo.....236

- **Elisa Pastoriza**

Escribir historia política, escribir historia. Entrevista a Juan Carlos Torre.....241

- **Juan Carlos Torre**

Semblanza autobiográfica.....246

4. ENSAYOS CRÍTICOS

- **Martín D'Alessandro**

Sobre la democracia, la agencia y el Estado. Algunas notas a partir de la teorización de Guillermo O'Donnell.....249

- **Beatriz Sarlo**

Un clásico: *Viena a fin de siglo* 258

- **Lila Caimari**

Sobre la ley y las economías morales del bosque. A propósito de la publicación de E. P. Thompson, *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*. 265

- **María Luisa Múgica**

Presencias y ausencias: Rosario, historia y nuevos libros. 276

- **Inés Rojkind**

Ensayo sobre el libro de Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*. 286

5. POLÉMICAS

- **Dora Barrancos**

Los límites de la interpretación: el sufragio femenino en la iniciativa cantonista de 1927.....296

- **Adriana María Valobra**

Paradojas de la historia política. Aportes para la construcción de un debate.....300

- **Luciano De Privitellio**

A propósito de los comentarios a mi artículo: "Los límites de la abstracción: individuo, sociedad y sufragio femenino en la reforma constitucional de San Juan (1927)".....307

6. COMENTARIOS DE LIBROS RELACIONADOS

- **Paula Bruno**

Los intelectuales de un siglo.....312

7. PRESENTACIONES DE LIBROS

- *La conquista de las vacaciones, breve historia del turismo en la Argentina,* de Elisa Pastoriza. Un comentario, por Estela Spinelli 318
- *Atrapada sin salida. Buenos Aires en la política nacional (1916-2007),* de María Matilde Ollier, por Marcela Ferrari.....321

8. RESEÑAS BREVES

- Oscar Aelo (comp.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945 – 1955*. Buenos Aires, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico Dr. Ricardo Levene, 2010, por **Natacha Bacolla.** 327
- Osvaldo Barrenche y Andrés Bisso (comps.), *Ayer, hoy y mañana son contemporáneos. Tradiciones, leyes y proyectos en América Latina*. La Plata, Editorial de la UNLP, 2010, por **Juan Pablo Fasano.**.....330
- Darío Barriera (dir.), *Instituciones, gobierno y territorio. Rosario, de la Capilla al Municipio (1725-1930)*. Rosario, ISHIR/CONICET, 2010, por **Alicia Megías.** 332
- Marina Becerra, *Marxismo y Feminismo en el primer socialismo argentino. Enrique Del Valle Iberlucea.* Rosario, Prohistoria, 2009, por **Yolanda de Paz Trueba.** 334
- María Dolores Béjar, *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y ceanía*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, por **Andrés H. Reggiani.** 336
- Ernesto Bohoslavsky y Germán Soprano (eds.), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 hasta la actualidad.* Buenos Aires, Prometeo- UNGS, 2010, por **Maria Cecilia Lascurain**.....338
- Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (coords.), *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Buenos Aires, Biblos, 2010, por **Laura Cucchi.** 340
- Vera Carnovale, *Los combatientes, historia del PRT- ERP.* Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, por **Mariana Pozzoni**.....342
- Emilio Crenzel (coord.), *Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983 – 2008)*. Buenos Aires, Biblos, 2010, por **Lucía Brienza.** 344
- Humberto Cucchetti, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*. Buenos Aires, Prometeo, 2010, por **Mercedes Amuchástegui.** 346
- César L, Díaz (dir.), *Nos/otros y la violencia política. Buenos Aires Herald- El Día- La prensa/1974-1982.* La Plata, Al margen, 2009, por **Micaela Iturralde.** 348

- Ezequiel Gallo, *Alem: Federalismo y Radicalismo*. Buenos Aires, Edhasa, 2009, por **María Gabriela Quiñones.**.....350
- Mercedes García Ferrari, *Ladrones conocidos / Sospechosos reservados. Identificación policial en Buenos Aires, 1880-1905.* Buenos Aires, Prometeo, 2010, por **Osvaldo Barreneche.** 352
- Isidoro Gilbert, *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista. 1921-2005.* Buenos Aires, Sudamericana, 2009, por **Juan Manuel Romero.** 354
- Fabián Herrero (comp.), *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*. Rosario, Prohistoria, 2010, por **Virginia Macchi.** 356
- Fabián Herrero, *Federalistas de Buenos Aires, 1810-1820.* Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús, 2009, por **Valentina Ayrolo.** 358
- Fernanda Maidana, *El ascenso y descenso de los dirigentes del Partido Justicialista (P.J) en los cargos de gobierno durante los años 1995-2005. Relaciones entre políticos y políticas en Salta con J.C. Romero*. Salta, Universidad Nacional de Salta, 2010, por **María Cecilia Erbetta.** 360
- Eduardo José Míguez, *Mitre Montonero. La revolución de 1874 y las formas de la política en la organización nacional*. Buenos Aires, Sudamericana, 2011, por **Eduardo Zimmermann.** 362
- Leandro Morgenfeld, *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955).* Buenos Aires, Ediciones Continente, 2011, por **Nicolás Sillitti.** 364
- Fabiola Orquera, *Ese Ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un "campo" cultural: Tucumán, 1880-1975*. Córdoba, Alción Editora, 2010, por **Verónica Ovejero.** 366
- Laura Pasquali y Oscar Videla (comps.), *El contenido de los conflictos. Formas de la lucha sociopolítica en la historia argentina reciente. 1966-1996*. Rosario, Ediciones La Quinta Pata & Caminos, 2010, por **Horacio Robles.**.....368
- María Sierra, María Antonia Peña y Rafael Zurita, *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*. Madrid, Marcial Pons – Historia, 2010, por **Flavia Macías.** 370
- Maria Rosaria Stabili (a cura di), *Violenze di genere. Storie e memorie nell'America latina di fine novecento.* Roma, Edizioni Nuova Cultura, 2009, por **Gonzalo E. Cabezas.** 372

9. RESÚMENES DE TESIS

- **Gabriel Carrizo,** *"Sindicatos libres, Judas del proletariado argentino". Populismo y sindicalismo en Comodoro Rivadavia durante el primer peronismo.* Tesis doctoral. Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, Mención en Análisis Interdisciplinario en Historia y Política contemporánea, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 2010. Director: Dr. Sebastián Barros.....375
- **María Soledad Catoggio,** *Contestatarios, Mártires y Herederos. Sociabilidades político-religiosas y ascesis altruista del catolicismo argentino en la dictadura y la pos-dictadura.* Tesis doctoral. Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2010. Director: Dr. Fortunato Mallimaci; co-directora: Dra. Patricia Funes.....378
- **Ana Laura Lanteri,** *De lo ideal a lo posible. Dirigencia e instituciones nacionales en la "Confederación" (1852-1862).* Tesis doctoral. Doctorado en Historia, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 2010. Directora: Dra. Valentina Ayrolo; co-director: Dr. Eduardo José Míguez.....381
- **Sabrina Ajmechet,** *El principio del fin o de cómo el peronismo cambió a "La Prensa". Un estudio del diario y su relación con la política*. Tesis de Maestría en Historia. IDAES, Universidad Nacional de General San Martín. Buenos Aires, 2010. Director: Dr. Luciano de Privitellio.....383

Editorial

PolHis · Boletín Bibliográfico Electrónico N° 8

PolHis, el Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política, ha llegado a su número ocho.

Cuando en 2007, en Tandil, los directores de los grupos fundadores del mencionado Programa aprobaron la creación de una publicación destinada a divulgar la producción reciente en historia política argentina del "largo siglo XX" -en especial, a través de reseñas breves-, ninguno imaginaba las dimensiones que adquiriría esta publicación.

Como historiadores sabemos que un punto de llegada difícilmente puede ser explicado a partir de la existencia de un modelo preconcebido, aplicado de manera pautada, unívoca, lineal. Por el contrario, la idea de construcción es la que mejor refleja los emprendimientos de este tipo, una construcción que supone un diálogo permanente con la comunidad que la nutre y a la que va dirigida, al mismo tiempo que una adaptación práctica a las exigencias y las demandas de nuestro medio académico, pautado por rigurosos mecanismos de evaluación. Aunque el resultado era imprevisible, tomamos la decisión de reconvertir el Boletín en el sentido de profundizar su carácter científico y trabajamos en función de ello en equipo, con compromiso. Fue así que, manteniendo nuestras metas iniciales, hicimos de PolHis un espacio de discusión de la historia política referida al largo período comprendido entre comienzos del siglo XIX y la actualidad, que refleja los adelantos de la disciplina mediante la publicación de artículos inéditos, debates historiográficos, ensayos y estados de la cuestión, sin dejar de difundir opiniones de historiadores ni reseñas de obras recientes o resúmenes de tesis de posgrado.

El número 8 es un buen reflejo de las transformaciones realizadas. Los artículos originales constituyen avances en el conocimiento de la historia política o de las ideas, la historiografía y aun de la enseñanza de la historia. La mayoría de esos textos se encuentra integrada en secciones temáticas -como la referida al balance de la producción motivada por la conmemoración del Bicentenario y su impacto en la opinión pública-, o en dossiers que, en este caso, recuperan parte del interés que en los últimos años han despertado ciertos temas soslayados en la agenda trazada por una historia política más tradicional: la relación entre iglesia y política y los vínculos entre cine y política. Un tercer dossier, que combina notas de opinión, una entrevista y un artículo, está dedicado a reflexionar sobre el impacto de la obra de Juan Carlos Torre entre los historiadores y en la historiografía argentina del siglo XX.

Los ensayos críticos también tienen una fuerte presencia en este número. A propósito de la publicación de nuevos libros, de la reedición de obras clásicas o de la puesta en diálogo de distintas obras de uno o más autores, dichos ensayos constituyen aportes valiosísimos en sí y también porque, desde un punto de mira preciso, echan luz sobre la evolución del campo historiográfico y de las ciencias sociales, a modo de estados de la cuestión.

Una novedad es la inclusión de la sección Polémica, que responde a la solicitud de historiadoras interesadas en discutir afirmaciones contenidas en un artículo publicado en el número anterior. Para permitir el diálogo académico, el Comité Editorial estableció algunas pautas concretas: dar lugar a dos réplicas y permitir que se exprese el autor del texto inicial. A futuro, si alguien manifestara su deseo de continuar debatiendo sobre el tema, se le solicitará que lo exprese a través de un artículo que aluda a la cuestión y –como el resto de los artículos- será sometido a arbitraje externo.

Como es habitual, el lector encontrará reseñas informativas, notas críticas y resúmenes de tesis de posgrado. Resaltamos el valor de estas contribuciones dado que la cantidad de material publicado e inédito de valía científica hace cada vez más necesaria la lectura de textos de referencia que orientan e informan al público interesado en temáticas sobre las que pueden existir obras que probablemente desconozca.

Para concluir esta nota editorial, quisiera agradecer a todos los que, con entusiasmo, han hecho posible que PolHis pueda ser sometida a acreditación ante organismos de evaluación de publicaciones científicas en un futuro cercano. Esperamos que el esfuerzo sostenido durante los últimos cuatro años dé sus frutos, fundamentalmente en bien de quienes nos confiaron y nos confiarán los resultados de sus investigaciones u otro tipo de contribuciones..

Marcela Ferrari

Mar del Plata, noviembre de 2011

ARTÍCULOS

Gonzalo de Amézola (CISH, IdIHCS, CONICET- UNLP- UNQ)
Historia enseñada e historia investigada: relaciones peligrosas.
El tratamiento escolar de la última dictadura militar y la necesidad de una actualización académica en la formación de profesores

Patricia A. Orbe (CONICET- UNS)
El nacionalismo tradicionalista argentino en la segunda mitad del siglo XX:
recorrida por un territorio en exploración

Fabián Herrero (CONICET- Instituto Ravignani, UBA)
"Votar al oficialismo es votar a Liendo y a Scioli".
Sobre la tendencia "oficialista opositora" en las elecciones nacionales
(del "voto bronca") del 2001

Historia enseñada e historia investigada: relaciones peligrosas. El tratamiento escolar de la última dictadura militar y la necesidad de una actualización académica en la formación de profesores

Gonzalo de Amézola*

(CISH, IdIHCS, CONICET- UNLP- UNQ)

Resumen

Este trabajo se ocupa de la importancia que adquirió la historia reciente en el curriculum escolar desde la reforma de los años 90, las variaciones del tema a través del tiempo y las dificultades de su tratamiento en las aulas, las que dan como resultado la transmisión en las clases de contenidos estereotipados. Ejemplificando con los temas de la memoria colectiva y la violencia política, se plantea en este análisis la necesidad de enriquecer esos saberes incorporando las nuevas producciones historiográficas en la formación de profesores como vía para profundizar la reflexión sobre problemas que se han vuelto centrales para la educación política.

Palabras clave: Historia enseñada – Historia investigada – Historia reciente – Memoria colectiva – Violencia política

Summary

* Profesor titular de "Planificación didáctica y prácticas de la enseñanza en Historia" en la UNLP y de "Memoria, historia reciente y educación" y "La historia como asignatura escolar" en la UNQ. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: Amézola, G. de (2008) *Esquizohistoria. La Historia que se enseña en la escuela, la que preocupa a los historiadores y una renovación posible de la historia escolar*. Buenos Aires: Libros del Zorzal; (2009) "Los futuros profesores y las lecturas de historia en las aulas de Argentina", (en colaboración). *Antíteses* 2 (3); (2009) "Memorias para armar. Las conmemoraciones del 24 de Marzo en escuelas primarias del conurbano bonaerense", (en colaboración). *Quinto Sol* 13; (2010) "De corceles y de aceros. El 25 de Mayo y las Guerras de la Independencia en manuales del tercer ciclo de la Escuela General Básica de la 'transformación educativa' de los años 90". *Anuario de Historia Argentina* de la FaHCE-UNLP; y (2010) "Un estudio empírico de la conciencia histórica en jóvenes de Argentina, Brasil y Uruguay" (en colaboración). *Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales* 24, Universidad de Valencia. (2011) "De la afirmación nacionalista a la integración cívica. La enseñanza de la historia en Argentina", en López Facal, R. y Velasco Martínez (eds.) *Pensar históricamente: la enseñanza de la historia en tiempos de globalización*. Santiago de Compostela: Servicio de publicaciones de la USC.

FECHA DE RECEPCIÓN: 02/05/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 04/10/2011

This work deals with the importance that recent history acquired in the school curriculum since the reform of the 90, the variations on the theme through time and the difficulties of their treatment in the classrooms, resulting in the transmission stereotyped content classes. Exemplifying the themes of collective memory and political violence in this analysis arises the need to enrich this knowledge by incorporating new historiographical productions in the training of teachers as a way to deeper reflection on problems that have become central to education policy.

Key words: Teaching history - Investigated history - Recent history - Collective memory - Political violence.

Presentación

En los últimos años se han introducido múltiples cambios en la historia escolar, novedades que en muchos casos no resultaron perdurables y en un breve lapso desaparecieron, como ocurrió con el intento de integrar a nuestra disciplina en un área de conocimientos que abarcara al conjunto de las ciencias sociales durante todo el trayecto educativo obligatorio. Otras innovaciones, por el contrario, se han fortalecido con el transcurso del tiempo. De estas últimas, el caso más notable es el de la creciente importancia que en los planes de estudio adquirió el pasado reciente de la Argentina, en especial en lo referido a los años que estuvo en el poder la última dictadura militar. Las dificultades para abordar estos temas en las aulas han sido y siguen siendo muchas y cambiantes, problemas de los que el autor de este artículo se ha ocupado en reiteradas oportunidades.[1] Con esta mención a trabajos anteriores se busca advertir acerca de que en las páginas siguientes no se tratará esa cuestión en forma exhaustiva, sino que se hará una presentación esquemática del problema sólo para fundamentar una hipótesis específica: la historia escolar y la historia que preocupa a los investigadores son naturalmente diferentes, si la primera no toma en cuenta los avances de la segunda puede terminar presentando conocimientos estereotipados, poco significativos o pasibles de manipulación en temas considerados centrales en la educación política de los jóvenes. Trataremos de presentar este problema en dos de los aspectos centrales que la enseñanza escolar toma en cuenta sobre el tema –la memoria colectiva y la violencia política- cuyo tratamiento, desde la perspectiva de quien esto escribe, resulta las más de las veces en la transmisión de saberes que no promueven una auténtica reflexión sobre aquel trágico pasado, tal como se lo propone desde los objetivos expresados en los documentos oficiales.

Historia escolar e historia académica

A mediados de la década de 1990 se inició en nuestro país una profunda reforma de la educación argentina que incluyó a la historia enseñada. El cambio más novedoso en los contenidos fue que se procuró abandonar la historia heroica centrada en la primera mitad del siglo XIX que había predominado hasta entonces, y se pasó a privilegiar los temas correspondientes al siglo XX y aún al pasado

[1] Cfr., entre otros, Amézola, G. de (1999) "Problemas y dilemas en la enseñanza de la Historia reciente". *Entrepasados* 17. Del mismo autor, (2003) "Una Historia incómoda. La enseñanza escolar de la Historia del Tiempo Presente", en C. Kaufmann (dir.) *Dictadura y Educación.* Tomo II. Bsuenos Aires: Miño y Dávila; (2007), "¿É possivel e necesario ensinar história do tempo presente na escola?", en Gilson Porto, Jr. (org.) *História do Tempo Presente.* Sao Paulo: EDUSC. (2008) "Currículo oficial y memoria. El pasado reciente en la escuela argentina". *Enseñanza de las Ciencias Sociales. Revista de Investigación* 7 Universitat Autónoma de Barcelona – Universitat de Barcelona; De Amézola, G. y Cerri, L. (2008) "La Historia del tiempo presente en las escuelas de Argentina y Brasil". *Revista Histedbr-on line* 32 – UNICAMP. La continuidad de esa preocupación se reflejará en otros dos trabajos aceptados para su publicación: "La última dictadura militar en la escuela argentina: entre la historia reciente y la memoria colectiva", *Revista de teoría y didáctica de las ciencias sociales*. Universidad de Los Andes, Venezuela y "Argentina's last military dictatorship (1976-1983): remembrance, history and school", en *History Wars*, que publicará el Georg Eckert Institut de Alemania.

reciente. En el criterio de los reformadores, conocer mejor la historia más cercana permitiría que los jóvenes comprendieran el complejo presente que les tocaba vivir ya que, en una arriesgada suposición, entendían que todos los problemas de la actualidad tenían raíces en acontecimientos próximos en el tiempo. Pero junto con esta idea se fue abriendo paso otro criterio que, poco relevante al principio, creció hasta lograr una fuerza irresistible: estudiar el pasado inmediato, especialmente el trágico período de la última dictadura militar, resultaría clave para la formación ciudadana. Fue sobre todo por esta vía, entonces, que la historia argentina reciente ocupó un lugar cada vez más destacado en el curriculum.

Uno de los motivos que impulsaron los cambios introducidos por la "transformación educativa" de los 90 fue la certidumbre acerca de que existía una distancia abismal entre el estado de avance en las distintas disciplinas y las asignaturas escolares. Dentro de todas ellas, la Historia era considerada una de las más atrasadas.[2] La fuerza que tenía esa convicción queda demostrada en el paso inicial de la reforma que fue la consulta a tres destacados historiadores acerca de qué contenidos debían incluirse en la escuela, cada uno de los cuales, a su vez, debía recurrir a otros diez especialistas antes de presentar los informes que les requería el Ministerio de Educación. Los elegidos fueron Fernando Devoto[3], Luis Alberto Romero[4] y Carlos Segreti[5]. La modernización propuesta por esta verdadera "selección nacional" de historiadores resultó en valiosos aportes que debían constituirse en los principales insumos para elaborar los nuevos planes de estudio[6]. Sin embargo, estas ideas fueron interpretadas por los equipos técnicos ministeriales de una forma que dejó insatisfechos a sus autores. Pero más allá de las controversias que se generaron sobre distintos aspectos de esta polémica, cabe preguntarse por la razón que empujó al Ministerio a considerar que los saberes sustantivos de las disciplinas debían erigirse en punto de partida para la reforma.

La respuesta puede encontrarse en el entusiasmo que los pedagogos mostraban en esos años por el concepto de "transposición didáctica" formulado por Yves Chevallard para aplicar a la matemática. Según este autor, el saber especializado sufre una serie de modificaciones que lo van simplificando para que luego de ese proceso resulte factible de ser enseñado en la escuela y comprendido por los alumnos. En términos muy generales, este sería un itinerario donde se cumplen una serie de pasos que transforman al "saber sabio" de los investigadores en un "saber a enseñar" y que sufre sus últimas modificaciones cuando se convierte en "saber enseñado" al cumplirse su incorporación al curriculum.[7] El entusiasmo de los pedagogos ante este principio hizo que su éxito fuera arrollador y que la "transposición didáctica" –independiente ya de Chevallard- se considerara válida para ser aplicada a todas las asignaturas escolares.

---

[2]Cfr., por ejemplo, Finocchio, S. (1989) "Programas y textos en la historia de cuatro asignaturas de la escuela media: Historia, Lengua y Literatura, Educación Cívica y Física". *Propuesta Educativa* 1. Braslavsky, C. et al (1991) "Los investigadores frente a la propuesta oficial y editorial para la enseñanza: los casos de Biología e Historia", en *Curriculum presente, ciencia ausente.* T. I. Buenos Aires: Miño y Dávila.

[3] Los colegas consultados por el Prof. Devoto fueron: María Inés Barbero, José Carlos Chiaramonte, Ezequiel Gallo, Juan Carlos Grosso, Eduardo Hourcade, Eduardo Miguez, Ricardo Rivas, Victor Tau Anzoátegui y Oscar Terán. Cfr. Ministerio de Cultura y Educación (1997) *Fuentes para la transformación curricular. Ciencias Sociales I,* p. 104 – 105. Buenos Aires

[4] El Prof. Romero consultó a Carlos Astarita, Lilia Ana Bertoni, Marta Bonaudo, José Emilio Burucúa, Carlos Herrán, Adrián Gorelik, Raúl J. Mandrini, Hilda Sábato, Enrique Tandeter y Gregorio Weinberg. Cfr. MCE (1997) *Fuentes para la transformación curricular. Ciencias Sociales II.* Buenos Aires, p.. 221.

[5] Los colegas consultados por el Prof. Segreti fueron: Isabel Las Heras, Beatriz Moreyra de Alba, Ana Inés Ferrerira, Miguel Ángel De Marco, M. Cristina Seghesso de López Aragón, Hernán A. Silva, Ramón Leoni Pinto, Leila J. de Vie, Bernardino Calvo y Nélida B. Robledo. Cf. MCE (1997) *Fuentes para la transformación curricular. Ciencias Sociales II.* Buenos Aires, p. 291.

[6] Para un análisis de los documentos de los historiadores cf. Amézola, G. de (2005), "Los historiadores proponen cómo cambiar la enseñanza. La reforma educativa argentina en las *Fuentes para la transformación curricular*". *Revista de Teoría y didáctica de las Ciencias Sociales* 10. Venezuela: Universidad de Los Andes.

[7] Chevallard, Y. (1997), *La transposición didáctica. Del saber sabio al saber enseñado.* Buenos Aires: Aique.

Sin embargo, las cuestiones relativas a la historia enseñada resultan más complejas y el propósito de reducir la distancia de los saberes que circulan en la escuela con la historia investigada ha sido considerado por la mayoría de los especialistas como un problema de difícil resolución. Para algunos estudiosos esas dos esferas son, incluso, totalmente incompatibles. Uno de ellos, Raimundo Cuesta, afirma que la Historia que se enseña en las aulas no es otra cosa que un "[…] conjunto de ideas, valores, suposiciones, reglamentaciones y rutinas prácticas (de carácter expreso y tácito) que a menudo se traducen en discursos legitimadores y lenguajes públicos sobre el valor educativo de la Historia, y que orientan la práctica profesional de los docentes."[8] En definitiva, algo totalmente ajeno a los avances en la investigación.

Una posición más moderada -pero que también difiere de la mecánica elegida entonces por el Ministerio- es la de François Audigier, quien sostiene para las ciencias sociales que: "La escuela produce su propia cultura para responder a las finalidades que le son propias, a las finalidades que le atribuye la sociedad. […] El concepto de transposición didáctica alerta sobre las modificaciones necesarias que sufren los saberes científicos cuando se los enseña en la escuela; pero sitúa demasiado exclusivamente el origen de estos últimos al lado de la ciencia. En nuestra enseñanza entran muchas otras cosas, muchos saberes sociales, mucho sentido común […] debemos pensar nuestras enseñanzas, considerando también los usos sociales de la historia, la geografía, el civismo."[9]

Estos reparos, realizados para la Historia en general, resultan aún más significativos cuando hablamos de la historia reciente porque, como sostienen Franco y Levín, se trata de un pasado que, a diferencia de otros, "[…] no está hecho sólo de representaciones y discursos socialmente construidos y transmitidos, sino que, además, está alimentado de vivencias y recuerdos personales, rememorados en primera persona. Se trata, en suma, de un pasado 'actual' o, más bien, de un pasado en permanente proceso de 'actualización' y que, por tanto, interviene en las proyecciones a futuro elaboradas por sujetos y comunidades."[10]

La inclusión de la historia reciente en la escuela resultaba complicada también por cuestiones disciplinares, ya que algunos historiadores no consideraban pertinente que un período tan cercano en el tiempo pudiera ser motivo de su análisis, mientras que otros se oponían a reconocerle a ese novedoso campo un *status* autónomo.[11] Además, entre quienes lo consideraban válido existían diferencias acerca de su objeto, las que se manifestaban hasta en las distintas maneras de denominarlo: historia "del tiempo presente", "muy contemporánea", "inmediata", etc. Aún entre quienes compartían una misma denominación las diferencias podían resultar perceptibles. Por ejemplo, Javier Tusell y Julio Aróstegui estaban de acuerdo en denominarla "historia del tiempo presente", pero para el primero dicho término implicaba la vuelta de la ciencia histórica a lo político, al acontecimiento, a la narración y al personaje[12], mientras que para el

[8] Cuesta Fernández, R. (1997) *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia.* Barcelona: Pomares – Corredor, p. 19.

[9] Audigier F. (2001) "Investigaciones en didácticas de la historia, de la geografía, de la educación cívica y la formación de los docentes", en Arrondo, C. y Bembo, S. (comps.), *La formación docentes en el Profesorado de Historia.* Santa Fe: Homo Sapiens Ediciones, pp. 128-129

[10] Franco, M. y Levín, F. (2007) "El pasado cercano en clave historiográfica", en Franco, M. y Levín, F., *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción.* Buenos Aires: Paidós, p. 31.

[11] Kosselek, por ejemplo, dice: "Toda historia fue, es y será historia del tiempo presente. Duración, cambio y unicidad pueden introducirse en la correspondiente relación de las dimensiones temporales. En el nivel de nuestra formulación teórica podría afirmarse lo siguiente: la llamada historia del tiempo presente no se distingue en modo alguno de las otras historias que han tenido lugar y que han sido contadas." Cf. Koselleck, R. (2001) *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós, pp. 116-119.

[12] Tussell, J. (2000) "La Historia del Tiempo presente. Algunas reflexiones sobre el caso español", en Navajas Zubeldía, C. (ed.) *Actas del segundo Simposio de Historia Actual.* Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, p. 19.

segundo se trataba de un campo que heredaba la tradición de *Annales*, debiendo por ello incluir tanto lo social como lo económico[13]. La historia reciente constituía, entonces, un concepto elusivo y sujeto a controversia, dos características que la escuela detesta.

Por otra parte, si para mediados de los 90 la idea era acercar la historia reciente al ámbito escolar, otras cuestiones se interponían como obstáculos. En primer lugar, los profesores en ejercicio no habían estudiado esos contenidos en su escuela secundaria ni en su formación universitaria o terciaria inicial. Para poder enfrentar con solvencia los nuevos saberes deberían de haber recibido una fuerte actualización, pero esto no ocurrió. En segundo término, la bibliografía sobre el pasado cercano se incrementó con un ritmo vertiginoso desde 1994 pero esas obras fueron mayoritariamente producidas por periodistas, sociólogos o politólogos. Cuando el aporte de los historiadores se hizo perceptible, sus trabajos se ocuparon de aspectos demasiado específicos del pasado cercano como para abordar la visión globalizadora que necesitaba la escuela[14]. En síntesis, la heterogeneidad, las categorías o el vocabulario de disciplinas en las que los docentes tenían escasa o ninguna formación y la falta –primero- o la escasez –luego-, de trabajos que presentaran perspectivas generales de ese período se convirtieron en dificultades adicionales para llevar a las aulas una interpretación solvente del pasado cercano.

Los diseños curriculares

La reforma se inició con la sanción en 1993 de la Ley Federal de Educación, que redefinía el trayecto educativo: desde entonces sería obligatoria una Escuela General Básica de nueve años, que se continuaba con la Educación Polimodal, un nuevo nivel medio de tres años de carácter optativo. Para estos dos niveles debían definirse pautas básicas de contenidos que se incorporarían a los nuevos planes de estudio.

Con la aprobación de los Contenidos Básicos Comunes para la Educación General Básica en 1995 se privilegió, como dijimos, el estudio del siglo XX. Es en ese documento que el tema de la última dictadura aparece como un contenido relevante para la historia escolar, aunque por su redacción no diferenciara al régimen militar instalado en 1976 de aquellos que lo precedieron: "-La violencia política y los gobiernos autoritarios. La transformación económica. El endeudamiento externo. -La guerra de las Malvinas y la crisis del autoritarismo."[15]. Según los CBC para Polimodal, aprobados en 1997, esas mismas cuestiones debían profundizarse en este nivel educativo.

[13] Aróstegui, J. (2002) "Ver bien la propia época. Nuevas reflexiones sobre el presente como historia". *Sociohistórica* 9/10, Facultad de Humanidades y Cs. De la Educación de la UNLP, p. 31.

[14] La aparición de obras generales que pudieran ser de utilidad para que los profesores de secundaria profundizaran sus conocimientos sobre la dictadura se demoró hasta 2003. Ese año se publicó el tomo IX de la Historia Argentina de Paidós -Novaro, M. y Palermo, V. (2009) *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática. Historia Argentina.* T. 9. Buenos Aires: Paidós. En 2005 apareció el tomo X de la Nueva Historia Argentina de Editorial Sudamericana -Suriano, J. (dir.) (2005) *Dictadura y democracia (1976-2001). Nueva Historia Argentina* Tomo X. Buenos Aires: Sudamericana. A fines de 2010 se publicó un nuevo aporte de Marcos Novaro -Novaro, M. (2010) *Historia de la Argentina 1955-2010.* Buenos Aires: Siglo XXI.

[15] Ministerio de Cultura y Educación de la Nación (1995) *Contenidos Básicos Comunes para la Educación General Básica.* p. 199.

Sin embargo, para hacerse operativos, esos puntos debían incorporarse en los distintos diseños curriculares de las provincias de las cuales dependían las escuelas[16]. En el caso de la Provincia de Buenos Aires, que representa cerca del 40% de los alumnos y docentes del país, la historia reciente se estudiaba tanto en EGB como en Polimodal. En el programa de estudios de 9º de EGB, en el que terminaba el trayecto educativo obligatorio, el tema quedó redactado así en 1999: "Semidemocracia. Proscripción. Golpes militares. Los grupos guerrilleros. La última dictadura militar. El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. La violación de los derechos humanos. La causa de Malvinas a través de la historia."[17] Se percibe de esta forma un cambio que apunta a una caracterización más específica del "Proceso de Reorganización Nacional". En la Educación Polimodal toda la historia argentina, incluyendo estos temas y sus secuelas en la transición democrática, se incorporaron a segundo año: "El golpe militar de 1976. Consolidación del terrorismo de estado y retracción de la actividad política. La Guerra de Malvinas: fracaso en la construcción de legitimidad política. La vuelta a la democracia. […] Política de derechos humanos. Relación conflictiva con los militares. […] El papel de la justicia en la consolidación de la democracia republicana. […] Contracción de la producción industrial y expansión del capital financiero. Presión de la deuda externa, estancamiento económico e hiperinflación.[…] Censura y destrucción de publicaciones. Renacimiento de la actividad cultural."[18]

Este último diseño estuvo vigente hasta 2004, cuando fue reemplazado por otro que ampliaba la presencia del pasado cercano. Ahora, el programa se iniciaba en 1930. Cuando se tratara la dictadura 1976-1983 se debería enseñar lo siguiente: "El terrorismo de Estado: política de detenciones-desapariciones como metodología central de control social y político estatal. La 'justificación' de la represión ilegal. Los campos de concentración y exterminio. La vida cotidiana en los primeros años de la dictadura: miedo, inseguridad, censura, corrupción y exilio. El deporte y la política: el Mundial de fútbol de 1978. La respuesta de la comunidad jurídica internacional a los regímenes terroristas de estado. La lucha de la sociedad argentina por la aparición con vida de los desaparecidos. La disputa con Chile por el Beagle. La guerra de Malvinas: de la causa nacional a la guerra absurda. El derrumbe del poder militar."[19]

A pesar de las intenciones de la "transformación educativa" de los 90, con el transcurso del tiempo se extendió en la opinión pública la percepción de que la educación en vez de mejorar se deterioraba y algunos sectores le adjudicaron a la reforma toda la responsabilidad de ese daño. Este descrédito facilitó la sanción de una nueva norma -la Ley de Educación Nacional, aprobada en 2006- que dirigió muchas de sus disposiciones a extirpar las innovaciones con las que la anterior procuró modernizar la educación en los años previos como, por ejemplo, eliminar la EGB y el Polimodal para volver a un nivel de educación primaria y otro de secundaria, ahora ambos obligatorios. Sin embargo, algo de la antigua reforma se salvó y aún resultó fortalecido: la valoración de la enseñanza del pasado reciente. La nueva ley, en una decisión infrecuente, determinaba en su articulado contenidos obligatorios para todas las jurisdicciones. Entre ellos: "El ejercicio y construcción de la memoria colectiva sobre los procesos históricos y políticos que quebraron el orden constitucional y terminaron instalando el terrorismo de Estado, con el objeto de generar en los / las alumnos / las reflexiones y sentimientos democráticos y de defensa del Estado de Derecho y la plena vigencia de los Derechos Humanos." [20]

---

[16] Antes de la reforma, en 1992, la ley 24.049 puso en marcha el "proceso de descentralización educativa" que transfirió al ámbito de las provincias y la ciudad de Buenos Aires todos los servicios educativos que el Estado nacional administraba a través del Ministerio de Educación de la Nación y del CONET.

[17] Dirección General de Cultura y Educación (1999) *Provincia de Buenos Aires. Diseño Curricular. Educación Inicial. Escuela General Básica.* Tomo II. La Plata, p. 102.

[18] Dirección de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires (1999) *Educación Polimodal. Contenidos y expectativas de logro*. La Plata, p. 52.

[19] Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires (2003) *Programa de Definición del Diseño Curricular del Nivel Polimoda.* La Plata, p. 183.

[20] Ley de Educación Nacional (Ley N° 26.206). Art. 92, inc. c, en www.me.gov.ar

Si bien las leyes no modifican automáticamente las prácticas, que están sujetas a las variaciones que les imprimen una multiplicidad de individuos, son instrumentos de persuasión que instauran relaciones de poder, categorías y clasificaciones acerca de cómo entender la realidad y que, por lo tanto, dan un sentido a las prácticas políticas y escolares.[21]

En los diseños curriculares de la Provincia de Buenos Aires, tras la adaptación a la Ley de 2006, la historia reciente, desde 2011, se trata exclusivamente en el quinto año de secundaria. En este curso se estudia el pasado universal, latinoamericano y argentino en un período que va, ahora, de 1955 a la actualidad. El plan de estudios introduce una nueva denominación para el "Proceso" –se habla de la "dictadura cívico-militar"- y una redacción menos prescriptiva de los temas.[22]

En conclusión, podemos ver cómo en unos quince años la dictadura pasó de ser considerada un "gobierno autoritario" más, a tener una caracterización cada vez más específica en los sucesivos diseños, hasta transformarse en la "dictadura cívico-militar" del programa de 5º año de la Provincia. También cómo fue variando la lógica con que se la introduce en la escuela media: primero se la trató al final de un plan que se ocupaba de toda la historia argentina, luego en un período que comenzaba en 1930 –donde el eje era implícitamente el ciclo de golpes militares entonces iniciado- para integrarse finalmente, en una periodización que comienza con el derrocamiento de Perón en 1955, que es la más aceptada actualmente para la historia argentina reciente: la etapa de inestabilidad institucional que se inicia con la "Revolución Libertadora".

La inclusión de la dictadura militar en la Ley plantea otros problemas. Primero, se le otorga con su mera incorporación a la norma una importancia aún mayor de la que tenía hasta entonces y, segundo, en una complicada redacción fija un "deber de memoria" que, indudablemente la transforma en una cuestión política y un mandato ético.

Los conocimientos que circulan en la escuela: los manuales escolares

Como vemos, la reforma modificó con mucha frecuencia los planes de estudio y, ante estas innovaciones, los profesores debieron adecuarse con más o menos entusiasmo a los cambios y para hacerlo -frente a la ausencia de una actualización previa- fueron muy importantes los libros de texto. Acerca de los manuales se ha afirmado en reiteradas ocasiones que es la "tecnología que empaqueta el curriculum" ya que su interpretación de los nuevos temas es la que en definitiva se traslada a las aulas porque resultan la única bibliografía con la que cuentan muchos docentes.

En base a los CBC de 1995, los manuales hicieron su reinterpretación y establecieron un esquema explicativo persistente, de escasa variación desde entonces a pesar del sucesivo reemplazo de los planes de estudio, que podría esquematizarse así:

1.- Represión: La clave explicativa del tema en su conjunto pasa por la política dictatorial de secuestros, centros clandestinos, tortura y desaparición. En todos los casos los desaparecidos son caracterizados por edad, género y ocupación y no por su militancia. También se exponen la censura, silenciamiento y ocultamiento de esos años.

[21] Cfr. Popkewitz, T. (1994) *Sociología política de las reformas educativas.* Madrid: Morata.
[22] El plan de estudios está disponible en la página de la DGCE de la Provincia de Buenos Aires (www.abc.gov.ar)

2.- Política económica. Describen al neoliberalismo del período por el predominio de las actividades financieras especulativas sobre las productivas, la corrupción, la desindustrialización y sus efectos sociales.[23]

3.- Malvinas. Interpretan a la guerra como la aventura irresponsable de la dictadura en busca de una salida para sus problemas internos. En ningún caso se profundiza sobre la adhesión popular que los militares lograron en un primer momento ni en las reivindicaciones del conflicto que se realizaron desde 2007.

4.- Organismos de Derechos Humanos. Describen su integración con mayor o menor detalle pero no se refieren a diferencias entre los organismos o al interior de algunos de ellos, como ocurrió con las Madres de Plaza de Mayo. Tampoco profundizan –salvo alguna excepción- en el valor político de su accionar.

Si la represión es la clave explicativa, el informe de la CONADEP es la fuente privilegiada en forma explícita en la mayoría de los textos. Aunque algunos investigadores se han ocupado de las resignificaciones del informe a través del tiempo, en los manuales se mantiene invariable la interpretación que el *Nunca Más* ayudó a difundir en los 80 de una sociedad inocente e inerme entre dos fuegos –el de la guerrilla y el de los represores ilegales-, una visión apenas matizada en casos excepcionales. Esa interpretación no fue afectada por el nuevo y controvertido prólogo que agregó la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación a su reedición en 2006, donde se endilga a la CONADEP la creación de la "teoría de los dos demonios".

Una cuestión que se repite en todos los libros es que se describe al terrorismo de Estado pero no se habla de la violencia revolucionaria. No hay mención a las estrategias de las organizaciones armadas ni de los grupos de la izquierda insurreccional (foquismo, activismo social y político), ni tampoco a acciones y criterios de la acción guerrillera en la época, como verticalismo, entrenamiento guerrillero, clandestinidad, justicia popular, etc. Pese a que existen excepciones, la "historiografía escolar"[24] brinda una interpretación resistente a los cambios que provienen de la renovación historiográfica y sólo relativamente sensible a los impulsados por las políticas de la memoria.

La historiografía frente a la escuela

Llegados a este punto, deberíamos repreguntarnos si, a pesar de lo que dijimos, la historiografía puede brindar algún aporte al estudio escolar de la dictadura. Desde nuestra perspectiva, hay dos problemas en la enseñanza escolar para los que la historia investigada tiene mucho que decir. La primera es la compleja discusión entre Historia y memoria, en la cual la escuela optó por esta última siguiendo lo que dispone la Ley de Educación Nacional –que habla siempre de "memoria" y nunca de "historia"-. Lo que está presente en esta decisión es el sentido común que suele proponer a la memoria como una visión más "viva" del pasado y, por lo tanto,

[23] El tema de la similitud entre la política económica de la dictadura y la marea neoliberal del menemismo que había indultado a los dictadores se transformó desde 1996 en un paralelismo que se utilizaba, a la vez, para criticar a ese gobierno tanto desde lo económico como desde lo político. Este tema se trasladó con rapidez a los manuales. Uno de los autores más influyentes desde el punto de vista académico en la crítica de esas políticas económicas fue Jorge Schvarzer. Cf. Schvarzer, J. (1986) *La política económica de Martínez de Hoz.* Buenos Aires: Hyspamérica; del mismo autor (1996) *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina.* Buenos Aires: Planeta; y (1998) *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000.* Buenos Aires: A-Z Editora.

[24] Término utilizado por Rafael Valls para señalar el doble carácter de los manuales: por una parte, síntesis para la escuela que genera una visión persistente de lo que es la historia y, por otra, fuente para el estudio de su enseñanza. El autor sostiene que los manuales "[…] son los productos historiográficos más significativos en cuanto que son los que han estado más próximos a la mayor parte de la población […]". Cf. Valls, R. (2007) *Historiografía escolar española: siglos XIX-XXI.* Madrid: UNED, p. 12.

más confiable que la historia, además de considerarla como una garantía contra el olvido, fiel a los testimonios de las víctimas, que es donde se encontraría toda la verdad. Esta decisión debería complejizarse en varios sentidos. Si bien está fuera de discusión que la memoria es la matriz de la Historia, esta última no tiene como único cometido preservar a la primera sino que una función capital es problematizarla. Paul Ricoeur establece entre ambos conceptos tres diferencias. La primera es que la memoria se fundamenta en el testimonio y en la credibilidad del testigo, mientras que la Historia se basa en documentos que pueden y deben someterse a la crítica. La segunda es que el testimonio cuenta la inmediatez de la experiencia, mientras que la Historia puede ir más allá del conocimiento directo de los propios protagonistas y establecer regularidades y causas que ellos mismos no pudieron percibir por estar inmersos en esos sucesos. La tercera es que mientras la memoria aspira a la fidelidad a los testimonios que recoge, el fin último de la Historia es la verdad. Algunos autores, como Enzo Traverso, advierten sobre una cuestión adicional: "[…] habría que tener en cuenta la influencia de la Historia sobre la memoria, ya que no existe memoria literal originaria y no contaminada: los recuerdos son constantemente elaborados por una memoria inscrita en el espacio público, sometidos a los modos de pensar colectivos, pero también influidos por los paradigmas científicos de la representación del pasado."[25]

Pero también, como advierte Ricoeur, la memoria es pasible de manipulación. Los efectos de este fenómeno ideológico son, sucesivamente, de distorsión de la realidad y de legitimación del sistema de poder. Todorov señala que ese control de la memoria no es propio solamente de los regímenes totalitarios sino que es una tendencia de todo gobierno. También existe una forma distinta de manipulación que son los "abusos de memoria", en los cuales "[…] no se trata de manipulaciones en el sentido delimitado por la relación ideológica del discurso con el poder, sino de manera más sutil, de una dirección de conciencia que se proclama a sí misma portavoz de la demanda de justicia de las víctimas."[26]

En consecuencia, sería de interés para no fetichizar a la memoria, que los profesores estudien cómo ésta se fue conformando en el caso argentino y cómo sus características variaron en el tiempo desde 1983.

La segunda cuestión a la que la historiografía de los últimos años ha hecho una importante contribución está relacionada con la necesidad de matizar y profundizar los problemas éticos que presenta para la formación del ciudadano, el terrorismo de estado. En este sentido, ha predominado la atribución de la responsabilidad absoluta de la dictadura a los militares como si no tuvieran ningún nexo con la sociedad. Novaro y Palermo son dos de los autores que plantean la complejidad del apoyo -pasivo o activo- de la opinión pública a la dictadura desde antes del golpe de Estado de 1976: "La desmovilización popular dejó el campo libre a los activistas del golpismo […] Así fue que amplios sectores de la ciudadanía, en especial la arrinconada y amedrentada clase media, terminaron clamando al cielo, o dejando que los medios formadores de opinión lo hicieran por ellos, a favor de la reimposición del orden, orden que, les resultaba evidente, requería el ejercicio contundente de la autoridad que sólo podía provenir de los militares."[27] Este apoyo, con sus más y sus menos, se mantiene según los autores hasta la derrota de Malvinas.

Esto abre una pregunta interesante para la escuela: ¿Cómo fue posible ese apoyo que implicó una deliberada ignorancia o desentendimiento de la sociedad acerca de la represión ilegal durante el "Proceso"? Para explicar lo injustificable y para plantear los problemas éticos que presenta el respeto a esos derechos sería de utilidad apelar a la historiografía que en los últimos diez años ha revisado el tema de la violencia revolucionaria y el de sus efectos en la opinión pública.

[25] Traverso, E (2007) *El pasado, instrucciones para su uso. Historia, memoria, política.* Madrid: Marcial Pons, pp. 29-30.
[26] Ricoeur, P. (2004) *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p.121.
[27] Ibidem, pp. 32-33.

Dentro de la idea de que la historiografía es necesaria para mejorar esos aspectos de la enseñanza es que nos referiremos a unas pocas obras publicadas en los últimos diez años –lista que sin duda puede ampliarse considerablemente-, que creemos especialmente significativas para ese propósito.

La historia de la memoria

Una de las novedades de la última década es la aparición en nuestro medio de estudios que transforman a la memoria colectiva en su objeto de estudio. En otras palabras, de una historia de la memoria. Dentro del repertorio de estas publicaciones ocupa un lugar destacado la colección "Memorias de la represión", de la cual el primero de sus tomos - *Los trabajos de la memoria*[28], de Elizabeth Jelín- presenta para nosotros un interés especial. Este estudio establece el marco conceptual para el proyecto de investigación que Jelín dirigió sobre América Latina, cuyos resultados se presentan en los distintos volúmenes de la serie. Se trata, en consecuencia, de una obra de carácter general que analiza el papel de la memoria en la sociedad. En este libro se presentan con claridad cuestiones tales como las disputas políticas por la memoria; el carácter de los testimonios y el de la imagen social de la verdad; las diferencias de los enfoques de género sobre el tema; el valor de la transmisión, la herencia y el aprendizaje para generaciones futuras. Sostiene también la imposibilidad de encontrar una memoria o una interpretación única del pasado, compartidas por toda una sociedad y plantea que las "memorias activas" son las que permiten no sólo acumular conocimientos sino reinterpretarlos social y colectivamente. Este marco sería de utilidad para que los docentes problematizaran el tema en la escuela, pudiendo realizar así un análisis más complejo y crítico en sus interpretaciones.

En 2008 apareció un libro de Emilio Crenzel[29] sobre la elaboración, características, difusión y resignificaciones a través del tiempo del informe de la CONADEP. El autor reconstruye el contexto de la decisión de Alfonsín de formar esa comisión, los avatares políticos en torno a ella y a la redacción del *Nunca Más*. El mismo día en que asumió la presidencia, Alfonsín envió al Congreso un conjunto de leyes para proteger los derechos humanos, propuso derogar la ley de autoamnistía que se habían otorgado los dictadores y firmó dos decretos, uno que ordenaba enjuiciar a siete jefes guerrilleros y otro que establecía juzgar a las tres primeras Juntas Militares. Así, dice Crenzel, "[…] los decretos proponían una lectura política del pasado reciente y la condena de la violencia desde una perspectiva que diferenciaba la legalidad y la legitimidad de sus portadores. La insurgencia se proponía como un antecedente de la violencia estatal y, de hecho, la guerrilla sería la única acusada por la violencia previa al golpe, pero también serían juzgadas sus acciones tras él. En cambio, el examen de la metodología ilegal usada por las Fuerzas Armadas se acotaría al período 1976 – 1979, los años más intensos de la represión dictatorial, y se excluiría su intervención bajo el gobierno de Isabel Perón. […] Por otro lado, proponía a la sociedad como ajena y víctima de ambas, y explicaba la violencia del Estado, aunque no sus procedimientos, por la violencia guerrillera."[30]

Se exponen las discusiones internas de la CONADEP sobre la redacción del *Nunca Más* ya que las resoluciones formales implicaban importantes decisiones políticas. Hubo un acuerdo rápido acerca de cómo serían presentados los desaparecidos. La omisión de sus

[28] Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria.* Buenos Aires: Siglo XXI.
[29] Crenzel, E. (2008) *Historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina.* Buenos Aires: Siglo XXI.
[30] Ibidem, p. 158.

adscripciones políticas o vinculaciones con la guerrilla tenía por objeto evitar que sectores de la opinión pública justificaran las violaciones de sus derechos.

La CONADEP no se limitó a investigar el período iniciado en 1976 e incluyó los crímenes de la Triple A y el decreto de 1975 que ordenó "aniquilar" a la subversión. Sin embargo, la necesidad política de Alfonsín de evitar el enfrentamiento con el peronismo y la posibilidad de que esto desatara un torrente de acusaciones cruzadas convenció a la Comisión acerca de que esos eventuales conflictos restarían contundencia al informe.

En el juicio, el fiscal Strassera buscó demostrar la responsabilidad conjunta y mediata de las Juntas militares en la construcción de un aparato de poder mediante el cual se perpetraron innumerables casos de privación ilegítima de la libertad a través del cautiverio clandestino, se aplicó sistemáticamente la tortura, se asesinó a los cautivos y se produjeron actos de robo y saqueo. Estos hechos habían sido negados por las Juntas y el sistema había excedido la represión a la guerrilla. Para lograr esos fines, la estrategia de Strassera se basó en el relato del *Nunca Más* y presentó casos que no pertenecían a la guerrilla ni a la militancia política. Por el contrario, fue la estrategia de la defensa de los comandantes la que buscó e hizo públicas las filiaciones políticas o los antecedentes guerrilleros de los testigos.

Crenzel realiza un balance de la influencia del Informe: "En síntesis, un año y medio después de su publicación, el *Nunca Más* gozaba de una legitimidad reproducida de múltiples formas. […] consagró un nuevo régimen de memoria sobre el pasado de violencia política y desapariciones al tornarse la constelación de sentido hegemónica para pensarlo y evocarlo. Como se puso de manifiesto, el proceso que lo consagró fue fruto del impulso del estado y de la sociedad civil, y se extendió hacia dentro y hacia fuera del país. Por ello, en ese entonces, el lema parecía cobijar a todos."[31] Este análisis del contexto histórico del informe y de los juicios, las luchas por la memoria que se produjeron en la época, como así también las diversas interpretaciones del *Nunca Más* a través del tiempo permitiría una perspectiva más matizada de los docentes acerca de la obra que se mantiene como interpretación casi excluyente de la represión ilegal a través de una versión canónica, popularizada por los medios de comunicación e instalada en las aulas sin un mayor análisis.

También en 2008 Daniel Lvovich y Jacquelina Bisquert[32] realizaron una periodización completa de las representaciones de la memoria colectiva sobre la militancia setentista. El libro comienza con una descripción de la memoria autojustificatoria impulsada por el gobierno militar entre 1976 y 1982, que será el punto de referencia de todas las luchas por la memoria posteriores. La segunda etapa se inicia con el gobierno democrático en 1983, que los autores hacen concluir en 1986 y que está caracterizada por la "teoría de los dos demonios". El período siguiente, de 1987 a 1995, comienza con las leyes de obediencia debida y punto final y continúa con los indultos de Menem y su política de conciliación. En este período el tema de los derechos humanos parece replegarse en la opinión pública. Sin embargo, a partir de las declaraciones públicas de Adolfo Scilingo, se produce el "boom" de la memoria entre 1995 y 2003, con la acción de H.I.J.O.S. y la revalorización de la militancia revolucionaria. El período de 2003 a 2007 es denominado por los autores como "Las políticas de memoria del Estado", con lo que se refieren a la transformación operada por el gobierno de Néstor Kirchner de las posiciones de las organizaciones de derechos humanos en política oficial. Los autores advierten, sin embargo, sobre los riesgos de la elección de una de las memorias en pugna para convertirla en guía de un relato que se transformó con el respaldo estatal en la representación hegemónica del pasado dictatorial.

[31] Ibidem, p. 146.

[32] Lvovich, D. y Bisquert, J. (2008) *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento / Biblioteca Nacional.

Los autores cierran el libro con el siguiente balance:

"En definitiva, las representaciones sociales sobre el terrorismo de Estado han cambiado significativamente a lo largo de estos 25 años de recobrada democracia. En nuestros días, la memoria sustentada durante un cuarto de siglo por los organismos de derechos humanos ha sido asumida en buena medida por el Estado, y la multiplicación de procesos judiciales permite prever que el debate sobre el pasado reciente, lejos de apagarse se multiplicará.

"Sin embargo, sabemos también que las condiciones de su visibilidad y relevancia se modificarán inevitablemente con el paso del tiempo. Lo mismo ocurrirá sin dudas con sus contenidos, ya que, como ha afirmado Pilar Calveiro, la repetición puntual de un mismo relato, sin variación, a lo largo de los años, puede representar, no el triunfo de la memoria sino su derrota."[33]

Estado de derecho, violencia política y derechos humanos. ¿Debatir para pensar?

Durante los primeros años de la transición democrática, caracterizados por el empuje del juicio a las Juntas, se contrapuso a la violencia de los dictadores y de las organizaciones armadas la solución de los conflictos mediante la vigencia de la ley y el juego de las instituciones democráticas. El reclamo de condena a los represores a mediados de los 90, cuando todo camino judicial estaba obturado, se produjo junto con una revalorización paralela de la militancia política de los desaparecidos. En esas circunstancias, el pedido de justicia y castigo a los militares responsables de aquellos hechos derivó indirectamente en una reivindicación de la lucha armada de los años 70. Este fenómeno produjo a la larga una representación maniquea en la memoria colectiva donde los guerrilleros habían sido tan sólo jóvenes idealistas, la violencia revolucionaria no fue más considerada como un fenómeno decisivo en la creación del ambiente político de la época y los sobrevivientes de la represión fueron calificados en su conjunto como traidores por la simple razón de haber salvado la vida al cabo de su cautiverio. Imágenes en blanco y negro que eliminaron la inmensa cantidad de grises que había en estos temas.

Uno de los debates más interesantes sobre estas cuestiones se inició con la carta que Oscar del Barco enviara a la revista *La intemperie* y que se publicó en 2004. El escrito del filósofo cordobés fue motivado por una entrevista en esa misma revista, donde un antiguo integrante del Ejército Guerrillero del Pueblo narraba la ejecución en 1964 de otros dos de sus miembros, condenados luego de un juicio sumario realizado por sus compañeros por una posible traición. Del Barco, impresionado por ese texto, reivindicó el principio de "no matarás" como el imperativo ético de todas las sociedades a través del tiempo, y dijo: "Este reconocimiento me lleva a plantear otras consecuencias que no son menos graves: a reconocer que todos los que de alguna manera simpatizamos o participamos, directa o indirectamente, en el movimiento Montoneros, en el ERP, en la FAR o en cualquier otra organización armada, somos responsables de sus acciones. […] El principio que funda toda comunidad es el *no matarás*. No matarás al hombre porque todo hombre es sagrado y cada hombre es todos los hombres. La maldad, como dice Levinas, consiste en excluirse de las consecuencias de los razonamientos, el decir una cosa y hacer otra, el apoyar la muerte de los hijos de los otros y levantar el *no matarás* cuando se trata de nuestros propios hijos."[34]

[33] Ibidem, pp. 92-93.
[34] "Carta de Oscar del Barco". *El Interpretador* 15, junio de 2005. (www.elinterpretador.net , consultado el 9/2/2010)

Esta posición desató un apasionado debate, en el que participaron, entre otros, Héctor Schmucler, Eduardo Grüner, Ricardo Forster, Alejandro Kaufman, Nicolás Casullo, Horacio González, Diego Tatián, León Rozitchner y Tomás Abraham, cuyas intervenciones reunidas se publicaron en 2007.[35]

Otra cuestión que se debatió en estos años es cómo fue posible que una sociedad como la argentina admitiera naturalmente la represión. Pilar Calveiro introdujo argumentos inquietantes cuando se ocupó de la vida en los campos de detención ilegal, intentando racionalizar su propia experiencia personal. En *Poder y desaparición*[36], describe al campo como una organización basada en la rutina. En ella, la tortura servía para extraer a los prisioneros la información de nuevos nombres de militantes que, una vez atrapados, serían sometidos también a tormento para lograr nuevos datos. Así, adquiría una siniestra racionalidad en el funcionamiento del campo, además de que servía para marcar una ruptura en la vida de los cautivos con su realidad anterior y los reducía a la finalidad de sobrevivir. En este marco, Calveiro despliega su reflexión sobre "la vida entre la muerte" de los prisioneros, la esquizofrenia de los verdugos y las relaciones entre unos y otros. La autora se ocupa de las sospechas de traición a las que están sujetos los sobrevivientes de los campos, desmonta la división de los detenidos en "héroes" y "traidores" y aborda la complejidad de ese problema en un universo perverso, poco propicio para la heroicidad. También subraya las relaciones entre el campo de concentración y la sociedad argentina, concluyendo que ambas se corresponden y advirtiendo que los campos de detención son posibles en muchos lugares pero no en todos, porque la represión consiste en actos arraigados en la vida cotidiana de la sociedad y que por eso sólo resultan posibles donde ésta ha sido preparada por experiencias autoritarias y violentas.

Años más tarde la misma autora puso en debate a los movimientos armados de los 70 en *Política y/o violencia*[37], obra que privilegia el análisis del accionar de Montoneros, la organización en la que Calveiro militó. Un problema que este libro resalta es el elemento autoritario presente en las organizaciones armadas, cuyos fundadores provenían de Tacuara y la Federación Juvenil Comunista, o sea –afirma- del antisemitismo y del stalinismo y señala que el abandono de lo político a favor de la lucha armada tuvo como consecuencia que la guerrilla quedara aislada de la sociedad y atrapada entre la represión y su propia dinámica interna.

La autora analiza las causas que explican la derrota política y militar de Montoneros. En el primer caso, plantea que la construcción teórica resultó menospreciada desde el golpe de Estado. Así fue que no se revisó la vigencia de algunos dogmas, como que la contradicción principal era entre el imperialismo y la Nación, lo que sólo se resolvía con la construcción del socialismo, cuya dirección debía recaer en la clase obrera peronista. Esta idea no se correspondía ya con la realidad: para la época del golpe podía percibirse que el socialismo real no era una panacea, que los trabajadores no tenían inclinación por él y que el peronismo rechazaba a los Montoneros y aceptaba su represión. La segunda razón fue que el accionar represivo legal y clandestino se orientó a destruir también a las agrupaciones de base, que resultaban un blanco fácil. Este proceso se inició con la Triple A y continuó con la dictadura, acentuando la tendencia de los guerrilleros al foquismo. Otro elemento es la prevalencia de la lógica revolucionaria sobre el sentido de "realidad". Esto, que comenzó con distorsiones ligeras, llegó "[…] a un discurso aberrante sin contacto alguno con lo que podríamos llamar 'realmente existente'"[38] y que Calveiro ilustra con el reglamento de protocolo y etiqueta para el uso del uniforme militar montonero difundido por su conducción en 1978. En el análisis de lo militar, la primera característica es que el militarismo desplaza totalmente a lo político porque, partiendo de la hipótesis de que toda acción armada genera conciencia, llegaron a considerar que lo militar era el pilar fundamental del

[35] AA. VV. (2007) *Sobre la responsabilidad: no matarás.* Córdoba: El Cíclope/ La intemperie/ UNC.
[36] Calveiro, P. (2001) *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
[37] Calveiro, P. (2005) *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
[38] Ibidem, p. 152

poder político. En segundo término señala que, como producto de la supremacía otorgada a la militarización, se convirtió a todo opositor en enemigo y a la lucha política en guerra. La autora concluye esta observación con un incómodo paralelismo: "La noción de enemigo forma entonces un bloque tan amplio como la noción de subversivo para los militares."[39]

Por su parte, Daniel Campione[40] realizó un trabajo sobre la visión acerca de la guerrilla de los partidos políticos de inspiración marxista entre 1973 y 1976, investigando las posiciones tomadas por el Partido Comunista, el trostkista Partido Socialista de los Trabajadores y el maoísta Partido Comunista Revolucionario. A pesar de sus diferencias, ninguna de las tres agrupaciones apoyó los actos violentos de las organizaciones armadas, a las que consideraban como totalmente disociadas de los intereses de la clase trabajadora y cuya consecuencia, pensaban, no sería otra que incrementar la represión por parte de los sectores reaccionarios. Esta condena se mantuvo hasta 1976 con una creciente dureza, que en el caso del PCR llegó a calificar a las acciones armadas de Montoneros y el ERP como "formas terroristas pequeño-burguesas".

La controversia se enriqueció también con estudios sobre los exiliados, actores poco atendidos antes de los años 2000, quienes especialmente en México, Francia y España continuaron con el debate político e iniciaron acciones de un nuevo tipo contra la dictadura. Marina Franco[41] estudia el caso de Francia. La autora verifica un cambio ideológico en aquellos –no muchos- que siguieron políticamente activos, quienes abandonaron los argumentos revolucionarios y los reemplazaron paulatinamente por el discurso de defensa de los derechos humanos. Este cambio tuvo en algunos casos un propósito instrumental, pero en la mayoría resultó una verdadera transformación ideológica. Según Franco, este es un importante factor para explicar el peso que tuvieron las políticas de derechos humanos en el caso de la transición argentina en relación a lo que sucedió en otros países latinoamericanos. María Matilde Ollier[42] estudia, por su parte, las ideas de los militantes que habían quedado en Argentina después del golpe de Estado y plantea la desintegración de la fe en el ideario revolucionario por dos elementos que actúan en forma simultánea. Uno es el carácter inédito de la represión que, aunque había comenzado antes de 1976, va más allá de todo lo conocido. Ante su efecto y la persistencia de las conducciones guerrilleras en continuar las acciones armadas, incapaces a la vez de dar seguridad a los militantes de base, comienza el repliegue al ámbito privado. Estos acontecimientos, junto con las condiciones impuestas por la dictadura para la vida pública y privada dan lugar, simultáneamente, a una crisis terminal y a un proceso de cambio. El resultado será colocar a lo militar como opuesto a lo político y reconocerle autonomía a la vida privada de la vida política.

A partir de estos cambios, los antiguos militantes comienzan a realizar nuevos aprendizajes políticos, en los que tiene una importancia fundamental la lucha por los derechos humanos que llevan adelante los exiliados. También aquellos que se quedaron en el país participaron de aquel movimiento brindando información para sustentar los reclamos internacionales. Esta actividad los interrelacionó con los partidos políticos, iniciándose así un proceso de valorización de la democracia y de las libertades individuales que los sumó paulatinamente a quienes pedían una salida sin condicionamientos del régimen militar.

La línea anticipada por *Poder y desaparición* sobre los sobrevivientes de los campos se continúa con *Traiciones*, de Ana Longoni[43]. La autora se interroga en este libro por los motivos que acallaron la voz de los sobrevivientes y considera posible que se deba

[39] Ibidem, p. 160.
[40] Campione, D. (2008) "La izquierda no armada en los años setenta: tres casos, 1973 – 1976", en Lida, C., Crespo H. y Yankelevich P., *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (1ª ed.: 2007)
[41] Franco, M. (2008) *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura.* Buenos Aires: Siglo XXI.
[42] Ollier, M. M. (2009) *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina.* Buenos Aires: Siglo XXI.
[43] Longoni, A. (2007) *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión.* Buenos Aires: Norma.

a su doble condición de testigos del terror y sujetos de la militancia. Esto los hizo imprescindibles para la elaboración del informe de la CONADEP pero los transformó en testigos incómodos para la articulación de las narraciones épicas realizadas *a posteriori*. Longoni inicia su trabajo intentando explicar ese fenómeno mediante varias hipótesis. La primera de ellas es que los sobrevivientes enunciaron el exterminio de los que habían sido internados en los campos de detención, una verdad intolerable para los familiares de los desaparecidos, que reclamaban su "aparición con vida". La segunda está vinculada con las imágenes construidas sobre los desaparecidos. En los 80 esa imagen fue la de "víctimas" ya que la exposición de la militancia no era considerada conveniente de ser expuesta por los organismos de derechos humanos para evitar la división entre desaparecidos "buenos" y "malos". A mediados de los 90 la imagen cambió y los organismos impulsaron la identificación de los desaparecidos con los militantes, muchas veces reivindicados como héroes de manera acrítica. Ante esta situación, dice la autora: "Ambas construcciones […], aún en su diferencia, coinciden en despolitizar lo ocurrido en tanto la primera evita reconocer o esconde la condición política, la militancia muchas veces armada de los desaparecidos, mientras la segunda sortea cualquier fisura que pueda permitir el análisis y la crítica de lo actuado y las ideas y concepciones que sostuvieron esos actos"[44]. La tercera hipótesis está vinculada a que la misma supervivencia del "reaparecido" resulta sospechosa. Como dice Longoni: "Los sobrevivientes –aún habiendo salido del campo de detención- continuaron atrapados en un doble fuego, víctimas de sus captores y condenados por sus antiguas organizaciones políticas."[45] Las estrategias de los sobrevivientes para no perecer en los campos y recomponer luego sus vidas resultan, en consecuencia, inadmisibles en este antagonismo entre "héroes" y "traidores" y se incorporan automáticamente al segundo grupo. La cuarta es que para muchos resulta imposible escuchar sus balances sobre la experiencia política setentista. En muchos casos se descarta la posibilidad de que puedan analizar ese pasado porque el "trauma" de los campos los condicionaría a ver toda la militancia anterior como simple preámbulo de su posterior detención. Esto, sostiene la autora, no sería más que la incapacidad para admitir una visión crítica de los 70 que permita admitir la derrota y la responsabilidad que le corresponde en ella a la lógica militarista de las organizaciones armadas. La quinta hipótesis es que el sobreviviente es el portavoz de una verdad inadmisible: la derrota del proyecto revolucionario que las dirigencias tratan de ocultar y, en consecuencia, desautorizan las voces de los "reaparecidos" aduciendo que su óptica ha sido distorsionada por la influencia de sus captores y que por esta razón se convierten en traidores. Longoni concluye: "En síntesis, orienta mi lectura la sospecha de que existen fuertes vínculos entre el estigma de la traición que pesa sobre los sobrevivientes, las dificultades (de las organizaciones políticas, de la izquierda, del movimiento de derechos humanos, de sectores de la sociedad) para admitir y explicar a fondo la derrota del proyecto revolucionario y la imposibilidad de ejercitar un balance (auto)crítico acerca de las formas y el rumbo que asumió la militancia armada en los años 70."[46]

En 2009, Hugo Vezzetti publicó una polémica interpretación sobre la violencia revolucionaria[47] donde cuestiona la evocación romántica del pasado guerrillero. Dice Vezzetti: "Una historia del movimiento de los derechos humanos en la Argentina sigue siendo una tarea pendiente. En ella habrá que estudiar no sólo las condiciones del descubrimiento de un discurso y una moral de los derechos, sino el desplazamiento que viene a reponer el imaginario de la revolución y de la guerra; también las continuidades y las transformaciones de una militancia a otra y el modo que esa configuración ideológica pudo penetrar en las organizaciones de familiares, que tuvieron otro origen. […] Sobre todo porque el pasado de la violencia insurgente y los mitos y leyendas de la guerra revolucionaria persisten como un núcleo duro, intocado, en la recuperación que buena parte de la izquierda hace de esa experiencia. Es cada vez más notoria la

[44] Ibidem, p. 27
[45] Ibidem, p. 31
[46] Ibidem. p. 44.
[47] Vezzetti, H. (2009) *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

insuficiente deliberación sobre la violencia de las organizaciones armadas y sobre las responsabilidades del conglomerado revolucionario en las condiciones que favorecieron la irrupción del terrorismo de Estado. Con escasas excepciones no ha habido una elaboración política del fracaso de ese proyecto ni de las condiciones del nacimiento de la cuestión democrática, que emerge como el problema de los ochenta."[48]

Al abrir el debate sobre las acciones guerrilleras, surgen dos cuestiones: el papel que éstas cumplieron durante el gobierno civil de 1973 a 1976, período en el que las acciones guerrilleras continuaron a pesar de que el gobierno había sido elegido por el voto popular, y el reconocimiento de otras muertes de las organizaciones armadas. En este último caso Vezzetti destaca a las víctimas de la guerrilla guevarista del EGP –retomando el debate iniciado por Oscar del Barco- y los crímenes de la Triple A, que propone impulsen la revisión y discusión del peronismo en los 70 y del papel jugado entonces por Perón.

Reflexiones finales: las dos historias

En definitiva, entre lo que se enseña en la escuela y las preocupaciones de los investigadores nos encontramos en apariencia frente a una paradoja: la historia escolar es necesariamente distinta de la historia académica que se ocupa del pasado reciente, pero sin su aporte, la escuela queda encerrada en una evocación estereotipada y en un respeto sólo formal de los derechos humanos.

Sin embargo, es necesario que el encuentro entre esas dos historias se realice en la formación docente. Aunque la investigación es importante en este campo en varias universidades, sus resultados tienen una presencia menos activa en la formación inicial de los profesorados universitarios. A la vez, los institutos terciarios de profesorado en muchos casos –como en la Provincia de Buenos Aires- no han modificado sus planes para formar a sus estudiantes en las nuevas exigencias. Estos vacíos debieron de haberse atendido también con programas de actualización para los profesores en ejercicio cuando se introdujeron los nuevos temas, pero esto no se realizó en ese momento aunque actualmente existen algunos programas como "Jóvenes y Memoria" de la Comisión Provincial por la Memoria -el más antiguo- y las actividades de "Memoria Abierta". También el Ministerio de Educación ha implementado recientemente el suyo, "Educación y Memoria". Pero una de las limitaciones que tienen estas actividades es que al ser de participación voluntaria su impacto se reduce y normalmente quienes participan son los docentes más interesados y, por lo tanto, más preparados en esos temas. Por otra parte, en algunos casos se han establecido instancias de preparación obligatoria en los profesorados provinciales, pero las más de las veces esta formación está demasiado vinculada a las políticas de la memoria que impulsan esos gobiernos. En consecuencia, debería prestarse atención a la formación académica inicial de los profesores porque este es un campo de una importancia capital para las modalidades con las que llevarán adelante sus clases. Como sostiene Pilar Maestro: "Hay que insistir en que una multitud de decisiones de un profesor de Historia sobre la forma de organizar y entender los contenidos y sobre la forma de enseñarlos dependen de la concepción que tenga de la Historia, implícita o explícita."[49] Esta afirmación se relaciona directamente con el concepto desarrollado por Shulman acerca de los "conocimientos pedagógicos de los contenidos". Con esa idea, el autor alude a "la amalgama del contenido y la pedagogía dentro de una comprensión de cómo los temas particulares, problemas o situaciones, son organizadas, representadas, […]

[48] Ibidem, p. 43.
[49] Maestro, P. (2001) "Conocimiento histórico, enseñanza y formación del profesorado", en AA. VV. *La formación docente en el Profesorado de* Historia. Rosario: Homo Sapiens, p. 78.

adaptadas para la enseñanza."[50] De esta manera, el problema pasa a centrarse en la forma de comprender y definir el contenido y la pedagogía y cómo ambos se vinculan. Por ese motivo, según Shulman, es necesario un conocimiento profundo y flexible de la disciplina y la capacidad de producir representaciones y reflexiones poderosas sobre esos contenidos. Para el autor, un dominio disciplinar de esta naturaleza le anticipa al docente los problemas para la comprensión de los contenidos, lo que es –en consecuencia- una forma de atender también a las cuestiones pedagógicas. En este sentido, por ejemplo, las relaciones entre historia y memoria pueden ser mejor abordadas por quienes tienen una formación razonablemente sólida en la epistemología de nuestra disciplina.

La Ley de Educación Nacional promueve generar en los alumnos "reflexiones y sentimientos democráticos", pero la reflexión hace imprescindible discutir ideas, lo que choca con una tradición escolar arraigada que es la de evitar la controversia, a la que se considera un ejercicio intelectual pernicioso. Los docentes que mejor pueden afrontar el debate son también los mejor formados desde el punto de vista académico, aquellos a quienes no sorprende que las interpretaciones del pasado estén atravesadas por el punto de vista de los historiadores, por el contexto en las que esas interpretaciones fueron realizadas y que asumen con naturalidad que deban analizarse y compararse explicaciones distintas ante un mismo acontecimiento o proceso, y considerar que tal vez ninguna esté del todo equivocada. Por supuesto que los saberes históricos no solucionan todo pero facilitan la comprensión de cuestiones centrales de la enseñanza, como la dimensión didáctica de la "conciencia histórica". En este sentido, Nicole Tutiaux-Guillon sostiene: "La conciencia histórica remite a la manera en que los factores cognitivos y culturales estructuran la comprensión de la Historia, una comprensión mediatizada por la interpretación del presente y por la imaginación del futuro. El concepto reúne un proceso de ensamble, en su dimensión de conocimiento y en sus implicaciones para la vida social y política, situando en el centro de este proceso la conciencia y representación del tiempo o, mejor dicho, la acción de los hombres en el tiempo."[51] Esta comprensión más compleja de las relaciones entre pasado, presente y futuro debería desarrollarse en la escuela. En esta reflexión sería necesario discutir algunas cuestiones como, por ejemplo: ¿cuáles son los motivos por los cuales la memoria y la historia se necesitan mutuamente?, ¿por qué la memoria sin la historia no puede dar respuestas suficientes?, o ¿de quién es la memoria colectiva?, ¿sólo de los directamente afectados por la represión ilegal o de la sociedad en su conjunto?

Los docentes menos preparados continúan atribulados por la drástica inversión de criterios que produjo la reforma. La escuela, desde siempre, se ocupó de evocar el pasado glorioso de la patria para formar el carácter de los niños con el ejemplo de la conducta de los héroes hasta que recibió el mandato de tratar la dictadura, lo que invirtió dramáticamente ese modelo: desde entonces hay que recordar las acciones miserables y despiadadas de los militares para aprender a no repetir ese pasado vergonzoso. Este cambio pone a los docentes en una tensión que resulta para muchos insoportable y no son pocos los que la solucionan con la omisión o la banalización del compromiso. Si no se produce una reflexión sobre el pasado reciente, la consecuencia no deseada a la que una mirada superficial puede contribuir es a la cristalización del tema, a dejarlo simplemente en la órbita del sentido común forjado por las políticas de la memoria y los medios de comunicación masiva.

Pongamos un ejemplo. En las escuelas se sigue conmemorando "La noche de los lápices" como el crimen por antonomasia de la dictadura: unos adolescentes que sólo reclamaban por un boleto estudiantil más barato en los colectivos fueron secuestrados, torturados y la mayoría asesinados por los dictadores sin otro motivo que ese reclamo. Hace tiempo ya que se ha comprobado que las manifestaciones por el boleto se realizaron en 1975 y fueron anteriores al golpe de Estado y a los secuestros; que estos jóvenes eran

[50] Shulman, L. S. (1987) "Knowledge and teaching: foundations of a new reform". *Harvard Educational Review* 57, p. 8.
[51] Tutiaux-Guillon, N. (2003) "Los fundamentos de una investigación sobre la concepción de las finalidades cívicas y culturales del profesorado de geografía e historia. Objetivo de esta etapa". *Enseñanza de las Ciencias Sociales* 2, UB-UAB, p. 30.

militantes de la UES y que cuando fueron capturados algunos estaban armados, intentaron resistir y se encontraron armas en sus viviendas. Esto pone la cuestión en otro plano: en vez de ser las "hipervíctimas" inocentes pasan a ser objeto "racional" de la represión en la perversa óptica de los militares. Desde nuestro punto de vista esta cuestión enriquece el problema ético a discutir en la escuela sobre los derechos humanos, si nos hacemos una pregunta como esta: ¿la circunstancia de estar armados y politizados justifica que esos jóvenes hayan sido "desaparecidos" por los represores?

La discusión y confrontación de interpretaciones son habilidades que se procuraron desarrollar desde la aprobación de los CBC. Esta es una cuestión complicada y lo es aún más porque el tema de la dictadura inhibe la controversia. Pero si la importancia que se le adjudicaba al intercambio de ideas sigue vigente, la incorporación de bibliografía actualizada resultaría conveniente para desarrollar ese propósito. Sin duda se trata de problemas difíciles de instalar en la escuela pero –a la vez- son los más importantes y aquellos que se declaran desde el curriculum escolar.

¿Cuál es el principal problema del pasado reciente que la escuela debería tratar hoy para que los derechos humanos no queden congelados en el pasado y puedan proyectarse sobre el presente? La maldad de los dictadores está suficientemente probada y resultaría necesario reflexionar sobre algo que nos involucra a todos. ¿Cómo fue posible que los militares ejercieran su poder discrecional sin que hubiera casi muestras de resistencia –salvo la de los organismos de derechos humanos- hasta la derrota de la guerra de Malvinas? Como sostiene Guillermo O'Donnell: "Para que eso ocurriera hubo una sociedad que se patrulló a sí misma: más precisamente, muchas personas –no sé cuantas, pero con seguridad no fueron pocas- que sin necesidad 'oficial' alguna, sólo porque querían, porque les parecía bien, porque aceptaban la propuesta de ese orden que el régimen –victoriosamente- les proponía como única alternativa a la perpetua evocación de la imagen del 'caos' pre-1976, se ocuparon activa y celosamente de ejercer su propio *pathos* autoritario."[52] Este es, en definitiva, el gran problema al que se debería abocar hoy la escuela.

[52] O'Donnell, G. (1997) "Democracia Argentina. Micro y Macro.", en O'Donnell, G., *Contrapuntos. Ensayos Escogidos sobre Autoritarismo y Democratización*. Buenos Aires: Paidós, pp. 137-138.

El nacionalismo tradicionalista argentino en la segunda mitad del siglo XX: recorrida por un territorio en exploración

Patricia A. Orbe*

(CONICET- UNS)

Resumen

El presente artículo revisa el estado actual de los estudios sobre el nacionalismo tradicionalista en Argentina durante la segunda mitad del siglo XX. Aborda la producción difundida a través de publicaciones científicas así como aquellos trabajos que se encuentran en una etapa inicial de investigación.

Palabras-clave: Nacionalismo tradicionalista – Argentina – Siglo XX- Producción científica – Historiografía

Summary

The present article checks the current condition of the studies on the traditionalist nationalism in Argentina during the second half of the 20th century. This work approaches the production spread across scientific publications as well as those works that they find in an initial stage of investigation.

Key words: Traditionalist nationalism - Argentina - Century XX - Scientific production – Historiography

* Patricia Alejandra Orbe. Doctora en Historia y asistente de docencia de Historia Argentina III, Universidad Nacional del Sur. Investigadora asistente del CONICET. Integrante del proyecto de investigación "Cultura Política y representación en Bahía Blanca, siglo XX", desarrollado en el Centro de Estudios Regionales "Prof. Félix Weinberg", del Departamento de Humanidades de la UNS, bajo la dirección de la Dra. Mabel Cernadas. Sus más recientes investigaciones se han orientado al estudio de la prensa nacionalista católica entre los años cincuenta y setenta a nivel nacional y local, tales como: "*La revista Cabildo ante el ´Affaire Montedison´: una denuncia nacionalista frente al proyecto de construcción del Polo Petroquímico de Bahía Blanca durante el tercer gobierno peronista"* y *"Una cruzada por la redención de la Patria": prensa y cultura política nacionalista en Argentina (1973-1976)".*

En el marco de los estudios de historia reciente, numerosas investigaciones se han visto orientadas por la necesidad de profundizar en la comprensión de la trama que atravesó la cultura política de nuestro país luego del derrocamiento del gobierno peronista, mediante el análisis de las representaciones y el accionar adoptado por los distintos sectores que se involucraron en la lucha por el poder. De este modo, el análisis de la relación entre violencia y política, así como de los factores que incidieron en la intensificación de las tendencias autoritarias y golpistas de aquel período ha despertado el interés de los investigadores por abordar manifestaciones tan complejas como el nacionalismo.

El estudio del nacionalismo argentino y sus expresiones políticas se ha centrado predominantemente en el período anterior al golpe de 1955, en tanto la etapa posterior de su trayectoria ha recibido una menor atención. Asimismo, dentro del conjunto de las investigaciones realizadas sobre esta temática en este contexto histórico, un número considerable se ha concentrado preferentemente en el estudio de agrupaciones de sensibilidad nacionalista que conformaron el amplio campo de las tendencias de la izquierda. Recién en las últimas dos décadas, han comenzado a multiplicarse los estudios sobre aquellos actores sociales que constituyeron el polo antagónico, compuesto por las denominadas "fuerzas de la derecha", entre cuyas filas encontramos a los sectores identificados con la tradición político-ideológica designada por algunos autores como nacionalismo restaurador o tradicionalista[1].

A pesar de que en la producción historiográfica sobre el nacionalismo existen importantes dificultades para establecer consensos que permitan una definición ajustada del objeto, consideramos que es posible afirmar que el nacionalismo tradicionalista en nuestro país se articula sobre una cosmovisión antiliberal y antidemocrática, anticomunista y antisemita, nostálgica del ordenamiento jerárquico de la sociedad premoderna y con la vehemente creencia de que la nacionalidad argentina descansa su esencia sobre los fundamentos de la Hispanidad y la religión católica, los cuales se conciben amenazados por una red conspirativa integrada por diversos enemigos (marxistas, liberales, demócratas, masones y judíos). Debido a estos rasgos, observamos que la denuncia de un presunto "complot antiargentino" y la convocatoria a emprender una "cruzada por el rescate de la Nación" constituyeron los temas más recurrentes y convocantes dentro de las filas de este movimiento.

A partir de este "mínimo denominador común"[2], cabe señalar que el nacionalismo tradicionalista durante la segunda mitad del siglo XX exhibió cierta inmovilidad ideológica con respecto a sus antecedentes de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, como intelectualidad disidente logró penetrar e influir en diversos ámbitos como el Ejército, la Iglesia y algunos sectores de la dirigencia sindical, profesional y política. Si bien constantes divisiones impidieron su articulación en un movimiento unificado, su capital político se construyó sobre el aporte de su doctrina y de un número considerable de sus militantes como contribución a la legitimación y ejecución de políticas represivas de corte anticomunista en el contexto ideológico impuesto por la Guerra Fría en un escenario periférico como el de nuestro país.

Entre los primeros trabajos sobre el nacionalismo tradicionalista de los años posteriores a 1955, nos remitimos a dos obras pioneras como los estudios de Marysa Navarro Gerassi y de Enrique Zuleta Álvarez[3]. En ambos casos se trata de trabajos que abordan el nacionalismo desde sus orígenes, que revisan la evolución de sus ideas, publicaciones y principales organizaciones hasta el momento de su edición. En este marco general, Navarro Gerassi se detiene en la descripción y análisis de esta nueva generación a la que denomina

[1] Buchrucker, C. (1987) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial 1927-1945.* Buenos Aires: Sudamericana.
[2] En este sentido, remitimos a Lvovich, D. (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina.* Buenos Aires: Ediciones B, p. 23.
[3] Navarro Gerassi, M. (1968) *Los Nacionalistas.* Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez SA; Zuleta Álvarez, E. (1975) *El nacionalismo argentino.* Buenos Aires: Ediciones La Bastilla.

"neonacionalista", con un amplio apoyo documental y una minuciosa reconstrucción de trayectorias individuales y grupales. Asimismo, a lo largo del desarrollo de la obra encontramos un conjunto de juicios adversos a las ideas y al accionar político de estos sujetos históricos, el cual se sintetiza en la categórica afirmación que cierra las reflexiones finales, en la cual se concluye que "los nacionalistas argentinos son el lastre de una generación que vivió demasiado tiempo"[4].

Por su parte, Enrique Zuleta Álvarez advierte desde las primeras páginas de su libro que no se propone hacer una historia del nacionalismo, sino "despejar algunos de los equívocos más viejos y arraigados que existen acerca del origen del Nacionalismo y de su actuación política"[5]. Más allá de proclamar que lo inspiraba un "espíritu objetivo", el autor pone de manifiesto su identificación con el ideario nacionalista, dentro de la línea que tenía como referentes a los hermanos Irazusta. Este rasgo ha llevado a los investigadores a tomar esta obra como una interpretación nacionalista del nacionalismo, con las limitaciones propias que esto implica, pero también como un documento que, al exponer una posición crítica y comprometida sobre el pensamiento y las conductas de distintos referentes nacionalistas a lo largo del siglo pasado, nos permite introducirnos en la conflictiva coyuntura que atravesaba este campo político-cultural a mediados de los años setenta.

Desde mediados de la década del noventa hasta nuestros días, se han incorporado a la bibliografía sobre esta temática nuevas contribuciones tanto a partir de otras revisiones generales sobre el devenir del nacionalismo como de trabajos especializados en algunas de sus manifestaciones particulares. En el primer caso, destacamos los aportes de David Rock, Carlos Floria, Luis Fernando Beraza, Daniel Lvovich y Federico Finchelstein.

Las investigaciones de David Rock se han publicado en obras individuales y colectivas[6], en las que este autor incluye a los nacionalistas dentro de la derecha argentina, atendiendo especialmente al contexto histórico en el cual se desenvolvieron, exponiendo sus vínculos con distintos grupos de poder civil y militar en sus esfuerzos por debilitar el sistema democrático. En ellas, Rock destaca que si bien su atomización le ha impedido a estos nacionalistas acceder al poder, en épocas de crisis políticas han llegado a adquirir cierto protagonismo en alianzas estratégicas con determinados sectores, frente a la amenaza -real o imaginaria- de la izquierda revolucionaria.

Por su parte, Carlos Floria ha desplegado sus reflexiones políticas sobre el "nacionalismo antiliberal" –como lo denomina- en distintos trabajos difundidos en foros internacionales[7]. Allí, subraya el impacto determinante, aunque no excluyente, que estas ideas tuvieron tanto sobre la esfera de "la Argentina militante" como de la "Argentina militar" de los años sesenta y setenta. Impacto que se expresó en las lógicas políticas que sustentaron el accionar de agrupaciones armadas como Montoneros y de los sectores paramilitares y militares responsables de la implementación del terrorismo de estado.

Con el declarado propósito de relatar la trayectoria del nacionalismo político desde los años veinte hasta 1983 "con la menor cantidad de prejuicios posibles"[8], Luis Fernando Beraza dedica ocho de los diez capítulos de su trabajo al análisis del nacionalismo posterior a 1955. En ellos se destaca el espacio dedicado a tratar la experiencia de los participantes en la publicación *Azul y Blanco*, y la

[4] Navarro Gerassi, M., *op. cit.,* p. 234.
[5] Zuleta Álvarez, E., *op. cit.,* p. 8.
[6] Rock, D. (1993) *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública.* Buenos Aires: Ariel y Rock, D., McGeeDeustch, S., Rapalo, M. E. y otros (2001) *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales.* Buenos Aires: Ediciones B.
[7] Floria, C. (1994) ´El nacionalismo como cuestión transnacional. Análisis político del nacionalismo en la Argentina Contemporánea´. Working Paper Series, The Woodrow Wilson International Center, Latin American Program y (2003) ´Análisis político del nacionalismo argentino´, en Congreso *La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico. Ideas, lenguajes políticos e imaginarios culturales*, Valencia.
[8] Beraza, L. (2005) *Nacionalistas, la trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983).* Buenos Aires: Cántaro, p. 10.

proliferación de agrupaciones juveniles nacionalistas durante las presidencias de Aramburu, Frondizi e Illia. Posteriormente, el autor otorga una particular atención a la revista *Cabildo,* en el marco de su abordaje del accionar nacionalista durante "la Revolución Argentina" y el tercer gobierno peronista. Del mismo modo, el itinerario de esta publicación y sus responsables habrá de ser el vehículo prioritario que emplea Beraza para exponer sus interpretaciones sobre la posición del nacionalismo durante la dictadura instalada en 1976. Esta obra presenta algunas limitaciones, especialmente en lo relativo a la definición de su objeto de estudio y a cierto tono apologético que atraviesa algunos pasajes. No obstante, ha servido de estímulo para nuevas investigaciones debido al énfasis que otorga a distintas expresiones nacionalistas de las décadas del sesenta y setenta, así como por la contribución que realiza al estado de la cuestión al incorporar al corpus documental los testimonios de algunos referentes políticos del movimiento, como Antonio Caponnetto, Raúl Puigbó, Francisco Bosch, Vicente Massot, Luis María Bandieri, Juan Francisco Guevara, Juan Luis Gallardo y Enrique Graci Susini, entre otros.

Las obras de Daniel Lvovich y Federico Finchelstein[9] se incorporan al acervo bibliográfico sobre esta materia, en el marco de un esfuerzo por transmitir el conocimiento histórico en un lenguaje y con unas formas accesibles e interesantes para un público más amplio que el de los especialistas. Lvovich realiza un sucinto recorrido por el "nacionalismo de derecha", entendido como un conjunto de organizaciones políticas, publicaciones e intelectuales a ellas vinculados, e incluye al movimiento Tacuara y sus desmembramientos, por considerar que "si bien el nacionalismo de derecha perduraría en las décadas siguientes, no lograría constituir más que ínfimos grupos sectarios o inspirar bandas terroristas parapoliciales o paramilitares"[10]. No obstante, el autor no deja de advertir a los lectores que a pesar de la incapacidad del nacionalismo de derecha para convertirse en una fuerza política unificada y potente, las marcas que dejó en nuestra cultura política e historiografía no fueron menores. Abre, así, la polémica e invita al debate y a nuevas exploraciones.

En el segundo caso, Finchelstein desafía las precauciones que distintos investigadores tomaron para definir el nacionalismo argentino, al afirmar categóricamente que "fascismo y nacionalismo son sinónimos en la Argentina", por obra de la acción de los "nacionalistas argentinos de extrema derecha", destacando el protagonismo de la Iglesia y el Ejército en el desarrollo de este proceso de apropiación, reformulación y distorsión en la recepción local del fascismo europeo, que daría origen al "fascismo criollo". A lo largo del desarrollo de la obra, se puede observar que Finchelstein se extiende en el análisis del fascismo argentino durante la primera mitad del siglo XX mientras que realiza una revisión mucho más reducida y superficial de las transformaciones que sufrió el campo nacionalista argentino desde la caída del peronismo hasta el retorno de la democracia.[11]. Sin embargo, estas breves páginas le permiten recorrer el derrotero de las ideas de agrupaciones como Tacuara y sus divisiones, consideradas como "cunas de líderes guerrilleros, Triple A y grupos de tareas de la dictadura, e incluso funcionarios menemistas y un juez de la Corte Suprema"[12], la presencia de este imaginario en la vuelta del nacionalismo a la universidad y al ámbito mediático, expresada en las figuras de Oscar Ivanissevich, Alberto Ottalagano y la revista *El Caudillo*, respectivamente, durante el tercer gobierno peronista y finalmente en los fundamentos ideológicos del terrorismo de estado, en sus aspectos biologicistas, mesiánicos y antisemitas.

[9] Lvovich, D. (2006) *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*. Buenos Aires: Capital Intelectual (perteneciente a la Colección Claves para todos, dirigida por José Nun); Finchelstein, F. (2008) *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura.* Buenos Aires: Sudamericana (editada como parte de la colección Nudos de la Historia Argentina, bajo la dirección de Jorge Gelman).
[10] Lvovich, D., *op. cit.,* p. 87.
[11] Este rasgo del libro probablemente se deba a que este investigador está más familiarizado con el estudio de la etapa uriburista, cfr. Finchelstein, F. (2002) *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
[12] Finchelstein, F. (2008) *La Argentina fascista…,* p. 140.

Merece una mención especial el trabajo de Cristian Buchrucker, "El pensamiento de la extrema derecha en la Argentina, Notas sobre su evolución en la segunda mitad del siglo"[13], ligado al campo de los estudios sobre el antisemitismo y la discriminación, en el cual realiza una puesta al día sobre la subsistencia de lagunas, dudas y divergencias de interpretación en relación al nacionalismo restaurador, concebido como "extrema derecha". En sus reflexiones, Buchrucker se cuestiona sobre las continuidades y alteraciones que pueden advertirse entre este pensamiento en su etapa clásica -1927/1943- y en décadas posteriores, revisita sus fundamentos ideológicos en búsqueda de rasgos que definan un perfil original o bien mimético ante las experiencias europeas afines y se interroga sobre su inserción social y política hasta nuestros días. El autor afirma que si bien el nacionalismo restaurador argentino de la postguerra demostró tener poca originalidad, es necesario reconocer que en esta etapa aparecieron entre sus filas algunas figuras nuevas, como Aníbal A. Röttjer y Walter Beveraggi Allende, quienes alcanzaron una considerable difusión de sus tesis conspirativas por medio de distintas publicaciones como *Cabildo* y editoriales, entre las que destacan Huemul y Theoría. Sin embargo, afirma que más allá de la influencia de su prédica anticomunista y golpista en el clima crecientemente autoritario de la época, su inserción social fue mínima ya que sus simpatizantes sólo lograron establecerse "como la versión argentina de *una subcultura nostálgica de angustiada protesta antimoderna,* un fenómeno que existe en todas las sociedades contemporáneas"[14], cuyas proyecciones en nuestros días el autor considera inciertas.

Por otro lado, el tratamiento de este tema de estudio se ha visto enriquecido por distintas investigaciones referidas específicamente a determinadas agrupaciones y publicaciones periódicas reconocidas como expresiones del nacionalismo tradicionalista en nuestro período de interés. Entre las organizaciones identificadas con esta sensibilidad política, el Movimiento Nacionalista Tacuara y las escisiones que dieron origen a la Guardia Restauradora Nacionalista, el Movimiento Nueva Argentina y el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara fueron objeto de análisis de trabajos tan disímiles como los de Daniel Gutman y María Valeria Galván. En el primer caso, Gutman reconstruye el universo tacuarista como un espacio de tránsito de numerosos referentes políticos que habrían de integrarse con distintos sectores del amplio arco ideológico de los años sesenta y setenta, desde las manifestaciones más revolucionarias hasta las más reaccionarias[15], y expone el vínculo que se construyó entre las expresiones más combativas de la militancia nacionalista y la violencia política. Con el estilo propio del periodismo de investigación que facilita la lectura, el autor narra la evolución de las agrupaciones, atendiendo a las circunstancias locales e internacionales que repercutieron sobre ella y el rol que desempeñaron en el escenario político de la época, especialmente en lo relacionado a sus acciones armadas.

En tanto, María Valeria Galván complementa este panorama sobre Tacuara y sus desprendimientos a través del análisis de distintos aspectos de su cultura política[16]. A partir del exhaustivo registro que los agentes de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA) y la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) realizaron sobre estas agrupaciones entre 1958 y 1966, la autora reconstruye un abanico de manifestaciones simbólicas, entre las que se destacan las pintadas con leyendas, eventos conmemorativos de fechas significativas, el juramento de los aspirantes y los medios de identificación de los militantes, que nos permiten trazar un panorama más completo y denso de la "cosmovisión tacuarista". Asimismo, pone en evidencia las preocupaciones que

[13] Publicado en Klich, I. y Rapoport, M. (Eds.) (1997) *Discriminación y racismo en América Latina,* pp. 319-330. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
[14] Buchrucker, C., *op. cit.,* p.330.
[15] Gutman, D. (2003) *Tacuara, historia de la primera guerrilla urbana argentina.* Buenos Aires: Ediciones B.
[16] A modo de ejemplo, remitimos a Galván, M. V. (2009) ´Discursos de los organismos de inteligencia argentinos sobre el Movimiento Nacionalista Tacuara durante la guerra fría (1958-1966)´. *Antítesis 2* (4).

generaban en estos organismos las vertientes internas de estos grupos proclives al diálogo y acercamiento con el marxismo o bien con el peronismo proscripto.

María Celina Fares coloca una nota distintiva en el campo de los estudios de organizaciones nacionalistas cuando se introduce en la dinámica partidaria de los años cincuenta. La autora reconstruye minuciosamente el derrotero seguido por la Unión Federal Demócrata Cristiana (UFDC) desde su surgimiento, a fines de 1955, hasta su disolución a comienzos del decenio de 1960[17], y cuenta para ello, con una fuente documental tan valiosa como el archivo de la agrupación, conservado por el dirigente José Luis Cantini. Este análisis acerca de la UFDC contribuye al conocimiento de una expresión muy particular del nacionalismo, ya que el ámbito partidario constituyó un escenario tradicionalmente impugnado por los integrantes de esta corriente político-ideológica. Del mismo modo, entre otras singularidades del caso, se destaca el hecho de que la UFDC representó una novedad en relación con el temperamento predominante en el horizonte del nacionalismo al reivindicar el sistema democrático y constitucional así como el ideal de justicia social desde la perspectiva de la Doctrina Social de la Iglesia. Estas preocupaciones se vieron plasmadas en la afinidad que manifestó hacia la política de Eduardo Lonardi, su distanciamiento de la línea represiva del aramburismo y su participación en la Convención Constituyente de 1957.

Específicamente relacionados a la problemática de las publicaciones nacionalistas en este período, queremos resaltar los aportes realizados por Jorge Saborido, Elena Scirica y Laura Graciela Rodríguez, entre otros[18]. El primero se ha concentrado en el estudio del ideario y el programa político promovido por el equipo editor responsable de la revista *Cabildo,* entre 1976 y 1983, en su carácter de "principal órgano de prensa del nacionalismo católico argentino" y ha difundido sus resultados en importantes publicaciones nacionales e internacionales[19]. Sus trabajos nos han permitido acceder a un mayor conocimiento sobre el funcionamiento de este medio gráfico así como de lo que autor denomina "sus coordenadas ideológicas", concebidas como parte de una "teología política" sustentada en la reivindicación de la Edad Media y de la Hispanidad como elemento constitutivo de la nación argentina, la ruptura de la Modernidad, la crítica del liberalismo y de la democracia, entre las más destacadas. Asimismo, Saborido ha analizado la posición adoptada por *Cabildo* frente a diversos avatares de la última dictadura y del gobierno del presidente Alfonsín, en relación a las problemáticas de la represión y la cuestión militar, la crisis económica y las relaciones exteriores, abriendo un abanico de las principales críticas que desde esta publicación se lanzaban sobre la realidad política del país.

Por su parte, Elena Scirica se ha introducido en el escenario habitado por los círculos integristas y tradicionalistas de la Argentina en los años sesenta, deteniéndose en primer lugar en el análisis del discurso, el funcionamiento y las vinculaciones de uno de estos grupos, denominado "La Ciudad Católica" y su órgano de prensa, *Verbo.* Del mismo modo, esta autora ha abordado el impacto de

[17] Fares, M. C. (2007) *La Unión Federal ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana? Una efímera trayectoria partidaria (1955-1958)*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo-Distribuidora Astrea.

[18] Asimismo, señalamos los trabajos de Patricia Orbe sobre prensa y agrupaciones nacionalistas tradicionalistas durante el tercer gobierno peronista, presentados en diversas jornadas y publicaciones historiográficas.

[19] Saborido, J. (2007) ´Por Dios y por la Patria: el ideario del nacionalismo católico argentino en la década de 1970´. *Studia historica. Historia Contemporánea (*25): 421-444; (2005) ´El nacionalismo argentino en los años de plomo: la revista Cabildo y el proceso de reorganización nacional (1976-1983)´, *Anuario de Estudios Americanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas* 62 (1): 235-270; (2004) ´España ha sido condenada: el nacionalismo católico argentino y la transición a la democracia tras la muerte de Franco´. *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas* (6): 117-129 y (2004) ´El antisemitismo en la Historia reciente: la revista *Cabildo* y la conspiración judía´. *Revista Complutense de Historia de América* 30: 209-223.

la obra de Carlos Alberto Sacheri, destacado intelectual y referente de esta corriente, en sus cuestionamientos hacia el clero renovador en nuestro país[20].

Las revistas *Cabildo* y *Mikael* han sido el centro de las últimas investigaciones de Laura Graciela Rodríguez[21] sobre la posición de estas publicaciones ante la política educativa de la última dictadura y las redes que las vincularon con otros medios gráficos de sensibilidad nacionalista, como *Verbo* y *Universitas*. En el caso específico de *Cabildo,* esta investigadora también se detiene en la reconstrucción de los nexos que mantuvieron algunos de sus colaboradores con la burocracia del Ministerio de Cultura y Educación, particularmente en el CONICET. De este modo, sus observaciones nos permiten reconocer la sinuosa conducta que estos nacionalistas católicos exhibieron frente a la dictadura, comportamiento que se fundaba en las severas críticas que realizaban al accionar de los sucesivos ministros del área desde su publicación tradicionalista, en tanto se beneficiaban con importantes subsidios a simposios, jornadas de investigación y publicaciones que el CONICET le otorgaba a un considerable número de institutos y fundaciones que los contaban entre sus miembros más destacados. En pocas palabras, nos muestra que la relación de *Cabildo* con el último gobierno de facto debe ser complejizada y reinterpretada más allá de la postura pública expuesta en sus páginas desde las diversas notas y editoriales, para descubrir todo un universo de intereses que todavía conocemos escasamente.

Los aportes de Saborido, Scirica y Rodríguez resaltan la articulación de lo político y lo religioso en la trama de las ideas y la sociabilidad nacionalista. Como afirman Mallimacci, Cuchetti y Donatello, "la existencia de actores que se reclaman portadores de un nacionalismo autoritario, restaurador, elitista ha estado asociada muchas veces a trayectorias y conexiones religiosas de sentido"[22], como resultante de la existencia de una "matriz católico-integral" relativamente amplia que llevaría al nacionalismo tradicionalista a entablar "afinidades y contra- afinidades con el peronismo, vinculaciones con expresiones post-conciliares e incluso con los espacios políticos insurreccionales, como así también la presencia de la institución católica, a través de sus obispos, capellanes, sacerdotes, y militantes destacados, en los golpes de Estado de los años 1943, 1955, 1966"[23].

En este sentido, es posible observar que algunas investigaciones más recientes se deslizan por ámbitos y trayectorias que comunicaron a distintas expresiones nacionalistas con el peronismo en sus diversas vertientes. En esta ocasión, no vamos a remitirnos a detallar aquellos trabajos que se concentran en este tipo de interacción político-ideológica en el contexto de las fuerzas radicalizadas de la izquierda del movimiento liderado por Perón, pero sí nos detendremos brevemente en la labor de jóvenes investigadores abocados al tratamiento de esta materia, en sus manifestaciones más ortodoxas, como la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA), la Concentración Nacional Universitaria (CNU) y la Triple A. Dentro de este enfoque, podemos citar los trabajos de Juan Iván Ladeuix[24]. Este

[20] Scirica, E. (2007) ´Educación y guerra contrarrevolucionaria: Una propuesta de Ciudad Católica- *Verbo´. Clío & Asociados* (11): 119-140; (2009) ´Verbo y Roma entre 1966 y 1970: sus frentes de combate en un contexto de polarización creciente´, en las XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Bariloche y (2010) ´Religión y política: un embate virulento contra el clero tercermundista en la Argentina del Cordobazo´, en las *III Jornadas de Estudios Políticos,* Buenos Aires.

[21] Rodríguez, L. G. (2010) ´Los nacionalistas católicos de Cabildo y la educación durante la última dictadura´, en el *II Encuentro Internacional "Teoría y Práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional"*, Universidad Nacional de Mar del Plata y (2011) ´La educación y los nacionalistas. El caso de la revista Mikael (1973-1984)´, en C. Touris (Coord.), *Actas de las II Jornadas de Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea y países del Cono Sur (RELIGAR-SUR)*, CD-ROM.

[22] Mallimacci, F., Cucchetti, H. y Donatello, L. (2006) ´Caminos sinuosos. Nacionalismo y catolicismo en la Argentina contemporánea´, en Colom, F. & Rivero, A. (eds.), *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político iberoamericano*. Barcelona: Anthropos, p. 4.

[23] Mallimacci, F., Cucchetti, H. y Donatello, L., *op. cit.,* p. 26.

[24] Ladeuix, J. I. (2005) ´La Mazorca de Perón: prácticas e ideologías de la derecha peronista. Una aproximación a partir de un estudio de caso. Mar del Plata 1970-1976´, en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario y (2007) ´El General frente a la Sinarquía. El discurso de Carlos Disandro en la formación de la CNU y su impacto en el peronismo´, en las *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia,* Tucumán. En relación a

historiador nos facilita el acceso a la compleja red que contenía a las organizaciones del peronismo de derecha, a partir del análisis del caso de Mar del Plata entre 1970 y 1976. El autor destaca que estas agrupaciones se nutrieron de distintos sectores sociales entre los cuales se encontraban estudiantes y profesionales de sensibilidad nacionalista ligados a la Concentración Nacionalista Universitaria (CNU), la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN) y la Agrupación "Rojo Punzó"- Movimiento de la Juventud Federal, quienes construyeron intrincados vínculos políticos con la Juventud Peronista Comando de Organización (CdO), el Sindicato de Abogados Peronistas (SAP) y con las tendencias burocráticas del sindicalismo, llegando a tener un alto grado de articulación en la formación de la mesa marplatense de la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA). Esta investigación pone de manifiesto la necesidad de revisar un conjunto de representaciones a priori que circulan en nuestra historiografía del pasado reciente, que nos han llevado a homologar a la derecha peronista con la Triple A, dado que la exposición de la confluencia de distintas tendencias ideológicas y sectoriales en la conformación de este "fenómeno político, cultural y social" no deja márgenes para el reduccionismo y abre la puerta para reproducir el estudio de esta problemática en otras ciudades del país.

Precisamente, la reducción de la escala de análisis para el abordaje de expresiones locales y regionales es una de las tendencias que ha conducido a la profundización del conocimiento, que tenemos hasta el momento, sobre el nacionalismo tradicionalista. Resultan ilustrativos en este sentido, los trabajos de Juan Manuel Padrón sobre el Movimiento Nacionalista Tacuara en Tandil y el abordaje de la implementación del proyecto comunitarista -promovido por Ciudad Católica- en Pergamino durante "la Revolución Argentina"[25], realizado conjuntamente por Laura Graciela Rodríguez y María Barbarito. Más allá de las diferencias explícitas, estas investigaciones contribuyen a revelar las tramas relacionales que, desde ciudades del interior de la provincia de Buenos Aires, articulaban estas agrupaciones a través de sus vínculos con distintos espacios de la sociedad civil (sindicatos, prensa, instituciones confesionales) y del estado a nivel municipal, provincial y nacional, así como las manifestaciones de protesta y rechazo que generaron.

Asimismo, la adopción de perspectivas comparativas en el contexto de los países limítrofes por ejemplo, abre un horizonte infinito de posibilidades que han comenzado a ser exploradas por investigadores como Ernesto Bohoslavsky, en su estudio de los nacionalistas argentinos y chilenos en relación a la construcción de relatos conspirativos referidos a la Patagonia[26]. En sus publicaciones, este historiador se ha introducido en el estudio de la mitología conspirativa que estos sectores detentaban, en la cual se combinaban ciertas representaciones sobre la identidad nacional bajo la pretendida amenaza de un enemigo polifacético –comunista, judío, masón- en permanente acecho. Pero una de las notas distintivas de sus trabajos es que contempla asimismo el análisis del contexto de circulación de estas ideas, como las redes simbólicas que facilitaron su difusión.

Este tipo de iniciativas comparativas ha promovido recientemente una serie de encuentros de investigadores ligados a este campo, a fin de generar un espacio de discusión sobre los avances de los distintos proyectos en la materia, las dificultades que los atraviesan y la necesidad de revisar constantemente los andamiajes metodológicos, conceptuales e ideológicos usados. En este sentido,

---

estos estudios sobre la derecha peronista también remitimos a Carnaghi, J. L. (2010) ´La construcción de un sentido común sobre la ´derecha peronista´ de los años ´70´. *Antítesis* 3 (6): 1135-1154 y a Díaz, M. F. (2008) La CNU y el proceso de re-territorialización en la Universidad de Mar del Plata (1974-1976)´, en las II Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano, Universidad Nacional del Sur.

[25] Padrón, J. M. (2006) ´Ni yanquis ni marxistas, nacionalistas! Origen y conformación del "Movimiento Nacionalista Tacuara" en Tandil 1960-1963´, en las *Jornadas de Historia Política del Gran Buenos Aires en el siglo XX*, Buenos, Aires; Rodríguez, L. G. y Barbarito, M. (2011) ´Los católicos de derecha en los años sesenta. La experiencia ´comunitarista´ en Pergamino (1966-1973)´, en las *III Jornadas Nacionales de Historia Social*, La Falda.

[26] Bohoslavsky, E. (2009) *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX).* Buenos Aires: Prometeo Libros y (2008) ´Contra la Patagonía judía. La familia Eichmann y los nacionalistas argentinos y chilenos frente al Plan Andinia (de 1960 a nuestros días)´. *Cuaderno Judaico (25):* 223-248.

se han desarrollado varios talleres de trabajo sobre "Las derechas en el Cono Sur, siglo XX" en el transcurso de los últimos años, los cuales han contado con la participación de diversos cientistas sociales que han expuesto un conjunto de problemas y propuestas de estudio sobre este particular en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay.

Como conclusión, podemos afirmar que el panorama de las investigaciones sobre el nacionalismo tradicionalista posterior al golpe de 1955 exhibe un estado de crecimiento constante y sostenido, especialmente a partir de las últimas dos décadas.

Gran parte de los trabajos relevados se han concentrado en el estudio del ideario y los programas de las distintas organizaciones que lo integraron, circunstancia que ha permitido identificar la supervivencia de un núcleo ideológico central gestado en las primeras décadas del siglo XX, complementado por un reducido abanico de posiciones relativamente novedosas, relacionadas con algunos procesos de cambio, como los ligados al impacto que generó el peronismo y la renovación posconciliar dentro del catolicismo. Si bien mucho se ha avanzado en el análisis de la prensa nacionalista en esta etapa, estas publicaciones siguen despertando un gran interés en los investigadores, sobre todo porque constituyen al mismo tiempo un atractivo objeto de estudio y un reservorio documental privilegiado para el acceso a las redes de interacción en las que se insertaron estas agrupaciones. El análisis de este tejido relacional ha vertebrado varios estudios a los cuales nos hemos referido y ha expuesto el imperativo de que éstos se multipliquen a fin de profundizar en la comprensión de las modalidades de su funcionamiento en escenarios diversos, como el educativo, el sindical, el eclesiástico, el universitario y el profesional. Las próximas contribuciones en este sentido, sumadas a los proyectos que se enfocan en estudios de caso a nivel local o regional, podrían echar luz sobre la necesidad de preguntarnos si la inserción social de estos sectores nacionalistas pudo haber sido mayor de la que se ha considerado hasta el momento.

Indudablemente, en la evolución de este campo ha jugado un papel fundamental la renovación de la historiografía política, el enorme atractivo que tiene la historia reciente en especial sobre las nuevas generaciones de investigadores, el planteo de enfoques interdisciplinarios, la posibilidad de acceder a nuevos reservorios documentales y la intensificación de la interacción entre los investigadores bajo distintas modalidades de encuentros científicos presenciales o virtuales, circunstancias que estimulan el trabajo en equipo y la puesta al día sobre los avances y novedades. Las perspectivas a futuro son promisorias en este sentido y podemos esperar que en los próximos años el horizonte de conocimiento sobre esta temática se haya enriquecido con nuevos aportes, nuevas preguntas y nuevos desafíos a superar.

“Votar al oficialismo es votar a Liendo y a Scioli”. Sobre la tendencia “oficialista opositora” en las elecciones nacionales (del “voto bronca”) del 2001

Por Fabián Herrero*

(CONICET- Instituto Ravignani, UBA)

Resumen

En este trabajo se analiza el discurso del espacio oficialista en las elecciones nacionales de 2001, comicios muy particulares por varias razones: el protagonismo exclusivo del llamado voto bronca (blancos y nulos), la implementación de disposiciones electorales dispuestas por la Reforma Constitucional de 1994, como el voto directo y el cupo femenino, y la renovación completa del Senado. La hipótesis de este estudio es que el discurso de campaña del espacio oficialista, es paradójico en cuento funciona como opositor, por eso denominamos a esta franja política como “oficialistas opositores”.

Palabras clave: Política- Voto bronca- 2001- Argentina- Partidos

Summary

This work analyzes the speech of the party-liner in the national elections of 2001. These elections were very particular for several reasons: the exclusive protagonism of the “wrangle vote” (white and void), the implementation of electoral dispositions arranged by the Constitutional Reform of 1994, as the direct vote and the feminine quota and the renovation completes of the Senate. The hypothesis of

* Doctor en Historia (UBA). Investigador de Conicet, Instituto Ravignani, UBA. Ha publicado ocho libros de historia política Argentina. Entre ellos pueden mencionarse, (2004, reed. 2010) *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*. Ediciones Cooperativas (Rosario: Prohistoria). *Monteagudo. Revolución, independencia, confederacionismo*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2005. (Segunda edición, en Grupo Editor Universitario, 2006). *Constitución y federalismo. Una opción de los unitarios convertidos al federalismo durante el primer gobierno de Juan Manuel de Rosas*, Ediciones Cooperativas, 2006. *Movimientos de Pueblo. La política en Buenos Aires, 1810-1820,* Ediciones Cooperativas, 2007. *Federalistas de Buenos Aires, 1810-1820. Sobre los orígenes de la política posrevolucionaria*, Universidad Nacional de Lanús, 2009. Y dos volúmenes vinculados sobre la historia reciente, *Ensayos sobre las protestas sociales en la Argentina. Piquetes y cacerolazos en el marco de la caída del gobierno de Fernando de la Rúa*, Buenos Aires, Ediciones de la Unla, 2002; *“Capusoto cenador, Alberti almorzador”. Sobre la política y el “voto bronca” en los comicios nacionales del 2001*, inédito.

FECHA DE RECEPCIÓN: 31/08/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 18/11/2011

this study is that the speech of campaign of the party-liner is paradoxical because it works as opponent, this is why we name this political band as "party-liners opponents ".

Key words: Politics - Wrangle Vote - 2001- Argentina - Parties

Los comicios realizados en Argentina, en octubre de 2001, presentan una serie de singularidades que los distinguen. En los días previos los encuestadores señalan dos datos puntuales: el gobierno nacional obtendría una dura y categórica derrota y, el gran protagonista no sería una de las fuerzas políticas que disputaba la elección si no el denominado "voto bronca" o "voto puteada", esto es, el voto blanco y anulado.

Dos hechos mas también contribuyen para que este evento típico de la democracia representativa resulte particular: no se elige una parte o la mitad del Senado nacional, si no que se renueva completamente, situación que es percibida por un sector amplio de la sociedad como una noticia auspiciosa, luego que ese cuerpo se deshonrara políticamente tras aquel escándalo producido en el año 2000, cuando se conoce la información de un supuesto soborno a algunos representantes para que aprobaran una ley de reforma laboral presentada por el Poder Ejecutivo Nacional. Otro elemento, en verdad notable y vinculado con lo anterior, es la implementación de algunas disposiciones sancionadas en la reforma constitucional de 1994: el voto directo para la elección de Senadores y el cupo femenino. Como puede apreciarse, el acto electoral, tiene más de un ingrediente que lo hace especial.

El tema aún no ha tenido un examen exhaustivo por parte de los especialistas. Sí existen, en cambio, varios estudios que han contribuido de un modo ciertamente productivo al avance de algunas líneas de investigación. Así, resulta factible señalar interpretaciones generales, o bien algunas conclusiones valiosas sobre algunas dimensiones del fenómeno, o, también, puntuales preguntas que surgen, sobre todo, de las consecuencias no deseadas de esta etapa histórica.

En la mirada de Hugo Quiroga las elecciones nacionales de 2001 abrieron un período que calificó de impugnación política.[1] Su irrupción no fue abrupta. Signos de esa secuencia histórica ya podían advertirse en una etapa anterior, la renuncia del Vicepresidente fue quizás uno de los últimos eslabones de esa cadena. En su opinión, la pregunta que estuvo en el centro del debate fue saber si el voto negativo era un voto antisistema, es decir, si, a decir verdad, perjudicaba o fortalecía a la democracia. Si se tiene presente que el sufragio es una herramienta de poder de los ciudadanos, resulta posible pensar que el voto negativo puede ser visto como expresión de protesta y de sanción y no necesariamente como voto antisistema. Desde este ángulo interpretativo, se puede suponer que esa forma de votar fue un llamado de alerta o de advertencia a la clase política. A partir de esta última conclusión, el investigador rosarino sostuvo que el voto negativo se constituyó en un método circunstancial de protesta.

Yann Basset, por su lado, intenta reflexionar sobre el tipo de sufragio que emerge del fenómeno del voto bronca. Parte entonces de una descripción de la situación. Así, sostiene que la abstención, el voto blanco y el voto nulo constituyen tres maneras de no elegir entre las opciones propuestas en una elección.[2] Bien podría decirse, entonces, que estamos en presencia de casos de no elección. El tema debe pensarse en directa vinculación con el contexto de la democracia liberal en la cual se manifiesta. Desde esta última perspectiva, resulta del todo pertinente señalar que el voto es la expresión libre y soberana de individuos racionales, a los que se supone, además, interesados en participar en la constitución de la voluntad general. Situados en este punto, el lector puede comprender mejor que los tres tipos de comportamiento electoral mencionados introducen un desajuste entre lo que el autor denomina ideal cívico y la realidad del cuerpo electoral. Y es justamente ese carácter compartido por la abstención, el voto en blanco y el voto nulo el que justifica a sus ojos el estudio conjunto de estos tres fenómenos que, en las elecciones del 2001, llegaron incluso a opacar la cuestión del desempeño de las diferentes fuerzas políticas.

[1] Quiroga, H (2005), *La Argentina en emergencia permanente*, Buenos Aires: Edhasa, pp. 307 a 310.

[2] Basset, Y (2003), "Abstención y voto negativo. De la interpretación sociológica a la lógica política", en I. Cheresky y J. M. Blanquer, *De la ilusión reformista al descontento ciudadano. Las elecciones en Argentina, 1999-2001*, Rosario: Homo Sapiens ediciones.

En este cuadro, el voto negativo plantea un desafío y, al mismo tiempo, puede ser pensado como una especie de doble juego. Ya que si bien cuestiona a la clase política, también refuerza las instituciones democráticas en el marco de un momento crítico. En cambio, aquellos que directamente se abstuvieron de votar, generaron una incertidumbre, que bien puede convertirse en una realidad política de mayor relevancia en los días futuros.

Otra mirada interesante es la que coloca su foco de interés en la llamada representación. Es el caso de Inés Pousadela. A su juicio, la contienda electoral del 2001 fue en realidad un momento de "crisis de representación", en donde esta última se constituyó en objeto de discurso y pasó a situarse en el centro de las manifestaciones de protesta.[3] Los comicios expresaron, por consiguiente, tan sólo la primera manifestación de ese proceso, ratificado e intensificado en los episodios subsiguientes: la irrupción de la ciudadanía en el espacio público bajo la forma de los cacerolazos y el movimiento asambleario, su actuación en carácter de "poder destituyente" en el curso de las jornadas del 19 y 20 de diciembre del mismo año.

Isidoro Cheresky es otro de los investigadores que exploraron el tema a partir de la huella de la representación política. Pero en su caso quizás resulte interesante señalar aquí su punto de vista con relación a la ausencia del oficialismo dentro de la amplia y variada oferta electoral del 2001. Dicha situación no es excepcional y probablemente corresponde a las tendencias contemporáneas que rigen la recreación de la legitimidad política.[4] Para justificar su argumento, expone y desarrolla varios ejemplos. En 1989, Eduardo Angeloz, para competir por la presidencia, intentó por todos los medios diferenciarse del entonces Presidente, también de extracción radical, al punto que finalmente pudo mostrar como un éxito personal el haber provocado la renuncia del Ministro de Economía. En 1997, el titular del Poder Ejecutivo Nacional Carlos Menem, se presentó públicamente como alguien totalmente ajeno a la derrota electoral sufrida en ese año por el partido justicialista. Para el dirigente riojano el resultado negativo se debió a los errores provocados por su rival dentro de su partido, Eduardo Duhalde, hecho que lo ayudó en definitiva para relanzar sus intenciones reeleccionistas. Dos años más tarde, en los comicios presidenciales de 1999, volvió a repetir esta misma lógica política, al considerar que los nuevos resultados negativos suponían un factor de debilitamiento de sus adversarios internos y un elemento positivo para encarar su retorno en el 2003.

Fernando De la Rúa no escapó a este tipo de argumentos y de posicionamiento. En las elecciones del 2001 se situó en una posición de desentendimiento, confiando en que las elecciones pudieran desautorizar a sus rivales en el Partido Radical y reproducir una fragmentación en el liderazgo peronista, que le permitieran maniobrar en el futuro. Cheresky, no obstante, señala aquí un matiz importante con relación a sus predecesores: su debilidad inédita dada la orfandad de partido en que se hallaba.

Resultan relevantes, además, las investigaciones que fundan sus conclusiones sobre una base más cercana a los enfoques cuantitativos. Los trabajos realizados sobre los resultados electorales muestran varias cuestiones interesantes. Entre la última elección de 1999 y la del 2001 el crecimiento del voto nulo y blanco en todo el país es ciertamente importante, llegando incluso a multiplicar las cifras alcanzadas en aquella oportunidad.[5] Pero también señalan que las fuerzas políticas que más perdieron votos fueron aquellas que habían obtenido resultados altamente favorables en la elección anterior. Son los casos del partido gobernante y del AR (Acción por la República), el partido de Domingo Cavallo. Esos sufragios se habrían trasladado en el 2001 a las distintas opciones de voto negativo.

---

[3] Pousadela, I (2006) *Que se vayan todos. Enigmas de la representación política*. Buenos Aires: Capital intelectual, p. 79.

[4] Cheresky, I (2003) "Las elecciones nacionales de 1999 y 2001. Fluctuación del voto, debilitamiento de la cohesión partidaria y crisis de representación", en I. Cheresky y J. M. Blanquer, *De la ilusión reformista…ob. cit.*, p. 44.

[5] Escolar, M.; Calvo, E.; Calcagno, N. y Minvielle, S. (2002) "Últimas imágenes antes del naufragio: las elecciones de 2001 en Argentina". *Desarrollo Económico* 42 (165). Otro análisis minucioso de los resultados de los comicios puede verse en Fraga, R., Burdman, J. (2001) *Elecciones 2001. Análisis de los resultados*. Buenos Aires: Nueva Mayoría.com.

Desde la historia social, Alberto Bonnet propone pensar el tema a partir del impacto que sufre el voto positivo, ya que recibe un rechazo masivo.[6] Con respecto a su definición, sostiene que el voto bronca se presenta como una expresión de rechazo colectivo, semi-espontáneo y masivo, por parte de sectores de la pequeña burguesía y la clase trabajadora golpeados por la crisis. No hay entonces un segmento social determinado que está detrás de esta opción, si no un conjunto variado de actores que decidieron manifestarse de esta forma: desde porteños de clase media, pasando por los pequeños productores agrarios quebrados y/o inundados de varias provincias, hasta desocupados del Gran Rosario.

A la hora de explicar los motivos, el investigador de la Universidad de Quilmes afirma que los que votan de esta manera son sectores cuya inserción social previa había sido destruida o estaba directamente amenazada por la crisis. El rechazo al voto positivo era, en este sentido, una expresión más de protesta contra una dirigencia política responsabilizada por dicha crisis. Su carácter semi-espontáneo radicó en que combinó conductas más o menos organizadas, acaso minoritarias, con otras puramente espontáneas.

Mónica Gordillo, también en clave social, presenta una hipótesis en términos de conjetura inicial. Esta acción podría "situarse en un terreno difuso entre la protesta, la resistencia y, tal vez, la desobediencia civil, entendida la primera como acción que define un antagonista y que aparece como nombre y voz en el espacio público con una pretensión de generalidad, y la segunda, como expresión de un desacuerdo, de un disgusto, pero que no adquiere la forma de confrontación en el espacio público."[7] No hay duda, sin embargo, que bajo cualquiera de las formas señaladas es resultado de la interacción social. En la mayoría de los casos, no se habría tratado de un mero comportamiento individual sino de una acción colectiva, sin que esto signifique necesariamente la preexistencia de colectivos claramente definidos con este objetivo.

Como puede apreciarse, el tema ha sido visto desde ópticas muy diferentes. En otro trabajo, he estudiado la elección del 2001 tratando de aprovechar algunas de las líneas hasta aquí señaladas y abriendo nuevos espacios de análisis. De este modo, me he ocupado de examinar las propuestas de los distintos espacios políticos que compiten en estas elecciones, pero también de describir y de reflexionar en torno al clima que rodea y atraviesa la campaña proselitista, las intervenciones sobre el fenómeno del voto bronca, tanto antes como después de los comicios y, finalmente, los resultados electorales.[8]

En las páginas que siguen, me interesa detenerme en el examen del espacio político oficialista que se presenta en los comicios. Un tema que tiene su particularidad, como señalé mas arriba. Los objetivos principales pueden ser sintetizados de este modo. En un primer momento, interesa conocer qué aspectos se debe tener presente cuando se realizan elecciones en el marco de una crisis de poder. En segundo término, examino puntualmente a algunos candidatos oficialistas. Y en este sentido, como el lector ya lo sabe por el título del trabajo, resulta oportuno señalar las características sobresalientes que determinan, a mi juicio, que hablemos de "oficialistas opositores". La exposición y explicación de sus propuestas centrales constituyen el nudo del tercer objetivo de nuestro trabajo. Un cuarto punto alude al desarrollo de la campaña electoral, los actos, la imagen de los candidatos y la descripción del "otro" político.

Es bueno aclarar que, cuando digo espacio oficialista, no me estoy refiriendo a todos los territorios electorales, mas allá que haga algún tipo de mención. Centro mi estudio sobre algunos elementos que he podido rastrear en los casos del distrito capitalino y la provincia de Buenos Aires.

---

[6] Bonnet, A. (2007) *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001.* Buenos Aires: Prometeo, p. 148.
[7] Gordillo, M. (2010) *Piquetes y cacerolas...El "argentinazo" del 2001.* Buenos Aires: Sudamericana, p. 140.
[8] Herrero, F. (inédito), *"Capusoto cenador, Alberti almorzador". Sobre la política y el "voto bronca" en los comicios nacionales del 2001.*

Algunas notas sobre las elecciones en un imaginario de crisis de poder

Las elecciones señalan un momento de inflexión en donde el pueblo se expresa políticamente a través del sufragio y, al mismo tiempo, se genera la fuente de legitimidad esencial para todos aquellos que se presentaron a cargos electivos y resultaron ganadores. El caso del 2001 tiene su particularidad. No estamos frente a cualquier elección, en la medida que ese acto se da en un momento de crisis de poder. Lo que interesa aquí es reflexionar en torno a algunas cuestiones que rodean y atraviesan la contienda electoral. Una de ellas es justamente cómo funciona el imaginario social en el preciso instante en el cual el pueblo puede incidir con su voto en un clima de tormenta política.

Bronislaw Baczko, en un bello y reflexivo volumen, advierte que cuando estamos en presencia de un período de este tipo es necesario que tengamos también presente que son momentos en los que se "intensifica la producción de imaginarios sociales competidores".[9] ¿Por qué? Básicamente porque surgen aquí y allá renovadas esperanzas en el horizonte de lo posible y de lo deseable. Es que de algún modo todo parece aproximarse a las ilusiones y a los sueños de otro tipo de realidad histórica. En ese espacio abierto y dinámico, resulta factible observar nítidamente, en el ahora amplio y despejado cielo de la política, la proliferación de "representaciones de una nueva legitimidad" y, paralelamente, de un futuro diferente, los cuales, a decir verdad, van ganando con el correr de los días "tanto en difusión como en agresividad".[10]

Sí Baczko, al utilizar la noción de imaginario, nos alerta sobre la irrupción y la diversidad en la competencia de propuestas de futuro político en tiempos calientes, Georges Balandier, también al recurrir a ella, nos recuerda qué se dramatiza, qué se representa en la escena electoral, justamente en espacios políticos donde funciona la democracia pluralista.

Resulta conveniente, por consiguiente, no pasar por alto que en los sistemas políticos con esta clase particular de trama democrática las elecciones señalan un verdadero punto de inflexión, en las cuales el imaginario juega un papel. Este tipo de dominio político, como es bien sabido, se basa en el sistema de representación, según el cual el poder resulta de la regla mayoritaria.[11] No depende ordinariamente ni de la connivencia de los dioses o del respeto por la tradición, ni tampoco de la irrupción del héroe o del control sobre las corrientes de la historia. Requiere, para decirlo más directamente, del arte de la persuasión, del debate, de la capacidad para crear efectos que favorezcan la identificación del representado con el representante. Aparece en el centro de la escena el recurso de lo imaginario que, en términos generales, significa la convocatoria "a un porvenir en el que lo inevitable traerá consigo mejoras" para amplios y variados sectores sociales. Y es exactamente dentro de este marco de creencias, donde, metafóricamente, bien puede decirse, que "las luces de escena del futuro ilumina el presente".[12]

Es de esta manera que en el orden del imaginario social, los comicios tienen entonces su parte de dramatización, ya que a través de ellos se crea la impresión de que puede jugarse siempre una "nueva partida". La intensidad de la acción resulta de la incertidumbre relativa a la mayoría, a su mantenimiento o a su cambio.

---

[9] Bronislaw, B. (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 29.
[10] Ibidem.
[11] Balandier, G. (1994) *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Paidós: Barcelona, p. 20.
[12] *Ibid*. P. 19.

Por estas razones, en nuestro examen, nos interesa detenernos en la aparición de los imaginarios competidores. La oferta electoral es amplia y ella refleja un mundo de nuevas posibilidades de renovación y de cambio. Es claro que esto es lo que a los ojos de cada una de esas fuerzas se lee en las entrevistas de los candidatos o en sus discursos, las cuales no necesariamente están en línea con el cambio verdadero que prometen. Lo que sí interesa destacar es que ese espacio de nuevas posibilidades sí existe por lo menos para algunas franjas de la sociedad que pretenden competir electoralmente.

Como ya lo he indicado, he examinado en otro estudio algunas de las posturas de las fuerzas políticas, de esos imaginarios competidores: los espacios de izquierda, las nuevas fuerzas políticas, el peronismo. En estas páginas, particularmente analizo una de ellas, la que denomino "la tendencia oficialista opositora."

"Oficialistas opositores"

¿Por qué señalamos una tendencia oficialista opositora? ¿Qué significa? Deberíamos comenzar recordando una situación particular que ya insinuamos más arriba. El Presidente, que oficia en cada elección como el oficialismo, expresamente sostiene que no presenta candidatos propios y, en este sentido, declara que debe ser considerado prescindente en la elección. El hecho, por supuesto, no habitual, es recibido con cierta sorpresa y comunicado con cierto tono irónico por parte de un sector de la prensa. En *Página 12*, por ejemplo, se señala que uno de los datos más extraños del escenario electoral es "la intención del Gobierno de interpretar que el resultado, lisa y llanamente, no le concierne".[13] En cualquier democracia que se precie de su madurez, afirma al respecto Natalio Botana en su columna del diario *La Nación*, el juego electoral se dirime entre dos pretensiones: la pretensión de gobernar y la pretensión opositora de representar una alternativa hacia el futuro. En esa trama, resulta imprescindible la presencia de las agrupaciones partidarias. "Las elecciones del domingo, concluye el autor del *Orden Conservador*, fueron en este sentido un experimento manco: faltó en ellas el partido que defendiera al gobierno."[14] Pero hay, al mismo tiempo, voces de acompañamiento del gesto del Ejecutivo Nacional. En una nota de ese mismo diario, y en un tono decididamente más solemne y quitándole valor a los comicios, se afirma que para el Gobierno se trata de "elecciones distritales, de las que se mantuvo prescindente."[15]

De esta manera el Gobierno nacional no tiene, en rigor, candidatos propios. Sin embargo, la Alianza presenta candidaturas en casi todo el país, o bien lo hace bajo la sigla UCR, esto es, bajo el sello de uno de los partidos que integran la coalición gobernante. En este preciso sentido, es de notar que en más de una nota de opinión se señala que De la Rúa ha mostrado en la intimidad cierto enojo y malestar, ya que en la Capital Federal (su distrito electoral en el que perdió la interna con el sector de Rodolfo Terragno), para deslindarse del Gobierno nacional no van con el sello original de la Alianza (como sí lo hace Alfonsín por ejemplo) y, en su lugar, lo hacen bajo el nombre de Alianza 2001.

Entonces, ¿hay o no hay presencia electoral aliancista? Sí, la hay, pero se presenta con un discurso diferente al que tiene cualquier oficialismo. Sucede que no siguen la línea política del gobierno, son, en una proporción importante, críticos del rumbo económico que impulsa el Poder Ejecutivo Nacional. Por eso se da una paradoja: son oficialistas porque pertenecen a la Alianza de

[13] "Los que quieren ser sordos a la voz de los que votan", *Página 12*, 14-12-2001.
[14] "Descontento y victoria justicialista", *La Nación*, 18-10-2001.
[15] "Se renueva la totalidad del Senado", *La Nación*, 14-10-2001.

Gobierno (radicales y frepasistas), sin embargo, se presentan como candidatos opositores en la medida que sostienen un discurso en donde se reclama un cambio del rumbo económico vigente e inclusive piden que se cambie de Ministro.

En una entrevista, la candidata a Diputada nacional América González, es consultada sobre la paradoja de presentarse como opositora desde la boleta de la Alianza. A su juicio, es muy claro distinguir en el campo político cuál es la fuerza que representa el pensamiento gubernamental: "votar al oficialismo es votar a Liendo y a Scioli."[16] De esta manera, pretende subrayar que el espacio que defiende y promueve el rumbo de la administración nacional es ese espacio de la Capital Federal conformado por el partido de Cavallo y el sector peronista de extracción menemista. Y en esta línea, agrega, "yo estoy en disenso con el modelo económico y se lo dije al Presidente cuando eligió a Cavallo y también lo expuse en mi bloque." En la misma línea, la frepasista Vilma Ibarra, candidata a Senadora por la Capital Federal por la Alianza 2001, también se presenta como una dirigente que no es oficialista y, a renglón seguido, para que no queden dudas, cuestiona al gobierno de De la Rúa. [17]

En el acto de cierre electoral porteño, Rodolfo Terragno, por su lado, les recuerda a los militantes que lo escuchan, "estoy fuera del gobierno porque nunca dejé de pensar y decir" que la actual política económica traería "recesión, desempleo, déficit, deuda, pobreza y desigualdad". Inmediatamente repitió su slogan contra el Ministro de Economía, el cual ya había señalado a lo largo de toda la campaña, "creemos de verdad, dijo con cierta indignación, que quien recorta en educación es un ignorante". [18] En un tono aún más alto, en la última semana de campaña electoral, directamente afirmó que la Argentina "no está gobernada por políticos sino por usureros que extorsionan, coaccionan y les chupan la sangre a los jubilados". Este duro cuestionamiento tiene un destinatario particular, Domingo Cavallo y su equipo de economistas y técnicos. Con el mismo razonamiento, recordó que esos "usureros" son "quienes participaron del megacanje que agravó la situación de la deuda, bajaron un 13 por ciento a los jubilados y a los empleados públicos y no pagan a los proveedores del Estado."[19]

Como puede apreciarse, en las líneas discursivas de los principales candidatos oficialistas opositores, todo tiende a resaltar los aspectos más negativos del Gobierno Nacional y a mostrarse públicamente como los verdaderos opositores a las ideas madres de la gestión oficial. El periodista Miguel Bonasso, en un reportaje publicado en *Página 12*, le señala justamente al candidato radical de la ciudad de Buenos Aires exactamente este movimiento contradictorio, esto es, cómo puede ser candidato por la Alianza y paralelamente tener un discurso opositor al Presidente que representa a esa fuerza política. Así, en clave psicológica le pregunta concretamente, "¿no ve en esto una situación un tanto esquizofrénica?". La respuesta es categórica. "Yo no veo la esquizofrenia, lo que veo es que hay en la Argentina un gobierno de coalición y cuando hay una coalición pasa siempre esto." [20] Para el candidato a diputado, los problemas en la Alianza habrían comnezado en una fecha precisa, la de la asunción al cargo de Ministro de Economía: "Con la incorporación de Cavallo al gobierno se torna una coalición al estilo del "Pentapartit", donde pueden coexistir el Partido Comunista y el Partido Demócrata Cristiano, y eso no quiere decir que los comunistas se hagan democristianos, ni que los democristianos se hagan comunistas. Es una situación a la

[16] "En la ciudad se puede", *Página 12*, 13-10-2001.

[17] "La futura senadora porteña", *Clarín*, 11-10-2001. En un reportaje que publica el diario *Página 12*, amplia su posición al sostener que en esta campaña su fuerza tiene que atravesar una situación compleja, "representamos a una coalición progresista de la ciudad, donde gobernamos frepasistas, radicales, peronistas, socialistas y tenemos incorporados peronistas en el gabinete porque creemos en la transversalidad para la construcción, pero la verdad es que la Alianza que la gente votó en el 99 no está en el gobierno nacional." "No basta con no robar, el ARI no hizo propuestas", *Página 12*, 12-10-2001.

[18] "Para volver "como en el 83", *Página 12*, 11-10-2001.

[19] "Terragno: "Nos gobiernan usureros", *La Nación*, 9-10-2001. Sobre el mismo tema véase además, "De la Rúa tendría que ser suicida para seguir con el modelo", *La Nación Line* (13,01), 11-10-2001.

[20] "Hay que sacarse de encima esta deuda escandalosa", *Página 12*, 8-10-2001.

que no estamos acostumbrados. Aquí está muy clara la situación. En un momento de crisis, acosado por los números, por los sectores liberales y por los sectores financieros internos y externos, De la Rúa creyó necesario entregarle el Ministerio de Economía al partido que no tenía absolutamente nada que ver". Ahora bien, cómo entonces se resolvería esta confusión. Para el candidato radical la contienda electoral es la instancia que puede poner blanco sobre negro. "Esta elección, agrega Terragno, viene a poner claridad sobre esto, porque parece que aquí hay mucha gente que hasta ahora no se había dado cuenta de que la Alianza era una cosa y que el Ministerio de Economía estaba en manos de un partido que no tiene nada que ver. Hizo falta que llegara esta elección para que lo advirtieran. Solo que algunos creen que la incongruencia está en la elección y no en la conformación del gobierno."

Para el primer candidato a Senador por la Capital Federal, como se ve, la incoherencia no es la de los aliancistas que se oponen al Gobierno si no la de éste que incluyó en su elenco ministerial a aquel que perdió las elecciones, exactamente, contra esta coalición política. Este es el motivo que justifica que la pelea, como dirá en otra parte del reportaje, se dé desde adentro de la Alianza, ya que a sus ojos hay espacio suficiente para tratar de que esta fuerza política vuelva al carril del inicio de su proceso político.

Es interesante notar, además, que en su opinión la equivocación de De la Rúa parte del momento en que el ministro cordobés se hace cargo de la cartera económica. De este modo, no considera que antes de ese período haya habido algún desvío de los parámetros políticos e ideológicos de la Alianza. Esto, claro está, sí es advertido por sus adversarios que le recuerdan, una y otra vez, que los ajustes de la economía, no comienzan con la gestión de Cavallo, si no que se producen mucho antes, en la etapa en que Terragno se desempeña, precisamente, en el cargo de Jefe de Gabinete. Los ajustes, en efecto, se inician con Machinea en el comienzo de la administración aliancista.

Justamente, otra pregunta de Bonasso ilustra perfectamente esta cuestión particular. "¿Cómo resuelve la contradicción que surge ante los ojos de los electores cuando recuerdan que ud. fue jefe de gabinete de este Gobierno cuando tomó las primeras medidas recesivas?" Su respuesta sigue con la lógica anterior que ya señalamos, justifica sus acciones políticas y no hay en su opinión ningún tipo de autocrítica que considere necesario hacer. De este modo sostiene, "en primer lugar, a mí me llama mucho la atención la contradicción de los críticos. A Chacho Álvarez lo critican porque se fue, porque no dio la pelea desde adentro. Y yo di la pelea desde adentro hasta el punto en que me convertí en un obstáculo molesto y me echaron. Por otra parte es la primera vez que yo soy cabeza de lista, es la primera vez que la gente va a poder votar mis ideas." [21] De esta manera, pretende distinguir dos estrategias diferentes, desplegadas por aquellos dirigentes, que, decepcionados por el rumbo del Gobierno adoptan una posición de cuestionamiento. Una es la él, que piensa que aún es posible torcer el rumbo de la política llevada adelante por la Alianza hasta el presente; la otra, es la del ex Vicepresidente, quien cree que no es factible dar esa batalla y decide dar un paso al costado.

Ahora bien, ¿quiénes son los oficialistas opositores? Están en la mayoría de las provincias, por eso el Presidente dice que se siente prescindente de esta elección ya que no tiene candidatos propios. Pero en este trabajo, como ya lo advertimos, solamente vamos a centrarnos en dos territorios, Capital Federal y provincia de Buenos Aires. ¿Qué buscan? Buscan crear un espacio independiente con relación al Gobierno Nacional, con la intención de volver a los postulados de la campaña electoral que los llevó al poder.

América González sostiene que De la Rúa, pasada la contienda electoral, debe adoptar una posición en caso de que ganen los sectores aliancistas críticos de su gobierno. Desde este supuesto, razona que "si dentro del Congreso se amplía la voz de su partido y de la gente que hizo alianza con él y le dice no estamos de acuerdo con esta coalición con el cavallismo, es de esperar que se reconcilie con

[21] *Ibid.*

la gente que le dio el voto." [22] De este modo, la tendencia "oficialista opositora" juega a ser una alternativa de poder dentro de la Alianza, juega a producir un cambio "progresista", como dicen sus dirigentes, desde adentro.

Esta postura, para terminar, tiene obviamente sus problemas a la hora de ser explicada a la sociedad porteña, que, en definitiva, votando a Terragno-Ibarra vota a la Alianza que gobierna a nivel nacional, pero que lo hace con propuestas opositoras a ella. Que la dificultad es grande y que no es fácil hallar las palabras que puedan encerrar un discurso medianamente coherente es admitido por la propia candidata del Frepaso. En este preciso sentido, Vilma Ibarra sostiene que "es muy difícil transmitir a la gente que estamos representando oposición clara y concreta a la política económica de este Gobierno Nacional. La sensación de la gente de que el Gobierno Nacional no cumplió con sus promesas genera mucho desencanto que se está viendo en el voto en blanco y las pocas ganas de votar que tiene mucha gente." [23]

El discurso de los "oficialistas opositores" tiene entonces dificultades a la hora de producir un efecto de coherencia. Esta dificultad se manifiesta en algunas declaraciones que no quedan del todo claras. Me refiero a ciertas afirmaciones que, en medio de un discurso no del todo preciso, no se sabe a qué apuntan concretamente. Estoy pensando justamente en el momento en que Alfonsín afirmó que "el Gobierno no va a hacer una mala elección".[24] O cuando Terragno, por su lado, opinó que es "posible" que la Argentina salga adelante y estimó que tras las elecciones "va a haber un fortalecimiento del ala radical y de la Alianza".[25] Los electores porteños o los bonaerenses, seguramente, pero también el lector puede preguntarse como nosotros, ¿cuál Gobierno y cuál Alianza, la del Presidente o la de la tendencia "oficialista opositora"?

Algunas propuestas de campaña: deuda externa, unión nacional.

El eje de las propuestas de campaña de la tendencia "oficialista opositora" es principalmente la deuda externa, también hay menciones (aunque en menor medida) a la reforma política y a la desocupación y, en el caso particular de Alfonsín, hay un llamado a lo que denomina la "unión nacional".

La importancia de la economía puede verificarse en los discursos de Terragno y Alfonsín, donde todo el tiempo se refieren, entre otros temas, el modelo económico, la deuda externa, el Ministro de Economía, la dolarización, la devaluación. En este sentido, y haciendo un balance de final de campaña, Vilma Ibarra reconoce justamente que "el debate económico ocupó una parte muy importante porque el país está muy mal porque la gente percibe que este modelo económico está agotado y que la política del ajuste permanente ya no lleva a nada."[26]

Ricardo Alfonsín es el candidato a Senador nacional por la provincia de Buenos Aires, su postulación no se dio por medio de una interna partidaria si no que se logró en base a un consenso. El tema central desarrollado en la campaña se centró en la consigna "hambre cero,

[22] "En la ciudad se puede", *Página 12*, 13-10-2001.
[23] "No basta con no robar, el ARI no hizo propuestas", *Página 12*, 12-10-2001.
[24] "Alfonsín: "El Gobierno no va a hacer una mala elección", *La Nación Line (20,21),* 10-10-2001.
[25] "De la Rúa tendría que ser suicida para seguir con el modelo", *La Nación Line (13,01*), 11-10-2001.
[26] "No basta con no robar, el ARI no hizo propuestas", *Página 12*, 12-10-2001.

corrupción cero y evasión cero" y en un severo cuestionamiento a Eduardo Duhalde, el "otro" político de esta elección, básicamente por su gestión al frente del Ejecutivo provincial entre 1991 y 1999.[27]

Si bien su postura, en las distintas actividades proselitistas, registra varios aspectos, como acabamos de adelantar, tiene sin lugar a dudas en la economía, el ministro a cargo del área y, sobre todo, en la deuda externa, sus puntos más sobresalientes. Es bajo estas líneas de preocupación, que, por ejemplo, advirtió, que en la Cámara de Senadores "no vamos a votar ningún ajuste que promueva recortes a empleados estatales y jubilados."[28] Días antes, al regresar de un viaje a Francia, donde participó de un Congreso de la Internacional Socialista, expresó que prefería otro Ministro de Economía, pero evitó dar nombres.[29]

En la misma línea de cuestionamiento al Gobierno Nacional, en declaraciones realizadas a la prensa antes de comenzar un acto en la localidad de Quilmes, el veterano dirigente radical se manifestó en contra de la convertibilidad, aunque admitió que es "una trampa de la cual es muy fácil entrar pero dificilísimo salir", se mostró, además, en contra de una devaluación porque "hay mucha gente que se ha empeñado en dólares, también empresas y el Estado mismo está endeudado en esa moneda". En este contexto, se refirió particularmente a la deuda externa donde cree ver la llave que permitirá encontrar la puerta de salida de la crisis vigente.[30] En su opinión, "la solución a esta crisis económica tan prolongada está en la reprogramación de la deuda, con un plazo de gracia para el pago de capital e intereses". Y en este sentido, razonó al respecto, "todo lo que sale todos los años de nuestras arcas, esos miles de millones de dólares, son necesarios para invertir y dar trabajo a nuestro pueblo. Por ejemplo, si tengo un deudor querré que trabaje para que cuente con los fondos para que me pague y ahora los acreedores están empezando a darse cuenta de que esto es lo que tienen que hacer con el país."

Despejar el problema de la deuda permite pensar, entonces, en los problemas reales de los ciudadanos. Este mismo punto de vista es el que expone Rodolfo Terragno en su campaña porteña. Con respecto a esta cuestión, también plantea la reprogramación de los pagos. En ese marco, reflexiona sobre sus consecuencias inmediatas: "tomando solamente intereses, yo creo que se elimina el déficit. Porque hoy en día la Argentina tiene un importante superavit primario, la nación Argentina recauda más de lo que gasta, a no ser por los intereses, que son unos 11.000 millones. Teniendo en cuenta que el déficit está aproximadamente en 6 mil, bajando el servicio de la deuda a la mitad está resuelto el problema del déficit".[31]

Otros temas de la campaña son la reforma política y la desocupación, aunque tienen una consideración menor. Con respecto a la primera cuestión, a partir de una retórica muy general, los candidatos de Capital Federal, sostienen que es necesario implementar algunas medidas que aún no han sido aplicadas y que constan en la reforma constitucional de 1994, como por ejemplo "la de dictar las bases para la reogionalización". Al mismo tiempo, plantean la necesidad de que los partidos "deben ser democratizados internamente y sus gastos deben ser sometidos a auditoría externa".[32] Los de provincia de Buenos Aires, por su parte, consideran que los partidos "deben

[27] "El PJ bonaerense se perfila como el favorito", *La Nación*, 12-10-2001.
[28] "Alfonsín: "El Gobierno no va a hacer una mala elección", *La Nación Line (20,21),* 10-10-2001.
[29] "Alfonsín está espantado", *Página 12*, 7-10-2001.
[30] "Alfonsín insiste en criticar el plan de convertibilidad", *El Día*, 7-10-2001. Con respecto a su postura sobre la deuda véase además, "Alfonsín está espantado", *Página 12*, 7-10-2001. "Alfonsín: "El Gobierno no va a hacer una mala elección", *La Nación Line (20,21),* 10-10-2001. "Una guía con todas las propuestas", *La Nación*, 8-10-2001.
[31] "Hay que sacarse de encima esta deuda escandalosa", *Página 12*, 8-10-2001. Véase además, "Una guía con todas las propuestas", La Nación, 7-10-2001.
[32] "Una guía con todas las propuestas", *La Nación*, 7-10-2001.

cumplir su papel fundamental del sistema democrático, adecuando su funcionamiento, selección de candidatos y formación de dirigentes. E impulsar un debate sobre la calidad y costo del sistema de representación." [33]

Con relación al desempleo, los candidatos de Buenos Aires proponen "el reordenamiento de los programas de asistencia social." En este sentido, sostienen la necesidad de establecer un "subsidio para los casi 270. 000 jefes de hogar desocupados; capacitación de los beneficiarios; incorporación de habilidades que faciliten su reinserción laboral." [34]

Los candidatos de la Capital impulsan, por su lado, crear "un registro nacional de empleo y desempleo". Al mismo tiempo señalan que es necesaria la creación de "un mercado electrónico de trabajo; crear centros de empleo, impulsar una "food card", una tarjeta para poder comprar alimentos sin intermediación." [35]

Con respecto a estos últimos puntos, Terragno fue consultado acerca de si consideraba que esta propuesta no se contraddecía con el proyecto de la CTA de crear un salario mínimo para los jefes de familia o de bajar las horas laborales de las 500 firmas más grandes del país para crear 135 mil nuevos puestos de trabajo. El radical respondió que no le parecía una contradicción. Y en esta línea aclaró, "a mí las iniciativas de la CTA me parecen muy interesantes. Lo que ocurre es que yo partí de la posibilidad de una reestructuración de la deuda, y a partir de ahí pensar en cómo se podían reasignar los recursos que nos ahorraríamos con eso. Me parece que hay que discutirlas porque son propuestas serias. Pero sin una política industrial que duplique el PBI en 10 años, para lo cual hay que crecer al 6 por ciento anual y por lo tanto generando empleos verdaderos no hay solución al problema."[36]

Durante varios meses, Alfonsín propuso un gobierno de unidad nacional. La idea no tuvo eco en el ambiente político, sólo algunas evocaciones de Eduardo Duhalde, quien posteriormente también dejó de mencionar el tema. Para decirlo rápidamente: no hay, en la escena pública, actores que apoyen esta propuesta. Sin embargo, el ex Presidente radical volvió a impulsarla en el marco de la campaña electoral.

Alfonsín defendió su idea al recordar que esa vía fue la que aplicó cuando decidió juzgar a las Juntas militares. Lo hizo en momentos en que visitó la UIA (Unión Industrial Argentina). En este sentido, sostuvo que "debemos buscar consensos que terminen con el discurso neoliberal excluyente en materia económica. Cuando se juzgaron a las Juntas militares en 1984, ¿quién lo hizo? ¿un Presidente solo, un partido político solo –la UCR o un gobierno –el mío- solo? Definitivamente lo hizo la unión nacional" [37]

Para respaldar su iniciativa introdujo un ingrediente importante al señalar que el Presidente está dispuesto a escuchar propuestas y a modificar el rumbo. Concretamente afirmó, "De la Rúa quiere conversar el cambio del plan económico. Estamos viviendo la inercia (de un modelo). Hay medidas que son irreversibles, pero esto no lo hace ni un gobierno ni un partido político, sino el sentido de unión nacional". El señalamiento resulta vital para por lo menos poner en discusión su idea, sin embargo, el Presidente nunca confirmó lo que expresó Alfonsín y, este último nunca más volvió a referirse a esa supuesta apertura presidencial.

---

[33] "Una guía con todas las propuestas", *La Nación*, 8-10-2001.
[34] *Ibid.*
[35] "Una guía con todas las propuestas", *La Nación*, 7-10-2001.
[36] "Hay que sacarse de encima esta deuda escandalosa", *Página 12*, 8-10-2001. Un día mas tarde, avanzó sobre esta cuestión sosteniendo que fue "un error del Presidente haber convocado a Cavallo". De inmediato aprovechó para explicar su propuesta: "consiste en una política industrial orientada al mercado mundial para desarrollar nuevas ventajas competitivas". "Terragno: "Nos gobiernan usureros", *La Nación*, 9-10-2001.
[37] "Alfonsín: "De la Rúa quiere conversar el cambio de plan", *La Nación*, 10-10-2001.

En el acto de cierre de campaña, en Chascomús, volvió a señalarla. Sostuvo que si bien es una propuesta de la Alianza no significa que ella sea la que la aplique por sí sola. De este modo aclaró su alcance repitiendo alguno de sus dichos anteriores: "hablo de la unión nacional como una posición de la Alianza. No como un gobierno de coalición, sino para ponernos de acuerdo en 10 puntos básicos para salir de la crisis." [38]

La campaña: "corta y modesta" y con candidatos opositores

En líneas generales, como lo analizo en otro estudio, la campaña electoral se desarrolla en un clima de mucha indiferencia y de enorme rechazo hacia los dirigentes políticos.[39] Ese ánimo negativo, como si estuviera todo el tiempo escrito en la frente de los ciudadanos, lleva una justificada alarma a las filas de los posibles futuros legisladores nacionales. No es casual que, en un análisis por los temas que ocupan la agenda pública en el tramo final de las actividades proselitistas, sean precisamente temas laterales o bien las consecuencias no queridas del acto eleccionario, las que centralmente figuren allí. Las repercusiones de los atentados a las torres gemelas, los posteriores preparativos para el inicio de la guerra en Afganistán, por parte de las fuerzas militares norteamericanas, el fenómeno del "voto bronca", la imagen negativa tanto de De la Rúa como de Cavallo, la ausencia de debates y el desinterés ciudadano, forman parte de una campaña breve y casi inadvertida. "Para muchos la campaña, señala en esta precisa línea un cronista de *Clarín*, nunca llegó a empezar."[40] En este contexto, examino diversas cuestiones referidas a estas labores políticas desarrolladas por algunos de los candidatos de la tendencia "oficialista opositora".

Exactamente con dos palabras, "corta y austera", la ya citada candidata Vilma Ibarra, resume sus características esenciales.[41] Los motivos que posiblemente explican este hecho remiten directamente a la situación crítica que atraviesa el país y a sus lamentables consecuencias pero también al poco aprecio y a la escasa simpatía que despiertan los dirigentes políticos y, sobre todo, la pésima gestión del Gobierno nacional. Terragno sostiene, con plena confianza en que puede ver con entera claridad el telón de fondo de esta dura realidad, que frente a los comicios, la ciudadanía no puede hacer otra cosa que frustrarse. Tal estado social tiene sólidos fundamentos en ejemplos tan cotidianos como palpables. Ese sentimiento resulta a todas luces comprensible, "cuando se juzga al árbol por los frutos", dice el radical porteño, y se ve muy claramente cuando "se está con un desempleo crónico, con una deuda impagable y con recortes a jubilados", dentro de este amargo panorama, concluye, "uno no puede ignorar que esa frustración tiene causas." [42] Alfonsín, por su lado, comparte este punto de vista, al adjudicar el descrédito de la política a la "crisis prolongada que vive el país", pero en su opinión debe sumarse a ello el "caso de algunos políticos que no han dado prueba de lo que es una noble vocación, servir al pueblo, sino que han pretendido servirse de ella." [43]

En este marco de descreimiento generalizado no puede sorprender, entonces, la noticia de dos propuestas electorales de la Alianza de Capital Federal, destinadas a generar otras expectativas y otros modos de hacer política. En el acto de cierre de campaña, Terragno tuvo la ocasión y la oportunidad de explicarla: "si hay bomberos voluntarios por qué no puede haber un legislador voluntario en

[38] "La campaña terminó sin estridencias", *La Nación*, 12-10-2001.
[39] Herrero, F., (inédito), *op. cit.*
[40] "Con actos de bajo perfil los candidatos cierran sus campañas", *Clarín*, 10-10-2001.
[41] "No basta con no robar, el ARI no hizo propuestas", *Página 12*, 12-10-2001.
[42] "Hay que sacarse de encima esta deuda escandalosa", *Página 12*, 8-10-2001.
[43] "Alfonsín insiste en criticar el plan de convertibilidad", *El Día*, 7-10-2001.

la Argentina"[44], de esta manera adelantó a sus seguidores y a los porteños que, de ser elegido, renunciaría a su dieta. Seguidamente, hizo otro anuncio, "hemos decidido escriturar nuestras promesas y mañana nos presentaremos en el Colegio de Escribanos a documentar lo que nos comprometemos a hacer en el Congreso". Se refiere, en este caso, a los candidatos a Senadores y Diputados nacionales de la Alianza, quienes se comprometen a votar en contra de "cualquier rebaja a jubilados, pensionados, obreros, empleados, y de la reducción del presupuesto en salud y educación". [45]

Esta idea, que radicales y frepasistas bautizaron "voto-mandato", no es nueva. Es similar a la que puso en marcha en el distrito la Democracia Cristiana, y que denominaron "el voto-contrato".[46] Dos motivos podrían justificar esta jugada política. En primer término, responde al clima de creciente rechazo a los políticos y, en segundo lugar, alude a una particular historia partidaria: estos candidatos deben desprenderse, de algún modo, de la imagen que los ata a la actual administración nacional, la cual ha traicionado muchas de las cosas que prometieron cambiar a partir de su triunfo en 1999.

Medios de comunicación en la campaña, imagen de los candidatos y un acto de cierre

¿Qué medios utilizaron para acercar su mensaje a la sociedad? El contacto que los candidatos trataron de mantener con su electorado fue, como es habitual, variado, aunque cada uno tuvo su propio peso. Las conferencias de prensa primaron sobre los actos, que, en su mayoría, fueron relativamente escasos y poco entusiastas.

Alfonsín, por ejemplo, en una de esas típicas actividades de campaña, habló durante la conferencia de prensa en el Pasaje Dardo Rocha de la capital provincial, acompañado por Federico Storani y Diana Conti, antes de participar en un acto proselitista.[47] Este tipo de episodios, que repite las etapas del acto y la conferencia de prensa o las declaraciones a los medios de comunicación, se repitió del mismo modo en otros eventos similares. La escena funciona más o menos de este modo: el motivo del encuentro es el acto, pero este opera como una suerte de "excusa" para que los candidatos puedan tener la oportunidad de tomar la palabra con los distintos móviles periodísticos.

Rodolfo Terragno, durante la última semana de la campaña lo hizo de manera más explícita y sistemática. Fijó una conferencia de prensa por día, exactamente durante la mañana, en la sede de su fundación Siglo XXI. La foto que aparece en los diarios permite ilustrar la impresión que se pretende exhibir: el lugar es un ámbito de análisis y discusión sobre temas de la actualidad, de donde se supone salen las grandes líneas políticas; el candidato se presenta en una de las habitaciones de ese local, se lo ve detrás de un atril, no está solo, aparece rodeado de algunos militantes y colaboradores como parte de grupo de trabajo, que sumados a los periodistas y trabajadores de prensa (fotógrafos, camarógrafo, asistentes), hacen que el ambiente de la impresión de estar colmado, completo y desde ese espacio, cada mañana, el radical habla al electorado porteño en un tono, en el que los distintos diarios señalan, que se nota un claro discurso opositor.[48]

[44] "Para volver "como en el 83", *Página 12*, 11-10-2001.
[45] "Para volver "como en el 83", *Página 12,* 11-10-2001.
[46] "Terragno: "Nos gobiernan usureros", *La Nación*, 9-10-2001.
[47] "Alfonsín: "El Gobierno no va a hacer una mala elección", *La Nación Line (20,21),* 10-10-2001.
[48] "Terragno: "Nos gobiernan usureros", *La Nación*, 9-10-2001.

Si bien los actos, como se ha señalado ya, no resultan un hecho de importancia en la campaña, sí merece un poco más de trascendencia pública el que se presenta como el evento de cierre. El de Capital Federal tuvo como epicentro el Teatro Avenida, lo cual es un indicador del relativo acompañamiento a las propuestas aliancistas. El cronista de *Página 12* lo describe cómo poco entusiasta y rodeado de símbolos típicos de este espacio político: "no hubo mucho clima de cierre de campaña; sólo cinco banderas colgando de los palcos –tres del radicalismo y dos del Frepaso- y un cantito que, si bien tibio, fue suficiente para dar la pauta de lo que esperan los aliancistas porteños el domingo: "volveremos otra vez/volveremos a ser gobierno como en el 83".[49]

El momento central fue cuando los candidatos a Senadores y los dos postulantes a Diputados aliancistas "aparecieron en el escenario y tomados de la mano alzaron sus brazos para el saludo de rigor -y, continía el relato del periodista- el Teatro Avenida estalló por segunda vez en aplausos y adquirió por un instante algo del calor que sí hubo en la calle, donde la militancia siguió el acto en un par de pantallas gigantes al ritmo de varios bombos".

Como ya lo insinuamos más arriba, las cosas recorrieron un carril que tuvo más en cuenta el orden de las trasmisiones televisivas que la del propio acto en sí mismo. Justamente se tuvo en cuenta qué instante podía resultar el más adecuado para su repercusión en la televisión. Por este motivo, contra la costumbre, Terragno habló primero para aparecer en el horario central de la pantalla, esto es, la de los noticieros. Entre los asistentes estaba el Jefe de Gobierno de la ciudad, Aníbal Ibarra, al que reivindicó porque mantiene "las ideas originales de la Alianza"-, también junto a él se ubicaron dirigentes como Darío Alessandro, Jesús Rodríguez, Pinky y Marcelo Stubrin.[50]

Ahora bien, ¿cómo se presentan como candidatos? Hay aspectos que los unen a todos. Adoptan el perfil de opositores al modelo económico y al rumbo que lleva adelante el Gobierno Nacional. Por supuesto, según su carrera política, su personalidad, su edad, cada uno adopta y define un perfil propio. En una competencia electoral, ha advertido Philippe Braud, revisten mucha importancia la buena imagen personal y la identificación partidaria.[51] La unión de estos dos elementos constituye lo que denomina "el perfil simbólico". ¿Qué significa? Alude al sistema de representaciones que "impone su existencia en la campaña electoral y que ocupa el lugar de identidad real del candidato", y esto, claro está, no de un modo directo, si no "al menos a los ojos de quienes no lo conocen directamente".

Alfonsín se presenta como un dirigente político desinteresado por la disputa de cargos. Así, en su discurso sostiene, con un tono de modestia, que no tiene aspiraciones superiores al cargo que va ocupar. "El ex Presidente, señaló en este sentido, que no disputará cargos en el bloque (alude al que constituye su propia fuerza política). Y tampoco en la conducción del Senado (se refiere a la presidencia de esa Cámara). Dijo que sólo aspira a encabezar la comisión del MERCOSUR."[52]

En segundo lugar, se presenta como un político de experiencia, su avanzada edad y su larga trayectoria política sostienen esa intención y trata, además, de dar una imagen de fortaleza. Es la escena que puede advertirse en el acto de cierre de campaña en Chascomús; el lugar, justamente, donde comenzó su carrera política y en donde asegura será su último acto como candidato. Con esa

[49] "Para volver "como en el 83", *Página 12*, 11-10-2001. Véase además sobre la preparación previa, "Terragno: "Nos gobiernan usureros", *La Nación*, 9-10-2001.
[50] "Para volver "como en el 83", Página 12, 11-10-2001.
[51] Braud, P. (1993) *El jardín de las delicias democráticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 222.
[52] "Alfonsín sigue de recorridas: esta es mi última campaña", *Clarín*, 10-10-2001

carga simbólica, intentó armar allí una escena en la cual su figura apareciera fortalecida. Es lo que escribe el cronista de *La Nación*. El líder radical encontró en su ciudad natal el marco adecuado "para mostrar una imagen de fortaleza en la carrera por la senaduría".[53]

Se muestra, en tercer lugar, como un dirigente abierto al diálogo y al consenso. Cuestiona, como se ha visto ya, al Ministro de Economía pero dice que De la Rúa quiere conversar el plan. Asiste a una reunión de la CGT, con el objetivo de hablar sobre la crisis que vive el país, cuando todos recuerdan que fueron algunos de esos mismos dirigentes quienes resistieron su gobierno con una catarata de paros y de movilizaciones.[54] Junto con la frepasista Diana Conti, candidata a Senadora nacional y el primer candidato a Diputado nacional Leopoldo Moreau, Alfonsín visitó la Union Industrial Argentina (UIA) y elogió los planes que tenían para el futuro del país. [55] Su propuesta central es la de instalar un gobierno de unión nacional.

Rodolfo Terragno, como se ha citado en abundancia, ofrece quizás el perfil más combativo al Gobierno, a su vez, su figura parece aproximarse al hombre que posee saberes y el que puede reunir en torno a él a ciudadanos que caminan por el ancho mundo de la cultura, artistas, periodistas, intelectuales, deportistas.

El diario *La Nación* informa en este sentido que el candidato a Senador Terragno, recibirá hoy en el Club Progreso de "un nutrido grupo de artistas, científicos y escritores un mandato especial para impulsar acciones legislativas concretas."[56] Basta revisar a simple vista los nombres que figuran en una lista incompleta de los que prometieron concurrir para señalar que son de disciplinas y artes diferentes y variadas y, además, que resultan apellidos conocidos: confirmaron su asistencia los músicos Ariel Ramírez, Eduardo Falú y Alejandro Lerner, las actrices Graciela Borges y Graciela Duffau, los escritores María Esther de Miguel, Orlando Barone, Marcos Aguinis y Carlos Ulanovsky, los deportistas Waldo Cantor y Hernan Grummy, y los intelectuales Jorge Vanossi y Juan Carlos Portantiero, entre otros.

Vilma Ibarra, por su lado, se presenta como una candidata con experiencia y con una fuerza política con tradición progresista. A una consulta sobre por qué los porteños deberían optar por su candidatura y no por la del ARI, respondió: "porque tengo una trayectoria y pertenezco a una lista que ha planteado desde la década del 90 un camino alternativo a este modelo económico del ajuste permanente."[57] En esta línea añadió otros datos, "también tengo proyectos para la ciudad, como la transferencia del puerto y de la policía. Además, dijimos que de ningún modo vamos a votar bajas de salarios y jubilaciones, pero también qué vamos a hacer para reactivar la economía porque en la ciudad de Buenos Aires lo estamos haciendo. Nuestro banco oficial se puso al servicio del desarrollo productivo y ofrece créditos baratísimos para Pymes...demostramos un camino de un Estado presente y activo entre medio de los mercados y la gente."

En el diario *Clarín*, el llamado espacio "progresista" de ARI y Alianza, no es bien tratado, como sí lo son Duhalde o algunos candidatos de Beliz, como es el caso de Leguizamón.[58] En una nota, por ejemplo, en donde se presenta a Vilma Ibarra como candidata a Senadora por la ciudad de Buenos Aires la cronista cuenta, en un tono que no ahorra en ironía, que "la gente no la conoce por la calle", y cuando la ven junto al afiche con Terragno "tienen que mirar dos veces para compararla y saber que efectivamente es Vilma Ibarra".[59]

---

[53] "La campaña terminó sin estridencias", *La Nación*, 12-10-2001.
[54] "La CGT espera la visita de Alfonsin, después de 17 años", *Clarín*, 8-10-2001
[55] "Alfonsín: "De la Rúa quiere conversar el cambio de plan", *La Nación*, 10-10-2001. Véase además, "Mandatos del arte", *La Nación*, 8-10-2001. "Terragno, en plan de sumar adhesiones", *Clarín*, 8-10-2001.
[56] "Mandatos del arte", *La Nación*, 8-10-2001.
[57] "No basta con no robar, el ARI no hizo propuestas", *Página 12*, 12-10-2001.
[58] Analizo este tema en Herrero, F., (inédito), *op. cit.*
[59] "La futura senadora porteña", *Clarín*, 11-10-2001.

Pero eso no es todo, sus dotes de oradora no son su fuerte precisamente, ya que tiene problemas en los momentos previos a las palabras. Por este motivo, cuando debe hablar en público, escribe la cronista, se fuma "un puchito" porque en ese marco "se pone nerviosa".

El tema de la prensa y su toma de partido en esta campaña electoral es uno de los aspectos que destaca Carlos Vilas. Lo hace en un artículo en el que intenta reflexionar sobre los resultados y las consecuencias políticas de las elecciones, el cual es publicado en la semana posterior a esos comicios.[60] El profesor de la Universidad Nacional de Lanús, confirmó y amplió este punto de vista en una entrevista que le realizamos recientemente. Y no es casualidad que sea precisamente Clarín, el diario que leía en el 2001 el que causó su malestar en ese momento.[61]

Sobre "el otro" político

¿Con quién discuten, a quién le hablan? ¿Quién es "el otro"? El paisaje político es variado. Al mismo tiempo no es lo mismo el peso que tiene cada fuerza en los distintos distritos electorales. En el caso porteño, el "otro" con quien se pretende discutir es tanto el ARI como el Gobierno nacional. Esto es, con las fuerzas que en algún momento participaron de causas comunes. Si bien hacen mención a las demás agrupaciones políticas, no discuten directamente con las distintos frentes peronistas, -el que encabeza Sicioli o el de Beliz-, ni con la izquierda que tiene una considerable aceptación y crecimiento en las planillas de los encuestadores.

Los datos de las encuestas pueden ayudarnos a observar porque discuten con el ARI y no con otras fuerzas. Una semana antes de las elecciones *La Nación* informa que "se pronostica una ajustada disputa en Capital entre la Alianza y el ARI, como también un rotundo triunfo del PJ en Buenos Aires. Asimismo un elevado número de votos negativo."[62] El mismo día de las elecciones el diario conservador refleja otros datos. Según las últimas encuestas se presenta una paridad entre Bravo y Terragno. Este último lleva una ventaja que lo da como ganador pero al crecer el voto negativo, disminuyen al parecer sus votantes, y ahora triunfa Bravo pero por menos de un punto. Así, no es posible predecir con cierta dosis de certeza quien puede alzarse con la victoria.[63] Dicha paridad, aunque con algunos matices, también es descripta en *Clarín*.[64]

Las encuestas, en general, colocan a la Alianza y al ARI como fuerzas que compiten por la victoria, seguidos muy de cerca por el frente electoral que encabeza Gustavo Beliz. Este cuadro previo, explica porqué los candidatos "oficialistas opositores" eligen al ARI y no a la fuerza de Beliz como el "otro" político, el cual parece en principio más natural ya que representa a una de las versiones peronistas del distrito.

Ahora estamos mejor situados para comprender por qué Vilma Ibarra lucha por un lugar en el Senado, casi cuerpo a cuerpo con el ARI y, por consiguiente, no resulta extraño que en su discurso las líneas que dibujan a su "otro" político remitan a aquella fuerza y particularmente a la segunda candidata, Susana Rinaldi. La líder frepasista lo plantea directamente, "el debate hoy es si al Senado entra Susana Rinaldi o yo, y ella hasta ahora no aceptó un solo debate público de propuestas, trayectoria y solvencia. Es una vergüenza que el

[60] Carlos María Vilas (2001), "Como con bronca y junando…Las elecciones del 14 de octubre de 2001". *Revista Realidad Económica*, 183, octubre-noviembre.
[61] Entrevista a Carlos Vilas, Buenos Aires, 28-10-2011, realizada por Fabián Herrero y Sergio Blogna.
[62] "Las encuestas anticipan que el peronismo dominará el Congreso", *La Nación*, 7-10-2001.
[63] "Crece el voto negativo y hace impredecible el resultado en la Capital", *La Nación*, 14-10-2001.
[64] "Lidera Terragno y es fuerte la pelea entre Bravo y Beliz", *Clarín*, 12-10-2001.

ARI esconda a sus candidatos tras el discurso de la "verdad" porque no es "verdad" criticar la lista sábana y esconderse detrás de Carrió". [65] A sus ojos, en el ARI hay "ausencia de propuestas y se basaron sólo en lo ético". [66]

América González, candidata a Diputada nacional, se manifiesta de un modo similar. En su opinión, la diferencia esencial con el ARI (fuerza política de la que, bien vale decirlo, formará parte muy poco tiempo después de estos comicios) es, básicamente, "que tenemos propuestas."[67] Los integrantes del ARI no tienen argumentos que puedan sostener una alternativa de poder porque sólo se dedican a señalar con el dedo, convirtiéndose en fiscales más que en una fuerza política. Para decirlo con sus palabras, "el ARI es lo más parecido a cuando apareció Chacho Álvarez con el Frente Grande y después con el Frepaso sobre la base de la denuncia y la oposición."

Terragno se ocupa menos del ARI, sin embargo también tiene palabras para esa fuerza política que irrumpe en un territorio donde ya hay una organización política con las bases que ellos dicen defender. Para el líder radical, "ya existe un gobierno progresista" –el que dirige Ibarra-. Este hecho convierte al partido de Carrió en una especie de fantasma político, en la medida que "ya no es hora de partidos testimoniales sino de propuestas concretas". [68]

En suma, el "otro" político tiene más de un motivo de sorpresa, en la medida que no se trata de contingentes que se ubican en lados ideológicos opuestos sino que constituyen parte de su propias filas (el Gobierno nacional en el que ellos participan) o son recientes ex compañeros de militancia (el ARI es una fuerza política constituida por sectores que hasta ayer o antes de ayer formaban parte del Gobierno). La otra sorpresa, es que no se da una pelea entre dos grupos históricos, radicales y peronistas, como ocurre en el caso de la provincia de Buenos Aires, sino que es una lucha dentro de un mismo espacio, el llamado de "centroizquierda o progresista".

Sobre el "voto bronca"

Como se ha señalado ya, esta forma de votar es el gran protagonista de la elección. Por este motivo, no es extraño que los candidatos expresen su posición frente a este hecho que se torna, según todos los pronósticos, como casi inexorable. Hay que tener presente, al mismo tiempo, que ese conjunto de votantes son, hasta el día de la elección, los que cada fuerza electoral trata a su manera de persuadir y de convencer para que ejerzan ese derecho no sólo de modo positivo si no también engrosando su propio caudal electoral. Es muy probable que esta pretensión esté en la cabeza de los candidatos cuando deben opinar y reflexionar al respecto.

Al referirse a la posibilidad de un alto porcentaje de voto en blanco e impugnado, Ricardo Alfonsín sostuvo, "hay que explicarle a la gente joven la sangre que costó la posibilidad de votar. No tenemos que dejar que nadie elija por nosotros" y agregó que este tipo de

[65] "Para volver "como en el 83", *Página 12,* 11-10-2001.

[66] "No basta con no robar, el ARI no hizo propuestas", *Página 12*, 12-10-2001. En este sentido, sostiene: "Decir que uno no va a mentir ni robar no alcanza, somos muchos los que no vamos a mentir ni robar. Además de compromisos éticos y denuncias la gente necesita alternativas concretas acerca de cómo vamos a generar empleo, reactivar la economía, fortalecer el consumo interno, a redistribuir la riqueza que se concentró brutalmente y el ARI no trajo ninguna propuesta sobre eso ni sobre ninguna otra área. Yo no pude debatir con Susana Rinaldi y hay una cosa vergonzosa: se ha hablado infinitamente de terminar con las listas sabana, con esto de que hay un candidato detrás del que se cuelgan los demás que nadie sabe quiénes son. En este caso los candidatos se han colgado de alguien que ni siquiera lo es, como Carrió."

[67] "En la ciudad se puede", *Página 12*, 13-10-2001.

[68] "Terragno: "Nos gobiernan usureros", *La Nación*, 9-10-2001.

sufragio "no es una actitud vinculada a la democracia".[69] Hay, a juicio del veterano dirigente radical, desinformación. Este problema encuentra a sus ojos una segura respuesta en una lectura política y democrática del pasado histórico más reciente.

A una consulta sobre el voto negativo, Vilma Ibarra responde simple y claramente: "lo respeto." Y a la hora de fundamentar esta respuesta, no deja de razonar en torno al tema en base a los dichos y a los rumores que corren por esos días, los cuales hablan de sectores golpistas y escasamente democráticos pero también de una administración que ha defraudado a sus votantes. En esta línea, sostiene, "escuché a muchos políticos que se enojan y dicen que es antidemocrático, pero no tengo esa opinión".[70] Se trata de un movimiento que adquiere, de algún modo, un papel participativo. "Me parece, continúa, que ese voto en blanco se ha convertido en buena parte en un voto militante y en un voto apático del no me importa. La mitad de los argentinos votamos esperanzados a la Alianza en el 99 por lo que había prometido, el Gobierno nacional fue definitivamente para otro lado y entonces la gente se pregunta para qué sirvió mi voto." Seguidamente, hace un amable llamado a estos irritados ciudadanos porteños para que finalmente se decidan a optar por su propuesta. "Yo invito a votar por nuestra lista, concluye en tono esperanzado, porque sé que estamos planteando alternativas viables y concretas."

Terragno, por su lado, prefiere advertir qué alcance tiene este tipo de voto, al señalar que "a los usureros que gobiernan la Argentina no les asusta el voto en blanco sino que haya gente que plantea al país alternativas eficaces."[71] Días mas tarde, considera lógico que las encuestas auguren un alto porcentaje de voto en blanco e impugnado. "Hay una gran decepción en la gente, que siente que ésta es la décima vez que va a votar desde que volvió la democracia y hubo un gobierno radical, un gobierno peronista, un gobierno de la Alianza, y bueno, dieciséis de cada cien ciudadanos que tienen que votar no tienen empleo" [72]

El esfuerzo conjunto de los dirigentes oficialistas se centra aquí en romper la fuerte resistencia de esa parte importante de la ciudadanía que está decidida a votar de modo negativo o a no concurrir a ejercer ese derecho y esa obligación. Este esfuerzo, a decir verdad, no es una particularidad aliancista, se complementa, por cierto, con el realizado desde otros espacios políticos. Las posturas, en cambio, no son tan lineales a la hora de examinar el fenómeno y de definir el perfil de estos últimos votantes. Mientras para Ibarra y también para Terragno hay motivos que explican esa actitud, la cual no se puede negar, sino que hay que comprender; por su parte, para Alfonsín se trata de un acto poco reflexivo que pretende igualar a todos los políticos en un sentido negativo. En su opinión, falta información y por eso apela a la memoria histórica.

A modo de conclusión

He tratado de mostrar algunos aspectos relacionados con la participación de la fuerza oficialista en las elecciones legislativas nacionales del 2001. Una primera cuestión destacable es, sin lugar a duda, el papel ambiguo y hasta extraño que cumple durante este acontecimiento: el líder de esa fuerza, por un lado, se declara prescindente luego de que, en varios distritos, por acuerdos partidarios o por internas, sus principales candidatos salieran preferentemente de las filas de los sectores que decididamente impugnan su gestión;

[69] "Alfonsín: "El Gobierno no va a hacer una mala elección", *La Nación Line (20,21),* 10-10-2001.
[70] "No basta con no robar, el ARI no hizo propuestas", *Página 12*, 12-10-2001.
[71] "Terragno: "Nos gobiernan usureros", *La Nación*, 9-10-2001. Véase, "Terragno volvió a pegar duro", *Clarín*, 9-10-2001
[72] "De la Rúa tendría que ser suicida para seguir con el modelo", *La Nación Line (13,01)*, 11-10-2001.

esos postulantes aliancistas, por otro lado, bien pueden ser definidos como "oficialistas opositores", en la medida que se exhiben bajo el nombre de esa agrupación política pero lo hacen con las banderas y los reclamos de la oposición.

Si bien se presentan distintas propuestas (o, para ser más rigurosos, se enuncian en sus trazos más gruesos sin ser del todo explicadas), la que sobresale es la que se vincula con la deuda externa. Esta es la clave que creen encontrar para obtener una porción de los recursos que se necesitan para darle otra cara a la administración central: se trata de reprogramar los intereses de la deuda, con la intención de que ese dinero se emplee para otras áreas de la política de gobierno, las cuales son mencionadas en su generalidad pero no son precisadas.

La campaña proselitista del oficialismo no tiene, a grandes rasgos, diferencias con el resto de las fuerzas: es corta, se da en un contexto de poco entusiasmo y tiene como blanco predilecto a Cavallo y a su política económica.

Se ha hecho notar que el "otro" político tiene en parte vinculación con la puja electoral de cada distrito. Si tomamos los casos de Buenos Aires y Capital Federal, en ambos comparte sus críticas al Gobierno nacional, el cual configura una de las caras de ese otro; la otra cara, tiene en cada caso su propio perfil. Mientras que para el primero el otro es el peronismo provincial, el adversario clásico de los radicales que es la fuerza predominante en la Alianza, en cambio, en la ciudad porteña, evoca el nombre del ARI, esa nueva fuerza política constituida por ex militantes aliancistas. Este último ejemplo se asemeja al caso riojano, donde compiten dos fuerzas ligadas al peronismo y la alianza no entra en esa pelea por su escasa chance electoral.

Con respecto al voto bronca, la postura de los oficialistas opositores no escapa, por cierto, a la que sostienen en líneas generales otras fuerzas: por una parte, llaman a votar positivamente y, por supuesto, creen que ellos representan una auténtica alternativa a este tipo de opción y, por otra parte, las diferencias aparecen, a la hora de las justificaciones y de los argumentos; mientras algunos candidatos consideran que este tipo de votantes tiene justos motivos para estar irritado, otros, consideran que hay cierta falta de responsabilidad en esa iniciativa.

En otras ofertas electorales también las diferencias están en los argumentos y no en la postura de presentarse a elecciones. Desde las filas del peronismo se llama a votar, se apela a la posición de la iglesia que sostiene que es un deber moral votar positivamente, y hasta consideran posible la opción del voto al menos malo. Es la postura que presenta Scioli en Capital Federal.

Si, en cambio, nos trasladamos al campo de la autollamada "izquierda revolucionaria", se ve como aquellos que participan de la elección tienen argumentos diferentes: mientras la alianza del Partido Obrero y el Mas llama a votar porque esta es la posibilidad de que los partidos revolucionarios consigan representantes en el parlamento, y descalifica como "demagogos" y como un error de perspectiva política el no tener en cuenta ese dato de la coyuntura; desde la Izquierda Unida, se considera muy legítima la actitud de los que deciden hacerlo por el llamado "voto bronca". El caso de Zamora (Autodeterminación y Libertad) es similar, e inclusive se permite admitir que en su agrupación hubo un debate interno sobre si era mejor sumarse al voto bronca o presentarse a elecciones.

Bien podría decirse, para terminar, que las vicisitudes de la tendencia "oficialista opositora" no son más que un capítulo en la historia de la coyuntura de la crisis del año 2001: su itinerario puede ser considerado también como una de las tantas expresiones de la presencia de un panorama político de reformulación de los partidos y los frentes electorales, en el marco de una abierta y dinámica crisis de representación política.

ECOS DEL BICENTENARIO

Omar Acha (UBA- CONICET)
Desafíos para la historiografía en el Bicentenario argentino

Ana Leonor Romero (Instituto Ravignani, UBA)
"Una intervención en el espacio público: Los historiadores y el Bicentenario.
Entrevista a Marcela Ternavasio”

Desafíos para la historiografía en el Bicentenario argentino

Por Omar Acha*

(UBA- CONICET)

Resumen

Las representaciones históricas del acontecimiento bicentenario en la Argentina pueden ser organizadas alrededor de tres fechas que son signos históricos: 1810, 1910 y 2010. A pesar de la ambigüedad de las posiciones interpretativas que al respecto se podían detectar hacia 2005, en 2010 las perspectivas estuvieron estrechamente condicionadas por los antagonismos ideológicos que rodearon a la conmemoración. Pero lejos de simplificar el panorama discursivo en dos posturas incomunicables, permaneció complejo y fluido. No existe una síntesis dominante de los puntos de vista, los que por otra parte fueron modificándose con rapidez. Antes que territorios de afinidades ideológicas acendradas, una cierta flexibilidad y diversidad se plasmó en volúmenes colectivos donde participaron intelectuales de variadas preferencias. Luego de analizar algunas de las representaciones elaboradas desde el campo académico, se plantean dos temas derivados del evento de memoria de 2010: la relación con una persistente imaginación histórica "revisionista" y el declive de la construcción de "historias nacionales" en las destrezas del saber histórico universitario.

Palabras clave: Bicentenario- Historiografía- Representaciones Históricas- Argentina.

Summary

The historical representations dealing with the bicentennial event in Argentina can be arranged around three historical signs: 1810, 1910, and 2010. Despite the ambiguity of the interpretive positions regarding the bicentenary, in 2010 the different approaches were strongly conditioned by the ideological antagonisms of the time. But the discoursive framework was not built like a binary field of opposing orthodoxies. There was no unity of the dominant points of view, which moreover change rapidly. The writers participating in the collective volumes produced on the subject show flexibility and diversity more than clusters of substantive affinities. After analysing some representations elaborated in the academic field, two questions are discussed: the relation with a persistent "revisionist" historical imagination and the decline of "national narratives" in the dominant historical practices.

Key words: Bicentennial- Historiography- Historical Representations- Argentina.

* Docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; investigador adjunto del Conicet. Sus últimos libros son *La nueva generación intelectual* (2008), *Historia crítica de la historiografía argentina, vol. 1* (2009), *Inconsciente e historia después de Freud* (compilación, 2010), y *Los muchachos peronistas. Orígenes olvidados de la Juventud Peronista* (2011). Integra los consejos de redacción de *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico* y de *Herramienta. Revista de Teoría y Crítica Marxista*.

FECHA DE RECEPCIÓN: 01/05/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 06/10/2011

Introducción

Los vínculos entre la reciente producción historiográfica argentina de corte académico y el acontecimiento bicentenario en 2010 fueron múltiples. Sus antecedentes inmediatos fueron complejos y se transformaron rápidamente, a la vera de la conflictividad política e ideológica del último lustro. Hoy siguen complicados en la estela de una incertidumbre en la relación de la investigación universitaria con la difusión pública de representaciones históricas, con la lógica de los medios masivos de comunicación y con la perseverancia de un sentido común histórico "revisionista" en la población.

Esto no significa que una historiografía argentina profesionalizada y desafecta de los temas revisionistas, en su diversidad, se haya inhibido de articular discursos ante el bicentenario, ni que su voz fuera acallada por alguna ortodoxia u hostilidad estatal. Por el contrario, la presencia de destacadas figuras de la historiografía local ha poblado mesas redondas, documentales, revistas y asesorías especializadas. Sin embargo, tales voces no conmovieron un esquema histórico que gozó del asentimiento colectivo y se expresó en una sensibilidad narrativa que pareció renacer con inesperado vigor durante la semana de mayo de 2010.

En tal contexto intentaremos pensar el bicentenario de la historiografía profesional y sus dilemas, que parecen ser diferentes de los rasgos de un bicentenario público y estatal producido, con numerosas contingencias, durante el año 2010. Para hacerlo situaremos los temas presentes en las preocupaciones universitarias en torno a los signos históricos *1810*, *1910* y *2010*, pues, propondremos, esas tres fechas organizan las posturas principales sobre el tema.[2] Luego discutiremos algunos problemas sobre ambos bicentenarios –el de la historiografía académica y el del sentido común histórico– que parecieron correr en paralelo, entrelazarse durante algunos tramos, para volver a distanciarse.

Debería ofrecerse una explicación final sobre los entrecruzamientos de estilos o géneros en los textos convocados en esta revisión. Hemos intentado ceñirnos a la producción académica. Nuestro primer objeto había sido constatar las "posiciones" en el "campo historiográfico". Sin embargo, pronto fue evidente que la noción de campo expandida en los estudios culturales y sociales argentinos desde principios de la década de 1980, tiene una dudosa validez. A pesar de la naturalidad con la que se la aplica, se percibe muy rápidamente la contaminación de "lógicas" aparentemente pertenecientes a "campos" diferentes. La política y la ideología penetran dinámicas que no por eso son menos "específicas". Todavía nos debemos una revisión profunda de hasta dónde la amplia utilización del concepto para la historia cultural del siglo XX y principios del siglo XXI es sostenible. Como fuera, el propio material suscitado por el acontecimiento bicentenario nos ha conducido a exceder las delimitaciones aconsejadas por aquel concepto acuñado por Pierre Bourdieu. Sin embargo, el resultado no fue una disolución de las singularidades discursivas e institucionales. Creemos que permitió ceñir un episodio político-cultural del que ahora podemos hacer una crónica.

¿Qué significa "mayo de 1810"?

[2] Immanuel Kant propuso una teoría de los "signos históricos" –un ejemplo de los cuales es la Revolución Francesa– en sus ensayos filosóficos sobre la Ilustración. Kant, I. (1974), *Schriften zur Geschichtsphilosophie*, ed. Manfred Riedel, Stuttgart: Reclam.

La conmemoración nacional del bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810 suscitó numerosas actitudes respecto de un acontecimiento inesperadamente cargado de significación política y cultural. La demanda de balances y evaluaciones de los tres momentos históricos implicados en los doscientos años, era previsible que concitara ejercicios de "juicios" de uno o dos siglos de historia nacional. La formación de una comisión de festejos en la Secretaría de Cultura de la Nación, en 2005, fue acompañada por novedades institucionales similares creadas en las provincias, en reconocimiento de una conmemoración que se presagiaba inevitable pero cuyo alcance estaba lejos de ser evidente.

A principios de 2010 el clima ideológico respecto al bicentenario no era particularmente atractivo. Varias opiniones previeron una celebración modesta y carente de entusiasmo. Ya estaban planteadas las líneas maestras de las interpretaciones antagónicas sobre las que trataremos en breve, sin que las visiones alternativas influyeran notoriamente en un debate público de magnitud. Pero las circunstancias de una realidad política atravesada por intensas divergencias añadieron al clima evaluativo propio del momento (¿qué fue el hecho revolucionario de 1810? ¿Cómo situar la Argentina de hoy respecto de la de 1910?) una tracción hacia el presente de la que pocas reflexiones pudieron sustraerse. Nuestra hipótesis al respecto es que las peripecias de los enunciados historiográficos se reordenaron en las semanas que precedieron al bicentenario alrededor de la crecientemente dicotómica divisoria kirchnerismo/antikirchnerismo. El carácter multitudinario de la celebración de mayo, que excedió todas las expectativas, posibilitó otorgar otra significación al acontecimiento. Aunque varias posturas de 2010 mantuvieron una autonomía respecto de los antagonismos candentes desde el llamado "conflicto del campo" en 2008 y la derrota electoral del oficialismo en las elecciones de junio de 2009, el panorama general fue bien distinto del relativamente más plural perceptible hacia 2005. No obstante, los reacomodamientos de las predilecciones historiográficas entre 2005 y 2010 son insuficientes para dar cuenta de los desafíos legados por el acontecimiento bicentenario en los entendimientos de la historia argentina. Las interpretaciones sobre qué aconteció en las congregaciones públicas alrededor de los festejos de la semana de mayo de 2010 se constituyeron en parte del acontecimiento bicentenario y lo insertaron en un uso público de la historia. Hoy nos debatimos tratando de arrojar luz sobre sus significados, en la certidumbre que el oficialismo kirchnerista hizo del evento un acontecimiento cultural.

De allí que sin evadir un nítido recorte del material analizado de las producciones historiográficas, una cartografía de lo producido, aún con las limitaciones impuestas por el espacio disponible, debe situarse en un encuadre más amplio que los ámbitos y lenguajes académicos. No sólo porque el examen de las propuestas surgidas desde la disciplina histórica estuvo enmarcado por una exuberante circulación de discursos, imágenes y prácticas de rememoración sino porque a esa importante circunstancia se añade que el contexto de lectura de los escritos históricos se hizo inseparable de sus significados. Como señaló Paul Ricoeur en *Temps et récit*, la "recepción" es una dimensión constitutiva de la comprensión de un relato. La recepción cierra el círculo de la refiguración narrativa de lo prefigurado en la acción histórica.[3]

Justamente, otra hipótesis que intentaremos fundamentar sostiene que la múltiple efectividad simbólica del bicentenario en la profesión histórica conecta en una urdimbre abigarrada los enunciados sobre 1810, 1910 y 2010, con los antagonismos políticos vigentes en la sociedad y, por último, con las contrariedades de la "historia nacional" como subgénero de la construcción narrativa de la historiografía. Se construye así un eslabonamiento que hace de las intervenciones sobre el bicentenario "textos socialmente simbólicos": texto, conflicto subjetivo y sociedad pertenecen a una totalización compleja.[4] Por ende, el asunto no se agota en una brevísima "historia

[3] Ricoeur, P. (1983), *Temps et récit. I*. París: Seuil.
[4] Jameson, F. (1991), *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*. Londres: Routledge.

de la historiografía" de los años recientes. Al politizarse la historia, las prácticas historiográficas profesionalizadas, como otras expresiones menos disciplinares, se ven lanzadas al ruedo de las temidas ideologías (lo que no implica que simplemente se disuelvan en ellas).

En consecuencia, se hace difícil delimitar la serie textual relevante para definir la "bibliografía" sobre el bicentenario argentino. Las fluencias y transacciones que caracterizan las prácticas intelectuales están lejos de los campos ceñidos a teorías, fuentes y métodos que configuraron las fronteras ideales de las disciplinas académicas en los siglos XIX y XX. Así las cosas, aunque como dijimos nuestro interés principal concierne a la historiografía universitaria, algunas expresiones emitidas desde otras canteras disciplinares serán convocadas al análisis. Será imposible estudiar aquí una amplia bibliografía que desde la industria cultural se derramó en ocasión de los temas históricos realzados por la coyuntura bicentenaria. Nos referimos al en modo alguno sencillo territorio de los textos críticos de "los mitos de la historia oficial" que han sostenido la presencia de autores como Felipe Pigna y Mario "Pacho" O'Donnell, entre otros. Pero no podemos evitar situar su relevancia en pocas palabras, pues de otro modo permaneceríamos al margen de una sensibilidad ideológica presente en otro tipo de actitudes hacia el acontecimiento.

La vertiente de divulgación de representaciones históricas encarnada por Pigna u O'Donnell suele tener una afinidad compleja con una suerte de revisionismo ambiguo asumido por el gobierno nacional desde 2003. Pero esa afinidad no puede ser simplificada, como se ha hecho en algunas ocasiones desde el campo académico. Sus secuelas para la construcción del bicentenario nos parecen significativas. Junto a un vigoroso énfasis en temas revisionistas como la apelación a dicotomías valorativas netas (Moreno *versus* Saavedra, por ejemplo), el denuesto del Centenario o la continuidad de las traiciones antinacionales entre 1810 y el presente, este reservorio de dicotomías valorativas no es homogéneo ni siempre consistente.

No obstante una muy genérica afinidad con el revisionismo asociado al gobierno nacional, la historiografía académica ha sido convocada a participar en eventos públicos, en muestras históricas o revistas financiadas por la Secretaría de Cultura de la Nación. Se generó así una división del trabajo donde un amplio y difuso aparato "kirchnerista" convocó al mundo académico para ciertos eventos y publicaciones, mientras reservó la asesoría de eventos multitudinarios y públicos a historiadores de las instituciones académicas reconocidas. Sin embargo, ensayistas, expertos y académicos convivieron, amables o indiferentes, en más de un encuentro oficial o paraoficial. Quizá convenga invertir el problema. Lo que esa convivencia en ciertos ámbitos reveló fue la dificultad de los discursos universitarios para conmover los sentidos comunes históricos prevalecientes, profundamente arraigados e inmunes a la "complejidad" reclamada por el saber académico. Dicho esto, retornemos a los problemas principales, subrayando algo bien sabido: que *el bicentenario de los historiadores y de las historiadoras* es sólo un fragmento del múltiple fenómeno cultural acontecido en la conmemoración de los doscientos años de 1810. Analizaremos las posturas que aceptan la pertinencia del bicentenario, sin poder inscribir una discusión adecuada con aquellas que reflexionaron sobre el evento como tal.[5]

El panorama de legitimidades en competencia toleró yuxtaposiciones, pero no parece haber favorecido discusiones profundas. Esto es lo que podemos ver expresado ya en 2005, momento en que José Nun promovió desde la Secretaría de Cultura nacional los

[5] Así quedará afuera el debate, sumamente interesante, sobre la interrogación de las representaciones elitistas avanzadas desde un programa de crítica "subalternista" del bicentenario, un examen vigente en otras situaciones bicentenarias latinoamericanas en que el pasado precolonial posee una valoración más honda que en la Argentina. Grüner, E. (2009), "¿Cuál bicentenario?", en *La Biblioteca* (8); Giarraca, N., comp. (2011), *Bicentenarios (otros), transiciones y resistencias*. Buenos Aires: Una Ventana; Ouviña, H. (2011), "Colonialidad, subalternidades y emancipaciones en Nuestra América. Apuntes para problematizar el lado oscuro del Bicentenario", en *Herramienta Web* (8), mayo (disponible en http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-8; último acceso, julio 2011).

"Debates de Mayo". Allí se observa un doble andarivel por el que circularon discusiones historiográficas actualizadas en la gramática de cuestiones vigentes en la universidad con otras reflexiones de corte ensayístico de intelectuales cercanos al gobierno kirchnerista o independientes.[6] Es la misma diversidad la que se percibe en el volumen organizado por Margarita Gutman, cuando todavía era el tiempo de "Construir bicentenarios" futuros, y donde los trazos observados en 2010 estaban lejos de toda predicción.[7] Tampoco los insumos revisionistas estaban presentes. En efecto, es interesante destacar que por entonces el texto con el que contribuyó la senadora Cristina Fernández de Kirchner contenía zonas grises y vacilaciones luego reemplazadas por rasgos más firmes. Es revelador que la fuente de las referencias históricas utilizadas por la senadora fuera un texto de Antonio Jorge Pérez Amuchástegui.

La lista de obras de coexistencia llega hasta los días de mayo de 2010 con la compilación de Juan Quintar y Carlos Gabetta, que inaugura el prólogo firmado con Carlos Heller, alumbrado por un epígrafe de Arturo Jauretche, donde se reitera la multiplicidad de nombres y disciplinas.[8] O también la obra organizada por Gustavo Lugones y Jorge Flores desde la Universidad Nacional de Quilmes, donde los textos expresan distintos pareceres sobre el balance del bicentenario.[9] Señalemos además que en la oficial "Casa del Bicentenario" fueron convocados destacados nombres del ambiente historiográfico universitario.[10] En el estatal Canal Encuentro en modo alguno existe una predilección por entrevistas a firmas ligadas con el neo-revisionismo; con visibles referencias con simpatías kirchneristas y a la vez integrantes del riñón de la historiografía universitaria. Un libro de entrevistas a intelectuales convocó a participantes de diversos orígenes, irreductibles a la dicotomía kirchernismo-antikirchnerismo.[11]

Cabe destacar que cuando una institución tan identificada con la intelectualidad oficialista como la Biblioteca Nacional instituyó en colaboración con el Archivo General de la Nación un concurso de ensayos sobre "cuestiones nacionales a la luz del bicentenario", el jurado estuvo compuesto por figuras del campo universitario.[12] En suma, es improbable establecer una dicotomía neta entre una cultura oficial uniformemente neo-revisionista y una institución universitaria exenta de contactos con los dispositivos estatales de circulación de discursos históricos. Esto parece válido tanto para el ámbito nacional como para los provinciales.[13] Es similar el panorama de las obras colectivas dedicadas a temas específicos como las artes, las Fuerzas Armadas o las mujeres.[14]

---

[6] Nun, J., comp. (2005), *Debates de mayo. Nación, cultura y política*. Buenos Aires: Gedisa. Escribieron en este volumen: P. Alabarces, Amati, M., Bertoni, L. A., Botana, N., Bragoni, B., Cattaruzza, A., Chiaramonte, J. C., Devoto, F. J., Feinmann, J. P., González, H., Grimson, A., Gutman, M., Myers, J., Nun, J., Palti, E. J., Pousadela, I., Rinesi, E., Sabato, H., Svampa, M. y Ternavasio, M..

[7] Gutman, M., ed. (2005), *Construir bicentenarios: Argentina*. Buenos Aires: Caras y Caretas-The New School.

[8] Quintar, J. y Gabetta, C., comps. (2010), *Pensar la nación. Conferencias del bicentenario*. Buenos Aires: Capital Intelectual. Ver también AA. VV. (2011), *El Bicentenario desde una mirada interdisciplinaria. Legados, conflictos y* desafíos. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

[9] Lugones, G. y Flores, J., comps. (2010), *Intérpretes e interpretaciones de la Argentina en el bicentenario*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. Participan en el volumen Sonderéguer, M., Barrancos, D., Bjerg, M., Pierini, M., Frederic, S., Flores, J., Araujo, J. y Dabat, R., Villanueva, E., Kreimer, P., Becerra, M., Alfonso, A., López, E., Kosacoff, B. y Porta, F., Girbal-Blacha, N., Gorelik, A., Villar, A. y Fidel, C..

[10] Ver http//:www.casadelbicentenario.gob.ar (último acceso: setiembre de 2011).

[11] Rosemberg, J. y Farías, M. (2011). *Conversaciones del Bicentenario. Historia y política en los años kirchneristas*. Buenos Aires: Editorial Casa Nova. Fueron entrevistados: J. Trímboli, R. O. Fradkin, H. Sabato, G. Di Meglio, O. Acha, L. Pomer, M. P. López, A. Kaufman, H. González y F. J. Devoto.

[12] Participaron en el jurado Fernando Devoto, Waldo Ansaldi, Lila Caimari, Fabio Wasserman y el autor de este artículo.

[13] Para dar un solo ejemplo, en el "Cuadernillo del bicentenario" organizado por un equipo de profesores para el gobierno de la provincia de Entre Ríos, en la justificación de los temas fueron convocados nombres tan heterogéneos como J. P. Feinmann, L. A. Bertoni, N. Casullo, J. L. Romero, A. Puiggrós, N. Shumway. Gobierno de Entre Ríos, Consejo General de Educación (2010), *Bicentenario. Una oportunidad para reflexionar y aprender*. Paraná: Consejo.

[14] AA. VV. (2010), *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas*. Buenos Aires: Ministerio de Defensa; Pérez, J. P., Lida, C. y Lina, L. (2010), *Del centenario al bicentenario. Artes visuales: lecturas, problemas y discusiones en el arte argentino del último siglo, 1910-2010*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini-Fondo Nacional de las Artes; Ugarte, M., coord. (2010), *Del centenario al bicentenario. Música: sonidos, tensiones y genealogía de la música argentina, 1910-2010*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini-Fondo Nacional de las Artes; Varg, M. S., coord. (2010), *Las mujeres y el Bicentenario*. Salta: Mundo Gráfico Salta Editorial; J. Dubatti, comp. (2010), *Del centenario al*

Naturalmente, en algunos casos muy específicos las tradiciones ideológicas se congregaron con la visibilidad de una serie intelectual "nacional y popular" prescindente de anclajes universitarios de corte historiográfico. Para dar un solo ejemplo, es lo que sucedió con el proyecto de la Confederación General del Trabajo de producir un documental sobre la contribución de la clase trabajadora al bicentenario: "Nos imaginamos un documental", se dice en una página web, "donde escritores e intelectuales como Pacho O'Donnell, Horacio González, Jorge Coscia, Norberto Galasso, Julio Godio, José Luis Castiñeira de Dios, sumen sus voces a las entrevistas realizadas a Hugo Moyano sobre estos temas".[15] No fue, según hemos insistido, el caso de los organismos oficiales que convocaron a historiadores profesionales. Luego de esta aclaración, retornemos a los temas en debate historiográfico.

Impedidos de avanzar en un recorrido pormenorizado y exhaustivo de la producción histórica universitaria, hemos seleccionado algunas cuestiones centrales y definido ciertas interrogaciones que nos parecen medulares. En primer término se encuentra la significación histórica otorgada a 1810 y al hecho revolucionario. En segundo término, el debate en torno a 1910 y su contraste con el 2010. Finalmente, en tercer término, se encuentra la cuestión de cómo la Argentina 2010 se proyecta hacia un futuro, cómo se abre en una línea de fuga hacia un tercer centenario. Sobre cada unos de esos núcleos propondremos una articulación de problemas destacados alrededor de *representaciones históricas*, esto es, figuras narrativas de la historia.[16] Dichas representaciones fueron importantes en un plano que aquí es imposible desarrollar: la relación entre bicentenario e historia en las escuelas.[17]

Es curioso que esta división temática no pueda ser corregida gracias a la existencia de un relato de los doscientos años específicamente construido para ofrecer un panorama y arqueo de la experiencia argentina. El aliento historiográfico para producir una narrativa nacional compacta parece un afán inaccesible o inadecuado. Por cierto que han aparecido libros donde un conjunto de ensayos abordaron diferentes aspectos de la historia nacional. Pero además de ocuparse generalmente de uno de los siglos del bicentenario, fueron volúmenes heterogéneos e irreductibles a un programa interpretativo compacto.[18]

1810

Las representaciones históricas sobre el momento 1810 se organizan alrededor de la noción de "revolución". Se advierte una notoria escisión entre la producción ligada a núcleos académicos de las universidades nacionales, y un conjunto heterogéneo de posturas laterales. Esos núcleos académicos fraguan un consenso, no exento de matices y énfasis distintos, en torno a la inexistencia de una voluntad revolucionaria sostenida en intereses económicos o identitarios. La revolución es desde este punto de vista un proceso inseparable de novedades históricas más amplias, de cobertura atlántica y relativa a varios alcances imperiales, plenos de contingencias. Tres autores, cada uno a su modo, son reconocidos como puntales de esta revisión de la interpretación tradicional que atribuía "causas"

---

bicentenario. Dramaturgia: metáforas de la Argentina en veinte piezas teatrales, 1910-2010. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini-Fondo Nacional de las Artes; Cella, S., comp. (2010), *Del centenario al bicentenario. Literatura: imágenes, poéticas y voces en la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini-Fondo Nacional de las Artes

[15] Ver el link http://www.bicentenario-cgt.com.ar/ (último acceso: setiembre de 2011).

[16] Ankersmit, F. (1994), *History and Tropology. The Rise and Fall of Metaphor*. Berkeley: University of California Press.

[17] Dussell, I.y Southwell, M. (2009), "La celebración del bicentenario entre el pasado y el futuro", en *El Monitor de la educación* (23), 5ª época, noviembre; Folco, M. E. (2010), "Reflexiones sobre los festejos escolares del Bicentenario en La Pampa", en *Quinto Sol* (14); Galván, G., Rota, P., A. Simula (2010), *El Bicentenario en el aula*. Buenos Aires: Biblos.

[18] Por ejemplo, Torrado, S., comp. (2007), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX*. Buenos Aires: Edhasa. 2 vols.

al hecho revolucionario: François-Xavier Guerra, Tulio Halperin Donghi y José Carlos Chiaramonte.[19] Los desarrollos posteriores introdujeron variaciones o extensiones importantes en la línea interpretativa, aunque siguieron una huella notoria que impugnó los anacronismos y teleologismos de las versiones tradicionales. Las nuevas perspectivas criticaron las explicaciones sostenidas en una identidad nacional ya formada y pujante tras la "máscara de Fernando VII" o en una clase social, la burguesía comercial desarrollada desde el último tercio del siglo XVIII. Sin negar las dificultades que asolaban a los imperios ibéricos hacia el 1800, la invasión napoleónica adquiere una eficacia contingente en el despliegue, tras la acefalía monárquica, de dinámicas imprevisibles tales como la adopción de nociones pactistas en la negociación de las representaciones locales del poder. A la luz de análisis de los lenguajes políticos y sociales transformados en la época se destacaron las modificaciones de lo revolucionario, de lo republicano y de lo nacional, en situaciones en que surgían nuevos actores sociopolíticos y la realidad se tornaba fracturada y violenta. Antes que un corte radical sin impurezas, se afirmó la variedad de escenarios revolucionarios, por ende ya no centrada en los sucesos porteños.[20] Nuevos actores fueron identificados como "intervinientes" en el proceso de la revolución y la independencia, y un análisis histórico de los vocabularios políticos se afirmó entre los métodos predilectos.[21] Un matiz en la orientación se fundó en que no se trató de la emergencia de nuevos conceptos históricamente vinculantes hacia la "modernidad", sino de dilemas propios e irresolubles del orden post-tradicional.[22]

Es difícil hallar una alternativa consistente a esta imagen de un 1810 que así se extiende a un período más amplio y a una espacialidad múltiple. El concepto teleológico de revolución fue cuestionado para constituirse en el clivaje de un proceso en modo alguno necesario o previsible. Bajo esa cobertura conceptual o historiográfica no se perciben disidencias académicas consolidadas ni antagonismos entre programas de investigación. Un aparente desacuerdo entre una historia política atenta a las élites y una historia social "desde abajo" se mostró poco convincente para organizar perspectivas en el fondo compatibilizables.[23]

Las ideas antagónicas que han emergido desde posturas identificadas con una izquierda más afirmativa de su pertenencia ideológica, suele adolecer de la evasión de un debate abierto con las revisiones propuestas desde los puntos de vista esquematizados en los párrafos anteriores. Al proceder de ese modo se obturó la claridad de la divergencia que deviene una negación recíproca de relevancia, por cierto, en una relación claramente asimétrica en el campo historiográfico desde lugares distintos al que pertenecen.[24] El

[19] Guerra, F.-X. (1992), *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: MAPFRE; Halperin Donghi, T. (1985), *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*. Madrid: Alianza; Chiaramonte, J. C. (2004), *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de la independencia*. Buenos Aires: Sudamericana.

[20] Grupo "Los Historiadores y el Bicentenario" (2010), *Dos siglos después. Los caminos de la revolución. Textos para el debate*. Rosario: Prohistoria Ediciones. El grupo se configuró después de dos actividades académicas sobre el tema realizadas en 2006 y 2008, con los auspicios del Centro de Estudios Históricos e Información Parque de España y de la Red de Estudios sobre "Política, Cultura y Lenguajes en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX", Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

[21] Fradkin, R., ed. (2008), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de la independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo Libros; Goldman, N., dir. (2008), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata: 1780-1850*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

[22] Palti, E. J. (2009), "Beyond Revisionism: The Bicentennial of Independence, the Early Republican Experience, and Intellectual History in Latin American", en *Journal of the History of Ideas* 70 (4).

[23] Ternavasio, M. (2010), "Política y cultura política ante la crisis del orden colonial", y R. O. Fradkin (2010), "Los actores de la revolución y el orden social", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie (33).

[24] Norberto Galasso para una versión de izquierda nacional, Claudio Spiguel *et al.* para una perspectiva maoísta, y Fabián Harari para un enfoque de corte trotskista: Galasso, N. (2010), *Verdades y mitos del bicentenario. Una interpretación latinoamericana*. Buenos Aires: Colihue; Harari, F. (2006), *La contra. Los enemigos de la Revolución de Mayo, ayer y hoy*. Buenos Aires: Ediciones ryr; del mismo autor (2009), *Hacendados en armas. El cuerpo de Patricios, de las Invasiones Inglesas a la Revolución (1806-1910)*. Buenos Aires: Ediciones ryr; Spiguel, C. *et al.* (2010), *Argentina en el bicentenario de la Revolución de Mayo. Historia y perspectivas*. Buenos Aires: Ediciones Revista La Marea. Hemos discutido el panorama general de la imaginación

argumento sobre la irrelevancia de un "análisis de clase" para un período de crisis del Antiguo Régimen colonial advirtió, con razón, sobre la aplicación mecánica de categorías adecuadas para fases mucho más tardías. Sin embargo, tendió a construir una imagen estática de una coyuntura de excepcional importancia para el proceso secular de formación de clases sociales.

El tema de qué fue lo "revolucionario" de la revolución se constituyó en un eje medular de los aportes históricos y de las ciencias sociales. El programa reinterpretativo más claro al respecto se puede asociar al núcleo que hemos denominado de "las universidades nacionales" influidas por los planteos de Chiaramonte y Halperin. Además del citado volumen de ensayos breves del Grupo "Los historiadores y el bicentenario" que abordó la cuestión, ésta también fue la brújula con que Jorge Gelman y Raúl Fradkin orientaron la revisión de la historiografía sobre la revolución a la que hicieron concluir con la "renovación" contemporánea, y fue en buena medida la que emplazó el "dossier" de la revista *Nuevo Topo* en 2008 sobre la cuestión.[25] Desde algunas perspectivas de las ciencias sociales, teóricas o ensayísticas de corte más directamente politizado, se ha afirmado el alcance "latinoamericano" del proceso revolucionario como el más fecundo para captar su singularidad, aunque esto es también observable en diversas producciones historiográficas académicas sobre el alcance atlántico de la crisis que la conquista napoleónica hizo estallar.[26] En cambio, desde la sede historiográfica se advirtió sobre el uso acrítico de los alcances "atlánticos" del proceso revolucionario pues podría uniformizar realidades heterogéneas.[27]

Las diferentes opciones interpretativas analizadas compartieron el convencimiento de asignar a 1810 una significación decisiva, incluso si subrayaron su interconexión con sucesos de años como 1806, 1808, 1811, 1813 o 1816. El acontecimiento del rechazo a la autoridad del Virrey Cisneros supo organizar el conjunto de una trama más o menos extensa. Otra es la preferencia de la historiografía católica que plantea el arco 1810-1816 con el objeto de consolidar la representación histórica de la construcción de un orden antes que la ruptura revolucionaria hasta entonces vigente.[28] La Academia Nacional de la Historia, a la que podríamos estimar cercana a esta perspectiva, se inhibió de emprender una propuesta activa que excediera un volumen compuesto por biografías de próceres.[29] Su mayor esfuerzo fue la edición de una serie alusiva al bicentenario, con obras como la correspondencia entre Fray Cayetano Rodríguez y José Agustín Molina, y una biografía del General Juan Gregorio Las Heras.

1910

Mucho más que 1810, *1910* estuvo en el centro del debate sobre las representaciones históricas. Es notable que a pesar de las revisiones sobre 1810 como "mito de orígenes", compartidas por casi todas las vertientes del espectro ideológico, el acuerdo sobre el

---

histórica e investigativa de las izquierdas en Acha, O. (2010), "El bicentenario y las incertidumbres culturales de la izquierda", en *Herramienta Web* (6), setiembre (http://www.herramienta.com.ar/revista-web/herramienta-web-6; último acceso, julio de 2011).

[25] Fradkin, R.y Gelman, J. (coords.) (2010), *Doscientos años pensando la revolución de mayo*. Buenos Aires: Sudamericana; *Nuevo Topo* (2008), Dossier "Lo 'revolucionario' en las revoluciones de independencia iberoamericanas". *Nuevo Topo* (5). Escriben en el "dossier": Di Meglio, G., Fradkin, R. O., Wasserman, F., Pimenta, J. P. G., Ávila, A.y Moreno, R..

[26] B. Rajland y M. C. Cotarelo, comps. (2009), *La revolución en el bicentenario. Reflexiones sobre la emancipación, clases y grupos subalternos*, Buenos Aires, CLACSO/FlSy; Ibañez, P. G., comp. (2010), *Son tiempos de revolución. De la emancipación al bicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

[27] Chiaramonte, J. C. (2010), "La dimensión atlántica e hispanoamericana de la Revolución de Mayo", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie (33).

[28] *Congreso "Hacia el bicentenario (2010-2016)", Memoria, identidad y Reconciliación* (2010).

[29] Academia Nacional de la Historia (2010), *Revolución en el Plata. Protagonistas de Mayo de 1810*. Buenos Aires: Emecé.

carácter revolucionario de la ruptura colonial persevere en un asentimiento ambiguo. En todo caso, caben pocas dudas de que no suscitó posiciones encontradas como las concitadas por 1910.

Era previsible que 1910 fuera un signo histórico de la nostalgia de una *belle époque* con la cual un punto de vista liberal midiera la estatura de las debacles posteriores atribuidas al peronismo. Un breve ensayo sobre el momento reveló hasta qué punto el balance del Centenario no podía evitar confrontar al "populismo" de mediados del siglo veinte.[30] En esta misma línea, el nombre de Rosendo María Fraga se reiteró desde una formulación temprana y continuó presente en su expresión reciente. Fraga había presentado en 1991 unas *Reflexiones sobre el Centenario* y en el año 2000 había impulsado un volumen titulado *Mirando al Bicentenario* donde ya estaba presente la "memorabilia" de imágenes de una era gloriosa.[31] Hacia el 2010, Fraga retornó con el mismo discurso y recuperó otras voces alrededor de un fresco realizado en su momento por el visitante Georges Clemenceau.[32]

Pero, en modo alguno, la noción de una Argentina en 1910 como "apogeo" modélico expresó un consenso sin matices en los enfoques históricos universitarios. Sobre todo no lo eran pocos años antes de 2010. Otras miradas no evadieron destacar las complejidades del momento.[33] Son éstas las perspectivas que destacaron la emergencia de clivajes nacionalistas que consolidaron temas dispersos en discursos precedentes y crearon las bases nocionales para un culturalismo nacional de amplia vigencia en el siglo.[34] Sin embargo, la imagen ofrecida por la coyuntura de 2010 no cuestionó la capacidad de las élites para sortear los desafíos gracias a la bonanza económica que todavía perduraría durante una generación. Será esa continuidad del desempeño de la Argentina en la economía mundial la que amortiguará las reacciones despertadas por el triunfo electoral del radicalismo en 1916.

Entre 2008 y 2010 las valoraciones de 1910 se reordenaron en el fragor transmitido por la política nacional. No es sorprendente que en ese andarivel las expresiones "históricas" de la intelectualidad kirchnerista, como la declaración del grupo Carta Abierta en cercanías del 25 de mayo de 2010, hiciera del centenario la contraposición de un presente abierto y pleno de oportunidades.[35] En cambio, el entusiasmo con que se valoró positivamente 1910 –como enseguida veremos– fue la bandera de quienes se situaron en la vereda opuesta del oficialismo. Otras perspectivas se emplazaron desde un mirador diferente para subrayar con mayor énfasis las dimensiones represivas y antiobreras que acompañaron las celebraciones, señales de una conflictividad raigal que no sería neutralizada

[30] Roldán, D. (2010), "Nación, república y democracia", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie (33). Otra expresión sobre los daños ocasionados por el "populismo" en los tiempos del bicentenario: Novaro, M., "El bicentenario de una Argentina facciosa", disponible en línea en http://www.lapoliticaonline.com/columnas/val/406/el-bicentenario-de-una-argentina-facciosa.html (último acceso: setiembre de 2011).

[31] Fraga, R. M. (1991), *Reflexiones sobre el Centenario*. Buenos Aires: Editorial Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría; Fraga, R. M. y Esteves, R., coords. (2001), *Mirando al Bicentenario. Reflexiones sobre el Bicentenario y memorabilia*. Buenos Aires: Grupo Velox.

[32] Botana, N. R. *et al.* (2010), *Mirando al bicentenario. Reflexiones sobre el bicentenario y memorabilia*. Buenos Aires: Ediciones B.

[33] Bertoni, L. A. (2005), "1910 y la emergencia de 'otra' nación"; Devoto, F. J. (2005), "Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república", ambos en Nun, J., comp. (2005), citado. De Devoto puede leerse también, Devoto, F. J. (2011), *El país del primer Centenario*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

[34] En una crítica de las visiones que subrayan los éxitos de la Argentina del centenario y devalúan el momento bicentenario, Javier Trímboli destaca que los ensayos de *Debates de Mayo* (Nun, comp., 2005, citado) contenían más de una veta luego perdida en las disputas posteriores. En el mismo sentido, en parte deriva de temas del grupo Carta Abierta, lo hizo el secretario de Cultura Jorge Coscia. Trímboli, J. (2010), "Fuegos de los Centenarios: ¿La verdad no se nos escapará?", en *La Biblioteca* (9/10); Coscia, J. (2011), *La encrucijada del Bicentenario. Apuntes para comprender y profundizar el proyecto nacional y popular*. Buenos Aires: Peña Lillo-Ediciones Continente; del mismo autor, Coscia, J. (2010), *La esperanza sitiada. Debates político-culturales en tiempos del Bicentenario*. Buenos Aires: Colihue. En la misma línea de pensamento, J. J. Giani, comp. (2010), *200 años construyendo la nación*. Buenos Aires: Paso de los Libres.

[35] Carta Abierta (2010), "Declaración sobre el bicentenario", en *Página/12*, 23 de mayo. Ver Lesgart, C. (2010), "Intelectuales y académicos produciendo Bicentenario", en *Estudios* (23-24), Córdoba.

por la performance de la economía.[36] Eso explicará los episodios de extrema violencia de clase ocurridos en los años de la primera posguerra. La dualidad de temas privilegiados entre esta aproximación de orientación marxista y las anteriores, más interesadas en cuestiones políticas y culturales, ha constituido un doble andarivel sin discusiones abiertas. Cada cual se reprodujo en su línea de pensamiento sin considerar las argumentaciones alternativas en todo su alcance. Instituciones e ideas por un lado, lucha de clases por otro, conservaron indemnes sus incumbencias.

2010

Los nuevos "juicios del siglo" que avanzaron sobre el tercer momento crucial del bicentenario, el año 2010, han propuesto ideas más nítidas de una representación de la historia en la mediana duración. Un volumen editado por Roberto Russell presentó en los trabajos de Luis Alberto Romero y Juan Carlos Torre elaboraciones con definidas evaluaciones del siglo. Desde su "Introducción", Russell estableció una contraposición entre 1910, momento que a pesar de sus contrariedades era de indiscutible optimismo, y un *2010* que juzgó de desencanto y percepción de decadencia.[37]

La contribución de Romero describió el pasaje a través de un siglo desde una brillante promesa, la del centenario, a una "realidad penosa", la de 2010.[38] Es notoria la metamorfosis de la imagen que Romero había propuesto una década atrás sobre el momento 1910 donde la palabra clave para el centenario había sido la de "tensión". En el texto de 2010 la "tensión" cedió su primacía al progresismo liberal que fue seguido por una prolongada decadencia. Esto fue explicado por los límites de la democratización política iniciada en 1912, fracturada en reiteradas oportunidades por golpes militares y civiles, por la debilidad del republicanismo que subordinó el funcionamiento de las instituciones a proyectos unanimistas o autoritarios, reñidos con los mecanismos constitucionales, y por un Estado cada vez más inhábil para tratar con los intereses corporativos. La tesis de Romero sostuvo que llegado el 2010 los impulsos democráticos e integradores característicos de la sociedad argentina se estaban apagando, de modo que las prácticas políticas poco o nada republicanas prevalecientes se correspondían con una sociedad distinta a la de 1910, e incluso a la de 1955. La realidad política era consistente con una sociedad escindida y sin ciudadanos. Romero concluyó que el desafío instalado en 2010, no carente de incertidumbres, hallaba en el Estado una posibilidad de recuperar la trama de la integración, movilidad social, e institucionalidad republicana.[39]

El texto de Torre se desplazó del terreno de la política hacia la sociedad, y más exactamente, hacia el proceso de "modernización social". En su visión, el Estado también tuvo un rol principal. Cuatro transformaciones demográficas traccionaron sendos desafíos de integración pero también las reacciones negativas: las migraciones europeas del periodo 1870-1930, los movimientos

[36] Iñigo Carrera, N. (2009), "Emancipación social y emancipación nacional en el movimiento obrero argentino", en Rajland, B.y Cotarelo, M. C. (comps.) (2009), *op. cit.*; Camarero, H. (2010), "El movimiento obrero argentino y el centenario". *Cuadernos Marxistas*, noviembre. Comparten las mismas preocupaciones los ensayos contenidos en AA. VV. (2011), *La clase obrera y el Centenario - 1910. Trabajos e investigación*. Buenos Aires: PIMSA/CTA Ediciones; Belkin, A. (2010), "Se viene la fin del mundo", en *Tinta Roja* (5), agosto; AA. VV. (2010), "La Argentina no era una fiesta. La clase obrera de Buenos Aires en el Centenario", Cátedra Historia Argentina II "B", Facultad de Filosofia y Letras-UBA (disponible en línea en: http://trabajadoresrevistahistoria.blogspot.com/2010/05/argentina-no-era-una-fiesta-seleccion.html; último acceso, mayo de 2011).

[37] Russell, R., ed. (2010), *Argentina 1910-2010. Balance del siglo*. Buenos Aires: Taurus.

[38] Romero ha presentado algunas versiones de su argumentación en diversas ocasiones: Botana *et al.* (2010), *op.cit.* ; Quintar y Gabetta, comps. (2010), *op.cit.*; Grupo "Los historiadores y el bicentenario" (2010), *op.cit.*.

[39] Romero, L. A. (2001), *Breve historia contemporánea de la Argentina*, 2ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; del mismo autor (2010), "Democracia, república y Estado: cien años de experiencia política en la Argentina", en R. Russell, ed. (2010), *op. cit.*

poblacionales internos incrementados desde 1930, la emergencia de la juventud masiva después de 1955, y por último la "des-incorporación" de vastos sectores sociales en el período neoliberal y global. En cada momento la sociedad reaccionó, modificándose profundamente. En un primer caso con un nacionalismo agresivo, aunque la movilidad social triunfó en una época de bonanza económica. La reconstitución de la clase obrera al calor de un consumo masivo y la industrialización sustitutiva promovió luego la "democratización del bienestar" peronista. Los años sesenta vieron la aparición de la juventud y su radicalización. Fue una época de modernización contradictoria clausurada con la dictadura militar. Tras los dilemas del período alfonsinista y su cierre hiperinflacionario, la desindustrialización y fin del mercadointernismo generaron una honda conmoción y exclusión social que constituyeron el dilema actual: "qué hacer con los pobres". En cada fase de modernización surgieron reacciones conflictivas. En la propia de la Argentina del bicentenario, empero, la demanda de inclusión no avizoraba una solución sencilla.[40]

Otro libro, esta vez organizado por Natalio Botana, a pesar de su aspiración a evadir un discurso decadentista no pudo sustraerse a la comparación que deslucía la evaluación de 2010 ante la representación de 1910.[41] De alguna manera, esa sensibilidad se comprende en el contexto de crisis que parecía imponerse en los años inmediatamente anteriores a mayo de 2010. Los reveses del gobierno nacional en el conflicto con los sectores del agronegocio en 2008 y las elecciones de 2009, en el marco de una debacle económica mundial que se comparaba con la de 1929, instalaron nubarrones en un horizonte incierto.[42]

Hacia mediados de 2010, sin que ello implicara asumir una posición oficialista, fue preciso notar que algo se había modificado. Y los acontecimientos multitudinarios de mayo de 2010 –como quiera que se los interprete, incluso si se insiste en la relevancia del *espectáculo* público– introdujeron un nuevo escenario. No porque las incertidumbres de la hegemonía política o las perspectivas del llamado "modelo" económico-social kirchnerista carecieran de interrogantes (su eventualidad es reconocida por la propia dirigencia peronista), sino porque la idea de decadencia no era fácil de sostener en amplios sectores de la cultura y de la política.

* * *

En suma, podemos decir que si bien la interpretación de 1810 y su inscripción en un proceso revolucionario no estuvieron exentas de controversias, los pareceres historiográficos sobre 1910 y 2010 fueron los que revelaron un desacuerdo más agudo y la politicidad con los posicionamientos suscitados por el gobierno kirchnerista que tocó en suerte presidir la sociedad argentina del bicentenario. Este es el marco que encuadra nuestras próximas reflexiones, pues si las evaluaciones en torno a 1810 y 1910 pueden ser entendidas, es menos claro qué ha sido la celebración del bicentenario 2010 y qué lugar tuvo en ella la historiografía. Como señalamos, realizar el arqueo de las discusiones es difícil, y no necesariamente productivo, pues no se entablaron debates que merecieran ese nombre.

Pensar la historiografía a la luz del bicentenario

La recuperación selectiva de algunos temas de la historiografía y el bicentenario habilita una reflexión sobre cómo pensar un evento que implica un ejercicio de auto-interrogación disciplinar. Como evento de memoria social y acontecimiento de ajuste en los asuntos historiográficos, el bicentenario posee rasgos comunes a los hechos colectivos: constriñe a pensar qué es la historia, qué sentido

[40] Torre, J. C. (2010), "Transformaciones de la sociedad argentina", en Russell, R. (2010), *op. cit.*
[41] Botana, N. R., ed. (2010), *Argentina 2010. Entre la frustración y la esperanza.* Buenos Aires: Taurus.
[42] La misma perspectiva en la introducción de los coordinadores a Fradkin y Gelman (coords.) (2010), *op. cit.*

y valor posee. Más allá de las actitudes llanamente partisanas y los esfuerzos por construir imágenes convincentes, nos lleva a indagar en las prácticas intelectuales de construcción de los relatos históricos.

También supone meditar sobre el tema de la recepción al que habíamos aludido en el inicio de nuestro trabajo. Este ha sido un tema presente en las preocupaciones del gremio historiador en foros y entrevistas, en reuniones y jornadas, en cafés y sobremesas.

El punto de partida ha sido generalmente una inquietud: la firmeza con la que se sostiene un sentido común histórico en los discursos políticos y en los medios de comunicación parece inmune a las revisiones propuestas por la investigación académica.[43] El interés sobre la cuestión se entronca con una creciente relevancia otorgada a la "divulgación" según se observa en los puntajes asignados en las evaluaciones del Conicet y de las secretarías de investigación en las universidades.

La profesionalización de la disciplina histórica en los últimos treinta años no ha conducido a una autonomización radical de los requerimientos sociales, ni a una neutralización de los intereses de conocimiento del propio personal historiador en las universidades y centros de investigación. Justamente, esas conexiones demandantes en uno y otro sentido provocan desasosiegos en una profesión que ve impotente, pero no inerte, cómo sus novedades interpretativas producen efectos culturales marginales fuera de los muros académicos.

Una problemática decisiva se presenta en la divergencia entre un discurso universitario y de investigación que tiene incidencia en amplios sectores, desde los lugares abiertos en los propios medios de comunicación hasta la confección de libros de textos para los colegios, pero que inciden muy parcialmente en las *representaciones sociales de la historia*. Allí parece existir un núcleo duro de creencias que el revisionismo de los años treinta y los años sesenta del siglo XX supo consolidar alrededor de las dicotomías entre nacionales y antinacionales, patriotas y cipayos, federales y unitarios, en una coexistencia difícil con el panteón usualmente simplificado como "liberal". En realidad hay pasajes entre una serie discursiva y otra, como sucede con los usos de la figura de Mariano Moreno o José de San Martín. Todo hace pensar que la dicotomía y el empleo de una idea de la historia organizada alrededor de individuos son más eficaces para transmitir sentidos colectivos y formas de identificación. En cambio, la explicación de procesos prolongados y complejos es menos apta para una transmisión masiva.

A ello debe añadirse una dimensión estética. La comunicación audiovisual predominante, concebida como postmoderna, privilegia el fragmento y la sustitución acelerada de imágenes, transita entre escenas y reiteraciones, estética en la que los formatos de textos y documentales preparados por Felipe Pigna parecen adaptarse con una eficacia asombrosa. Incluso podríamos concebir su éxito invirtiendo el razonamiento: su demanda y consumo derivan de la utilización de un lenguaje mediático al que se traducen referencias históricas.

Un debate adecuado sobre los significados de 1810, 1910 o las alternativas de 2010, no parece apto para ser emprendido con profundidad a la luz de las condiciones impuestas por un sentido común histórico consolidado y la estética postmoderna. O al menos, el campo historiográfico no ha emprendido una investigación y experimentación a la altura del desafío de terciar en una era postmoderna donde la importancia de la historia, tal como se creía en los años setenta, no se ha diluido.

Hay otra dificultad para encarar una meditación más penetrante sobre la asimetría entre los modales académicos de pensamiento y la transmisión masiva de ideas históricas. Un dato sorprendente de los enunciados de la historiografía sobre el

[43] Debe decirse que esta preocupación no concierne únicamente a los núcleos hegemónicos de la historiografía universitaria, sino que implica también a los programas de investigación alternativos que se ven incluso más aislados de toda repercusión cultural significativa.

bicentenario es su fragmentación o segmentación temáticas. Carecemos de una oferta completa de una nueva historia argentina abarcante de los doscientos años que habilite, por ende, la posibilidad de un balance de "dos siglos". Disponemos, es cierto, de ya numerosos estudios especializados de aspectos de la realidad histórica, aunque también en ese caso suele existir una división del trabajo entre estudiosos. Por ejemplo, una historia económica argentina del siglo XIX es encargada a una firma diferente que la designada para otra historia económica, pero esta vez del siglo XX. O bien se puede hallar casos en que dos escrituras encaren una historia de la Iglesia católica, pero cuyas mitades pertenecen a tramos claramente identificables, usualmente también divididos por siglos.

En contraste con lo que acontecía hace medio siglo, donde toda pluma historiadora que aspirara a presentar una idea de la historia nacional construía un relato completo de varios siglos, hoy incluso los autores más prestigiosos se abstienen de avanzar sobre territorios que no les son los más conocidos.[44] Este perfil de la producción académica tiene sus buenas razones. La historiografía se torna más heterogénea, adopta tonalidades interpretativas irreductibles a la unidad, los matices abundan y las complejidades se multiplican. La dinámica opera como una fuerza objetiva, al margen de las ubicaciones ideológicas: de raigambre liberal, conservador o marxista, el trabajo historiador ha especializado la investigación a un periodo que suele oscilar entre los treinta y los cincuenta años, en un espacio geográfico regional. La práctica de la historia transnacional y global aun es tentativa en la Argentina y es previsible que, como aconteció en otras latitudes, concierna a una orientación comparativista y restringida a un sector específico de la profesión. Sobre cierta restricción del pensamiento historiográfico a veces tentado de solazarse en su parcela de saberes "empíricos" aludió ácidamente Halperin Donghi en su balance de la discusión de la historiografía profesional "ante el bicentenario".[45]

Como la historia parece ser más complicada que toda idea *a priori*, los beneficios de la especialización son defendibles. Lo cierto es que de ese modo se ve mal cómo construir una representación histórica capaz de ofrecer una vertebración de la experiencia nacional, que en modo alguno está destinada a ser homogénea, anacrónica, teleológica, simplificadora y unitaria.

El arco 1810-1910-2010 no tiene, ciertamente, un referente empírico. Su misma enunciación hoy parece una enormidad o una imprudencia. Ni la formación de un mercado interno, la construcción de las clases sociales o de la autoridad estatal, de la nacionalidad o del federalismo, ni la del capitalismo argentino o de la institucionalidad republicana, podrían proveer una clave única que atravesase el centro esencial de los dos siglos sin menguar la comprensión de las variaciones, a veces extraordinarias, entre regiones y períodos. Tampoco el paradigma nacionalista puede proveer la trama incuestionable para una representación de la historia, no sólo por el constructivismo con que ahora se piensa la efectividad de lo nacional, sino también por la densa carga represiva que le imprimieron sus usos recientes.[46] En este marco no se advierte la factibilidad de una narración histórica transmisible a formatos de difusión masivos y capaces de ofrecer una alternativa al sentido común histórico prevaleciente. Una representación histórica aspira, precisamente, a conciliar una imagen global y la singularidad de una historia reconocible, y por ende comprensible. Quizá la contención temática, temporal y geográfica de los asuntos relevantes o científicamente acreditables de la historiografía académica merezca ser repensada. Esto es, que la historiografía universitaria ceda en el lamento de un desconcierto ante los ánimos sociales y repiense su virtualidad y contingencia en una sociedad compleja, frente a la cual no es aconsejable parapetarse como en un baluarte asediado.

---

[44] Se comprenderán entonces las dificultades que aquejaron el esfuerzo de un grupo de becarios/as y jóvenes investigadoras/es del Instituto "Ravignani" al promover las *Jornadas de Discusión de Investigadores en Formación: "Bicentenario. Problemas de dos siglos de historia"*, en las que se convocó explícitamente a la presentación de ponencias que excedieran las habituales monografías académicas o *papers* de congresos especializados. Un balance de los trabajos presentados revela la dificultad para pensar las prácticas cotidianas de investigación y escritura en moldes más amplios.

[45] Halperin Donghi, T. (2010), "Comentarios finales", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie (33).

[46] Lorenz, F. (2009), "¿Sueñan las ovejas con bicentenarios?", en *El Monitor* (23), noviembre.

"Una intervención en el espacio público: Los historiadores y el Bicentenario. Entrevista a Marcela Ternavasio"

Por Ana Leonor Romero*

(Instituto Ravignani, UBA)

Marcela Ternavasio es Profesora y Licenciada en Historia (Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario), Master en Ciencias Sociales (FLACSO) y Doctora en Historia (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires). Ha realizado estudios postdoctorales en la Universidad de Harvard con un *Short-Term Grant for Research in Atlantic History, 2003-2004.* Actualmente es investigadora del CONICET, del Consejo de Investigaciones de la UNR y es miembro del Instituto de Investigaciones "Dr. Emilio Ravignani" de la UBA. Se desempeña como profesora titular ordinaria de Historia Argentina I en la UNR y como Profesora del Postgrado en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. Sus líneas de investigación se han desarrollado dentro del campo de la historia política argentina e hispanoamericana del siglo XIX y ha participado en numerosos proyectos colectivos de investigación, tanto a nivel nacional como internacional. Además de numerosos artículos publicados en revistas académicas y volúmenes colectivos nacionales e internacionales, es autora de los siguientes libros: *Historia de la Argentina, 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009; *El pensamiento de los federales*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009; *Gobernar la revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; *La correspondencia de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Eudeba, 2005; *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. En coautoría con Hilda Sabato, Luciano de Privitellio y Ana Virgina Persello, *Historia de las elecciones en la Argentina 1805-2011*. Buenos Aires, El Ateneo, 2011.

* Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad de Buenos Aires, y docente del Ciclo Básico Común en la misma casa de estudios. Miembro del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" y del Proyecto UBACYT: "Estado, política y ciudadanía en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Prácticas y representaciones". Doctoranda de la UBA. Actualmente desarrolla su investigación de doctorado sobre las articulaciones políticas entre España y la Argentina en relación a la crisis de legitimidad política a finales del siglo XIX para lo cual contó con financiamiento de CONICET entre 2006-2011. Ha publicado en revistas especializadas. Uno de su artículos se titula "La política del patriotismo. La conformación de la Asociación Patriótica Española (1896-1898)". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 64. Diciembre 2007.

FECHA DE RECEPCIÓN: 05/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 14/08/2011

¿Qué celebramos el 25 de mayo? Durante el año 2010, el Bicentenario de la Revolución de Mayo colocó esta escolar pregunta en el terreno del debate público; a la vez que la trama histórica argentina volvió a convertirse en un campo de disputa política. ¿Desde qué lugar podía intervenir el historiador-ciudadano en el espacio público no sólo para manifestar su postura sino para ofrecer herramientas útiles para reflexionar sobre este proceso?

El grupo "Los Historiadores y el Bicentenario" propuso una respuesta. Este colectivo, integrado por historiadores de todo el país, elaboró un material de discusión que reúne estos dos aspectos: una síntesis de las investigaciones históricas realizadas en los últimos años y una intervención en el debate público. Recientemente publicado, *Dos Siglos Después. Los Caminos de la Revolución. Textos para el Debate* sintetiza las ideas e interpretaciones sobre el proceso abierto en 1810 que son el resultado de la reflexión historiográfica de las últimas décadas. Los textos, muy breves, conjugan la densidad académica –resultado de la pericia profesional de los autores- con la intención comunicativa: llevar al debate público nuevos instrumentos para discutir la compleja trama histórica. Los diecinueve textos no se organizan como un relato cronológico sino que constituyen una serie de reflexiones sobre un conjunto de temas que la celebración del Bicentenario colocó en primer plano. Para ello han sido agrupados en cuatro ejes: Revolución, República, Nación y Pueblos Originarios. En cada caso, una síntesis cubre el proceso propuesto desde principios del siglo XIX hasta la actualidad.

El libro está acompañado de un DVD en dónde los autores exponen fluidamente algunos de estos textos. Propuesto como material de trabajo, suma nuevos problemas a la escolar pregunta sobre la cerebración del 25 de mayo. Al final de la introducción, se sugiere una lista de preguntas para abordar los temas presentados.

La propuesta del libro es original en su concepción y factura. Por eso nos propusimos conversar con Marcela Ternavasio, miembro de la Comisión Organizadora que llevó a acabo este emprendimiento para que nos cuente su perspectiva de la experiencia.

Ana Leonor Romero (A. R.): *¿Cómo surgió la iniciativa de conformar este colectivo?*

Marcela Ternavasio (M. T.): La idea de conformarnos como un colectivo de historiadores, preocupados por poner en debate en el espacio público las revisiones historiográficas producidas en las últimas dos o tres décadas, se fue diseñando de a poco, a medida que se acercaba la fecha bicentenaria. En el año 2005, en un café de Buenos Aires –no recuerdo cuál, pero sí que estaba en la zona de Palermo– un grupo reducido de colegas comenzamos a conversar –de manera absolutamente informal– sobre si teníamos previsto organizar algún evento para el bicentenario de la Revolución de Mayo. A algunos de nosotros ya nos habían comenzado a convocar a reuniones y coloquios internacionales destinados a discutir temas vinculados a las celebraciones bicentenarias. El hecho de advertir que en diversos países hispanoamericanos (especialmente Chile, México y España) ya existían comisiones organizadoras de los bicentenarios –tanto en los espacios académicos como gubernamentales– nos impulsó a preguntarnos acerca de nuestra "voluntad" de hacer algo. En ese primer momento, nuestra inquietud giraba en torno a una preocupación académica; aún cuando queríamos organizar algo que saliera de los formatos clásicos de las reuniones a las que estamos acostumbrados, no teníamos claro si nuestra intervención iría más allá de eso.

A. R.: *¿Cuáles fueron las experiencias que dieron origen al coletivo? ¿Cómo organizaron la convocatoria?*

M. T.: Naturalmente, a diferencia de los países que acabo de nombrar, sabíamos que uno de nuestros mayores problemas iba a ser el financiamiento de cualquier iniciativa que quisiéramos poner en marcha. Por eso fue una fortuna contar en aquel momento con el

inestimable apoyo del Centro de Estudios Históricos e Información Parque de España de Rosario dirigido por Carina Frid, quien buscó financiamiento para una primera reunión que concretamos al año siguiente, en octubre de 2006. Fuimos financiados y patrocinados por la Agencia Española de Cooperación Internacional, la Municipalidad de Rosario y el CEEMI (Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad).

La reunión, que titulamos *Los historiadores y la conmemoración del Bicentenario,* fue organizada por el Centro de Estudios Históricos e Información Parque de España de Rosario y la Red de Estudios sobre "Política, Cultura y Lenguajes en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XIX", (que coordinamos Noemí Goldman y yo y tiene sede en el Instituto Ravignani) y se celebró en el Centro Cultural Parque de España de Rosario. Su objetivo fue poner en discusión las últimas hipótesis y resultados de investigación de cuatro grandes problemáticas que seleccionamos y que abarcaban los siglos XIX y XX. Para esto, invitamos a especialistas que expusieran brevemente los ejes del debate. En la primera mesa titulada *La dimensión hispánica de las revoluciones por la independencia* abrieron la discusión José Carlos Chiaramonte y José María Portillo Valdés; en la segunda, *República y liberalismo en las revoluciones del mundo Atlántico*, abrieron Noemí Goldman y Javier Fernández Sebastián; en la tercera, *Política, derechos y ciudadanía*, lo hicieron Antonio Annino e Hilda Sabato; y en la cuarta, *Pensar hoy el Bicentenario: 1810-1910-2010*, Natalio Botana, Tulio Halperin Donghi y Nuria Tabanera García.

Diseñamos un formato que buscaba privilegiar el debate y el libre intercambio de ideas por sobre la tradicional ponencia académica. Me detengo a describir en detalle este formato porque creo que en ese momento tuvo fecha de inicio el colectivo *Los historiadores y el Bicentenario*. En primer lugar, porque, además de los historiadores citados encargados de disparar la discusión, participamos más de 70 historiadores de todo el país, vinculados por nuestros temas de investigación a los tópicos que estaban en debate. En segundo lugar, los temas seleccionados fueron la base de nuestra futura intervención en el espacio público con *Dos siglos después*. En tercer lugar, el debate fue muy estimulante y percibimos un cierto consenso en continuar la tarea con vistas al 2010; ya no sólo en los términos académicos clásicos sino con miras a intervenir en el espacio público. El "colectivo" fue, entonces, una apuesta de intervención que buscó combinar nuestro trabajo académico con nuestra condición ciudadana.

Ahora bien, continuar esa tarea presuponía voluntad de trabajo, cierto financiamiento y organización. Como no teníamos muchos recursos, en septiembre de 2008 aprovechamos nuevamente las gestiones realizadas por Carina Frid y la celebración de un congreso, organizado en Rosario por el CEEMI, al que asistirían muchos de nuestros colegas, para convocar a una segunda reunión en el Centro Cultural Parque de España. En esa oportunidad, el formato fue más informal y a la vez más concreto que el diseñado para la primera reunión: debatimos si estábamos dispuestos a hacer algo para el 2010, qué queríamos hacer y quiénes se encargarían de organizar las actividades. Luego de varias horas de intercambios y conversaciones decidimos que haríamos algo, que ese algo estaba destinado a exponer nuestras revisiones historiográficas en el espacio público, que el formato debía adaptarse a ese objetivo y que para ello era necesario formar una comisión organizadora que, en contacto con quienes quisieran participar de las actividades, estaría encargada de hacer propuestas.

La comisión se formó con aquellos que exhibieron su voluntad de estar en ella; a la vez tratamos de impulsar la participación de historiadores que pudieran representar a distintas generaciones y universidades del país. De esta manera quedó conformada la comisión que trabajó durante los dos años siguientes: Julio Djenderendjian, Gabriel Di Meglio, Alejandro Eujanian, Carina Frid, Noemí Goldman, Flavia Macías, María Lía Munilla, Hilda Sabato y yo. Aunque de hecho todos nos conocíamos, algunos nunca habíamos trabajado juntos. Las afinidades surgieron inmediatamente y nos dispusimos a emprender una tarea que sabíamos nos iba a demandar tiempo y trabajo.

Por fortuna, además de las afinidades, todos demostramos tener mucho entusiasmo y cierta convicción de que era necesario hacer algo distinto de lo que estábamos acostumbrados. A su vez, en esa reunión se decidió dar un nombre a este colectivo –"Los historiadores y el Bicentenario"– y abrir un sitio virtual donde hacer confluir documentos de trabajo, discusiones e intervenciones de historiadores, y una variada información de actividades previstas en los ámbitos académicos a nivel nacional. Gracias al trabajo realizado por los colaboradores del Centro de Estudios Históricos e Información Parque de España se pudo abrir y sostener nuestra página (http://www.historiadoresyelbicentenario.org).

A. R.: *¿Cuál fue la perspectiva desde la cual buscaron aparecer en el debate público?*

M. T.: Definir la perspectiva desde la cual aparecer en el debate público implicó varias decisiones. Primero, precisar qué queríamos transmitir y para qué. Segundo, delimitar cuál sería el público destinatario y tercero, bajo qué formato y soporte material haríamos nuestra intervención. Por supuesto, las tres cuestiones estaban íntimamente vinculadas.

Respecto de la primera, sabíamos que si bien este colectivo de historiadores no era homogéneo, sí compartía un consenso respecto de las formas de abordar los procesos históricos. Aunque los miembros del grupo (tanto los que formamos la comisión, como los que participaron de manera más o menos directa en el emprendimiento), tenemos diferentes enfoques, perspectivas o hipótesis respecto de los temas en debate –e incluso acaloradas polémicas–, compartimos un zócalo común en relación a las reglas del oficio. Claramente nuestro objetivo era marcar distancia con algunas intervenciones "divulgativas" que han inundado los medios de comunicación en los últimos años, cuyo rasgo característico es aplanar el pasado a un continuo "presentismo". Una divulgación que recupera viejas matrices interpretativas recicladas en lenguajes que pretenden presentarlas como grandes novedades. Como sabemos, lo que estas intervenciones buscan es el impacto mediático y no la revisión de procesos históricos que requieren de una labor continua de investigación. No todos compartíamos la misma dosis de optimismo en relación a nuestra capacidad de intervención en el espacio público; no obstante, en un arco de opiniones y posiciones muy amplio, quisimos hacer escuchar nuestras voces sin pretender con ello borrar nuestras diferencias internas ni tampoco competir con aquella divulgación a la que hice referencia. La idea fue poner en discusión ciertos sentidos comunes muy arraigados y mostrar nuestro trabajo, nuestros resultados, nuestras hipótesis, en un lenguaje amable e inteligible para el gran público pero a la vez respetuoso de nuestro oficio.

Recuerdo que en la reunión realizada en Rosario, en 2008, discutimos mucho el tema del formato y el soporte material, y si bien todos coincidimos en trabajar con imágenes, las ideas eran aun muy vagas. Para tener llegada a un público amplio debíamos diseñar un formato capaz de ser transmitido por televisión pero que a la vez no quedara reducido a un programa de televisión. El objetivo era, precisamente, crear un producto que circulara más allá de la efímera y coyuntural transmisión televisiva y que sirviera de insumo para docentes y alumnos de diferentes niveles y espacios de nuestro país. Poco a poco fue, pues, tomando forma el proyecto de realizar un video.

A. R.: *El Grupo "Los historiadores y el Bicentenario" se propuso intervenir de manera autónoma, fuera del ámbito académico. ¿Cómo resolvieron las cuestiones prácticas como la organización y el financiamiento? ¿Cuáles eran las ventajas de esta postura? ¿Cómo fue la experiencia cotidiana de trabajo?*

M. T.: Una vez discutida la opción de hacer un video, había que resolver dos cuestiones básicas: cómo hacerlo y cómo financiarlo. En primer lugar se requería de la intervención de especialistas con experiencia en la realización de este tipo de programas. En este punto, la presencia de Gabriel Di Meglio en la comisión fue fundamental; a través de él nos contactamos con la productora *"El Perro*

en la Luna". En la primera reunión nos convencimos que debían ser ellos los realizadores, ya que rápidamente entendieron el sentido de nuestra propuesta. Sólo quedaba decidir cómo concretarla; comenzaron, entonces, las deliberaciones en torno al guión, las imágenes, los "actores", etc. Luego de varias idas y venidas acordamos que el video se estructuraría en torno a entrevistas muy cortas a distintos historiadores, para transmitir en ellas ideas fuertes que expresaran nuestras revisiones e hipótesis acerca de algunos temas ejes y que a la vez pusieran en cuestión los sentidos comunes de los que hablé anteriormente.

Resuelta esta primera cuestión, quedaba pendiente el gran problema del financiamiento. La decisión original, en la que estuvimos todos de acuerdo en la reunión de Rosario de 2008, fue que el grupo "Los historiadores y el Bicentenario" no llevaría el sello de ninguna institución académica. ¿En nombre de qué institución podíamos solicitar dinero si no constituíamos ninguna entidad reconocida públicamente? En este sentido, la voluntad de intervenir de manera autónoma en el espacio público tenía esta desventaja. No obstante seguimos convencidos de que las ventajas eran mayores porque nos dejaba un amplio margen de libertad y porque de esta manera nos constituíamos en una suerte de gran paraguas en el que podían integrarse todos los colegas que dentro del campo quisieran participar. La autonomía institucional nos dio, en este sentido, la posibilidad de hacer una intervención intelectual y ciudadana que fuera heterogénea en sus voces y a la vez homogénea en la apuesta hacia la sociedad. De esta manera se evitaban, además, potenciales competencias institucionales y compromisos que pudieran limitar nuestra apuesta. En fin, el colectivo implicaba –e implica– la libertad de entrar y salir de él sin rendir cuentas a nadie.

El financiamiento, entonces, solo podía provenir de mecenas dispuestos a invertir en esta empresa. Si bien no suponía costos exorbitantes, entre otras cosas porque los miembros de la productora se vieron muy interesados en el proyecto y nos pasaron un presupuesto muy ajustado, para nosotros, cualquier presupuesto lo era. Recuerdo una de las reuniones que tuvimos los miembros de la comisión en diciembre de 2009 en Buenos Aires. En ese momento no teníamos aun financiamiento, no se nos ocurría a quiénes podíamos solicitar mecenazgo y el tiempo corría (especialmente porque si queríamos tener el video para mayo de 2010 era preciso poner en marcha la producción de manera inmediata). Sin embargo, avanzamos en las líneas generales de aquello que queríamos desarrollar. Sin dudas nos dejamos llevar por un optimismo desmesurado en la medida en que trabajamos durante esos meses como si las condiciones materiales de realización hubiesen estado dadas de antemano.

Finalmente, gracias a las gestiones realizadas por Flavia Macías, logramos un significativo financiamiento de la Empresa Constructora FGM y ELTIUM SRL Construcciones y Servicios y también gracias a los contactos realizados por algunos de nosotros con diferentes editoriales recibimos los aportes de Fondo de Cultura Económica, Editorial Edhasa, Siglo XXI editores y Prohistoria ediciones.

Menos mal que había predominado ese optimismo. Si para cuando recibimos el dinero, en enero y febrero de 2010, no hubiésemos tenido preparado el proyecto de base habría sido imposible cumplir con nuestros plazos iniciales. De allí en más el trabajo fue compartido con los miembros de la productora "*El Perro en la Luna*", y con todos los que participaron en el video. Una experiencia magnífica, ya que predominó un espíritu de cooperación –a pesar de que todos estábamos en mil cosas– y, sobre todo, un espíritu festivo. Tal como decimos en la introducción del libro, nos divertimos mucho haciendo el video y nos consolidamos no sólo como grupo de colegas sino también de amigos.

A. R.: *En cuanto a los contenidos, tanto el libro como el video tienen un conjunto de ejes estructurantes del debate. ¿Cómo y porque fueron seleccionados?*

M. T.: Los ejes estructurantes fueron seleccionados después de varias discusiones entre los miembros de la comisión; esta selección recogía las inquietudes expresadas por quienes estuvieron presentes en la reunión del 2008 y también los ejes sobre los cuales se había organizado la primera reunión del 2006. La primera decisión, en realidad, fue darle ese formato y no la de un relato histórico más convencional. La idea era hacer escuchar nuestras voces. Más allá de quién asumiera la función "actoral", se suponía que esas voces eran representativas de resultados de investigación de todo un campo. Por esta razón, la primera tarea fue encargar a algunos colegas que escribieran pequeñas intervenciones sobre algunos de estos ejes para ser puestas y debatidas en el sitio virtual que mencioné antes. Luego, la productora nos sugirió hacer un video más compacto, menos arborescente, teniendo en cuenta el limitado tiempo que tendríamos para exponer nuestras ideas. Entonces, fuimos puliendo el proyecto y definimos tres ejes fundamentales: Revolución, República y Nación. Consideramos que, a través de ellos, podíamos dar cuenta de los tópicos más visitados y revisados en los últimos años desde el punto de vista historiográfico y poner en cuestión presupuestos muy arraigados. Además, en ellos quedaban contenidos otros aspectos y temas que abarcaban las dimensiones políticas, sociales, económicas e ideológicas del proceso histórico de los dos últimos siglos. A los tres ejes mencionados, que aparecen plasmados en el video, se le agregó luego en el libro un cuarto eje: los Pueblos Originarios. Este agregado fue producto de las sugerencias de algunos colegas que consideraron que había un vacío respecto de este tema en el video. Además, es un tema que en los últimos años también se vio enriquecido por significativas investigaciones y renovaciones historiográficas y que merecía tener un lugar en el producto final. Por eso incluimos dos intervenciones, presentes en la página virtual, que dan cuenta de las dificultades por amalgamar en un mismo campo de debate los temas referidos a los pueblos originarios.

A. R.: *¿Cuáles fueron los criterios por los cuales seleccionaron a los autores de los textos orientadores del debate?*

M. T.: La selección de los autores de los textos orientadores presentes en el libro se hizo sobre la base de una selección previa: la de los "actores" del video. Como mencioné antes, la idea era que los voceros que aparecieran en el video dieran cuenta, dentro de su especialidad, de las cuestiones más significativas sobre las que se avanzó en la investigación sobre los temas de su incumbencia. Por otro lado, nuestro objetivo era que esos voceros, además de ser especialistas en los temas que abordaran, fueran representativos de diferentes generaciones y de diferentes universidades del país. Recuerdo que habíamos confeccionado una extensa lista de historiadores a ser entrevistados y que la productora nos alertó de cuán desmesurada era esa lista (no hubieran podido hablar más que 10 segundos cada uno). Finalmente, la variable de ajuste fue el presupuesto: a muchos de la lista original tuvimos que descartarlos porque, residiendo en distintas provincias del interior, no había dinero para solventar sus viajes hacia Buenos Aires ni menos aún para que la productora se trasladara a los diversos escenarios (por esta razón, además, el escenario del video es la ciudad de Buenos Aires). Por fortuna, pudimos aprovechar el congreso organizado –en ocasión del Bicentenario, precisamente– por el Instituto Ravignani en abril de 2010, al que asistieron muchos colegas del interior que estaban previstos en esa lista. De manera que cuando cerramos la "lista de candidatos", la comisión se abocó a elaborar un conjunto de preguntas orientadoras por cada eje para que los autores-actores respondieran frente a la cámara de manera rápida y contundente a esa consigna. Se trataba de una especie de guión abierto elaborado por todos y cada uno de los participantes. Esa etapa fue muy divertida porque cuando les giramos a cada uno su consigna dentro de alguno de los tres ejes estructurantes, les advertimos que no podían hablar más que dos o tres minutos. El ataque de pánico fue generalizado. Durante la filmación (destaco aquí la paciencia de los productores), todos tuvimos que repetir varias veces el guión preparado de antemano, porque obviamente que lo que calculábamos nos tomaría dos o tres minutos se extendió, en los primeros intentos, a muchos más. En fin, una experiencia actoral plagada de anécdotas que fueron parte de nuestras conversaciones durante algún tiempo.

A. R.: *En este tipo de emprendimientos el impacto en el espacio público es fundamental. ¿Por qué hacer un libro y un video? ¿Cuáles fueron las diferencias en la elaboración de los contenidos y del relato entre estos dos soportes? ¿Cómo se imaginan, idealmente, que el material va a ser usado?*

M. T.: La idea de producir un libro que reprodujera la intervención de cada uno de los participantes del video –aunque de manera un poco más extensa y sistematizada– tuvo que ver con la estrategia de difusión y con la posibilidad que nos brindó Prohistoria de solventar la iniciativa como auspiciante del video. El soporte papel para acompañar el video tiene el propósito de alcanzar a un público dedicado a la enseñanza de la historia en cualquiera de sus niveles, e incluso a instituciones interesadas en difundir y utilizar este tipo de material. No hubo grandes diferencias en la elaboración de los contenidos en ambos soportes, sino aquella que derivó de incluir otras intervenciones ausentes en el video y especialmente la ya mencionada de los pueblos originarios. Si se cotejan ambos es fácil comprobar que se trata de hacer más explícito tanto lo dicho en el video como los objetivos que nos llevaron a producirlo. La introducción está destinada justamente a esto último: a contar cómo y para qué hicimos esta intervención. Por eso decidimos incluir las preguntas orientadoras que les giramos a los autores: en primer lugar para que los usuarios tengan conocimiento del armado previo y de los temas que decidimos privilegiar en el debate, y en segundo lugar para que les sirva de guía de lectura y de trabajo a los destinatarios (especialmente a los docentes de escuela media y terciarios). Por eso incluimos también una bibliografía mínima al final, que si bien no cubre –ni mucho menos- la prolífica producción historiográfica de los últimos años, sí da cuenta de un nuevo piso para la consulta. Como herramienta de trabajo nos parece que el libro completa y complementa el video y permite ser instrumentado como insumo para la discusión.

Dicho todo esto, tal vez mi relato pueda parecer demasiado optimista o edulcorado. Sabemos que la tarea de difusión no es fácil, que no todos se ven movilizados a debatir estos temas, que algunos colegas no se vieron identificados con los ejes seleccionados, y que otros nos acercaron sus críticas con el afán de mejorar futuras intervenciones. Pero si tuviera que evaluar a grandes rasgos las repercusiones que tuvo el video (me limito solo a este formato porque aun no sabemos cómo funcionará el libro-video) debo decir que es más que positiva. Tanto en los espacios académicos (se difundió en varias ciudades del interior del país como asimismo en el extranjero a través de colegas a quienes les hicimos llegar copias), como en el espacio público (fue transmitido por canal Encuentro en varias oportunidades) y en instituciones de diverso tipo (pero fundamentalmente educativas), las devoluciones fueron muy estimulantes. Un estímulo que nos invita a seguir trabajando y a inventar formas de intervención en el espacio público que puedan combinar la solidez académica, el lenguaje amable pero no complaciente y la incomodidad nacida de poner en cuestión ciertos sentidos comunes muy arraigados.

DOSSIER

Catolicismo, sociedad y política: nuevos desafíos historiográficos

Miranda Lida / Diego Mauro (eds.)

Roberto Di Stefano
El pacto laico argentino (1880-1920)

Diego Mauro
Multitudes y movilizaciones católicas en la Argentina de entreguerras.
Cuestiones metodológicas e historiográficas

Lucía Santos Lepera
La Iglesia católica y el peronismo en Tucumán: nuevas miradas desde una perspectiva regional

Natalia Arce
¿Sólo de la parroquia a la unidad básica? Repensando las vinculaciones entre catolicismo liberacionista, política revolucionaria y sociedad en la Argentina de los años '60 y '70.

Mariano Fabris
Iglesia y política en tiempos del retorno democrático, 1983-1989

Miranda Lida
Por una historia social y política del catolicismo en la Argentina del siglo XX

Mesa redonda: “La historia del catolicismo en la Argentina, hoy”

Catolicismo, sociedad y política: nuevos desafíos historiográficos

Por Miranda Lida (UTDT- UCA-CONICET)

Diego Mauro (CONICET- UNR)

(eds.)

Introducción

Sociedad, política, cultura, relaciones de género, ciudad, asociacionismo, historia regional, historia intelectual, historia de las ideas, tradiciones ideológicas, cultura política, historia del arte, transformaciones socioeconómicas, consumo, costumbres, familia, inmigrantes, etnicidades, cultura popular, identidades, secularizaciones, laicidades varias, concepciones teológicas... Estos ejes, entre otros tantos posibles, son centrales en muy variadas líneas de la investigación en humanidades hoy en día y, debido a la dinámica en la que ha ingresado el propio campo historiográfico de la mano de la creciente profesionalización verificada en las últimas décadas, suelen presentarse muchas veces de manera fragmentada, compartimentada: así, hay especialistas en historia cultural, historia económica, de género, historia política, historia cultural, etc. No obstante ello, la historia del catolicismo atraviesa los diferentes campos, demandando un diálogo estrecho con las más diversas perspectivas. De este modo, y quizás como nunca antes en la propia historia del campo de los estudios religiosos, nos topamos con el hecho de que estudiar el catolicismo es un verdadero reto intelectual. No se trata de tomar partido pro o contra sino —como ya propusimos en otra oportunidad— de entrar en esta materia *sine ira et studio*, conscientes de los riesgos y dispuestos a enfrentar a capa y espada todos los desafíos que ella concita. Desafíos que no son sólo el fruto de los más variados prejuicios ideológico-políticos que el papel del catolicismo en la historia argentina puede todavía despertar en algunos lectores desprevenidos, sino además el producto de la propia labor del historiador que se zambulle en el pasado tratando de captar todos sus matices, sopesando a su vez las posibles explicaciones de los fenómenos históricos, sin perder de vista las múltiples dimensiones que intervienen en ellos. Si hace unas décadas, hablar de la historia del catolicismo se reducía a entablar polémicas con el "liberalismo", o a indagar las políticas estatales que de manera directa o indirecta afectaban al catolicismo —educación, familia, acción social—, hoy en día las dimensiones de análisis se han multiplicado tanto, además de combinarse entre sí, que la historia del catolicismo se ha vuelto algo más, y a la vez algo menos, que una subespecialidad de la historiografía argentina. Las atraviesa a casi todas, y es atravesada por ellas, de tal manera que sus límites se vuelven porosos. Lejos de ser una debilidad de la historia del catolicismo hoy, constituye uno de sus principales logros y, al mismo tiempo, uno de sus más importantes desafíos.

Los trabajos que siguen pretenden dar cuenta de algunos de estos cruces que la historia del catolicismo nos presenta hoy: la relectura de los debates clásicos entre "católicos y liberales", ya no en términos de lógicas facciosas amigo / enemigo, sino más bien con todos sus grises (Roberto Di Stefano); la multiplicidad de dimensiones que implica el "triunfalismo" católico de entreguerras, donde

aparece involucrado el desarrollo urbano, el consumo, las redes de transportes, el tiempo de ocio, entre otras tantas variables (Diego Mauro); los aportes desde la historia regional a la hora de explorar las relaciones entre catolicismo y peronismo (Lucía Santos Lepera); los cambios en el consumo, las costumbres y la familia en su relación con la política en medio de la plena efervescencia de los años sesenta del siglo XX (Natalia Arce); las dificultades que se le presentan al historiador a la hora de analizar un actor tan opaco como la Conferencia Episcopal Argentina y la multiplicidad de factores que es necesario estudiar para dar cuenta de su presencia en la vida pública y política (Mariano Fabris); una propuesta de forjar una historia social y política del catolicismo en el siglo XX que procura complejizar la comprensión y el análisis en torno al integrismo católico que tuvo su fuerte en los años treinta (Miranda Lida).

La presente selección de trabajos no pretende agotar en lo más mínimo, desde ya, los relevantes aportes que hoy en día encontramos en las jornadas y congresos en los que se presentan trabajos sobre esta temática, a veces, especializados en temáticas religiosas, y otras, por suerte, no. Puesto que el catolicismo tiene una presencia transversal en la historia argentina y, por lo tanto, es difícil reducirlo a un compartimiento estanco, su investigación se hará más fructífera en la medida en que se hagan más frecuentes estos intercambios con la historia social, política, cultural e intelectual, etc.

Con este espíritu, y a fin de alentar todos estos cruces e intercambios, hemos convocado a una mesa redonda de la que participaron los historiadores Lila Caimari y Roberto Di Stefano, junto con el teólogo Carlos María Galli, que tuvo lugar en el marco de las **II Jornadas Catolicismo y Sociedad de Masas en la Argentina del siglo XX**, desarrolladas en octubre de 2010 (Buenos Aires, UCA). Se trata de un verdadero broche de oro que tenemos el honor de sumar a este dossier.

El pacto laico argentino (1880-1920)

Por Roberto Di Stefano*

(Instituto Ravignani, UBA- CONICET)

Resumen

El artículo propone una relectura de los cambios en las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la Argentina del "largo siglo XIX" a partir de las nociones de "umbral de secularización" y de "pacto laico" acuñadas por Jean Baubérot. El trabajo focaliza su atención en el período 1880-1920, cuando al momento de alta conflictividad signado por la sanción de las "leyes laicas" sucede, a partir de la década de 1890, una recomposición de las relaciones entre elites dirigentes y jerarquías eclesiásticas. Como es sabido, esa recomposición se vio facilitada por el cambio de clima ideológico de fin de siglo, por los temores que en las elites dirigentes despertaron la "cuestión social" y la asimilación a la vida argentina de las masas de origen inmigratorio y por el cambio de tono de los discursos pontificios a partir del reinado de León XIII. El "pacto laico" habría consistido en la tácita toma de conciencia, por parte del Estado como por parte de la Iglesia, de la imposibilidad de extender sin el concurso del otro sus respectivas influencias sobre una sociedad en rápido proceso de cambio.

Palabras clave: Iglesia- Estado- Secularización- Laicidad

Summary

The article offers a new reading of the changes in the relations between Church and State in Argentina during the "long nineteenth century", using the notions of "threshold of laicization" and "lay covenant" coined by Jean Baubérot. The work focuses its attention on the period 1880-1920, in which, after the period of conflict inaugurated by the enactment of the "leyes laicas" ("Lay Laws"), a restructuring of the relationships between elites and religious hierarchies -beginning in the 1890s- took place. As is known, that restructuring was facilitated by the change in the ideological climate at the end of the century, by the worries of the ruling elites about the "social question" and about the assimilation into Argentinian life of the immigrant masses, and by the positive changes in the tone of the papal discourses from the reign of Leo XIII. The "lay covenant" would have been based on the tacit awareness, on the part of the State and the Church, to be unable by themselves to expand their influences on a society in deep process of change.

Key words: Church- State- Secularization- "Laïcité" (Lay Condition)

* Roberto Di Stefano obtuvo los títulos de Licenciado en Historia en la Universidad de Buenos Aires en 1991 y de Doctor en Historia Religiosa por la Universidad de Bolonia en 1998. Es Investigador Independiente del Conicet y del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la Universidad de Buenos Aires. Es profesor de Historia Social General en la Facultad de Ciencias sociales de la misma Universidad y miembro del Comité de Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés. Es autor de varias obras, entre las que destacan *Historia de la Iglesia argentina. De la conquista a fines del siglo XX*, escrito en coautoría con Loris Zanatta, cuya segunda edición acaba de salir, *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista* (2004) y *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos* (2010).

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 26/09/2011

Las nociones de "umbral de secularización" y de "pacto laico" que concibió para interpretar la historia de la laicidad francesa Jean Baubérot han sido consideradas útiles para analizar otros casos nacionales, primero del área cultural de la Europa Latina y luego de Iberoamérica.[1] En relación al proceso argentino, Fortunato Mallimaci ha ofrecido un esquema sugerente que invita a la reflexión y al debate.[2] En esta breve intervención me propongo ofrecer algunas reflexiones sobre esa gran encrucijada de la laicidad argentina que tuvo lugar a caballo del cambio de siglo, cuando el "momento laico" de la década de 1880 se vio eclipsado por una renovada armonía entre elites dirigentes y jerarquías eclesiásticas, entre Estado e Iglesia. Se trata de una cuestión que reviste, sin lugar a dudas, máxima relevancia, puesto que el proceso de secularización fue *conditio sine qua non* de los desarrollos políticos, sociales, económicos y culturales que dieron a luz a la Argentina contemporánea y porque sus modalidades específicas han condicionado en diferentes aspectos la historia del país hasta la actualidad.

Los temas en los que estamos por incursionar requieren la previa explicitación de qué sentidos se darán en este breve aporte a conceptos polisémicos y tan debatidos como "secularización" y "laicidad", y a algunos de sus derivados, especialmente "laicización".[3] Por secularización entenderemos varios procesos íntimamente relacionados entre sí, de hecho distinguibles sólo analíticamente. Uno es la pérdida de las referencias religiosas de concepciones, instituciones o funciones sociales que provocan ciertos procesos políticos (como la formación del Estado), económicos (como la expansión de las formas de propiedad capitalistas) o sociales (como las migraciones de masas). Un ejemplo claro lo tenemos en las nociones de soberanía y de ciudadanía, que a lo largo del siglo XIX pierden sus connotaciones religiosas. Otro proceso es el de la relocalización de lo religioso que esos reacomodamientos ponen en marcha. Los cambios en distintos planos que acompañan la formación de las sociedades contemporáneas desde el siglo XVIII, aunque obligan a la religión a abandonar su lugar tradicional de clave de bóveda del edificio social, no la conducen a su extinción, sino más bien la inducen, tal vez la obligan, a relocalizarse. Hacer lugar a esferas autónomas respecto de la religión (a través de un sinfín de medidas gubernamentales, de la limitación de las procesiones y de los repiques, o la prohibición de las "posas" en los funerales, hasta la secularización de instituciones clave) implica la problemática relocalización de lo religioso dentro de una esfera propia (aunque de fronteras lábiles y porosas). Esa esfera religiosa también es nueva, y su administración (al menos en el caso de Buenos Aires) se confió en los albores a una Iglesia Católica de características también novedosas que el Estado en construcción ayudó decisivamente a configurar.[4] En estas latitudes al menos, la Iglesia, en tanto que institución relativamente centralizada y autónoma respecto de las familias de elite, es una novedad del siglo XIX que surge primero por la acción del poder político y luego recibe la bendición romana. En tal sentido, la Iglesia misma (en tanto que institución centralizada y actor social) puede considerarse un producto del proceso de secularización e incluso uno de sus agentes más eficaces, desde el momento en que su transformación de conjunto de corporaciones de antiguo régimen a institución crecientemente centralizada y relativamente autónoma constituye una *conditio sine qua non* para la existencia de una esfera propiamente religiosa que consienta a la vez la existencia también autónoma de otras "seculares". Podemos agregar un tercer proceso que es indisociable de los

[1] Bastian, J.-P. (Coord.) (2004), *La modernidad religiosa. Europa latina y América Latina en perspectiva comparada*, México: Fondo de Cultura Económica.

[2] Mallimaci, F. (2004) "Catolicismo y liberalismo: las etapas del enfrentamiento por la definición de la modernidad religiosa en América Latina", en J.-P. Bastian, Coord., *La modernidad religiosa…*, pp. 19-44.

[3] La bibliografía es infinita. Sobre el concepto de secularización y los debates a que ha dado lugar el lector puede consultar con provecho la introducción a la ya clásica obra de Casanova, J. (1994) *Public Religions in the modern World*, Chicago / London: The University of Chicago Press. Un tratamiento sumamente accesible de las nociones de secularización y de laicización y de sus diferencias en el libro de divulgación de Milot, M. (2008), *La Laïcité*, Ottawa: Novalis.

[4] Di Stefano, R. (2004) *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*, Buenos Aires: Siglo XXI.

dos anteriores: la pérdida relativa del poder normativo de las autoridades religiosas y la tendencia a la subjetivación de la vida espiritual por parte de los individuos. La ley canónica pierde su carácter obligatorio y la fuerza coercitiva que poseía en el pasado, y no sólo porque las autoridades públicas recortan sus facultades, sino también porque los individuos se sustraen a su poder. Las autoridades eclesiásticas refuerzan su poder dentro de la nueva esfera religiosa y merced a la intervención del poder político y de Roma (que, por ejemplo, sujetan a los regulares a la autoridad episcopal), pero la pierden sobre la sociedad en su conjunto, lo que favorece la subjetivación de las creencias y de las prácticas religiosas.

Cabe observar que el proceso de secularización no constituye una política que el Estado impone a la Iglesia, como a veces se supone. Se trata de un complejo proceso de cambio cultural que afecta todos los ámbitos de la vida colectiva, de la economía a la ciencia y de la política al arte, y que influye sobre la formulación de políticas de Estado que lo acompañan y tal vez apuntalan, políticas que a veces pueden considerarse sus consecuencias más que sus causas. La sociedad, alterada por transformaciones que la afectan en diferentes planos, modifica sus comportamientos religiosos y por ende se "seculariza" sin que nadie se lo imponga. Por ejemplo, en las décadas a caballo de los siglos XVIII y XIX las familias de la elite porteña dejaron espontáneamente de donar recursos -bienes e hijos- a las órdenes mendicantes y monásticas para destinarlos al clero secular –en forma de capellanías y clérigos-.[5] Cuando se sancionó y puso en marcha la reforma rivadaviana en 1822-1824, los conventos masculinos y los monasterios femeninos porteños eran una sombra de lo que eran medio siglo atrás.[6]

La laicización es un aspecto de ese proceso multifacético que se verifica en el plano de las instituciones públicas. Se produce por iniciativa de sectores que creen necesario independizar al Estado de la normatividad religiosa por medio de la asunción de determinadas funciones o instituciones previamente controladas por la religión, con el fin de garantizar la primacía del Estado en la regulación del proceso social. Es decir, la laicización afecta el plano institucional y jurídico de las relaciones entre religión y sociedad. Hablamos de medidas que van de la laicización de la escuela, del registro civil o del matrimonio en el caso argentino hasta la formal separación de la Iglesia y del Estado que se establece en Francia, Uruguay, Brasil, México, Colombia o Chile en diferentes momentos de su historia -y en nuestro país nunca-. Laicización implica la absorción por parte del Estado de instituciones o funciones que previamente estaban sujetas al control de poderes religiosos de distinta índole (pontificios, episcopales, del clero regular, de hermandades o cofradías, etcétera). Pero la laicidad es una cualidad que los Estados desde el siglo XIX asumen de diferente manera y en diferentes medidas. Entre los dos polos del confesionalismo completo y de la laicidad completa, que casi nunca existen en estado puro, se sitúan diferentes modelos de articulación entre religión y Estado que responden a también diferentes configuraciones histórico-culturales y relaciones de fuerza. Por tales motivos, no pocos autores, entre ellos el mismo Baubérot, prefieren hablar de "laicidades" en lugar de hacerlo en singular. En el debate contemporáneo sobre este tema candente –que en Europa ha generado intensas controversias, referidas, por ejemplo, a los símbolos religiosos públicos y privados, del crucifijo en la escuela italiana al velo islámico en la francesa- se tiene en cuenta el cambio de contexto respecto de las décadas del cambio de siglo XIX al XX. La religión se considera hoy una cuestión demasiado importante como para hacer de cuenta que no existe. El pluralismo religioso actual y las funciones sociales que siguen desempeñando las religiones casi en todas partes ponen límites a la perfecta neutralidad que muchos soñaron para el Estado un siglo atrás, cuando en

[5] Di Stefano, R. y Peire, J. (2004) "De la sociedad barroca a la ilustrada: aspectos económicos del proceso de secularización en el Río de la Plata", *Andes. Antropología e Historia*, 15, pp. 117-150.
[6] Di Stefano, R. (2008) "Ut unum sint. La reforma como construcción de la Iglesia (Buenos Aires, 1822-1824)". *Rivista di Storia del Cristianesimo* 3, pp. 499-523.

los países latinos se trataba de eliminar la influencia de la Iglesia Católica en las instituciones que devenían públicas, o por lo menos reducirla sustancialmente. En ese cambio de perspectiva ha incidido fuertemente, además, el debate ideológico y filosófico del siglo XX, la aceptación de la diversidad cultural como dato de la realidad, la pérdida de certezas en las posibilidades de la razón y la ciencia para garantizar un mundo mejor para todos, la crisis de los grandes relatos, etcétera. Sin embargo, estamos lejos de alcanzar consensos amplios en cuestiones centrales: ¿qué rasgos mínimos debería poseer un Estado para merecer el calificativo de "laico"?

Por último, antes de cerrar este ya largo *excursus* conviene explicar de qué tratan las nociones de "umbral de secularización" y de "pacto laico". Por umbral de secularización podemos entender un punto de equilibrio en cuyo marco ciertos aspectos del proceso de secularización –que no debe entenderse como un proceso evolutivo aplicable a diferentes sociedades en distintos momentos de su desarrollo- quedan fuera de discusión por parte de los actores involucrados. Luego de las revoluciones de independencia la idea secular de la soberanía pasa a formar parte de un nuevo sentido común compartido incluso por los sectores más conservadores del clero, y las excepciones a la regla devienen excéntricas y anacrónicas. Es decir que el umbral, según lo que entiendo, no nace meramente de un consenso entre el poder religioso y el poder político, ni de la imposición de nuevas reglas de juego al primero por parte del segundo, sino que es además el resultado de transformaciones culturales que tienden a convertir ciertas nociones en cuestiones de sentido común. En el caso de la noción de "pacto laico" sí se hace referencia a un consenso más o menos implícito o explícito entre poder secular y poder religioso, lo que no impide que la definición del pacto pueda generar –como casi siempre parece que ocurre- controversias y resistencias. El punto de acuerdo es, en efecto, el resultado de una determinada relación de fuerzas que define un modelo de laicidad entre otros posibles, aceptado, o cuanto menos tolerado, en tanto que solución de compromiso.

El caso argentino

Podemos pensar en un primer umbral de secularización que cobra forma a partir de los cambios que se advierten desde el siglo XVIII en las concepciones religiosas y que cristalizan con la revolución. Básicamente se trata de: 1. La secularización de las nociones de soberanía y consecuentemente de ciudadanía y 2. La incipiente conformación de una esfera propiamente religiosa, cuya existencia es el presupuesto para la autonomía de otras esferas "seculares". A lo largo del siglo XIX se debatirán muchos aspectos relacionados con el lugar que ha de ocupar la religión heredada en el orden que se está construyendo, pero quedan fuera de discusión la idea de que el poder soberano y el derecho a la ciudadanía se rigen por una lógica secular y que la religión y la política deben ser distinguidas y en lo posible separadas, aunque los límites entre ellas sigan siendo muy diferentes respecto de nuestras concepciones actuales y objeto de debate entre los contemporáneos.

Podemos pensar en un segundo umbral que viene gestándose en el imaginario colectivo desde el decenio de 1860 –son cruciales los debates que se verifican en Buenos Aires en la convención constituyente y los que generan las leyes de Nicasio Oroño en Santa Fe- y que cristaliza con las "leyes laicas" de la década de 1880 y con los ajustes que se introducen en las décadas siguientes en la relación Iglesia-Estado. El proceso inmigratorio masivo diversifica aún más el universo religioso y transforma al mismo catolicismo, que en pocas décadas cambia radicalmente su fisonomía. Los cambios en el imaginario conducen a valorar los servicios que las Iglesias cristianas pueden ofrecer a la sociedad, dejando de lado las controversias teológicas que habían apasionado a las generaciones precedentes. Es lo que se tiene en cuenta –por ejemplo- a la hora de justificar la llegada al país de las congregaciones religiosas, que constituyen una novedad para sociedades que sólo habían conocido las órdenes antiguas, monásticas o mendicantes. Las

congregaciones son "útiles" porque sus miembros no dedican su vida a la contemplación y a la oración, sino que educan, curan e integran en la medida de lo posible a los "inadaptados" (mujeres delincuentes, niños vagabundos, vagos y mal entretenidos, indios). También los protestantes son valorados menos por sus creencias que por su supuesta integridad moral y su laboriosidad, por el aporte que pueden realizar al país en términos de lo que hoy denominamos "cultura del trabajo".

Fortunato Mallimaci ha propuesto una primera etapa de "enfrentamiento entre catolicismo y liberalismo" por la "definición de la modernidad religiosa en América Latina", que habría consistido en la supremacía de "Estados con hegemonías liberales" entre 1880 y 1930.[7] En la Argentina un primer momento o "tipo ideal" de laicidad, la "laicidad liberal", se habría impuesto en el mismo período como forma de regulación de las relaciones entre poder político e Iglesia y entre sociedad y religión, "con sus avances y retrocesos".[8] El planteo me sugiere dos observaciones críticas. En primer lugar, en la Argentina el modelo de laicidad sufrió, como sabemos, importantes modificaciones antes de 1930.[9] El empuje laicista ni siquiera puede extenderse a la década de 1880 en su totalidad, sino que conoce dos momentos de agudización de los conflictos: 1882-1884, cuando se discuten y promulgan las leyes de educación y de registro civil, y 1888, cuando se debate y sanciona la ley de matrimonio civil. A partir de entonces tiende a estancarse, y las relaciones entre Iglesia y Estado se modifican notablemente a partir del cambio de siglo. A diferencia de lo ocurrido en otros países –y no es necesario apelar a la lejana Francia, basta con observar el proceso de los vecinos Uruguay o Brasil-, en la Argentina los vientos laicistas menguan muy pronto: desde la presidencia de Luis Sáenz Peña y más todavía durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, los sectores anticlericales más radicalizados empiezan a denunciar las inconsecuencias de la política oficial en relación a lo que consideran rasgos irrenunciables del Estado laico. Aún durante la primera presidencia de Roca, en el momento de mayor fuerza de la política laicista, Sarmiento denuncia desde las páginas de *El Censor* las vacilaciones y ambigüedades de las actitudes de Roca hacia la Iglesia.[10] Los cambios se vuelven mucho más visibles luego de la crisis de 1890 y en el decenio sucesivo. En otras palabras, es discutible que haya habido en la Argentina una "hegemonía liberal" a lo largo de medio siglo.

En segundo lugar, es tiempo que precisemos a qué nos referimos cuando usamos el adjetivo "liberal" en relación con la religión. Mallimaci contrapone liberalismo a catolicismo proponiendo la existencia de dos polos antagónicos en cuanto al tipo de laicidad en disputa. Pero caracterizar al laicismo argentino como "liberal" no es de gran ayuda para analizar la trama religiosa del período. Por cierto, esa caracterización no es patrimonio exclusivo de Mallimaci: muchos otros especialistas en la materia han definido como liberales –aunque casi siempre señalando sus "diversas variantes"- a las fuerzas laicistas.[11] Por otra parte, los contemporáneos mismos hablaban de "liberales" y de "católicos" enfrentados en torno al delicado tema de la laicidad, con el objeto de identificar dos posturas en pugna. Pero nosotros deberíamos tomar con pinzas esas etiquetas, por varios motivos. Uno es que se trata de calificaciones que a menudo no

[7] Mallimaci, F. (2004), "Catolicismo y liberalismo…" art. cit..

[8] Mallimaci, F. (2008) "Nacionalismo católico y cultura laica en Argentina", en R. Blancarte (Coord.) *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo*, México: El Colegio de México, pp. 243-245.

[9] No es nueva la idea de que modificaciones importantes en las relaciones Iglesia-Estado tienen lugar en el cambio de siglo, señaladamente durante la segunda presidencia de J. A. Roca. Puede verse al respecto, por ejemplo, Di Stefano, R. y Zanatta, L. (2000), *Historia de la Iglesia argentina desde la conquista hasta fines del siglo XX.* Buenos Aires: Grijalbo, pp. 395-397.

[10] Amestoy, N. (1991) "Orígenes del integralismo católico argentino". *Cristianismo y Sociedad* 108, p. 23.

[11] Por ejemplo N. T. Auza en todos sus estudios, el más abarcador de los cuales es el clásico Auza, N. (1975) *Católicos y liberales en la Generación del Ochenta*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas. Igualmente L. Zanatta, en su ya clásico Zanatta, L. (1996) *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. Di Stefano, R. y Zanatta, L. en la *Historia de la Iglesia argentina…* también apelan abundantemente al término. J. M. Ghio habla de un "impulso liberal y progresista" que se agota a fines del siglo XIX, cfr. Ghio, J. M. (2007) *La iglesia católica en la política argentina*, Buenos Aires: Prometeo, capítulo segundo.

designan identidades permanentes y contrapuestas, y menos aún excluyentes. En buena parte los "liberales" se definían a sí mismos, en privado y en público, como católicos; ser "liberal" significaba para ellos ser católicos inmunes al virus del "fanatismo" o del "ultramontanismo". Parlamentarios que se definen "liberales" promueven la ayuda económica a instituciones católicas, como ocurre con el notable "liberal" Felipe Guasch Leguizamón en 1909, que pide la donación de un terreno a la Sociedad de Damas de San Vicente de Paul que acompaña con un sentido elogio de la asociación.[12] En muchos casos, "liberal" se opone a las "pretensiones ultramontanas" de la Iglesia romanizada, no al catolicismo. Los católicos, por su parte, tenían más problemas para definirse como liberales, a causa de las condenas papales del liberalismo -en particular las de Pío IX y sus sucesores-. Pero las ideas que muchos de ellos defendían pertenecen a pleno título al acervo del más clásico liberalismo, como –por citar sólo un par de ejemplos- la autonomía municipal y la libertad de enseñanza. En segundo lugar, bajo el término "liberalismo" se confunden dos posiciones muy diferentes en relación a la religión católica y a su Iglesia: la de aquéllos que defienden –y nunca logran- la separación de la Iglesia y del Estado y la de quienes consideran necesario conservar incólumes los mecanismos patronales que garantizan el control del Estado sobre la Iglesia. En principio, el liberalismo prescribe la neutralidad religiosa del Estado, la igualdad de todos los cultos y el otorgamiento a todas las Iglesias del estatus de instituciones de derecho privado. Por eso Mallimaci cuenta entre los rasgos característicos del "orden liberal" la prescindencia del Estado en materia religiosa.[13] Pero en la Argentina, los "liberales" que condujeron las riendas del Estado en este período reservaron al culto católico un carácter cuasi oficial –aunque no se lo haya declarado como religión de Estado en sede constituyente desde 1853- y a la Iglesia Católica, a diferencia de todas las demás, el rango de institución de derecho público a la par del Estado. Las controversias en torno a estos puntos, que se suscitaron en diferentes momentos del período 1880-1920, ponen de manifiesto, justamente, la falta de consenso y las oscilaciones entre las posturas más clásicamente liberales y las de una suerte de galicanismo eclesiástico que poco tiene que ver con ellas. Los sucesivos gobiernos argentinos no renunciaron nunca a concebir el derecho de patronato como rasgo inherente a la soberanía. En un país en que suelen echarse en falta verdaderas políticas de Estado, he aquí una.

La constitución de 1853, que a partir de 1860 adopta también Buenos Aires, prevé a la vez la supervivencia del patronato y la irrestricta libertad de cultos. Asegura, además, el "sostén" del *culto* católico, pero no de la religión, que no adquiere el carácter de religión de Estado. Esa sutileza se había visto compensada por disposiciones que aseguraban la fe católica del presidente y del vicepresidente. Todos esos ingredientes podían ser combinados en diferentes medidas y con distintos énfasis para dar lugar a también variadas posibles relaciones entre Iglesia y Estado. Así, mientras las elites dirigentes vivieron su momento más cosmopolita y liberal, el acento fue puesto en la pluralidad religiosa y en la libertad de cultos. Cuando las condiciones socio-políticas y el clima de época se modificaron, el énfasis se trasladó a favor de los aspectos que podían facilitar la homogeneización "nacional" y el control de una sociedad que se empezó a juzgar excesivamente heterogénea. Ese cambio comienza a advertirse en la década de 1890 y con mayor claridad a comienzos de siglo, cuando Roca toma algunas medidas que suscitan simpatías entre los católicos más identificados con el punto de vista de los obispos y del Vaticano: entre otras la de otorgar mayores espacios a la educación privada -mayoritariamente católica- con la gestión del ministro Magnasco, el restablecimiento de relaciones oficiales con la Santa Sede –que el mismo Roca había interrumpido durante su primera presidencia- y el boicot del proyecto de ley de divorcio que se debatió en Diputados en 1902. Todos estos hechos son conocidos y no hace falta insistir en ello.

[12] *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, Año 1909*, Tomo II, sesiones ordinarias, Buenos Aires: El Comercio, 1909, p. 241.
[13] Mallimaci, F., "Catolicismo y liberalismo…", *op. cit.*, p. 34.

Tres cambios se habían producido entre la primera y la segunda presidencia de Roca. Uno es la toma de conciencia, por parte de las elites dirigentes, de la "cuestión nacional". El clima ideológico occidental del cambio de siglo está signado por un nacionalismo que mira con suspicacia la diversidad cultural que los liberales cosmopolitas de apenas dos décadas atrás habían apreciado. La Argentina, en especial el país litoral, es un caso extremo que empieza a juzgarse peligroso. Sobre todo porque puede resultar explosivo en razón del segundo cambio: la emergencia de la "cuestión social", la aparición del "maximalismo", los sindicatos, las huelgas, los atentados, la difusión de ideas anarquistas y socialistas en la clase obrera en formación. El acercamiento entre Estado e Iglesia, que muchos historiadores han observado, se produce por una confluencia de intereses: más que una "alianza" se trata de una sintonía entre las preocupaciones de ambos, que en el pasado habían sido divergentes. Mientras en la década de 1880 las posiciones católicas estaban todavía fuertemente signadas por la impronta antiliberal de Pío IX (1846-1878), la década siguiente asiste a la emergencia del catolicismo social a que dio impulso León XIII (1878-1903). No es que León haya arriado la bandera antiliberal de Pío, pero al menos la puso a media asta: el acento en el catolicismo también se desplaza, en su caso de una postura férrea y negativamente antimoderna a otra que sin transigir con los "errores del mundo" se propone algún tipo de respuesta en positivo a las "cosas nuevas" (encíclica *Rerum novarum*, "De las cosas nuevas", 1891).

El pacto laico argentino se establece sobre la tácita aceptación por parte de la Iglesia Católica de algunos de los rasgos de la tímida laicidad alcanzada en la década de 1880 y sobre el reconocimiento por parte del Estado de la Iglesia Católica como el "Gran Interlocutor", es decir, como Iglesia hegemónica en el campo religioso no sólo de hecho, sino también de derecho. La Iglesia nunca admite la legitimidad de la "educación atea" y busca con denuedo, a lo largo del siglo XX, la derogación de la ley 1.420 o al menos su limitación. Pero no ocurre lo mismo con el registro y el matrimonio civiles, cuya existencia no le inspira serios reparos. Sí se los suscita la prohibición de celebrar el matrimonio sacramental mientras no se hubiese suscrito previamente el civil, pero no porque cuestione la legitimidad de éste –aunque algún caso de rebeldía se verifica en Córdoba-, sino porque en las zonas en las que el registro civil no existe –que no son pocas ni reducidas- los feligreses se ven obligados a vivir en "perpetuo concubinato" por falta de agentes de registro civil. Pero la situación se destraba en 1903, cuando se elimina la cláusula que imponía la precedencia, ulterior gesto de buena voluntad de Roca en aras del pacto laico.[14] Por parte del Estado, el pacto implica sancionar jurídica y simbólicamente la hegemonía de la Iglesia Católica en el campo religioso, cosa que hace de muchas maneras. La más importante es de carácter negativo: cerrar los oídos a las voces anticlericales que desde distintos sectores –masonería, librepensamiento, Partido Socialista- piden la separación formal de la Iglesia y del Estado. Esas voces comienzan a verse privadas de la protección oficial de que habían gozado en la década de 1880, lo advierten y denuncian el pacto laico, la "ola negra" y la "invasión clerical".[15] Pero hay otras formas de sancionar el pacto: al presupuesto de culto comienzan a sumarse mil y un subsidios a entidades y manifestaciones católicas de lo más variadas –de escuelas a círculos de obreros, de peregrinaciones a instituciones de beneficencia, de congregaciones a ateneos culturales-, el culto católico se refuerza como complemento de la liturgia patriótica, se obstaculizan los proyectos de ley que pueden irritar a la Iglesia –v.g. el divorcio-, se provee el servicio de bandas y formaciones policiales y militares para las fiestas religiosas, a las que asisten también miembros del gobierno municipal, provincial y nacional, y un largo etcétera. El Estado y la Iglesia fijan los límites de sus atribuciones y límites: no sólo el primero

[14] Bertoni, L. A. (2009), "¿Estado confesional o estado laico? La disputa entre librepensadores y católicos en el cambio del siglo XIX al XX", en Bertoni, L. A. y de Privitellio, L. (comps.), *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

[15] Me permito remitir al lector a mi reciente obra Di Stefano, R. (2010) *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires: Sudamericana.

regula la influencia de la segunda, sino que además la Iglesia fija topes al radio de esfera del patronato, como ocurrió con el rechazo del candidato oficial al arzobispado porteño en 1923-1924.

El pacto laico, entonces, se esboza como posibilidad en la timidez de las "leyes laicas" argentinas y se sella a lo largo de la primera década del siglo XX, cuando en sectores reformistas de las elites crece la preocupación por los desafíos de la modernidad y en particular por la "cuestión social", según ilustran los casos de Joaquín V. González y de Juan Bialet Massé.[16] Hacia el Centenario el pacto comienza a construir su propio pasado. Un significativo cambio de registro se advierte en las lecturas católicas de la Revolución de Mayo, que hasta entonces no habían diferido significativamente de las acuñadas por los "liberales".[17] Por ejemplo, Bernardino Rivadavia, alabado por los católicos en 1857 cuando se repatriaron sus restos y en 1880 cuando se cumplió el centenario de su nacimiento, a comienzos del siglo XX comienza su transmutación en "gran heresiarca".[18] En 1910 el capellán de la Armada Agustín Piaggio escribe en tiempo récord un libro en el que reclama el reconocimiento nacional para el clero que luchó por la independencia, mientras la Academia del Plata medita el proyecto de rememorar su gesta con un monumento. Ese mismo año varios obispos –Espinosa, Linares, Benavente- exaltan al clero patriota como verdadero artífice de la independencia en una encuesta que publica la *Revista Eclesiástica de Buenos Aires*. Frente a la decadencia moral que exhibe la nación, el clero es el custodio de sus mejores valores. [19] En la primera historia general de la Iglesia argentina que publica en 1915, su autor Abel Bazán y Bustos, obispo de Paraná, afirma que la Argentina "debe […] al clero algo más de lo que se cree y confiesa comúnmente; le debe, más que a ninguna otra causa, el éxito definitivo de su independencia", puesto que sin su decisivo concurso "no se hubiera realizado la emancipación política argentina".[20] Si la Argentina vive hoy tiempos de zozobra y malestar, ello se debe, al menos en parte, a que sus dirigentes han desplazado al clero de su rol tutelar sobre la sociedad y lo ha obligado a recluirse en las sacristías. Pero no está todo perdido, porque el clero actual es tan virtuoso, ilustrado y patriota como el de 1810, con el plus de que además es más disciplinado y sobre todo más ortodoxo, puesto que ha abjurado de las veleidades regalistas de sus ancestros: "Si en algún gremio, en medio de la anarquía moral y patriótica, por no decir bancarrota de civismo de la actual utilitarista generación, se conservan aquellas virtudes cívico-morales que tanto enaltecieron a los fundadores de la independencia argentina, es precisamente en el clero…"[21]

Miguel De Andrea enuncia el corolario de esas lecturas retrospectivas en su famosa alocución de 1910 sobre "religión y patria". Allí intenta disuadir a sus interlocutores de abandonarse a la tentación –que para algunos parece ser irresistible- de atacar a la Iglesia, señalándoles la urgencia de que Iglesia y Estado se unan para hacer frente a ese enemigo común que son las "doctrinas disolventes": "cada uno de los ataques que dirijáis contra sus verdades y sus principios [del catolicismo], contra sus prácticas y su moral, será un nuevo golpe que descargaréis sobre los cimientos mismos del edificio social en que descansáis".[22] Del mismo sentir es el arzobispo de Buenos Aires Antonio Espinosa, para quien la Argentina de 1910 no es más que un "coloso sostenido por pies de barro" cuyas grandezas

[16] Botana, N. y Gallo, E. (1997) *De la república posible a la república verdadera (1880-1910).* Biblioteca del Pensamiento Argentino III, Buenos Aires: Ariel.
[17] Di Stefano, R. (2003), "De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino", *Prohistoria* 6, pp. 173-201.
[18] Véanse por ejemplo la autoridad moral que reconoce a Rivadavia Félix Frías en su artículo "Nuestro propósito", *La Relijion* del 15 de agosto de 1857.
[19] Conferencia Episcopal Argentina (1994), *Documentos del Episcopado Argentino*, Tomo II: 1910-1921, Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina, pp. 9-34.
[20] Bazán, A.y Bustos (1915), *Nociones de Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires: S/E, p. 52.
[21] Ibidem, p. 53.
[22] M. De Andrea, "Oración Patriótica de acción de gracias por el éxito de las fiestas del Centenario", en Halperin Donghi, T. (1999), *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires: Ariel, pp. 429-430.

no logran ocultar las "catástrofes" que la amenazan "como un volcán que se agita", resultado de la existencia "en medio de nosotros" de "masas populares en las cuales se ha debilitado y extinguido la idea religiosa y de consiguiente el sentimiento íntimo del deber y el patriotismo".[23] Desde luego, estas posiciones se reforzaron tras la Primera Guerra y la oleada revolucionaria que sacudió el mundo en los años sucesivos.

El pacto laico nace de la toma de conciencia, por parte de la Iglesia como del Estado, por parte de un sector de las elites dirigentes "laicas" y de las jerarquías eclesiásticas, de que ninguno de los dos poderes puede prescindir del otro. El Estado no puede por sí solo nacionalizar una población sumamente heterogénea ni brindarle prestaciones educativas, sanitarias y asistenciales, diseminada como se halla en inabarcables territorios demasiado lejanos, o concentrada en grandes ciudades en las que a su juicio han naufragado los valores cívicos y el amor patriótico de las generaciones que construyeron el país. La Iglesia no puede desempeñar su misión sin la asistencia del Estado, no sólo porque mal que le pese se encuentra sujeta a él por medio de los mecanismos del patronato, sino también porque nunca pudo sustentarse económicamente –y no a causa de las expropiaciones decimonónicas, de dispares efectos sobre las rentas eclesiásticas: en época colonial las pobres diócesis que serían argentinas y las órdenes religiosas dependían demasiado estrechamente de la generosidad de la Corona como para considerarlas autosuficientes-. Así las cosas, ninguno de los dos tiene nada que ganar con una eventual profundización del proceso de laicización. Para la Iglesia las razones son obvias; para el Estado significa alienarse el consenso de un catolicismo cuya capacidad para colaborar en la tarea de formar ciudadanos probos no es desdeñable. Un catolicismo, además, que se ha fortalecido en los últimos años: desde la década de 1850, pero con mayor velocidad desde 1890, la Argentina ha recibido un buen número de órdenes y sobre todo de congregaciones religiosas extranjeras que traen consigo experiencias sólidas en áreas como la educación y la asistencia social de los necesitados. En áreas tan desoladas como las de los territorios nacionales del Sur, donde la presencia estatal es lánguida y saltuaria y la presencia extranjera –sobre todo chilena- es significativa, las funciones que el Estado debiera garantizar se han delegado tácitamente en la acción misionera. En suma: mientras en Francia y en otros países el "pacto laico" conduce a la separación de las Iglesias y del Estado, en la Argentina el reconocimiento de lo "no negociable" del otro (reconocimiento "primero obligado y posteriormente cada vez más aceptado, interiorizado"[24]) conduce a la colaboración.

Pero ¿por qué denominar "laico" a un pacto tácito que más bien obstruye la profundización del proceso de laicización? ¿Por qué no afirmar lisa y llanamente que a partir de 1890 hubo un retroceso en el "grado de laicidad" que habían alcanzado las instituciones argentinas? Como llevamos visto, los debates políticos y académicos de los últimos años nos han enseñado que más que en singular conviene hablar en plural, esto es, de modelos de laicidad que necesariamente varían de un contexto histórico cultural a otro.[25] Sin embargo, algunas voces se han alzado en los últimos años para proponer el reconocimiento de un "núcleo duro" al que sería imposible renunciar a la hora de definir a un Estado como laico, ciertos rasgos ante cuya ausencia cabría más bien hablar de alguno de los muchos confesionalismos antes que de alguna de las muchas laicidades.[26] El debate está en curso y hay mucha tela que cortar, pero corre el riesgo de estancarse en un punto análogo al del vaso medio lleno o medio vacío. Que el pacto en cada caso histórico sea calificado como laico o como confesional depende no sólo de sus modalidades específicas, sino también de la ideología desde la que se lo mira. En

[23] Conferencia Episcopal Argentina, *Documentos del Episcopado Argentino….*, p. 11.
[24] Baubérot, J. (2004), "Los umbrales de la laicización en la Europa Latina y la recomposición de lo religios en la modernidad tardía", en Bastian, J. P. (Coord.), *La modernidad religiosa...*, p. 100.
[25] Baubérot, J. (2008) *Le tante laicità del mondo*. Roma: Luiss University Press; A. Spadaro (2008) *Libertà di coscienza e laicità nello Stato costituzionale. Sulle radici religiose dello Stato laico*. Torino: Giappichelli.
[26] Fiorita, N. (2011) "L'insostenibile leggerezza della laicità italiana", en *Stato, Chiese e pluralismo confessionale* (Giugno), especialmente p. 12.

cualquier caso, la evolución del campo religioso argentino desde 1983 aconseja, a mi juicio, revisar el andamiaje jurídico que garantizó hasta el presente la supervivencia de los rasgos esenciales del pacto -laico o confesional, según la mirada de que sea objeto- que se selló tácitamente a comienzos del siglo XX.

Multitudes y movilizaciones católicas en la Argentina de entreguerras. Cuestiones metodológicas e historiográficas[1]

Por Diego A. Mauro*

(CONICET- UNR)

Resumen

El presente artículo ofrece un recorrido por la historiografía reciente sobre los procesos de movilización y conformación de multitudes en el seno del catolicismo argentino de entreguerras. Se presentan las principales perspectivas metodológicas e historiográficas –con sus puntos de controversia y debate– y se intenta ponerlas en diálogo. Asimismo, tomando como base los aportes recientes de la historia social y cultural del catolicismo, se ensaya una revisión de los alcances explicativos de conceptos tales como movilización y manifestación, empleados frecuentemente para dar cuenta de la ocupación católica del espacio público.

Palabras clave: Multitudes- Movilizaciones- Catolicismo- Iglesia- Sociedad de masas

Summary

This article provides a tour through the historiography on the process of mobilization and formation of Catholic crowds in Argentina in the first half of the twentieth century. It develops the main methodological and historiographic perspectives, their points of controversy and debate, and put them in dialogue. Also, based on recent contributions from the social and cultural history of Catholicism, the article proposes a revision of the scope and limits explaining core concepts such as mobilization or demonstration, usually used to account for the Catholic occupation of public spaces in the interwar conjuncture.

Key words: Crowds- Demonstrations- Catholicism- Church- Mass society

[1] El presente trabajo se realizó en el marco de una beca del Programa de estancias externas posdoctorales del CONICET. Agradezco al Dr. Antonio Annino de la *Università degli Studi di Firenze*, director durante el período de investigación en Italia, y al personal de la Biblioteca "Giuseppe Dossetti" de la *Fondazione per le Scienze Religiose Giovanni XXIII* de Bologna.

* Doctor en Humanidades y Máster en Historia Comparada. Se desempeña como Investigador Asistente del CONICET y como docente de Historia Argentina II en la Universidad Nacional de Rosario. Entre sus publicaciones se cuentan: *De los templos a las calles. Sociedad, catolicismo y política, Santa Fe, 1900-1937*, UNL, Santa Fe, 2010 y junto a Miranda Lida *Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina: 1900-1950*, Prohistoria, Rosario, 2009. E-mail: diegomauro@conicet.gov.ar.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 26/09/2011

En consonancia con lo que ocurría en el catolicismo europeo, las devociones marianas modernas ganaron renovada fuerza en la Argentina de fines del siglo XIX: en 1887 se coronó a la Virgen de Luján, en 1891 a la Virgen del Valle de Catamarca y en 1900 a la de Itatí, en Corrientes[2]. Asimismo, por entonces comenzaron a realizarse peregrinaciones también a otros santuarios como el de Loreto en Santiago del Estero o el de Guadalupe en Santa Fe. Hacia el período de entreguerras, aunque con altibajos, los santuarios marianos producían ya grandes flujos de peregrinos y multitudes cada vez más imponentes. La movilización creció también en el radio céntrico de las ciudades de la mano de festividades como *Corpus Christi* o Cristo Rey y fundamentalmente a través de la oleada de Congresos Eucarísticos que se desarrolló en el país en las décadas de 1930 y 1940. Nacidos en los años 1880 a instancias de León XIII, los Congresos Eucarísticos se convirtieron ya en las primeras décadas del siglo XX en grandes eventos de masas a nivel mundial, tal el caso de los realizados en Roma en 1922 y Chicago en 1926. Finalmente, tras largas tratativas que venían desde principios de siglo, Buenos Aires fue elegida sede del XXXII Congreso Eucarístico Internacional. El evento convulsionó al país. Como preparación, durante 1933 se realizaron multitudinarios congresos diocesanos en Rosario, Tucumán y Córdoba y numerosas semanas eucarísticas. Al año siguiente, la convocatoria alcanzada en Buenos Aires superó todas las previsiones –incluso las más optimistas–, causando franco asombro tanto dentro como fuera de la Argentina, incluida la curia romana[3].

Finalizado el gran evento, el ímpetu movilizador no se aplacó y las multitudes católicas siguieron irrumpiendo con contundencia en calles y plazas, logrando picos de asistencia durante los Congresos Eucarísticos Nacionales –tal el de Luján en 1937, el de Santa Fe en 1940 o el de Buenos Aires en 1944– y de la mano de la celebración de las principales devociones marianas. Por entonces tuvieron lugar también varias multitudinarias coronaciones –a la Virgen de Guadalupe en 1928, a la de los Milagros en 1936, a la del Rosario en 1941 y a la de Loreto en 1942– cuyas organizaciones y puestas en escena tenían poco que envidiarle al Congreso de 1934.

En resumidas cuentas, durante la primera mitad del siglo XX, las multitudes católicas se convirtieron en una de las presencias más emblemáticas y en unos de los rostros más vívidos de la Argentina y, muy especialmente, de esa Argentina moderna que había nacido del llamado "boom" de la economía agroexportadora[4]. No en vano, las congregaciones más importantes tenían lugar precisamente en las ciudades totalmente transformadas por el crecimiento de las décadas finales del siglo XIX y consideradas íconos de la "grandeza" del país: la gran metrópoli, Buenos Aires; la "Chicago Argentina", Rosario; y, aunque en menor medida, también algunas de las principales capitales de provincia: Córdoba, Tucumán, Santa Fe[5].

[2] En el marco del desmoronamiento del poder terrenal del papado, la oficialización a mediados del siglo XIX del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen y la aparición de las llamadas devociones marianas modernas contribuyeron a poner en efervescencia al catolicismo europeo. Lourdes primero y Fátima después relanzaron la práctica del peregrinaje y alimentaron grandes flujos de católicos. Fattorini, E. (1999) *Il culto mariano tra ottocento e novecento. Simboli e devozione. Ipotesi e prospettive di ricerca*. Milán: Franco Angeli. Sobre la situación del papado: Lill, R. (2010) *Il potere dei papi. Dell'Età moderna a oggi*. Bari-Italia: Laterza.

[3] Sobre los Congresos Eucarísticos en Argentina, Lida, M. (2009) "Los Congresos Eucarísticos en la Argentina del siglo XX". *Investigaciones y ensayos* 58: 285-324.

[4] Sobre el proceso de crecimiento económico de la segunda mitad del siglo XIX, Hora, R. (2010) *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI; Míguez, E. (2008) *Historia Económica de la Argentina. De la conquista a la crisis de 1930*. Buenos Aires: Sudamericana.

[5] El espejismo de los discursos antimodernos de la Iglesia del período constituye un serio obstáculo teórico y metodológico a la hora de comprender el amplísimo abanico de prácticas que –como se vio– desplegó el catolicismo de entreguerras y los modos en que la sociedad de aquellas décadas atravesó recursivamente al campo católico. En este sentido cabe advertir sobre las dificultades metodológicas asociadas a los enfoques que definen a la Iglesia Católica de la primera mitad del siglo XX como un "actor tradicional" o un "actor político tradicional".

Sin embargo, a pesar de su importancia, el fenómeno recién fue estudiado con detenimiento en la última década, de la mano de una historia de la Iglesia mucho menos circunscripta al prisma político y más atenta a los procesos sociales y culturales[6]. Aún cuando en muchos casos la Iglesia siguió siendo abordada como un actor político, se hizo cada vez más evidente que su entidad social –incluida la razón de posibilidad de su gravitación como actor político– dependía de variables, agencias y procesos más amplios, cuyas raíces se internaban de manera profunda en la sociedad y en la cultura[7]. Se hizo evidente además que ya no podía mirarse sólo el registro político o a la propia institución eclesiástica. Que no bastaba, incluso, con extender la mirada al más vasto campo cultural católico sino que, por el contrario, era preciso repensar el catolicismo a la luz de las transformaciones de la sociedad de la que formaba parte, incorporando las preocupaciones y las miradas de la historia social y cultural.

En el presente artículo se ofrece un sucinto seguimiento de las investigaciones recientes o en curso sobre las multitudes y los procesos de movilización en el seno del catolicismo de entreguerras, con el propósito de clarificar los puntos de controversia y debate, ofreciendo en la medida de lo posible un balance de los resultados obtenidos hasta el momento.

De la historia política a la historia social y cultural

El prisma político fue, al menos hasta hace algunos años, la principal vía de entrada al estudio del catolicismo. Las relaciones Iglesia-Estado, los contenidos ideológicos del "catolicismo integral" y del nacionalismo católico, sus vínculos con el antisemitismo, el rol de la Iglesia durante el golpe de estado de 1943, las relaciones entre peronismo y catolicismo social o los conflictos entre Iglesia y peronismo concitaron por momentos todas las miradas. El catolicismo se convirtió así en una de las claves para comprender los orígenes de lo que se consideraba la matriz autoritaria de la cultura política argentina y en torno a dicho registro se desarrolló una prolífera e influyente vertiente historiográfica y sociológica[8].

[6]Sobre las condiciones de producción de la historia de la Iglesia en las últimas décadas, Di Stefano, R. ´De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino´. *Prohistoria* 6: 173-201; Touris, C. ´Entre la historia de la iglesia y los estudios sobre religión y sociedad en la Argentina contemporánea´, en G. Caretta & I. Zacca, *Para una historia de la iglesia. Itinerarios y estudios de caso,* pp. 83-92. Salta: CEPIHA; y, entre otros, Lida, M. y Mauro, D. (2009) "Sine ira et studio" en M. Lida y D. Mauro *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950*, Rosario: Prohistoria. pp. 11-15.

[7]El concepto de agencia apunta a resaltar las dificultades halladas para estudiar las multitudes católicas y los vínculos entre catolicismo y sociedad de masas desde una "física social", según criterios epistemológicos "causalistas". El concepto de agencia –que remite al debate del estructuralismo genético contemporáneo así como a ciertas vertientes constructivistas– se utiliza para conjugar dinámicas intencionales y no intencionales, procesos centrados en la volición de determinados actores capaces de fijar objetivos y llevarlos adelante –jerarquías, dirigentes del laicado, comisiones organizadoras, etc.– y procesos sociales y culturales más complejos y sinuosos, resultados de variables heterogéneas y caracterizadas por su "recursividad"; es decir, por ser "causas" y "consecuencias" al mismo tiempo. Sobre la cuestión Crespi, F. (1997) *Acontecimiento y estructura*. Buenos Aires: Nueva Visión; Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005) *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.

[8]En esta línea la bibliografía se ha hecho considerable. Entre los principales trabajos –aunque con enfoques variados– se cuentan: Mallimaci, F. (1988) *Catolicismo integral en la Argentina, 1930-1946*. Buenos Aires: Biblos; Buchrucker, C. (1999) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*. Buenos Aires: Sudamericana; Zanatta, L. (1996) *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943.* Buenos Aires: UNQ; Zanatta, L. (1999) *Perón y el mito de la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*. Buenos Aires: Sudamericana; Caimari, L. (1995) *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana; Bianchi, S. (2001) *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina, 1943-1955*. Buenos Aires: Prometeo-IEHS; Bianchi, S. (2002) ´La conformación de la Iglesia católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de élite (1930-1943). *Anuario IEHS* 17: 143-161; Di Stefano, R. & Zanatta, L. (2000) *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Mondadori; Mallimaci, F. & Di Stefano, R. (2001) *Religión e imaginario social*. Buenos Aires: Manantial; Vidal, G. & Vagliente, P. (2002) *Por la señal*

En el marco de estas preocupaciones, el crecimiento de las multitudes católicas se abordó como parte del proceso de crisis de la Argentina liberal y de "renacimiento católico" y, puntualmente, como una manifestación más de la difusión –en palabras del historiador italiano Loris Zanatta– del llamado "mito de la nación católica". De este modo, las movilizaciones –entendidas como la exteriorización de relaciones e identidades trabadas fuera de ellas– fueron vistas principalmente como una prueba más de la solidez de la llamada alianza entre la cruz y la espada, en el marco de la consolidación de lo que, siguiendo a Émile Poulat, Fortunatto Mallimaci definió como "catolicismo integral"[9]. Desde dicho punto de vista, las calles se convirtieron en la expresión de diferentes procesos considerados clave para comprender el derrotero de la Argentina del siglo XX: la clericalización y militarización de la vida política, la retracción de la "Argentina liberal" y el nacimiento de la "Argentina Católica", la expansión de una cultura política reaccionaria –y para muchos cuasi fascista–, el desarrollo de una identidad política católica, la destrucción del Estado liberal edificado en la década de 1880, etc. En términos historiográficos, se volvió natural entonces que los católicos en las calles aparecieran estrictamente asociados a alguno de estos procesos considerados en términos interpretativos mucho más sustantivos que las calles mismas[10].

Desde hace algunos años, sin embargo, las cosas empezaron a cambiar: la movilización católica comenzó a explorarse más detenidamente y poco a poco los matices salieron a la luz. El progresivo impacto de la historia social y cultural sobre la historiografía de la Iglesia Católica se hizo sentir cada vez con mayor fuerza, horadando poco a poco la consistencia del prisma político así como sus derivaciones intencionalistas a la hora de explicar las "movilizaciones"[11]. De la mano de este proceso, se hizo evidente entonces que se sabía relativamente poco acerca de ellas y que, en realidad, las grandes matrices interpretativas trazadas desde la historia y la sociología políticas no alcanzaban para explicar el fenómeno de creciente movilización del catolicismo de entreguerras. Primero y principal, porque los interrogantes más simples y elementales quedaban sin una debida respuesta. Se hizo evidente que casi no se sabía nada acerca de cómo se organizaban los actos, las celebraciones y los congresos, que iban desde unos pocos cientos de fieles en procesión alrededor de un templo parroquial hasta varias decenas de miles e incluso cientos de miles congregados en grandes parques, plazas o santuarios. Tampoco se sabía demasiado acerca de quiénes y cómo organizaban los eventos. Por ejemplo, quiénes animaban las bandas de música, tiraban los fuegos artificiales y las bombas de estruendo o realizaban los micros radiales que invitaban a participar. Tampoco se sabía a ciencia cierta de dónde provenían los recursos que insumía la organización ni qué roles jugaban específicamente las asociaciones del laicado, las parroquias y las jerarquías eclesiásticas. Finalmente, se sabía muy poco acerca de qué hacían los asistentes durante las

de la cruz. Estudios sobre Iglesia Católica y sociedad en Córdoba, s. XVII-XX. Córdoba: Ferreyra Editor; Lvovich, D. (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B; Macor, D. (2005) ´Católicos e identidad política´ en D. Macor, *Nación y provincia en la crisis de los años treinta*, pp. 179-198. Santa Fe: UNL; Devoto, F. (2006) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI; Ghio, J. M. (2007) *La iglesia católica en la política argentina*. Buenos Aires: Prometeo; Echeverría, O. (2009) *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Rosario: Prohistoria.

[9] Para mayores precisiones teóricas y conceptuales, Poulat, É. (1984) *Chiesa contro borghesia. Introduzione al divenire del cattolicesimo contemporáneo*. Casale Monferrato: Marietti.

[10] Silvia Sigal ha llamado recientemente la atención sobre la cuestión. Sigal, S. (2006) *La plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

[11] Las explicaciones intencionalistas han sido objetos de amplio debate en el marco de la historiografía sobre el nazismo. Sobre dicho debate Kershaw, I. (2004) *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires: Siglo XXI. Si bien la impronta romana de la Iglesia Católica Argentina está fuera de toda duda es preciso cuestionar, de todos modos, su traducción en clave intencionalista con el consecuente sobredimensionamiento del funcionamiento piramidal de la institución eclesiástica. Sobre la cuestión, Lida, M. (2010) "El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico", en S. Amenta & C. Folquer, *Sociedad, Cristianismo y Política. Tejiendo historias locales*. Salta: CEPIHA, pp. 395-424.

jornadas y, por ende, por qué se movilizaban y cuáles eran sus motivaciones e intereses[12].

Por mucho tiempo, preguntas como estas quedaron relegadas o directamente no se formularon tras la reconstrucción de la retórica de los estrados y los púlpitos. Allí, los discursos emitidos, como se hizo frecuente en el catolicismo de la época –y por cierto no sólo en la Argentina–, reprodujeron de diferentes maneras y con diferentes estilos las coordenadas del discurso integrista y las notas dominantes del llamado "mito de la nación católica"[13]. Una y otra vez en calles y plazas, templos y santuarios se escucharon los mismos argumentos y advertencias acerca de las amenazas y peligros que se cernían sobre la Iglesia y la supuesta identidad católica de los argentinos. A la luz de los intereses y preocupaciones del prisma político estos discursos –y en un sentido amplio la vida de los escenarios– se convirtieron en el principal nicho de trabajo y en la gran "obsesión" de historiadores y sociólogos, dispuestos a hallar allí el germen de muchas de las tragedias de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. En consecuencia, en muchos casos inadvertidamente, los contenidos de dichos discursos fueron deslizándose poco a poco sobre las multitudes mismas, hasta cubrirlas casi totalmente. En sintonía con lo que anhelaban los obispos y dirigentes de las organizaciones del laicado, las multitudes fueron interpretadas entonces como el "reflejo" o la "manifestación" de una identidad política católica[14].

De la mano de estas operaciones, las multitudes devinieron movilizaciones y el rostro de las muchedumbres de carne y hueso se hizo cada vez más difuso[15], cada vez menos discernible, oculto tras lo que cabría definirse –siguiendo a Pierre Favre– como "manifestaciones de papel". Es decir, movilizaciones surgidas de un procedimiento simple pero poderoso en el que la prensa de entonces y muchos investigadores coincidieron: yuxtapusieron en un mismo cuadro los discursos pronunciados, el número de asistentes y las imágenes de la muchedumbre. A través de las rotativas de los diarios –muy especialmente de los católicos– y de la pluma de los historiadores, la multiplicidad propia de toda multitud devino entonces a fuerza de repetición identidad y movilización. Una y otra vez, la retórica del mito de la nación católica se fundió con las fotografías de eso que la prensa de entreguerras definía como "mares de

[12] En esta línea Lida, M. (2009) "El catolicismo y la modernización urbana en Buenos Aires. Notas sobre las transformaciones en la movilización católica, 1910-1934", en M. Lida y D. Mauro, *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950,* pp. 17-37. Rosario: Prohistoria; Lida, M. (2010) "¡A Luján! Las comunidades de inmigrantes y el naciente catolicismo de masas en la Argentina, 1910-1934´. *Revista de Indias* 250: 809-836; Lida, M. (2009) ´Los congresos eucarísticos en la Argentina del siglo XX´. *Investigaciones y ensayos* 58: 285-324; Romero, L. A. (2010) ´El ejército de Cristo Rey. Movilización católica en Buenos Aires, 1934-1945´. *Cuadernos de Historia* 32: 77-98; Tenti, M. (2010) ´Loreto: festividad, inundación y después. Las festividades de Nuestra Señora de Loreto en Santiago del Estero antes y después de la inundación de 1908´, en *Actas de las II Jornadas de la Historia de la Iglesia y la Religiosidad en el NOA*. Jujuy: UCSE. Acha, O. (2011) ´La movilización católica de la infancia en octubre de 1943 y la educación religiosa en las escuelas´, [en línea], *Dossier ´Catolicismo y política en la Argentina del siglo XX´*, en historiapolitca.com. Disponible en http://www.historiapolitica.com/; Mauro, D. (2010) *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política. Santa Fe, 1900-1937*. Santa Fe: UNL; Mauro, D. (2009) ´La Virgen de Guadalupe en Argentina. Movilización y política en el catolicismo. Santa Fe, 1921-1928´, en *Secuencia* 75: 43-65.

[13] Una buen síntesis atenta a los procesos de politización de las devociones europeas en Menozzi, D. (2007) ´Il cattolicesimo dal concilio di Trento al Vaticano II´, en Filoramo, G., *Cristianesimo*, pp. 281-375. Bari-Roma: Laterza. También McLeod, H. (2000) *Secularization in Western Europe, 1848-1914*. New York: St. Martin's Press; Rémond, R. (2003) *La secolarizzazione. Religione e società nell´Europa contemporanea*. Roma: Laterza.

[14] Sobre el problema de la identidad política católica, Lida, M. (2005) ´Notas acerca de la identidad política católica, 1880-1955´, [en línea] Disponible http://www.historiapolitica.com/datos/biblioteca/miranda2.pdf/ [último acceso: 06/09/2011]

[15] La "movilización católica" de entreguerras –vista a la luz de la historia social y cultural– se ajusta más al concepto de multitud, entendido como fenómeno multidimensional. Mientras los conceptos de movilización o manifestación –vinculados a las preguntas de la historia y la sociología políticas– parten del supuesto de la relativa existencia de una identidad social o política entre los individuos movilizados, el de multitud presupone lo opuesto: la multiplicidad y heterogeneidad de las muchedumbres. Se parte de la caracterización de Paolo Virno aunque no se tienen en cuenta sus consideraciones normativas, filosóficas y políticas. Virno, P. (2003) *Gramáticas de la multitud*. Madrid: Traficantes de Sueños. En términos más generales sobre el problema de las manifestaciones, Favre, P. (1990) *La Manifestation*. París: Presses de la Fondation Nationale desde Sciences Politiques. En la perspectiva de una historia social de las movilizaciones cabe destacarse la investigación de Peter Fritzsche sobre la Alemania de entreguerras: Fritzsche, P. (2006) *De alemanes a nazis, 1914-1933*. Buenos Aires: Siglo XXI.

cabezas" para producir en el papel manifestaciones y movilizaciones, tras las cuales se entendía tácitamente debía existir una identidad. Coincidían en esto con las jerarquías eclesiásticas del período de entreguerras, cuya capacidad de negociación en términos políticos y su capacidad de movilización en términos de militancia dependían, en buena medida, del éxito de dicha operación hermenéutica: de la transformación de la multitud en movilización, aunque más no fuera en el papel. A fin de cuentas, que fueran de papel no las hacía menos reales o influyentes, como demuestra la extensa producción historiográfica y sociológica citada.

Los problemas empiezan, sin embargo, cuando se pretende dejar de lado los escenarios, templetes, atrios o plataformas para enfocar la multitud misma. Cuando el objetivo no es ya el discurso o la ideología de los oradores sino las motivaciones y, en última instancia, los motores de la "movilización". Si se dejan de lado las multitudes de papel y se mira de frente a los hombres, mujeres y niños reunidos, los interrogantes y las dudas se multiplican y la relación entre discursos y multitudes se vuelve a todas luces problemática. ¿Qué tan representativas o influyentes eran las homilías y sermones o los discursos de los diferentes oradores? Y, siguiendo esta línea de análisis, ¿qué tanto se escuchaban y qué tan definitorios eran a la hora de asegurar una cierta concurrencia? Puesto en tensión el espejismo de las multitudes de papel –y con él la ilusión de un impacto unidireccional entre palabras y audiencias–, la incidencia de aquellas retóricas integristas de combate se vuelve mucho más una incógnita que una certeza, una interesante línea de investigación a transitar que un presupuesto válido.

A la luz de estos interrogantes, la historia social y cultural del catolicismo dejó al descubierto en estos últimos años una multitud de la que poco o nada sabíamos. Una multitud que no era la de los escenarios, la de los oradores y los militantes más comprometidos de la Acción Católica o los Círculos de Obreros. Una multitud que tal vez no oía los discursos porque no le interesaban o no los comprendía, que llegaba tarde y se iba temprano o simplemente se había dado cita para presenciar los fuegos artificiales, la iluminación con reflectores o el vuelo de aeroplanos. Una multitud que buscaba proteger sus cosechas de las granizadas, conseguir pareja o sanar de algún mal. Que quería certezas, protección y amparo pero también escuchar bandas de música, pasear y distenderse, aprovechando –sobre todo durante los congresos eucarísticos y las celebraciones de Semana Santa– las ofertas y promociones especiales de las principales tiendas y comercios. Que buscaba, entre otras cosas, poner entre paréntesis las rutinas cotidianas, recorriendo el centro de las grandes ciudades, acampando al aire libre, realizando un picnic o disfrutando de un almuerzo criollo. Que quería, de la mano de las devociones, disfrutar del ambiente apacible de los santuarios campestres y de las actividades que animaban las celebraciones y que incluían desde paseos en lancha y carreras de caballos hasta fogatas y apuestas en dinero. Se trataba, como se ve, de una multitud muy diferente de la que podía verse a través del prisma político y de conceptos como el de movilización o manifestación. Incluso, cabe insistir, en momentos de abierta conflictividad, como ocurre en la ciudad de Santa Fe en torno a los intentos de laicización del estado provincial entre 1921 y 1935, las muchedumbres congregadas no dejaron de ajustarse a los cánones de toda gran multitud: pasearon por la laguna Setúbal o el centro de la ciudad, aprovecharon las ofertas de las principales tiendas, realizaron picnics y juegos campestres, compraron estampas y medallas y, tras pedir milagros de diferente tipo y mientras los dirigentes católicos llamaban a la resistencia, siguieron expectantes los aviones que surcaban los cielos.[16]

En resumidas cuentas, aún en un contexto de conflicto y a pesar de los esfuerzos de los oradores de turno, la "movilización católica" fue mucho más el producto de las transformaciones sociales del período de entreguerras que del discurso integrista o la disputa ideológica; un emergente de la sociedad y la cultura de masas de aquellos años, capaces de articular consumo, recreación, religión y

[16]Sobre el proceso: Mauro, D. (2010) *De los templos*…, op. cit., pp. 145-172.

espectáculo[17].

Consideraciones finales: reubicando el registro político

Que las muchedumbres católicas se sostuvieran, como se vio, en procesos irreductibles a la disputa ideológica, no debe llevar a concluir erróneamente que el llamado mito de la nación católica carecía de importancia. Fue, por el contrario, un ingrediente de peso en la formación de los militantes de las organizaciones del laicado y, como se sabe, las organizaciones –junto con las parroquias– fueron fundamentales en la movilización de los católicos[18]. Fue, además, la sabia que alimentó la progresiva "nacionalización" de las calles católicas y consecuentemente un factor clave en la conformación de la Iglesia como actor político. La historiografía recorrida deja pocas dudas al respecto.

Sin embargo, como se ha intentado resaltar en este breve artículo, dicha constatación no debe hacer perder de vista el hecho más elemental de que el poder de convocatoria de la Iglesia en las calles no puede explicarse sólo a partir de dichas retóricas o del juego político del que la Iglesia participaba como institución. La disputa ideológica y los discursos podían movilizar a unos cuantos militantes, contribuir a cohesionarlos y a predisponerlos para la acción pero no era lo que daba vida a los grandes contingentes que, por cierto, esos mismos discursos presentaban en la esfera pública como la prueba de la consistencia del mito de la nación católica. En 1936 y 1937, por ejemplo, después de que en Santa Fe se derogara la ley de educación laica que habían promulgado los demócratas progresistas en 1934, el obispo Fasolino agradeció a la Virgen de Guadalupe –frente a miles de peregrinos– la derrota del laicismo y la "vuelta de Dios" al estado y la educación[19]. Esos miles de peregrinos, sin embargo, como tantas otras multitudes a lo largo de aquellas décadas, tuvieron más bien poco que ver con las intervenciones políticas del obispo y los dirigentes católicos y mucho, por el contrario, con las gramáticas de una sociedad y una cultura de masas cada vez más pujantes, capaces de articular las funciones más esenciales del discurso religioso, con la necesidad de esparcimiento y recreación, con los atractivos del consumo y el desarrollo de la sociedad del espectáculo.

Al menos hasta mediados del siglo XX, el catolicismo logró articularse con dichas transformaciones, cosechando una y otra vez grandes "triunfos" en las calles.

---

[17]Las investigaciones de Fritzsche, De Grazia y Kotkin sobre el desarrollo de la cultura de masas en el Berlín de principios del siglo XX, en la Unión Soviética de entreguerras y en la Italia fascista proporcionan valiosos puntos de comparación para explorar los vínculos entre religión, consumo, recreación y espectáculo. Fritzsche, P. (2008) *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI; Kotkin, S. ´Modern Times: The Soviet Union and the Interwar Conjunture´, en *Kritika: Exploration in Russia and Eurasian History*, 2 (1): 111-164; De Grazia, V. (2007) *Le donne nel regime fascista*. Venezia: Tascabili-Marsilio. Como se sugiere en este artículo, la congregación de grandes contingentes en la Argentina de entreguerras no fue un fenómeno obviamente circunscripto al catolicismo. Por el contrario, como insisten diversas investigaciones, la vida política, la Gran Guerra, la prensa popular o el deporte de masas reunían cada vez más gente en las calles. Sobre la cuestión: Lobato, M. (2011) *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*. Buenos Aires: Biblos; Tato, M. I. & Castro, M. (2010) *Del centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires: Imago Mundi; Frydenberg, J. (2011) *Historia social del fútbol. Del amateurismo al profesionalismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

[18]Una buena síntesis en la que se conjugan diferentes registros interpretativos en Romero, L. A. (2010) ´El Ejército de Cristo Rey…´, *op. cit.* Sobre la formación de los cuadros de la ACA y las dudas en torno a los resultados de esa formación: Blanco, J. (2008) *Modernidad conservadora y cultura política. La Acción Católica Argentina (1931-1941)*. Córdoba: Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC; y Mauro, D. (2011) "La formación de la Acción Católica Argentina tras el ocaso del juego republicano. Círculos, ligas y comités católicos en Santa Fe, 1915-1935". *Entrepasados* 36/37: en prensa

[19]Para un acercamiento al conflicto en torno a ley laica del PDP: Mauro, D. (2009) "Católicos, educación y política. La enseñanza religiosa entre la curia diocesana y las orientaciones educativas del estado provincial, Santa Fe, 1915-1937". *Estudios Sociales* 36: 143-172.

La Iglesia católica y el peronismo en Tucumán: nuevas miradas desde una perspectiva regional

Por Lucía Santos Lepera*

(ISES, UNT- CONICET)

Resumen

El artículo se propone revisar la relación entre la Iglesia católica y el peronismo desde una perspectiva regional, teniendo en cuenta la renovación historiográfica que se produjo en ambos campos durante los últimos años. La experiencia de investigación en la provincia de Tucumán revela la necesidad de estudios que examinen, en un espacio acotado, las grandes líneas expuestas en la historiografía sobre el tema, centrada principalmente en los casos de Buenos Aires y Córdoba. Asimismo, la perspectiva regional nos ofrece la posibilidad de introducir una variable de análisis que incorpore un acercamiento a la problemática Iglesia-peronismo "desde abajo". En este sentido, nuestra propuesta se centra en explorar la dimensión parroquial, perspectiva que introduce nuevos actores tanto de la Iglesia como del Estado.

Palabras clave: Iglesia católica – Peronismo – Tucumán – Perspectiva regional

Summary

The article revisits the relationship between the Catholic Church and Peronism from a regional perspective, taking into account the historiographical renewal that took place in both fields during the last years. The research experience in the province of Tucumán reveals the need for studies to examine, in an enclosed space, the big lines of the historiography on the subject, focus primarily on cases of Buenos Aires and Cordoba. Also, the regional perspective offers us the possibility of introducing a variable of analysis that incorporates an approach to problem Church - Peronism "from below". In this sense, our proposal is focused on exploring the parish dimension, perspective that introduces new actors of both Church and State.

Key words: Catholic Church - Peronism - Tucumán - Regional perspective

* Becaria doctoral del CONICET. Pertenece al Instituto Superior de Estudios Sociales ISES (UNT-CONICET). Es autora de los artículos "La Acción católica tucumana: sociabilidad y cultura religiosa en los años treinta. El caso del Centro de hombres de San Pablo" en Lida M. y Mauro D. (Coord.), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*, Rosario: Prohistoria, 2009 y "La Iglesia católica y su relación con el Gobierno peronista. Religión y política en Tucumán 1943-1955" en Gutiérrez F. Rubinstein G. (Coord.), *El primer peronismo en Tucumán. Nuevos avances y perspectivas*, Tucumán: EDUNT, 2011, en prensa.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 26/09/2011

Los libros de Lila Caimari, Susana Bianchi y Loris Zanatta constituyen la consulta obligada de quienes emprenden el estudio de la relación entre la Iglesia católica y el primer gobierno de Perón.[1] Desde distintas perspectivas, estos estudios brindaron claves explicativas para comprender el proceso por el cual se pasó, en un lapso de 10 años, de una situación de cooperación institucional y vinculación estrecha a un escenario de conflictividad que conllevó al enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado. De este modo, sus investigaciones conformaron el cuerpo teórico-historiográfico central sobre esta problemática y abrieron camino a las reflexiones sobre la relación Iglesia-Estado desde una perspectiva histórica. Asimismo, al abordar a la Iglesia católica como una institución compleja y dinámica, atravesada por fuertes debates internos y que adaptaba sus estrategias frente a los desafíos que presentaban los cambios socio-políticos de la Argentina contemporánea, sus investigaciones dieron cuenta de la conformación de un actor que dirimía sus intereses en el terreno de la política. De esta forma, sentaron las bases sobre las que se erigieron numerosos estudios que abordaron la problemática de la Iglesia y el Estado y examinaron el rol desempeñado por la institución eclesiástica en la historia política de nuestro país.

Desde la década de 1980, las preguntas de los historiadores sobre la relación entre la Iglesia católica y el Estado se formularon bajo la influencia del clima de recuperación democrática, contexto en que el interés por el rol de la Iglesia en la historia argentina se vinculaba directamente al supuesto de su complicidad con los golpes de Estado y a su responsabilidad en el cultivo de una cultura política autoritaria. Como lo revelaba en la introducción de su libro, Lila Caimari perteneció a una generación de historiadores que se enfrentó al desconocimiento de la Iglesia católica, de su dinámica de funcionamiento y su articulación con el Estado en un marco en que la corporación religiosa era cuestionada por su colaboración y participación en la última dictadura militar.

En el transcurso de casi dos décadas, y bajo el influjo de nuevas experiencias políticas, surgieron renovados interrogantes alrededor de la Iglesia católica que promovieron la multiplicación de investigaciones, ampliando de esta forma el campo de conocimientos sobre la institución eclesiástica. Este desarrollo incorporó también perspectivas regionales y provinciales que cuestionaron, muchas veces, los supuestos sobre una Iglesia cuyas características y funcionamiento habían sido estudiados preeminentemente desde Buenos Aires. A lo largo de estas páginas intentaré reflexionar sobre los cambios señalados y de este modo proponer una revisión del problema de la Iglesia y el peronismo a partir de mi experiencia de investigación en la provincia de Tucumán.

En la conclusión de su libro, Lila Caimari señalaba la necesidad de estudios capaces de desentrañar la diversidad de manifestaciones que el problema de la Iglesia católica y su relación con el peronismo tuvo en las diversas provincias del país. En efecto, las sugerentes variables de análisis que plantearon las investigaciones pioneras sobre la Iglesia y el peronismo no podían aplicarse, sin evidencias mediante, a todo el territorio nacional. En ese sentido, la provincia de Córdoba, al convertirse en un espacio clave para dar cuenta del golpe de Estado que puso fin a casi 10 años de gobierno peronista, también fue objeto de interés de investigaciones académicas. Punta de lanza del antiperonismo a nivel nacional, Córdoba abrió camino a los historiadores para dar cuenta de la alianza

[1] Caimari, L. (1995) *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Ariel; Bianchi, S. (2001) *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la argentina (1943-1955)*. Tandil: IEHS; Zanatta, L (1996) *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo (1930-1943)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes; Zanatta, L. (1999) *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana; "Entre Pio XII, Perón y el Concilio Vaticano II" en R. Di Stefano y L. Zanatta (2000) *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, pp. 408-461. Buenos Aires: Mondadori.

establecida entre la Iglesia y el Ejército en los últimos años de gobierno como también permitió el análisis de la "ofensiva católica" liderada por el laicado que, avalado por la jerarquía eclesiástica cordobesa, llevó a las huestes católicas a protagonizar los enfrentamientos con los militantes peronistas.[2]

Sin embargo, las características de las sociedades en las que se insertaba el accionar del Estado y de la Iglesia asumían variantes en las diversas provincias y regiones. Teniendo en cuenta que la institución eclesiástica se configuró a partir de un conjunto de características singulares de acuerdo a su trayectoria e inserción en cada espacio social y, en consecuencia, su interacción con los gobiernos a nivel local no siempre siguió una dinámica uniforme, su abordaje a partir de una diferenciación regional parecía necesario. Por otro lado, en los últimos años, el campo de estudios sobre el peronismo experimentó una suerte de "explosión" a partir de la cual se multiplicaron las investigaciones sobre la fisonomía disímil que adquirió el fenómeno a lo largo del país. Hoy conocemos más acerca de sus distintas configuraciones provinciales y los rasgos singulares de cada caso local.[3]

En este contexto de renovación historiográfica, mi acercamiento a la problemática de la Iglesia y el peronismo en la provincia de Tucumán comenzó a revelar que las líneas directrices que sirvieron para abordar el tema en provincias como Buenos Aires y Córdoba no se ajustaban del todo al escenario tucumano. En ese sentido, considero que la exploración de ese espacio permite revisar algunas de las hipótesis planteadas y avanzar sobre preguntas renovadas, tributarias de nuevas perspectivas sobre la historia de la Iglesia.

En primer lugar, la irrupción del peronismo en Tucumán comportó un conjunto de singularidades a destacar. En ese marco la provincia fue sindicada como "la más peronista del país", caracterización que se nutrió a partir de la profunda adhesión del electorado al nuevo movimiento político. Los sindicatos azucareros nucleados en la FOTIA[4] fueron un pilar de sustento clave del peronismo tucumano, convirtiendo a la provincia en uno de los bastiones de ese movimiento en el interior del país. De este modo, la impronta sindical que atravesó al peronismo tucumano imprimió aristas disruptivas al otorgar centralidad y protagonismo a los dirigentes obreros que se adjudicaron el control de la nueva formación partidaria y ocuparon nuevos espacios de poder.[5] En pocas palabras, su irrupción en la provincia se asemejó a una violenta tempestad que desdibujó las identidades políticas preexistentes.

Asimismo, el funcionamiento de la institución eclesiástica y las características de la religiosidad de la población se entremezclaban profundamente con las dinámicas regionales. El abordaje de la Iglesia tucumana se encontraba atravesado por el

[2] Tcach, C. (1991) *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba 1943-1955*, Buenos Aires: Sudamericana; Walter, J. (2002) "Catolicismo, cultura y lealtad política: Córdoba, 1943-1955" en Vidal, G. y Vagliente, P. (comp.), *Por la señal de la cruz: Estudios sobre la Iglesia Católica y Sociedad en Córdoba s. XVII-XX*, pp. 265-309. Córdoba: Ferreyra Editor. La vinculación entre religión y política en Mendoza desde una perspectiva sociológica ha sido abordada por Cucchetti, H. (2005) *Religión y política en Argentina y en Mendoza 1943-1955: lo religioso en el primer peronismo*. Buenos Aires: Ceil Piette. Sobre la relación de la Iglesia y el peronismo en Tandil Bruschi, V. y Gallo, P. "Iglesia, Estado y Sociedad Civil durante los gobiernos peronistas. Tandil 1945-1955" Disponible en historia política.com, http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/bruschigallo.pdf [último acceso: 11/09/2011].

[3] Macor, D. y Tcach, C. (editores) (2003) *La invención del peronismo en el interior del país*. Santa Fe: Editorial de la Universidad Nacional del Litoral; Melon Pirro, J. C. y Quiroga, N. (Comp.) (2006) *El peronismo bonaerense. Partido y prácticas políticas 1946-1955*. Mar del Plata: Ediciones Suárez; Bona, A. y Vilaboa, J. (Coord.) (2007) *Las formas de la política en la Patagonia. El primer peronismo en los Territorios Nacionales*. Buenos Aires, Biblos; Aelo, O. (Comp.) (2010) *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas 1945-1955*. La Plata: Instituto Cultural de la provincia de Buenos Aires.

[4] Federación Obrera de Trabajadores de la Industria Azucarera, fundada en 1944.

[5] Sobre el peronismo en Tucumán: Rubinstein, G. (2006) *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*. Tucumán: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán; Gutiérrez, F. y Rubinstein G. (2010) "La permanente búsqueda del orden y la unidad. Formación y trayectoria del peronismo tucumano 1946-1955" en O. Aelo (comp.) *Las configuraciones provinciales del peronismo…*, cit.; Gutiérrez, F. y Rubinstein, G. (2011) *El primer peronismo en Tucumán. Nuevos avances y perspectivas*. Tucumán: EDUNT, en prensa.

universo de la industria azucarera, principal actividad económica desde fines del siglo XIX, que desde entonces gravitó en la configuración social, política, cultural y religiosa de la provincia.[6] Se trataba de una sociedad en la que predominaba un profundo arraigo de la religión católica, tanto entre la población urbana como la rural, y donde el índice de adhesión al catolicismo se encontraba, junto con el de otras provincias del noroeste, entre los más altos del país.

En el escenario dominado por la identidad política peronista, la cooperación institucional y los privilegios que el gobierno provincial dispensaba a la Iglesia católica fueron el eje que rigió su relación hasta los estertores de la primera década peronista. En efecto, tal relación redundó en importantes beneficios para la institución eclesiástica que durante esos años vio extender su red parroquial y fortalecerse institucionalmente, alcanzó importantes conquistas en el campo educativo, penetró con su prédica social en un mundo obrero que hasta el momento había sido difícil permear y construyó lazos con la política a partir de una estrecha interpenetración. Cabe destacar que en la provincia no se observó la escalada de violencia y el enfrentamiento abierto que, desde 1954, surgió como una constante en otras zonas del país. Al constatar que el camino de las relaciones entre la Iglesia tucumana y el gobierno provincial no desembocó en un enfrentamiento violento, se volvió necesario rastrear los términos en los que se había enmarcado esta relación, donde las tempranas divergencias y las tensiones identificadas por otros estudios no se manifestaban tan claramente.

De alguna manera, la profunda adhesión del electorado provincial al movimiento peronista supuso, durante los últimos años de gobierno, un condicionamiento al accionar de la Iglesia católica local. Ciertamente, el Obispo diocesano privilegió una estrategia de prudencia y de cordialidad con el gobierno provincial, lo que junto a la colaboración de los funcionarios peronistas, mantuvo la relación por la senda de la cooperación institucional que había caracterizado los años anteriores. A la estrategia del Obispo no eran ajenas las características propias de la diócesis conformada por una feligresía cuya identidad se había vuelto indisociable de la lealtad a la figura de Perón. Dado ese contexto, a lo largo de 1955 el Obispo se resistió a apropiarse de un conflicto que era percibido como "ajeno" a la realidad diocesana, procurando preservar a la institución en el marco de una situación adversa donde difícilmente la Iglesia podría haberse visto favorecida a partir de la confrontación. Asimismo, tal estrategia contemplaba mantener en la obediencia al laicado organizado en la Acción Católica cuyos dirigentes reivindicaron los frutos de esta conducta que promovió entre sus militantes una menor exposición pública, evitando de este modo arrestos, cesantías y deserciones. A diferencia, por ejemplo, del laicado católico cordobés, el laicado tucumano no poseía las estructuras ni la organización necesarias para responder de forma consistente una vez que las medidas del gobierno avanzaron sobre los privilegios de la Iglesia católica. En este sentido, la diferenciación regional hacía que surgieran diferentes respuestas entre el Episcopado, volviendo aún más difícil una postura única en la sociedad y ante el Estado.[7]

Pero también un análisis focalizado en la provincia de Tucumán ofrece la posibilidad de cambiar la mirada e introducir una perspectiva de análisis que incorpore un acercamiento a la problemática Iglesia-peronismo "desde abajo". Desde esta perspectiva,

[6] Campi, D (1999) "Los ingenios del norte: un mundo de contrastes" en F. Devoto y M. Madero (Directores) *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires: Taurus; Campi, D. y Bravo, M. C. (2010) "Aproximación a la historia de Tucumán en el siglo XX. Una propuesta de interpretación" en F. Orquera (Coord.) *Ese ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un campo cultural: Tucumán 1880-1975*, Córdoba: Alción Editora; Bravo, M. C. (2008) *Campesinos, azúcar y política: cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*. Rosario: Prohistoria.

[7] Santos Lepera, L. "Los límites de la confrontación: la Iglesia católica tucumana y el gobierno peronista (1954-1955)" en *Actas de las Segundas Jornadas Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina del siglo XX*, UCA, Buenos Aires, 2010; "La Iglesia católica y su relación con el Gobierno peronista. Religión y política en Tucumán 1943-1955", en F. Gutiérrez y G. Rubinstein (Coord.), *El primer peronismo en Tucumán…*, cit.; "La muerte de Eva Perón y las manifestaciones colectivas de duelo en Tucumán, 1952", *XIII Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia*, Catamarca, 2011; "La Iglesia católica y su relación con el Estado peronista. Tucumán 1943-1955", Tesis de Licenciatura en historia, inédita, Universidad Nacional de Tucumán, 2008.

nuevos actores cobran vida, tanto de la Iglesia como del Estado. Al detenernos por ejemplo en el espacio parroquial vemos interactuar en un radio reducido a los representantes políticos locales, dirigentes sindicales, el cura párroco o los militantes católicos organizados alrededor de la actividad parroquial. Los grandes problemas entre la Iglesia y el Estado parecen diluirse a medida que el espacio de análisis se vuelve más acotado, nivel en que aparecen nuevas preocupaciones vinculadas a la microconflictividad política que atravesaba a las comunidades. Igualmente, desde este enfoque surge en toda su complejidad la densidad de la vida social, cultural y de la religiosidad local. [8]

De este modo, en la búsqueda de comprender a la Iglesia y su múltiple inserción en la sociedad tucumana de los años `40 y `50, tanto en el mundo urbano como en el rural, nos topamos con un actor central de la institución eclesiástica: los curas párrocos. Centrar la mirada en la figura del cura párroco nos permite incursionar en el nivel local: el análisis del rol desempeñado por los sacerdotes entre la población, sus apreciaciones divergentes del fenómeno peronista, sus comportamientos desiguales frente al gobierno, y sus redes de interacción con la población parroquial y las autoridades políticas locales, abren toda una nueva perspectiva de análisis para abordar el problema de la relación entre la Iglesia y el Gobierno, entre peronismo y catolicismo. Del mismo modo, con la lente acotada al espacio local comienzan a vislumbrarse un abanico de tensiones que involucraban a los diversos actores de la comunidad, entre las que se cuentan episodios que enfrentaban al cura con las autoridades políticas y con los dirigentes sindicales, a los sacerdotes entre sí o con la población parroquial, a lo que se sumaba la intervención de la autoridad diocesana, con sus alcances y limitaciones.[9]

Concebido de este modo, es posible pensar una historia de la Iglesia y el peronismo no tan centrada en el choque ideológico y político entre la jerarquía católica y el Estado.[10] En efecto, los trabajos que en los últimos años reflexionaron sobre la historia contemporánea de la Iglesia católica destacaron la importancia de incorporar perspectivas propias de la historia social y cultural. Resulta necesario profundizar el camino que busca comprender a la Iglesia en su articulación con la sociedad y que dimensiona sus distintos niveles, teniendo en cuenta nuevos actores y privilegiando el análisis de un espacio que, en muchos aspectos, permanece aún en la sombra: la parroquia, núcleo que conforma la base de la estructura de la Iglesia como institución.

El acceso a los archivos eclesiásticos de la diócesis de Tucumán contribuye enormemente al análisis de esa dimensión. La consulta de boletines parroquiales, legajos de curas párrocos, informes elevados por los obispos en sus visitas parroquiales periódicas, visitas *Ad Limina*, correspondencia oficial, entre otros, permite arrojar luz sobre las distintas voces de la Iglesia y brindar un panorama más abarcador de las tensiones generadas por la irrupción del peronismo en sus distintos niveles. La posibilidad de analizar este tipo de documentación resulta indispensable para pensar la historia de la institución eclesiástica en distintas escalas y dar cuenta de aspectos que, de otro modo, es muy difícil captar: me refiero a la dinámica propia de la vida cotidiana de las poblaciones parroquiales, sus formas de vinculación con los agentes de la Iglesia y los cambios y continuidades en las prácticas religiosas. En este sentido, las fuentes abren

[8] Luis Alberto Romero ha avanzado en el análisis de la dimensión parroquial Romero, L. A. "Católicos en movimiento: activismo en una parroquia de Buenos Aires 1935-1946" en *Estudios Sociales* VII, núm. 14, 1998; "La política en los barrios y en el centro: parroquias, bibliotecas populares y politización antes del peronismo" (2006) en Korn, F. y Romero, L. A. (Comp.) *Buenos Aires/Entreguerras. La callada transformación, 1914-1945*. Buenos Aires: Alianza editorial.

[9] En este sentido los legajos de los sacerdotes diocesanos resultan una fuente privilegiada para analizar estos aspectos. Entre el clero tucumano, son casos representativos para analizar el del cura párroco peronista de Monteros, Simón Pedro Lobo, y el del cura antiperonista de Famaillá, Angel Diez y Menéndez. Archivo del Arzobispado de Tucumán, sección Legajo de sacerdotes diocesanos, Simón Pedro Lobo y Angel Diez y Menéndez.

[10] Una propuesta en esta dirección ha sido realizada por Lida, M. (2005) "Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 27: pp. p.139-148.

toda una gama de posibilidades para ofrecer nuevas miradas sobre viejos temas y poder dar cuenta de nuevos actores que, desde otra perspectiva, no aparecían en escena.

Es indudable que acceder al acervo documental conservado en los archivos propios de la Iglesia resulta sumamente complicado, más si tenemos en cuenta que se trata de archivos privados cuyo derecho de admisión, en última instancia, recae en las autoridades eclesiásticas. Este dato, sumado a las reservas propias de un campo académico que no contemplaba el acercamiento ni el diálogo con los sectores eclesiásticos, mantuvo a los estudios sobre la Iglesia alejados de los archivos y los documentos internos de la institución. Por otro lado, teniendo en cuenta que el archivo de la arquidiócesis de Buenos Aires sufrió los incendios de 1955 y la consecuente pérdida de material, la historia de la Iglesia de estos años cuenta con una ventaja al intentar ser reconstruida desde los archivos de las diócesis del interior del país.

En virtud de lo expuesto a lo largo de estas páginas, cabe preguntarse por qué no revisar el tema de la Iglesia y el peronismo en Tucumán y otras provincias a la luz de las nuevas perspectivas de análisis que en los últimos años brindó el campo de estudios sobre la religión católica. Considero que las tentativas de construir una historia de la Iglesia alejada de una visión monolítica, más compleja y abarcativa, a partir de investigaciones provinciales y regionales, pueden llegar a ofrecer nuevos matices y a cambiar el foco desde donde se mira esta historia.

¿Sólo de la parroquia a la unidad básica? Repensando las vinculaciones entre catolicismo *liberacionista*, política revolucionaria y sociedad en la Argentina de los años '60 y '70.

Por Natalia Gisele Arce*

(CONICET- UNMdP- UTDT)

Resumen

El presente artículo indaga en las contribuciones del catolicismo *liberacionista* a la conformación de la cultura juvenil revolucionaria de fines de los sesenta, centrándose en los vínculos que el primero tuvo no sólo con el mundo de los militantes sino también con los católicos "comunes y corrientes". De esta manera, se buscarán los indicios en la política y la vida cotidiana de una *sensibilidad* en común que aunaba a todos estos sujetos, la cual se tradujo en una *ética* y *estética* eminentemente antiburguesas.

Palabras clave: Catolicismo- Política revolucionaria- Clases medias- Sociedad de masas- Juventud

Summary

This article inquire into the contributions of *liberationist* Catholicism in the creation of revolutionary youth culture of late sixties, focusing in the relations that the first had both with the political world as the "ordinary" people. With this objective, we'll look for the signs of a common sensibility in politics and everyday life, which expressed in an anti bourgeois ethic and esthetic.

Key words: Catholicism- Revolutionary politics- Middle classes- Mass society- Youth

* Licenciada y Profesora en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria doctoral de CONICET (postgrado tipo II) y doctoranda de la Universidad Torcuato Di Tella, su investigación doctoral se centra en los cambios y continuidades en la religiosidad de las clases medias católicas entre las décadas de 1950 y 1970. Ha sido expositora en diversos encuentros de académicos y ha publicado en revistas y libros compilatorios, siendo algunos de ellos "Ni santos ni pecadores. Notas sobre catolicismo y vida cotidiana, Buenos Aires, décadas del cuarenta y cincuenta" en M. Lida y D. Mauro (2009) *Catolicismo y sociedad de masas, 1900-1950*. Rosario: Prohistoria y "De soldaditos a compinches de Jesús. Discursos y prácticas católicas sobre infancia, 1940-1970" -*Res Gesta* (47), 2009-.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 26/09/2011

I.

> -Nuestro planeta es una encrucijada: el Tercer Mundo, sacerdotes obreros, curas en las guerrillas, en la subversión… ¿Cuál es el camino? ¿Lo pensó alguna vez?
>
> -No, yo no… no es un problema mío. Mire, yo soy un cura del campo, soy un cura rural, todavía voy de sotana… Como dicen ahora, de maxifalda, jajaja.

Este diálogo, entablado entre un joven obispo auxiliar y un sacerdote de pueblo ya entrado en años interpretado por el popular actor Luis Sandrini, es parte de la película de 1971 *Pájaro Loco*, en la que a través de una trama cándida y costumbrista es posible observar el conflicto generacional que asolaba tanto al catolicismo como a la Argentina de esa época.[1] Más allá del tono moralizante y conciliador de la historia, que busca integrar de una manera no disruptiva con el orden social la politización de numerosos laicos y religiosos, este film estrenado en pleno *boom* mediático del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) es un buen canal para detectar algunas de las percepciones que circulaban a principios de los setenta sobre el *liberacionismo* católico.[2] En este sentido, temas como la "opción por los pobres", el abandono del celibato sacerdotal o la prioridad que muchos curas daban a la política por sobre la religiosidad eran recurrentes en las diversas representaciones sobre la Iglesia que cundían dentro del arco cultural e intelectual.

El interés por estos tópicos no se limitó a los contemporáneos, sino que perduró en el tiempo hasta llegar a nuestros días. Desde el regreso de la democracia en 1983, han sido cuantiosas las investigaciones sociológicas e históricas que se han centrado en los discursos y prácticas en común de los militantes revolucionarios y agrupaciones religiosas como la revista *Cristianismo y Revolución* o el MSTM. A pesar de la amplia variedad temática que cubre desde biografías a análisis de redes, en muchas de estas producciones el objetivo de máxima era el mismo: poder detectar en el convulsionado escenario postconciliar señales que permitieran explicar la génesis y el posterior devenir de la ética de Montoneros. Una de las explicaciones que prevaleció al respecto atribuye la "radicalización" católica al cierre del canal democrático de 1966, suscribiendo a la diferenciación entre formas de participación propias del ámbito público y otras del ámbito privado propia del paradigma de la secularización.[3] La otra, más reciente, destaca los lazos del *liberacionismo* con el integrismo de los años treinta: la conjunción entre religión y política, así como el nacionalismo y autoritarismo montonero, se deben a la particular cultura política católica.[4]

---

[1] "Pájaro Loco" (1971), dirigida por Lucas Demare y protagonizada por Luis Sandrini. Allí se narran las aventuras de un cura atolondrado y con pocas pulgas que deberá demostrar que el casino que se está construyendo en su empobrecido pueblo no es más que una estafa ideada por un modernísimo financista porteño.

[2] En su análisis global del caso latinoamericano, Michael Löwy ha caracterizado al "cristianismo liberacionista" como un vasto movimiento social que surgió a principios de los sesenta en el clima propiciado por el Concilio Vaticano II, y que además de proponer una nueva teología incluía "tanto la cultura religiosa, como la red social, la fe y la praxis" basadas en lo que llama una "ética de fraternidad". Löwy, M. (1999) *Guerra de Dioses. Religión y política en América Latina*. México: Siglo XXI.

[3] A modo de ejemplo, Soneira, J. (1989) *Las estrategias institucionales de la Iglesia católica: 1880-1976*. Bs. As.: CEAL; Pontoriero, G. (1991) *Sacerdotes para el Tercer Mundo: "el fermento en la masa*. Bs. As.: CEAL; Touris, C. (2000) "Ideas, prácticas y disputas en una Iglesia renovada". *Todo es Historia* (401); Padilla, N. (2001) "La Iglesia católica (1961-1983)", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina* (Tomo 8). Bs. As.: Planeta; Morello, G. (2003) *Cristianismo y Revolución: Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba: EDUCA.

[4] Entre otros, Gillespie, R. (1987) *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Bs. As.: Grijalbo; Mallimaci, F. (1993) "Catolicismo integral, identidad nacional y nuevos movimientos religiosos" en A. Frigerio, *Nuevos Movimientos Religiosos y Ciencias Sociales.* Bs. As.: CEAL; Altamirano, C. (2001) "Montoneros",

Sin embargo, la contribución del catolicismo a la candente realidad social de fines de los sesenta y principios de los setenta admite muchas más miradas que la estrictamente ideológica. Tal como sugiere la presencia (y resignificación) de ciertos componentes del discurso *liberacionista* en una película pasatista y en muchos aspectos conservadora como *Pájaro Loco*, los grupos religiosos postconciliares y su mensaje también tuvieron su impacto en la cotidianeidad de los millones de argentinos que no asistían frecuentemente a la Iglesia ni participaban activamente en política. En este sentido, es posible hallar indicios de una *sensibilidad* en común que aunaba a estos sujetos con los distintos sectores del universo revolucionario de fines de los años sesenta: fueran católicos, peronistas o marxistas, todos habían hecho suyas una *ética* y *estética* eminentemente antiburguesas, las cuales trascendían el campo militante y se hallaban diseminadas en elementos de sociabilidad juvenil como la música o la indumentaria.

Como bien ha demostrado Roger Chartier para los orígenes de la Revolución Francesa, la historia cultural permite no sólo explicar el devenir de un nuevo tipo de ideas en una sociedad, sino también las razones por las cuales éstas se volvieron aceptables como formas de entender el mundo para gran parte de una población.[5] En las páginas que siguen nos gustaría precisamente poder reivindicar la validez de este tipo de análisis para pensar los nexos entre el vuelco de miles de jóvenes a la política a fines de los sesenta y la influencia que el catolicismo tenía dentro de la sociedad argentina de esa época. Sin embargo, ello requiere una serie de redefiniciones tanto en el objeto como en los materiales a utilizar, tarea a la cual nos abocaremos en el primero de nuestros apartados.

Luego, y a través del análisis de los orígenes y alcances de la *ética y estética antiburguesa*, buscaremos sugerir que la influencia del *liberacionismo* católico excedió la dimensión político-ideológica en los términos que normalmente se le atribuyen. Por un lado, la presencia de la mística cristiana del sacrificio y el martirologio en una agrupación marxista como el ERP hace parecer como mucho menos exclusiva la usual vinculación entre catolicismo y peronismo revolucionario. Por el otro, la aparición de tópicos morales del catolicismo en la política no se debe meramente a una afinidad intelectual: tal como sugiere Hervieu-Léger, la influencia de esta religión en la modernidad tiene, además de la dimensión religiosa, una importante peso cultural al existir una impregnación de sus estructuras simbólicas y morales tanto entre quienes se consideran ajenos a ella como en las instituciones laicizadas del Estado y la política.[6]

II.

> Se despreciaba por estar en esa quinta. Todavía lo estaba viendo al Coco, no hacía demasiado tiempo, hablando de los "negritos" y poniendo aquel gesto irónico de menosprecio cuando él les decía que esos negritos habían dejado sus huesos a lo largo y ancho de la América Latina, luchando en aquellos ejércitos de liberación, que iban a miles de leguas a combatir, en territorios desolados, por objetivos tan ideales como la libertad y la dignidad. Y ahora convertido en un furioso peronista de salón.
>
> Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador*, 1974.

en *ídem*, *Peronismo y cultura de izquierda.* Bs. As.: Temas; Di Stefano, R. y Zanatta, L. (2000) *Historia de la Iglesia Argentina: Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Bs. As.: Mondadori; Donatello, L. (2005) "Aristocratismo de la salvación: El catolicismo 'liberacionista' y los Montoneros". *Prismas* 4.

[5] Chartier, R. (1995) *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa.

[6] Hervieu-Léger, D. (2008) "Producciones religiosas de la modernidad", en F. Mallimaci, *Modernidad, religión y memoria*. Bs. As.: Colihue.

Pensar los vínculos entre *liberacionismo*, sociedad y política desde una perspectiva cultural implica no obstante sumar otras dimensiones al análisis de los discursos o las redes de sociabilidad. El recorte de clase ha de ser ineludiblemente una de ellas, ya que a la hora de analizar los modos de circulación y apropiación del discurso *liberacionista*, es insoslayable el protagonismo de los sectores medios en su consumo y resignificación.[7] Estos atravesaron un proceso llamativo en tales años: por un lado, la modelización en la primera mitad de dicha década de sus valores y su estética en distintos medios de comunicación; por el otro, y ya a la vera de los setenta, una crítica feroz por muchos de sus miembros a su carácter "pequeñoburgués". Tal vuelco, personificado por el flamante peronismo de Coco en el fragmento de *Abaddón, el exterminador* que abre este apartado, ha sido caracterizado por Carlos Altamirano como una operación simbólica que, a partir de la "literatura sociopsicólogica" de autores como Jauretche o Hernández Arregui, estigmatizó a la oposición al justicialismo de gran parte de la clase media como una "traición" a los trabajadores. De este modo, la adhesión de muchos jóvenes profesionales y universitarios al ideario de izquierda actuó como "mortificación" y "expiación" de dicha culpa, la cual debía completarse con la conversión a la causa obrera.[8]

Sin embargo, no debe restringirse el análisis a las llamadas "vanguardias" intelectuales y/o militantes de las clases medias. Para poder percibir el impacto social y cotidiano de la cultura política *liberacionista*, es necesario incluir en la ecuación a esa vasta y anónima legión de personas que, por diversos motivos, se identificaban como parte de la grey católica: según los Censos Nacionales de 1947 y 1960 (últimos en los que se preguntó por la confesión religiosa), estos ascendían al 93,6 % y 90,4 % de población respectivamente. De esta manera, el historiador ha de ir tras la pista del católico "común y corriente", quien si bien distaba de asistir a misa todos los domingos (cifras de 1960 y 1969 coinciden en que sólo entre el 7% y el 10% de los habitantes lo hacía), sí cumplía en alto número con otros sacramentos de cariz social: en 1960, el 70% de los matrimonios civiles eran corroborados por el rito católico. Ese porcentaje se mantuvo a finales de la década, cuando además la cantidad de bautismos y primeras comuniones seguían siendo elevados con respecto al total de la población del país (del 90% y 70% respectivamente).[9]

Esta ampliación de los sujetos a escudriñar lleva a la vez a percibir lógicas culturales que exceden la mera coyuntura de fines de los sesenta. Es así que se vuelve necesario extender la mirada hacia fines de la década del cincuenta, cuando además de comenzar el proceso de "expiación" de las clases medias al que hacíamos referencia, también se alzaron las bases de la "modernización cultural" sesentista y de las modificaciones estructurales que la Iglesia atravesó para recuperar la cohesión perdida tras el conflicto con el peronismo. Tal conexión secuencial, bien señalada en lo que refiere a la evolución de las ideas por Terán, Sarlo y Sigal, permite a su vez ver con claridad la existencia de diversas franjas generacionales en juego.[10] La entronización de la juventud como modelo a seguir estética y culturalmente cruzará desde bien temprano los sesenta, apareciendo el rostro fresco y feliz de la "nueva ola" en las publicidades, la televisión o con "ídolos" musicales como los de "El Club del Clan". Tal protagonismo iba de la mano de un progresivo descrédito de los adultos, el cual muy bien retrató Bioy Casares en su novela fantástica de 1969, *Diario de la guerra del cerdo*, en la cual

[7] Pocos han sido los estudios culturales sobre los sesenta en los que se ha explicitado este aspecto. Cosse, I. (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Bs. As.: Siglo XXI; Adamovsky, E. (2008) *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003.* Bs. As.: Sudamericana; Bartolucci, M. (2006) "Juventud rebelde y peronistas con camisa. El clima cultural de una nueva generación durante el gobierno de Onganía". *Revista de Estudios Sociales*, Año XVI- primer semestre.

[8] Altamirano, C. (2001) "La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio", en ídem, *Peronismo y cultura de izquierda*. Bs. As.: Temas.

[9] Al respecto, Frías, P. (h), "La situación actual del catolicismo en Argentina", *Criterio*, Nº 1360, 28/07/1960; "¿Argentina católica o país de misión?", *Palabra*, Nº 18, mayo de 1969.

[10] Sigal, S. (1991) Intelectuales y poder en la década del sesenta. Bs. As.: Puntosur; Terán, O. (1993) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1955-1966*. Bs. As.: El cielo por asalto; Sarlo, B., *op. cit.*.

de la noche a la mañana los ancianos comienzan a ser atacados sin explicación alguna por hordas de jóvenes. Sin embargo, la brecha cada vez mayor entre "imberbes" y mayores no fue la única diferencia al respecto que alumbró el período, ya que también es posible hallar diferencias intrageneracionales. María Matilde Ollier y Sergio Pujol, por ejemplo, coinciden en distinguir entre una forma de subjetividad y de participación política propia de aquellos nacidos en los años cuarenta y otra perteneciente a quienes lo habían hecho en la década siguiente: los "sesentistas"/ "setentistas" y los "jovenes viejos"/ "viejos jóvenes", como los denominan respectivamente cada uno de estos autores.[11] Mónica Bartolucci, a su vez, esboza una caracterización similar basada en los tipos de militancia juvenil a lo largo del período: mientras entre 1955 y 1966 primó una movilización anclada en las identidades barriales y partidarias, a partir de la segunda mitad de los sesenta se iniciaría el difuso proceso de "peronización" entre una vasta porción de los sectores estudiantiles.[12]

Dar cuenta del catolicismo *liberacionista* a partir de todas estas variables implica ineludiblemente para el historiador un nuevo espectro de fuentes con las cuales trabajar. La inclusión del ciudadano "común y corriente" en la circulación y resignificación de *liberacionismo* como propuesta política insta a abrir el prisma más allá de los discursos y sociabilidades de las elites intelectuales y los grupos militantes, para incluir la literatura, las revistas de interés general o los distintos tipos de cine. En este sentido, no es casual el uso que hacíamos en la introducción del film *Pájaro Loco*, dado que más allá de su peculiar lectura del proceso, actuó como canal para que el discurso de la "nueva" Iglesia llegara indirectamente a muchas personas que no tenían acceso a él. Como decíamos, la prensa femenina y la de interés general también es de suma utilidad ya que a través de ambas podemos vislumbrar cómo eran representadas estas ideas fuera de la órbita de medios de comunicación dirigidos a las vanguardias: la lectura de revistas modernizantes como *Primera Plana* y *Claudia* pueden ser complementadas con otras de igual popularidad pero distinto estilo como *Para Ti*, *Gente* o *Así*. La historia oral, utilizada frecuentemente por las investigaciones sobre las organizaciones revolucionarias, también brinda un caudal de información más que interesante con las nuevas preguntas que surgen acerca de la sociabilidad de la época.

III.

> Te alabamos,/ porque luchamos para que nuestros niños/ hambrientos coman.
>
> Te glorificamos/ porque queremos destruir ya/ los instrumentos de tortura.
>
> Te damos gracias,/ porque hay hombres que dan su vida/ en la revolución.
>
> Te damos gracias, Señor,/ porque no sos un Dios espectador,/ sino un Dios hecho hombre/ que padece el padecimiento de los hombres.
>
> *Misa para el Tercer Mundo*, Carlos Mugica, 1974.

[11] Ollier, M. (1998) *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Bs. As.: Ariel; Pujol, S. (2003) "Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes", en D. James, *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Bs. As.: Sudamericana.

[12] Bartolucci, M. (2010) "La contestación de los hijos peronistas, 1966-1969", ponencia presentada en *VI Jornadas de Sociología de la UNLP "Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales"*, Universidad Nacional de La Plata.

A partir de las premisas recién esbozadas, la correspondencia entre catolicismo *liberacionista* y peronismo cobraría un nuevo significado, dado que al analizarla en su dinámica con los sectores no involucrados activamente con la militancia se hace patente la presencia hacia fines de los sesenta de una manera específica de ser, pensar y actuar, a la cual ya nos hemos referido como una *ética* y *estética* eminentemente antiburguesas. De este modo, aparece una sensibilidad de nuevo tipo que iba más allá del mundo académico y político, cuyo eje era una mordaz crítica a las costumbres de la clase media, paradójicamente llevada a cabo por muchas personas pertenecientes a ella. Tales ideas no fueron un producto aislado de la época, sino que existe una relación de continuidad entre ellas y el afán modernizador de principios de los sesenta, siendo los jóvenes que alzaban las banderas de la justicia social y la revolución socialista continuadores del ánimo de renovación en las costumbres de muchos de los adalides del desarrollismo.

El catolicismo también actuaría como caja de resonancia de esta tensión generacional y de conciencia de la clase media. Tanto las propuestas de la desarrollista "Alianza para el Progreso" como los nuevos vientos doctrinales y litúrgicos que soplaban desde el Vaticano se tradujeron a principios de los sesenta en varias iniciativas católicas que buscaban la "modernización" social y el predominio de una fe más "madura". Varias fueron las experiencias en ese sentido, llevadas a cabo tanto desde el seno de la Iglesia (como la creación de diócesis en las áreas más empobrecidas del país o las actividades misionales de la Juventud Católica en los barrios carenciados) como por iniciativas autónomas de sacerdotes y laicos.

A su vez, es innegable la existencia de un clima generalizado a favor de la distensión en las acartonadas normas de comportamiento: *Para Ti*, una revista usualmente identificada como tradicionalista, insistía a sus lectoras a principios de la década en los perjuicios de una excesiva moral timorata y del carácter *demodé* de costumbres "de otra época", como el luto. Las películas "pasatistas" tampoco se quedaban atrás, ya que el omnipresente tono melodramático del cine nacional de los años cincuenta había sido reemplazado en las listas de lo más visto por comedias ligeras en las que la principal protagonista era una juventud que, sin romper con el orden establecido, tenía como principal meta el pasarlo bien y enamorarse, como en las películas del Club del Clan u otros ídolos juveniles.

En definitiva, en todos estos espacios se hallaba presente en diversos grados una impugnación a la moral asfixiante de la clase media y a su estilo de vida, calificado por muchos como "rutinario", creando de este modo el escenario en que vería la luz la cultura política *liberacionista* de finales de la década. Sin embargo, esta última iría mucho más allá de la crítica de las costumbres, ya que al ánimo modernizador de principios de los sesenta se le sumaría la subversión de la estructura social: la inspiración ya no estaba en los países del "Primer Mundo" sino en el Interior del país y en lo más bajo de la escala social. De esta manera, tanto el joven despolitizado que renegaba del traje y la corbata como los militantes del peronismo o el guevarista PRT/ERP compartían una mirada del mundo que estigmatizaba a la pequeñoburguesía y a la democracia parlamentaria como obstáculos para la concreción del socialismo, en un proceso que Ollier ha denominado como "radicalización ideológica".[13]

Esta "sensibilidad antiburguesa", como Miranda Lida ha caracterizado este proceso dentro de las filas católicas, [14] comprendía tanto un lenguaje como una ética específicas que hundían sus raíces en una mixtura ecléctica que combinaba la reciente reivindicación del peronismo, conceptos propios del marxismo en cualquiera de sus raigambres y la noción de sacrificio y amor a los pobres del catolicismo *postconciliar*. Este amplio repertorio de influencias se traduciría en un lenguaje de conceptos vagos y polisémicos cuya

[13] Ollier no obstante diferencia dos formas de radicalización, la "ideológica" y la "política" a la "vocación de intervención pública", que se tradujo en la militancia activa en cualquiera de las organizaciones de la izquierda revolucionaria. Ollier, M, *op. cit.*

[14] Lida, M. (2007) "Por una historia social del catolicismo argentino (siglos XIX-XX)", en *Primeras Jornadas Nacionales de Historia Social* (cd-rom), La Falda.

significación variaba según quien los enarbolara: la popularidad a principios de los setenta del par opuesto "opresión"/ "liberación" era tal que aparecía en los discursos de la nueva teología postconciliar, el peronismo revolucionario e incluso el Frente de Liberación Homosexual.

En el caso de muchos católicos enarbolados en el *tercermundismo*, la "liberación" era entendida como un proceso que no se limitaba al mero trastrocamiento de las jerarquías sociales, sino que el "hombre nuevo" sólo podía alcanzarse mediante una transformación "integral" que suponía una espiritualidad libre de egoísmo y materialismo como la expuesta en la oración del cura Mugica del inicio de este apartado. Tales nociones, junto a la labor social que desde principios de los sesenta venían llevando a cabo muchas parroquias y grupos de la Acción Católica, crearon las condiciones para que cientos de jóvenes laicos sintieran el impulso de llevar su fe más allá del ámbito personal para proyectarla en el público. Dentro de este nuevo contexto, el ser un "buen cristiano" ya no era únicamente cumplir con los sacramentos, sino también participar en la construcción de un mundo sin diferencias sociales.

IV.

> La liberación ya se siente cerca/ vibra con la causa peronista./ Curas en el tercer mundo junto al pueblo/ luchan por la paz justicialista./ La revolución con la iglesia nueva…
>
> Canción interpretada por Marilina Ross y Leonor Benedetto en un festival del Sindicato Luz y Fuerza, 1973.[15]

El grupo político que más se benefició del despertar de esta nueva conciencia *liberacionista* dentro del catolicismo fue sin lugar a dudas el peronismo, siendo ya conocidas las vinculaciones entre el grupo fundador de Montoneros y el sacerdote Carlos Mugica, situación que se repite en numerosos testimonios de otros actores.[16] Sin embargo, una mirada atenta a tales trayectorias sugiere no obstante que el peso iniciático de la militancia eclesial no se dio únicamente entre los adherentes al justicialismo, siendo quizás el caso más paradigmático el del líder del ERP, Roberto Santucho, cuya familia se hallaba vinculada a la Acción Católica santiagueña.[17]

A su vez, la presencia de tópicos de origen cristiano como la exaltación del sacrificio y el culto al héroe mártir en la ética de las organizaciones revolucionarias no debe atribuirse únicamente a la existencia de tales redes de sociabilidad primigenias. La diseminación de estas ideas entre quienes no habían tenido ningún contacto importante con el *liberacionismo* mucho nos dice acerca de la influencia del catolicismo tanto en la cultura política como en la vida cotidiana de los argentinos. Manuel, uno de los entrevistados por María Matilde Ollier señala al respecto que "yo reivindicaba la figura de Cristo, que había luchado por la igualdad y en defensa de los pobres. Pero (…)

[15] Citado en Varela, M. (2010) "Cuerpos nacionales. Cultura de masas y política en la imagen de la Juventud Peronista", en I. Cosse, K. Felitti, y V. Manzano, *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, op. cit.

[16] Sólo a manera ilustrativa véase Anguita, E. y Caparrós, M., *op. cit.*; Lanusse, L. (2005) *Montoneros, el mito de sus doce fundadores*. Bs. As.: Vergara; Donatello, L., *op. cit.*

[17] Seoane, M. (1991) *Todo o nada. Biografía de Mario Roberto Santucho.* Buenos Aires: Planeta; Lida, M., "Por una historia social del catolicismo argentino (siglos XIX-XX)", *op. cit.*

nadie me *bajó línea* sobre la doctrina social de la Iglesia. Nadie influyó en mí con fuerza en ese sentido, desde temprana edad no soy creyente."[18]

"Ser parte" del mundo militante no era solamente compartir algunos componentes de la *ética antiburguesa,* sino que también implicaba una dimensión *estética*, o un "estilo" como lo llama Mirta Varela para el caso de la Juventud Peronista.[19] Este proceso, en estrecha relación con el uso más espontáneo de los cuerpos que se experimentaba desde principios de los sesenta, fue otro de los aspectos en los que se dio la ruptura generacional: a diferencia del rictus serio y los cabellos engominados con los que sus padres e incluso hermanos mayores atravesaron sus años mozos, los varones de esta época presentaban un aspecto bien juvenil con cortes de pelo más descontracturados que osaban llegar a la altura de los hombros. Lo mismo ocurría con la indumentaria, en donde el ideal de sencillez y pobreza tuvo mucho que ver con la divulgación de un *look unisex* de vaqueros y pulóveres que desterraba el traje con corbata y el excesivo uso de maquillaje, siendo este último aspecto una diferencia entre las mujeres militantes y el nuevo prototipo de "joven liberada" de la época.[20]

La música era otro de los espacios en donde también se construía este tipo de estética, ya que en plena expansión del mercado discográfico juvenil el escuchar artistas como Atahualpa Yupanqui o Daniel Viglietti era toda una declaración de principios. Una vez más, vemos al catolicismo involucrado en el *boom* que a mediados de los sesenta tuvo el folklore, no sólo a través de las peñas organizadas por los grupos laicales, sino también por el hecho de ser el género en el que compusieron muchas de las nuevas canciones religiosas *postconciliares*. La defensa de los valores autóctonos y la perspectiva popular de las corrientes progresistas tendría de este modo uno de sus mejores exponentes en el éxito arrollador del disco de 1964 *La Misa Criolla*, la cual sería el puntapié para innumerables iniciativas del mismo estilo. [21]

Pero en donde la *ética* y *estética* antiburguesas tuvieron su mayor consustanciación fue en la "proletarización", mediante la cual muchos jóvenes pertenecientes a las clases medias abjuraron de sus orígenes para vivir en barrios humildes en pos de ir al encuentro con el "pueblo". Con distintas variantes, esta fue una experiencia que se dio tanto en el peronismo como en el ERP, y que se suponía esencial para la conquista de las masas. Sin embargo, la dificultad en la adaptación a los nuevos códigos sociales fue moneda corriente: tal como le dice en un fragmento de *La Voluntad* Mercedes Depino a su primo Carlos Goldenberg a la hora de explicar por qué ya no iba a militar a una villa miseria, "Eso de ir por las casas tomando mate y hablando con las vecinas me rompe las bolas. Me deprime. Prefiero la militancia en la facultad, conozco más el terreno, me parece que ahí soy mejor…".[22] En muchos casos, además, la

[18] Ollier, M., *op. cit.*, pág. 77. La cursiva es del original.
[19] Varela, M., *op. cit.*
[20] Este concepto ha sido desarrollado por Cosse, I. (2009) "Los nuevos prototipos femeninos en los 60 y 70: de la mujer doméstica a la 'joven liberada', en AAVV, *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburg; Cosse, I., *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, op. cit.
[21] Fundación Padre Osvaldo Catena (1988) *Padre Osvaldo Catena. El pueblo escribe su historia*. Buenos Aires: Bonum; "La juventud canta la Navidad", *Informativo de la vida de la Institución* 16, noviembre de 1973.
[22] Anguita, E. y Caparrós, M., *op. cit.*, pág. 538.

incapacidad para mimetizarse con el ambiente obrero delató a muchos ante los ojos de las fuerzas represivas, como señalan varios miembros del PRT/ERP entrevistados por Vera Carnovale.[23]

V.

> Mirá muchacho, antes de irme quería decirte que tenías razón, los sermones ya no se estilan. Ahora se estila esto…
>
> *Pájaro Loco*, 1971.

En esta escena, una de las últimas del film, el sacerdote encarnado por Sandrini se acerca a la celda policial en la que se encuentra preso el "malo" de la película y le propina una trompada tras decirle esta frase. Más allá de la comicidad de la situación, lo que llama la atención es justamente el argumento que el protagonista utiliza para justificar el golpe al malhechor: la naturalización de la violencia (y más aún en manos de un sacerdote) como parte de la moda de la época.

Esta es una de las cuestiones sobre las cuales hemos querido llamar la atención a lo largo de estas páginas, en las cuales fuimos detectando una serie de núcleos problemáticos que consideramos más que interesantes para enriquecer el debate sobre el catolicismo *liberacionista* y la política revolucionaria. Más precisamente, hemos querido reivindicar la validez de fuentes usualmente no tenidas en cuenta para comprender cómo el *tercermundismo* se filtró más allá del campo militante y se convirtió en un elemento más del sentido común de muchos ciudadanos a la hora de concebir el compromiso social y político. De ahí que el título de este ensayo se inicie con la pregunta sobre si la única trayectoria posible desde el *liberacionismo* fue en dirección al peronismo, ya que la amplia divulgación de la *ética* y la *estética* antiburguesas sugiere la existencia de otros canales e itinerarios posibles para nociones de origen católico como el sacrificio o el culto al héroe mártir. En este sentido, los mismos límites de la moral revolucionaria en sus distintas versiones señalan una vez más la influencia que muchas premisas de origen cristiano, tal como se ve en las condenas al adulterio y a la homosexualidad realizadas por gran parte de la izquierda.

[23] Carnovale, V. (2006) "Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP". *Lucha Armada en la Argentina* 5; Carnovale, V. (2005) " 'Jugarse al Cristo': mandatos y construcción identitaria en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). *Entrepasados* 28.

Iglesia y política en tiempos del retorno democrático, 1983-1989

Por Mariano Fabris*

(CONICET- CEHis, UNMdP)

Resumen

En este artículo analizamos el papel de la jerarquía católica en el contexto del retorno democrático de 1983, situando las problemáticas abordadas en el marco de la historiografía sobre la Iglesia en Argentina. De manera sintética, observamos cuáles fueron las cuestiones que despertaron la preocupación de los obispos al abrirse el horizonte democrático y de qué manera se estructuraron relaciones de poder con el gobierno y otros actores en procura de asegurar la primacía del ideario católico y la presencia social de la Iglesia. En este sentido, presentamos los avances logrados en torno a cuestiones como la revisión del pasado autoritario y la construcción de una memoria social sobre la última dictadura, el papel de los obispos frente a los conflictos entre el gobierno y el sindicalismo en un contexto de crisis económica, la discusión de la legislación familiar y la que se dio en el siempre prioritario ámbito educativo. Por último, hacemos mención a aquellos problemas que abren perspectivas futuras de análisis.

Palabras claves: Iglesia – Democracia – Gobierno de Alfonsín – Jerarquía católica – Última dictadura

Summary

In this article we analyze the role ofthe Catholic hierarchy in the context of the return of democracy in 1983, placing the addressed issues in the context of Church historiography in Argentina. Synthetically, we note which were the issues that aroused the bishops' concern with the opening of the democratic horizon and how power relations were structured with the government and other actorsin an attempt to ensure the primacy of Catholic ideology and social presence the Church. In this sense, we present the progress on issues such as the revision of the authoritarian past and the making up of social memory of the last dictatorship, the role of the bishops in the conflicts between the government and trade unions in the context of economical crysis, the discussion of the family law and the one that took place in education. Finally, we mention those problems that open future perspectives of analysis.

Key words: Curch- Democracy- Alfonsin's government- Catholic hierarchy- Last dictatorship

* Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becario Postdoctoral de CONICET. Algunos de sus trabajos recientes son: (2008) 'La Iglesia Católica y el retorno democrático. Un análisis del conflicto político - eclesiástico en relación a la sanción del divorcio vincular en Argentina'. *Coletâneas do Nosso Tempo*, Rondonópolis: Departamento de História/ICHS/CUR/UFMT; (2009) 'Poniendo la casa en orden. La crisis de Semana Santa de 1987 como crisis del discurso hegemónico sobre la democracia', en E. Rinesi, M. Muraca y G. Vommaro S*i éste no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en argentina*. Buenos Aires: UNGS; (2010) 'La élite católica y el retorno democrático. Una aproximación a las estrategias episcopales frente a los cambios en el contexto político', en C. Folquer y S. Amenta, *Sociedad, cristianismo y política*. San Miguel de Tucumán: Editorial UNSTA; (2011) *Democracia en reconstrucción. Mosaico histórico de los años ochenta.* Mar del Plata: EUDEM (en prensa, compilado junto a Roberto Tortorella)

Presentación

La disputa por la constitución de una memoria social sobre la última dictadura implicó miradas sobre la Iglesia que destacaron la complicidad de su jerarquía con los militares o su compromiso con la reinstitucionalización del país, según sostuvieron en forma insistente los documentos del Episcopado durante los años ochenta. El análisis histórico puede encontrar en dicha disputa abundante material para explicar el camino que siguió el proceso de consolidación de la democracia y los proyectos políticos que compitieron por hegemonizarlo. Pero también afrontará un serio desafío a la hora de reconstruir un proceso histórico sujeto a debates que –afortunadamente- siguen vigentes.

Nuestra investigación sobre la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) en los años ochenta abordó ambas cuestiones observando cómo este esquivo actor se insertó en el contexto político *post* Malvinas y, particularmente, de qué manera representó su accionar político en el pasado inmediato, cómo intervino en algunas de las principales cuestiones sociales que, según entendían los obispos, estaban bajo su órbita y qué espacios de intermediación ocupó en la configuración política cambiante de los años ochenta.[1]

Un paso necesario para avanzar en la comprensión del proceso histórico fue desmitificar la oposición gobierno-Iglesia y comenzar a observar las tensiones generadas entre ambos actores y sus relaciones en un marco de competencia pero también de acuerdo. Asimismo, se analizó no sólo el pensamiento dominante en el Episcopado –cuestión que ya había sido abordada- sino también la forma en que éste articuló la participación católica en los debates más importantes del período.

En las páginas que siguen ubicaremos nuestras preocupaciones en el marco general de la historiografía sobre la Iglesia en Argentina, presentaremos las problemáticas abordadas y los avances logrados y, por último, haremos mención a aquellos problemas que abren perspectivas futuras de análisis.

La Iglesia en la historiografía reciente 2

Nuestra investigación se sitúa en una línea de trabajos que en las últimas décadas "descubrieron" a la Iglesia como un actor político y social. Hay que recordar que este descubrimiento estuvo claramente asociado a las preocupaciones propias del contexto político que se abrió en 1983. En este sentido, quienes se acercaron al esquivo objeto de estudio que es la Iglesia tuvieron presente la endémica inestabilidad política que había sufrido el país durante buena parte del siglo XX y observaron cuál fue el "aporte" de la jerarquía católica a ese proceso.

En sintonía con estas preocupaciones, las investigaciones sobre la Iglesia han intentado comprender las lógicas institucionales que regían sus formas de participación política y su aporte a la conformación de una específica cultura política y, en relación con ello, los

[1] Fabris, M. (2011) *La Conferencia Episcopal Argentina en tiempos del retorno democrático, 1983-1989. La participación política del actor eclesiástico*. Tesis Doctoral, Doctorado en Historia, Mar del Plata: UNMdP. Directora: Dra. Marcela Ferrari. Jurado: Dra. Miranda Lida, Dra. Valentina Ayrolo, Dr. Gerardo Aboy Carlés.

[2] Aquí se ha seleccionado un recorte de la producción historiográfica dedicada a la Iglesia en los años posteriores a 1930. Para un análisis de la bibliografía existente sobre períodos anteriores Cf., Lida, M. (2007) 'La Iglesia católica en las más recientes historiografías de México y Argentina. Religión, modernidad y secularización'. *Historia Mexicana* 4: 1393-1426. En este ensayo resulta particularmente importante la discusión de las tesis de la secularización y romanización muy extendidas en los análisis sociológicos e históricos sobre la Iglesia.

vínculos que se establecían con otros actores, en particular con los gobiernos, los partidos políticos y las FFAA. Aportes centrales en esta dirección fueron los realizados por Loris Zanatta quien analizó el papel jugado por la Iglesia y el Ejército durante los años treinta describiendo prácticas y formas de hacer política que trascienden esa década y caracterizan a las intervenciones políticas de la Iglesia y las FFAA a lo largo del siglo XX.[3]

Para los años peronistas las investigaciones llevadas a cabo por Lila Caimari, el mismo Zanatta y Susana Bianchi han permitido una reconstrucción exhaustiva de las relaciones entre el catolicismo y gobierno, las matrices de pensamiento comunes, los espacios de competencia y las tensiones propias de una relación que, si bien se fracturó recién sobre el final de 1954, contenía elementos suficientes para anticiparla en el marco de la polarización peronismo - antiperonismo.[4]

El escaso interés que la historiografía argentina había manifestado hasta entonces por la Iglesia católica comenzó a revertirse. Aparecieron trabajos que indagaron la presencia política y pública del catolicismo argentino, ampliaron la perspectiva de análisis, incorporaron nuevos temas y se extendieron más allá de los años treinta y del gobierno peronista. Los años sesenta generaron atracción a partir de la impronta del Concilio Vaticano II, los procesos de renovación de la Iglesia, los conflictos internos y la actuación de los católicos en un contexto de activación política y protesta social.[5]

De todas formas, las investigaciones no han avanzado en igual medida sobre períodos recientes. Poco sabemos sobre al lugar ocupado por la jerarquía católica o los cuadros católicos en el aparato estatal o la situación del catolicismo en general durante la última dictadura. Algunas investigaciones han comenzado a esclarecer el período pero aún no logran imponerse sobre otro tipo de relatos, como los periodísticos, o incluso sobre un sentido común que hilvana experiencias individuales con creencias más o menos extendidas socialmente.[6]

---

[3] Zanatta, L. (1996) *Del Estado liberal a la Nación católica*. Buenos Aires: UNQUI. Algunas de las ideas del autor, en particular las que hacen referencia al "renacimiento católico" en los años 30', han sido discutidas y matizadas a través de investigaciones que pusieron de manifiesto la activa participación de los católicos en la vida pública del país durante las primeras décadas del siglo XX. Entendemos que estas certeras observaciones no invalidan el hecho de que ese catolicismo de masas, cuyo desarrollo efectivamente se había iniciado antes de 1930, tuvo un peso considerable en la consolidación de una configuración política donde los diversos actores políticos y sociales legitimaron un espacio privilegiado para la jerarquía de la Iglesia. El aprovechamiento de las oportunidades que ofrecía esta configuración por parte de la jerarquía, dependió también de la consolidación del cuerpo de obispo y de su capacidad para presentarse como la representación de la Iglesia en el territorio nacional y ello fue un lento proceso que se inició antes de 1930 y se acentuó en las décadas siguientes. Para una crítica de la idea de "renacimiento católico" sostenida, entre otros, por Zanatta Cf., Lida, M. (2010) 'El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico', en C. Folquer y S. Amenta, *Sociedad, cristianismo y política,* pp. 395-423.San Miguel de Tucumán: Editorial UNSTA.

[4] Caimari, L. (1995) *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955*). Buenos Aires: Ariel; Zanatta, L. (1999) *Perón y el mito de la nación católica*. Buenos Aires: Sudamericana; Bianchi, S. (2001) *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina, 1943-1955*. Tandil: IEHS.

[5] Algunos de los trabajos que abordan estos problemas son: Touris, C. (2000) 'Ideas, prácticas y disputas en una Iglesia renovada'. *Todo es historia* 401: 44-52; Touris, C. (2008) 'Sociabilidad e identidad político-religiosa de los grupos católicos tercermundistas en la Argentina (1966-1976)', en B. Moreyra y S. Mallo, *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*, pp. 763-783. Córdoba – La Plata: Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" -. Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC); Morello, G. (2003) *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba y Zanca, J. (2006) *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

[6] Entre los trabajos que intentan superar estas limitaciones es posible destacar: Obregón, M. (2005) *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del "Proceso"*. Buenos Aires: UNQUI; Lida, M. (2006) 'Movilizaciones católicas en tiempos de represión y dictadura. Sociedad, régimen militar e Iglesia Católica en la Argentina, 1976-1982'. *II Coloquio Historia y Memoria*, La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Rodríguez, L. (2010) 'El periódico del CONSUDEC y la política educativa de la última dictadura'. *III Simposio sobre Religiosidad, Cultura y Poder*, Buenos Aires: GERE y

Para el período que se abre con la derrota argentina en la Guerra de Malvinas, existen intentos aislados por comprender el papel de la jerarquía católica en un contexto político sumamente cambiante. Los principales esfuerzos en esta dirección fueron realizados por Ana María Ezcurra y Juan Cruz Esquivel.[7] Ezcurra analizó los cambios atravesados por la Iglesia Católica en los años sesenta y ochenta siguiendo como premisa evaluar en qué medida el pensamiento dominante en el Episcopado era funcional a la consolidación democrática. Con este objetivo se aproximó a las corrientes de pensamiento dominantes en la CEA y puso énfasis en la renovación ideológica que significó el *aggiornamento* socialcristiano, de gran peso en Latinoamérica, especialmente durante el pontificado de Juan Pablo II.[8] El balance realizado por Ezcurra en función de la consolidación de la democracia no fue positivo, debido a las actitudes y posiciones de los obispos que tendieron a juzgar al régimen político democrático a partir de valores inscriptos en la idea de la "nación católica".[9]

Varios años después, Juan Cruz Esquivel retomó el desafío de comprender el rol jugado por la Iglesia en la historia reciente identificando a las corrientes internas del Episcopado desde una perspectiva eclesiológica.[10] Con el objetivo de superar las clasificaciones del tipo conservadores/progresistas o tradicionales/liberales, elaboró un conjunto de tipos ideales destinados a explicar las posiciones asumidas por las diferentes corrientes internas del Episcopado. El autor sostiene que las relaciones entre la CEA y el gobierno de Alfonsín transitaron por un carril conflictivo como consecuencia de la incompatibilidad de los principios totalizadores defendidos por los obispos y las reglas de funcionamiento de la democracia.

Entendemos que analizar a la Iglesia en la década de 1980 implica recuperar los avances y planteos de este conjunto de estudios, aun cuando el interés por este actor surja, necesariamente, de otras preocupaciones. Con la mirada puesta en el pasado reciente y en la inestabilidad de las instituciones republicanas, la Iglesia fue abordada en el devenir de una cultura política autoritaria que la contaba como una de sus principales animadoras y que se convertía en un lastre para la consolidación de cualquier proyecto democrático. Hoy no parece una prioridad responder a las incógnitas que despertaba la consolidación de la democracia en los parámetros prescriptivos propios de los estudios iniciales, pero sí es necesario que el análisis histórico se ocupe del impacto de los vínculos entre los actores en la reconfiguración política que sucedió a la retirada militar.

La Iglesia y el retorno de la democracia

Como se subrayó inicialmente, la indagación sobre la Iglesia en tiempos del retorno democrático aparece tensionada por una serie de ideas arraigada en la memoria colectiva. Una de ellas, reforzada luego de la muerte de Raúl Alfonsín, lo ubicó en el marco de una lucha con las corporaciones que, en el caso de la Iglesia, quedó sintetizada por la imagen del presidente respondiendo a los reclamos del obispo castrense José Medina desde el púlpito de la Iglesia Stella Maris.

Morello, G. (2010) 'Religión, sociedad civil y sociedad política. Una red de defensa de los derechos humanos. Argentina desde Estados Unidos, 1976-1979'. *II Jornadas Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: UCA.

[7] Ezcurra, A. (1988) *Iglesia y transición democrática. Ofensiva del neoconservadurismo católico en América Latina*. Buenos Aires: Puntosur; Esquivel, J. (2004) *Detrás de los muros. La Iglesia católica en tiempos de Alfonsín y Menem (1983 – 1999)*. Buenos Aires: UNQUI.

[8] Ezcurra, A. *Iglesia y transición democrática*…, op. cit., p. 21.

[9] *Ibíd*., p. 85.

[10] Esquivel, J. *Detrás de los muros*…, op. cit.

Imágenes como ésta o la de la Virgen de Luján encabezando una procesión contra el divorcio en 1986 tienen un enorme impacto político. Sin embargo, pueden conducir a equívocos si se las aísla de una configuración política y un proceso histórico cambiante. Durante la etapa *alfonsinista* las relaciones de la CEA con los demás actores de poder presentaron una notable complejidad y si en ciertos aspectos se produjo un distanciamiento evidente frente a una cultura política que guardaba un espacio preponderante a la jerarquía eclesiástica, en otros se puso en evidencia una marcada continuidad.

Es cierto que las reacciones católicas frente a algunas de las iniciativas de la administración radical ofrecieron al discurso anticorporativo del gobierno las caras visibles de un pasado autoritario frente al cual legitimarse. Sin embargo, parece también evidente que detrás de la ambiciosa reformulación de la cultura política argentina enarbolada por el gobierno, hubo espacio para negociaciones y acuerdos que, precisamente, formaban parte de esa cultura que se resistía a desaparecer y se presentaban como el camino más rápido para la consolidación de las posiciones de cada actor en la configuración política y como el medio menos costoso para superar sus enfrentamientos.

Posiblemente la cuestión que muestra mejor esta complejidad es la del divorcio vincular. Se podría interpretar que su aprobación en 1987 representa la independencia del poder político frente a las consideraciones eclesiásticas. Sin embargo, si se considera el proceso que medió entre la presentación de los primeros proyectos de divorcio en 1984 y su aprobación definitiva, resulta posible matizar la fuerza disruptiva de este acontecimiento. En la campaña preelectoral de 1983 el tema fue evitado por los candidatos de los partidos mayoritarios porque nadie estaba dispuesto a afectar las relaciones con la CEA cuando ésta propiciaba el acercamiento entre dirigentes civiles y militares. La cautela fue abandonada rápidamente cuando los políticos recuperaron el centro de la vida política en diciembre de ese año y varios proyectos de divorcio ingresaron al Congreso.[11] En respuesta, la CEA convocó a movilizaciones públicas e hizo todo lo posible por reeditar la larga saga de enfrentamientos que precedían la discusión.

Sin embargo, la calle no se convirtió en ese terreno de debate imaginado, varios obispos rechazaron la metodología planteada e incluso algunos -como Laguna, Hesayne o De Nevares- discreparon abiertamente y, en definitiva, el apoyo de los católicos a la posición de la Iglesia fue menor que el esperado porque formaban parte de una sociedad en la cual el divorcio era una realidad.[12]

Ante la magnitud de la campaña para enfrentar al divorcio, su aprobación en la Cámara de Diputados en 1986 se tradujo como una derrota de la jerarquía católica. Esa derrota y las disidencias internas que había disparado, fueron procesadas por los obispos a través de un cambio en la actitud frente al tratamiento en el Senado que tuvo como nota destacada el abandono de la virulenta oposición. El descenso de la tensión abrió espacios para el diálogo y así fue que representantes del gobierno, del peronismo ortodoxo y de la Iglesia coincidieron en posponer la inevitable aprobación final del divorcio para después de la visita del Papa. El gobierno descomprimió así un frente de conflicto y el sector peronista liderado por Vicente Leónidas Saadi ganó el favor de la Iglesia por su "defensa de la familia". La CEA, por su parte, logró reconstituir una desgastada imagen de unidad y, luego de la masiva movilización que recibió y acompañó al Papa

[11] Para mediados de 1986 había en el Congreso cerca de veinte proyectos de divorcio, Ruiz Núñez, H (14/3/1986) 'El divorcio'. *El Periodista* 79.

[12] Entre los obispos, Justo Laguna marcó cierta distancia al sostener que mientras "algunos hemos creído que era más conveniente la iluminación de las conciencias antes que los actos masivos, otros han creído que los actos masivos significan una reafirmación pública", *Clarín*, 2/7/1986, p. 10. Miguel Hesayne, por su parte, entendió que la realización de movilizaciones se prestaba a "confusión o aprovechamiento de ideologías y partidos políticos". *Clarín*, 5/7/1986, p. 2. Finalmente, Jaime De Nevares, en una crítica aún más explícita, rechazó la metodología utilizada porque convertía a la jerarquía de la Iglesia "en un grupo de presión" y recordó que la jerarquía no había estado a la altura de las circunstancias durante la represión *procesista*. *El Periodista*, Nº 95, 4/7/1986 al 10/7/1986, p. 40.

en cada ciudad que visitó en el país, pudo superar aquella sensación de derrota del año anterior. El divorcio fue aprobado por el Senado en junio de 1987, sin mayores sobresaltos y en un contexto que desdibujaba los contornos del enfrentamiento gobierno-Iglesia.

Un terreno donde la jerarquía católica pudo consolidar su protagonismo político fue el de los conflictos entre la dirigencia sindical y el gobierno. En el contexto de la debacle militar, la CEA llevó adelante el "servicio de reconciliación" y actuó como intermediaria en las disputas que comprometían al gobierno y los sindicatos desde una pretendida posición prescindente.[13] El protagonismo de los obispos sustentado en la intermediación continuó luego de la asunción de Alfonsín y prueba de ello fue que los acuerdos entre el gobierno y la CGT para la normalización sindical se lograron en una capilla con un obispo como anfitrión.[14] En esta misma dirección se cuentan los encuentros entre los sindicalistas y los funcionarios gubernamentales en la Semana Social organizada por el Equipo de Pastoral Social del Episcopado (EPS).[15]

Sin embargo, la elección en 1985 del arzobispo de San Juan, Ítalo Di Stefano, como presidente del EPS expresó un endurecimiento de las actitudes episcopales frente al gobierno. La labor de intermediación dejó de ser una prioridad del EPS, que intensificó la cristianización de grupos sindicales y empresariales.[16] En 1987 se asistió a una etapa de distensión cuando Justo Laguna –cercano al presidente- reemplazó a Di Stefano y un dirigente sindical cercano a la Iglesia llegó al Ministerio de Trabajo. Este clima no se prolongó mucho más allá de la derrota del gobierno en las elecciones de septiembre de ese año. A lo largo de 1988, y en medio de una crisis económica incontrolable, las tensiones aumentaron exponencialmente.[17]

La complejidad de las relaciones y el contraste con imágenes simplificadas se repite si observamos el ámbito educativo. El espíritu democrático que caracterizó la primera etapa del gobierno de Alfonsín se expresó aquí a través de la convocatoria a un Congreso Pedagógico.[18] Sin embargo, el debate de ideas imaginado por las autoridades se redujo, en la mayoría de las instancias, a una puja política entre los grupos radicales y los católicos. La Iglesia fue la gran protagonista y sus representantes se impusieron en la mayoría de las asambleas realizadas en las provincias y la Capital Federal. Ante este éxito, funcionarios radicales evaluaron suspender el Congreso cuando se encaminaban a una segura derrota frente a la Iglesia.[19] Sólo las reuniones entre representantes del gobierno y del Episcopado que tuvieron lugar en el verano de 1988 permitieron alcanzar acuerdos mínimos que dieron una imagen más consensual del encuentro

[13] Justo Laguna definió los parámetros en los cuales se desenvolvería esta labor reconciliadora: "no somos participantes de la mesa de discusión (…) ofrecemos un ámbito espiritual para que los argentinos se reconcilien [ya que la Iglesia] no puede bajar a la palestra política y sólo puede iluminar desde la fe", *Esquiú Color*, N°1180, 5/12/1982, p. 3.

[14] *La Nación*, 7/5/1984, p. 5 y *Clarín*, 8/5/1984, p. 2.

[15] Luzzi, J. (1984) 'Semana Social en Mar del Plata'. *CIAS* 335: 57 y *Boletín AICA*, N° 1439, 19/7/1984, p. 15 y p. 59.

[16] La iniciativa más importante en la vinculación sindical-empresaria fue la creación de la Fundación *Laborem Exercens* bajo el influjo del cardenal Raúl Primatesta. Esta fundación organizó a lo largo de 1985 retiros espirituales en los que participaron las principales figuras del sindicalismo argentino junto a representantes de los grupos empresarios, *Boletín AICA*, N° 1498, 5/9/1985, p. 2; *Clarín*, 11/10/1985, p. 24 y *Boletín AICA*, N° 1514, 26/12/1985, p. 25.

[17] En el documento *Sólo Dios es el señor,* los obispos sostuvieron: "La idolatría del dinero hoy en nuestro país conduce a unos pocos al hartazgo insolente y al consumismo asfixiante y a muchos, a coimas y negociados, a prebendas y favores. Al mismo tiempo, se comprueba el escándalo de la pobreza y la miseria de grandes franjas de la población, la desocupación, la pérdida de una verdadera cultura del trabajo". CEA (1990) 'Sólo Dios es el Señor' en *Documentos del Episcopado Argentino, 1988*, pp. 77-78. Buenos Aires: Oficina del libro.

[18] Según concebía Bernardo Solá, primer Secretario de Educación del gobierno de Alfonsín, era necesario volver a discutir el tema educativo porque había sido un espacio particularmente sensible a la represión ideológica llevada adelante por el gobierno militar. Entrevista a Catalina Nosiglia, asesora de la Secretaría de Educación durante el gobierno de Alfonsín, realizada por el autor, marzo de 2010.

[19] Entrevista a Catalina Nosiglia, *ibid.*

educativo.[20] Ante el éxito de la Iglesia y el fracaso de los partidos políticos, es posible afirmar que el Congreso Pedagógico surgió al calor de la euforia que acompañó a la asunción de Alfonsín y fue fruto del espíritu modernizador del gobierno pero condensó en su devenir los límites de la promesa democrática.

Para cerrar este apretado recorrido por las cuestiones que más preocupación despertaron entre la jerarquía católica, hay que mencionar las disputas por la construcción de una memoria social sobre la última dictadura. Desde el final del gobierno militar la jerarquía fue cuestionada por su actuación frente a la violación de los derechos humanos. El Episcopado enfrentó a las voces críticas a través de una interpretación institucional que inscribió su accionar en un marco temporal que excedía al de la última dictadura, que rechazó la violencia "de uno y otro lado" y que presentó a la Iglesia como ajena y por encima del conflicto político.[21]

En paralelo a esta interpretación colectiva hubo obispos que enfrentaron frontalmente a la dictadura a través de una crítica de la metodología represiva, de su política económica y de sus alineamientos internacionales.[22] Otros se encolumnaron junto a los militares en la defensa de la experiencia dictatorial y atribuyeron el retorno de la democracia al "triunfo sobre la subversión".[23] Públicamente esta posición tuvo escasos pero "ilustres" defensores y perduró como el ejemplo más representativo de la complicidad de la institución.

Esta imagen de complicidad que se extendió a toda la institución se debió tanto a la actitud efectiva de la mayoría de los obispos durante la dictadura como a las posiciones que asumieron luego del retorno democrático. Es verdad que la mayoría de los obispos evitó una defensa militante de la dictadura y mostró cierta dosis de pragmatismo transitando un camino desde la legitimación del golpe de Estado al reclamo por la reinstitucionalización del país (un desplazamiento similar al realizado por la sociedad argentina en general). Sin embargo, y más allá de ese tránsito, siempre pervivió entre los miembros del Episcopado una matriz ideológica que desnudó los estrechos vínculos establecidos entre la Iglesia y las FFAA. En efecto, la visión de la sociedad definida por un único conjunto de valores, entre los cuales se destacaba el cristianismo impreso desde la colonización y custodiado por la Iglesia y las FFAA, permaneció arraigada en el pensamiento de numerosos obispos.

Esos posicionamientos se hicieron muy evidentes cuando la CEA elaboró una "doctrina" de la reconciliación y la ofreció a la dirigencia política. La reconciliación fue -excepto para un minoritario grupo de obispos- una herramienta política destinada a restituir la unidad de la nación luego de la dictadura, a través de la clausura de los procesos judiciales seguidos a los militares represores. El doble sentido de la reconciliación, como expresión de un horizonte valorado socialmente y como herramienta de "pacificación", favoreció su operatividad política. En algunas coyunturas, su uso fue intenso: en 1981 cuando la Multipartidaria presentó a los militares su carta de

[20] *Clarín*, 24/2/1988, p. 10 y *La Nación*, 23/2/1988, p. 9.

[21] Esta interpretación se articuló a través de un conjunto de documentos que los obispos dieron a conocer a partir de 1981. Posiblemente los más importantes por su trascendencia fueron: CEA (1981) *Iglesia y comunidad nacional.* Buenos Aires: Claretiana; CEA (1982) *Camino de Reconciliación*. Buenos Aires: S/Ed.; CEA, (1984) *La iglesia y los derechos humanos*. Buenos Aires: Oficina del libro.

[22] Los obispos más comprometidos en la oposición a la dictadura fueron Jorge Novak, Jaime de Nevares y Miguel Hesayne. Este último entendía que el *Proceso* era anticristiano porque había violado los derechos humanos que "(…) conforman el núcleo de los valores evangélicos" pero además porque con su "política económica militarizada había destrozado una justicia social, al menos incipiente", *Clarín*, 6/2/1983, p. 10.

[23] Un exponente de este pensamiento fue Antonio Plaza, arzobispo de La Plata. Este religioso se vio envuelto en polémicas por su actuación durante la dictadura –que le valió denuncias judiciales- y por el tono de sus declaraciones luego del retorno democrático. Sostenía, por ejemplo, que muchos desaparecidos en realidad se habían fugado del país y que las Madres de Plaza de Mayo "no han hecho esas recorridas por todo el mundo –en bandada como quien dice- con lo que ganan para hacer el puchero (…) Yo creo que algunas ni siquiera son madres". *Esquiú Color*, 1253, 29/5/1984, p. 17.

intención,[24] en 1987 cuando el presidente Alfonsín debió encontrar una fuente de legitimidad para la ley de Obediencia Debida [25]y a partir del levantamiento *carapintada* de Villa Martelli (diciembre de 1988) cuando se comenzó a desandar el camino iniciado con el juicio a las juntas militares y que culminaría, ya bajo otro gobierno, en el indulto a los ex comandantes.

Algunas consideraciones finales sobre el catolicismo y la política durante el retorno democrático

El análisis de estas cuestiones permite recuperar las formas de participación política del Episcopado y las estrategias a través de las cuales buscó consolidar su presencia social y mejorar su posición relativa en las relaciones de poder que mantuvo con otros actores, en especial el gobierno. El éxito en esta empresa dependió, en buena medida, de un enmascaramiento de sus ambiciones políticas. Las intervenciones de los obispos, ya sea a través de documentos colectivos o en declaraciones u homilías individuales, siempre refirieron a fines "trascendentes" para establecer una distancia con el debate político coyuntural. Lo cierto es que al argumentar sobre la defensa de los valores nacionales, la reconciliación, la educación de las nuevas generaciones, la familia o la justicia social, la jerarquía católica participó en los debates políticos más importantes del período.

Es importante subrayar que el éxito de la CEA en su proyección política dependió también de un marco institucional acorde. El principal logro en esta dirección fue que la CEA afianzó su posición como instancia de coordinación de la acción de todos los obispos en las diferentes jurisdicciones eclesiásticas. Esta consolidación no significó que reinara la unanimidad. Por el contrario, las diferencias existieron pero nunca pusieron en discusión la legitimidad de la institución porque en su interior pudieron tener cabida todas las líneas internas presentes en el Episcopado.

A partir de estos avances es posible preguntarse qué ocurría en el catolicismo más allá de los límites estrechos de su jerarquía. Como ya fue señalado para otros períodos, por debajo del colectivo "catolicismo argentino" conviven múltiples actores y corrientes que compiten por orientarlo y se encuentran en diálogo con los obispos. Recuperar esas voces y la conflictividad de las relaciones que desnudan resulta un paso necesario para lograr respuestas complejas sobre los problemas que plantea la intervención política y la presencia social de la Iglesia.

Uno de los ámbitos donde el análisis histórico puede comenzar a indagar es el de la prensa católica. Aquí entran en juego las relaciones entre los medios de comunicación, las figuras que los orientan y la jerarquía católica y remiten a la particular posición de los intelectuales católicos en un campo donde la "existencia de ese polo hermenéutico total encarnado por los obispos coloca al intelectual católico en una situación siempre precaria".[26] En ocasiones, esta tensión ha sido pasada por alto en los estudios que abordaron en

[24] El 14 de julio de 1981, los partidos reclamaron por una "solución nacional", dando por iniciada "la etapa de transición hacia la democracia (...) bajo el lema del Episcopado Argentino: la reconciliación nacional". Multipartidaria (1982), *La propuesta de la Multipartidaria*. Buenos Aires: El Cid Editor, pp. 10-11.

[25] El 13 de mayo de 1987 el Poder Ejecutivo envió al Congreso el proyecto de ley de reglamentación de la Obediencia debida. El mismo estuvo precedido por un mensaje del presidente transmitido por cadena nacional. El presidente presentó el proyecto como la decisión de un gobierno que, fortificado luego de la crisis de Pascuas, se permitía este gesto desde una posición de fuerza para lograr la reconciliación nacional. Sostuvo "(...) la democracia fuerte nos permite la pacificación. Es en estas condiciones que enviamos al Congreso de la Nación el proyecto de ley de Obediencia debida" *Clarín,* 14/5/1987, p. 54.

[26] Mauro, D (2008) 'Las voces de Dios en tensión. Los intelectuales católicos entre la interpretación y el control. Santa Fe, 1900-1935'. *Signos Históricos* 19: 132.

períodos recientes a un referente de la prensa católica como la revista *Criterio*.[27] Se tendió a observar las intervenciones de la revista únicamente frente a los procesos políticos generales pasando por alto la posición que ocupaban en el catolicismo argentino y las relaciones que mantenían con la jerarquía. Quedaron opacados así los conflictos y los consensos que preceden a los posicionamientos de la prensa en temas sensibles para la Iglesia. Por esta razón, es posible afrontar el análisis de la prensa católica considerando que sus referentes disputan un lugar reconocido dentro de la configuración presidida por la jerarquía de la Iglesia y se constituyen en un espacio desde el cual influir y articular a diversos sectores dentro de la comunidad católica convirtiéndose también en un canal de expresión de sus inquietudes.

Se trata sólo de un posible camino para avanzar en la comprensión del catolicismo en períodos recientes. Se han dado los primeros pasos que permiten conocer aspectos generales del problema. Seguramente, nuevos temas y perspectivas de análisis surgirán en la medida en que los investigadores se acerquen a este actor.

[27] Heredia, M. (2002) 'Política y liberalismo conservador a través de las editoriales de la prensa tradicional en los años '70 y '90', en B. Levy, *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano*, pp. 57-102. Buenos Aires: CLACSO; Borreli, M. (2005) 'Prensa católica y dictadura militar: la revista Criterio frente al golpe de Estado de 1976'. *III Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani y Saborido, J. (2005) 'Hacia la Restauración de la Grande Argentina': la prensa católica y la Guerra de Malvinas". *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Rosario: Universidad Nacional de Rosario.

Por una historia social y política del catolicismo en la Argentina del siglo XX

Por Miranda Lida*

(UTDT- UCA-CONICET)

Resumen

El artículo propone una lectura de la historia política del catolicismo en la Argentina del siglo XX anclada en la historia social. En especial, se discute la significación social, cultural y política del "catolicismo integral", en especial, desde la década de 1930 en adelante. El discurso del catolicismo integral ha sido ampliamente estudiado en lo que respecta a su matriz ideológica, así como también a través de su relación con las Fuerzas Armadas. En este trabajo se llama la atención por la relación que este discurso estableció con la sociedad a través de los medios de comunicación de masas. Otra de sus expresiones visibles fue el "catolicismo de masas", de gran envergadura, sobre todo, en entreguerras.

Palabras clave: Iglesia Católica- Argentina- siglo XX- historia política- historia social-

Summary

This article offers a review of the political history of Catholicism on Twentieth Century Argentina from the point of view of social history. Specially, we discuss the social, political and cultural significance of integral Catholicism, from the thirties onwards. The ideological speech of integral Catholicism, specially its relation to the Army has been widely studied. Nevertheless, we focus here on the relation between society and integrism, through its appearance in mass-media. Mass Catholicism was one of its most prominent expressions.

Key Words: Catholic Church- Argentina- XX Century- Political history- Social history

* Doctora en Historia (Universidad Torcuato Di Tella, 2003). Profesora en la Universidad Torcuato Di Tella y en la Universidad Católica Argentina. Investigadora Adjunta en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET). Directora del Programa de Investigación "Historia de la Iglesia en la Argentina Contemporánea" (Departamento de Historia, UCA). Ha publicado numerosos artículos en libros y revistas especializadas, de la Argentina y del extranjero, acerca de diferentes temáticas en torno a la historia del catolicismo en la Argentina, sus relaciones con la sociedad y la política, sus vinculaciones con el mundo de la cultura, la prensa y los medios de comunicación. Coeditó, junto con Diego Mauro, coedición de *Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina, 1900-1950* (Prohistoria, Rosario, 2009); y escribió, *Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes* (Editorial Eudeba, 2006).

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 26/09/2011

No es ninguna novedad el hecho de que a los niños, en general, no les divierte demasiado que sus padres los envíen al catecismo. Al igual que lo que ocurre con la visita al dentista, el catecismo constituye una actividad a la cual los chicos suelen asistir a regañadientes, forzados o incluso arrastrados; y si se resisten, bien podría sospecharse que tienen algo de razón. Quizás por eso tantos sacerdotes y catequistas, que difícilmente ignoran esta realidad, han debido ingeniárselas de mil maneras para hacerles simpáticos a los chicos los preceptos y las enseñanzas sagradas más elementales. Las estrategias empleadas para atraer a la infancia son de lo más variadas, y más se ha podido desarrollar esta gama de alternativas a lo largo del siglo XX, donde la creciente disponibilidad de recursos provenientes de la expansión de la cultura de masas acrecentó como nunca antes el tiempo de ocio y las actividades recreativas que le suelen estar asociadas. En este contexto, la enseñanza de la doctrina cristiana debió adaptarse a estos nuevos lenguajes si acaso quería lograr su cometido de llegar a la mayor cantidad de niños posible, evitando que estos se distrajeran con la vasta gama de alternativas que ofrece el despliegue de las industrias culturales en las sociedades modernas.

Así, el cine, el fútbol, los juegos de todo tipo, los campamentos, los paseos de fin de semana pasaron progresivamente a formar parte del elenco de las actividades que se desplegaban en las parroquias católicas y, por extensión, en la Iglesia en su conjunto[1]. El tiempo de ocio fue objeto de una intervención que no fue sólo moralizante; la Iglesia era capaz de participar en él ofreciéndoles a sus potenciales seguidores una agenda de actividades en la que se procuraba no dejar ningún hueco sin llenar. En la Argentina moderna, en pleno siglo XX, estos recursos fueron mucho más variados y ricos de lo que es dable imaginar. En una sociedad cada vez más compleja y móvil, se hace difícil atraer al público sólo con rosarios, homilías y devocionarios. Porque al católico común y corriente es necesario atraerlo, estimularlo, llamar su atención. Ya lo sabían muy bien los sacerdotes de los primeros años del siglo XX, que introdujeron de buena gana las proyecciones de cine y los partidos de fútbol, jugados en el potrero cercano a la iglesia; con el correr de los años, por otra parte, no tardaron en aparecer nuevos atractivos cuya única finalidad era acercar mayor número de adeptos —no necesariamente fieles, y menos todavía militantes— a su redil. De todas estas estrategias, entre otras cosas, trata la propuesta de investigación que aquí presentamos a grandes trazos, en la que se sugiere la necesidad de poner el foco en la historia social y política del catolicismo argentino. En última instancia, lo que está en juego es la multifacética relación entre la Iglesia y la Argentina moderna, una relación que no se agota en oposiciones tajantes, sino que está hecha de intercambios múltiples, en todas direcciones.

Nos interesa, en un sentido amplio, detenernos en los recursos y las diferentes atracciones a los que el catolicismo ha debido apelar a lo largo de la historia argentina contemporánea para asegurarse seguidores más o menos fieles entre sus filas. Ello incluye desde la administración del tiempo de ocio, hasta las formas de incorporación de las industrias culturales, la organización de campeonatos deportivos, así como también el uso del espacio público, los paseos, la apropiación de la calle y de los más variados rincones de las ciudades para todo tipo de actividades, incluida la movilización de masas. De este modo, el catolicismo se entronca —puede advertirse— con una amplia gama de fenómenos que hacen a la vida cotidiana en cualquier ciudad moderna, que van desde el tiempo de ocio, al turismo, los medios masivos de comunicación, el consumo, los deportes de masas, las transformaciones urbanas y —no menos importante— las formas de hacer política propias de una sociedad moderna y de masas, formas que el catolicismo supo hacer

[1] Acerca de la relación entre catolicismo y tiempo de ocio, véase Romero, L. A. (1995) "Nueva Pompeya, libros y catecismo", en Romero, L. A. y Gutiérrez, L., *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires: Sudamericana; Lida, M. (2005) "Catecismo, cine y golosinas. La Iglesia Católica y la infancia a comienzos del siglo XX", *Todo es historia*; Mauro, D. (2009) "Los dueños de la pelota. El catecismo y sus rostros: fútbol, juegos y meriendas, Santa Fe, 1900-1937", en Folquer, C.y Amenta, S., (eds.) *Sociedad, cristianismo y política. De la colonia al siglo XX,* UNSTA, Tucumán.

suyas desde muy temprano en el siglo XX, tanto a través de su uso del espacio público como de la transmisión de un discurso político que aspiraba a mostrarse —aunque sólo fuera a primera vista— lo más compacto y homogéneo posible.

Llegamos así, pues, a los aspectos netamente políticos en la historia del catolicismo, que se advierten a través de sus formas de organización militante, su presencia creciente en las calles, los discursos políticos difundidos masivamente a través de los medios de comunicación y el modo en que se hicieron visibles sus tradiciones ideológicas, más de una vez en abierta conflagración, aunque sólo fuere retórica, con sus rivales ubicados por fuera del campo católico. Aquí reside una de las cuestiones que más ha sido estudiada en relación con la historia del catolicismo argentino: su estrecha relación con la agitada vida política a lo largo de la historia argentina del siglo XX[2].

Esta relación se ha estudiado ya sea a través del análisis acerca del papel desempeñado por la jerarquía eclesiástica durante las coyunturas más críticas de la historia argentina contemporánea —la década de 1930, el peronismo, la dictadura de 1976—, o bien por medio del estudio pormenorizado de sus ideas políticas, sus tradiciones ideológicas, sus intelectuales y las polémicas más aguerridas en las que intervinieron. La Iglesia Católica, en tanto que factor político en la historia argentina, ha concitado creciente interés en los últimos años, tanto en la bibliografía académica como de divulgación, con el propósito de dar en ella con una clave que permita entender las vicisitudes de la historia política contemporánea y, en especial, el problema de la debilidad de la democracia, en especial entre 1930 y 1983. En este marco, Iglesia y poder militar suelen ser presentados juntos, como dos actores que tienden a alimentarse recíprocamente: la primera le habría proporcionado al segundo argumentos morales, teológicos e ideológicos que justificaban todo su accionar —incluso el más deplorable—, mientras que las Fuerzas Armadas por su parte habrían sabido retribuir aquel apoyo por medio de concesiones y favores de diverso calibre. En líneas generales, pues, los estudios se han concentrado en analizar la relación entre la Iglesia Católica, el Estado y la política en coyunturas decisivas, en especial aquellas que estuvieron signadas por el poder militar. Alianzas estratégicas u oposiciones veladas, resistencias y negociaciones, beneficios políticos o confrontación lisa y llana: las actitudes que la Iglesia parece haber adoptado frente a los vaivenes políticos oscilan entre alternativas cambiantes. En cualquier caso, ha sido la preocupación por entender la relación entre la Iglesia y la política la que ha prevalecido.

Esta preocupación se hizo eco, sobre todo, de los debates que trajo consigo la recuperación de la democracia en 1983, y de las hondas expectativas refundacionales que esa fecha supuso para la sociedad argentina. Precisamente bajo este impulso refundacional la Iglesia y las Fuerzas Armadas se tiñeron de una imagen sombría y oprobiosa por demás, y en algunos casos llegaron incluso a ser demonizados, y más en un momento en el que salía a la luz el *show del horror* y la cuestión de los derechos humanos comenzaba a brotar a flor de piel. La imagen que ambas corporaciones habían sabido cosechar en la sociedad argentina desde décadas atrás, sin duda más benévola de lo que parecía en plena vigencia de aquel humor antidictatorial que emanó a borbotones durante la transición a la democracia, quedó prácticamente sepultada en el olvido. Y a pesar de que antaño los desfiles militares habían sabido gozar de enorme popularidad —la marcha de los reservistas es uno de los tantos ejemplos en este sentido—, así como también supieron encontrarla las más importantes fiestas religiosas que puso en movimiento el catolicismo, alcanzando dimensiones de masas, se hizo difícil advertir —al menos en un principio— que era necesario dejar atrás la literatura en clave de denuncia.

[2] En este sentido los ejemplos abundan. Entre otros posibles, Zanatta, L. (1996) *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: UNQ; Mallimacci, F. (1992) *El catolicismo integral en la Argentina 1930-1946*, Buenos Aires: Biblos.

En efecto, la historia de la Iglesia Católica en la Argentina no quedó reducida a la sola acusación en torno al modo en que las jerarquías eclesiásticas habrían obrado a lo largo de la historia reciente. Así, con el correr del tiempo, por suerte, las interpretaciones se han ido matizando lo suficiente a tal punto que se ha hecho posible hoy el desarrollo de una investigación académica, ceñida a los cánones de la disciplina histórica, que está tratando de alcanzar un análisis más equilibrado y ecuánime del papel de la Iglesia en la historia argentina contemporánea. Las complejidades de la institución eclesiástica han salido así a la vista, al igual que sus matices, sus contradicciones internas y sus transformaciones a lo largo del tiempo. Sobre esta base, proponemos aquí la necesidad de iluminar bajo un nuevo ángulo la historia política del catolicismo argentino. Recurrimos para ello a las herramientas que nos proporciona la historia social del período, porque creemos que constituye un prisma que podrá mostrar nuevos matices, por demás sutiles, que echarán nueva luz sobre la historia política del catolicismo, quizás la más conocida y divulgada. ¿En qué sentido?

Las intervenciones públicas de la Iglesia, sus discursos, sus tradiciones ideológicas, sus reivindicaciones en el plano político e incluso estatal, deben ser comprendidas no sólo a través del análisis de su relación con los poderes políticos de turno, sino además en relación con la sociedad que escucha aquellas intervenciones, les da sentido, está o no de acuerdo con ellas y es en definitiva la destinataria última de sus discursos públicos más manifiestos. Bajo esta óptica, más atenta al modo en que los discursos circulan y se reciben socialmente, antes que a la pura intencionalidad del emisor, creemos posible echar nueva luz a la comprensión de una de las tradiciones ideológicas que más peso ha tenido en el siglo XX: el así llamado integrismo católico. Nacido como respuesta defensiva frente a los avances de la secularización, de la modernidad y del liberalismo que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX, el integrismo católico se caracterizó por reclamar la necesidad de una cristianización plena de todos los ámbitos de la vida social. Suele datarse en la década de 1930 su irrupción política de peso en la Argentina, en un proceso que se dio a la par de la interrupción de la legitimidad republicana[3]. El Ejército y la Iglesia comenzaron entonces a ocupar un lugar cada vez más relevante en la esfera política, tal como quedó consignado en el nacimiento del "mito de la nación católica" que identificó el historiador Loris Zanatta. La Iglesia comenzó a proclamar que la nación entera, sin matices, era católica, en una fórmula que no admitía discusión alguna. Este discurso, por demás asfixiante, se volvió hegemónico en el catolicismo de la época, al precio de sofocar las demás voces que intentaban hacerse oír en el seno del catolicismo; tuvo tal fuerza que fue capaz de encontrar ecos y reminiscencias ulteriores, incluso muchas décadas después. Así, pues, la Iglesia habría aportado su cuota de "infamia" a la década de 1930.

A estos años —en efecto— se los dio en llamar "la década infame", una fórmula de uso generalizado que tiñó no sólo buena parte de los libros de historia, sino además el sentido común que suele tener sobre la historia argentina mucha gente que está lejos de ser especialista. El año 1930 es el origen de la "leyenda negra" en la historia argentina del siglo XX, puesto que la década se inició con una ruptura institucional que supuso el ingreso del poder militar, amparado a su vez en el poder eclesiástico, en la escena política. El contexto internacional, por su parte, agravaba todavía mucho más el cuadro de situación. La crisis económica de 1929 puso en jaque el ya débil consenso liberal y la llegada de Hitler al poder en 1933 no tardó en amenazar, a su vez, la paz en Europa que, desde los tratados de París de 1919, se había mostrado insegura y tambaleante. En este contexto, la Argentina tan sólo procuraba no quedar arrastrada por

[3] En este sentido, Lida, M. y Mauro, D. (2009) "Sine ira et studio", *Catolicismo y sociedad de masas. Argentina 1900-1950*, Rosario: Prohistoria; y de Lida, M. (2010) "El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico", en Folquer, C. y Amenta, S. (comps.), *Sociedad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*, Tucumán: UNSTA, pp. 395-424.

el colapso que amenazaba al mundo occidental, un mundo con el que desde hacía décadas se sentía plenamente identificada. Ingresó, pues, en la década así llamada "infame".

No obstante, esta imagen acerca de la década de 1930 es tan poderosa cuanto vulnerable. Poderosa, porque contribuyó a forjar una lectura del pasado que se ha tendido a repetir como un lugar común y, como tal, se dio por sentado muchas veces sin mayor discusión. No obstante, al mismo tiempo resulta harto vulnerable, porque en cuanto uno comienza a rasgar el velo que la oculta, la década del treinta se revela tanto más compleja y densa de lo que parece a primera vista.

Puesto que —argüiremos— la retórica integrista, ferozmente antiliberal, expresaba algo más que un mero afán de arrasar con el laicismo. Por más virulento que fuera el discurso de la Iglesia hacia 1930, no debe olvidarse que ese discurso no habría tenido razón de ser si no hubiera habido una sociedad —o al menos parte de ella— dispuesta a escucharlo y prestarle atención. Si la Iglesia Católica pasó a hablar un lenguaje tan virulento, fue porque se topó con una sociedad que de algún modo se tornó receptiva a ese tipo de retórica. Si olvidamos este aspecto, corremos el riesgo de suponer que el desarrollo del integrismo católico se habría debido únicamente a la voluntad de las jerarquías eclesiásticas de ocupar el centro de la vida nacional. Es necesario preguntarse por el receptor de aquella retórica: si no hubiera habido una sociedad que prestaba atención a un discurso como aquel, difícilmente la Iglesia se habría tomado el trabajo de difundir masivamente "el mito de la nación católica". No bastó con la sola voluntad de las jerarquías eclesiásticas para que el integrismo católico se convirtiera en lo que fue; la sociedad fue también partícipe de aquel renacimiento católico.

En este punto, la historia social se vuelve una herramienta clave para iluminar la historia política: tan sólo cuando demos cuenta de los receptores de aquel discurso, y del contexto en el que esa misma retórica católica logró encontrar un público de masas, lograremos explicar por qué el integrismo alcanzó tamaña fuerza en la sociedad argentina. El "mito de la nación católica" no sólo se escuchaba en las homilías del domingo en las parroquias de todo el país, sino que además salía a la calle en movilización y se difundía con profusión a través de los medios de comunicación de masas, fueran o no católicos. La fuerza de aquel mito no dependía sólo de la autoridad de quien lo enunciara, a saber, la Iglesia; lo que contaba era que fuera eficiente, es decir, que fuera capaz de darle algún tipo de sentido a la vida de aquellas personas que lo recibían con cierta aceptación, aunque fuese tácita. De ahí la inquietud por abordar estos temas desde la historia social, tomando como nudo central el modo en que se desenvolvió el catolicismo integral desde la década de 1930 en adelante.

La década del treinta ocupa así el lugar de un ineludible punto de partida, pero es también al mismo tiempo un punto de llegada. Si el catolicismo alcanzó en esos años una importante presencia en la sociedad y la política argentinas, se torna imprescindible hacer mención de las condiciones sociales que hicieron posible esa posición de relevancia, prestando atención al modo en que desde los años finales del siglo XIX el proceso de modernización que tuvo lugar en la Argentina le permitió a la Iglesia construirse institucionalmente, afianzando su presencia a nivel territorial, una vez que la consolidación del Estado, las transformaciones socioeconómicas y el desarrollo de las red de transportes hicieron posible que avanzara la construcción de la Argentina moderna. La Iglesia Católica que emanó de allí era una institución cada vez más compleja, con un entramado institucional denso —contaba con un creciente número de diócesis, sacerdotes, parroquias, capillas y asociaciones de laicos a lo largo de todo el país—, que cumplía funciones en los más variados ámbitos de la sociedad, tanto en las grandes ciudades como en las zonas rurales, en los balnearios más conspicuos y en las barriadas populares. La historia del catolicismo puede leerse, también, en relación con la expansión de la

urbanización en la Argentina del siglo XX. Sobre esta base, el catolicismo se fue afianzando, a la par que estrechaba sus lazos con la sociedad argentina.

Y a medida que nos adentremos en el siglo XX argentino, párrafo aparte merece sin duda la turbia relación con el peronismo. No porque Perón haya tenido la intención premeditada de ponerle trabas a la Iglesia, o incluso de colisionar con ella; en este sentido creemos que es necesario pensar la "zona gris" que se erige en la relación entre ambos términos[4]. Pero no se pudo evitar que sus efectos se hicieran sentir, de todos modos, sobre el catolicismo a tal punto que llevaría a alterar el tono de las movilizaciones religiosas de masas tal como hasta entonces se las conocía: se volvió necesario dejar a un lado la reverencia y la solemnidad habituales en las procesiones. Por contraste con tal aspecto ritual, el 17 de octubre encontró a las multitudes en pleno júbilo con sus pies en la fuente de la Plaza de Mayo, tal como las retrató una célebre foto. El peronismo de 1945 se nutrió de un espíritu fuertemente carnavalesco, difícil de conciliar con el orden y la rigidez de las fiestas católicas más tradicionales. Las banderas y las consignas coreadas por las multitudes —ya no en el ceremonioso latín de la década de 1930, sino en un español a veces demasiado tosco, cuando no pendenciero— se volvieron contagiosas.

En este contexto, la relación entre el catolicismo y la sociedad se fue modificando. La expansión de las clases medias; los avances en el proceso de "democratización del bienestar" —en los términos de Juan Carlos Torre-; los cambios en la cultura, en el consumo, en las costumbres y en las relaciones de género; las transformaciones que tuvieron lugar en las formas de hacer política: son todos factores que repercutieron con fuerza en el modo en que se fue tejiendo la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad argentina en la primera mitad del siglo XX. Tanto es así que ya para la década de 1950 pueden advertirse cambios que habrán de signar los años por venir: así, la popularización de los campamentos juveniles de verano, las misiones rurales o en villas miseria, las peñas folklóricas desarrolladas en sedes parroquiales, entre otras novedades[5]. El desarrollismo, muy en boga luego de la Revolución Libertadora en los más vastos sectores sociales y políticos gracias a su volatilidad, impregnó también al catolicismo de la época. Como nunca antes, la Iglesia comenzó a acercarse a ranchos, villas miseria, pueblos de frontera y, en pocas palabras, a la Argentina "profunda" que era ignorada por las clases medias de las grandes ciudades: las nuevas diócesis creadas luego de la caída de Perón en las provincias más "subdesarrolladas" del país fueron un neto producto de este cambio de sensibilidad. Vinieron a darle un nuevo aspecto al catolicismo, que recobraba así su poder de atracción, gracias a lo que podríamos denominar una sensibilidad antiburguesa que —desarrollismo mediante— se desplegaría a través de todas esas nuevas prácticas que el catolicismo puso en acción a fin de atraer a los jóvenes, a la par que los alejaba del consumo estandarizado propio de la gran ciudad, y todo lo que esto implicaba. De este modo se fue delineando un estilo de Iglesia Católica en el que pasaron a prevalecer rasgos cada vez más llanos, menos solemnes; en lugar de vistosos ornamentos sagrados y lujosos atuendos, comenzó a reclamarse una mayor sencillez y austeridad en el culto. Lo más visible fue sin duda la tendencia de los sacerdotes a dejar a un lado las anticuadas sotanas, así como también la tonsura, para pasar a adoptar un aspecto más moderno y dinámico, cuya expresión más elocuente fue la utilización creciente del *clergyman* —el moderno traje sacerdotal, con su típico cuello— que se volvió de uso generalizado a mediados de la década de 1960.

[4] Sobre la relación entre catolicismo y peronismo, existe abundante bibliografía. Remitimos a Caimari, L. (1994) *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires: Ariel. También, Lida, M. (2005) "Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 27, pp. 139-148 y Lida, M. (2010) "Catolicismo y peronismo: la zona gris", *Boletín Ecos de la Historia*, Universidad Católica Argentina, 6.

[5] Desde una perspectiva centrada en la historia intelectual, Zanca, J. (2006) *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Todo ello terminó de un modo u otro por provocar una profunda modificación en la imagen tradicional de la Iglesia, solemne, ceremoniosa y rígida hasta no mucho tiempo atrás. Los cambios quedaron condensados en todas las novedades que trajo consigo el Concilio Vaticano II que, en plena década de 1960, vino a *aggiornar* las facetas más anquilosadas de la institución, al menos a primera vista. Y con ello se le abrió el paso a que arraigaran nuevas ideas tanto teológicas cuanto políticas, así como también a que se apelara a estrategias cada vez más innovadoras para atraer al público y, en especial, a los jóvenes, que se acercaron con entusiasmo a un catolicismo que, a fuerza de campamentos, misiones populares y otras tantas actividades parroquiales que desafiaban el tono homogéneo y estandarizado de la sociedad de consumo y de la televisión, lograría un éxito sin precedentes entre la juventud. Los jóvenes, en efecto, se acercaron al catolicismo y arrastraron consigo todo su ímpetu: las canciones de rock y de folklore, las nuevas modas de los años sesenta y también la política, que venía dada por añadidura. El saldo de ello fue la creciente politización de los más variados ámbitos católicos, y su tendencia a confundirse, por momentos, con la radicalización revolucionaria propia de los años finales de la década de 1960: el muy popular Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, de estrechos vínculos con los Montoneros, fue su expresión más elocuente[6].

Sobre esta base, fue imposible que la Iglesia Católica permaneciera a resguardo de las convulsiones de la agitada década de 1970; no pudo permanecer al margen del estallido de la violencia política, de la que no quedó exenta, así como tampoco lo hizo casi ningún otro actor de la sociedad argentina. Tanto es así que las principales organizaciones armadas de los años setenta, el ERP y Montoneros, tuvieron al catolicismo como uno de sus interlocutores, incluso en sus momentos más difíciles; en 1976, cuando la represión militar arreciaba, ambas agrupaciones dirigieron sendas cartas abiertas al clero argentino, con la expectativa de que éste alzara enérgicamente su voz a fin de lograr poner un freno a la represión. La imagen de la Iglesia como cómplice de la dictadura, que tanta fuerza adquirirá en los años que siguieron a 1983, no era para nada nítida, al menos en principio[7]. Y si bien en los tiempos de la dictadura se habló de un cierto renacimiento religioso, que se hacía eco del creciente público que asistió a las peregrinaciones a pie a Luján, entre otras, lo cierto es que el tono de cruzada, tan caro al integrismo heredado de los años treinta, no se hizo oír en el catolicismo de masas de los años "de plomo". Sobre estas bases, la adaptación —luego— a la vida en democracia no resultaría tan traumática para la Iglesia Católica, a pesar de todos los cambios que la década de los ochenta traería consigo en la sociedad, la cultura y la política. Con toda su carga regeneradora, la democracia "perdida y recuperada" no llegó a despertar hondas reticencias ni desconfianzas generalizadas en el seno del catolicismo, no obstante lo poderoso de su pasada tradición integrista a lo largo del siglo XX. Luego de 1984 y, más aún, luego de los levantamientos militares que jalonaron la presidencia de Alfonsín, prácticamente no hubo en el clero voces que osaran poner en duda el consenso democrático. Las pocas que pudo haber habido no alcanzaron eco favorable en la sociedad; por el contrario, fueron hondamente repudiadas. De este modo, pues, el consenso en torno a la democracia se afianzó, aunque a veces a riesgo de mostrarla como si se tratara, casi, de una panacea.

A través del recorrido propuesto a lo largo de la historia del catolicismo argentino en el siglo XX, iluminada a su vez por la historia social, confiamos en poder dar cuenta del modo en que se fue conformando históricamente la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad argentina, así como también las consecuencias políticas que se derivaron de ello. Puesto que la relación entre la Iglesia y la

[6] Martín, J. P. (1992) *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*, Buenos Aires: Guadalupe; Touris, C. (2008) "Sociabilidad e identidad político-religiosa de los grupos católicos tercermundistas en la Argentina (1966-1976)", en Moreyra, B. y Mallo, S. (eds.), *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI,* Córdoba: CEH, pp. 763-783.

[7] Fabris, M. (2011) *La Conferencia Episcopal en tiempos de retorno democrático, 1983-1989. La participación política del actor eclesiástico*, Tesis doctoral, Universidad Nacional de Mar del Plata.

política no se explica sólo por las tendencias y los discursos ideológicos presentes en el seno del catolicismo, de lo que se trata es de comprender cómo circulan socialmente estos mismos discursos y cómo el catolicismo fue procurándose de recursos con el objeto de dar con los más variados receptores dispuestos a escucharlo. De eso se trata esta propuesta, dirigida a sugerir las bases de una historia social y política del catolicismo argentino.

Mesa redonda: “La historia del catolicismo en la Argentina, hoy”

II Jornadas “Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina del siglo XX”, Universidad Católica Argentina, 7 y 8 de octubre de 2010

Panelistas:

Lila Caimari (CONICET- UdeSA) / **Roberto Di Stefano** (UBA- CONICET) / **Carlos María Galli** (UCA)

Coordinación:

Miranda Lida (UCA- UTDT- CONICET)

Miranda Lida (M. L.): Yo simplemente les preguntaría a los panelistas qué les sugiere la consigna con la que hemos denominado este panel: "la historia del catolicismo en la Argentina, hoy".

Lila Caimari (L. C.): Cuando me propusieron ser parte de este panel, me sentí muy halagada y no sabía realmente si era un honor muy merecido, en la medida en que yo he investigado sobre estos temas hace tiempo, y ya hace varios años que no estoy produciendo investigación de base sobre ninguno de los temas sobre los que se ha hablado aquí. Y sin embargo, pensé que —y yo creo que esta era un poco la idea de este debate— a la vez puedo hablar como alguien que se inició en la investigación histórica hace casi ya veinte años en este campo, y se ha ido moviendo hacia otros temas, pero manteniendo siempre un pie y un vínculo con él. He dirigido tesis, he seguido más o menos las publicaciones y vengo regularmente a las reuniones como comentarista para escuchar, para intervenir, etc. Tengo algunas impresiones que mezclan un poco mi propia experiencia de haber sido parte del campo con mi observación un poco más distanciada de su evolución, según yo la veo, sobre todo en relación a otros campos de la historiografía de los últimos años.

Dos palabras de eso para comenzar algo que espero sea un diálogo después entre todos. Lo primero que yo señalaría es lo siguiente: cuando empecé a trabajar sobre mi tesis en los años ochenta, que era sobre el peronismo y la Iglesia Católica, éramos dos o tres personas conversando en cafés sobre estos temas, no había marcos institucionales, no había reuniones periódicas, no había intercambios de la frecuencia y la densidad que tenemos hoy, y sobre todo, la diversidad de inserciones, de contextos que hay ahora, donde hay varios grupos que se reúnen regularmente a discutir trabajos, jornadas como estas y algunos otros grupos que cada año se reúnen para presentar avances de investigación etc. Hay claramente un ámbito muchísimo más articulado, yo creo, y además muchísimo más exigente. No se puede decir cualquier cosa, como era un poco el caso en la época en que yo había comenzado. En parte mi decisión de irme de la Argentina para estudiar lo que yo estaba estudiando tenía que ver con la falta de un marco de control bibliográfico, crítico, de la investigación, que me parece que es algo con lo que ahora pueden contar muchos estudiantes sin ir a ninguna parte.

Además, los dos o tres que nos reuníamos en los cafés hablábamos más o menos siempre de lo mismo, es decir, el espectro temático era muy acotado. Nos interesaban los años treinta y los años cuarenta; nos interesaba una historia muy política de la Iglesia; nos interesaban ciertos grupos de la Iglesia; era realmente un espectro estrecho que estaba vinculado con nuestras preocupaciones muy propias de aquellos años, los años de la transición [democrática]. En contraste, la diversidad temática, el mapa temático y el mapa cronológico del que hace gala cada una de estas reuniones hoy es incomparable. Es algo que uno encuentra no solamente en el campo de la historiografía sobre el catolicismo, sobre la religión o sobre el fenómeno religioso, sino también en otros ámbitos. En este sentido, yo creo que lo que ha ocurrido en este ámbito es parte de un fenómeno mayor: el fenómeno de la profesionalización, la especialización y la gran explosión temática que ha habido, que ha alimentado la complejización de los planteos, el refinamiento creciente de la conceptualización, digamos. Hay un umbral de exigencia que claramente es mucho más alto y que a la vez ha fragmentado enormemente el campo —este campo como otros—. Llegados a este punto, una pregunta que haría es: ¿cuáles serían los centros neurálgicos en este momento, de la discusión? No sé si hay uno; mi intuición es que no, que hay varios, que está muy capilarizado, bastante fragmentado o por lo menos hay centros, discusiones que estructuran ciertas áreas del campo. No es como era en aquel momento, cuando había una gran discusión que organizaba más o menos todo.

Lo otro que quería señalar, y que me parece que es un signo de todo lo que se ha avanzado en estos veinte años, no solamente tiene que ver con la multiplicación de ámbitos donde discutir la historia del catolicismo, sino también con la multiplicación de ámbitos en

los cuales muchos de los que estamos aquí sentados circulamos, por fuera de las reuniones que son propias. Es decir, en mi época no había más que un nicho en el cual discutíamos entre nosotros sin mucha interlocución por fuera; ahora veo también gente con la cual me cruzo en reuniones o talleres de historia intelectual, de historia de género, de historia de la familia, de historia cultural, etc. Puesto que una de las preguntas que nos dieron para comenzar este diálogo era cómo se mide la historia del catolicismo en relación a la evolución de historia cultural, la historia política, etc., yo diría que es una dimensión de todas esas historias, o de buena parte de esas historias. Sin ir más lejos, en la *Historia de los intelectuales latinoamericanos* que acaba de publicar Carlos Altamirano, hay capítulos sobre intelectuales católicos, algo que probablemente era impensable hace no tantos años. En las historias de la familia, que es otro ámbito que ha crecido enormemente, hay siempre atención a la dimensión religiosa. En otras palabras, más allá del campo de la historiografía del catolicismo, la dimensión de lo religioso o lo eclesiástico, según cuáles sean los registros, es parte de otros análisis que no son específicos de este campo, y yo veo allí uno de los signos más importantes de la aceptación, de la relevancia que tienen todas estas cuestiones para la historiografía en general.

Y por último pensaba que con lo rápido que está avanzando el campo, a diferencia de otros que también están avanzando muy rápidamente (de la historiografía cultural, social), éste es un campo que rápidamente encontró a sus historiadores de síntesis ¿no? Me estoy refiriendo al texto que todos conocemos de Roberto [Di Stefano] y Loris [Zanatta]. Es un texto que sale muy temprano, en un momento en el cual el campo está despegando, y que ya ha tenido reediciones. Van a tener mucho trabajo para ir actualizándolo periódicamente, pienso, por la mejor de las razones, en vista de cómo el campo está avanzando.

Roberto Di Stefano (R. D.): Yo diría que unos cuantos años atrás, en los noventa, hablábamos de la historia de la Iglesia y ahora hablamos de historia del catolicismo: yo creo que esto tiene posibilidades y a la vez nos enfrenta a problemas. Por un lado se salió del estudio de las instituciones eclesiásticas -del clero, de las jerarquías, de los obispos, de las cúpulas, etc.- y se abrió una enorme variedad de temas como los que se han visto en estas jornadas. Al mismo tiempo, nos trae problemas conceptuales muy serios ¿no? Uno que se discutió en estas jornadas es a qué nos referimos cuando decimos el catolicismo, los católicos, la identidad católica. Porque yo me acuerdo de un libro clásico de Néstor Auza, *Católicos y liberales en la generación del ochenta* en el que él pensaba a los católicos como los defensores de la posición católica, por ejemplo en oposición a la ley 1420, y los liberales como los defensores de las posiciones laicistas, lo cual presenta un problema porque muchos de los defensores de las posiciones laicistas se decían católicos, y si ellos se dicen católicos, ¿quiénes somos nosotros para decirles que no lo son? Ahí tenemos un problema que no teníamos antes y Lila [Caimari] lo ha señalado muy bien: hoy en día nosotros tenemos un montón de doctores o gente que se está doctorando, tenemos tesis, tenemos una gran cantidad de artículos. Tenemos algo que está ocurriendo y que creo que hemos logrado: que los historiadores en general —ya lo dijo Lila pero lo quiero desarrollar un poquito— cuando se encuentran con la religión no pasen de largo y miren para otra parte, sino que se ocupen del asunto. Esto me parece que es un gran logro.

Me parece que otro logro es que estamos superando la dicotomía entre una historiografía confesional y una historiografía "laica" que corren por cursos paralelos y sin relación entre sí. O sea, el hecho de que en estas jornadas venga gente de universidades católicas y gente de universidades nacionales, donde vienen a presentar sus trabajos quienes se dicen católicos y gente que no tiene nada que ver con el catolicismo y que puede dialogar, que puede hablar de historia; o las jornadas que se hacen en el NOA, con universidades confesionales, con universidades nacionales e incluso con la participación de los obispados de la zona. Me parece que hay aquí una cuestión muy importante porque quiere decir que hemos logrado de alguna manera despolemizar el problema. Porque quienes

estudiamos la religión nos encontramos con un problema muy serio: el que estudia las religiones tiene que comprender la religión, y las religiones tienen de por sí una cierta tendencia natural a la conservación, a ser conservadoras, y es natural que sea así porque tienen el mandato de conservar un mensaje, de conservarlo puro y transmitirlo. Y cuando se habla de religiones, la primera reacción que se suele tener es plantearse si se está hablando a favor o en contra. Ahora, si estamos sentados acá en la UCA hablando todos los que estamos, es porque creo que hemos podido dar pasos importantes en el sentido de decir "no queremos juzgar al catolicismo, a la Iglesia, a la religión", o decir que es buena o mala, sino que queremos comprender qué pasa, comprender la religión en la historia, en la sociedad argentina.

Creo que estamos en un momento muy importante porque, como decía Lila, empezamos con... Digo "empezamos", pero ¿quiénes somos "nosotros"? Es un nosotros que yo pienso desde la pertenencia al mundo de las universidades nacionales, pero nosotros no inventamos nada, en verdad. La historia del catolicismo empezó en el siglo XIX y la continuó Abel Bazán y Bustos en 1915 con el primer libro de historia eclesiástica argentina; y hay además cantidad de producción de historia de la Iglesia a lo largo del siglo XX, incluso una cantidad de producción confesional de altísima calidad. Por ejemplo, el padre [Américo] Tonda era un gran historiador; uno lee la producción del padre Tonda y la encuentra cada vez mejor. Entonces no es el caso de decir, de manera despectiva, "esto es producción confesional, esto lo escribió un cura", no. Yo estudié en Europa, en Italia, donde la historia del catolicismo la hacen historiadores como Carlo Ginzburg, que es alguien que no tiene nada que ver con el catolicismo, que es judío y que sabe muchísimo de catolicismo; y la hace alguien como Giovanni Miccoli que fue durante diez años presidente de la Acción Católica Italiana. Y entre ellos pueden hablar.

¿Por qué digo que estamos en un momento muy importante? Porque creo que esta proliferación ha asumido un poco las formas que tiene [toda] la historiografía hoy, con una fragmentación de los estudios y de cosas —fíjense lo que es el programa de las Jornadas Interescuelas—. Justamente me parece que tenemos el desafío —esto me lo dijo Susana Bianchi hace poco tiempo en Jujuy— de pensar qué conceptos usamos, definir los conceptos que usamos, pensar qué decimos cuando decimos o qué varias cosas decimos —a lo mejor decimos no una, pero varias—. Pero tengamos en claro, por ejemplo, cuando hablamos de secularización qué estamos diciendo, cuando decimos jerarquía qué estamos diciendo, etc. Tendríamos que avanzar un poco en esto y tratar de encontrar algunos hilos conductores que nos permitan reflexionar en común. Yo creo que uno de esos hilos conductores puede ser el tema de la secularización, justamente. Secularización no quiere decir que la religión desaparece, quiere decir que la religión se transforma, se modifica. Entonces nos permite, por un lado, dialogar con otras disciplinas, por ejemplo con los teólogos, con los sociólogos de la religión, etc., y nos permite también tender puentes entre instituciones académicas nacionales e instituciones académicas confesionales. Me parece que estamos en un momento en que tendríamos que empezar a poner atención a este tipo de problemas, para ver qué instrumentos estamos utilizando en nuestro trabajo de investigación cotidiano. Y le dejo la palabra al Padre Galli.

Carlos María Galli (P. G.): Muchas gracias por la invitación, ustedes son historiadores profesionales, yo soy un amateur en la lectura de la historia, me dedico a la teología sistemática y pastoral. A mí me parece muy positivo que haya más historiadores en los diversos centros de diversas instituciones que consideren el catolicismo argentino y latinoamericano. Creo que hay factores de los últimos años que llevaron a dedicar mayor interés. Desde el punto de vista eclesial está la conciencia, dada de un modo fuerte con el Concilio Vaticano II, de que la Iglesia es siempre Iglesia en el mundo: la Iglesia es siempre Iglesia en este mundo, en el mundo, es en la historia del mundo y en el mundo de la Historia. No es nuevo, San Pablo dirige sus cartas a cristianos de distintas comunidades diciendo

que la Iglesia de Dios está en una comunidad social histórica determinada, es el tema teológico y pastoral de la encarnación de la Iglesia en la Historia. Por otro lado creo que con la historia del Concilio Vaticano II, y sobre todo con las reuniones episcopales de Medellín y Puebla, ha crecido la autoconciencia en América Latina. Hemos crecido en conciencia cultural, es decir, de que somos América Latina en la Iglesia. Y en la Argentina, sin duda, ha habido razones para que crezca el estudio, la persistencia y la recreación del fenómeno religioso, en particular del fenómeno religioso popular, de diversas formas, religiosidad, piedad, espiritualidad o mística popular, contradiciendo las tesis de cierta sociología de la modernización que en teoría postulaba el fin de la religión en la sociedad moderna, dado que muchas expresiones religiosas se han mantenido y se han recreado de un modo particular en América Latina.

De tal manera que esto nos lleva al tema de cómo pensar la historia del catolicismo como un objeto integrador de miradas, disciplinas e interpretaciones, articulado con muchas dimensiones de la vida que no es ni proyección, ni alienación, ni ilusión, ni ideología. Y por lo tanto reclama respeto en su propia naturaleza de religión en la Historia, susceptible de muchos diálogos. Y creo que otro aspecto que ayuda es que al mismo tiempo que se dio en la Historia, se dio en la sociología. Acá, es sin duda el papel de la Iglesia en el siglo XX, particularmente después del 30, del 45, del 73, del 76, y luego después del 83, y las relaciones entre la Iglesia Católica y la vida política argentina, de un modo especial la terrible década del 70, lo que ha dado lugar a muchos estudios con interés en las relaciones entre Iglesia y sociedad pero sobre todo Iglesia y política, e ideologías políticas, y fenómenos sociopolíticos. Y al mismo tiempo uno ve que los temas más estudiados son Iglesia y militarismo desde el 30, Iglesia y peronismo, o Iglesia y dictadura o un poco menos, Iglesia y democracia. Creo que esto debería ser más estudiado, pero no solo eso, porque la historia de la Iglesia o del catolicismo no se reduce sólo a la dimensión sociopolítica ni a la esfera del catolicismo y de la Iglesia; debe ser estudiada la historia de la fe, la historia de la evangelización, la historia de la institución, la historia de las expresiones espirituales, religiosas populares, es decir hay un amplio abanico pero sin duda el tema político ha sido un detonante para estudiar las relaciones entre catolicismo y sociedad. En este sentido debemos aprovecharlo.

(Del público, Diego Mauro): Se habló por allí de despolitización, creo que Roberto [Di Stefano] usó el término, y eso me pareció interesante en un doble sentido, no sólo porque en la historiografía de los últimos 20 años los problemas se fueron complejizando, digamos de una historia política de la Iglesia, de pensar la Iglesia sólo como un actor político donde el debate era si era un actor político tradicional o no tan tradicional, se pasó a una historia social del catolicismo donde la política se vuelve a ver, pero haciendo una historia social de la política, es decir, como lo planteaba el Padre Galli, con la idea de que el fenómeno religioso está en relación con las transformaciones de la sociedad, y un poco de eso se trata de hacer una historia social del catolicismo. Porque originariamente un poco la idea era explicar las transformaciones de la Iglesia desde la Iglesia misma, y ahora lo que se está viendo es un abanico de relaciones por las cuales las transformaciones de la Iglesia aparecen también en relación con las transformaciones de la sociedad y eso me parece que permite entradas interdisciplinarias desde diferentes lugares. Y así aparecen la historia de la fe, la historia de las religiones que plantea el Padre Galli que me parece importante, más allá de la cuestión religiosa que implica dinámicas sociales convergentes.

Y lo segundo, mencionar por qué la Historia de la Iglesia encontró un libro de síntesis temprano, y esto me parece una referencia importante que a veces hemos charlado con Miranda, es decir un poco los marcos científicos funcionan oponiéndose. Hay un epistemólogo, Bachelard, que habla de "obstáculo epistemológico" para referirse a cómo funciona la ciencia, y es un poco así: si uno no tiene con qué discutir es más difícil avanzar. Después hay que dejar de discutir y tratar de proponer algo de nuevo. Pero en ese sentido me parece que el trabajo de síntesis de Roberto y de Loris [Zanatta] funcionó contribuyendo a que uno tuviera algo que discutir. Y a partir

de eso, construir interpretaciones nuevas. Eso sin duda contribuyó a dinamizar los últimos diez años por lo menos, a partir de discusiones regionales, locales o discusiones del modelo mismo y del funcionamiento del campo disciplinar. Estas son algunas de las cuestiones que se me ocurrían.

R. D.: Yo aludía a algo que decía ese gran historiador que fue Marc Bloch: los historiadores no somos jueces, no estamos para juzgar a los hombres del pasado y decir si hicieron bien, si hicieron mal, si eran buenos, si eran malos, estamos para comprenderlos; no para justificar lo que hicieron sino para comprender por qué hicieron lo que hicieron y por qué lo hicieron de esa manera. Y me parece que en el caso de la religión tenemos un problema particular, que lo ha señalado muy bien el Padre Galli, y es que nosotros tenemos un objeto de estudio que tiene sus propias lógicas y que hay que conocer; el problema es cuando el historiador se olvida de esto y entonces piensa la Iglesia como un actor político más. Así, se corre el riesgo de no ver o no entender un montón de cosas. O sea, la riqueza en nuestro trabajo pasa por comprender que la religión tiene aspectos sustantivos y aspectos funcionales. Aspectos funcionales quiere decir que funciona de diferentes maneras. La gente hace cosas con la religión: hace política, establece relaciones familiares, estrategias o se organiza, se divierte, aprende, juega, canta, cura… Pero al mismo tiempo la religión tiene una dimensión sustantiva de creencias, de fe, de cosas que uno no puede ignorar. Si uno piensa en un sacerdote que es legislador y piensa nada más en esa persona como político, simplemente porque ocupa un cargo de legislador, no entiende que a lo mejor ese sacerdote está funcionando con otra lógica, y que si yo lo enfoco con el lente de la política no lo voy a entender. Y como nuestro oficio es entender nosotros tenemos que aprender a entender -entender en sentido amplio- no sé si me explico. La Iglesia puede cumplir funciones políticas, la religión también, la ha cumplida millones de veces pero no se agota ahí. Ni es necesariamente la lógica de la política la que la mueve.

L. C.: Agrego algo muy cortito que pensaba en relación a esta cuestión. Es cómo en esta evolución a la que se refirió Diego Mauro recién, hubo un momento en el cual salió esta historia muy política de la Iglesia, del catolicismo, etc. y se fue evolucionando hacia una complejización mayor, se fue abriendo a una historia social del catolicismo que recoge una cantidad mucho más rica de dimensiones. Todo esto es una evolución para celebrar y yo creo que hace justicia al objeto de estudio, como no se hacía hace 20 años.

Pero a la vez la pregunta que yo me hacía era si ahora no había un riesgo de renunciar demasiado rápidamente a la dimensión política, y de dejarla como terreno de investigaciones en sede periodística. No porque me parezca que esos trabajos estén mal en sí, son trabajos de otra naturaleza, pero allí hay algo que creo que los historiadores tenemos que mantener como dimensión, a la luz de la complejidad y de todos los avances del campo, es decir, no sacrificar nada de todo lo que se ha logrado en calidad. Me parece que al hacer del catolicismo una historia social y cultural solamente, hay algo allí de un vacío que quizás se esté dejando, que habría que repensar en la medida en que plantea ciertos riesgos. Algunas de las intervenciones que se hicieron aquí indican que hay gente pensando en estas cuestiones.

Y por último, cuando comencé diciendo que éramos tres o cuatro, por supuesto que me refería a los investigadores de las universidades nacionales, hace 20 años. Estábamos en un momento en el cual un tipo de diálogo como éste era difícil de concebir y yo celebro que estemos aquí reunidos hablando de estas cosas. En aquel momento había distancias muy grandes, no es algo de lo que me enorgullezca, pero lo cierto es que era pensado de esta manera y creo que hemos recorrido un largo camino, muy productivo.

R. D.: Una cosita acerca de esto que vos decías de la política. Lila escribió hace no mucho tiempo un artículo sobre Leonardo Castellani. Muchas veces se habla de Castellani como de un cura nacionalista y se lo ve desde una óptica política, pero Lila muestra al Castellani escritor, al Castellani que, de todos esos curas nacionalistas que estaban dando vueltas por ahí, era el más religioso, escribía teología, traducía la suma teológica de Santo Tomás. Y si uno no tiene en cuenta todo eso, no entiende a Castellani.

P. G.: En la misma línea de buscar miradas integradoras a través del diálogo interdisciplinario quiero decir dos cosas, una sobre el tema historia del catolicismo e historia de la Iglesia: me parecen dos expresiones válidas y que debemos respetar, mantenerlas y enriquecerlas. A veces la expresión "historia del catolicismo", por lo que leo, tiende a evitar que la consideración del catolicismo se reduzca solamente a la institución eclesial, y particularmente a sus jerarquías. Ahora bien, desde el Concilio Vaticano II se entiende a la historia de la Iglesia como la historia del pueblo de Dios, y no sólo de su jerarquía. Esto podemos hacerlo en los últimos 50 años porque se ha renovado la autocomprensión de la Iglesia. En mi modo de ver, el laicado es un concepto teológico y se puede usar en singular, pero desde el punto de vista social-histórico existen "los laicos", "las laicas", "los laicados": es muy diversificado. Pensemos la pluralidad de posiciones políticas en el laicado argentino, pasado y presente. Me parece un horizonte interesante, no para leer con categorías anacrónicas momentos del pasado, del país o de la Iglesia pero sí para tener un horizonte amplio cuando hablamos de historia de la Iglesia hoy.

El estudio de la Iglesia en el post Concilio llama a trabajar con todo el rigor del método histórico fundado en fuentes documentales. Pongamos dos ejemplos. Cuando Miranda Lida analiza el Congreso Eucarístico de 1934, sus causas o diversos factores, sin duda enriquece la mirada de un acontecimiento histórico complejísimo, con lo que dice del fenómeno urbano en Buenos Aires o de la inmigración en Buenos Aires. O bien cuando Roberto Di Stefano mira el clero en las décadas decisivas del siglo XIX, me enriquece mucho ver todos los factores familiares, sociales y económicos que tenían que ver con la vocación sacerdotal. Uno también podría pensar el crecimiento en el clero diocesano en los años 70 y 80, qué factores sociales, culturales y políticos influyeron para que crezcan tanto las vocaciones sacerdotales en mi generación. Esto a mí me parece importante decirlo porque debemos buscar cruces u horizontes hermenéuticos de diálogo con diferencias y con encuentros que respeten el método y el lenguaje de cada disciplina.

R. D.: Creo que lo que nos falta es debate. Estamos un poco en una enfermedad contemporánea. En el pasado, hubo grandes debates, pero hoy los historiadores discuten poco, tienden a crearse una quintita, "esta es mi quintita y no se metan en mi quintita y yo estudio el sacerdote tal de tal orden, tal cuestión y del resto no sé nada". Parece que los grandes relatos son necesarios y discutir grandes relatos es imprescindible. Por eso a mí me parece que — aunque está mal que lo diga yo, porque fui unos de los autores— que el libro *Historia de la Iglesia argentina* ofreció un gran relato. Pero como decía Diego [Mauro], el libro permitió que se discutieran un montón de cosas. Parece que los argentinos o nos escuchamos sin opinar, o si no, nos tenemos que pelear; nos falta cultura del diálogo, que permita decir, bueno "yo pienso esto y lo fundamento, pero otro no está de acuerdo con eso y lo argumenta". O bien, discutir por escrito, establecer debates por escrito.

L. C.: Esto lo he pensado muchas veces y lo he discutido en otros lugares a propósito de otros campos temáticos. Creo que es un fenómeno que tiene que ver con lo argentino, pero también es un fenómeno de nuestros tiempos. Porque cuando nosotros estábamos

empezando a escribir nuestras primeras cosas quizás uno escribía con más riesgo, con más audacia, por pura inconsciencia; uno se largaba a decir cosas y tomaba ciertos riesgos.

Me parece que para la generación actual —y en esto contradíganme, no lo sé— lo que yo observo es que por las mismas buenas razones por las cuales hay una política de subsidios y de becas que permite que tantos estudiantes puedan hacer sus doctorados en condiciones razonables, en los últimos 15 o 20 años esto mismo también pone a veces límites a las posibilidades de disidencia. En la medida en que, por ejemplo, contradecir tu idea [de Roberto Di Stefano] de la "Iglesia colonial" puede tener un costo; hay un temor a la penalización de esa disidencia en una futura evaluación, en un jurado de tesis, en un comentario en un congreso etc. Entonces yo lo que creo es que hay mucha más disidencia soterrada, disidencia que no es explicitada, hay una gestualidad…

R. D.: De pasillo.

L. C.: … hay más disidencia de la que quizás nos atrevamos a nombrar, un poco por estas razones. El mismo campo que se supone debe estimular nuestra capacidad crítica, y nuestra capacidad de disidencia, a la vez está poniéndole un límite en la medida en que esa disidencia puede tener consecuencias muy concretas en algunos casos. Es algo que yo he hablado muchas veces con mis estudiantes. En un contexto general que me parece sumamente positivo, de crecimiento, de producción, etc., yo tiendo a alentar la audacia y a tomar ciertos riesgos informados, en pos de cierta creatividad intelectual. No la acrobacia disparatada, pero sí cierta creatividad intelectual: usar las tesis para decir algo y no simplemente para bordar alrededor de lo que ya dijo otro, y recostarse sobre la autoridad. Desaliento la tesis timorata, que me parece que es un riesgo que hay en este momento; hay un crecimiento de datos, de saber puntual. Tiene que ver un poco con la naturaleza de los historiadores; tendemos a ser un poco más conservadores a veces. En mis diálogos con críticos literarios, con sociólogos, hay cierta audacia que a veces a mí me parece demasiado disparatada, pero que en todo caso me parece interesante y que a veces echo un poco de menos en nuestra disciplina. Creo que es parte también del momento; está ocurriendo en otros campos, y no solamente en el campo de lo religioso.

R. D.: Para terminar. En un libro sobre historia cultural, [Roberto] Pittaluga dice que "hay una dinámica de la generaciones de historiadores, en la que los hijos matan a los padres y después los nietos los recuperan un poquito, los recuperan en parte". Esto le falta a la historiografía de Argentina de este momento y a este campo en particular: que vengan hijos que maten a los padres y después los nietos los recuperen un poquito…

Idea: Miranda Lida- Diego Mauro- Luis Alberto Romero

Edición: Rocío Guadalupe Sánchez- Miranda Lida

DOSSIER

"Cine y política"

Clara Kriger (ed.)

Elina Tranchini
Cine e historia: Visiones fílmicas de la Revolución Rusa.
Desde su conmemoración hasta la Guerra Fría y después del colapso

Lior Zylberman
No tocar a la mujer blanca: la sátira como cine político

Alejandra Rodríguez
La trama, la historia y la política en *El último malón*

Maximiliano Ignacio de la Puente
Cine Militante argentino contemporáneo: Una introducción

María Elena Ferreyra
Memoria documental sobre la dictadura en Argentina.
Políticas de la mirada en el cine documental cordobés

Paola Margulis
Una mirada en transición. Un análisis del film *Cuarentena. Exilio y regreso*, de Carlos Echeverría

Pablo Piedras
Modos de explicar el mundo histórico en documentales argentinos de las últimas décadas

"Cine y política"

Edición y presentación: Clara Kriger[□]

(UBA- UTDT)

Durante mucho tiempo los estudios sobre cine y política en Argentina se volcaron, en su gran mayoría, a las producciones fílmicas generadas por los grupos Cine Liberación y Cine de la Base en los años sesenta y setenta. Pino Solanas, Octavio Getino, Gerardo Vallejos y Raymundo Gleyzer fueron el epicentro de una buena cantidad de ensayos y artículos que relevaron sus trayectorias, su paso por los festivales internacionales, las concepciones teóricas que pusieron en circulación y las propuestas estético-políticas que marcaron sus creaciones.

En los últimos años el crecimiento exponencial de la publicación de ensayos y artículos sobre cine favoreció que se ampliara el área de debates sobre el vínculo entre las producciones fílmicas y la política. En la búsqueda de nuevas fuentes la atención se volcó, por lo general, sobre las películas realizadas después de la dictadura, aunque es posible hallar investigaciones que se ocupan de las producciones argentinas de la primera mitad del siglo XX y de películas de otras cinematografías.

Este dossier se propone una mirada hacia esas nuevas zonas de debate donde se constituyeron objetos de investigación atravesados por los estudios de la memoria y las indagaciones sobre la representación y sus límites. En ese sentido, las preguntas que se hacen los investigadores se dirigen a pensar las formas que asumen los filmes y los sentidos que despliegan, así como sus consecuencias éticas y políticas. Por otro lado, se observa una intensa reflexión sobre la trama compleja que se teje entre las imágenes y el mundo histórico. En esos casos el análisis se esfuerza por mostrar las marcas de construcción de los relatos históricos y la confección de sistemas de verosimilitud narrativa que sostienen esos andamiajes.

Se presentan aquí artículos que dan cuenta de trabajos de investigación en proceso, tanto en el caso del texto de la Dra. en Historia Elina Tranchini, que cuenta con una larga trayectoria en la producción de trabajos centrados en los ricos vínculos entre el cine, la historia y la política, como en los demás artículos de este dossier, que expresan la producción de una nueva generación de investigadores provenientes de carreras de maestría y doctorado en distintas universidades del país.

En un primer tramo se ofrecen análisis de películas extranjeras. Elina Tranchini desarrolla un análisis comparativo de cuatro películas que constituyen muy diversas representaciones sobre la historia de la Revolución Rusa. Así, en el artículo observamos la articulación de formas y discursos en cuatro obras realizadas en diferentes épocas y cinematografías: *Octubre, Reds, Doctor Zhivago* y *El*

□ Es Doctora en Historia y Teoría de las Artes por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente e investigadora. También es profesora en la Universidad Torcuato Di Tella y dirige la Concentración de Cine del programa de estudios en el exterior de IFSA-Butler University en Buenos Aires. Desde 2010 es Presidenta de la Asociación Argentina de Estudios de Cine y Audiovisual. Dictó cursos de posgrado en FLACSO, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación de la Universidad Nacional de La Plata y en la Maestría en Estudios de Teatro y Cine Latinoamericanos y Argentinos de la Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es autora de *Cine y Peronismo: El estado en Escena* (2009), y coautora de *Miradas desinhibidas. 2000/2008 El nuevo documental iberoamericano* (2009) y de *Cines al margen: Nuevos modos de representación en el cine argentino contemporáneo* (2007), entre otros.

arca rusa. El trabajo muestra que las elecciones estéticas o narrativas se constituyen en herramientas que sirven para mostrar y también para ocultar distintas perspectivas de los procesos sociales y políticos.

Lior Zylberman presenta el análisis de una película italiana de ficción del director Marco Ferreri que se centra en la batalla de Little Big Horn y en la figura del Teniente Coronel Custer. El texto identifica formas posmodernas en el cine histórico, que utilizan técnicas de deconstrucción de los géneros cinematográficos en función de promover una reflexión sobre el presente.

Los restantes artículos del dossier giran en torno al cine argentino. Alejandra Rodríguez aborda el estudio de un inusual filme argentino, *El último malón,* de Alcides Greca, realizado en 1917. El artículo es un innovador trabajo de microhistoria que estudia las transformaciones sufridas por el filme a lo largo del tiempo y conjetura sobre las causas políticas de dichos cambios. A su vez, analiza detalladamente la (re)construcción de la sublevación mocoví que tuvo lugar en 1904, destacando sus singularidades formales y su activa discursividad política.

Luego Maximiliano de la Puente propone un exhaustivo relevamiento del actual universo de cine militante local, que resurgió con intensidad acompañando los conflictos sociales acaecidos en 2001. El autor señala los postulados básicos de los "colectivos de cine social y político" y sus filiaciones con el cine militante de los años sesenta, explica sus dinámicos modos de funcionamiento, y las relaciones que entablan con el Estado y con la sociedad.

Finalmente María Elena Ferreyra, Paola Margulis y Pablo Piedras se ocupan del documental político cuyas historias refieren a lo actuado por el terrorismo de Estado en Argentina. Entre estas películas que documentan, hacen duelo y construyen memoria, la investigadora María Elena Ferreyra selecciona en su artículo un corpus de documentales realizados en Córdoba entre 2006 y 2010. Son filmes que no tuvieron una circulación nacional, que hablan de experiencias locales y encuentran en el público un eco interesante. El artículo indaga en sus estrategias formales basadas, por un lado, en testimonios orales, en la imaginación de lo recordado y también en imágenes de restos humanos con señales de tortura como prueba de verdad. A partir de allí surgen las reflexiones ligadas a la construcción de la "memoria visual", su dimensión estética y ética, y su diálogo con los relatos de la historia.

Finalmente, los artículos de Paola Margulis y Pablo Piedras proponen un recorrido por el cine documental argentino realizado desde la apertura democrática, pero colocan su foco de atención en distintos períodos y autores. Paola Margulis examina la producción documental argentina de la década del ochenta que, en términos generales, se dedicó a reflexionar y rever el pasado. En el corpus documental de la post-dictadura, la autora distingue la existencia de un grupo de filmes que apuestan a establecer relatos explicativos sobre extensos períodos de la historia argentina y otros que se enfocan en el pasado reciente. Entre estos últimos pone en primer plano la película *Cuarentena. Exilio y regreso,* donde el realizador Carlos Echeverría representa y construye el proceso de transición democrática de la mano de las experiencias de Osvaldo Bayer a su vuelta del exilio.

Por su parte Pablo Piedras profundiza en algunas propuestas de los años noventa, entre las que destaca algunos documentales en primera persona. El autor vincula esta modalidad de representación al impacto que tuvieron sobre el género documental (como sobre las ciencias sociales) tanto el denominado "giro lingüístico" como el posterior "giro subjetivo". Según el autor, es posible constatar en estos documentales recurrentes usos de la reflexividad y de la performatividad, mientras el referente real y la historia pública permanecen como un territorio secundario o marginal pero presente.

Cine e historia: Visiones fílmicas de la Revolución Rusa. Desde su conmemoración hasta la Guerra Fría y después del colapso

Por Elina Tranchini*

(UNLP- UNSAM)

Resumen

El artículo analiza las relaciones entre cine y política con referencia a las varias y diversas representaciones cinematográficas de la historia de la Revolución Rusa. En cuatro films de diferentes épocas y cinematografías se examinan comparativamente algunas cuestiones referidas a la narratividad cinematográfica presentes en los debates actuales acerca de las relaciones entre cine e historia: primero, el problema de la representabilidad y de los límites éticos de la representación; segundo, la cuestión de la verosimilitud.

Palabras clave: Cine- Revolución- Verosimilitud- Eisenstein Sokurov

Summary

The article analyzes the links between cinema and politics with reference to the diverse cinematographic representations about the history of the Russian Revolution. It describes four films of different periods and cinematographies and it examines comparatively some questions referring the filmic narrativity presents in contemporary debates about history and cinema studies. First, the problem of representability. Second, the question of verisimilitude.

Key words: Cinema- Revolution- Verisimilitude- Eisenstein Sokurov

* Es Socióloga (UNLP), Psicóloga (UNLP), MS en Ciencias Sociales FLACSO, MS en Análisis Cultural y Sociología de la Cultura (UNSAM), Dra. en Historia (UNLP). Desde 1995 se desempeña como profesora de Sociología General en la Universidad Nacional de La Plata, donde también dicta Sociología del Cine y coordina el Taller de Investigación en Semiología e Investigación de las Producciones Culturales. Sus temas de investigación son la teoría social cultural, la historia de las ideas y del pensamiento social, la sociología visual, la sociología del cine, los estudios sobre cine e historia. Entre sus publicaciones se encuentran: "El cine argentino y la construcción de un imaginario criollista", "Imágenes rurales y nuevas identidades en el cine argentino reciente"; "*El imaginario literario argentino sobre el mítico Sur en el road movie patagónico"; y Romance Quarterly. Vol. 57, Issue 4. Special Issue: Mas allá de la adaptación: nuevos diálogos entre el cine latinoamericano y la literatura.* Taylor & Francis. Agosto 2010.

FECHA DE RECEPCIÓN: 10/06/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 28/10/2011

Introducción

"Hoy nace una humanidad nueva". "Se abren ante los obreros de Rusia horizontes que la Historia jamás ha conocido… No hay fuerza en el mundo que pueda apagar la llama de la revolución. El viejo mundo se hunde, el nuevo empieza".[1] La cita de las palabras de Trotsky y de María Spiridonova es de 1917 y forma parte de las crónicas con que el socialista norteamericano John Reed cubría los hechos revolucionarios para el diario neoyorkino *Metropolitan Magazine*. Otros periodistas y reporteros hacían lo suyo y sus relatos extremos parecían demostrar que la revolución destruía los últimos vestigios del conservadurismo. En su libro *Ten Days that Shook the World,* Reed relataba los sucesos ocurridos en Rusia entre febrero y octubre de 1917, la caída de Kerensky y el triunfo final del sector bolchevique, y describía detalladamente la atmósfera optimista y el imaginario social incontenible de la revolución, plasmando, en palabras de Lenin, "un cuadro exacto y extraordinariamente vivo de los acontecimientos". Periodista, educado en Harvard, compañero de Lenin en la Rusia de 1917 y de Pancho Villa en el México de 1920, Reed perteneció a una generación que creció sacudida por los cambios radicales de todo tipo que el siglo XX introducía: políticos, sociales, económicos, culturales y tecnológicos. Su libro inspiraría dos de los films épicos que narrarían la historia de la Revolución Rusa, *Octubre* y *Reds*.

El artículo analiza las relaciones entre cine y política con referencia a las varias y diversas representaciones cinematográficas de la historia de la revolución de Octubre. Se examinan cuatro films de diferentes épocas, géneros, y cinematografías. *Octubre*, de Sergei Eisenstein, fue un film de propaganda bolchevique conmemorativo de los acontecimientos de 1917. *Doctor Zhivago* del británico David Lean, es un film del Hollywood de la Guerra Fría de la época de comienzos de la guerra de Vietnam. *Reds* de Warren Beatty, también un film de Hollywood, es contemporáneo al endurecimiento de la Guerra Fría y a la exacerbación anticomunista de parte del neoconservadurismo y los inicios de la Reagonomics. *El arca rusa* de Aleksandr Sokurov, vuelve a los orígenes, aunque sin olvidar el decurso y la influencia de la Guerra Fría. En tanto el film de Sokurov es un film de reflexión y ensayo histórico, los otros films pertenecen al género épico. *Octubre* es una épica documental sobre el pasado reciente de la Rusia soviética. *Doctor Zhivago* y *Reds* sostienen la épica a través de una narrativa ficcional melodramática. Los cuatro films coinciden en constituir pasajes desde la literatura. *Octubre* y *Reds* son transposiciones al cine del libro de Reed ya mencionado. *Doctor Zhivago* es la adaptación de la novela del escritor ruso disidente Boris Pasternak. *El arca rusa* es el pasaje al cine del libro de Astolphe de la Custine, *La Russie en 1839.* Los cuatro films comparten algunos escenarios. *Doctor Zhivago* y *Reds* utilizaron como escenario los paisajes españoles y la estación madrileña de ferrocarril de las Delicias. *Octubre* y *El arca rusa* fueron filmadas en lo que fuera el Palacio de Invierno de los zares, lugar donde parte de la revolución tuvo lugar. Más allá de las coincidencias, la selección de los films se orienta a reflexionar sobre las formas en que los procesos políticos ocurridos al amparo de la Guerra Fría y de la consolidación de la hegemonía de los Estados Unidos en el mundo han impactado en las narrativas cinematográficas de los hechos históricos, en las visiones y debates sobre estas narrativas, en las formas y las particularidades en el nivel representacional. Permite la reconstrucción del campo intelectual cinematográfico sobre la Revolución Rusa en relación a un eje histórico en el que se articulan la historia política, la historia de los procesos culturales, cine y literatura, y la historia de las formas de la representación.

En mi análisis considero dos de las cuestiones referidas a la narratividad cinematográfica presentes en los debates actuales sobre las relaciones entre cine e Historia. La primera cuestión refiere a la verosimilitud y al reclamo por la verdad de los hechos históricos, a la crítica a los films históricos por el contenido más o menos acertado de verdad descriptiva o explicativa de los hechos

[1] Trotsky y Spiridonova, citados en, Reed, J. (1973), *Diez días que conmovieron al mundo*. Buenos Aires: CEAL, p.156.

históricos representados. En el cine la verosimilitud es la estrategia de creación artística que construye las condiciones de congruencia y credibilidad para que el film sea entendido por el espectador, que lo haga pensar que las cosas pudieron haber sido así. La verosimilitud se logra a través de la composición del plano mediante la puesta en escena, que abarca el trabajo con decorados de época, vestuario, caracterización de los personajes, elementos de *attrezzo*.[2] En el film la verosimilitud sustituye a la verdad de los hechos históricos reales, pero sólo en el film. Sin embargo, es frecuente que el espectador ignore ese pasaje de sustitución, y que la verosimilitud sea confundida con lo que podríamos denominar la contrastabilidad de los hechos históricos narrados cinematográficamente. En tanto la veracidad refiere a la verdad o falsedad de los hechos reales narrados, la verosimilitud refiere únicamente a la verdad de los hechos tal como son representados en el plano fílmico y no soporta la contrastación. La segunda cuestión se vincula estrechamente con la primera y refiere al problema de los límites éticos de la representación histórica, a los trastornos derivados de la representación de ciertos hechos históricos atroces e inhumanos cuya comunicación a través de un discurso figurativo, trátese de la literatura o de la imagen, se ha vuelto éticamente repulsiva.[3] A qué sucede cuando la verdad histórica es tan inadmisible que la verosimilitud fílmica se vuelve insoportable y la comunicación repele la representación. En la dirección de estos planteos y debates reviso las formas en que el cine ha construído un verosímil prototípico de la Revolución Rusa y también por extensión, de los procesos ideológicos y acciones revolucionarias a ella vinculados, y cuáles límites y escotomas ha encontrado en su representación.

La revolución narrada a través del montaje

Con la revolución de 1917 el cine, ya ampliamente difundido entre la población urbana de la Rusia zarista, pasa a ser considerado por el gobierno bolchevique como un medio de propaganda política sumamente útil para la difusión de los principios revolucionarios entre un público espectador formado por analfabetos y que hablan una cantidad diversa de dialectos e idiomas. Lenin valoraba especialmente el hecho de que el cine conjugara su condición de silente con una fuerte potencialidad visual, combinación que intuía educadora política de las masas. Por esa época se multiplican los proyectos cinematográficos para llevar a la pantalla tanto los hechos de la revolución como los principios del marxismo, su musa teórica inspiradora. A mediados de 1927 el Palacio de Invierno se convierte en escenario y set de filmación de *El fin de San Petersburgo* de Vsevolod Pudovkin, y de *Octubre*, ambos films conmemorativos de la revolución. *Octubre*, *La huelga*, de 1924, *El acorazado Potemkin,* de 1925, *Lo viejo y lo nuevo o La línea general*, de 1929, y *Las praderas de Bezhin*, de 1937, forman la serie de films en los que Eisenstein reconstruyó el proceso revolucionario. Otros films quedaron en el tintero, como el proyecto fílmico de ocho episodios que se llamaría *1905,* que sería dirigido por Eisenstein con guión de Nina Agadzhanova-Shutko. Tanto Eisenstein como Mikhail Kaufman, hermano menor de Dziga Vertov, elaboraron bocetos para llevar al cine la obra maestra de Karl Marx, *El Capital*.[4]

[2] Sobre la verosimilitud en el cine histórico, Ortiz, A. y Piqueras, M. J. (1985) *La pintura en el cine. Cuestiones de representación visual.* Barcelona: Paidós.

[3] Una exposición de las diferentes opiniones del debate en, Friedlander, S. (comp.) (2007), *En torno de los límites de la representación. El nazismo y la solución final*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes; Sontag, S. (2007). *Sobre la fotografía*. Buenos Aires: Alfaguara; y de la misma autora (2005), *Ante el dolor de los demás*. Buenos Aires: Alfaguara.

[4] Sobre los proyectos para filmar *Das Kapital,* véase, Kluge, A (2010), *120 historias de cine.* Buenos Aires: Caja negra. Y del mismo autor (2008), *Nachrichten aus der ideologischen Antike / Eisensteins Kapital.* Berlin: Surkamp. 3 DVDs.

Los cineastas exponentes del formalismo ruso, Lev Kuleshov, Alexander Dovzhenko, Pudovkin, Eisenstein, cuestionan la estética del realismo socialista y realizan un cine basado en la experimentación formal, influídos en lo político por el marxismo y en lo científico, por la reflexología y el conductismo. Están deslumbrados por las posibilidades del cine y se reconocen admiradores de la técnica de composición analítica de los planos del cine del estadounidense David Griffith y fascinados con su fresco histórico *Intolerance*. En el caso particular de Eisenstein la preocupación por llevar a la pantalla los procesos sociales de la Rusia contemporánea a la revolución, coexiste con la experimentación de las posibilidades de representar fílmicamente los aspectos ideológicos, la conciencia social y revolucionaria y la lucha de clases concebidos en los términos de la teoría marxista. En sus films la conciencia social es representada en su crecimiento, en proceso, en movimiento, a desarrollar como conciencia de clase mediante la acción revolucionaria. La herramienta a utilizar será el montaje en sus variantes de montaje de atracciones y montaje intelectual, y que en los Estados Unidos Griffith estaba utilizando magistralmente para construir narraciones fluidas en las que se privilegiaba el ´raccord´ y la ´smoothness´.[5]

La obtención de verosimilitud fílmica es inseparable del logro del ´raccord´. Desde la época del cine de Griffith, el ´raccord´ supondrá la coordinación de los movimientos y detalles que afectan a la continuidad entre un plano y el que le sigue, de modo que el paso de uno a otro se le aparezca al espectador como imperceptible y le recree la ilusión de ver un fragmento de acción continua y sin interrupciones. Al asegurar el orden de las personas y de las cosas tal como son vistas en el mundo real, la percepción de una continuidad suave y armónica (smoothness´) entre los planos colaborará para producir en el espectador la ilusión de verosímil. Cuando a través del ´raccord´, que asegura la continuidad perceptiva, se combinan fragmentos narrativos de tiempo y espacio del guión que aparecen trabajados como una continuidad narrativa, hablamos de ´découpage´, de una combinatoria de planos, cambios de encuadre y secuencias, que opera resignificando el espacio discursivo.[6] Entre los primeros formalistas rusos, será Pudovkin quien eluda el aspecto disruptivo del montaje en aras de privilegiar una retórica de continuidad obtenida mediante el uso del ´raccord´. La escena de la madre blandiendo en medio de una manifestación la bandera que antes llevara su hijo Pavel, asesinado por los cosacos zaristas, en el film *La madre/ Mat'*, es tal vez la más emocionalmente disruptiva en la historia del cine político. En el film, basado en la novela de Máximo Gorki, la imagen de la madre alzando la bandera y continuando la lucha constituía una alegoría visual de complejidad semántica inaudita, representando con verosimilitud procesos teóricos marxistas, tanto el pasaje de la conciencia social a la conciencia revolucionaria como la inseparabilidad entre conciencia política y valores privados.

Eisenstein preferiría el montaje disruptivo, ya que consideraba que el montaje era la herramienta básica de todo cine revolucionario, constructor de sentido, el soporte fílmico para la reconstrucción de la Historia, y la metáfora cinematográfica para la representación fílmica del conflicto. En el montaje la sucesión en la presentación de los planos debía ser cronológica, hecho que permitía una narración cinematográfica del tiempo histórico que resultara verosímil en sus términos kantianos. Asimismo el montaje posibilitaba tanto que se enfatizaran las rupturas sociales y oposiciones dialécticas, como que se perturbara perceptivamente al espectador, provocándole un shock emocional. En esta dirección, *Octubre* es un despliegue de representación y montaje disruptivo. Desde el punto de vista histórico es una suerte de compendio, de manual de historia de la revolución. La película sigue cronológicamente los hechos acontecidos presentando primero la situación social y política en el momento anterior al estallido revolucionario, mostrando después la

[5] Sobre la influencia del cine de Griffith en el cine soviético, véase, Sánchez Biosca, V. (1996) *El montaje cinematográfico. Teoría y análisis.* Barcelona: Paidós.
[6] Véase, Burch, N. (1970) *Praxis del cine*. Madrid: Fundamentos; Sanchez Biosca, op.cit.

llegada al poder del gobierno provisional, las jornadas de julio en la plaza del Palacio de Invierno, las tensiones entre Kerensky y Kornilov, para finalmente concluir con el triunfo de los bolcheviques y su posterior división en dos facciones.

Octubre fue un film contemporáneo, un film sobre la historia reciente, casi documental, realizado a pedido de Stalin, que por entonces era Secretario del Comité Central del Partido Comunista, para conmemorar el décimo aniversario de la revolución. La filmación duró una semana de octubre de 1927, tiempo en el que Eisenstein obtuvo 29 horas de rodaje, y tuvo lugar en Leningrado con la codirección de Grigori Alexandrov. El período de montaje coincidió con la expulsión definitiva de Rusia de Trotsky de parte de Stalin, y estuvo atravesado por las presiones de la censura estalinista, que ordenó la supresión total de las escenas en que aparecía Trotsky y difundió el rumor de que Eisenstein y su director de fotografía Alexandrov pertenecían a la oposición trotskysta. Una segunda versión fue censurada por poca verosimilitud y exceso de formalismo. La tercera versión se montó en doce días y se estrenó finalmente en el Teatro Bolshoi en marzo de 1928 con un completo fracaso de público. Un disgustado Eisenstein se enfermó de ceguera temporal, agotado por el esfuerzo visual de edición, desanimado ante las limitaciones estéticas y de representación que la censura estalinista le imponía, activo sin embargo para superar los obstáculos que su cine encontraba en desarrollar una teoría social expresada en registros fílmicos.

Eisenstein representa a la revolución combinando verosimilitud con formalismo, y poniendo el montaje y las secuencias entre planos al servicio de la representación de aspectos figurativos. Las coreografías épicas, marchas, manifestaciones, luchas, corridas, persecuciones policiales, masacres con bayonetas, recrean el verosímil de la revolución. Aunque Eisenstein logra evitar el melodrama a través de la puesta en cine de personajes colectivos, el proletariado en *Octubre*, o de personajes individuales interpretados por actores no profesionales y sin experiencia previa en la actuación, tal el caso de Lenin personificado en el film por un obrero, incluye sin embargo topoi de crueldad que se repiten a lo largo de su cine, imágenes de cuerpos pisoteados, linchamientos, madres con hijos masacradas por la policía zarista. También algunos que conmueven al espectador de entonces y que el espectador de hoy percibiría como irrepresentables, caballos fracturados delante de la cámara y arrojados al vacío desde los puentes de Petrogrado. Las alegorías, ricas y complejas, son trabajadas en planos sucesivos a través de la técnica del montaje intelectual. La estatua del zar, metáfora de la opresión y de lo viejo, se derrumba en pedazos, pero se autorreconstruye ante el intento de contrarrevolución. Un pavo real, autómata de oro, regalo del príncipe Potemkin a Catalina la Grande, que mueve la cabeza y abre rítmicamente las plumas mecánicas de su cola, es la alegoría de la continuidad de la arrogancia del zarismo que persiste en la artificialidad de la burocracia reformista de Kerensky.

Melodrama y ´miedo rojo´ en el cine de Hollywood

Entre 1964 y 1982 *Doctor Zhivago* y *Reds* articularon la narrativa de la larga duración característica de la mejor épica clásica hollywoodense, con el cuidado extremo de la continuidad en la narración y de la representación verosímil de la vida cotidiana y las clases de la Rusia de la época de la revolución. Ambos films incluyen una ambientación histórica detallada que recrea la ilusión de veracidad, y en ellos la visualización de los hechos narrados produce un efecto de realidad de la imagen fílmica que legitima la representación histórica.[7] En plena época de "miedo rojo" y fervor anticomunista la producción de este efecto de realidad supuso una operatoria política

[7] Sobre el "efecto de real" en la historia y la literatura véase Barthes, R. (1968), *Lo verosímil*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.

de recrear sentimientos de pánico y evitación instalando en el espectador una atmósfera de ambivalencia, deslumbramiento, exotismo, angustia, temor y rechazo ante los hechos revolucionarios y sus efectos y consecuencias.[8]

Fue *Zhivago* el film que construyó una iconografía fílmica prototípica de la Revolución Rusa, con un verosímil de época acabado y provisto de refinamiento, con personajes vestidos con abrigos y gorros de pieles que enfrentan vientos gélidos y bellísimos paisajes helados, o que trabajan la tierra en campos veraniegos cubiertos de girasoles. Debido a la falta de permiso para filmar en los escenarios naturales de Rusia, el director Lean, que había dirigido varias superproducciones épicas importantes como *El puente sobre el río Kwai* y *Lawrence de Arabia*, y el productor Carlo Ponti decidieron rodar en España, en particular en Madrid, en Candilichera, Soria, en Granada, en Sevilla, en Salamanca, cuyos paisajes recordaban a los de las estepas y cordilleras rusas.[9] Miles de extras españoles desfilaron por las calles de Madrid y de Soria cantando la Internacional rodeados por una preocupada policía franquista. En 1956, *War and Peace* (*La guerra y la paz)*, de King Vidor, en base a la novela homónima de Tolstoi, también producida por Carlo Ponti en colaboración con Dino De Laurentis y la Paramount, había sido filmada enteramente en los estudios de la Cinecittá. Cinco años después de *Doctor Zhivago*, en 1970, *I girasoli (Los girasoles de Rusia*) de Vittorio de Sica y producida por Ponti tendría como escenarios las estepas de Ucrania y de Rusia.

Doctor Zhivago transpone al cine la novela homónima de Boris Pasternak que se sitúa en la línea de la literatura de Tolstoi, con una narrativa panorámica y polifónica, y que es un fresco de la propia vida trágica de Pasternak como intelectual acosado por las restricciones, la censura y la amenaza de las purgas estalinistas a artistas e intelectuales. Prohibida en Rusia, en 1957 fue publicada en Italia por Fetrinelli y llevó a Pasternak a obtener el premio Nobel de Literatura de 1958, al que se vió obligado a renunciar. Después de su muerte en 1960, su tercera esposa Olga Ivinskaya y su hija, inspiradoras de los personajes de Lara y Katya, fueron arrestadas y condenadas a trabajos forzados en el Gulag pero liberadas en la época en que comenzó el rodaje del film.[10]

La trama del film sigue fielmente el desarrollo de la novela y está marcada por intrigas amorosas entre personajes de distintas clases sociales e ideas políticas. Después de una infancia plagada de duelos y melancolía, el joven médico Yuri Zhivago se casa con su elegante y tradicional prima Tonya. Al comenzar la Primera Guerra Mundial es movilizado a un hospital de campaña en el frente militar y allí reencuentra a la enfermera Lara, la otra protagonista del film, una joven independiente y luchadora, hija de una modista, que ha sido abusada por el corrupto e inescrupuloso Komarovsky y que ahora está casada con el honesto e idealista bolchevique Pavel. En Moscú, poco tiempo antes Yuri ha sido testigo involuntario de momentos de la vida de Lara, de su abuso por Komarovsky, ha visto fascinado como Lara atravesaba un salón de fiestas con una concurrencia lujosa y disparaba al poderoso Komarovsky. El film retoma la crítica de Pasternak al estalinismo cuyos abusos y opresión eran mencionados en la novela y la traduce en la visión de una Rusia apocalíptica a la que la revolución va desintegrando en pedazos. La revolución ha construído su propia instancia de irrepresentabilidad y esto implica excesos, mentiras, corrupción y ocultamientos. El abusador Komarovsky fue un hombre con contactos en el zarismo y ahora es ministro del gobierno bolchevique. Los intelectuales anarquistas son llevados encadenados a cumplir trabajos forzados en Siberia. En la casa

[8] Sobre el miedo rojo en el cine de Hollywood véase, Ross, S. (1998), *Working-Class Hollywood. Silent Film and the Shaping of Class in America*. New Jersey: Princeton University Press, en particular el capítulo "When Russia Invaded America: Hollywood, War and the Movies"; Scorsese, M. and Wilson, M.H. (1998), *A Personal Journey Through American Movies*. New York: Faber and Faber.

[9] Las tormentas de nieve y bosques nevados se filmaron en Finlandia.

[10] Ivinskaya ya había estado en el Gulag varios años, donde había dado a luz el primer hijo de ambos. Pasternak nunca llegó a conocerlo porque el niño murió en el campo de trabajo. El film se estrenó en Moscú en 1994, casi treinta años después de su estreno. Véase, Volkov, S. (2010), *El coro mágico. Una historia de la cultura rusa de Tolstoi a Solzhenitsyn*. Barcelona: Ariel.

moscovita de Tonya, los comisarios barriales ocultan la epidemia de tifus y las muertes por hambruna. Lean desarrolla visualmente la conclusión sobre el proceso revolucionario que Pasternak expone en el final de su novela: "Lo que ha sido concebido en forma noble y elevada se convirtió en materia burda, (…) el iluminismo ruso se ha convertido en la revolución rusa",[11] y lo transpone en imágenes del proceso de degradación de los personajes hacia la maldad (Pavel, Komarovsky), o hacia la desesperación y la muerte (Yuri, Tonya, Lara, el anarquista Kuril, también Pavel). Los espectadores occidentales de fines de los sesenta asistieron estupefactos a la transformación del personaje de Pavel, desde el bolchevique honesto, idealista, incorruptible, que pregonaba la igualdad mundial de los trabajadores y luchaba con valentía en las calles heladas contra los soldados del zar, hasta su conversión en el fanático genocida general bolchevique Strelinikov, que incendia poblados campesinos y masacra a sus habitantes y que sostiene que los afectos han muerto en la Rusia revolucionaria porque la Historia les ha dado muerte. Lean nos nuestra en qué pudo haberse convertido el primer Pavel del cine ruso, aquel hijo heroico del film de Pudovkin. También Hollywood exaltó el personaje de Pavel y nominó a Tom Courtenay como mejor actor de reparto.

En *Octubre*, Eisenstein había mostrado una sociedad post revolucionaria profundamente maniquea y dividida en dos mundos, casi dos bandos enemigos, los bolcheviques de un lado, y enfrentándolos la otra parte de la sociedad, que aparecía repulsiva, linchando un obrero, vestida con ropas elegantes. En *Zhivago* el maniqueísmo es suplantado por la irremediabilidad y los personajes expresan la complejidad de sus afectos y de sus involucramientos de clase. Yuri y Tonya pertenecen a una clase media profesional acomodada que ha apoyado el derrocamiento del zarismo pero que no llegará a compartir la cultura y los valores de la revolución bolchevique. En una escena que suponemos previa al triunfo de la revolución el joven Yuri enfrenta con furia a los cosacos que masacran manifestantes bolcheviques. En medio de la noche y de la nieve, Yuri intenta atender a una mujer herida pero no se lo permiten y cargan a la mujer aún con vida en un carromato lleno de cadáveres. Los personajes enfrentan dilemas extraordinarios y están marcados trágicamente por abandonos definitivos y sentimientos ambivalentes, una suerte de ambigüedad que la revolución procesa como vida cotidiana. Yuri no verá nunca más a Tonya y a su hijo Sasha. Luego perderá a Lara, nunca conocerá a la hija de ambos, y morirá llamando a Lara en una calle de Moscú. Yuri y Lara no pueden decidir a quién amar, adónde desertar. En la escena del viaje de Yuri y Tonya hacia los Urales, Pavel, ahora el sanguinario general Strelinikov, interroga a Yuri y lo acusa de traicionar la revolución, pero lo deja libre. En *Octubre* el clima aparecía neutro, no se distraía al espectador con tormentas y nevadas, y los paisajes de Petrogrado aparecían construídos con desencuadres y contrapicados de puentes, calles, monumentos, y si se trata del campo, con ondulantes sembradíos de trigo. En *Zhivago* las estepas heladas, las ventiscas, los paisajes nevados, generan un clima hostil, se ensañan con la tragedia de los personajes. Un Yuri niño asiste al entierro de su madre en medio de una tormenta de viento y nieve. Un Yuri cubierto de nieve, sus barbas y cejas, deserta de la guerra civil, así muere años más tarde en una calle de Moscú. Primero la guerra y luego la revolución, siempre la nieve y el invierno, parecen marcar a fuego la vida de estos personajes. Después de la guerra y la revolución nada será como antes. Guerra y revolución quedan envueltas en el largo *flashback* que es el film. Al comenzar la película el hermano de Yuri, un comisario estalinista, encuentra a Tania, supuesta hija de Lara y Yuri, obrera en una represa, y le cuenta la historia de sus padres. En el final sabemos que es ella porque lleva consigo una balalaika, *attrezzo* que remata el *flashback*, que fuera de la madre de Yuri, que le fuera entregada a Yuri siendo niño. A Yuri le han sido expropiados todos sus bienes y objetos privados pero ha podido salvar la balalaika y la ha entregado a Lara antes de su separación definitiva. Vemos que en Tania no hay recepción posible, no hay ningún gesto que nos indique que la historia familiar la haya

[11] Pasternak, B.L. (1958), *El doctor Yivago*. Buenos Aires: Editorial Forjador, p.358.

conmovido y despertado sus afectos. Hollywood nos dice que la revolución despoja a los seres humanos de sus objetos preciados. Más aún, devasta sus identidades, los priva del sentimiento humano de poseer afectos familiares.

Diecisiete años más tarde, en 1981, en plena época de la Reagonomics y del escalamiento de la Guerra Fría, *Reds* retoma la iconografía de bolchevismo revolucionario consagrada por Zhivago, con un verosímil de época que confronta ahora intelectuales neoyorkinos vestidos a la moda con campesinos y proletarios vestidos con ropas negras y banderas rojas. Ya durante la época del cine silente había surgido en los Estados Unidos un género de films anticomunistas que asociaban a la Rusia bolchevique con la muerte y el terror, tal el caso de *Bolshevism on Trial* y *Dangerous Hours*. En la época de oro del cine clásico de Hollywood, algunos títulos del género *´red scare´* habían hablado por sí solos, por ejemplo en *I married a communist* y en *The Russians are Coming, The Russians are Coming*. Si Doctor Zhivago había consagrado esa mitología antirrevolucionaria, ahora en la década de 1980, *Reds* la invierte, la populariza, la vuelve potable para el público estadounidense,[12] aggiorna esta iconografía a los nuevos modos de representación fílmica, poniendo el *raccord* y la continuidad formal al servicio de la nueva corrección estética de discontinuidad narrativa con la inserción de testimonios provenientes de la historia oral, dados por personas que de una u otra manera conocieron o entablaron amistad con los protagonistas del film.

Reds mostró una Revolución Rusa llevada a cabo por las masas de obreros y campesinos, envuelta en una atmósfera de voluntarismo y espontaneísmo que prometía ser utópica y heroica pero que resultaba en caos y confusión, con debates políticos acalorados en recintos oscuros por el humo de los cigarros, y con el héroe John Reed muriendo en un hospital de Moscú en medio de una atención desordenada. Al igual que *Zhivago*, el film de Beatty fue rodado en Finlandia y en paisajes españoles. El film se sitúa en el período mismo de los hechos de 1917 y en los meses inmediatamente posteriores a la toma de Palacio de Invierno, durante los dos viajes a Rusia de John Reed en 1917 y 1919. Se narran momentos de la vida del mismo Reed y Louise Bryant, su vida en New York como parte de la la bohemia intelectual del Greenwich Village, la llegada de la Primera Guerra Mundial, su participación en la Industrial Workers of the World, las acciones del movimiento pacifista estadounidense y los cuestionamientos de los ´wooblies´ e intelectuales a la acción de los países aliados, la radicalización de Reed, sus viajes a la Rusia revolucionaria y su inmersión en la política y cultura bolcheviques, la hambruna y devastación en la Rusia de 1920, la rápida transformación del ímpetu inicial de la política revolucionaria en un sistema burocrático que ahoga la revolución, la enfermedad y muerte de Reed ese año en Moscú.[13]

En *Reds*, el verosímil político parece ser más funcional al contexto político de los Estados Unidos reaganianos que a los principios políticos de la Revolución Rusa. A diferencia de la izquierda europea, profundamente radicalizada y que de hecho está realizando revoluciones tanto en Rusia como en Alemania, la bohemia de que forma parte Reed aparece en el film como condescendiente, decadente y limitada.[14] Si bien Beatty pone en boca de Eugene O´Neill la crítica a esta bohemia que vive y piensa de acuerdo a las convenciones estrechas de lo políticamente correcto, sin embargo Beatty muestra a los intelectuales de izquierda practicando el amor libre, bebiendo con desmesura, discutiendo banalidades e ignorando con arrogancia a Louise por su provincianidad. Asimismo, Beatty da una imagen de la Revolución Rusa superficial, donde se discuten cuestiones intrascendentes, que la vuelve potable en el contexto del neoconservadurismo estadounidense. En el principio del film, la afirmación de Reed de que las guerras se hacen por

[12] Sobre la popularización de *Reds* y de otros *left films*, véase Ross, op.cit. p.256.
[13] Véase, Homberger, E. (1990), *John Reed*. Manchester University Press ND.
[14] Una visión diferente en Rosenstone, R. (1996), "*Reds* as History", en R. Rosenstone, *Visions of the Past. The Challenge of Film to our Idea of History*. Cambridge: Harvard University Press, pp. 83-108.

lucro sonaba desafiante y pacifista. Sin embargo, la figura de Reed en sus dos viajes a Moscú dando lecciones de política a los revolucionarios rusos, entrevistando a Lenin, subiendo a la tarima en los congresos o discutiendo con Zinoviev, recrean la falsa ilusión de que las opiniones de Reed pudieron haber tenido una parte decisiva en el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios y configuran en el espectador la imagen de Reed como la del Buen Amigo Americano.

Imágenes cristalinas de un mundo en descomposición. O el plano secuencia como metáfora de la Historia

En *El arca rusa* de 2002, el director e historiador Aleksandr Sokurov deconstruye la historia de Rusia y de su revolución desde los orígenes del zarismo hasta la época contemporánea. Dos personajes recorren el Museo del Hermitage de San Petersburgo donde antaño estuviera el Palacio de Invierno de los zares. El Extranjero, cuya personificación y relato sigue fielmente los relatos mencionados del marqués de la Custine, está vestido a la usanza de la nobleza del siglo XVIII, y habla con su compañero, reflexiona, habla con el espectador, mirando a la cámara. El otro personaje es el narrador, que está invisible, fuera de plano, con su voz en off que es la del director Sokurov. En la cuarta pared la mirada del espectador va con ellos, distanciada pero comprometida, formando parte del recorrido. A lo largo de treinta y tres salones del actual Hermitage encuentran personajes de diversos momentos de los trescientos años de la historia del Palacio. El personaje del narrador viaja a través del tiempo histórico, tal vez es un historiador, tal vez un director de cine, dice en el film que se trata de su país pero no de su siglo, con certeza es el director del film. El personaje representado por El Extranjero (el actor Sergei Dreiden), fue inspirado por el Marqués de Custine, autor del libro ya mencionado en donde documentaba su viaje a Rusia en 1839 y la vida en el San Petersburgo de la época de Nicolás I. Como notas biográficas distintivas que permiten su identificación en la película, vale mencionar que su familia estaba dedicada a la fabricación de porcelana, su padre fue guillotinado en la época de la Revolución de 1789 y su madre era amiga del escultor italiano Canova. En el film, como Custine en su libro, El Extranjero expresa una ideología reaccionaria a la Revolución Francesa pero repele las prácticas del zarismo de Nicolás I que describe como incivilizadas, y encuentra que la civilización rusa tiene una apariencia europea pero que su espíritu y cultura son mayormente asiáticos. Aunque después de saber que preservar a San Petersburgo y al arte del Hermitage ha costado un millón de muertos, terminará aceptando a Rusia como una nación europea.

El arca rusa contó con la actuación de más de mil actores y cientos de asistentes y fue filmada en una sola toma ejecutada por el operador Tilman Büttner. En el film la visualización del plano secuencia único se articula con el tratamiento del tiempo histórico y el resultado remite a la continuidad de la historia de Rusia, y más aún a la concepción de la Historia y de su representación. Sokurov nos dice que las revoluciones son parte de un proceso más extenso que involucra a la Historia entendida en su continuidad. Desde el punto de de vista técnico formal, el plano secuencia único supone el logro de un refinamiento cinematográfico que utiliza la tecnología digital al servicio de la obtención de una representación única que engloba el movimiento de deconstrucción de trescientos años de la historia y la cultura rusas. Siguiendo a su maestro y mentor Tarkowski, la materia prima del film de Sokurov es el tiempo histórico con el que trabaja con maestría y plasticidad. Según la concepción de Tarkowski, "el tiempo en un plano debe fluir independientemente motu propio". "El tiempo en el cine pasa a ser la base de las bases, como el sonido en la música, el color en la pintura"[15]. La cámara encarna el punto de vista de los dos personajes centrales y recorre el Palacio de Invierno. Con el curioso y entrometido Custine a la cabeza nos olvidamos del

[15] Tarkowski, cit. por Deleuze, G. (1987) *La imagen tiempo. Estudios sobre cine 2.* Buenos Aires: Paidós, p.65.

Hermitage, y estamos ahora caminando por el Palacio de Invierno, nos dejamos llevar con una cierta inercia por Custine a través del fresco fílmico de la historia de Rusia que es el film. Custine va meditando en voz alta. Envueltos en un halo de tiempo histórico completamente verosímil, en cada sala o salón se nos aparece el transcurrir de un hecho significativo de la historia rusa, en escenas inmersas en una suerte de efecto de magia que sólo nos sugiere realidad.[16] Las escenas son presentadas sin un orden cronológico, siguiendo el fluir de un sueño o de un proceso de reflexión, renovando en cada escena el verosímil de época y el ejercicio de la profundidad de campo que en cada imagen exacerba el *punctum* barthesiano y reproduce efecto de realidad. El fluir es el del tiempo, que fluye a o largo del único plano que es el film. En esta representación fílmica que es metáfora de la imagen tiempo deleuziana, el film irá desgajando, desenterrando, las capas de pasado histórico de la Rusia contemporánea.

Sokurov buscó lograr una ambientación de las diferentes épocas de la historia de Rusia con verosimilitud y perfeccionismo, reconstruyendo con exactitud los rituales de las ceremonias del palacio. La película muestra la entrada de los invitados a un baile dado por el zar, la zona de servicio que pasa a ser la preparación de la puesta en escena de una obra teatral en la época de Catalina II de Rusia, a Catalina mirando la obra rodeada de su corte, la vida de Nicolás II de Rusia en familia, con sus hijos y las institutrices, dos jóvenes marinos de la época de la revolución mirando las pinturas del Museo y exaltando la forma en que ahora son expuestas. Salones con obras maestras de Rafael, Canova, Rembrandt, Van Dyck, El Greco. Cuando una puerta se abre hacia una sala helada estamos en el invierno de Leningrado en la Segunda Guerra y los lienzos han sido ocultados. Junto a los marcos vacíos un ciudadano de Leningrado fabrica su propio ataúd. En una deslumbrante escena vemos una ceremonia protocolar en la que Nicolás I recibe en farsi antiguo una disculpa diplomática del Shah de Persia por la muerte del embajador Alexander Griboedov. El film culmina con la escena de un gran baile realizado en 1913, el último realizado en el Gran Salón, con cientos de participantes vestidos lujosamente a la moda de la época. En el final la multitud sale del baile bajando lentamente la Gran Escalera del Palacio. El narrador mira hacia afuera por una ventana y vemos que el Palacio no es sino una nave aislada en medio de un mar helado, el arca rusa que conserva el arte y la historia de Rusia. La imagen cristal del mar de hielo expresa el germen deleuziano de la historia de la Rusia contemporánea. No hay revolución posible que niegue su propia Historia. La Revolución Rusa no puede negar la historia que encierra el Palacio de Invierno.

La revolución y el estalinismo están en off, afuera del palacio del Hermitage, recreando en su interior un clima de densidad metafórica que acentúa las imágenes de la vida del zarismo. Desde el principio del film la revolución aparece elípticamente en las palabras del narrador, que explica que "hubo un accidente", que no recuerda cómo pasó, que "todos corrieron a ponerse a salvo como pudieron". Hubo una revolución pero duró ochenta años. Unos soldados del Ejército Rojo pasan por unos segundos delante de Custine, enmarcados entre la visión de dos pinturas de Rembrandt, *El sacrificio de Isaac* y *El retorno del hijo pródigo*. De *El arca rusa* puede decirse lo que Deleuze dice del cine de Visconti. Deleuze examina el cristal en descomposición que Visconti habría utilizado para reconocer e instrumentar ciertos elementos que lo obsesionaban: el mundo aristocrático de los ex ricos aristócratas, que viven afuera de la Historia, y aunque rodeados de arte permanecen separados de la vida, y que culmina en composiciones viscontianas con imágenes de fiestas opulentas en las que predomina el rojo y el dorado. En el film de Sokurov, las escenas de la recepción del diplomático persa por Nicolás II y del gran baile de 1913, escenas de opulencia en las que el uso del plano secuencia y de la profundidad de campo se vuelve deslumbrante. En Deleuze este mundo aristocrático viscontiano trata de un pasado aristocrático desaparecido, en ruinas, por lo que el cristal es inseparable de la podredumbre y decadencia que carcome. "No es sólo que estos aristócratas se están arruinando, sino que la

[16] Sobre el realismo mágico en Tarkowski y en el Sokurov anterior a *El arca rusa* puede consultarse, Jameson, F. (1995), "Sobre el realismo mágico soviético" en F. Jameson *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial.* Barcelona: Paidós.

ruina que los espera es una consecuencia, pues un pasado desaparecido pero que sobrevive en el cristal artificial los atrapa sustrayéndoles toda la fuerza al mismo tiempo que ellos se hunden en él".[17] El marqués está muerto y huele a formaldehído. En dos diferentes escenas Catalina la Grande oscila entre el descontrol físico y la demencia. Camina perdidamente por un sendero en un jardín nevado hasta desaparecer por completo en el punto de fuga de la imagen. El tercer elemento viscontiano es la Historia, que duplica y acelera la descomposición, pero que no se confunde con ella, porque es un factor autónomo al que Visconti a veces intensifica y sitúa en el fuera de campo. Comenta Deleuze que en *Ludwig* "los horrores de la guerra se perciben indirectamente, quizás más intensamente porque Luis II quiere ignorarlos". La Historia se convierte en "una suerte de láser que viene a cortar el cristal". "La Historia brama a la puerta".[18]

En *El arca rusa* la revolución está afuera de campo. Sokurov retoma a Visconti y a la lectura deleuzeana de Visconti y omite toda iconografía de la revolución. El bolchevismo y el comunismo no están representados ni con la iconografía hollywoodense ni con otra que podría haberse presentado como oposicional a la primera y a sus films más clásicos, tal el caso de la épica revolucionaria eisensteniana, Sin embargo, como en *Octubre*, en *El arca rusa* la revolución llama a la puerta, rodea y aísla al Palacio de Invierno, se filtra trágicamente en las visitas contemporáneas que recibe como Museo del Hermitage, forma parte de una Historia que no quiere ser reducida a una iconografía. Presiente que el marqués está muerto, pero como el marqués se interesa antes por la belleza que por su representación. En donde los visitantes contemporáneos encuentran las alegorías de la codicia y la crueldad del zarismo, el marqués sólo ve belleza y religión. En una escena que yuxtapone épocas y personajes, Sokurov muestra la importancia simbólica que tanto el complejo arquitectónico del Hermitage como la preservación de sus obras, ha ocupado no solamente en el imaginario cultural de la Rusia contemporánea a la revolución de Octubre, cuando las colecciones privadas de los zares fueron nacionalizadas y tanto el Palacio de Invierno como el antiguo Hermitage Imperial fueron declarados museos estatales, sino también en el de la Rusia stalinista durante el sitio de Leningrado y en el de la Rusia post soviética contemporánea. En simultaneidad temporal vemos en el salón conmemorativo de Pedro el Grande al director del Hermitage desde 1992, Mikhail Piotrowski,[19] conversando con dos actores que personifican a su padre Boris, quien también fuera director del Museo entre 1964 y 1990, y a Joseph Orbeli, el director que Stalin designara en 1934 después de protestar por la venta de valiosas pinturas del Hermitage a museos de Occidente. En el fondo del salón el trono de Pedro está vacío (el zarismo está muerto, y tal como ha dicho Custine en la secuencia inmediatamente anterior, "las monarquías no son eternas"), pero además es un trono falso. Los tres directores conversan sobre la historia del Museo, sobre el deterioro del trono de Pedro, sobre la preservación de las obras de arte del Hermitage a lo largo de guerras y catástrofes. La escena sustituye al plano en la configuración del cristal y la profundidad de campo acentúa el desfasaje temporal, conserva en el presente del film los diferentes pasados, el tiempo de los presentes que pasan y el de los pasados que se conservan. Orbeli se pregunta por los motivos por los que las autoridades "no se interesan por nutrir el árbol de la cultura". También Custine se pregunta por qué la Rusia que él conoce no confía en sus propios artistas, por qué no tiene ideas propias, tal vez porque sus autoridades no permiten que las tenga. Al comienzo del film, Custine critica el país del narrador, le dice que Pedro el Grande ha construido una ciudad sobre un pantano y que ha mandado a ejecutar a su hijo introduciendo un orden de naturaleza primitiva. El narrador le contesta, que sin embargo San Petersburgo ha podido preservar su cultura, es todavía una ciudad europea. Y en la Pequeña Galería Italiana el marqués ya ha visto complacido un Tintoretto, *El Nacimiento de San Juan Bautista*,

[17] Deleuze, op.cit., p. 130-ss.
[18] *Ibíd.*
[19] En su carácter de director del Hermitage, Mikhail Piotrowski colaboró con Sokurov en la elaboración del proyecto de realización del film. Véase, http://www.hermitagemuseum.org/html_En/11/b2003/hm11_1_69.html

colgado en el mismo lugar desde que Catalina la Grande la comprara en 1772. Parecen simplistas las críticas a la película sobre su posible carácter reaccionario, o sobre la ausencia en el film del pueblo ruso como todo orgánico (la crítica no explica por qué debería estar presente)[20], o sobre la falta de imágenes de una revolución que al deformar su camino ha censurado el pensamiento libre y se ha vuelto entonces irrepresentable. En un sentido *El arca rusa* es un homenaje a la cultura de un pueblo que logró de manera casi inexplicable preservar casi intacto el más fabuloso tesoro artístico de la Europa de principios del siglo XX, no sólo durante el incendio de 1837 y durante los hechos de 1917 que culminaron con la toma por los bolcheviques del Palacio de Invierno, sino también a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, cuando Leningrado fue sitiada hasta la hambruna y la devastación.

Conclusiones

Los cuatro films analizados suponen diferentes pasajes de sustitución de los sucesos históricos de la Revolución Rusa al registro cinematográfico. Tanto *Dr. Zhivago* como *Reds* construyen fílmicamente el verosímil de la Revolución Rusa del anticomunismo estadounidense en su versión maccarthista y reaganiana, con una narrativa homogénea que sigue los patrones de representación del cine clásico de Hollywood, y en la que el tiempo psicológico de los personajes subsume el tiempo histórico de la Revolución y lo simplifica como un espacio geográfico- histórico de desesperación, despersonalización y muerte. La iconografía de paisajes helados acentúa la desolación de los personajes. En el caso de *Octubre,* el montaje es la herramienta que Eisenstein utiliza para elaborar un verosímil de la Revolución que no sirva al detalle del tiempo cronológico de los sucesos, sino que haga converger al colectivo, protagonista del film, en imágenes contrastantes que repliquen la lucha de clases ocurrida en un tiempo histórico concebido en términos de las leyes de la dialéctica. Para Eisenstein llevar la Revolución al cine supone volverla representable en términos fílmico-teóricos, proponer imágenes que construyen conceptos y que restituyen las categorías teóricas del marxismo a su politicidad inmanente.

El Arca Rusa juega con el discurso figurativo y con sus límites, atrae al espectador y luego lo repele (como el olor a formol del marqués). Presenta a la Historia como un tiempo zigzagueante (aunque no disperso) que el largo plano secuencia que es el film demuestra como ininterrumpido, pero que utiliza la interioridad del plano para adentrarse en diferentes secuencias de la historia de Rusia, capas heterogéneas de pasado que van siendo espacialmente enmarcadas y autonomizadas por una profundidad de campo que podría categorizarse como histórico dramática, y que se vuelven temporalmente reconocibles por la figuración de un verosímil de época que al igual que en el cine clásico cuida y extrema el refinamiento del attrezzo. La larga ostranenie que es *El Arca Rusa* arranca a la Historia de su contexto habitual de producción textual, tanto de la literatura historiográfica y del ensayo histórico como del cine histórico de relato cronológico y de causalidad lineal, y sitúa al espectador en la posición tensionada del enunciador que al dejarse envolver por una ensoñación se ve confrontado a la percepción del tiempo pasado como experiencia, a la visión excesiva del transcurrir de la Historia, de un pasado que está vivo, pero que es reticente y esquiva la representación, y cuya verosimilitud es tan innegable que se vuelve inseparable del reclamo por la veracidad y del cuestionamiento por la imposiblidad de contrastación.

[20] Por ejemplo en: Ravetto-Biaggioli, K., ´Floating on the Border of Europe Sokurov´s *Russian Ark". Film Quarterly* 59 (1): 18-26.

No tocar a la mujer blanca: la sátira como cine político

Por Lior Zylberman*

(UBA- UNTREF)

Resumen

Entre mediados de la década de 1960 y la de 1970 el cine europeo vivió el apogeo del film político. De ese período son las obras más comprometidas de realizadores como Costa-Gavras, Gillo Pontecorvo, Francesco Rosi y el grupo Dziga Vertov -por citar algunos nombres. De este período es también *No tocar a la mujer blanca* (Touche pas à la femme blanche, 1974) de Marco Ferreri, film que se centra en la batalla de Little Big Horn y en la figura del Teniente Coronel Custer. Sin embargo, la película de Ferreri, lejos de tomar la puesta realista o de "distanciamiento godardiano" para narrar el pasado, adopta una estética de deconstrucción (o si se prefiere de destrucción) del western para reflexionar sobre el presente: para Ferreri lo cómico también es político. De este modo, nos proponemos hacer una lectura de *No tocar a la mujer blanca* desde lo que Rosenstone denominó el film histórico posmoderno. Con el fin de profundizar dicha perspectiva, ésta será complementada con lo que Peter Berger teorizó sobre lo cómico: lo cómico tanto como juego intelectual como un arma.

Palabras clave: Anacronismo – Marco Ferreri – Robert Rosenstone – Sátira – Western

Summary

Between 1960 and 1970 European cinema experienced the heyday of political film. From that period are the works of filmmakers such Costa-Gavras, Gillo Pontecorvo, Francesco Rosi and The Dziga Vertov Group, to name some. From this period is also *Don't Touch the White Woman* (Touche pas à la femme blanche, 1974) by Marco Ferreri, a film that focuses on the Battle of Little Big Horn and the figure of Lt. Col. Custer. However, Ferreri's film don't take a realistic style or a distancing aproach to narrate the past. He adopt an aesthetic of deconstruction (or destruction) of the western genre. But in this film the comic is also political. Thus, we intend to do a reading of Do not touch the white woman from what Rosenstone called the postmodern historical film. To deepen that perspective, this will be complemented with what Peter Berger theorized about the comic: the comic as an intellectual game as well as a weapon.

Key words: Anachronism - Marco Ferreri - Robert Rosenstone - Satire – Western

* Magister en Comunicación y Cultura (UBA) y Licenciado en Sociología (UBA). Actualmente se encuentra realizando el doctorado en Ciencias Sociales (UBA). Es becario UBACYT y profesor en Diseño de Imagen y Sonido (FADU, UBA), miembro del equipo de investigación del Centro de Estudios sobre Genocidio (UNTREF) y de la International Association of Genocide Scholars. Sus temas de investigación se centran en torno al cine, la imagen, la memoria y los genocidios.
Entre sus publicaciones recientes se cuentan (2010) `La imaginación compartida: perspectivas para comprender el pasado´. *Voces Recobradas* 29, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires; (2010) `Estrategias narrativas de un cine postgenocida: la década de 1980´. *Revista de Estudios sobre Genocidio* 4, Eduntref; (2010) `Las variaciones Morris o el cine como escudo de Atenea´, *Imagofagia* 1, Asociación Argentina de Estudios de Cine y Audiovisual.

FECHA DE RECEPCIÓN: 10/06/2011· FECHA DE ACEPTACIÓN: 19/09/2011

Entre mediados de la década de 1960 y la de 1970 el cine europeo vivió el apogeo del film político. De ese período son las obras más comprometidas de realizadores como Costa-Gavras, Gillo Pontecorvo, Francesco Rosi y el grupo Dziga Vertov, por mencionar algunos nombres. En nuestro continente también asistimos en ese período a las obras del Grupo Cine Liberación –*La hora de los hornos* (1968)-, el Grupo Cine de la Base –*Los traidores* (1972)- y a la abundante obra producida bajo la ola del *Cinema Novo* brasileño, por citar solo unos ejemplos. Todo esto llevó a desarrollar diversas ideas acerca del cine político, un tipo de cine que privilegia la denuncia, la provocación o bien la agitación en pos de cierta ideología, así como la toma de posición con respecto a ciertos hechos o acontecimientos.

El cine político, asimismo, ha sido analizado bajo la relación historia/cine, es decir como cine histórico y como cine que narra sucesos políticos relevantes del presente. Por lo general se ha expresado a partir de diversos modos de producción y bajo géneros disímiles, desde el drama clásico, el melodrama, el documental, bajo estéticas neorrealistas y experimentales. En síntesis, el cine político se ha construido en una multiplicidad de formas y géneros.

En consecuencia, traemos al análisis una película que ha sido dejada de lado tanto en los estudios canónicos sobre cine político como en aquellos dedicados a la historia del cine. Nos referimos a *No tocar a la mujer blanca* (*Touche pas à la femme blanche*, 1974) dirigida por Marco Ferreri, con guión del propio Ferreri y Rafael Azcona, y protagonizada por Marcello Mastroianni, Catherine Deneuve, Michel Piccoli, Philippe Noiret y Ugo Tognazzi.

Nos proponemos dos objetivos. Por un lado, sacar del ostracismo a este film, otorgándole un espacio dentro del análisis cinematográfico, no ya dentro de la cinefilia o de la crítica especializada sino desde una perspectiva más bien sociopolítica. Por el otro, efectuar el análisis entendiendo a *No tocar a la mujer blanca* como una "película histórica posmoderna", en la cual lo cómico, en términos del sociólogo Peter Berger[1], es entendido como arma.

No tocar a la mujer blanca relata la saga del General Custer en su lucha contra los indios, un personaje de importancia histórica que a su vez ya fue abordado, entre tantos otros films, en el mítico western de Raoul Walsh, *Murieron con las botas puestas* (*They Died with Their Boots On*, 1941), con Errol Flynn y Olivia de Havilland. *No tocar a la mujer blanca*, como veremos, no es una relectura de la derrota del general en Little Big Horn sino mucho más que una simple relectura del género.

Sobre Marco Ferreri

Como mejor presentación de este director puede afirmarse que su cine se caracteriza por ser poco ortodoxo. Nacido en Italia en 1928 y muerto en Francia en 1997, resulta complejo pensarlo dentro un tipo de cine o género en particular, ya que nunca siguió los cánones establecidos. Director multinacional y plurilingüe, filmó en España, Italia, Francia y los Estados Unidos. Sus películas han girado en torno a una interpretación crítica del estado mental, cultural, social o político de la condición humana. Realizador, guionista, productor y, en ocasiones, actor, su filmografía ha ido desafiando las normas visuales y narrativas, forzando y bordeando los límites de lo aceptable y lo incómodo; esto lo llevó a frecuentes ataques por parte de la censura tanto en Italia como en otros países.[2] A lo largo de su obra como director -que se inicia con *Los chicos* (1959) y culmina con *Nitrato d'argento* (1996), pasando por *El cochecito* (1960), *Dillinger ha muerto* (*Dillinger è morto*, 1969), *El semen del hombre* (*Il seme dell'uomo*, 1970), *La gran comilona* (*La grande bouffe*, 1973), *Adiós al macho*

[1] Berger, P. (1999) *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*. Barcelona: Kairós.
[2] Reich, J. (2008) *Marco Ferreri. A feast of images*. New York: Koch Lorber Films.

(*Ciao maschio*, 1978), u *Ordinaria locura* (*Storie di ordinaria follia*, 1981), por citar solo algunos de sus títulos-, Ferreri sobresalió por mostrar el lado más miserable y mezquino del ser humano, auscultando temas como la vejez y el paso del tiempo, la relación (im)posible entre el hombre y la mujer, la locura o la soledad. Su cine se destacó por el constante ataque a las normas establecidas y a las morales burguesa y religiosa. En ese sentido, el director italiano se valió de lo cómico como arma, es decir de la sátira.

A causa de ello, en la historia del cine Ferreri ocupa un lugar marginal, desplazado quizá por sus contemporáneos (Pier Paolo Pasolini, Federico Fellini, Bernardo Bertolucci, Francesco Rosi). De igual forma, la bibliografía o estudios críticos sobre su obra son escasos. Sin embargo, ese sitio marginal no le imposibilitó llevar adelante una obra extensa y coherente. Ferreri se valió de ese lugar con el fin de llevar adelante su visión: "el juego intelectual del ingenio se practica mejor desde una posición social marginal, ya sea impuesta o bien buscada", afirma Peter Berger.[3]

El film histórico posmoderno según Robert Rosenstone

Antes de dar lugar al análisis, presentaremos en forma sucinta la corriente teórica que nos ha permitido enmarcar a esta película bajo la noción de "película histórica posmoderna". Robert Rosenstone sostiene que las películas, al abordar temas históricos, efectúan una interpretación del pasado, esto quiere decir que un film no es un libro de historia sino que las películas llevan a cabo interpretaciones del pasado tal como lo haría un historiador. Marcando las diferencias y las especificidades que posee el medio audiovisual respecto de la obra escrita u oral, el cine puede ser una llave para encontrar nuevas vías para expresar una relación con el pasado.[4]

Si bien a lo largo de sus escritos Rosenstone cita el trabajo de Hayden White como modelo teórico para su propia reflexión, al referirse a la historia posmoderna coloca en tela de juicio la posibilidad *real* de escribir una historia de este tipo, que cuestione frontalmente la noción de conocimiento histórico o que rompa con la idea del tiempo histórico y la sustituya por la concepción de una nueva temporalidad. Esta aseveración se basa en numerosas referencias teóricas -el propio White, Dominick LaCapra o Jacques Derrida, por citar a algunos-, pero lo cierto es que según Rosenstone son muy pocos los trabajos históricos posmodernos en concreto que se pueden citar.

En ese sentido, esboza una serie de cuestionamientos a dicha concepción de hacer la historia que desbordaría la propuesta que aquí presentamos. Sin embargo, el autor afirma que "la historia posmoderna ya ha nacido y tiene buena salud. No existe en la página pero sí en la pantalla".[5] Es en el cine, en la concepción del cine histórico, donde se han producido cambios sustanciales respecto del tratamiento del pasado. El cine histórico por lo general se ha referido a *biopics*, films religiosos, epopeyas, relatos socio-políticos a lo largo de los tiempos; también ha adoptado la forma del cine bélico. Por otra parte, se ha caracterizado por presentar en la pantalla, con los medios que le son propios, una recreación del pasado, transformándose así en una "ventana al pasado".

Ahora bien, ¿qué es lo que caracteriza al film histórico posmoderno? ¿Qué hacen esos films con la historia? En términos de Rosenstone, podemos caracterizarlos como poseedores de una conciencia de sí, presentando cierta reflexividad sobre el dispositivo; no

[3] Berger, P. *op. cit.*, 251.
[4] Rosenston, R. (1997) *El pasado en imágenes.* Barcelona: Ariel.
[5] *Ibíd.*, p. 151.

expresan un único punto de vista sino que narran en forma múltiple; se alejan de la narrativa tradicional; abordan el pasado mediante el humor, ya sea la parodia, el absurdo u otras actitudes irreverentes; mezclan elementos contradictorios y usan el anacronismo, alteran e inventan personajes y hechos. Finalmente, Rosenstone menciona que los films históricos posmodernos "rechazan evaluar el significado del pasado de una manera totalizadora", prefiriendo un sentido abierto y parcial, y "nunca olvidan que el presente es el lugar en el que representamos y conocemos el pasado".[6]

El análisis que Rosenstone lleva adelante en torno a *Walker* (Alex Cox, 1987) nos habilita a efectuar el presente trabajo. En dicho film, que el autor piensa como un film histórico posmoderno, se presentan una serie de anacronismos que permiten hacer lecturas e interpretaciones como así también trazar continuidades entre pasado y presente. Al narrar, interpretar y contextualizar en forma metafórica y simbólica, el film arriba a verdades históricas; todo esto debe conducir, como fin último, a interrogarnos sobre el pasado.

En ese sentido, para Rosenstone los anacronismos servirían para jugar y atacar "muchos de los cánones de la historia tradicional y del film histórico convencional".[7] Pero el film histórico posmoderno no se vale solamente de este recurso; como antes lo señalamos, la alteración y la invención son otras de las características que podemos encontrar en películas de este tipo. Como todo film histórico, recrea un pasado en particular pero podríamos decir que se vale de las técnicas antes mencionadas ya no sólo para narrar, interpretar y contextualizar el pasado sino también para meditar sobre el presente.

Si bien caracterizar la posmodernidad escapa al objetivo del presente escrito, las posturas de Fredric Jameson[8] han marcado teóricamente tanto los estudios culturales como la teoría cinematográfica.[9] Entre los diversos rasgos de lo posmoderno, el norteamericano señaló el eclipse de la parodia por el pastiche y la moda de la nostalgia. Lo primero se refiere a la imitación o al "remedo de otros estilos". Si el efecto de lo paródico radicara en "poner en ridículo" lo imitado, el pastiche posmoderno es una parodia vacía, "una parodia que ha perdido su sentido del humor". En ese sentido, la moda de la nostalgia se relaciona con lo anterior, ya que no son films que reinventan una imagen del pasado en su totalidad vivida sino que procuran reavivar un sentimiento del pasado asociado a ellos.[10]

Con lo dicho, ¿puede ser visto el film de Marco Ferreri como cine posmoderno? ¿Qué características posmodernas tendría *No tocar a la mujer blanca*? Como luego veremos, el film de Ferreri comparta *ciertas* características del film histórico posmoderno; sin embargo, el pasado al que acude su realizador no posee clima de nostalgia; tampoco podríamos caracterizar a *No tocar a la mujer blanca* como un pastiche sino todo lo contrario: como pura parodia. Se abre así una serie de interrogantes que dejaremos planteados. Como luego desarrollaremos, Ferreri se posiciona en el género histórico no para revisar el pasado sino para intervenir políticamente en el presente. Sin embargo, ¿este film es producto de una depuración y libertad estilística que Ferreri venía desarrollando desde mediados de la década de 1960[11] o un producto de "un giro cultural"? ¿Es posible pensar con categorías posmodernas el cine de autor europeo de ese

[6] *Ibíd.*
[7] *Ibíd.*, p. 100.
[8] Jameson, F. (1999) *El giro cultural*. Buenos Aires: Manantial, pp. 15-38.
[9] Stam, R. (2001) *Teorías del cine*. Barcelona: Paidós, pp. 341-350.
[10] Recordemos que en dicho escrito Jameson se refiere a films como *American Graffiti* (George Lucas, 1973), *Los cazadores del arca perdida* (*Raiders of the lost ark*, Steven Spielberg, 1981) o *Cuerpos ardientes* (*Body heat*, Lawrence Kasdan, 1981).
[11] Es importante señalar que el inicio de la carrera cinematográfica de Ferreri como realizador coincide con el surgimiento de los nuevos cines europeos y del cine moderno.

período (1960-1970)? Si lo característico de la posmodernidad, como señala David Harvey[12], se inicia en la década de 1970 ¿podemos ver al film de Ferreri como un *adelantado* del film histórico posmoderno?

Lo cómico como arma

La comedia, la risa, suele ser marginada en los análisis del cine político. Junto a su co-guionista, Rafael Azcona, Ferreri forjó un arma llamada *No tocar a la mujer blanca* que le permitió satirizar el clima político de su época. Lo cómico en este film radica en sus deliberados anacronismos: ver a Marcello Mastroianni caracterizado como el General Custer montando su caballo en la París de 1973 inmediatamente genera risa y resultará cómico para cualquier espectador. Sin embargo, esa es la primera "capa" del arma. Como ha señalado Peter Berger, la sátira "es el uso deliberado de lo cómico con fines agresivos".[13] Al adoptar dicha perspectiva, Ferreri puede valerse de otros recursos para afinar sus críticas y denuncias: "la perspectiva cómica revela incongruencias que no se perciben desde una actitud seria (…) la risa puede abrir el acceso a la verdad".[14] Por otra parte, detrás de lo satírico se esconde un "programa", ya que todos los elementos de lo cómico se funden y apuntan hacia un mismo blanco. Berger menciona que la sátira suele dirigirse contra ciertas instituciones y sus representantes, particularmente de "carácter político o religioso", pero también puede dirigirse contra grupos sociales, culturales o las "buenas costumbres". Aunque su tono sea típicamente malicioso, el motivo del ataque suele poseer un "principio elevado".

Berger también se refiere a la condición efímera de la sátira. Dado que ésta se encuentra condicionada por el contexto, tanto social como histórico, la obra satírica posee un carácter fugaz distintivo. En la próxima sección, entonces, nos detendremos a desarmar y a rearmar la sátira ferreriana, veremos cómo trabaja los anacronismos, qué intentan expresar, prestaremos atención a las ideas que construye por medio de la sátira y del juego intelectual, e intentaremos desenmascarar los propios desenmascaramientos del film, procurando demostrar la denuncia y la intervención política en aquel presente.

No tocar a la mujer blanca

En uno de los pocos estudios en español sobre la obra de este director, José Luis Guarner expresó que "el sueño de todo director americano es el de realizar un western definitivo";[15] creemos que ese *sueño* puede ser extendido a todo realizador. Todo realizador cinematográfico desea embarcarse en uno de los géneros más arquetípicos y míticos de la historia del cine, por lo tanto ese deseo "definitivo", de absoluto, se encuentra en estado embrionario en todo director de cine.[16] Marco Ferreri no escapa a esa premisa y *No tocar a la mujer blanca* es *su* western. Si este film ha sido opacado en la historia del cine y en la filmografía ferreriana se debe, quizá, a que es el sucesor de la "exitosa" (y también polémica) *La gran comilona*. En el film que analizamos, vuelve a unirse con Rafael Azcona

[12] Harvey, D. (1998) *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
[13] Berger, *op. cit.*, p. 255.
[14] *Ibíd.*, pp. 222-223.
[15] Guarner, J. L., (1990) `Cómo subvertir géneros tradicionales en cuatro lecciones (que podrían ser más) a cargo del profesor Marco Ferreri, aproximadamente transcritas por el estudiante José Luis Guarner´, en Rimbau, E. *Antes del apocalipsis. El cine de Marco Ferreri*. Madrid: Cátedra.
[16] Adrián Caetano hizo lo propio en su film *Un oso rojo* (2002). Al respecto, véase Schwarzböck, S. (2009), *Estudio crítico sobre Un oso rojo*. Buenos Aires: Picnic editorial.

para emprender el sueño de todo director, realizar el mencionado western. Pero, ¿cómo puede hacer un western quien posee un estilo cinematográfico absolutamente visceral? ¿Cómo puede respetar la rigidez de un género quien ha subvertido todos los géneros? ¿Cómo puede aspirar a la cumbre, a lo definitivo, de un género quien ha deconstruido y destruido los géneros? *No tocar a la mujer blanca* es la respuesta a todos estos interrogantes. Su western no tendrá nada de clásico, será un western políticamente incorrecto, bordeando a veces lo escatológico, y será en la parodia misma del género donde encontraremos el contrabando político, la denuncia de un estado de cosas que no sólo reactualiza el presente de ese momento sino que al revisar al género en cuestión da pie también a pensar el contexto mismo de producción y a abrir ventanas hacia el futuro, es decir, a preguntarnos sobre los mismos interrogantes en nuestro presente.

Al revisar el entramado del film vemos prontamente cómo despunta la sátira; la destrucción del género se produce así *en* el tono burlesco reinante en toda la película. Nos proponemos rastrear y dar cuenta de los diferentes guiños anacrónicos que emplea Ferreri, a fin de hacer emerger sus intenciones políticas en esta obra. Como ya lo señaláramos, la década de 1970 consta de una gran cantidad de títulos bajo las máximas del cine político. Ferreri toma otro camino con el fin de no saturar la pantalla, sugiriendo que en política también se puede intervenir con humor, absurdo e ironía; de este modo, al fusionar el pasado y el presente, nos presenta una película que importuna nuestra sensibilidad, una sensibilidad muchas veces opacada por un mundo saturado de imágenes. En consonancia, notamos que el manto caótico que envuelve a *No tocar a la mujer blanca* es tan sólo superficial; a medida que nos adentramos en ella nos encontramos con un mecanismo sutil, bien aceitado, un "programa", donde cada escena posee una doble lectura que a la vez se ensambla con otra. El "germen" destructor de Ferreri es plantado desde el inicio del film y hacia el final lo encontramos ya germinado, crecido, en toda su plenitud: la intención de Ferreri no reside en reproducir un mundo pasado, sino en plantear preguntas, interrogantes, sobre nuestro presente. Entonces, el ataque hacia el género, hacia lo establecido, no resulta un mero juego estilístico sino que en el desarrollo mismo de la película justifica el modo de irrumpir con tal intención. Con Rosenstone, decimos que Ferreri se vale de la destrucción del género como "estrategia de representación".

El film se sitúa a fines del siglo XIX; los problemas con los indios continúan. La película se inicia con una discusión entre un grupo que dice representar a la sociedad, o, como luego dirán, los representantes del poder. Mientras aún suena una marcha militar estadounidense, que viene de los créditos iniciales, vemos que entre el grupo hay un hombre que desentona: mientras que todos están elegantemente vestidos a la moda del siglo XIX, este hombre viste con un buzo rojo de la Universidad de Hartford. Mientras debaten sobre qué hacer con los indios, este hombre se dirige hacia una máquina expendedora de café, compra uno y se suma al debate de los notarios. Cuando uno de ellos le advierte que es una reunión privada, él se presenta como amigo de uno de los participantes, dice llamarse Pinkerton y ser profesor de Antropología. De este modo, la sátira y el anacronismo se nos presentan desde la primera escena. Ferreri empareja estos dos recursos, abriendo uno para posibilitar al otro; la destrucción del género se inicia por medio de anacronismos que le abren la puerta a la sátira. Del mismo modo, el tono satírico llevará a que los anacronismos posibiliten los guiños que darán lugar a la denuncia política. Este primer elemento anacrónico, el personaje de Pinkerton, despliega las intenciones de la película: ¿acaso Ferreri y Azcona han nombrado así al personaje a causa de la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton? Esta agencia fue un servicio de seguridad privada y una agencia de detectives de los Estados Unidos, fundada por Allan Pinkerton en 1850, y se sabe que durante las manifestaciones obreras durante el último cuarto del siglo XIX los agentes de dicha agencia fueron empleados para infiltrar organizaciones obreras y capturar activistas fuera de las fábricas. Cuando en el transcurso del film, junto a otras acciones que luego mencionaremos, vemos al personaje cambiar de sweaters hasta vestir uno de la CIA, comprendemos cabalmente su significado: es el

asesor, el experto, el consejero. ¿Cuántos "consejeros" tuvieron las dictaduras del Tercer Mundo? ¿Acaso nuestro país no tuvo expertos que adoctrinaron ejércitos e impartieron cursos?

En la misma reunión inicial, los representantes del poder maldicen a los indios ya que no aceptan la civilización; los acusan de piojosos, ladrones y mentirosos. No aceptan el progreso del ferrocarril y, para peor, no tienen fe, son anárquicos y salvajes, y niegan la propiedad privada (les faltó tildarlos de comunistas). Este grupo de notables llega a la conclusión de que los indios son una raza de subhumanos; por lo tanto, los notables aceptan su responsabilidad, su misión, de establecer la civilización en todo el continente. A tal fin deciden exterminar al indio, matarlo o dejarlo en la indigencia, en pocas palabras, practicar un genocidio. Si bien la discusión mantenida por este grupo bien podría ser ubicada en diferentes períodos históricos, debe ser leída en el contexto del film, junto a Pinkerton, teniendo en cuenta el origen de este grupo de notables que representan al poder. El manto de la guerra fría se cuela rápidamente en este film; este grupo solicita discreción, cuidarse de la prensa y de la opinión pública: "no desean cometer el mismo error de Watergate", afirma uno de ellos. Por eso, deciden encargar a un general de renombre que lleve adelante la tarea: el general de brigada Alfred Terry (interpretado por Philippe Noiret), pero dado que éste cuenta con una gran reputación,[17] ideará la estrategia a seguir mientras que otro afamado militar, que goza de buena imagen, se encargará de las operaciones. Este general no es otro que George Armstrong Custer (Marcello Mastroianni), un oficial de caballería del Ejército de los Estados Unidos que participó en la Guerra de Secesión y en las Guerras Indias. Custer no fue sólo un ícono del western sino que también es considerado un héroe nacional en los Estados Unidos. De esta forma, en las primeras escenas Ferreri apunta sus instrumentos destructivos y en la misma destrucción nos muestra la estrecha relación entre el poder económico, el poder militar y la política: cuando el general Terry acepta la misión, saluda con entusiasmo y promete cumplirla frente a un retrato fotográfico del presidente Nixon bajo el grito de "¡qué bello es el progreso!".

Pero quizá el uso del anacronismo se dé en el corazón mismo del western: el desierto. Nadie puede disociar a John Ford del Monument Valley. Sin embargo, Ferreri emplaza su western decimonónico en pleno París de 1973; en la gran urbe vemos a Custer montar su caballo, dirigirse hacia el desierto. Sin embargo, el desierto de Ferreri dista mucho del western canónico; aquí el desierto es el gran agujero de *Les Halles*, los antiguos mercados franceses que en el momento de la filmación se habían demolido para la posterior construcción del centro comercial *Forum des Halles.* De este modo, el desierto y la lucha entre ambos bandos, entre la civilización y la barbarie, se da en el corazón mismo de París.

Los indios también caen presa de la sátira. Aquí el jefe indio es Toro Sentado, cacique que ha ido a Washington a firmar la paz con Nixon y que cree en el acuerdo alcanzado con el mandatario: "Nixon no sabe lo que hacen los soldados", exclama el jefe indio. En cambio, el loco de la tribu le recuerda al jefe que "para ellos la paz significa guerra". Si bien los indios son caracterizados en forma casi estereotipada, a muchos de ellos los podemos ver en jeans y camisa, occidentalizados. La mujer de Mitch (Ugo Tognazzi), el explorador de Custer, por ejemplo, posee un negocio de "artículos regionales", y lleva un vestido con un escote prominente.

Al poco tiempo de llegar, al General Custer se le ofrece una recepción. Éste muestra una alta disciplina, chocando estruendosamente sus botas contra el piso cada vez que saluda a alguien. Al mismo tiempo, el Custer de Mastroianni continuamente peina su largo cabello en consonancia con el Custer histórico, que tuvo una larga melena. Antes de finalizar el encuentro entre Custer, el general Terry, algunas damas -entre ellas Marie-Hélène (Catherine Deneuve)- y "los representantes del poder" se le solicita a un

[17] El general Alfred Terry fue un general de la Unión durante la Guerra Civil Norteamericana, uno de los comandantes militares del Territorio de Dakota. Luego de la contienda, colaboró en los Tratados con el jefe sioux Nube Roja.

fotógrafo inmortalizar el encuentro. Éste, que no es otro que el propio Marco Ferreri, acompañará a los militares en la guerra contra el indio. ¿Un corresponsal de guerra?

Rápidamente Custer se enamora de Marie-Hélène, más allá de que él sea un hombre casado, y juntos salen a pasear por el "desierto". Ese paseo se efectúa entre los andamios de las obras en construcción; a lo lejos, Custer divisa indios. Rápidamente le pide a Mitch que tome contacto con ellos para establecer qué "tipo de indios son". Nuevamente, este diálogo permite ver un nuevo guiño: Mitch le responde que son Cheyennes, Oglalas y Pies Negros. "¿Ningún argelino?", pregunta Custer, "ninguno", le responde Mitch. El dispositivo montado por Ferreri sigue en marcha: cuando la película bordea el absurdo, produce este tipo de advertencias con el fin de recordarnos las intenciones profundas de este film. En este caso, se produce un doble sentido: con Pies Negros, Ferreri se refiere a la tribu de amerindios asentados en Montana como también a los *pied-noir* (en francés, pies negros), los ciudadanos franceses de origen europeo que residían en Argelia y que se vieron obligados a salir de ese país tras la independencia en 1962. De este modo, la trama del film se impregna también con el conflicto argelino-francés.

Sin embargo, Ferreri siente que aún no ha satirizado al género como corresponde, por eso también nos presenta a Buffalo Bill (Michel Piccoli), una de las figuras más pintorescas del *far west.* Pero aquí, este soldado norteamericano, cazador de búfalos y hombre de espectáculos, no es presentado en forma canónica sino como un pederasta, exhibicionista y narcisista. De modo que el sanguinario, puritano e higienista Custer chocará con Buffalo Bill por el amor de Marie-Helène y por el "cartel" en la lucha contra el indio. Cuando asisten al espectáculo de este último, Custer se indigna por la actuación de Buffalo: no por los dibujos proyectados sobre el escenario, con diversos motivos que representan crueles matanzas de indios, sino por el odio que tiene sobre su competidor.

La estrategia de Custer en su lucha contra el indio queda definida en una escena en la que resuenan las cámaras de gas nazis: unos soldados acorralan a un grupo de indias y las llevan hacia una fábrica abandonada; son obligadas a entrar a una barraca que se encuentra *coronada* con una gran chimenea. Al instante, la misma es incendiada, carbonizando todo lo que se encuentra en su interior. ¿El ejército más civilizado del mundo utiliza métodos de estas características? Cuando Toro Sentado es informado sobre el hecho, decide tomar revancha; ya no cree en Nixon, es tiempo de buscar a otros Jefes Guerreros: Caballo Loco, Nube Roja, Dos Lunas. La rápida acción de los indios se cobra un par de soldados que se encontraban cabalgando en el desierto; como revancha a la revancha india, Custer apresa a algunos indios y los ahorca públicamente. Al ver el espectáculo brindado por Custer, el loco reúne a las tribus y pronuncia un discurso. De este modo, nuevamente, nos enfrentamos a otro guiño: el discurso es un llamado a la unidad, la guerra debe ser una acción colectiva, todos juntos "seremos un pueblo", "venceremos al opresor". De más está decir que los indios del siglo XIX no hacían uso de esas consignas; el guiño se coloca en la lectura que podemos hacer bajo el signo de un Franz Fanon.

Quizá uno de los personajes más ricos en todo el film sea Mitch, el indio explorador de Custer. Aquí se lo muestra como un indio asimilado que adopta las costumbres del hombre blanco al cual Custer le recordará una y otra vez su lugar. El champagne es para los blancos, Marie-Helène es para los blancos. De este modo, Mitch se debate entre su deseo de pertenecer al mundo blanco y su condición. Custer lo ha llevado al mundo blanco pero una y otra vez le recuerda quién es: al momento de aproximarse a Marie-Helène, al tocarla, Custer le grita "¡No tocar a la mujer blanca!". Aunque no pueda poseer a la mujer que desea, Mitch ya ha tomado otras costumbres *blancas*: en la parte trasera de su local de "artículos regionales" ha instalado un taller de elaboración de esos productos. En el taller sólo trabajan mujeres, que viven en condiciones precarias, de cuasi esclavitud. Son observadas por una foto del presidente Nixon, a la cual honra Mitch, y pide que sus empleadas/siervas lo traten de igual modo: "el presidente las observa", les recuerda Mitch. Dado que no

puede tocar a la mujer blanca, Mitch satisface su apetito sexual con alguna de sus empleadas, burlándose al mismo tiempo del general Custer. Así, Mitch no hace más que repetir y reproducir la conducta del opresor. Paralelamente, si se investiga la historia del general Custer y la batalla que aquí nos presenta, notaremos que el *verdadero* general tuvo como intérprete y guía a Mitch Bouyer, hijo de un francocanadiense y una sioux; a diferencia del Mitch de Tognazzi, Mitch Bouyer fue muerto en la misma batalla que Custer.

Un nuevo guiño se produce al momento de exponer los cuerpos de los indios ahorcados. A tal fin desalojan una escuela india y Pinkerton trae a un artista para que se haga cargo de la "exposición". Ahora con un buzo de la Universidad de Denver, Pinkerton le comenta a Custer que este tipo de exposición la realiza en todos sus viajes, mostrándole así un par de fotos. Pinkerton, sonriente, le comenta las fotos a Custer: al decir "aquí en Bolivia", se puede apreciar la foto del cadáver del Che Guevara; luego muestra otra, en África, donde "expuso" a un jefe revolucionario, Patrice Lumumba. En este nuevo guiño, Ferreri denuncia el intervencionismo estadounidense tanto en Latinoamérica como en África.

Al aproximarse el momento de la batalla final, Custer expresa sus sentimientos guerreros. Para él, la guerra es la razón de los pueblos, siendo lo más importante Dios, la patria y el Séptimo de Caballería. De esta forma, insta a su tropa a no dejar sobrevivientes; la victoria debe ser total y definitiva. La secuencia de la batalla es digna de los westerns clásicos: caballos que galopan, caídas de caballos, *travellings* que acompañan a los soldados. Finalmente la unidad de los indios triunfa sobre las tropas norteamericanas, el general Custer cae muerto... el Custer de Mastroianni ignoraba que el *verdadero* Custer murió en la batalla de Little Big Horn en la cual enfrentó al jefe indio Caballo Loco. Mientras la batalla llega a su fin, Pinkerton, ahora con un buzo de la CIA, se prepara para partir; su misión ha concluido, afirma. El que está a su lado le pregunta qué hará ahora: "me voy a Chile", responde sonriente Pinkerton en su último guiño. Finalmente, al terminar la batalla los indios resultan triunfadores, al igual que los argelinos y los vietnamitas. El loco les recuerda a las tribus que la guerra no ha terminado, que sólo los salvará la acción colectiva.

La sátira de Ferreri se ha posicionado como una doble crítica, por un lado al género norteamericano por excelencia, el western, y por el otro a la intervención estadounidense en Vietnam. Pero las guerras indias y la limpieza étnica también le sirven para apuntar contra el neocolonialismo, la guerra de Argelia y la doctrina de seguridad nacional. Ferreri dota al western de un significado diferente, modifica el contexto habitual; el género le sirve para revisar el pasado con el fin de denunciar el presente; se ubica en el centro de París para evidenciar que la problemática no se encuentra fuera de "nuestras" fronteras sino en el corazón mismo, en el centro de las metrópolis. Los indios de hoy son los explotados de las grandes metrópolis. Hemos visto cómo la propia subversión del género, a veces en escenas, otras en extensas secuencias, otras veces por medio de guiños, permite efectuar la denuncia, inyectar, contrabandear lo político. Así, la película se transforma en un gran caleidoscopio, poseyendo una pluralidad de lecturas políticas que si se hubieran abordado de manera monotemática y en una modalidad más "clásica" o realista no se hubieran podido afrontar. Por otra parte, la sátira le permite recalcar un hecho histórico particular: una derrota de estos militares en el pasado abre la posibilidad de un triunfo sobre ellos en el presente.

A modo de cierre

Presentamos una película que consideramos trascendente para un estudio del cine histórico posmoderno. La óptica aquí desarrollada no sólo resulta valiosa para ese tipo de disciplinas sino también para pensar formas estéticas de aproximación al mundo

histórico. Con esto podemos apreciar y expandir los horizontes analíticos respecto del cine político, que no necesariamente debe ser pensado bajo denuncias y enunciaciones directas sino también a través de ciertos rodeos tendientes al humor, la ironía y la metáfora.

Uno de nuestros objetivos era llamar la atención sobre *No tocar a la mujer blanca* para colocarla ya no dentro del canon del cine político pero sí para pensarla dentro de ese contexto y aproximarla a ese conjunto. Si bien cuenta con un elenco de renombrada trayectoria, la película no tuvo buena acogida crítica ni tampoco repercutió comercialmente, como la mayoría de las películas de Ferreri. Al mismo tiempo, el inusual "éxito" de su anterior obra, *La gran comilona*, producida el año anterior, opacó toda posibilidad de resonancia de su nuevo *opus*. A pesar de ser un cine visceral, de humor negro, a veces escatológico, apoyado muchas veces en personajes marginales, reprobando valores y arquetipos establecidos, un cine sucio y corrosivo como el de Marco Ferreri también puede ser estudiado para la comprensión de la historia. Como señala Rosenstone, los films históricos pueden comentar sobre nuestro pasado a la vez que lo hacen sobre nuestro presente.

La trama, la historia y la política en *El último malón*

Por Alejandra Rodríguez*

(UNQui- UBA- UNSAM)

Resumen

Este trabajo analiza *El último malón*, película realizada en Santa Fe en 1917 sobre la sublevación mocoví que tuvo lugar en 1904. Se aborda la representación de los pueblos originarios y de la frontera con la sociedad blanca/criolla que el filme construye y se intenta identificar los discursos políticos y características estéticas que se entraman para construir esa particular versión del levantamiento indígena.

También se problematiza el concepto de representación, considerando que el filme representa cinematográficamente al colectivo mocoví, mientras que extracinematográficamente su director, Alcides Greca, ejerce su representación política. Por otro lado, en este relato que hibrida géneros (personajes que se funden y confunden con los actores sociales protagonistas de la sublevación), el análisis atiende las dos temporalidades que allí tensionan: la de los hechos históricos (1904) y la de su representación cinematográfica (1917), lo que permite establecer algunas relaciones entre el filme y el contexto político santafecino. En este punto, el trabajo demuestra que la película sufrió alteraciones posteriores al estreno, las que supone vinculadas a hechos políticos y sociales de la región, protagonizados por tobas y mocovíes en 1924.

Palabras clave: Cine - Historia argentina - Política- Pueblos originarios - Representación

Summary

The paper analyzes the film *El ultimo malón* which was made in Santa Fe, Argentina, in 1917 and is about the uprising of the mocovi Indians in 1904. The article delves into the representation of the natives and the frontier between them and the white society, and tries to identify political speeches and esthetic features that are intertwined resulting in that particular version of the indigenous uprising.

* Profesora en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad de Buenos Aires. Ha realizado la Maestría en Sociología de la Cultura en la Universidad de San Martín, adelanto de cuya tesis es este artículo. Escribió en coautoría *Un país de película. La historia argentina que el cine nos contó* (Editorial Del Nuevo Extremo, 2009) e *Historia Argentina Contemporánea. Pasados Presentes de la política, la economía y el conflicto social(Dialektik,2006).* Ha publicado trabajos en revistas especializadas como *Film-Historia,* de la Universidad de Barcelona.
Su campo de investigación es el vínculo entre el Cine y la Historia y en la actualidad trabaja sobre las representaciones de los pueblos originarios y la frontera blanca/criolla durante el siglo XIX y XX, en el cine argentino.

FECHA DE RECEPCIÓN: 10/06/2011· FECHA DE ACEPTACIÓN: 29/09/2011

The concept of representation is put under discussion in the article, since from a filmmaking point of view the movie represents the mocovi people, and off the set, its director, Alcides Greca represents them politically. Furthermore, the article explores this story of hybrid genres (the characters are fused and confused with the social actors who are the protagonists of the uprising) and deals with the two temporal moments of the film: the historical account of the facts (1904) and their film representation (1917). This analysis paves the way for the exploration of some relationships between the film and the political context in Santa Fe. Concerning this issue, the work shows that the movie suffered some alterations after the premiere related to political and social situations in 1924 that had the mocovi as their protagonists.

Key words: Cinema – Argentinian history – Politics – Native peoples - Representation

El último malón, es la primera película argentina que narra los hechos reales acaecidos en San Javier, en 1904, en ocasión de un malón mocoví. Es una película silente y la trama se centra en la relación de los pueblos originarios con la sociedad blanca/criolla. Fue rodada en Santa Fe durante 1917, utilizando algunos de los escenarios y de las personas que participaron de la rebelión de los pueblos originarios.

El filme da cuenta de la sublevación a través de la historia de Salvador Jesús, quien reclama la devolución de las tierras de sus ancestros. Al no encontrar eco en su hermano, el cacique Bernardo, organiza una rebelión y asalta el pueblo de San Javier. En esta epopeya lo acompañará Rosa, la mujer de Bernardo, de quien Salvador se enamora. Esto da lugar a una subtrama ficcional que acompaña y da color al documento histórico centrado en los hechos reales ocurridos en 1904.

Nuestro trabajo intentará identificar los discursos políticos y las características estéticas que se entraman para construir esta particular visión del levantamiento indígena. Con respecto a las marcas políticas dentro del filme, intentaremos demostrar que la película original, filmada en 1917, sufrió alteraciones posteriores al estreno, que se suponen vinculadas a hechos políticos y sociales de la región protagonizados por tobas y mocovíes en 1924. Los carteles jugarán un papel fundamental en la demostración de nuestra hipótesis ya que, como veremos a lo largo de nuestro trabajo, los datos aportados por éstos resultan cruciales para obtener la datación de las escenas modificadas.

El comienzo

La película inicia con la presentación de Alcides Greca, en el escenario de su despacho, rodeado de libros, enarbolando pluma y puntero, constituyéndose como enunciador político y erudito. En la escena siguiente, un cartel identifica a sus acompañantes: "Exmo. Gobernador de Chaco, Fernando Centeno, y el ex diputado, Dr. Ferrarotti, quienes comentan el libreto de la obra al iniciarse su filmación". Los tres hombres se hallan distendidos y confiados en sí mismos; sin embargo, el cartel que cierra este prólogo y que actúa como fuente de autoridad y aval político de la interpretación de la historia a contar puntualiza: "El Dr. Centeno opina que el último malón está por darse". ¿Qué significa la sentencia en dicho contexto? Parece marcar un contrapunto con la seguridad de quienes, desde un tranquilo despacho, se deciden a contar una historia que forma parte del pasado. Luego volveremos sobre este punto.

Desde la perspectiva del cine etnográfico, esta presentación puede considerarse una *escena de llegada*, pues "representa una forma irónica de llegada a la presencia del Otro, lo que certifica la diferencia entre el visitante etnográfico y su sujeto, e imposibilita de esta manera la unidad"[1]. La distancia con aquello/s que se va a representar se acentúa con la presencia de estos diputados; la pretensión informativa y didáctica del filme se refuerza además con la exposición de la prensa y los mapas. Un cartel expresa: *"*No será la poesía enfermiza de boulevard importada de París, ni el folletín policial, ni el novelón por entregas. Será la historia de una raza americana y heroica (…)*."*. Estas palabras imprimen un peso histórico, que se acentúa cuando el director las suscribe con su firma, en un gesto que da valor de *verdad* a lo que presenta, delimita el género y señala un horizonte de lectura.

Luego de este marco de interpretación, el filme sale al lugar de los hechos, a San Javier, al que se muestra limpio y ordenado desde un paneo. A continuación un cartel anuncia el cambio de escenario: "En las inmediaciones de ese pueblo donde los *pionners* de la civilización **levantaron** sus hogares y labran su riqueza, una tribu de indios mocovíes **arrastra** su vida miserable"[2]. Este cartel plantea una visión dicotómica que distingue lo alto y lo bajo, lo elevado de la labor de los inmigrantes y lo chato de la vida de estos pueblos originarios. Desde esa perspectiva se predispone a observar al mocoví.

Un *travelling* recorre la reducción donde se arraigan árboles, chozas y toldos desperdigados. La tierra es el referente constante de la cámara, y muchas tomas están anguladas levemente en picado para enfocar a los diversos habitantes sin perder de vista ese suelo: así los indígenas protagonistas de "ese" hoy de 1917, se presentan uno a uno en pantalla en sus respectivos escenarios, lo que refuerza el tono documental del filme.

Esta secuencia visibiliza la experimentación con los tiempos y los personajes de la historia: Mariano efectivamente era el cacique a cargo de la reducción cuando tuvo lugar la sublevación, y Salvador parece haber combatido en las filas contrarias [3]. Es decir, algunos mocovíes actúan de sí mismos y otros representan a sus compañeros de una década atrás. Se rompe con la oposición entre sujeto histórico y personaje y, por tanto, se anticipan experiencias posteriores, como la de Fernando Birri en la Escuela de Cine Documental de Santa Fe, según sostiene Andrea Cuarterolo[4]. Parafraseando al investigador Paulo A. Paranaguá, se podría afirmar que en esta película la vocación documental coexiste lado a lado con la vocación argumental: la primera se expresa en secuencias enteras, autónomas, sin relación de necesidad absoluta con la segunda[5].

En este filme no sólo pugna la tensión entre argumental y documental, sino también la existente entre el tiempo de la representación (1917) y el tiempo en que tuvieron lugar los hechos que se representan (1904).

Terminada la introducción de los protagonistas reales, se pasa a mostrar algunas de sus actividades, entre las que destaca *la peligrosa caza del yacaré* y, a partir de allí, la lucha cuerpo a cuerpo del hombre contra la naturaleza se prolonga en el tiempo fílmico.

---

[1] Hansen, Needham, N.(1997) Pornografía, etnografía y los discursos del poder´, en Nichols, B., *La representación de la realidad. Cuestiones y conceptos sobre el documental*, Barcelona: Paidós.

[2] Las negritas nos pertenecen.

[3] En *La Prensa* y *La Opinión* del 22/4/1904, se consigna a Mariano López como cacique y no se alude a Salvador, aunque Greca lo menciona como cacique rebelde.

[4] Este interesante planteo es de Cuarterolo. Sin embargo podría considerarse que si una de las primeras actividades del Instituto de Cinematografía fue difundir esta película, la misma pudo haber influido en docentes y alumnos de la institución. Ver Cuarterolo (2009) `Los antecedentes del cine político y social en la Argentina´, en Lusnich, A. L., y Piedras, P. (ed.), *Una historia del cine político y social en Argentina*. Buenos Aires: Nueva Librería.

[5] Al referirse al film *Bajo el cielo antioqueño*, película colombiana de 1925. Paranaguá, P. (2003) *Tradición y Modernidad en el cine de América Latina.* Madrid: FCE, p. 72.

Cierto tono épico escenifica el drama diario del hombre con el medio, y los protagonistas se convierten en héroes que vencieron al más terrible de los monstruos del lugar. A partir de la exhibición de los cuerpos, se tipifica a ese Otro y se otorga autenticidad al relato. Sin duda, la mirada etnográfica domina esas escenas: "La etnografía invoca una curiosidad constantemente renovada e inagotable; lucha por la perpetuación de la curiosidad. Se descubre continuamente la diferencia y se pone al servicio de la comprensión científica. Se hace hincapié en el encanto del Otro; sirve de conocimiento. Se trata de un mundo en el que nosotros conocemos a ellos, un mundo de sabiduría triunfal"[6]. Desde esa confianza, la película construye a los mocovíes, exóticos, *otros.*

En la Argentina moderna del Centenario, ¿quiénes son esos otros que el filme se empeña en mostrar? Sin duda, una rareza que remite a otro tiempo. En este sentido, Blengino[7] plantea que, en la fase final de la guerra contra el indio, el tiempo sustituye al espacio como horizonte de conflicto. El presente comprimido entre el pasado y el futuro traduce el antagonismo *civilización y barbarie* en términos de oposición entre prehistoria y modernidad.

Luego de estas acciones *primitivas,* se exponen las tareas rurales ganaderas desarrolladas por los mocovíes y, a partir de ese momento, la cámara vuelve a la Reducción, para dar comienzo a la ficción.

Un protagónico para los mocovíes

El primer acto se desarrolla en la toldería donde se destaca la choza del cacique Bernardo que, según los carteles, *vivía como un pachá, en las tierras que el gobierno le había regalado* –sin embargo, la comodidad señalada para evidenciar el conflicto no se advierte en cuadro–. Por su parte, Salvador conduce al colectivo de los mocovíes que desean una vida en libertad, en la tierra de sus ancestros y, por tanto, antagonizan con los comerciantes que lucran promoviendo el alcoholismo, con los estancieros que se quedaron con las tierras y los explotan como peones, con el Estado que los reprime, y con los propios mocovíes que aceptan el negocio de los blancos y se benefician con éste.

Es decir que en el filme los *indios* antagonizan con la sociedad blanca, pero también se enfrentan internamente dos modos de liderazgo: el de Bernardo, *aliado de los gringos*, de la policía y *viciado por el contacto con el blanco* –que lo incluye en prácticas clientelares–, y el modo opuesto, el de Salvador, que asiste, convoca a la asamblea y lucha por reivindicaciones colectivas. Este líder recibe el poder de sus *hermanos* y dioses, y está más ligado a las tradiciones. Lo demuestra además viviendo por fuera de la Reducción, en el bosque.

Sus sueños se representan con gran creatividad: cuando Salvador cierra los ojos, se sobreimprimen imágenes de lo que anhela: a Rosa y la vida en el bosque; y también de lo que recuerda, pues un breve *flashback* da cuenta del momento en el que los mocovíes, guiados por los misioneros, abandonan su estilo de vida para ingresar a la reducción de San Javier (hecho ocurrido a mediados del siglo XVIII). Con estos recursos la película inscribe ese presente en la historia. En una historia no vivida por él como individuo, pero "recordada" en tanto parte de la memoria social, del patrimonio cultural de ese grupo que ambiciona hoy la libertad perdida.

[6] Hansen et al (2007), *op.cit.*, p. 276.
[7] Blengino, V. (2005) *La zanja de la patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires: FCE.

Como dijimos, a nivel dramático el filme construye el protagonismo indígena, y es notable la diferencia de posturas dentro del colectivo mocoví, así como su politicidad. Estas características marcan una gran distancia entre este filme y las películas posteriores, en las cuales los *indios* componen una masa indiferenciada que actúa como obstáculo a remover para lograr el triunfo de la civilización.[8]

La originalidad se advierte también en la asamblea, que tiene lugar en el Acto II, *La conspiración.* Allí los mocovíes deliberan, y si bien su presencia en pantalla es más bien corporal –en sintonía con el cine de la época, cuya escritura es de gestos–, la cámara los constituye como sujetos políticos y, con este fin, se intercalan planos cercanos que presentan a los oradores exponiendo sus opiniones.

Se da cuenta de las complejas relaciones de dominación en que se hallan: la clara división entre gringos e indios; entre propietarios de la tierra y despojados; entre incluidos (aunque marginalmente y a partir de las redes clientelares como Bernardo) y excluidos (el resto de los habitantes de la reducción); y entre las mujeres blancas y las mocovíes, pues estas últimas deben *cruzar* la frontera para convertirse en servicio doméstico de las blancas. Se plantea además la necesidad de subvertir esa relación y, de esta manera la película problematiza un tema fundante de la literatura y el cine sobre fronteras, como lo es el mito de *cautivas blancas*.[9]

Los *indios*: entre el exotismo y la extinción

Respecto a los desplazamientos en la representación de los mocovíes, si durante gran parte del filme se los muestra vestidos como peones sin diferenciarse del resto de los pobladores, la representación cambia al explicar los antecedentes del malón. La mirada exótica se reinstala en el ritual: los participantes están ataviados con vinchas de plumas y con pieles, y una cámara en contrapicado enaltece a Tata Dios Golondrina, que oficia la ceremonia. Siguiendo a Marta Penhos, podemos sostener que los atributos plumarios fueron tomados como índice de los habitantes de América, y se constituyeron en elementos fundamentales del estereotipo del *indio* que se aplicaron, en un despliegue omnicomprensivo, a la representación de todos los americanos[10]. Cuando los *indios* realizan acciones consideradas primitivas, la vestimenta acompaña esa regresión.

Promediando el filme aparecen los mocovíes armados con lanzas, proclamando cacique a Salvador Jesús; a partir de allí se abre el Acto IV, *La regresión*, y desde el cartel se anuncia: "En el espíritu de los indios se ha operado una regresión hacia el salvajismo". La idea de la sublevación mocoví como un retroceso en la evolución social se construye tanto desde fuera del campo, con los carteles mencionados, como desde el campo, a través del montaje de secuencias que van desde el saqueo hasta el asesinato. Salvador se presenta en ellas ataviado tradicionalmente e investido de arco y flecha, anticipando el clímax del filme: el ataque al pueblo.

Allí irrumpen los *indios*, confiados –según nos han informado los carteles– en que las balas de los blancos se "convertirán en barro". Vemos llegar el malón a través de los ojos de los hombres de San Javier, de los ciudadanos. Los mocovíes conquistan las calles del pueblo y, a partir de allí, la acción cobra nuevo ritmo. Con planos de menor duración y con el montaje de tomas que dan cuenta de

[8] López, M. & Rodríguez, A. (2009) *Un país de película. La Historia Argentina que el cine nos contó.* Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, pp. 97-127. Se analizan películas producidas entre los años 30 y 90 que abordan la relación entre pueblos originarios y sociedad blanca en la frontera durante el siglo XIX y principios del XX.

[9] Sobre la representación de cautivas en el cine argentino: López, M. y Rodríguez, A. (2006) `Indios y cautivas. El problema de la identidad en el cine argentino´. *VII Encontro Internacional da Anplhac*. Facultade de Historia- PUC Campinas. Brasil.

[10] Penhos, M. (2005) *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires: Siglo XXI.

puntos de vista diferenciados, el director logra imprimir dinamismo a la narración. Al cabo de unos minutos, los sublevados son abatidos, los muertos cargados en carretas, y la toldería incendiada por un grupo de vecinos. Sólo unos pocos logran escapar.

La distancia entre las primeras letras donde se describía a los mocovíes como raza fuerte y heroica, pero sometida y despojada, y el momento del ataque donde se los presenta como victimarios, es enorme. El discurso cambia cuando los mocovíes transgreden el espacio social y geográfico, y por la fuerza irrumpen en el espacio urbano. Por un momento, la película pone al *indio* en el lugar que le dieran los relatos de conquista: como violador de la frontera blanca. Los carteles, entonces, refieren a "la saña del indio", a lo *salvaje,* contraponiéndolo a "La valerosa juventud sanjavierana que sale a perseguir a los fugitivos"*.* Mientras los *indios* se hallan en el espacio de la toldería, reducidos, acotados en ese espacio de subalternidad, es posible celebrar el intercambio entre ambos mundos. Sin embargo, en las escenas donde cruzan la frontera espacial y social que los separa de la sociedad de San Javier para subvertirla, la mirada se encolumna tras los *vecinos de San Javier*, constituidos en víctimas del alzamiento.

En el Acto VI, *La caza del indio*, se advierte un nuevo cambio: no se presenta a los mocovíes como sujetos políticos ni como integrantes del malón salvaje, sino como *símbolos vivientes de la derrota*. Este deslizamiento da cuenta de otro discurso social que circula en esos años, el de la "invisibilización de los pueblos originarios". Este supone la desaparición de los habitantes originarios o la supervivencia de algunos de ellos como rareza que es necesario tutelar para transformarlos en seres "útiles"[11]. Así, el *indio* antepasado del hombre contemporáneo es un anacronismo que ofrece un estímulo para comprender la naturaleza de la evolución humana[12]. Si en gran parte del filme hay un esfuerzo por visibilizar socialmente a los mocovíes y por hacer presente su historia y condiciones de vida, esa intención se pierde en la última secuencia, donde los mocovíes son representados como parte de una prehistoria condenada a morir: "Símbolos vivientes de la derrota… se dirigen hacia el Gran Chaco patria de los indios". Este cartel acompaña una puesta en cuadro donde se ve a Rosa y Salvador viviendo en el monte, a orillas del río, enamorados y ataviados tradicionalmente.

Esta construcción idealizada de vida indígena en el Gran Chaco, constituye un final tranquilizador donde se concilian dos perspectivas: la del orden, de la sociedad sanjavierina que ha eliminado la amenaza indígena a fuerza de fusiles; y la romántica, donde la libertad, la naturaleza y las causas perdidas tienen su lugar. El conflicto social se ha resuelto con el triunfo de la civilización, y, el triángulo pasional, con el triunfo del amor: Rosa y Salvador viven ahora en los márgenes, y un amor de novela cierra el cuadro.

¿Un nuevo principio? Apuntes para una microhistoria del filme

Volvamos al principio, a la *Presentación*, donde dos políticos conversan con Greca con motivo del inicio del rodaje. Esta escena ha despertado comentarios de investigadores que la han analizado. Sobre la misma dice Garate[13]: "Centeno opinaba que el último malón está por darse todavía. La observación relanza al tiempo futuro la posibilidad (la reiteración) del hecho pasado, por lo que cabe inferir que el pasado no pasó todavía, no del todo, que no está cerrado o clausurado sino que integra el horizonte del presente".

[11] Delrio, W. (2005) *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia. 1872-1943*. Buenos Aires: UNQ – Prometeo, pp.150-183.
[12] Blengino, V., *op. cit.*, pp. 87-106.
[13] Garate, M. (2010) `Figuraciones del pasado, contradicciones del presente. En torno a El último malón de Alcides Greca´. *Cine mudo en Iberoamérica: naciones, narraciones, centenarios*, México D.F.: Museo Universitario Arte Contemporáneo.

Respecto de los personajes, Romano comenta: "A continuación lo rodean sus amigos, el diputado radical Ferrarotti y el ex gobernador del Chaco, el Dr. Centeno. Nuevos datos para el asombro, pues éste último no sólo era de extracción conservadora, sino que había impedido legalmente a los indios de las reducciones viajar al norte y trabajar como braceros por mejor paga que la recibida en las estancias del norte santafecino, a causa sin duda de los compromisos con dichos estancieros. Sólo cuestiones coyunturales de la política local explican y justifican su lugar en esta presentación al terminar el primer período gubernamental del radicalismo en Santa Fe (1912-1916), cuando el gobernador (Manuel Menchaca) y vice (Ricardo Caballero) forman grupos antagónicos".[14]

Mientras Miriam Garate reflexiona sobra la frase, Romano intenta contextualizar este personaje y señalar su vínculo con los *indios*. Sin embargo, algunas cuestiones no han sido profundizadas, y son relevantes para la comprensión del contexto de producción del filme.

En este sentido, es necesario señalar que Centeno era miembro de una familia de notables, de vasta tradición política, y que comenzó su carrera como jefe político de los departamentos San Jerónimo y Constitución, por la Coalición. Gracias a este espacio, fue tres veces elegido Diputado santafecino y estuvo, además, a cargo de la presidencia de la Cámara de Diputados de esa provincia durante el gobierno radical.

El acercamiento de Centeno al partido mayoritario se relaciona con el marco de convocatoria a los caudillos pertenecientes a la maquinaria de los gobiernos electores y de negociaciones con ellos, iniciado por el radicalismo en Santa Fe con vistas a las elecciones de 1912, y que luego profundiza en función de la disputa electoral con la Liga del Sur, base del Partido Demócrata Progresista de Lisandro de la Torre.

Esa trama política es la que reúne a Greca, Ferrarotti y Centeno, por lo que más que de una *extraña alianza de la política local* se trata de un encuentro de tres políticos que, desde 1912, comparten escaños y comisiones en la Cámara de Diputados de la provincia[15], en el marco de una política de acuerdos entre el radicalismo y distintas facciones conservadoras. Esta política convertirá a Centeno en el gobernador radical del Territorio Nacional del Chaco.

Despejado este problema aparece otro, pues el cartel lo presenta como gobernador de Chaco, hecho que ocurrió entre 1923 y 1926. Corroborados estos datos**,** no caben dudas de que el cartel donde Centeno profetiza sobre el malón por venir no corresponde al momento de la realización del filme. Esa voz disonante es extemporánea, proviene de una fecha posterior al estreno de la película. Se confirma así la sospecha de anacronismo planteada por Hector Kohen, quien señala que la explicación de la misma apuntaría hacia la profecía autocumplida del gobernador Centeno[16].

Lo documentado es que tanto Centeno como el Ministerio del Interior tuvieron responsabilidad sobre la Reducción de Napalpí, institución que administraba la mano de obra aborigen con el fin de que estos abandonaran el nomadismo y se incorporaran al proceso de producción económica de la región. Hacia 1920, la mayoría de los setecientos pobladores trabajaba a destajo en la producción

[14] Romano, E. (1991) *Literatura Cine Argentinos sobre la (s) frontera (s).* Buenos Aires: Catálogos, pp. 14-15. Sobre prólogo de Inés Santa Cruz a *Los cuentos del comité.*

[15] Luis Ferrarotti fue abogado de la Federación Agraria y Diputado provincial. A partir de 1928, y hasta 1930, se desempeñó como Diputado nacional. Alcides Greca, fue también Diputado provincial en 1912 y luego en 1916. En 1920 asume como Senador y también como Diputado Constituyente para la reforma constitucional provincial. En 1926 y en 1930 fue electo Diputado nacional, función que cumple hasta el golpe de 1930.

[16] Kohen, H. (2009), en el dossier "Primera antología del cine mudo argentino" INCAA, GCBA, sugiere el anacronismo de los carteles y los vincula a la profecía autocumplida del Gobernador Centeno.

algodonera. Como existía la posibilidad de migrar hacia los ingenios azucareros; o de subsistir de la caza, la pesca o la algarroba, constituían, desde la perspectiva de los propietarios, una mano de obra inestable. Por esta razón, los terratenientes presionaron al Poder Ejecutivo Nacional para que interveniera en la cuestión, y consiguieron que el gobernador Centeno prohíbiera los desplazamientos indígenas fuera del territorio[17].

Esto provocó que los habitantes de la Reducción se sublevaran contra las directivas y la administración de la reducción, y se negaran a levantar la cosecha. A esta situación se sumaron rumores y denuncias de estancieros que alegaban saqueos en sus propiedades[18], y noticias de la prensa que presentaban el conflicto social como sublevación indígena; incluso el propio Centeno, en principio, justifica la intervención como tendiente a aplacar un malón[19]. Finalmente, el 19 de julio de 1924, la tropa policial local, junto a la de Resistencia y de otras localidades vecinas, reprime a los habitantes de Napalpí que habían negado sus brazos para la cosecha[20].

En vista de estos hechos, podemos suponer que alguien con conocimiento de lo ocurrido en Chaco alteró el filme y puso en Centeno la frase que luego parecerá premonitoria: *El último malón está aún por ocurrir* pues, según esta perspectiva, efectivamente la sublevación indígena se reeditó en 1924. Indagaremos entonces sobre el contexto en que se produjo esa intervención.

El derrotero del filme

El crítico Jorge Couselo relata que, después de su estreno en el Palace Theatre de Rosario el 4 de abril de 1918, y en el Smart Palace de Buenos Aires el 31 de julio de 1918, la película cayó en el olvido, hasta que el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral, en 1956, proyectó una copia en 35 mm, muy deteriorada, para alumnos y para familiares de Greca. Luego, en 1968, Fernando Vigévano, del Cine Club de Rosario[21], extrajo de esa copia otra de 16 mm, y de ésa proviene la recuperada por el Museo Municipal de Cine. Esta versión es replicada por Romano y por el Museo del Cine de Buenos Aires, como presentación al volumen 1 de *Mosaico Criollo*. Lo cierto es que entre el estreno y el pasaje a 16 mm ocurrió la intervención a la que nos referimos.

Hemos hallado algunos elementos que nos permiten suponer que fue el mismo Greca quien intervino el filme con posterioridad a los hechos de Napalpí en 1924 pues, una semana después, el 27 de julio de 1924, el director publica una nota en el diario *Crítica*, donde se refiere al filme, a su novela *Viento Norte* (aun inédita), y al tratamiento que el Estado Nacional da a los indios. La misma discute tópicos y prejuicios sobre la maldad de los indios, su falta de inteligencia o sus características violentas.

"(…) La tribu de San Javier es una legión de espectros, una úlcera que ha hecho brotar la civilización y que ella misma debe curar lo más pronto posible. Solamente los niños que se arrancaran de ese medio podrán salvarse, si el gobierno alguna vez se acuerda en forma práctica de los pobres indios."

---

[17] *L.V.CH.* 6/5/1924.

[18] *La Nación* y *LVCH* plantean la alarma de los sectores propietarios ante los hechos. Ver Echarri, F. (2004) *Napalpí, 'la verdad histórica'*, Resistencia: Ed. de Autor, pp. 33-36.

[19] Centeno declaró que se trató de una "sublevación a mano armada encabezada por el indígena Dionisio Gómez", aunque después del 19 de julio expresó a la prensa que lo ocurrido en mayo fue una "simple huelga". En *A.H.P.CH.* N.º 63, p. 107. Citado por Echarri, F., *op. cit.*

[20] Sobre la dimensión de la represión, Larraquy (2009) sostiene que se trató de una masacre. Echarri (2004) enuncia que no hay suficientes pruebas de que la represión haya alcanzado a doscientos aborígenes. Sí, en cambio, están documentadas cuatro muertes.

[21] Posiblemente, la última proyección del film en 35 mm fue realizada el 8/12/1957, en el Cine Club de Rosario. Ver Scaglia, A. & Varea, F. (2008), *Rosarinos en pantalla*. Rosario: CEPIC, Centro de Estudio, Perfeccionamiento e Investigación Cinematográfica.

"(…) tobas y mocovíes son los indios sublevados en el Chaco. Conozco a unos y otros, pero muy especialmente a los mocovíes y puedo asegurar que los tobas son mas indómitos y sanguinarios. El mocoví es generalmente manso y sólo pelea cuando los apuran mucho."

Es posible conjeturar que el Greca político vio la oportunidad de difundir su perspectiva sobre el tema y decidió aprovechar las imágenes de sus ex compañeros, las que sin duda agregaban al filme el condimento estelar de la participación de quien en ese momento era el actor principal de los hechos ocurridos en Chaco, y a quien se dirigían todas las miradas de la prensa: Fernando Centeno.

Apoya esta idea el hecho de que el cartel de presentación ubica a Centeno como Gobernador de Chaco (lo fue entre 1923 y 1926) y a Ferrarotti como ex diputado (1922 y 1928). Si consideramos que los sucesos de Napalpí se desencadenaron en 1924, la fecha probable de intervención de la película es entre julio de 1924 y diciembre de 1926. Sólo durante ese período cobran sentido todas las presentaciones.

Por otro lado, una fuente periodística, que no ha sido analizada aún en este sentido, abona nuestra hipótesis: se trata de la columna "Cinematógrafo" de *La Capital* de Rosario del 18/12/1917, de Emilio Zaccaría Soprano: "Arte Cinematográfico Rosarino". Allí expresa: "Greca aprovecha al mismo escenario de los sucesos, haciendo intervenir a gran parte de los personajes que actuaron en ellos. (…). Una sucinta relación del argumento dará a nuestro lectores una idea de la importancia de este nuevo filme que se confecciona en los talleres de la Sociedad Cinematográfica Rosarina y cuya exhibición se anuncia para muy en breve". A continuación el autor realiza un *decoupage* donde describe parte a parte todos los segmentos que componen el filme y, por lo detallada de la descripción, debe continuar la nota al día siguiente, donde da cuenta de los actos IV al Epílogo.

El crítico comienza su primera nota describiendo el inicio: "El Prólogo: La civilización y el indio. Aparece una vista panorámica de San Javier, con su río, sus islas, sus lagunas, su caserío moderno y sus floridas huertas. En uno de los arrabales como en contraste se levanta la toldería, en los patios de ésta se ven familias indígenas en un hacinamiento de hombres, mujeres, niños y perros. Preséntanse los caciques y los tipos populares de la tribu…".

Es improbable que un autor tan minucioso haya omitido la *Presentación*, no sólo por el grado de detalle con que analiza la pieza, sino porque en las crónicas del crítico se advierte una clara obsesión por mencionar los actos y partes que conforman cada filme. Además sería extraño no mencionar esa *Presentación* tan política, en un contexto en el que los diarios exponen permanentemente las pugnas dentro del radicalismo santafecino.

Es por ello que sostenemos que la *Presentación* entera no fue mencionada porque no formaba parte del filme. Es decir, no sólo se añadió el cartel, sino que la presentación entera fue agregada en el contexto de las repercusiones de Napalpí, para relanzar su perspectiva sobre el tema. Greca recurrió nuevamente al filme, como lo había hecho desde su temprana edad con la literatura, el periodismo, el cine, y la fotografía[22], como medio de intervención política, y para dar testimonio de hechos considerados relevantes para la historia.

Así describía Greca el valor social, documental de sus intervenciones, en el Prólogo de *Tras el alambrado de Martín García,* en abril de 1934:

[22] A los 18 años funda el periódico *El mocoví*; luego, *Palabras de Pelea*; en 1917, el filme. En 1927, *Viento Norte*; en 1931, *Cuentos de Comité.* En 1934, *Tras el alambrado de Martín García*.

"Mi literatura tiene un valor esencialmente documental. (…). Mis libros serán buscados dentro de cincuenta años por los investigadores y los estudiosos con la curiosidad con que se leen hoy las recopilaciones de Haig. (…)."

"Estas memorias provocarán un hervor de pasiones. Serán aplaudidas y execradas. Pero cuando pasen todos los actores de este melodrama, que posiblemente derivará en tragedia, tendrán, yo lo aseguro, el valor de un documento".

En este sentido, la referencia argumental y formal al pasado del filme no logra ocultar lo que la misma tiene de significación contemporánea y, en esta nueva intervención, se evidencia el deseo del director de operar en la coyuntura y de anclar su obra en el espacio de controversia política de ese presente.

Apuntes finales

El último malón propone una representación de la frontera atravesada por tensiones y contradicciones que se expresan en la trama visual y narrativa. El espacio mocoví es concebido en esta película como una frontera interior, que contiene y separa una identidad étnica y social.

Sin embargo, cuando la representación da cuenta del momento en que los mocovíes desbordan esa zona de restricción material y simbólica, la perspectiva sobre el tema cambia; se animaliza a los protagonistas de la rebelión: "ni los tiros de las escopetas detenían a los mocovíes hambrientos", y la explicación de sus acciones se reduce a su consideración como regresión al salvajismo.

Este desplazamiento producido en el clímax de la película puede entenderse en el marco de la tensión propia de la doble representación que ejerce Alcides Greca. Éste representa cinematográficamente a los mocovíes, a la vez que se arroga la representación política del colectivo –que incluye a los habitantes (blancos e indígenas) de la localidad–, en tanto ciudadanos electores todos. No olvidemos que Greca, desde muy joven, fue Jefe Político de la región y, con la vigencia de la Ley Sáenz Peña, fue electo diputado provincial gracias a los algo más de 770 votos de San Javier. Dice al respecto:

"He tenido que luchar en las campañas políticas de San Javier con el pesado lote de unos quinientos indios electores que figuran en el padrón electoral. (…). No hay elector más inseguro. (…). Sin embargo no todos los indios son venales. Hay algunos que son más decentes que ciertos diputados nacionales. Entre los caudillos indígenas que me responden puedo citar con orgullo al cacique Salvador López, que fue uno de los jefes rebeldes que acaudillaron el malón de 1905. (...) desde que en 1911 en que se puso en vigencia la ley Sáenz Peña, ha acompañado siempre a la fracción política en que milito, Muchos blancos ricos de San Javier han cambiando varias veces de partido, pero el caique Salvador pese a los ofrecimientos de dádivas y puestos siempre ha permanecido fiel a nuestra bandera". [23]

Cierto compromiso político con los diferentes sectores sociales tensiona y hace que el relato se mueva entre el protagonismo indígena y la delegación de su voz; entre la comprensión de las causas de la sublevación y la condena a las consecuencias de la misma. Así, *El último malón* deja planteada una versión particular de la historia donde se combina el exotismo y la mirada etnográfica, y se exponen las causas de la sublevación mocoví acontecida una década atrás, al tiempo que se denuncia la situación de exclusión social en que se hallan los mocovíes en ese presente.

[23] *Crítica*, 19/7/1924.

En este sentido, el agregado de la *Presentación* que se realiza después de Napalpí inscribe definitivamente a la película no sólo en el debate por el sentido de la historia, sino en la discusión política de ese presente. Es por ello relevante la pregunta acerca de la recepción que habrá tenido este filme en Rosario y Buenos Aires, así como la investigación acerca de si la película volvió a circular luego del montaje de la nueva introducción, en qué circuitos lo hizo y con qué recepción del público y de la crítica.

El análisis contextual del filme como documento de época y de su contenido, en tanto versión de la historia que propone, puede ser profundizado a través de la crítica de los materiales empleados y del trabajo de montaje. De esta manera se podrá atravesar la narración, y continuar aportando al conocimiento de los múltiples vínculos entre el cine, la historia y la política.

Cine Militante argentino contemporáneo: Una introducción

Por Maximiliano Ignacio de la Puente*

(UBA)

Resumen

Desde principios de la década del noventa, el cine militante, de larga y fructífera tradición tanto en la Argentina como en el resto del mundo, resurgió en nuestro país a la par de la agudización de los conflictos sociales en general, y de la revalorización del género documental en particular. Es en estos años cuando crece el interés por el cine documental, y en paralelo con el documental de autor, comienzan a formarse colectivos de cine social y político, con algunas características similares, y otras diferentes a las de los grupos de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Consideramos el cine militante como aquel que hace explícitos sus objetivos de contrainformación, búsqueda de cambio social y toma de conciencia, al elaborar, a través de sus películas, un discurso crítico de distintos aspectos de la realidad. En este artículo, nos referiremos a los principales grupos actuales, a sus formas de producción y de relacionarse con el Estado y al contexto de su surgimiento, evolución y desarrollo, en el marco de la profunda crisis social, política y economía que atravesó nuestro país desde fines del 2001.

Palabras clave: Cine- Militancia- Estética- Política- Contrainformación

Summary

Since the early nineties, the militant cinema, with a long and fruitful tradition in both Argentina and the rest of the world, revived in our country with the deepening of social conflicts in general, and the upgrading of documentary genre in particular. It is during these years, when growing the interest in documentary film and in parallel with the documentary's author, begin to form groups which works with social and political film, with some similar and different characteristics from other groups of the sixties and seventies of last century.

We consider the militant cinema as one that makes a critical discourse of reality and explicit its objectives of search for social change.

In this article, we refer to the main groups now, their genesis, evolution and development in the context of deep social crisis, politics and economy that affected our country since late 2001; also their forms of production and their relationship with the State.

Key words: Cinema - Political Activism - Aesthetics – Counter information

* Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UBA). Ha finalizado la Maestría en Comunicación y Cultura en la misma Casa de Estudios. Becario de Doctorado de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Integra el proyecto UBACYT "Apropiaciones estéticas del legado de la década del setenta", dirigido por Daniel Mundo, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, período 2010-2012. Ha publicado, entre otros: (2007) *El compañero que lleva la cámara. Cine militante argentino.* Editorial Tierra del Sur; (2008) *Santiago Álvarez: Reflexiones, testimonios, relámpagos en un instante de peligro.* Editorial Tierra del Sur; (2010) *Jorge Sanjinés y el grupo Ukamau. Reflexiones y testimonios*. Editorial Tierra del Sur.

FECHA DE RECEPCIÓN: 10/06/2011· FECHA DE ACEPTACIÓN: 24/10/2011

Desde principios de la década del noventa, el cine militante, de larga y fructífera tradición tanto en la Argentina como en el resto del mundo, resurgió en nuestro país a la par de la agudización de los conflictos sociales en general, y de la revalorización del género documental en particular. Es en estos años cuando crece el interés por el cine documental, y en paralelo con el documental de autor, [1] comienzan a formarse colectivos de cine social y político, con algunas características similares y otras diferentes a las de los grupos de los años sesenta y setenta.

Consideramos el cine militante como aquel que hace explícitos sus objetivos de contrainformación, búsqueda de cambio social y toma de conciencia, al elaborar, a través de sus películas, un discurso crítico de distintos aspectos de la realidad. Entre las características generales de los grupos de cine militante se destacan, por un lado, la utilización del cine como herramienta para la transformación social -al cual le asignan un fuerte valor contrainformativo-; y por el otro lado, una metodología de producción emergente y una búsqueda de modos de exhibición alternativos al cine industrial o comercial. Una particularidad fundamental que diferencia las prácticas de los grupos actuales respecto de las de las formaciones de los años sesenta y setenta, como Cine Liberación y Cine de la Base, es la ocupación del espacio público por parte de las producciones contemporáneas. Proyectar, presenciar, interactuar –y aún fomentar- en las asambleas, en las fábricas recuperadas, en las manifestaciones políticas, en los cortes de ruta, se ha vuelto una constante entre los nuevos grupos de cine militante. Como sostiene Leonor Arfuch, en los últimos años, "la calle fue transformándose en escenario obligado de participación y experimentación, en el territorio por excelencia de la compleja aleación entre arte, compromiso y política" [2]. Los grupos de cine de intervención política convierten así las prácticas en el espacio público en su terreno habitual. En los setenta, debido a las duras condiciones represivas impuestas por las dictaduras militares, estas experiencias eran irrealizables.

Algunos de los grupos que surgieron en este período, en el área de influencia de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, son: Cine Insurgente (surge en 1999), Boedo Films (1992), Ojo Obrero (2001), Contraimagen (1997), Alavío (1996), Venteveo Video (2001), Primero de Mayo (1998) y Mascaró Cine Americano (2002). Se formaron también otras agrupaciones en el interior del país, como por ejemplo: Ojo Izquierdo (1999), de la provincia de Neuquén; Wayruro (1992), de Jujuy, y Santa Fe Documenta (2003), de Santa Fe. Algunos grupos fueron expresiones temporales, que nacieron al calor de la crisis del 2001, y que rápidamente se disolvieron. Otros se constituyeron como colectivos, espacios de trabajo y de encuentro en los que confluían distintos grupos, con el fin de realizar producciones comunes: por la calidad y cantidad de sus realizaciones, Argentina Arde (2001) y Kino Nuestra Lucha (2002) son los ejemplos más destacados.

En este artículo haremos un relevamiento de estos grupos y colectivos de cine militante contemporáneo. Describiremos las trayectorias de cada uno de ellos: cuáles son sus postulados básicos, sus modos de funcionamiento y sus producciones más destacadas; teniendo en cuenta que cada grupo posee una dinámica interna cambiante, que ocasiona rupturas y discusiones al interior de los colectivos.

[1] Consideramos como tales a aquellos films que cuestionan el documental expositivo tradicional, a través de formas expresivas dadas, entre otros factores, por las intervenciones explícitas de las subjetividades de los realizadores en sus películas, lo que ocasiona una mayor conciencia de su artificialidad; esto es, de ser sólo una lectura posible, entre tantas, de la realidad. Películas como *Los rubios* (2003), de Albertina Carri y *M* (2007), de Nicolás Prividera, son ejemplos paradigmáticos de este tipo de documental.

[2] Arfuch, L. (2004) `Arte, memoria, experiencia: políticas de lo real´. *Revista Pensamiento de los Confines,* (15).

Los principales grupos: trayectorias y lineamientos internos

El Grupo Alavío de video y acción directa cuenta con más de quince años de experiencia en producción de materiales audiovisuales retratando conflictos sociales y luchas obreras, como también producciones para usos pedagógicos y científicos. Sus principales integrantes son de orientación anarquista. Participan tanto en proyectos cogestionados con organizaciones en lucha, así como en propuestas de autor de los miembros del grupo. Pertenecieron al colectivo Argentina Arde a principios del año 2002, estuvieron vinculados con anterioridad a las Madres de Plaza de Mayo y al Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de la localidad de San Francisco Solano, Provincia de Buenos Aires. Desde hace unos años colaboran con el Hotel Bauen y con el movimiento de fábricas recuperadas al que este pertenece. Entre 1994 y 1996 participaron de la dirección del noticiero diario de Canal 4 Utopía, una experiencia de televisión comunitaria. Además, realizaron varias experiencias de transmisiones de televisión abierta en lugares de conflicto y construcción comunitaria, y actualmente transmiten materiales propios y de otros documentalistas a través de Internet en Agora TV. Alavío, como la mayoría de los grupos estudiados, hace hincapié en la instrumentalidad política de sus producciones, y reconoce la apropiación técnica y tecnológica como un eje fundamental en la lucha por la constitución de una subjetividad desde los intereses e identidades de la clase trabajadora y los sectores oprimidos. El grupo se financia a través del aporte de sus miembros y de las organizaciones con las que trabajan. Como criterio, no estrenan comercialmente sus películas, lo que se corresponde con una negativa tajante hacia el rol del Estado en la producción audiovisual: no piden créditos ni subsidios al Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), ni les interesa que sus producciones sean emitidas por la televisión pública. Las principales producciones del grupo son: *Carta de un escritor a la Junta militar* (1996), *Martín* (2002), *Bloqueo al polo petroquímico* (2002), *El Rostro de la Dignidad, memoria del MTD de Solano* (2002), *Crónicas de libertad* (2002), *Mate y Arcilla (Zanón bajo control obrero)* (2003), entre otras.

Ojo Obrero es un grupo de cine y fotografía relacionado con el Polo Obrero, una organización de masas del movimiento piquetero adherida al Partido Obrero, aunque no integrada completamente dentro de él. Si bien la exhibición de sus producciones no está acotada a ningún circuito en particular, su función principal es que sean debatidas por los trabajadores dentro de sus propias organizaciones de lucha: comisiones de desocupados, sindicatos, agrupaciones, partidos políticos, etc. Es entonces el objetivo político-práctico el que ordena el desarrollo y el trabajo del grupo. Las fuentes de financiamiento del grupo son los aportes voluntarios de sus miembros, las pequeñas donaciones y las ventas de sus videos. Se consideran promotores del término "cine piquetero" como una nueva categoría dentro del género documental: un cine que nace en la calle, en los cortes de rutas, en las manifestaciones, en los comedores populares, y que tiene como protagonistas a los sectores populares. Luego del estallido de diciembre de 2001, que ocasionó la renuncia del entonces Presidente de la Nación Fernando De la Rúa y dejó un saldo de varios muertos y heridos en todo el país por la represión policial, Ojo Obrero realiza a fines de 2004 el Festival Latinoamericano de la Clase Obrera (FELCO), que no se limita a exhibir producciones de cine militante hecho por colectivos, sino que difunde además realizaciones individuales. Desde su funcionamiento, el FELCO ha recorrido también los países vecinos de Brasil, Chile y Uruguay, como sedes de las muestras centrales. A diferencia de Alavío, Ojo Obrero no reniega del Estado como medio de financiamiento, constituyéndose incluso como un grupo de presión para obtener subsidios de parte del INCAA, tanto para sus producciones como para la organización del propio festival. Varios de sus miembros son además integrantes de Documentalistas Argentinos (DOCA). Como grupo, editan un boletín, y brindan talleres para aprender a producir y editar realizaciones audiovisuales. Algunas de sus principales producciones son: *Un fantasma recorre la Argentina... los piqueteros* (2001), *¡Piqueteros carajo! (la masacre de Puente Pueyrredón)* (2002), *Argentinazo, comienza la revolución* (2002), *Sasetru obrera* (2003), *Paso a las luchadoras* (2003), *Así es el subte* (2005) y *Casino* (2008), entre otras.

Cine Insurgente nace como grupo de producción, distribución y reflexión en torno al fenómeno audiovisual en 1998, y se presenta públicamente en 1999 con su primer largometraje, *Diablo, familia y propiedad*, dirigido por Fernando Krichmar, uno de los fundadores junto a Alejandra Guzzo. Desde su origen, realizan exhibiciones en las que incluyen materiales de otros grupos, además de haber sido uno de los propulsores del colectivo Argentina Arde. Su trabajo se ha coordinado en los últimos años con diversos movimientos sociales, como algunas asambleas populares y con el Movimiento de Trabajadores Desocupados, aunque se declaran independientes de los partidos políticos. El grupo se organiza para producir colectivamente y crear canales de distribución alternativos que ayuden a las luchas. Organizan giras, proyecciones, ciclos, y brindan también talleres de realización, edición, producción y fotografía fija. Ofrecen, además, servicios de edición para poder financiar sus obras. Asimismo, venden sus películas en las proyecciones que organizan y a través de su página web. Varios de sus integrantes son miembros de DOCA. Sus principales realizaciones son: *Diablo, familia y propiedad* (1999), *Las Madres en la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001* (2002), *¡Por los cinco! Libertad a los presos políticos del imperio* (2003), *Asamblea: ocupar es resistir* (2004) y *Yaepota Ñande Igui – Queremos nuestra tierra* (2006), entre otras.

Indymedia Argentina Centro de Medios Independientes se presenta como un colectivo de contra-información sin fines de lucro y democrático de voluntarios, y sirve como la unidad de organización local de la red Indymedia Global, que nació con las manifestaciones de Seattle a fines del año 1999 y se extendió junto a las protestas antiglobalización por todo el mundo. A la Argentina, Indymedia llega recién en el 2001, expandiéndose por varias ciudades del interior del país. En Internet, cuentan con una sección abierta a la publicación de noticias, videos, fotos y discusiones. En Indymedia participan y coexisten distintas posiciones políticas, con algunos criterios comunes: son anti-capitalistas, internacionalistas, anti-sexistas y anti-fascistas. El aporte de herramientas y de talleres de formación a los movimientos populares que llevó adelante este colectivo fue muy significativo en los primeros años del siglo, cuando los grupos militantes no contaban aún con espacios virtuales en los cuales mostrar sus trabajos y las nuevas tecnologías no eran manejadas por todos. El modo de financiamiento es a través de aportes de voluntarios anónimos, y de la contribución internacional de Indymedia Global, lo cual lo distingue como grupo frente a los demás, al recibir financiamiento del exterior. Los principales trabajos de Indymedia video fueron realizados entre el 2002 y el 2004, algunos de los cuales son coproducciones: *Escrache a la Esma* (2002) y *Compañero cineasta piquetero* (2002), junto a Proyecto ENERC; y *Octubre Boliviano* (2004), junto a Elipsis Video, entre otros.

El Grupo de Boedo Films fue creado por algunos egresados de la Escuela de Arte Cinematográfico de Avellaneda en el año 1992. Sus integrantes generan material teórico para el debate a través de investigaciones, proponen cursos de cine documental y venden sus películas a través de la web, lo cual no significa que renieguen del Estado como fuente de financiamiento. Como modo de sustentar sus producciones, han realizado también documentales institucionales para empresas, organismos y fundaciones. Durante la década del noventa estrenaron comercialmente dos de sus producciones y, luego del estallido de diciembre de 2001, formaron parte del colectivo Kino Nuestra Lucha, con el cual produjeron la trilogía sobre la fábrica recuperada *Brukman: Control Obrero* (2002), *La fábrica es nuestra* (2002), y *Obreras sin patrón* (2003), que analizaremos más adelante. En la actualidad, forman parte de DOCA (Documentalistas Argentinos). Las producciones más destacadas de Boedo Films son: *Después de la siesta* (1994), *Fantasmas en la Patagonia* (1996), *Jorge Giannoni, NN ese soy yo* (2000), *Agua de fuego* (2001), y *Cuatro estaciones* (2004).

Contraimagen es un colectivo de realización audiovisual vinculado al Partido de Trabajadores por el Socialismo (PTS). Surge en 1997 por iniciativa de un grupo de estudiantes de cine de la Escuela de Avellaneda. El grupo tiene filiales en Buenos Aires, La Plata, Rosario y Neuquén. Se forma a partir de la fusión con el colectivo Dziga Vertov Transpolación Latinoamericana, en un momento de fuerte

movilización contra la represión en la ciudad de Cutral Có, [3] y de una serie de actividades vinculadas a los derechos humanos en las ciudades de La Plata y Neuquén. Se ocupan fundamentalmente de la temática clasista, e integraron el colectivo Kino Nuestra Lucha. Además de producir videos, editan revistas y folletos, impulsan la creación de agrupaciones en escuelas de artes y universidades, organizan ciclos, debates, muestras de fotos, charlas, etc. Algunas de sus realizaciones son: *Teresa Rodríguez* (1997), *30 años del Mayo Francés* (1998), *Nueve días de huelga en cerámicas Zanón* (2001), *Precarización laboral esclavitud moderna* (2006), *Oaxaca el poder de la comuna* (2006) y *Ellos se atrevieron* (2007).

También ligado al PTS, el grupo El Ojo Izquierdo, de Neuquén, surge a principios de 2002 a partir de la confluencia entre artistas de distintas disciplinas, comunicadores y estudiantes, luego de las jornadas de diciembre de 2001. Se dedican a producir videos, serigrafías, boletines, afiches, stencils, micros radiales, performances y distintas formas de intervención urbana. Su trabajo está ligado a la difusión de la experiencia de los obreros de Zanón y a la Coordinadora del Alto Valle, de la cual participan. También formaron parte del colectivo Kino Nuestra Lucha, e impulsan la lista "La Imaginación al Poder", que conduce el Centro de Estudiantes de la Escuela Superior de Bellas Artes de Neuquén. *Zanón, escuela de planificación* (2004), es una de sus producciones más significativas en video.

Los integrantes de otro de los grupos contemporáneos más importantes, Mascaró, Cine Americano, tienen relación estrecha con Cine Insurgente, de quienes aprendieron a producir y a difundir, y con quienes comparten talleres de formación documental. *Uso mis manos, uso mis ideas* (2003) es una de sus realizaciones más importantes, que ha recorrido varias provincias y festivales nacionales e internacionales. En los últimos años produjeron una serie de documentales de carácter histórico-político sobre el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP): *Gaviotas Blindadas, historias del PRT-ERP. Primera parte, 1961-1973* (2006), *Gaviotas Blindadas, historias del PRT-ERP. Segunda parte, 1973-1976* (2007), y *Gaviotas Blindadas, historias del PRT-ERP. Tercera parte, 1976 – 1980* (2008).

Primero de Mayo es un grupo de cine documental que surgió en 1998, en las aulas de la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica (ENERC). A fines de 2001 presentaron *Matanza*, una de las primeras películas del denominado "cine piquetero", que recorrió innumerables festivales nacionales e internacionales. Se presentan como un grupo de cine totalmente independiente, comprometidos con la realidad. Algunos de sus miembros brindan talleres de cine documental, al tiempo que han ampliado su número de integrantes, y continúan en la actualidad con proyectos tanto en el país como en España.

Wayruro Comunicación Popular es un colectivo de investigación y desarrollo del noroeste argentino. El grupo "trabaja de manera interdisciplinaria desde el año 1994, con investigadores sociales, ingenieros agrónomos, comunicadores sociales, médicos, veterinarios, historiadores, etc.". [4] En el ámbito de la comunicación realizan videos, revistas, cartillas y documentos de trabajo. Han realizado más de treinta videos, y con sus talleres participativos que llevan a cabo desde el 2008, han comenzado a capacitar en comunicación popular a más de cincuenta y cinco organizaciones sociales de la provincia de Jujuy. Son organizadores también de la muestra "Videos/Jujuy/Cortos", que lleva ocho ediciones al año 2009.

[3] En los años 1996 y 1997, tras la privatización de la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), que ocasionó la pérdida de miles de puestos de trabajo, cientos de ciudadanos, docentes y estudiantes de Cutral-Có y de la vecina localidad de Plaza Huincul, quienes resultaron ser los principales perjudicados por la privatización, realizaron manifestaciones durante el gobierno del entonces presidente de la Nación Carlos Saúl Menem. Los manifestantes comenzaron a efectuar cortes de ruta, o "piquetes", como forma de protesta. Esto derivó en una pueblada, y Cutral Có se haría famosa luego en todo el país por ser el primer lugar donde se instauró el piquete como medida de protesta. Las protestas fueron reprimidas por la gendarmería nacional y la policía provincial, ocasionando muertos y heridos.

[4] En http://wayruro.blogspot.com/

Los colectivos militantes

Argentina Arde fue el primer colectivo formado luego del estallido de diciembre de 2001, impulsado por Cine Insurgente, Ojo Obrero e Indymedia junto a otros grupos, en enero de 2002, con la consigna "vos lo viviste, no dejes que te lo cuenten". "La idea era que todos aquellos que habían filmado o fotografiado en esos días trajeran sus materiales para poder generar algún tipo de contra-información a través de las imágenes", cuenta Lorena Riposati, ex integrante de Cine Insurgente. [5] El colectivo organizó muestras de fotos y contaba con una comisión de video que funcionó hasta mediados de 2002, produciendo materiales cortos e inmediatos ante la urgencia política de la coyuntura social. Con las realizaciones de cada grupo se conformaban los noticieros de Argentina Arde. Con el tiempo, las diferencias entre los grupos que integraban el colectivo se fueron profundizando, sobre todo entre aquellos que eran sustentados por partidos políticos y los que no tenían una estructura orgánica detrás, dando por finalizada la experiencia.

Santa Fe Documenta se conformó durante la inundación de la ciudad de Santa Fe ocurrida a fines de abril del año 2003. El colectivo realizó el largometraje *Inundaciones* (2003), y estuvo integrado por diversos grupos heterogéneos: Matecocido, Taller El Pibe, organizaciones no gubernamentales como Canoa y Fundación Proteger, y realizadores independientes, todos pertenecientes a la provincia de Santa Fe. Se propusieron como objetivo "tener una mirada más profunda y diversa de la inundación", según declara Pablo Testoni, integrante de Matecocido. [6] *Inundaciones* recorrió diversas muestras, festivales y encuentros. Se estrenó en la calle, en la ciudad de Santa Fe, el 29 de septiembre de 2003, y cinco meses después se exhibió en el Cine América, (en donde funciona el Cine Club Santa Fe), precedido por una marcha de antorchas que acompañó la función, para la cual se instalaron pantallas fuera de la sala por la gran cantidad de gente presente. El material producido por Santa Fe Documenta fue utilizado como probatorio de los juicios, en las causas que se entablaron para la recuperación de lo perdido por la inundación. Mariana Rabaini, integrante de Matecocido, usó parte de este metraje para finalizar su documental *Vanesa* (2008), sobre el regreso a la vida cotidiana de una de las víctimas de la inundación, quien perdió a su bebé de doce días frente a la cancha del Club Atlético Colón.

Kino Nuestra Lucha surge como noticiero audiovisual relacionado al periódico "Nuestra Lucha", que se encontraba vinculado al movimiento de fábricas recuperadas. Lo integraban grupos como Contraimagen, Boedo Films, Ojo Izquierdo, realizadores independientes como Virna Molina y Ernesto Ardito, directores de *Raymundo* (2002) y *Corazón de fábrica* (2008), y el reconocido realizador y docente Humberto Ríos. El trabajo más importante del colectivo fue la trilogía sobre la fábrica recuperada Brukman. Luego de esta experiencia, cada grupo siguió su camino y varios de sus integrantes confluyeron en otras asociaciones.

La formación de estos colectivos militantes constituye un hecho inédito en el campo del cine argentino, que sólo encuentra destacados antecedentes dentro de la plástica, con experiencias como "Tucumán Arde", una obra colectiva llevada a cabo por integrantes de la vanguardia porteña y rosarina en los últimos meses de 1968, en el marco de una densa coyuntura de radicalización política y estética que se vivía en el país en aquel momento.

[5] De la Puente, M. I. y Russo, P. (2007) *El compañero que lleva la cámara. Cine militante argentino*. Buenos Aires: Tierra del Sur.
[6] *Ibíd.*, p. 5.

Las asociaciones de documentalistas

El 21 de diciembre de 2001 se organiza una Asamblea de documentalistas a la que concurren más de sesenta realizadores y allí se conforma Asociación de Documentalistas (ADOC), que se constituye como una herramienta gremial que defiende el fomento público de la producción cinematográfica. La asociación realiza el documental *Por un nuevo cine un nuevo país* (2002), editado por Fernando Krichmar y Myriam Angueira, con producción periodística de Natalia Vinelli, en base a la recopilación de material registrado por los diferentes grupos y camarógrafos independientes, quienes cedieron sus materiales, constituyendo así un banco de imágenes público. El film circuló en actividades políticas en la ciudad de Buenos Aires, y también en el interior y el exterior del país.

Por su parte, el Movimiento de Documentalistas fue creado por docentes y alumnos de la Escuela de Avellaneda en el año 1996. Desde entonces, agrupa a varios realizadores que se reúnen, dan charlas y cursos, promueven y organizan festivales (el movimiento organiza el Festival de Cine Documental, que en 2009 alcanzó su undécima edición), editan informes, reportajes, escritos, y han publicado el libro *Cine documental, memoria y derechos humanos* (Editorial Nuestra América, 2007). También impulsan un canal de televisión por Internet, en proceso de formación. Entre sus postulados básicos, rechazan todo subsidio y apoyo económico que provenga de manos del Estado. "Se trata de un Movimiento que se autodefine en la práctica como una acción no indiferente de las luchas por la libertad humana. Sin dogmas", escribe Fernando Buen Abad en la presentación del grupo. [7]

La Asociación de Productores y Directores de Cine Documental Independiente de Argentina (DOCA) es el anteúltimo de los colectivos en formarse, en el año 2006. Como asociación, se trata de una herramienta gremial de documentalistas con una institucionalización altamente mayor con respecto a las anteriores experiencias. Organiza festivales, seminarios, talleres, presentaciones de subsidios al INCAA, edita boletines y revistas. Se propone además como un exhibidor del catálogo de producciones de sus miembros, un centro de coproducción y de difusión de proyectos, ciclos, debates teóricos y estrenos. Su presidente actual es Claudio Remedi, de Boedo Films. Aproximadamente al año siguiente de su formación, diversas posiciones encontradas entre los miembros de la Comisión Directiva, ocasionaron que algunos de ellos se marcharan de la asociación, constituyendo una nueva.

Realizadores Integrales de Documental (RDI) está integrada por ex miembros de DOCA. Entre otras actividades, se proponen como un espacio de intercambio entre asociaciones de documentalistas, se encuentran a punto de editar el primer número de su revista oficial, y desarrollan también grupos de estudio.

Esta asociación introduce la figura del "Realizador Integral", en quien "se fusiona la labor del investigador riguroso que explora a través de un método para poner a prueba su tesis, con la sensibilidad del artista capaz de transmitir las verdades que se descubren ante su cámara, de una manera crítica y emotiva para llegar espectador". [8] El actual presidente de la Comisión Directiva, hasta el corriente año, es el realizador Ernesto Ardito, ex miembro del directorio de DOCA.

[7] En www.documentalistas.org.ar
[8] *Ibíd.*

Los grupos se autodefinen

¿Qué piensan del cine los distintos grupos de cine militante que surgieron en los años noventa? Si bien no existe un espacio permanente de encuentro y de discusión teórica entre todos los grupos, en el interior de cada colectivo se generan reflexiones a propósito de sus producciones y de su accionar, tanto en el plano estético como en el político. Estas deliberaciones se pueden rastrear a partir de manifiestos, volantes, publicaciones partidarias, páginas webs, entrevistas a los integrantes de los grupos, y también en la importante producción académica que en los últimos años tomó a este tipo de cine como objeto de estudio. [9]

Ojo Obrero, en su manifiesto fundacional del 29 de mayo del 2001, sostiene que los medios masivos de comunicación son utilizados por la burguesía con un doble objetivo: la obtención de ganancias por un lado, y la penetración ideológica y cultural acorde a sus intereses como clase dominante por otro. Por eso sostiene, "como grupo de cine nos proponemos utilizar el arma con la que contamos (la realización audiovisual) para cooperar desde nuestro lugar con el camino que está emprendiendo hoy la clase trabajadora. Las luchas, los cortes de ruta, las ocupaciones, las huelgas, las movilizaciones, las asambleas... ahí vamos a estar". [10] En cuanto a su modo de funcionamiento, destacan un acuerdo ideológico por sobre uno estético: para definir objetivos y bases de acción, en lugar de partir de una definición de tipo cultural, consideran que deben elaborar una caracterización político-social. La contrainformación no se les plantea como un fin en sí mismo, sino como una herramienta para lograr un objetivo superior, que es buscar una salida política propia de los trabajadores.

El grupo Alavío toma posición sobre el fenómeno del cual forma parte proponiendo aportar desde lo audiovisual a la participación activa en la lucha de clases, entendiendo que la contribución desde la realización es constituyente de subjetividad. Plantean recrear simbólicamente representaciones del mundo desde la óptica e intereses de la clase trabajadora, así como también realizar aportes tanto estéticos como técnicos a través del tratamiento del lenguaje audiovisual. La democratización de la producción audiovisual implica, para el grupo Alavío, la posibilidad de generalizar y difundir las herramientas audiovisuales y valorizar la diversidad de miradas, intentando que los propios protagonistas sean quienes narren sus historias.

Cine Insurgente también expresa sus rasgos identitarios a través de la web, definiéndose como grupo de producción, distribución y reflexión en torno al fenómeno audiovisual:

Creemos que la concentración monopólica y la sujeción de la economía latinoamericana a los intereses del imperialismo y la banca internacional tienen su expresión en el ámbito de la producción del discurso audiovisual (…) La imagen se ha convertido en el arma más poderosa que tiene el sistema para subjetivar e imponer su proyecto en nuestras cabezas, se trata entonces de convertirla en un arma de resistencia. [11]

---

[9] De la abundante producción académica de los últimos años con respecto a este tema, cabe destacar los siguientes: "Nuevos documentales de intervención política: derechos humanos, memoria colectiva y representación", de Gabriela Bustos; "Memoria colectiva, cine colectivo", de Javier Campo; "Encuadres de la política en el audiovisual de los ´90", de Christian Dodaro. Los tres se pueden consultar en Javier C. y Christian D. (comps.) (2007) *Cine documental, memoria y derechos humanos*. Buenos Aires: Editorial Nuestra América. Es para destacar el artículo de De Carli, G. `Desterrados, furtivos, presentes, visibles. Apuntes acerca del documental en Argentina´. *Revista Zigurat*, año 5, número 5, diciembre de 2004, Carrera de Ciencias de la Comunicación, FSOC-UBA, Prometeo libros.

[10] En www.ojoobrero.org

[11] En www.cineinsurgente.org

Además de las referencias constantes a las experiencias de Gleyzer (Cine de la Base) y Solanas (Cine Liberación), estos grupos se han nutrido de una cantidad heterogénea de expresiones, como las influencias literarias, entre otras. Boedo Films, por ejemplo, afirma que el nombre del colectivo deriva de la agrupación de escritores argentinos que surge en la década del 20 y cuya temática está comprometida con la realidad social. Los trabajos de Boedo Films rescatan ese anclaje que se plasma en realizaciones documentales y ficcionales. Y como forma de trabajo sostiene que "comprobamos que grupalmente se puede hacer un largometraje, oponiéndonos a las estructuras jerárquicas, donde el técnico es un simple empleado". [12] Otro grupo con este tipo de referencias es Mascaró, Cine Americano, compuesto por egresados de la carrera de Investigación Periodística de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo. Sus integrantes explican que eligieron identificarse con ese nombre en homenaje al escritor desaparecido Haroldo Conti y a lo que representa su última novela, *Mascaró, el Cazador americano* (1975), en la cual, al paso de cada pueblo, un circo va provocando pequeñas revoluciones.

Leyendas y tradiciones también dan sentido a los grupos audiovisuales: Wayruro, de Jujuy, se presenta como una agrupación de comunicación popular, investigación y desarrollo del noroeste argentino, que trabaja en ámbitos tan diversos como movimientos populares, campesinado, derechos humanos, salud, historia y etnodesarrollo. Sobre el origen del nombre, explican que: El Wayruro es una semilla de fuerte contenido mítico - religioso dentro de los grupos aymaras y quechuas del área andina. Es creencia dentro de los andes centro-sur, que juntando estas semillas rojinegras en un recipiente, las mismas se reproducen, crecen en tamaño y cantidad... De ahí nuestro nombre, bajo la idea de juntarnos, discutir y crecer en busca de una sociedad donde los valores como la solidaridad, la igualdad y la justicia sean los ejes sobre los cuales se realicen las distintas actividades. [13]

A modo de cierre

Retomando prácticas de los años sesenta y setenta, los grupos actuales organizan experiencias alternativas en la producción y distribución, utilizando el documental como medio de expresión para sus ideas políticas, a partir de las facilidades relativas que brindan los avances tecnológicos. Como señala Michael Chanan, "el documental constituye una toma de contacto con el espacio público que puede efectuarse al margen de patrones y normas preestablecidas y a espaldas de la censura gracias a la ayuda que proporcionan las nuevas tecnologías". [14] No es posible entonces comprender el funcionamiento y las producciones que realizan estos grupos desde un plano exclusivamente cinematográfico, sino que es necesario adoptar una concepción integradora de la estética y la política, amalgamada en pos de una búsqueda de transformación del estado de las cosas. Siempre tomando en cuenta que el derrotero que siguen los grupos militantes -así como las coyunturas en las que ejercen su accionar- es variado, dinámico, cambiante; y que la praxis que desarrollan se encuentra fundamentalmente en la calle, en el espacio público y en las luchas populares.

Para finalizar, mencionaremos algunas características recurrentes de las producciones militantes: muchas de las películas de estos colectivos suelen abrir y cerrar sus relatos con intertítulos gráficos o voces en off que buscan fijar un único sentido a las imágenes que vamos a ver o que ya hemos visto, clausurando así otras posibilidades interpretativas, un recurso propio de las modalidades expositivas de representación, en términos de Bill Nichols. Como ocurre en los textos que se reconocen en esta modalidad, al comienzo de las películas se plantea un problema, cuya solución se ofrece durante el transcurso y hacia el final de los relatos, representada en este

[12] En www.boedofilm.com.ar
[13] En www.wayruro.blogspot.com
[14] Chanan, M. (2007-2008) `El documental y el espacio público´. *Archivos de la Filmoteca. Después de lo real*. Valencia: Ediciones de la Filmoteca. V.I.

tipo de películas por algún conflicto social en particular, junto con la necesidad del cambio del sistema en todos sus aspectos. Bajo este prisma, las películas asumen los rasgos propios de la modalidad expositiva, organizándose en torno a la implicación dramática que surge de la necesidad de una solución ante un problema concreto, y al establecimiento de una conexión causal entre secuencias y hechos. [15] Por otra parte, al involucrarse cercanamente en los conflictos sociales, las películas asumen características narrativas que las vinculan a la modalidad de observación, en la medida en que la presencia de la cámara en esas situaciones, plenamente ubicada en el lugar de los hechos, sugiere un compromiso con la inmediatez y una inmersión en el tiempo presente de lo que se está narrando, junto con la posibilidad de ofrecer un enfoque íntimo y subjetivo de los acontecimientos, que incluye también el testimonio de los protagonistas, otorgándole al espectador el estatuto de una suerte de observador participante, a la vez que le permite generar una identificación afectiva con los sujetos populares que encarnan los hechos. La mayoría de las producciones del nuevo cine militante, son entonces híbridos que asumen rasgos narrativos de distintas modalidades de enunciación. Por un lado, los rasgos propios de la modalidad expositiva que aparecen en estas películas, tienen la clara función de editorializar los hechos que suceden ante la cámara. Por otra parte, las secuencias que remiten a la modalidad de observación, cumplen el rol de reforzar el efecto de realidad producido por la ubicuidad de la cámara en un espacio tiempo particular, en el marco de un contexto social y político específico, caracterizado por la urgencia y la inminencia de situaciones de represión generalizada.

[15] Nichols, B. (1997) *La representación de la realidad. Cuestiones y conceptos sobre el documental*. Barcelona: Paidós.

Memoria documental sobre la dictadura en Argentina. Políticas de la mirada en el cine documental cordobés

Por María Elena Ferreyra*

(CEA, UNC- UNVM)

Resumen

Recordar, hacer memoria del pasado reciente, construir museos, escribir novelas dinamizan la "cultura de la memoria" y en ese marco, un "cine de memoria" se define a partir de una serie de películas ficcionales y documentales que abordan los años de la dictadura en Argentina.

Córdoba no ha sido ajena a este fenómeno. Documentales y cortometrajes de ficción se han ocupado del tema de diversa manera.

Trataremos aquí de revisar un pequeño corpus de películas documentales realizadas en Córdoba entre 2006 y 2008 que refieren ese pasado, oscilando entre el testimonio oral y la imaginación de lo recordado por un lado y las imágenes de restos humanos con señales de tortura como prueba de verdad y documento material del recuerdo, por el otro. La política del recuerdo impacta en la estética audiovisual e induce nuevas decisiones éticas. La tensión entre un cine de la imaginación y un cine de las imágenes pareciera no tener fin.

La idea de apriori histórico de Michel Foucault - como categoría de lectura-, nos permite considerar estas prácticas discursivas como ejercicios de visibilidad particularmente interesantes.

Palabras Claves: Cine Documental- Historia- Memoria

Summary

To remember, to recall the recent past, to build museums, writing novels, are actions that tend to energize the "culture of memory ". And, in this context, a "cinema of memory" is defined by a series of fictional films and documentaries about the dictatorship in Argentina.

* Licenciada en Comunicación Social. Magíster en Sociosemiótica, doctoranda en Estudios Sociales de América Latina - CEA - UNC. Es docente de Periodismo Audiovisual y Semiótica Audiovisual en la UNVM y en la UNC. Actualmente dirige el proyecto de investigación "Emergencias discursivas y dimensiones políticas en el cine argentino contemporáneo" SECyT - UNC. Integra además otro equipo de investigación vinculado al campo de la semiótica audiovisual y la representación histórica y política en el cine argentino. Ha participado en diversos encuentros académicos con los siguientes artículos y ponencias: (2010) `Regímenes de la memoria. Subjetividad y cine documental´. ECI-UNC; (2010) `Pasado documentado. Políticas de la mirada. Miradas políticas de la historia´. U.N. San Luis; (2009) `El Documental Político. Los límites de la representación. Mimesis, técnica y obra de Arte´. Facultad de Filosofía. UNC.

Córdoba has not been immune to this phenomenon.

Documentaries and short films have dealt with the issue in different ways.

Herein, we review a small corpus of documentary films made in Cordoba between 2006 and 2008 referred to that past, ranging from oral testimony and imagination one side and images of human remains with signs of torture as evidence of truth and material document of the memory , on the other.

The politics of memory has influence in to the aesthetic visual and ethical decisions. The tension between a cinema of imagination and a cinema of images seems to be endless.

The idea of historical a priori of Michel Foucault - as a category of reading, allows us to consider these discursive practices as excercises of visibility particularly interesting.

Key words: Documentary film- History- Memory

Memoria espectral. El cine es un duelo magnífico, un trabajo de duelo magnificado y está listo para dejarse impresionar por todas las memorias luctuosas, es decir, por los momentos trágicos o épicos de la historia".

Jacques Derridá [1](1998)

I.

Recordar, rememorar, hacer memoria del pasado reciente, construir museos, escribir novelas dinamizan la llamada "cultura de la memoria". En este marco, se desarrolla también un "cine de memoria" definido a partir de una serie de películas ficcionales y documentales que abordan los años de la dictadura en Argentina.

Córdoba no ha sido ajena a este fenómeno. Documentales y cortometrajes de ficción se han ocupado del tema de diversa manera.

Trataremos aquí de revisar un pequeño corpus de películas documentales realizadas en Córdoba entre 2006 y 2008 que evidencian diferentes maneras de referir ese pasado, oscilando entre el testimonio oral y la imaginación de lo recordado por un lado y las imágenes de restos humanos con señales de tortura como prueba de verdad y documento material del recuerdo, por el otro.

Andreas Huyssen sostiene que: "Más allá de cuáles hayan sido las causas sociales y políticas del *boom* de la memoria con sus diversos subargumentos, geografías y sectores, algo es seguro: no podemos discutir la memoria personal, generacional o pública sin contemplar la enorme influencia de los nuevos medios como vehículos de toda forma de memoria"[2]

Pero, ¿cómo se recuerda?, ¿cómo se cuenta la historia?, ¿cómo se documenta la memoria?

Los testimonios recogidos por la justicia y por la prensa capitalina en la apertura democrática de 1984 y la mediatización de estos relatos fue considerada por muchos un "macabro show del horror".[3]

Veinte años después, los esquemas interpretativos han variado y pareciera que ante el riesgo de la palabra amenazada, las imágenes desafiaran cualquier duda.

Claudia Feld y Jessica Stites Mor sostienen que: "Las imágenes se revelan como poderosos instrumentos no solo para conocer el pasado y estudiar representaciones que generan nuevas memorias, sino también para hacer inteligibles los complicados mecanismos de la memoria social" [4]

La política sobre el recuerdo impacta en la estética audiovisual e induce nuevas decisiones éticas y la tensión entre un cine de la imaginación y un cine de las imágenes pareciera no tener fin.

---

[1] Derridá, J. (1998) Entrevista realizada en París el 10 de julio de 1998, por Antoine de Baecque y Thierry Jousse. Transcripción y edición Delorme, S. *Cahiers du cinéma*, n° 556, abril 2001. Traducción: Fernando La Valle

[2] Huyssen, A. (2009) `Prólogo´, en Feld, C. y Stites Mor, J. (comp.) *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*, Buenos Aires: Paidós. p 24.

[3] Sobre este tema: Feld, C. (2009) `Aquellos ojos que contemplaron el límite: La puesta en escena televisiva de testimonios sobre la desaparición´, en Feld, C. y Stites Mor J., *op. cit*.

[4] *Ibíd.,* p. 23.

Desaparecidos que aparecen muertos. Imágenes que lo testifican, películas documentales que lo relatan. Memorias visuales que dialogan con los relatos de la historia y la posibilidad de identificar las dimensiones de ese pasado en la imagen documental, repeticiones e innovaciones en las miradas hacia el pasado.

A partir de la idea de apriori histórico de Michel Foucault como categoría de lectura contextual y reflexiva, intentaremos pensar estas prácticas discursivas como ejercicios de visibilidad desplegadas en torno al pasado que no termina de aparecer y a las memorias que no terminan de evocar y traer.

II.

Paul Ricoeur plantea el problema de la representación histórica y el pasado y señala el enigma presente en esa relación: la representación histórica es una imagen presente de una cosa ausente y a su vez, esa cosa que ahora está ausente, aparece desdoblada en desaparición y en existencia en el asado. Es decir, algo es hoy del pasado, porque "ha sido". [5]

Ahora bien, en el caso de la representación cinematográfica, que es la que nos compete, ¿Es posible diferenciar un cine histórico, de un cine "de memoria"? ¿Ese pasado representado por las películas es memoria o es historia?

Creemos necesario indicar alguna distinción entre historia y memoria.

Paul Ricoeur sostiene que: "(En relación a) la competencia entre memoria e historia en la representación del pasado, a la memoria le queda la ventaja del reconocimiento del pasado como habiendo sido, aunque ya no lo es; a la historia le corresponde el poder de ampliar la mirada en el espacio y el tiempo, la fuerza de la crítica en el orden del testimonio, explicación y comprensión, el dominio retórico del texto y, más que nada, el ejercicio de la equidad respecto de las reivindicaciones de los distintos bandos de memorias heridas y a veces ciegas a la desgracia de los demás." Y concluye: "Entre el voto de fidelidad de la memoria y el pacto de verdad en historia, el orden de prioridad es imposible de decidir. El único habilitado para ello es el lector, y en el lector, el ciudadano"[6]

La manera en la que el cine ha dado cuenta de diversos episodios históricos ha generado un interesante trabajo de conceptualización y teorización desde hace bastante tiempo.

Marc Ferro [7], Pierre Sorlin [8] y luego Robert Rosenstone[9], entre otros, se ocuparon de problematizar de qué manera el cine toma elementos de la historia para basar sus relatos y hasta dónde la "interpretación cinematográfica" de un hecho histórico se vuelve relato histórico en sí mismo.

Se pregunta Marc Ferro "¿De qué realidad es el cine, la imagen? Y se responde "documental o ficción, la realidad cuya imagen ofrece el cine resulta terriblemente auténtica" [10]

---

[5] Ricoeur, P. (2000) *La memoria, la historia y el olvido.* México: Siglo XXI.
[6] Ricoeur, P.(2007) `Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado´, en Pérotin-Dumon, A. (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php
[7] Ferro, M. ([1995] 2000) *Historia contemporánea y cine.* Barcelona: Ariel.
[8] Sorlin, P. (1985) *La sociología del cine. La apertura para la historia de mañana.* México: FCE.
[9] Rosenstone, R. (1995) *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea e la historia*. Barcelona: Ariel.

Para Ferro el film es un "contra análisis" de la sociedad, es decir, muestra, cuenta y dice lo que las historias oficiales muchas veces callan u ocultan y para él la misión de los historiadores es justamente "comparar, enfrentar, los diferentes discursos sobre la historia, y descubrir a través de esta confrontación una realidad no visible (…), no creo en la existencia de fronteras entre los distintos tipos de películas, por lo menos para el historiador que considera que los productos de la imaginación son tan historia como la historia".[11]

Si convenimos en que el cine constituye elemento/documento de la historia, el cine de género documental pareciera redoblar el propósito cuando se empeña en testificar y testimoniar apelando además a las convenciones del género.

En principio creemos que es posible identificar modos en los que el cine documental –sostenido sobre sus estrategias de veridicción- alberga un legado de imágenes y relatos que desde el lugar de la subjetividad interpretativa miran y dicen cuál es el pasado histórico recordado.

III.

A nivel nacional, la dictadura en Argentina, ha sido y es tema de memoria. Distintos ejercicios audiovisuales se sucedieron para recordarla y entenderla, sin embargo, el régimen desde el cual se recuerda ese pasado no ha sido siempre el mismo. Varios autores coinciden en marcar períodos diferenciados en estos últimos treinta y cinco años, distinguiendo en cada década un escenario diferente y relatos diferenciados.

De alguna manera –y por diversas razones- cada decenio definió una concepción predominante acerca de qué recordar y de cómo hacerlo estableciendo tópicos predominantes y legitimaciones discursivas diferenciadas.

Así, la primera década se entiende como un momento de euforia. El Juicio a las Juntas Militares define el momento y el ámbito jurídico es el marco en el que se visibilizan los crímenes y se escuchan las denuncias. La película *La Historia Oficial* (Luis Puenzo, 1984) pone el tema en debate nacional e internacional al ser nominada al Oscar como mejor película extranjera. Por su parte, la película *La Noche de los Lápices (Hector Olivera, 1986)*, contribuye a la idea de una juventud inocente y soñadora que se vuelve víctima del terror del Estado. La reflexión de Andreas Huyssen es digna de reproducirse en este punto: "Es claro que el informe de la comisión[12] ha condenado explícitamente toda violencia armada, tanto la del Estado como la de la guerrilla de izquierda. Sin embargo, convirtiendo los 30.000 *desaparecidos* en víctimas pasivas, borra la historia política del conflicto junto con las filiaciones políticas individuales. La figura del desaparecido se transforma en una *idée reçue*, un cliché de la memoria social que al final, puede convertirse en la forma de olvidar de la propia memoria."[13]

Hacia la década de 1990, el indulto y la amnistía a los militares encontrados culpables, cambió el humor de la opinión pública. La sensación de impunidad invadió y casi como una consecuencia lógica aparecieron con mayor énfasis los relatos que describían los horrores vividos en los "años de plomo". El fuerte es el testimonio, tanto el los especiales televisivos como en las películas

[10] Ferro, M., *op .cit.*, p. 37.
[11] Ibíd., p. 65.
[12] Se refiere al *Nunca Más*, el Informe de CONADEP.
[13] Huyssen, A. (2004) *Resistencia a la Memoria: los usos y abusos del olvido público*, Porto Alegre: Actas Intercom. p. 6. Huyssen refiere aquí a los olvidos públicos y necesarios y sostiene que este tipo de recuerdo debía ser incompleto en la primera década para que una mirada sobre la actividad política (e incluso violenta) de las organizaciones guerrilleras no obstruyera el consenso necesario acerca del terrorismo de Estado que mataba, secuestraba, torturaba y robaba niños.

documentales. Ana Amado lo llama *boom testimonial,* y Beatriz Sarlo lo denomina *giro subjetivo*. La primera persona, el testigo que recuerda y cuenta son predominantes en la estructura de la mayoría de las películas documentales de la época. Los militantes aparecen ahora, no como simples víctimas inocentes sino como hombres y mujeres comprometidos con una causa político - partidaria, arrojados y decididos, que no tenían miedo a la muerte. El esquema cambia, los militantes aparecen como agentes sociales activos. Las bases suelen ser las encargadas del recuerdo –casi nostálgico- de una juventud con ideales, solidaria y bienintencionada.

En los años noventa, la producción cinematográfica sobre el tema es prolífera, tanto en documentales como en ficcionales. *Montoneros. Una historia (*Andrés Di Tella, 1995)*, Cazarores de Utopías* (David Blaustein ,1996*), Garage Olimpo* (Marco Bechis, 1999*),* son algunas de las tantas películas que se estrenan en esa década.

Un tercer momento, puede definirse desde el 2000 en adelante. El pasado es revisado de una manera inesperada hasta ese momento. Se publica el relato de Héctor Jouvé en el que se describe el asesinato de dos militantes montoneros en Salta en manos de sus propios compañeros.[14] Por otra parte, una segunda generación de hijos de militantes se dirime entre los recuerdos propios y ajenos para reconstruir su pasado. Ejercicios de la "posmemoria"[15] que ponen en discusión varios paradigmas ya legitimados hasta ese entonces. Esos hijos dirigen un grupo de documentales: *Papá Iván* (María Inés Roqué, 2000), *Historias Cotidianas* (Andrés Habbegger, 2001), *Los Rubios* (Albertina Carri, 2003), *M* (Nicolás Prividera, 2007).

Alan Pauls plantea acerca de *Los Rubios*: "(es) un film laico en medio de un océano de films creyentes, y este laicismo de Albertina, terco, ensañado, el que suele despertar fastidio. Esta vocación de incredulidad. Albertina no cree en nada, ni en la fidelidad del recuerdo, ni en el testimonio, ni en los documentos, ni en empatar las versiones de la Historia para llegar a una verdad de consenso." [16]

El psicoanalista e investigador argentino Hugo Vezzetti entiende que estamos ante un cambio en el *régimen de memoria* de la experiencia de los setenta. "Se termina cierta edad de la inocencia y emergen de diversas maneras, del lado de las prácticas revolucionarias, las cuestiones de la responsabilidad, la relación con el terror y con la muerte, la imposibilidad de separar los medios con los fines"[17]

IV.

En este marco, de memorias y recuerdos nacionales, pretendemos aquí hacer referencia a parte de la producción cinematográfica documental realizada en Córdoba en el último período. Nos referiremos a las películas: *Canción de Mariano* (Sergio Schmucler, 2007), *Palabras* (Ana Mohaded, 2008) y *Señor Presidente* (Liliana Arraya y Eugenia Monti, 2006)

[14] En 2004 se publicaron en la revista *La Intemperie*, de Córdoba, fragmentos de una entrevista realizada a Héctor Jouvé, (ex integrante del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), grupo asentado en Salta en 1964 y que era apoyado por el Che Guevara y estaba bajo el mando de Jorge Ricardo Masetti. En esos fragmentos, Jouvé relataba cómo fueron condenados a muerte y ejecutados dos miembros del EGP: Adolfo Rotblat y Bernardo Groswald por sus propios compañeros. El filósofo Oscar del Barco envió una carta a la misma revista cuya publicación inició un debate que se mantuvo por más de un año y medio de manera ininterrumpida y que puso en discusión la sentencia "No matarás".

[15] El concepto 'posmemoria' es tomado originalmente de la obra de M.Hirsch (1997), en la que la autora revisa la manera en que los hijos de las víctimas directas del Nazismo Alemán recuerdan y rearman la historia de su pasado.

[16] Pauls, A. en su presentación del libro *Los rubios, cartografía de una película*, de A. Carri, citado por Noriega G., *Estudio Crítico sobre los Rubios*. Buenos Aires: Pic Nic Editorial, p. 83.

[17] Vezzetti, H. (2009) *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 114.

Si bien todas ellas son realizaciones posteriores al año 2000, el pasado es evocado de maneras distintas: en el testimonio emotivo de los amigos y compañeros de Walter Magallanes de la UES, autor de la canción dedicada al militante montonero Mariano Pujadas; en el relato autobiográfico y la primera persona de Ana Mohaded ante la inminencia de su declaración en el juicio contra Menéndez y a partir de la imagen-prueba de los restos exhumados en el cementerio de San Vicente de la ciudad de Córdoba.

Obsesiva decisión la de vencer el olvido, y la duda de Mohaded que crepita en el fuego del presente: "Olvidar sirve para protegernos…pero recordar, ¿para qué sirve?"

La palabra de los testigos, de las víctimas, de los sobrevivientes, de los que aún pueden hablar aparece como el recurso más utilizado. La evocación – a partir del esfuerzo de la rememoración- se presenta como mecanismo privilegiado y pareciera imponerse ante la inexistencia e imposibilidad de una imagen de los hechos acontecidos y recordados inhallable , inexistente, imposible.

V.

Cine de la imaginación. Acerca del testimonio

En estas películas, el registro testimonial es predominante, y configura un recurso poético y retórico relevante.[18] La presencia de la palabra del testigo/ la víctima, tiene carácter hegemónico y deposita en esta instancia todo el peso de la verdad.[19]

Para Giorgio Agamben, el testimonio de los sobrevivientes "es una potencia que adquiere realidad mediante una impotencia de decir, y una imposibilidad que cobra existencia a través de una posibilidad de hablar". [20] El testigo habla por el que no puede hablar.[21] La paradoja de que el único testigo ha muerto se reaviva al saber que sobre la muerte sólo pueden testimoniar los muertos, que –por muertos- no pueden testimoniar, no tienen voz, no hay existencia, sólo contingencia. Por lo que el testimonio, debe ser entendido como "una relación entre la posibilidad de decir y su tener lugar, sólo puede darse mediante la relación con una imposibilidad de decir, como una contingencia, como un poder no ser".[22]

Para algunos autores, la puesta en juego de la dimensión testimonial como manifestación de la subjetividad en el relato de la historia, encuentra que la autenticidad de lo referido en el testimonio, no está dada por el testimonio en sí sino por el paratexto, por el contexto, por el momento y la circunstancia.[23] La sola enunciación de un relato en primera persona se vuelve verdadera por lo que lo rodea.

---

[18] Tal como lo señalamos más arriba, la puesta testimonial a partir de las entrevistas, es uno de los mecanismos recurrentes en el cine documental argentino de todos los períodos. Desde *Cazadores de una utopía* hasta *Los rubios*, el peso está puesto en lo que los testigos relatan, cuentan, dicen, recuerdan.

[19] Al respecto, Amado, A. (2000) `El Testimonio y las voces de la memoria social´ en *La imagen Justa. Cine argentino y política.* Buenos Aires: Colihue, p. 135.

[20] Agamben, G. (2000) *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos, p. 153.

[21] Se refiere a los testimonios dados por los sobrevivientes de los campos de concentración de la Alemania nazi.

[22] Agamben, G., *op. cit.*, p. 152.

[23] Al respecto ver: Sarlo, B. (2005) *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI y Raggio, S. y Salvatori, S. (comp.) (2009), *La última dictadura militar en Argentina. Entre el pasado y el presente.* Rosario: Homo Sapiens.

Para Beatriz Sarlo: "todo testimonio que quiere ser creído, sin embargo, no lleva en sí mismo las pruebas por las cuales puede comprobarse su veracidad, sino que ellas deben venir desde fuera". [24] La enunciación deviene instancia de veridicción.

Así, si bien el recuerdo exteriorizado mediante el testimonio adquiere total protagonismo, hila el relato y se alza incuestionable, Sarlo propone examinar las razones por las cuales los testimonios se han fortalecido como estrategias de veridicción, identificando en un todo, el testimonio con la representación de la verdad.

Sarlo llama g*iro subjetivo* a esta apuesta a la narrativa que desde la primera persona y partiendo con exclusividad de su experiencia y de su propia memoria, se vuelve hegemónica para con la construcción mediática de los hechos del pasado.

El giro subjetivo que ha dado el relato del pasado, desde el lugar eminentemente documental consiste en un dispositivo prioritario y recurrente, porque –entre otras razones- obedece a las lógicas mismas del discurso documental de carácter interactivo.

Canción de Mariano[25]

Esta película es la historia de una canción, una especie de himno compuesto en 1972 por Walter Magallanes para Mariano Pujadas, el líder montonero asesinado en Trelew. El compositor de la canción desapareció en diciembre de 1976 a la edad de 20 años.

Sin embargo la película va un poco más allá y reconstruye el clima de la época y los avantares de la militancia juvenil en nacimiento y la consolidación de Montoneros en Córdoba. El film da lugar al testimonio y a los recuerdos de varios militantes de la Unión de Estudiantes Secundarios de Córdoba (UES) y activistas de la Resistencia Peronista de Córdoba. El director, Sergio Schmucler, se suma a la historia que cuenta y se autodesigna con voluntad de revisión, su voz en off, al comienzo de la película:

> "Hoy, que los sueños y las furias y las palabras de esos años se disolvieron, la canción que escribió Walter como homenaje a Mariano Pujadas no es fácil de comprender. No dice las mismas cosas que escuchábamos. Esta película pretende que, aunque sea por un instante, usted imagine lo que sentíamos al escucharla".[26]

El conocimiento y la comprensión del contexto histórico se buscan desde un relato coral que recoge las voces y los recuerdos de varios compañeros del compositor. El historiador y ex sacerdote Enio Baudagna y el periodista Luis Rodeiro, entre otros junto al testimonio colectivo de diez personas que fueron militantes compañeros de Magallanes. Las imágenes del archivo de Canal 10 /SRT, contextualizan e ilustran los relatos. La película referencia diferentes aspectos de esa vida política: el origen de los militantes, el vínculo

[24] Sarlo, B., *op. cit.*, p. 47.

[25] Guión y dirección de Sergio Schmucler. Sonido directo Atilio Sánchez. Diseño sonoro Federico Schmucler. Producción Virginia Sanz, Gabriela Romero, Marilina Fabbro e Inés Emiliani. Música Jorge Nazar. Edición: Natalia Bruschtein. Dirección de fotografía: Diego Castrillo. Duración: 75 minutos .Córdoba, 2007.

[26] Sergio Schmucler (Córdoba, 1959) es escritor y periodista. Guionista de televisión, cine y teatro. Creó y dirigió la revista *La intemperie* hasta su cierre en 2005. Militó en las filas de Montoneros hasta 1976, ese año y a los 16 años de edad, se exilió en México junto a su familia. Su hermano Pablo de 19 años de edad siguió militando en Montoneros y desapareció en 1976.
Letra de la canción: "Sí, a Mariano lo mataron, lo mataron en Trelew no llores su muerte hermano, solo una cosa hay que hacer que es retomar su fusil/Que está caído junto a él / Dejame que grite tu nombre allá en la calle /Que tu sangre hermano es patria y es bandera / O muere el siglo pasado / Hoy tenemos montoneras/Es guerrilla peronista/ Guerrilla de libertad/ Dejame que grite tu nombre allá en la calle /Que tu sangre hermano es patria y es bandera."

con el peronismo, la desilusión, la relación con las armas, el orgullo de ser militante, las distintas versiones y posturas, y la idealización de una revolución como espejo de una confianza extrema y como un sueño romántico, como una utopía. El film opera casi en su totalidad a partir del dispositivo testimonial de la primera y la tercera personas, la puesta en cuadro y en escena del recuerdo a través de la palabra, la idea de ceremonia, un círculo, el soliloquio y la evocación. El emplazamiento espacial del testimonio temporal se vuelve interesante. La mayor parte de los testimonios fueron registrados en el espacio del colegio secundario Manuel Belgrano. El escenario del teatrino del colegio es el lugar elegido. Una puesta es escena del pasado en el espacio –por naturaleza ficcional- del teatro. Escena posmoderna, casi televisiva. En este espacio, sentados formando un círculo, los testigos, cada uno a su tiempo en una especie de puesta dramática, catártica y ritual, verbalizan sus recuerdos, se emocionan y se confiesan. Los nombres aparecen en el final del film bajo el subtítulo "Entrevista Colectiva".[27] Hay otro espacio que es el del historiador y el periodista, sumado a cuatro militantes de distintos momentos que aparecen en sus ámbitos propios y con un epígrafe que consigna sus nombres y roles.[28]

La aparición del director-enunciador se bifurca. Por momentos está presente en la sesión de entrevista colectiva compartiendo el espacio con los entrevistados. Oficia como un *medium* que provoca y exorciza los recuerdos de los demás y que interroga (presumiblemente) al grupo reunido.

Por momentos, desde un nosotros-montoneros, el realizador se incluye en el colectivo que retrata en una clara operación de identidad autoreferencial y pregunta a los presentes: "¿Perón nos echó de la plaza o nosotros decidimos irnos de la plaza?"

En otros momentos, desde la voz *over*, Schmucler comenta, completa y reflexiona. Allí el realizador marca, ancla y refuerza el relato a partir de un soliloquio reflexivo, que describe y sanciona mientras se muestran imágenes de archivo o actuales. Las entrevistas y notas periodísticas de archivo de los canales locales se transforman en narradores alternos que siguieron (en su momento) y siguen hoy, el desarrollo de la acción montonera.

La película opera como generador, motivador, procurador del recuerdo compartido, modalidad interactiva dirá Bill Nichols [29]

La música ocupa un lugar especial. La puesta en el audio de toda la serie de canciones folclóricas implica un registro de la poética popular, y folklórica, con letras apelativas a la valentía, la nobleza de la lucha y la posibilidad del cambio.

Se escucha también la *Cantata Montonera* grabada en 1973 que como si se tratara de un dibujo sonoro, delinea las creencias que la canción reforzaba. La canción nombra a Pujadas, su ejemplo y su heroica muerte que lo vuelve mártir. De alguna manera los valores positivos asociados a su valentía configuran un remanso ante el dolor de las pérdidas y de las huidas. Es como si dijeran: "cantarle a Mariano, es un poco cantarle a lo mejor que teníamos y que no pudo ser".

"Nos dijo imberbes, nos echó a todos, nos fuimos y luego de sostener todo esto, y que nos dijera eso, nos desilusionó" (Testimonio ex montonero de la UES.) La agrupación realiza un doble movimiento entre 1973 y 1976: el pase a la clandestinidad y la

[27] La entrevista colectiva se realizó a Francisco Bruno, Leo Caglieris, Guido Dreizik, José Ensabella, Miguel Angel Escalante, Armando Fernández, Gabriela Medina, Gustavo Pérez, Sergio Schmucler y Gonzalo Vaca Narvaja , este último es quien canta con una guitarra la Canción de Mariano sobre el escenario ante un grupo de personas entre las que están todos los que antes dieron tu testimonio ante la cámara.

[28] Las entrevistas personales están realizadas a: Susana Baez, Erio Baudagna, Manuel Cannizzo, León González Olguín, Luis Rodeiroy, Julio Rojas. Estos nombres aparecen sobreimpresos en la pantalla mientras hablan los sujetos.

[29] Nichols, B. (1997) *La representación de la realidad*, Madrid: Paidós.

creación de una herramienta electoral: el Partido Peronista Auténtico. El grupo se militariza y se reorganizan las tareas. "Eso que uno puede evaluar como un error, se intentó subsanar con la disciplina militar. A la disciplina al mandato, a esta cosa de que hay que dar cuenta y una pregunta que siempre queda cómo corregir semejante viraje." (Testimono ex montonero de la UES).

Pero algo estaba claro: Montoneros necesitaba soldados y no todos aceptaban serlo.

> "Cuando se planteó que todos tenemos que ser combatientes y agarrar los fierros, yo dije que no y bueno, entraron muchas dudas, y me decían que si hacía eso, me iba a pasar para otro lado, pero cuál era el otro lado?.Y luego agrega: "Y Justamente el Negro (Magallanes) con el Pablo fueron a hacerme un cuestionario, un cuestionamiento, (sic) lo traían escrito. Así como un sondeo para ver si yo no me pasaba a los servicios, no entendían que yo bajaba la persiana ahí. Terminamos mal, porque además de la militancia éramos pares, éramos compañeros, éramos amigos, entonces cuando a mí me hacían ese cuestionamiento: "Bueno, loco si vos te vas te estás pasando a las filas del enemigo", yo les decía "no loco, no me podés decir esto, no me jodás, no me podes decir esto a mí, sino que yo en este punto no estoy de acuerdo en agarrar los fierros y me abro de esto". Entonces ellos no lo podían aceptar desde ningún punto de vista y me fui. Y me fui de Córdoba para no ver más a nadie. Después me entero de todas las demás muertes". (55:00 a 56: 34)

Ser un soldado montonero, para algunos era un honor, para otros era la única opción posible. Para una ex – militante, ésta era la realidad: "Creo que era una caracterítica de la organización, porque si te ibas eras un traidor, si *cantabas*[30] eras un traidor, si dejabas de militar, eras un traidor. La única que te quedaba era agarrar los fierros e ir a poner el pecho" y luego agrega:

> "Yo terminé la escuela en el 75 y ya en esa época habíamos empezado con el tema de campamentos y adiestramientos. Toda una cosa que era irreal, yo hoy puedo decir que era irreal. Es dificil explicar la cantidad de instancias y de cosas que uno vivía, desde el triunfalismo a estar practicando tiro, una cosa que no resiste el análisis. Hasta que me fueron a buscar a mí y yo no estaba, por suerte." (59:00)

Si ellos están allí dando su testimonio, es porque –precisamente- esquivaron la muerte. Cada uno describe sucintamente para sus pares y para las cámaras, las diversas maneras en las que se disolvieron socialmente. Algunos pidieron asilo en el exterior, otros se refugiaron en casas de amigos o parientes en países de Latinoamérica.

Del final de la familia Pujadas, se ocupa el texto en off del director que recuerda cómo secuestraron, fusilaron y tiraron a un pozo a los padres y hermanos de Pujadas, mientras un *travelling* descriptivo muestra la casa en la cual vivieron.

La última imagen, es la misma que abre el film: Mariano Pujadas y un grupo de la UES en conferencia de prensa y la voz de Schmucler en *off*.

[30] Aquí "cantar" se refiere a delatar.

"A alguno de nosotros a veces se nos hace difícil creer que todo aquello haya sucedido y ver estas imágenes filmadas el día que nacía la UES en Córdoba y escuchar la canción de Mariano nos ayudan a tener la sensación de que esas cosas que nos pasaron, que hicimos, no fueron un sueño"

Palabras[31]

Esta película puede verse como una variante de la especie de "documental de sí".[32] Su protagonista, la documentalista Ana Mohaded, hace suyas las herramientas de la autobiografía documental y en un monólogo de veinte minutos relata su propia experiencia re-instalada en la antesala de una próxima declaración como testigo en el juicio a Luciano Benjamín Menéndez.

La película articula en el dispositivo del soliloquio y la voz *over*, las preocupaciones, los recuerdos traumáticos, la culpa por lo mundano y las instancias previas a la que será, tal vez, la última declaración. El testimonio impacta por lo simple y profundo a la vez. Personas del pasado y del presente se alternan en el relato.

Hay además una insistencia: "Los testimonios de los sobrevivientes de los campos de exterminio y de las cárceles del terrorismo de Estado, se sostienen con la piel y los huesos, y se escriben con el corazón", desde esa "memoria de secuestrada" [33]

Hay un dolor expresado y un recuerdo renegado: "Esto de traer el pasado al presente en un primer plano es una cagada, porque a mí me gusta andar en este tiempo, aquí y ahora. Es más, me gusta mirar el futuro" [34]. Se mezclan en su relato los pasados y los presentes de manera indisoluble y confusa, en imágenes el plano medio de la protagonista que mira fuera de cámara y lee sus propios recuerdos y reflexiones. El relato es casi ininterrumpido, una película hecha casi solamente con palabras. Las palabras dichas y un plano de ella en semipenumbra.

"En Semana Santa del 77 Me llevaron a la D2, con las manos atadas atrás me sentaron en un banquito de cemento, escuchaba las misas de la catedral y escuchaba los tacos de una policía que había tenido un bebé. Cuando se acercaba yo sostenía la respiración .Tac, tac, tac está al lado, tac, tac, tac, está aquí, adelante. Ella tensaba sus manos garras, me buscaba los pezones y apretaba, apretaba y retorcía. Retorcía y apretaba. La sangre se me pegaba a la ropa y el dolor partía de una escala más alta cada vez. En un momento dijo, "¡Uy, se me hace tarde! Me voy, tengo que darle la teta al bebé. Cuidado con las madres." [35]

[31] Directora: Ana Mohaded. Fotografía y Cámara: Juan Pablo Antón. Edición: Juan Pablo Antón y Juan Avaltroni. Duración 21: minutos. Córdoba, 2008.
[32] La dimensión subjetiva del documental moderno es un fenómeno de particular interés. Una interesante reflexión y profundización sobre el tema puede leerse en Renov, M., `Estudiando al sujeto. Una introducción´, en Labaki A. y Mourao M.D. (comp.) (2011) *El cine de lo real*. Buenos Aires: Colihue, pp. 192-212.
[33] Mohaded, A. *Monólogo a cámara*, minuto: 3:33. Ana Mohaded es Ex secuestrada, y fue torturada y cautiva en los Campos de La Perla, Campo de la Ribera, la D2, la Cárcel de Córdoba y La Escuelita.
[34] Mohaded, A. *Monólogo a cámara*, minuto: 5:51
[35] Mohaded, A. *Monólogo a cámara*, minuto: 14:05.

Nombres, datos, cifras, horrores son revelados a partir de la palabra de la "ex víctima", en la evidencia de la viviencia padecida, de la mirada recobrada.

> "En minutos entraré. Cuántas horas esperamos… mi granito de arena, cuánta gente aportó para llegar a esto. Caminaré hasta verles la cara en la jaula blindada. Cuántas marchas, rondas, vigilias me precedieron. Juraré decir la verdad. Cuántos cantaron, gritaron, rezaron, putearon para que la palabra sea escuchada. Juicio y Castigo." (Mohaded)

Es una puesta mínima, casi vacía, que ubica las palabras en el espacio de la toma. Y conviene con el espectador en que será solo ella y su recuerdo mediado por algunos efectos visuales que diferencian el relato de los malos y de los peores momentos. Se trata de un dispositivo autobiográfico completo en el que su palabra y la de otros mediada por ella - en tanto cita oral directa e indirecta- se presentan hegemónicamente. Sólo en el final, aparecen otras voces: la del locutor del Juzgado y la de Paco Ibáñez.

Se escucha la sentencia a Menéndez leída en voz en *off* e imágenes de los festejos de varios grupos de personas con pancartas y carteles que se funden con la voz de Paco Ibáñez cantando la canción de Blas de Otero: "Palabras"[36] e imágenes fotográficas de Madres de Plaza de Mayo y de las Madres de Córdoba, en plena protesta.

Vemos aquí el emplazamiento de la vivencia privada, la experiencia personalísima puesta en discurso y visibilizada. Los miedos, los tormentos pasados, las inseguridades actuales y la esperanza en un futuro mejor, refuerzan la idea de "deber cumplido", de tarea realizada, de testimonio dado. Hablar ante la cámara operaría, para la testigo, como una metonimia de lo que será su declaración. Una parte de todo lo mucho que el horror dejó en esta mujer, Ana.

El antropólogo médico Arthur Kleinman y la Psiquiatra Jian Klinman sostienen que: "El sufrimiento es una de las bases existenciales de la experiencia humana: es una cualidad definitoria, una experiencia de los límites de la condición humana. También es el tema principal de nuestros tiempos mediatizados". [37]

Para Griselda Pollock la mediatización del sufrimiento se corresponde con un viraje cultural que pone al descubierto la experiencia de las muertes, las hambrunas y las tristezas humanas.

El soliloquio de Mohaded verbaliza el tormento, en primera persona, al tiempo que se vuelve respresentación de lo que para la víctima significa hablar por ella y por los que no pueden ya hablar.

---

[36] Si he perdido la vida, el tiempo, todo/lo que tiré, como un anillo, al agua,/
Si he perdido la voz en la maleza,/me queda la palabra.
Si he sufrido la sed, el hambre, todo/lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,/me queda la palabra.
Si abrí los labios para ver el rostro/puro y terrible de mi patria,/
si abrí los labios hasta desgarrármelos,/me queda la palabra. B*las de Otero.*

[37] En Pollock, G. (2008) `Sin olvidar África: dialécticas de atender/desatender, de ver/negar, de saber/entender en la posición del espectador ante la obra de Alfredo Jaar´, en *La política de las imágenes.* Santiago de Chile: Metales Pesados, p. 100.

VI

Cine de la Imagen. Acerca del ícono.

Para la documentalista Carmen Guarini: "Mostrar no es sólo mostrar, no hay ingenuidad posible en este gesto. Filmar un documental es poner en riesgo la propia práctica y las propias creencias" [38]

La representación de la guerra a partir de las imágenes que claramente reflejan el cuerpo de las víctimas, la muerte, las huellas del horror, ha sido y continúa siendo un tema de debate teórico.

En relación a las imágenes de las víctimas del Holocausto, han entrado en debate las opciones formales del cineasta Claude Lanzmann y la de otros intelectuales como Gerard Wajcman para quienes bajo una especie de "estética negativa", Auschwitz es un "desastre absoluto totalmente desprovisto de mirada" y por su parte, la tesis que desarrolla George Didi-Huberman sobre una serie de cuatro fotografías registradas en la cámara de gas en el crematorio V en agosto de 1944 y que se constituyen poderosamente en "imágenes pese a todo" y respondiendo a numerosas críticas sobre la "fetichización" de estas imágenes diciendo: "Ante las cuatro fotografías de Auschwitz simplemente he tratado *de ver para saber mejor*" [39]

Para el autor "estudiar una imagen de la Shoah (…) es persistir en el acercamiento pese a todo, pese a la inaccesibilidad del fenómeno. No es consolarse en la abstracción, es querer comprender pese a todo, pese a la complejidad del fenómeno. Es plantear incansablemente la cuestión del cómo." [40] Cita a continuación a Wolgang Sofsky para quien "De tanto considerar los crímenes nazis como irrepresentables y la masacre de millones de inocentes como definitivamente ininteligible, se ha acabado por no preguntar más cómo funcionaban los campos".

Señor Presidente [41]

1976. Los empleados de la Morgue Judicial de Córdoba reclamaban la aplicación de la ley de insalubridad en sus tareas. El reclamo se hacía, mediante cartas tipografiadas dirigidas al entonces presidente de la Nación, Jorge Rafael Videla.

La película relata las peripecias de los muertos que luego de descomponerse en la morgue, eran trasladados al cementerio San Vicente en la ciudad de Córdoba. Las excavaciones que se hicieron en 1994 destruyeron gran parte de las pruebas, pero el posterior trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense, permitió rearmar los restos e identificar –hasta el momento de la película- 14 cuerpos.

[38] Guarini, C. (2004) `Un saber desconocido. Apuntes sobre el lenguaje documental antiglobalizador´, en www.otrocampo.com
[39] Didi- Huberman, G. (2004) *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto.* Barcelona: Paidós, p. 90.
[40] *Ibíd.,* p. 226.
[41] Dirección: Liliana Arraya y Eugenia Monti. Productora: C & C Producciones. Distribuidora: C & C Producciones. Guión: Liliana Arraya, Eugenia Monti, Mario Mercuri. Producción: Liliana Arraya, Eugenia Monti. Fotografía: César Boretti. Edición: Dimas Games. Música: Guillermo Ceballos. Sonido: Guillermo Ceballos, Marcelo Brizuela. Duración: 55 min. Córdoba, 2006. Las dos directoras son periodistas de medios televisivos de la ciudad de Córdoba. En el caso de Eugenia Monti se reconoce además como ex militante política.

El documental da cuenta de los testimonios de la fiscal federal Graciela López de Filoniuk , familiares y testigos detenidos en La Perla que junto con ex empleados de la Morgue relatan el rumbo seguido desde la detención de algunos militantes, su asesinato, estadía del cuerpo en la morgue y posterior enterramiento en las fosas comunes del cementerio. Un calvario *post mortem*.

Uno de los testimonios es de Sara Castro, la hija de Liliana Sofia Castro. Sara tenía 4 años cuando se llevaron a su mamá en 1976. El 31 de julio de 2003, le restituyeron los restos "en una pequeña caja", después de que la justicia y los forenses confirmaran la coincidencia de los datos genéticos.Hay documentos y datos históricos que van confirmando las versiones orales. La visión de los cadáveres en las fosas comunes irrumpe como imagen del horror. Se trata de fosas que contienen hasta "tres niveles de cadáveres" y donde los antropólogos desarrollan su trabajo con meticulosidad. La secuencia del osario impacta y perturba al tiempo que discute su potencialidad con el resto de la imaginiería del horror y de la guerra.

Hugo Vezzetti, sostiene que: "En la experiencia argentina, el pasado reciente irrumpe por la vía de los crímenes y los muertos, en particular los desaparecidos, muertos sin sepultura, que se han convertido en un símbolo doloroso del carácter a las vez trágico e imperioso de la acción sobre el pasado" [42]. De allí la importancia y la plenitud de esta imagen.

Hannah Arendt asegura que durante el proceso de Auschwitz: "A falta de la verdad, nosotros encontraremos, sin embargo, instantes de verdad, y esos instantes, son de hecho todo aquello de lo que disponemos para poner orden en este caos de horror. Estos instantes surgen de repente, como un oasis en el desierto. Son anécdotas y en su brevedad revelan de qué se trata" [43] .

Las imágenes de *Señor Presidente* estarían funcionando como "instantes de verdad" , en la aparición y presencia de una serie de cuerpos anónimos que reconfiguran la escena del horror y que vienen a impactar en el universo de lo visibilizado.

En relación al eje referente/representación, se abre una dimensión interesante. Esta película se ubica entre los documentales del horror, el tormento y la muerte. El tema es la imagen y un encuentro entre el arte de la palabra y el arte de la imagen. O tal vez, podríamos decir, las tecnologías de la palabra (en sus dispositivos testimoniales) y las tecnologías de la imagen (en sus dispositivos testificantes de no-ficción).

El debate en torno a lo que se puede y se debe mostrar de las guerras se reaviva nuevamente. La imagen- prueba, la imagen de las fosas, confirma la ausencia. O mejor aún, constituye la ausencia definitiva del cuerpo vivo. La operación es bastante compleja, ya que la foto opera de manera reconstituyente, allí donde hubo desaparecidos, hoy hay muertos.[44]

Las imágenes que exhiben con precisión casi científica los cuerpos y los huesos hallados en las fosas del cementerio y el *zoom in* sobre el cráneo perforado son particularmente inquietantes. La secuencia está acompañada por una música instrumental sombría.

Contemplar las imágenes de los cadáveres, de los individuos allí muertos, es corroborar una certeza e implantar una duda: están muertos, pero ¿quiénes son?

---

[42] Vezzetti, H.*op. cit.,* p. 53.

[43] Arendt, H. (1966), `El Proceso de Auschwitz´. Trad. S. Courtine. Deanamu (1991), *Auschwitz et Jérusalem.* Paris: Deuxtems Tierce, en Didi- Huberman, G. (2001) *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto,* Barcelona: Paidós, p. 57.

[44] Muy distinto es el objetivo del ensayo fotográfico de la artista Lucila Quieto "Antropología de la Ausencia", en la que construye fotografías montadas sobre diapositivas proyectadas de personas desaparecidas y la figura de sus hijos posando "como sí" estuvieran en un mismo tiempo. Una interesante reflexión sobre este trabajo puede leerse en Durán V. `Representaciones de la ausencia: Memoria e Identidad en las Artes Visuales´, en Archuf, L. y Catanzaro, G. (comps) (2008), *Pretérito Imperfecto, Lecturas Críticas del Acontecer*. Buenos Aires: Prometeo.

La contundencia de la imagen, no es menos fuerte que la contundencia de la duda basada efectivamente en el poder aseverativo de la imagen. La imagen es. El cuerpo era.

Jean-Marie Schaeffer, considera la posibilidad de la fotografía de volverse memoria y rememoración[45]. En este caso hay dos operaciones que conviven simultáneamente, por un lado la del hecho de la muerte violenta, de la cual el balazo es huella, por otro lado, la pesquisa que señala el cuerpo enterrado allí como el de un N.N. bajo custodia del Estado.

De allí que la imagen de los cadáveres es movilizadora en varios sentidos. Por un lado, testimonia el hallazgo. Estos son los descubrimientos y el producto del trabajo del equipo de forenses. Aquí la imagen es testigo del descubrimiento y pone en juego la "tesis de existencia", al decir de Schaeffer. Por otro lado, la fosa común, la sepultura masiva, clandestina, ilegítima, evidencia en sí misma del crimen. La prueba del poder ejercido ilegalmente y ocultado. Aquí la imagen es testigo de la existencia de estas fosas. En tercer lugar, una cercanía con la noción de vidas precarias. La noción moderna de la precariedad de las vidas destinadas a la muerte[46], de lo cual es índice la misma imagen.

Cuando el esquema del testimonio pareciera perder cierta fuerza o al menos ya haber agotado algunas, la imagen se emplaza como recambio. Es imagen testigo.

VII

Conclusiones

El apriori histórico es entendido aquí como el marco, el límite móvil desde el cual es posible considerar estas películas como enunciados, parte de una formación discursiva mayor y compleja. Dice Michel Foucault: "El dominio de los enunciados articulados así según apriori históricos, caracterizado por diferentes tipos de positividad y escandido por formaciones discursivas, no tienen ya ese aspecto de llanura monótona e indefinida (…) Se trata de un volumen complejo, en el que se diferencian regiones heterogéneas, y en el que se despliegan, según unas reglas específicas, unas prácticas que no pueden superponerse"[47]

Entendemos que estas películas, en tanto que enunciados, se desenvuelven en un espesor de prácticas discursivas que las instauran como acontecimientos y que, por eso, vienen a configurar sistemas de enunciados llamados "archivos", en los términos que Foucault denomina "archivo"[48] , es decir, "el sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados".

La representación de la memoria en la materialidad del cine documental tanto nacional como cordobés, es heterogénea. Los testimonios documentales son palabras que reconstruyen lo que ya no es, lo que hoy está ausente pero que alumbrada por esta *représentance* de la que habla Paul Ricoeur, hace posible la creencia y la confianza.[49]

---

[45] Schaeffer, J-M (1987) *La imagen Precaria. Del dispositivo fotográfico*. Madrid: Cátedra.
[46] En referencia a la noción de "vidas precarias" que desarrolla Judith Butler, en Butler, J. (2010*) Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
[47] Foucault, M. ([1977] 1995), *La Arqueología del saber*. México: Siglo XXI, p. 218.
[48] *Ibíd.,* p. 219.

La imagen documental, por su parte, esgrime su valor indicial y agita su peso representacional.

Como planteamos en un el comienzo, en Argentina, cada década se configuró como un apriori desde el que pensar qué tipo de memoria ejercitar. Cierta tópica de lo decible y de lo recordable compuso un modelo acerca del pasado que influyó en los temas y en los relatos del cine documental nacional.

A riesgo de reducir la complejidad del tema, podemos sintetizar esos paradigmas de la siguiente manera: en un primer momento (1983-1990) la versión dicotómica: víctimas inocentes / Estado victimario; en un segundo momento (1990-2000): militantes-héroes-mártires / Estado victimario y en un tercer momento (2000 en adelante) militantes-políticos-violentos / Estado victimario.

Estos paradigmas de memoria, aparecen también en los documentales cordobeses y aunque todas las películas son posteriores al año 2000, no todas se configuran discursivamente en relación al tercer esquema sino que asumen pertenencias a los tres paradigmas de manera ensamblada e intrincada.

Canción de Mariano, por momentos apela al romanticismo de los jóvenes militantes y canta con emoción la canción a Mariano Pujadas, pero expone el testimonio de ex militantes que describen las "tensiones y los aprietes" dentro de la organización misma.

"Yo no quise tomar las armas"; "yo me abrí"; "el negro cayó con un cuestionario/cuestionamiento"; "íbamos a practicar tiro…cosas que no resisten el menor análisis". Testimonios propios de un paradigma propio de la última década.

Palabras recupera la primera persona para dejar en claro que el sufrimiento y el dolor de la víctima son –prácticamente- intransferibles. Ejercicio autobiográfico de la memoria "de secuestrada" que asume las ventajas y los riesgos de la reflexión sin revanchismo. En el 2008 Mohaded recupera el paradigma de los años noventa, pero con la esperanza de que la reanudación de los Juicios calme la sed de justicia y redima algo de tanto dolor.

Señor Presidente apela también a los testimonios, pero las imágenes del cementerio describen con tanta fuerza la brutalidad del sistema represivo que opaca cualquier otro ejercicio de la memoria, instalándose nuevamente, en el primer paradigma, en el que en primer lugar, allí hubo víctimas. Desafía los calificativos posibles de "show del horror", o de "imagen abyecta" y toma partido por el paradigma que sostiene que son imágenes -pese a todo-, que de tanto no querer o no poder mostrarlas podemos terminar por olvidarlas.

Las políticas de la memoria y los mecanismos de visibilidad de la historia, se despliegan en la encrucijada siempre actual entre el testimonio y el ícono, entre el verbo y la imagen, entre la imaginación que debe suscitar la palabra y la evidencia con la que horroriza la imagen.

Si bien las imágenes de los restos humanos componen un cuadro distinto que diversifica la referencia al pasado y reinstala políticamente la iconografía del horror y la potencia de la mirada como organización de lo representable, estas películas documentales configuran un ejercicio de visibilidad de los recuerdos que, más allá de la preocupación por los olvidos necesarios y las memorias convocadas, libra una batalla aún intensa: la que pone en ejecución el conjuro de clarificar también que el testimonio contiene en su centro lo intestimoniable -el recuerdo, la historia, el rostro del "verdadero testigo" o "testigo integral" al decir de Agamben, aquel al que la muerte le arrancó no sólo la vida, sino la palabra.

---

[49] Ricoeur, P. ([2000] 2008) *La memoria, la historia y el olvido*. México: Siglo XXI.

Según Derrida "el archivo es una violenta iniciativa de autoridad, de poder, es una toma de poder para el porvenir, preocupa el porvenir; confisca el pasado, el presente y el porvenir. Sabemos muy bien que no hay archivos inocentes".[50]

La memoria documental sobre la dictadura en Argentina, seguirá construyéndose seguramente y nuevos regímenes de la memoria, se plegarán unos sobre otros. Otras re-visiones, ya sean desde el orgullo militante, desde la búsqueda de precisión histórica, desde la memoria personal, desde una explicación para el perdón, serán ejercicios necesarios, miradas políticas al fin, para no olvidar la muerte, la violencia ni el horror. Es de esperar entonces, que ese archivo consciente, esquive los clichés, los ocultamientos y las resistencias y, en tanto "ciudadanos", podamos enriquecernos tanto del voto de fidelidad de la memoria como del pacto de verdad de la historia.

[50] Derridá, J., *op. cit.*

Una mirada en transición. Un análisis del film *Cuarentena. Exilio y regreso,* de Carlos Echeverría

Por Paola Margulis*

(CONICET- UBA)

Resumen

Mucho se ha escrito sobre el documental argentino político de los años sesenta y setenta. Sin embargo, es poco lo que se ha reflexionado sobre el documental político post-dictadura. Este trabajo intentará reponer parte del mapa de producción documental política de los primeros años de democracia, focalizando en algunos films emblemáticos de dicho período que han tenido escasa circulación en el país. Más específicamente, el análisis se centrará en el documental *Cuarentena. Exilio y regreso* del realizador Carlos Echeverría, sobre el retorno a la Argentina del intelectual Osvaldo Bayer luego de su exilio en Alemania durante la dictadura; con el objeto de abordar ciertas problemáticas inherentes al proceso de transición democrática. A partir de la perspectiva ofrecida por el film, se indagará en torno de la reconstrucción de la esfera pública luego de la dictadura, y también acerca del modo en que se re-sitúa la figura del intelectual en dicho proceso. A partir de un recorrido por la producción documental de la década del ochenta, esperamos poder ofrecer una perspectiva de cómo ciertas imágenes comenzaron a relacionarse con lo real luego de la última dictadura militar.

Palabras clave: Cine político – Documental – Transición democrática – Dictadura - Exilio

Summary

Much has been written about Argentinean political documentary during the 1960s and 1970s; however, not much consideration has been given to post-dictatorship political documentaries. This work will endeavor to restitute part of the map of the political documentary filmmaking of the first years of democracy, zooming in on some emblematic films of that period which have had scarce dissemination in Argentina. More specifically, the analysis will focus on the film *Cuarentena. Exilio y regreso*, by filmmaker Carlos Echeverría, which deals

* Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Becaria del CONICET con un proyecto que versa sobre las principales modalidades del documental argentino en la postdictadura. Es docente de la materia Historia General de los Medios y Sistemas de la Comunicación, correspondiente a la misma Facultad. Ha escrito diversos artículos sobre cine documental, el estatuto de las imágenes de archivo, la representación visual de las masas, entre otros temas de su interés. Recientemente ha publicado (2010) `Imágenes de la violencia. Un acercamiento a algunas imágenes recurrentes en el cine documental post dictadurap´. *Oficios Terrestres* N° 25; `Leyendas de archivo. Un análisis de algunos fragmentos presentes *El gringo loco. Invierno en la Patagoniá*, en Göbel B. y Chicote G. (eds.), *Ideas viajeras y sus objetos: El intercambio científico entre Alemania y América austral*, Iberoamericana – Vervuert, Madrid – Frankfurt, 2010.

FECHA DE RECEPCIÓN: 10/06/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 18/09/2011

with the return to Argentina of intellectual Osvaldo Bayer after his exile in Germany during Argentina's dictatorship. The purpose of the analysis is to address certain problems inherent to the transition process to democracy. On the basis of the perspective offered by the film, research will be made regarding the manner in which the image of the intellectual is relocated in such process. By means of a journey through the documentary filmmaking of the eighties we expect to offer a perspective of how certain images began to relate with reality after the first military dictatorship.

Key words: Political cinema - Documentary - Democratic transition- Dictatorship - Exile

Imágenes documentales de la transición

El fin de la dictadura generó nuevos vínculos entre documental y política. Lejos ya de la urgencia que caracterizó al cine militante de las décadas del sesenta y setenta, el cine posterior a 1983 presenta una perspectiva crítica, proponiendo la reflexión y revisión del pasado reciente antes que la acción. Pese a tratarse de un espacio de producción marginal dentro del cuadro general de producción cinematográfica argentina, el cine documental postdictadura funcionó como un importante generador de imágenes de la transición democrática. Se trata de una coyuntura muy particular, en la que un número considerable de films –si tenemos en cuenta los reducidos parámetros de la producción documental argentina-, accedió a un estreno comercial en salas.[1]

En un breve arco de años se estrenaron variados documentales de montaje que tematizan distintos aspectos de la historia política argentina, como *La república perdida* (Miguel Pérez, 1983), *Evita, quien quiera oír que oiga* (Eduardo Mignogna, 1984), *La república perdida II* (Miguel Pérez, 1985); y unos años más tarde, *Permiso para pensar* (Eduardo Meilij, 1986-88) y *DNI (la otra historia)* (Luis Brunati, 1989). Tal como explica Paulo Antonio Paranagua, en Argentina el éxito del film de montaje coincide con la transición democrática.[2] En dicho contexto, películas organizadas mayormente en base a metraje de archivo y testimonios –tanto de orientación radical, como peronista-, lograron, en algunos casos, una monumental afluencia de público. Postulados desde el marco de un modelo institucional, se destaca en estos films un modo de producción hegemónico que plantea una narración regulada, la cual intentará revisar en forma moderada los acontecimientos históricos. En estos casos, la innovación formal tenderá a ser resignada en pos de fomentar un ideal de consenso, apoyado en un punto de vista tolerante de enunciador.[3] Según describen Ana Laura Lusnich y Clara Kriger refiriéndose a la producción cinematográfica del decenio 1983-1993, "Las películas hacen hincapié en la necesidad de reconocer las bondades y miserias de los movimientos populares de la historia".[4]

[1] El bajo grado de institucionalización del espacio de producción documental argentino hace que no existan cifras oficiales sobre el número de documentales argentinos producidos durante el período analizado, razón por la cual, nos basamos en un listado organizado por Josefina Sartora (publicado como anexo en el libro Sartora, J. y Rival S. (eds.) (2007) *Imágenes de lo real. La representación de lo político en el documental argentino*. Buenos Aires: Libraria, pp. 189-207. En base a dichos datos, podemos advertir que entre 1976 y 1982 se estrenaron ocho documentales, los cuales abordan temáticas relativas a la ecología, música y cultura general.

[2] Paranaguá, P. A. (2003) `Orígenes, evolución y problemas´, en Paranaguá P. A., *Cine documental en América Latina*. Madrid: Cátedra, pp. 13-78.

[3] Lusnich, A. L. y Kriger, C. (1994) `El cine y la historia´, en España, C. (comp.), *Cine argentino en democracia 1983 / 1993*. Buenos Aires: Fondo de las Artes, pp. 83-103.

[4] Ibidem.

El estatuto de "discurso de sobriedad"[5] propio de los films documentales –el cual tiende a imprimirles el valor de "prueba"-, influyó en el modo en que el público se relacionó con estas imágenes, asignándoles el carácter revelador de una verdad que se habría mantenido oculta durante la dictadura. Desde ese lugar, el ir al encuentro de estos films, fue vivido en dicho momento como una forma más de participación democrática. Por otra parte, la coyuntura también tendió a imprimirle un valor muy particular a ciertos recursos frecuentes en el documental, como la utilización de materiales de archivo. Tal como explica el documentalista Andrés Di Tella, luego del saqueo y destrucción de archivos durante la última dictadura militar, la reconstrucción de versiones de la historia nacional a partir de materiales de archivo, le imprimía un sentimiento liberador a este tipo de films.[6]

El alto grado de visibilidad que alcanzaron estas películas de montaje durante la transición, no hace sino contrastar con otra serie de documentales que apenas alcanzó algún tipo de difusión en el país en dicho momento histórico. Se trata de films que, a diferencia de los recién mencionados, no apuestan a establecer relatos abarcadores sobre extensos períodos de la historia argentina sino que se enfocan, por el contrario, en el pasado reciente. Organizados en función de perspectivas más acotadas –muchas veces focalizando en casos específicos-, estos films no intentan minimizar el conflicto sino que, por el contrario, abren toda una línea de preguntas, incertezas y denuncias en torno de los horrores vividos durante la última dictadura militar. En el grueso de los casos, se trató de documentales que no accedieron a un estreno comercial en salas argentinas, realizados por cineastas exiliados o residentes en el exterior del país.[7] En el año 1983, antes incluso del retorno de la democracia, Carlos Echeverría filma *Cuarentena. Exil und Rückkehr / Cuarentena. Exilio y regreso* (Carlos Echeverría, 1983, Alemania), sobre la experiencia del historiador y escritor argentino Osvaldo Bayer durante su exilio en Alemania. Cuatro años después Echeverría filmará *Juan, als wäre nichts geschehen / Juan, como si nada hubiera sucedido* (1987, Alemania). *Juan…* es uno de los primeros trabajos documentales –y posiblemente el único- en entrevistar a militares argentinos que ocuparon altos cargos de autoridad, indagando en torno de su responsabilidad en la desaparición forzada de personas durante la última dictadura militar.[8] Otros films como *Todo es ausencia* (Rodolfo Kuhn, 1984, España) y *Las madres de Plaza de Mayo* (Susana Blaunstein [Muñoz] y Lourdes Portillo, 1985, Estados Unidos) abordan desde diferentes perspectivas la lucha de las Madres de Plaza de Mayo por recuperar con vida a sus hijos desaparecidos durante la dictadura. En el año 1987 en Argentina, Marcelo Céspedes y Carmen Guarini rodarán *A los compañeros, la libertad*, promoviendo, la libertad a presos políticos.[9]

---

[5] Nichols, B. (1997) `El dominio del documental´, en Nichols, B. *La representación de la realidad. Cuestiones y conceptos sobre el documental.* Buenos Aires, Paidós, pp.31-63.

[6] Firbas, P. y Meira Monteiro, P. (eds.) (2006) "*Conversación en Princeton. Andrés Di Tella: Cine documental y archivo personal*, Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana, pp.17-104.

[7] El documental realizado en Argentina comenzará a abordar de lleno temas relacionados con la última dictadura recién promediando la década del noventa, con el advenimiento del "cine de memoria". Bajo dicha categoría se ubican documentales como *Montoneros, una historia* (Di Tella, 1994), *Cazadores de utopías* (Blaustein, 1995), entre muchos otros.

[8] Esta situación no volverá a repetirse luego de promulgadas las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final en Argentina.

[9] A los fines de esta categorización del cine documental, también se podría recuperar la filmografía de Jorge Denti. Estableciendo varios puntos de contacto con el cine de intervención política de los años sesenta y setenta, y aspirando a inscribir su cine en un marco latinoamericano –el documental *Malvinas, historia de traiciones* (1984) fue proyectado en Argentina, Venezuela, Ecuador, México, Nicaragua, Uruguay y Cuba (Programa de exhibición de Cine Club Núcleo) y aspiraba a exhibirse también en Bolivia y Brasil ("Proyectan un filme sobre el trasfondo del conflicto en las Islas Malvinas", *Excelsior* 02/03/84); el proyecto cinematográfico de Denti entrecruza y desafía las dos categorías de agrupación propuestas. De ese modo, si bien *Malvinas, historia de traiciones* logró un estreno comercial en el país; a diferencia de los otros films de montaje, no ensaya un relato abarcador de la historia argentina, concentrándose, en cambio, en un hecho puntual muy cercano del presente de su filmación -la guerra de Malvinas-, desde una mirada de denuncia. Hacia 1986 Denti culmina la trilogía *La Argentina que está sola y espera* (1986, México), integrada por los cortos *Pampa del infierno*, *Entre el cielo y la tierra* y *No al punto final* (Mestman, M. (2009) `Al compás de la revuelta. Jorge Denti más allá del cine y la televisión´, en el Catálogo del XI

El presente trabajo se concentrará en el film *Cuarentena. Exilio y regreso*, del realizador Carlos Echeverría, en la medida que permite abordar algunos problemas específicos de la transición democrática.[10] Filmado al calor de la efervescencia pre-electoral, el documental funciona como una instantánea de un momento efímero y excepcional: aquel que atestiguó las elecciones democráticas todavía en tiempos de dictadura; abriendo una entrada de análisis para pensar el proceso de re-organización de la esfera pública argentina a partir de la re-incorporación de la vida partidaria. La posición expectante que asume el film –en tanto se identifica con la mirada distanciada de un exiliado político- constituye una vía privilegiada para estudiar *cómo los hechos históricos se tornaron relato*.[11]

Ahora bien, a pesar de responder a profundas preocupaciones de la realidad política argentina, *Cuarentena…* encontró grandes dificultades de circulación en el país. Este factor responde a distinto orden de causas. Para empezar, el espacio de producción documental argentino correspondiente a la década del ochenta era muy reducido. La posibilidad de formarse como documentalista en Alemania, país en el que el documental constituía una práctica profesionalizada, le brindó ciertas particularidades a las películas iniciales de Carlos Echeverría. Sus primeros films recibieron el apoyo de la Alta Escuela de Cine y Televisión de Munich, institución en la que el realizador desarrolló sus estudios sobre documental; y le brindó, además, la posibilidad de encontrarse cercano a otras fuentes de financiamiento, como los canales de televisión europea. *Cuarentena…* recibió el apoyo económico y se difundió en Alemania a través del canal de televisión alemán ZDF. En Argentina, las limitaciones de un mercado del documental inexistente, y la coyuntura de un momento en el que los valores democráticos no estaban del todo afianzados, impidieron que el film pueda ser emitido por la televisión pública (Canal 7).[12] En el año 2005 la retrospectiva de Carlos Echeverría presentada como parte del programa del 7° Festival Internacional de Cine Independiente de Buenos Aires, ayudó a la difusión de la producción del realizador, desconocida, incluso en la actualidad, por gran parte del público y de la crítica. Sin embargo, tanto la gran relevancia política del film, como su potente valor documental, ameritan un análisis en profundidad.

El exilio en primera persona

Cuarentena… se organiza narrativamente a partir de la historia contada en primera persona del historiador, escritor y periodista Osvaldo Bayer, motivado por el proyecto de retornar a la Argentina para presenciar las elecciones democráticas luego de su exilio en Berlín entre los años 1976 y 1983. Es su voz la que ordena los acontecimientos que se presentan en pantalla y su cuerpo el que es seguido por la cámara. En el film, Bayer atribuye las causas de su exilio a la publicación del libro *Los vengadores de la Patagonia*

Festival DerHumAlc – Cine de Derechos Humanos, Retrospectiva de Jorge Denti). Dicha trilogía vuelve sobre los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura, destacando el rol cómplice de la iglesia; haciendo extensiva la crítica hacia ciertos aspectos de la presidencia de Raúl Alfonsín (se aboga por el juicio a los culpables, por la libertad de presos políticos, y principalmente se rechaza la ley de punto final).

[10] Entendemos aquí la transición democrática como un proceso complejo que se extiende en el tiempo tiempo más allá de traspasado el umbral de las elecciones democráticas. Según la teorización de Juan Carlos Portantiero, el proceso de transición democrática estaría compuesto por tres momentos: en primer lugar la 'crisis del autoritarismo', seguida luego por un segundo momento de 'instalación democrática', para dar lugar por último a la 'consolidación' de dicho régimen. El éxito de ésta última etapa, es alcanzable recién en el momento en que se logre una regulación estable de las formas de la democracia política y de la presencia de los intereses del Estado (Portantiero, J. C. (1987), `La transición entre la confrontación y el acuerdo´, en Nun, J. & Portantiero, J. C. (Comps.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina.* Buenos Aires: Puntosur Editores, pp. 257-293.

[11] Masiello, F. (2001) `Introducción´, en *El arte de la transición.* Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, pp. 11-40.

[12] Ormaechea, L. (2005, Abril 14) `Cámara descubierta. El documental según Carlos Echeverría´, *Sin Aliento* – Diario del Festival Internacional de Cine Independiente, p. 2.

trágica[13] el cual narra la historia de una huelga rural de comienzos de siglo XX cuyo trágico final concluyó en el fusilamiento de 1500 trabajadores a manos del ejército argentino. El escritor también participó como uno de los guionistas del film *La Patagonia rebelde*, dirigido por Héctor Olivera (1974, Argentina). Con la llegada de los militares al poder en 1976, tanto el libro como la película fueron quitados de circulación y el nombre de Bayer pasó a integrar listas negras.

El deseo de Bayer de retornar a su país antes de finalizada la dictadura para presenciar las elecciones democráticas se convirtió en hilo conductor del proyecto de *Cuarentena…*, a la vez que generó ciertos condicionamientos a nivel de la pre-producción del documental. El plazo impuesto por los tiempos electorales, obligó al canal de televisión alemán ZDF a acelerar excepcionalmente el proceso de evaluación del proyecto presentado por Echeverría, permitiendo al realizador contar con el financiamiento requerido para filmar en Argentina antes de las elecciones democráticas.[14] Al mismo tiempo, el deseo de Bayer de retornar al país antes de finalizada la dictadura, también presuponía otro tipo de desafíos. Para empezar, estaba el riesgo físico que podría implicar para el intelectual el retorno a un país que no ofrecía aún ningún tipo de garantías para los exiliados políticos. Esto aparece explicitado hacia el comienzo del film, en una discusión que Bayer mantiene en Alemania con otros compatriotas exiliados, en la que éstos le advierten al historiador acerca del riesgo que podría implicar para él su retorno a la Argentina, dado que la represión en dicho país había dado sobradas muestras de ser indiscriminada e irracional. El intelectual responde a dicha inquietud apelando al sentido del humor:

> Yo creo que [los militares] se conformarían en pegarme, lo máximo, un par de trompadas, darme una paliza o cumplir con esa cosa tan chistosa de esos dos oficiales que dijeron que ellos lo único que quieren es hacerme tragar los cuatro tomos, página por página. Yo siempre me arrepiento de haber escrito tanto….

Son precisamente dichas conversaciones, portadoras de un alto cariz dramático, las que explican y anticipan la tensión que se vivirá en el momento inmediatamente posterior del film, con el arribo de Bayer al Aeropuerto Internacional de Ezeiza, y la presentación de sus documentos de identidad ante las autoridades. Anticipando el gesto de preocupación de Bayer ante tales instancias, el film establece un paralelismo al intercalar algunas imágenes de archivo correspondientes a la quema de libros "anti alemanes" en Berlín en el año 1933. La lista negra de intelectuales correspondiente a la Alemania nazi es inmediatamente puesta en paralelo con el listado organizado por la dictadura militar argentina. La cámara recorre la lista de nombres hasta detenerse en el de Osvaldo Bayer. Tal como se encarga de destacar el film, tanto el riesgo que amenaza a la figura de Bayer, como la necesidad de su retorno anticipado, remiten al rol que le cabe a Bayer como intelectual. Es precisamente su función como crítico de la sociedad lo que lo vuelve un ser peligroso a los ojos de los militares; y al mismo tiempo, es su rol como testigo de su tiempo, lo que lo motiva a volver para experimentar en carne propia el clima pre-electoral, preguntar y escuchar a su gente.

En tanto intelectual, Bayer recupera dicha capacidad crítica para operar en el espacio público, que desde fines del siglo XIX ha reclamado la elite de pensamiento frente a la política y el Estado.[15] La figura del intelectual resulta inseparable del proceso de conformación de una esfera pública, definida por Jürgen Habermas como un espacio en el cual las personas pueden opinar activa y

[13] Bayer, O. (1974) *Los vengadores de la Patagonia trágica*. Buenos Aires: Galerna.
[14] Entrevista concedida por el realizador Carlos Echeverría, 18-03-09.
[15] Altamirano, C. (2006) `Nacimiento y peripecias de un nombre´, en *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, pp. 17-30.

libremente sobre diferentes temas, sin la necesidad de que dichas personas pertenezcan al ámbito político.[16] Entendida de ese modo, la esfera pública es el dominio de la vida social donde se forma la opinión pública. Ahora bien, los años de dictadura obturaron toda posibilidad de intervención intelectual en la vida pública, pudiendo incluso hablarse "… de una virtual desaparición de la esfera pública en los años del proceso, por lo menos hasta su trabajosa reconstrucción a partir de 1982".[17] Tal como sostiene Francine Masiello, se trata de un momento en el cual "la esfera pública había sido vaciada de su polifonía de voces".[18]

La exclusión de la vida pública argentina, desplazó la lucha política de Bayer hacia el exilio. *Cuarentena…* se encarga de mostrar el modo en que desde los márgenes, el intelectual siguió buscando la forma de operar en el –casi inexistente- espacio público argentino, brindándole visibilidad mundial a la problemática de la violencia y desaparición forzada de personas. El film expone el modo en que frente a las cámaras de la televisión, Bayer intentaba dar a conocer al público alemán la situación que en dicho momento se vivía en la Argentina. Otras imágenes lo muestran manifestándose junto a un grupo de personas frente a la embajada argentina en Bonn en el año 1981. La cámara se detiene en el detalle de las fotos de jóvenes y bebés en los carteles y pancartas que sostienen los manifestantes, mientras repiten en alemán la consigna: 'Dónde están los desaparecidos? Libertad a los detenidos! dónde están los chicos?'. Dichas imágenes encuentran una continuidad en las marchas de la resistencia organizadas por las Madres de Plaza de Mayo de las que Bayer participará a su retorno a Buenos Aires.

Reconstitución de la esfera pública argentina

El modo en que *Cuarentena…* presenta el retorno de Bayer a la Argentina en el año 1983, tiende a reforzar la importancia de la dimensión espacial dentro del film: los espacios resultan tan trascendentes como los sucesos que en ellos se desarrollan. Fundamentalmente, es la dimensión pública de esos sitios lo que los vuelve irreemplazables: se nos expone la efervescencia del clima pre-electoral en un país que había sido privado del derecho de reunión en la vía pública (debido al toque de queda decretado por el gobierno militar), así como de toda actividad partidaria.

Cuarentena… aborda el tema de la reconstrucción de la esfera pública argentina a partir de la mirada extrañada de un exiliado, aquel que siente la distancia del tiempo transcurrido acentuada por el aislamiento ideológico pero que, al mismo tiempo, no deja de ser un local, alguien que comparte códigos y sabe cómo manejarse. El acercamiento inicial de Bayer a la Argentina, se da a partir de la exploración de la vía pública. En esta primera aproximación de Bayer a la ciudad, sus movimientos parecieran ser aleatorios. El intelectual no se dirige a un destino pre-establecido, sino que sale a recorrer las calles, a empaparse de la efervescencia del clima pre-electoral. Como en un pensamiento guiado por la asociación libre de ideas, vemos a Bayer conducido por los distintos acontecimientos que se van desencadenando espontáneamente a su paso. El film comparte esa misma fascinación por el presente inmediato, por la acelerada dinámica de los sucesos, y se deja cautivar por los acontecimientos y la euforia que se vive en las calles de la ciudad.

[16] Habermas, J. (1994) *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
[17] Sarlo, B. (1987) `La función de la literatura en un proceso de construcción de sentidos´, en Balderston D., Foster D. y Halperin Donghi T., *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar.* Buenos Aires: Alianza Editorial / Institute for the Study of Ideologies & Literature, University of Minnesota, pp. 31-59.
[18] Masiello, F. (1987) `La Argentina durante el proceso: Las múltiples resistencias de la cultura´, en Balderston, D., Foster D. y Halperin Donghi T., *op. cit.,* pp. 11-29.

Este interés en acercarse al espacio público y a la actividad política se vuelve especialmente evidente en un momento en que la cámara deja en segundo plano al historiador –mientras éste mira unos libros en una librería de la Avenida de Mayo-, para dejarse seducir por las proclamas de un militante en favor del Partido Intransigente. El marco del recorrido nos muestra las paredes empapeladas con afiches del partido peronista y puestos callejeros en los que se ofrecen banderas y vinchas de la Unión Cívica Radical. Ubicada entre el tumulto, la lente pierde estabilidad cuando se detiene en el detalle de unos rostros que argumentan con pasión sobre las distintas posibilidades de cada candidato, mientras Bayer indaga en medio de los debates que espontáneamente se van organizando en las calles, los potenciales resultados de las elecciones. La marcha peronista, en el fondo, comienza a entremezclase con el pregón de un hombre que promueve la fórmula Luder – Bittel. El recorrido de Bayer entre la multitud da paso a la enfervorecida declamación de un hombre que a voz quebrada promociona la lista del Partido de los Trabajadores. La cámara sigue la espalda de Bayer por la peatonal Florida –calle céntrica de oficinas-, mientras éste se abre paso hasta penetrar en el foco de otra intensa discusión. Los hombres trajeados que la sostienen, probablemente sean oficinistas de clase media. En tanto instantánea de un momento de gran relevancia dentro de la historia argentina, aquel que atestiguó la reorganización de la vida pública y la política partidaria todavía en tiempos de dictadura militar, el film nos propone una imagen que también resulta atípica vista desde el presente argentino: la efervescencia de las clases medias, comúnmente consideradas apáticas e indiferentes, haciendo uso del espacio público.

A medida que el film avanza, el furor inicial se va diluyendo y el recorrido de Bayer por Buenos Aires se va volviendo más sistemático. Al igual que una campaña electoral, la trayectoria de Bayer por la ciudad también guarda la lógica de una agenda que tiene previstas visitas a amigos y familiares, y otras instituciones como la Federación Libertaria, La Asociación Madres de Plaza de Mayo, para concluir el día de las elecciones en la redacción del diario *Clarín*. La cámara, que se había acoplado a la dinámica inicial de Bayer, guiada por la espontaneidad y lo imprevisto, irá cobrando mayor rigor y estabilidad a medida que se acomoda a un recorrido un tanto más estructurado. Llegados a este punto, el lugar de extranjería que conlleva la condición de exiliado de Osvaldo Bayer, se traducirá en una mayor distancia por parte de la cámara. En contraposición a la cercanía con la que nos era mostrado el espacio público pre-electoral; los planos generales imperan en la captura de las imágenes concernientes a su círculo privado -su madre, su hermano, y sus amigos-, respetando la intimidad de estos encuentros.[19]

Un testigo de su tiempo

En lo que respecta a la estructura general del film, tanto la auto-percepción del historiador, como la planificación del documental, presentan a Bayer como un testigo de su tiempo antes que como un protagonista de la historia que se estaba dirimiendo en el espacio público argentino. Lejos de la categoría gramsciana de "intelectual orgánico",[20] el escenario de la transición que recupera *Cuarentena…* pareciera no dejar otro lugar para el intelectual que el de observador crítico. Quizá consecuencia de la incomunicación que existió durante la dictadura entre intelectuales y sectores populares,[21] Bayer no integra los movimientos de masas, sino que los ve

[19] El retorno a la Argentina le permite a Bayer re-encontrarse con su madre de noventa años, a quien el historiador temió no volver a ver al partir hacia el exilio (entrevista concedida por Osvaldo Bayer, 14-06-09).
[20] Gramsci se refiere a la figura del intelectual orgánico como el encargado de suministrar homogeneidad y conciencia a su clase en el terreno de la economía, lo político y lo social. Ver Gramsci, A. (1975) *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Juan Pablo Editor.
[21] Sarlo, B. (1987), `La función de la literatura…´, *op. cit.*

pasar desde la distancia periférica de un balcón.[22] En la actualidad, Bayer atribuye la distancia entre su figura como intelectual y las masas, a la indefinición del pueblo argentino en dicho momento: se trata de un pueblo que había salido a apoyar la guerra de Malvinas y que había llenado las canchas de fútbol durante la Copa Mundial de 1978.[23]

Esta crítica al lugar que asumieron las masas durante la dictadura, se vuelve especialmente evidente en el documental, al aludir a la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA en septiembre de 1979. A través de imágenes de archivo el film presenta largas hileras de gente aguardando en las calles céntricas de Buenos Aires para asentar el reclamo por los actos de violencia y desaparición forzada de personas. Sin embargo, el audio que acompaña dichas imágenes corresponde al del accionar de otras masas: aquellas que salieron a vitorear el triunfo de la selección juvenil de fútbol en Japón (algunas breves imágenes de los festejos en las calles son intercaladas, incluso, entre las de la visita de la CIDH). La voz encendida de José María Muñoz da paso a un movilero que describe:

> Realmente impresionante, Muñoz, celeste y blanco, solamente el obelisco falta, con los colores argentinos el pueblo se ha volcado a las calles. La familia argentina, como es habitual en nuestro querido país, festejando con total corrección esta nueva victoria del fútbol argentino.

Luego de unos instantes, cuando la banda de audio del film finalmente sincroniza con las imágenes de la visita de la CIDH, se puede escuchar aquello que los festejos del mundial estaban silenciando: las acongojadas voces de un hombre mayor y de una mujer denunciando frente a las cámaras de la televisión alemana, la desaparición forzada de sus seres queridos. Esta comparación entre los festejos del mundial y el tormento de aquellos que denunciaban el horror de la dictadura –paralelismo que se tornará recurrente en posteriores documentales y programas periodísticos televisivos al aludir a dicho período- tiene la particularidad de captar el momento específico en el cual el *testimonio*[24] comienza a adquirir cierta visibilidad pública –al menos en el exterior del país-, mientras permanecía, en muchos casos, velado a nivel local. Sobre este aspecto, el realizador Carlos Echeverría reflexiona:

> Pienso que pocos materiales reflejan en pocos segundos la angustia de ese momento y de esos familiares. Por un lado, está la desesperación de los familiares de desaparecidos por ser escuchados, el haber vencido el miedo y animarse a decir algo porque el periodista es extranjero. Pero por otro lado, el periodista entiende

[22] La excepción a esta apreciación se da en el momento en que Bayer acompaña la lucha de las Madres de Plaza de Mayo en una de sus marchas de la resistencia. En dicha oportunidad, el intelectual se involucra activamente con las actividades del colectivo reunido bajo el lema 'aparición con vida de los detenidos desaparecidos'.

[23] Entrevista concedida por Osvaldo Bayer, 14-06-09.

[24] Entendemos "testimonio" del modo en que ha sido definido por Paul Ricoeur, esto es, como "Un relato autobiográficamente cerificado de un acontecimiento pasado, se realice este relato en circunstancias formales o informales". Ricoeur, P. (2004) *La memoria, la historia y el olvido.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 210. (citado por Aprea, G. (2008)). Tal como explica Gustavo Aprea, el testimonio se sostiene en una interacción *escenificada* ya que se constituye como tal únicamente si participa de alguna manera de la esfera pública. Aprea, G. (2008) `El lugar de los testimonios en los documentales argentinos contemporáneos´, en *Actas electrónicas del V Congreso Nacional sobre Problemáticas Sociales Contemporáneas.* Santa Fe, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

> poco y tiene poca paciencia para escuchar; salta de una persona a otra, desembarazándose del momento; sin repreguntar una sola vez ni registrar en detalle los crímenes que por primera vez salen a la luz en esa vereda de Avenida de Mayo. Siempre sentí que esas personas son escuchadas y abandonadas en el mismo momento".[25]

De ese modo, *Cuarentena…* al igual que otros documentales de la transición democrática,[26] comenzará a re-apropiarse de los testimonios provenientes de los registros televisivos asignándoles una entidad que no tenían en sus utilizaciones originales. Estos documentales tenderán a resituar los testimonios como parte de la organización de una narración, ya no meramente informativa, sino también profundamente crítica, apoyada en una adecuada contextualización. Este proceso tenderá a reforzar la entidad del testimonio en tanto *dispositivo expresivo y ético, portador de un alto potencial político, capaz de promover los derechos humanos y las iniciativas de la justicia transicional.*[27]

A modo de conclusión: la mirada de un espectador forzado

El retorno de Osvaldo Bayer funciona como indicio de la revitalización de la vida pública argentina; su mirada sirve de diagnóstico respecto de las consecuencias culturales de la dictadura militar. El rol de observador privilegiado que asume Bayer a su regreso se vuelve particularmente evidente en el momento cúlmine de las elecciones. El historiador elige recibir los resultados parciales del recuento de votos, desde el lugar de observación por excelencia: un medio de comunicación, espacio de construcción de la opinión pública. En la redacción de *Clarín*, diario en el que Bayer trabajó quince años (y donde en el presente del film, encuentra dificultades para volver a insertarse laboralmente), recibe información de primera fuente a través de cables de noticias. La cámara de Echeverría muestra la coyuntura histórica a través de la dinámica agitada de un medio de comunicación en el que todos se mueven apresuradamente, inmersos en la cobertura de este suceso de gran relevancia. Dicho escenario destaca la doble exclusión de Bayer: si por una parte sus gestos meditabundos, inmersos en recuerdos y cavilaciones, poco tienen que ver con la vorágine que se despliega a su alrededor, la mayor distancia la ofrece su voz *over*, explicitando el hecho de que a los exiliados no les fue permitido votar en dichas elecciones.[28]

---

[25] Entrevista concedida por Carlos Echeverría, 08-05-11.

[26] El lugar de importancia que el documental comienza a asignarle a este tipo de testimonios, queda evidenciado en el film *Las Madres de Plaza de Mayo* de Susana Blaunstein (Muñoz) y Lourdes Portillo. El documental comienza con los contundentes testimonios de algunas Madres de Plaza de Mayo pidiendo desesperadamente ayuda ante cámaras de medios de comunicación extranjeros. En esas imágenes, las madres explican que todas las denuncias y testimonios están asentados en la Policía Federal y en el Ministerio de Hacienda, pero aún así, hace dos años que no tienen respuesta. En la desesperación, una de las madres clama: "Todo lo que queremos saber es dónde están nuestros hijos, vivos o muertos. Una angustia porque no sabemos si están enfermos, si tienen frío, si tienen hambre, no sabemos nada. Y desesperación señor, porque ya no sabemos a quién recurrir. Consulados, embajadas, ministerios, iglesias, de todas partes se nos han cerrado las puertas. Por eso les rogamos a ustedes, son nuestra última esperanza. Son nuestra única esperanza".

[27] Sarkar, B. y Walker, J. (2010) `Introduction. Moving Testimonies´, en Sarkar, B. y Walker, J. (eds.) *Documentary Testimonies. Global Archives of Suffering*. New York: Routledge, pp. 1-34.

[28] La segregación de la figura del exiliado viene a reforzar las impresiones que en un momento anterior del film había vertido Osvaldo Soriano, en una informal charla de café compartida con Bayer.

Este lugar de observador privilegiado que asume Bayer, es también compartido por el espectador del film. En la medida en que la película logra capturar vivamente el clima de un momento tan trascendente como efímero en el devenir histórico argentino, su valor de documento se ve enfatizado. Tal como explica Ricardo Manetti, uno de los rasgos de los films de la transición democrática es el documentalismo: "Los films argentinos posteriores a 1983 resultan históricos en cualquier sentido del adjetivo y documentales en el camino de aumentar su valor de prolongación del reconocimiento del material histórico".[29] En el caso específico de *Cuarentena…*, la propia vida del film formó parte de la coyuntura de la transición: siguió un mecanismo de circulación similar al de muchos testimonios de Madres de Plaza de Mayo y otros familiares de desaparecidos, al ser difundido originalmente a través de los medios de comunicación extranjeros, para encontrar luego un desfasado impacto en el público local (al que apuntaba inicial y específicamente).

Por otra parte, las dificultades que encuentra Bayer para re-insertarse en el nuevo escenario de la transición, dan cuenta de ciertos cambios y corrimientos en la superficie social, pero también, en la figura del intelectual. Desde una mirada en retrospectiva, Juan Carlos Torre nota la mayor visibilidad que adquiere la figura del intelectual a partir de la transición, modificándose, incluso, el tipo de inserción que ha establecido con la vida pública: "Hoy en día su inserción no se hace a partir de su condición de intérpretes de una voluntad general o de un poder moral trascendente; más bien, es el lugar de conocimientos especializados que se ponen en juego para dilucidar los problemas públicos".[30] Este desplazamiento se volverá evidente ya desde el ascenso de Alfonsín, a través de la amplia convocatoria a intelectuales para desempeñar funciones estatales o de asesoría.[31] Desde esta perspectiva, la voz del intelectual habría tendido con los años a ir abandonando el discurso de ruptura y de impugnación al sistema institucional –propio de las décadas del sesenta y setenta-[32] aquel que volvía tan peligrosa la mirada de Bayer y otros intelectuales de su generación ante la mirada de los militares. En cambio, adoptaba el rol de especialista.[33] A través de la subjetividad de la mirada de un intelectual exiliado, *Cuarentena…* anuncia algunos de estos desplazamientos; exponiendo las expectativas abiertas por el nuevo régimen democrático, pero planteando, a su vez, los desafíos para integrar aquello que la dictadura violentamente excluyó.

[29] Manetti, R. (1994) `Cine testimonial´, en España, C. (comp.) *Cine argentino en democracia 1983 / 1993*. Buenos Aires: Fondo de las Artes, pp. 257-271.
[30] Torre, J. C. (2004) `Los intelectuales y la experiencia democrática´, en Novaro, M. y Palermo V. (comps.) *La historia reciente. Argentina en democracia.* Buenos Aires: Edhasa, pp. 193-198.
[31] Altamirano, C. (1987) `La Coordinadora: elementos para una interpretación´, en Nun J. y Portantiero J. C., *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur Editores, pp. 295-332.
[32] Torre, J. C. (2004), *op. cit.*
[33] *Ibíd.*

Modos de explicar el mundo histórico en documentales argentinos de las últimas décadas[1]

Por Pablo Piedras*

(CONICET- UBA)

Resumen

El artículo examina las transformaciones en los sistemas explicativos del mundo histórico ocurridas en el documental argentino de los últimos veinticinco años. Para tal fin se retoman una serie de documentales representativos de la forma de abordar la historia pública en los años ochenta y noventa, para concluir con el cambio de paradigma historiográfico registrado en los modos de representación de tres documentales en primera persona contemporáneos: *Un tal Ragone, deconstruyendo a Pa* (Vanessa Ragone, 2002), *El tiempo y la sangre* (Alejandra Almirón, 2004) y *Un pogrom en Buenos Aires* (Herman Szwarcbart, 2007). Resignificando la lectura del pasado a través de la propia subjetividad de los realizadores, el nuevo documental encuentra verdades parciales, tentativas y provisorias, pero profundamente encarnadas y operativas para la construcción de una memoria cercana que transite de lo individual a lo colectivo, constituyendo así un espacio privilegiado para la expresión de nuevas identidades.

Palabras clave: Documental- Argentina- Historia- Modo de representación- Historiografía

Summary

This article examines the transformations of the historical world's explanatory systems as they occur in Argentine documentary film during the last twenty-five years. To this end, we will consider a series of documentaries that are representative of the ways in which the public history of the eighties and nineties was handled, concluding with the change of the historiographic paradigm evidenced in the

[1] Una versión previa de este texto fue presentada como ponencia en el XIII Congreso de la Asociación Española de Historiadores del Cine, Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad de Santiago de Compostela, 10, 11 y 12 de marzo de 2011. Una versión ampliada conforma el Capítulo IV de nuestra tesis doctoral. Véase Piedras, P. (2011) *Las formas de la primera persona en el cine documental argentino contemporáneo*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, inédita.

* Es licenciado en Artes Combinadas (UBA) y becario doctoral del CONICET con un proyecto sobre cine documental argentino contemporáneo. Actualmente codirige el grupo de investigación ClyNE especializado en el estudio del cine latinoamericano. Publicó diversos artículos sobre cine latinoamericano; es coautor, entre otros, de los libros *Civilización y barbarie en el cine argentino y latinoamericano* y *Páginas de cine*. Es coautor y editor, junto a Ana Laura Lusnich, del libro *Una historia del cine político y social en Argentina (1896 – 2009) Volumen I y II*. Desde 2006 se desempeña como docente de la cátedra "Historia del cine latinoamericano y argentino" (Carrera de Artes, Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Es codirector de la revista académica electrónica "Cine Documental", http://revista.cinedocumental.com.ar.

FECHA DE RECEPCIÓN: 10/06/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 04/11/2011

modes of representation of three contemporary first-person documentaries: *Un tal Ragone, deconstruyendo a Pa* (Vanessa Ragone, 2002), *El tiempo y la sangre* (Alejandra Almirón, 2004) and *Un pogrom en Buenos Aires* (Herman Szwarcbart, 2007). By redefining the reading of the past through the filmmakers' own subjectivity, such new documentaries find truths that are partial, tentative and provisional, but also profoundly embodied and functional for the construction of a closer, warmer memory that moves from the individual realm to that of the collective, finding a privileged space for the expression of new identities.

Key words: Documentary - Argentina - History - Way of representation - Historiography

I.

Desde mediados de la década de los noventa el documental argentino ha iniciado un proceso de subjetivación, perceptible en sus discursos, representaciones y prácticas. Dicho fenómeno dista de ser excepcional y uniforme. La creciente presencia de narrativas en primera persona dentro de las prácticas documentales es un hecho observable en un sector del documental latinoamericano desde los noventa y en el territorio documental europeo y norteamericano desde las décadas de los sesenta y setenta.[2] Asimismo, el desarrollo de narrativas subjetivas en el cine documental argentino, si bien es una corriente en franca expansión desde el año 2003 —año bisagra en el que se produce el estreno de *Los rubios*, de Albertina Carri—, ha adoptado diferentes modulaciones marcadas por la dialéctica entre tendencias cinematográficas locales; procesos históricos, culturales, políticos y sociales nacionales; e influencias de modelos narrativos y representacionales extranjeros. En otras palabras, se trata de un fenómeno heterogéneo, complejo y a veces contradictorio en sus diversas expresiones y variantes, que permanece vigente hasta la fecha. Así lo demuestran los recientes estrenos de *Viaje sentimental* (Verónica Chen, 2010), *Apuntes para una biografía imaginaria* (Edgardo Cozarinsky, 2010) y *Familia tipo* (Cecilia Priego, 2009).

El documental ha sido definido como "discurso de sobriedad"[3] por su estrecho vínculo con disciplinas que habitualmente han construido sus saberes con pretensiones de cientificismo, racionalidad, sistematicidad y objetividad, como la economía, la historia, la sociología y la antropología. Durante el siglo XX se ha convertido en un vehículo privilegiado al que diversos cineastas e instituciones han acudido para explicar el mundo, la historia y las múltiples circunstancias que hacen a la vida y al desarrollo de los hombres y de las sociedades en las cuales estos se inscriben y relacionan. A pesar de su emparejamiento con los discursos de sobriedad, el estatus epistémico del documental ha estado tensionado desde su mismo nacimiento debido a sus dimensiones artísticas y estéticas. Los derroteros de las vanguardias cinematográficas históricas y sus recurrentes incursiones en el ámbito de la no ficción revelan quizás el límite, la frontera, de un territorio discursivo en constante redefinición y transformación. Michael Renov explicita los presupuestos filosóficos e históricos alrededor de los cuales se han generado estos debates al indicar:

El enfrentamiento entre "verdad" y "belleza" es producto de un lamentable dualismo (occidental) que responde a la escisión entre ciencia y arte, mente y cuerpo. Raymond Williams ubica el endurecimiento de la distinción arte/ciencia en el siglo XVIII, momento en el cual la *experiencia* ("sentimiento" y "vida interna") comenzó a ser definida como contraria a la *experimentación.* La explicación de Hans Richter del desarrollo cinematográfico ofrece una ilustración de los efectos de este supuesto binarismo y su contribución a una

[2] Esta periodización, como cualquier otra, es también una generalización y apunta a subrayar las tendencias sistemáticas. La enunciación subjetiva en el documental latinoamericano registra casos desde comienzos de la década de los setenta. Por mencionar solo algunos ejemplos: *Single* (Alberto Yaccelini, 1970), *Reflexiones de un salvaje* (Gerardo Vallejo, 1978) y *Diario inacabado* (Marilú Mallet, 1982).
[3] Nichols, B. (1997) *La representación de la realidad*, trad. Josetxo Cerdán, Barcelona: Paidós.

clase de documental anti-estético: "Se hizo claro que un hecho no siguió siendo un 'hecho' si apareció bajo una luz demasiado hermosa. El énfasis corrido, dado que una imagen 'bella' no podría haber sido normalmente obtenida *salvo a expensas de su cercanía a la realidad*. Algo esencial debía ser suprimido para proveer una apariencia bella".[4]

Los avatares del cine documental desde las décadas de los sesenta y setenta ubican en el centro de la escena la crisis de este dualismo. El denominado "giro lingüístico", acaecido en los sesenta a partir del auge de la semiótica, del psicoanálisis lacaniano y de las nuevas escuelas historiográficas, antropológicas y sociológicas inscriptas en el estructuralismo y en el posestructuralismo, y el posterior "giro subjetivo" de los discursos artísticos y de las ciencias sociales transformaron el campo artístico y cultural. El terreno del cine documental fue particularmente sensible a estos sismos, quizá por su originaria identidad proveniente de la intersección entre arte y ciencia. La reflexividad y la performatividad, definidas por Bill Nichols como modalidades de representación documental,[5] pero observadas consensualmente por diferentes estudiosos —aunque sus concepciones acerca de ellas puedan variar sustancialmente de acuerdo con sus posicionamientos disciplinarios y teóricos—,[6] son los nuevos modos discursivos y representacionales que se hacen eco de los giros mencionados. Claramente este no es un proceso lineal, sino que cuenta con mestizajes, hibridaciones y persistencias de otros modos de representación, a la vez que ambas modalidades —la reflexiva y la performativa— ya habían tenido sus primeros desarrollos en la experiencia de las vanguardias de los años veinte, con cineastas de la talla de Dziga Vertov, Jean Vigo y Hans Richter, entre otros.[7] Sin embargo, no sería desacertado concluir que gran parte de las obras más arriesgadas y sugestivas del cine documental de las últimas décadas se ha construido sobre la base de estos modos de representación, derivando con frecuencia en un terreno como el del film-ensayo (concepto esquivo por su elasticidad y extensión).[8]

---

[4] Renov, M. (1993) `The poetics of documentary´, en M. Renov (ed.), *Theorizing Documentary*. Routledge: Londres. Traducción de Soledad Pardo, en *Revista Cine Documental*/Nº 1, Primer Semestre 2010. Disponible en http://www.revista.cinedocumental.com.ar.

[5] Para Bill Nichols, "la representación del mundo histórico se convierte, en sí misma, en el tema de meditación cinematográfica de la modalidad reflexiva" (93). Esta modalidad se concentra en el encuentro entre el realizador y espectador, antes que entre el realizador y los sujetos a ser representados. En este sentido, "tiene una actitud menos ingenua y más desconfiada con respecto a las posibilidades de comunicación y expresión que otras modalidades dan por sentadas" (97). Véase Nichols, B. (1997), *op. cit.*. Años después de definir la modalidad reflexiva, Nichols señala que dentro de esta hay otra modalidad con identidad propia, más afín a las formas que adopta el documental internacional en los noventa. La modalidad performativa intenta distraer la atención del receptor de los aspectos referenciales del discurso documental. De esta manera, promueve los aspectos subjetivos de un discurso tradicionalmente objetivo y pone el foco en las cualidades evocativas del discurso y no en su representacionalismo. Véase Nichols, B. (2006) `El documental performativo´, en Sichel B. (comp.), *Postverité.* Murcia: Centro Párraga, pp. 197-221.

[6] Stella Bruzzi define la performatividad en el documental de manera diversa a la de Bill Nichols. La autora retoma el concepto de teóricos como Judith Butler y John L. Austin, pensando los enunciados performativos como aquellos que al mismo tiempo que describen, ejecutan una acción. En esta línea, los documentales performativos son para Bruzzi aquellos que reconocen y hacen explícita la actuación detrás y delante de la cámara (ya sea del realizador o de los sujetos sociales que participan en la obra) (pp. 224-228). La caracterización que Bruzzi efectúa del documental performativo se acerca a lo que Nichols considera reflexividad, ya que la primera indica que los documentales performativos subrayan la construcción y los artificios que rigen en una película de no ficción. Véase Bruzzi, S. (2006) `El documental performativo´, en Sichel B. (comp.), *Postverité.* Murcia: Centro Párraga, pp. 223-264. Michael Renov, por su parte, concentra sus estudios en las prácticas autobiográficas desde una perspectiva afín al deconstruccionismo. En estas prácticas se condensan elementos formales de las modalidades reflexiva y performativa, al punto que el deslinde entre ambas modalidades se vuelve poco operativo. Para el autor estadounidense, el género autobiográfico es un agente que renueva el concepto clásico de cine documental como discurso de sobriedad, al punto de sostener que "las verdades privadas y las realidades internas han llegado a ser el asunto del documental tanto como las problemáticas públicas". Véase Renov, M. (2008) `First-person films. Some theses on self-inscription´, en Austin, T. & de Jong, W. (eds.), *Rethinking documentaries. New perspectives, new practices*. Maidenhead: Open University Press, pp. 39-50.

[7] De hecho, Stella Bruzzi (2006, *op. cit.,* p. 226) sostiene que el modo performativo *es una línea fundante* de la tradición del documental desde sus inicios, que ha sido relegada debido a la institucionalización del cine de no ficción.

[8] Un amplio debate sobre esta categoría puede encontrarse en Weinrichter, A. (ed.) (2007) *La forma que piensa. Tentativas en torno al cine-ensayo*. Pamplona: Festival Internacional de Cine Documental de Navarra.

Esta introducción histórica y teórica intenta dar cuenta de una situación —la circulación internacional de formas y modelos de representación— que encuentra continuidades y divergencias con la producción documental argentina. La progresiva globalización del audiovisual a partir del avance de las técnicas videográficas y digitales, y la multiplicación de canales alternativos de distribución y exhibición quizá sean algunas de la razones que explican cierta transnacionalización del documental, observada por autores como Laura Rascaroli. Refiriéndose al film-ensayo —pero también al cine documental contemporáneo— la autora señala que este es un cine del presente,

> [...] porque es la expresión de una imaginación transnacional, una que es más pertinente a nuestro actual interés por los fenómenos fílmicos que van más allá de las fronteras nacionales, y que más fielmente describen nuevas y amplias formas de identificación intercultural [...] es transnacional porque es el cine de realizadores internacionales que experimentan y exploran nuevos territorios programáticamente, no solamente espaciales, sino existenciales, afectivos, estéticos, comunicativos y políticos. La ausencia de reglas en este campo significa que los directores del film ensayo dialogan entre ellos antes que con prácticas nacionales y genéricas establecidas.[9]

El presente trabajo se organiza sobre la idea de que el cine documental argentino contemporáneo solo asimila parcialmente la transnacionalización de los modos de expresión y representación, ya que estos se encuentran indefectiblemente desplazados y transformados por el desarrollo de las formas documentales vernáculas y el contexto histórico, político y cultural nacional posterior al año 1983. Las condiciones de represión, persecución y tortura durante el gobierno de facto (1976-1983) produjeron un virtual silenciamiento del cine documental independiente, percibiéndose un notorio resurgimiento de este tipo de cine tras la apertura democrática. Con todo, las necesidades y urgencias de la hora promovieron durante la década de los ochenta y buena parte de los noventa un desfase y mutación respecto de las nuevas formas discursivas perceptibles en los circuitos internacionales. Las producciones documentales del nuevo siglo parecen ser más receptivas a las tendencias del documental extranjero pero continúan mostrando la impronta de un cine signado por la historia política del país. El persistente peso del referente histórico incluso en las obras más performativas, autobiográficas y experimentales del documental en primera persona de los últimos años es fruto de este proceso de originalidad y mímesis respecto de los modelos de representación del documental internacional.

II.

Ordenar los vestigios del pasado: la narración de la historia en el documental argentino de los ochenta y noventa

Las relaciones entre cine documental e historia resultan particularmente fructíferas durante las décadas de los ochenta y noventa. Por un lado, el pasado reciente —la resistencia peronista, la militancia de los setenta, los años oscuros de la dictadura militar— es el tópico regular de la mayor parte de las obras que se producen durante el período. Por el otro, el documental comparte con ciertas perspectivas historiográficas los sistemas explicativos de lo real y las formas de organizar narrativamente el pasado. Se trata entonces de vínculos que exceden lo inmediatamente temático y que imbrican las formas cinematográficas y los modos en que estas se refieren a los sucesos históricos. Durante estos años, el documentalista pasa a ocupar un papel más importante en la vida pública. Además de cineasta, se desenvuelve como historiador e intelectual e impulsa visiones del pasado a través de relatos audiovisuales de no ficción.

[9] Rascaroli, L. (2009) *The personal camera*. London: Wallflower Press.

Alejandro Cattaruzza indica precisamente que en las últimas décadas del siglo XX se percibe un desdibujamiento del papel del historiador como intelectual en relación con la esfera pública en la Argentina, función que comienza a ser desempeñada por otros agentes de la cultura letrada como literatos, filósofos, periodistas, maestros, partidos políticos y —agregamos nosotros— cineastas.[10]

La República perdida y *La República perdida II* (Miguel Pérez, 1983 y 1986) y *Juan, como si nada hubiera sucedido* (Carlos Echeverría, 1987) son documentales faro para comprender los modos de representar el pasado durante la década de los ochenta. Un núcleo de diferencias separa estas obras. Los dos primeros son documentales de carácter institucional que tienen su origen en un proyecto de un sector de la Unión Cívica Radical interesado en difundir una determinada mirada de la historia argentina meses antes de las elecciones democráticas y dos años después de haber ascendido al poder Raúl Alfonsín, respectivamente. La obra de Echeverría es una producción independiente, rodada en 16 mm., cuya mirada crítica y cuestionadora no solo apunta hacia la dictadura militar reciente sino hacia las políticas públicas del gobierno radical y hacia las huellas del sistema represivo en la sociedad de la época.[11] A la masividad inédita de espectadores que obtuvo *La República perdida* se contrapone la casi invisibilidad de *Juan*..., convertida en contraseña de los pocos que pudieron apreciarla en su momento en cineclubs y circuitos alternativos. El film de Echeverría fue revalorado durante la última década a partir de sucesivas proyecciones en instituciones públicas y privadas y de su difusión en Canal 7. Las diferencias también son apreciables en sus modos de representación. Mientras que la película de Miguel Pérez adopta el formato de un documental de montaje expositivo[12] —articulado casi integralmente por imágenes de archivo y una voz *over* omniexplicativa—, la obra de Echeverría se adelanta considerablemente a su tiempo a través del estilo reflexivo desde el que da cuenta de su proceso de investigación, de la performatividad constante del periodista (Esteban Buch) que lleva adelante la investigación y del uso de las entrevistas como herramienta privilegiada para develar y denunciar la trama terrorista responsable del secuestro y desaparición del estudiante Juan Herman.

Desde el punto de vista historiográfico, ambos films confían en que es posible acceder al pasado a partir de la investigación histórica y del acercamiento a lo real, ya sea trabajando con material de archivo, con testimonios o con recursos que pertenecen a la retórica del discurso directo. En consecuencia, poseen una predisposición positiva respecto a las respuestas que puede brindar el abordaje del referente histórico/social/político para el presente. Asimismo comparten una noción del tiempo unilineal, plasmada en la organización narrativa causal de los hechos, adoptando perspectivas de análisis que se abren desde lo estrictamente político hacia lo sociológico. En síntesis, ambos films adhieren a una concepción historiográfica moderna abierta a los aportes de las ciencias sociales, pero con la convicción de la existencia de una historia dotada de continuidad y direccionalidad que es factible desbrozar.[13] Se ubican estructuralmente en un paradigma positivista apoyado en una forma de narrativizar el pasado como sucesión de hechos objetivables. En

[10] Cattaruzza, A. (2003) `Por una historia de la historia´, en Cattaruzza A. & Eujanian A., *Políticas de la historia*. Buenos Aires - Madrid: Alianza, p. 205.

[11] Si bien no es el objeto de este ensayo, cabe indicar que las marcadas diferencias de signo político e ideológico de ambos documentales también se hallan en el señalamiento de los responsables que cada uno efectúa. En el film de Echeverría, el foco no solo se coloca en el poder militar sino en las complicidades de las capas medias y altas de la sociedad civil y en el rol de los partidos políticos.

[12] Solo parcialmente podríamos caracterizar el documental de Miguel Pérez —montajista de profesión— como un film de montaje o *compilation film*, dado que el modo autoritativo de la voz *over* subraya el carácter ilustrativo con fines de legitimación factual que ocupa el archivo. Asimismo, también debe tenerse en cuenta que en *La República perdida II* se incluyen algunas entrevistas.

[13] De acuerdo con el historiador Georg G. Iggers, las tendencias historiográficas modernas que se consolidaron hasta mediados del siglo XX transformaron la narración histórica decimonónica orientada a los hechos, adoptando metodologías y enfoques provenientes de las ciencias sociales. Según el autor, aunque se pasó de una metodología cuantitativa a una cualitativa (adoptada desde la escuela de los *Annales* hasta la marxista), se mantuvieron casi intactas dos nociones. Por un lado, que la historia trata con objetos reales con los cuales las formulaciones de los historiadores deben coincidir y, por el otro, una concepción del tiempo unilineal para la cual existe continuidad y dirección en la historia. Véase Iggers, G. (1997) *Historiography in the twentieth century*. Middletown: Wesleyan University Press.

convergencia con este posicionamiento optimista hacia el acceso al pasado y hacia las formulaciones que de este pueden extraerse para dar cuenta del estado de cosas vigente, estos documentales confían en sistemas explicativos del mundo homogéneos y totalizantes. Ya sea a través de un marco ideológico sustentado en la creencia en la democracia y el republicanismo (*La República perdida* y *La República perdida II*) o en la reivindicación de la militancia y de los ideales de la izquierda de los años setenta (*Juan, como si nada hubiera sucedido*),[14] estos films construyen sus proposiciones sobre el mundo y la historia a partir de un discurso de certeza.

Existe, sin embargo, una diferencia singular que tendrá implicancias decisivas en el documental de las siguientes décadas. Mientras que *La República perdida* en sus dos partes promueve un gran fresco de la historia argentina efectuando un recorte temporal amplio, de casi sesenta años, y construyendo discursos que refieren una y otra vez a la República como una totalidad,[15] *Juan…* dedica su atención a la historia de *un* desaparecido (Juan Herman) y al accionar del terrorismo de Estado en *una* ciudad (Bariloche). Si bien su línea argumentativa tiende constantemente a analizar el caso de Herman y Bariloche como ejemplo de un evento particular que refiere a una situación general, la elección de centrarse en una historia individual, de un sujeto del cual se subraya una serie de rasgos que hacen exclusivamente a su personalidad, es un índice del cambio de paradigma que sobrevendrá tras los años noventa. Los trazos de subjetividad y reflexividad de la película de Echeverría, así como su acercamiento a la microhistoria, adquieren nuevas configuraciones —más relativistas y basadas en la experiencia— en los documentales en primera persona contemporáneos.

De manera semejante podemos pensar *Montoneros, una historia* (Andrés Di Tella, 1994) y *Cazadores de utopías* (David Blaustein, 1995), dos films narrados desde un prisma personal y desde una épica colectiva, respectivamente. Se trata de obras pioneras en la revisión de los años setenta desde el punto de vista generacional, político e ideológico de la militancia, en particular de la organización político-militar más importante que operó en la época: Montoneros.[16] La singularidad de los documentales de Di Tella y Blaustein es que acometen su relato sobre el pasado reciente estructurando sus narraciones, en gran medida, sobre la base de los testimonios de una serie de militantes de esa agrupación político-militar. Esta prioridad de las entrevistas y de la historia oral para la reconstrucción de una memoria colectiva forma parte de un proceso de revalorización de los testimonios en diversas disciplinas de las ciencias sociales y humanas[17] en la Argentina que, comenzado en los ochenta, se extiende hasta nuestros días pero cristaliza hacia fines de los noventa con una obra *summa* como *La Voluntad* (Eduardo Anguita y Martín Caparrós, 1997-1998).

---

[14] Las diferentes perspectivas políticas e ideológicas de estos documentales no se agotan en nuestra descripción. Podríamos decir que mientras que *La República…* establece una versión de la historia oficial fundada en un ideal o valor como la democracia, *Juan…* presenta una contrahistoria en la cual no se cuestiona la democracia como valor pero sí su funcionamiento vigente. Agradezco particularmente a Lior Zylberman sus señalamientos sobre estas contraposiciones.

[15] Gonzalo Aguilar caracteriza la explicación de la historia que realiza el film como teleológica, dado que las diferentes etapas del pasado se muestran como jalones que inevitablemente desembocan y justifican el presente de la obra. Véase Aguilar, G. (2007) `Maravillosa melancolía. *Cazadores de utopías*: una lectura desde el presente´, en Wolkowicz P. & Moore M. J. (eds.) *Cines al margen. Nuevos modos de representación en el cine argentino contemporáneo*, Buenos Aires: Libraria, p. 19.

[16] Un tercer documental que dialoga con los films de Di Tella y Blaustein es *Argenmex, 20 años. La historia ésta* (Jorge Denti, 1996). Si bien se trata de una producción mexicana, está dirigida por un cineasta argentino y sus testimoniantes son precisamente los hijos de militantes desaparecidos o exiliados. La obra de Denti muestra en varios aspectos las características del documental de los noventa, con una estructura coral de testimonios, montada de acuerdo con ciertos tópicos o temas. Si tenemos en cuenta que entre las testimoniantes se encuentran Natalia Bruschtein y María Inés Roqué, realizadoras de films sobre sus respectivos padres algunos años más tarde, es posible afirmar que esta película anuncia cierto "trasvasamiento generacional" en los discursos sobre la dictadura y el terrorismo de Estado.

[17] Esta revalorización de los testimonios en las ciencias sociales y humanas es un fenómeno que se registró también a nivel internacional. Véase Wieviorka, A. (2007) *La era del testigo*, trad. Ana Nuño, Barcelona: Reverso ediciones.

El documental de Blaustein explicita su posicionamiento político, ideológico y militante desde la primera secuencia con una inscripción en el plano que señala "La recuperación de nuestra historia no podría ser desapasionada ni imparcial". Seguidamente, un montaje de imágenes y sonidos de Eva y Juan Perón funcionan como prólogo del primer testimonio, centrado en el relato de los primeros años de la Resistencia Peronista. A lo largo de su metraje, el documental replica narrativamente la célula inicial, colocando en la secuencia diacrónica los diversos testimonios que, a la manera de postas, van tomando el relevo de la historia allí donde el anterior halló su fin.[18] Nos encontramos con un relato unilineal que avanza cronológicamente hasta la culminación del film, en el cual las imágenes de archivo se articulan con los testimonios de forma ilustrativa o evocativa. La palabra de los testimoniantes configura un gran tapiz narrativo sin demasiadas grietas ni cuestionamientos. Cabe recordar que varios de los entrevistados, a diferencia de lo que ocurrirá en gran parte del cine documental posterior,[19] son hombres y mujeres relativamente públicos,[20] por lo que sus discursos están cargados de un alto nivel de autoridad respecto a las proposiciones que construyen sobre el pasado. La estructura homogénea y la visión monolítica de la historia de Montoneros impulsada por el documental de David Blaustein será objeto de un buen número de cuestionamientos políticos e ideológicos en el marco de su estreno[21] y de orden estético-epistémico —y también político— en los últimos años.

Entre estas últimas críticas, Gonzalo Aguilar indica las deficiencias del modelo de representación elegido por Blaustein para construir un documental que sea políticamente complejo y dialéctico en sus formas de trazar las relaciones entre pasado y presente.[22] Andrea Molfetta también señala la composición de un dispositivo narrativo clásico que vehiculiza un relato sin cuestionamientos, compuesto por simplificaciones y omisiones.[23] Lorena Verzero asevera que "la operación realizada en *Cazadores de utopías* consiste en apelar al mandato del líder del movimiento [Perón] como cita de autoridad para justificar la violencia revolucionaria de los años setenta en tanto respuesta a la violencia de Estado".[24] Por nuestra parte, creemos que tal vez sea más productivo pensar que la obra de Blaustein, así como otros films de este período, no es únicamente el modelo al que se van a oponer algunos documentales contemporáneos[25] sino la *condición de posibilidad* del tipo de narrativa que estos adoptan. Esta idea nos permite prestar atención no solo a las rupturas sino también a las continuidades de la historia del cine documental. Abonando esta propuesta, Alejandra Almirón señala que, más allá de no concordar con la perspectiva política del film de Blaustein, este fue una fuente de inspiración altamente movilizadora. María Inés Roqué

[18] Vale indicar que nos referimos a la estructura general del film, observándose algunas superposiciones de los segmentos narrativos.

[19] Sobre todo en su vertiente autobiográfica y subjetiva.

[20] Nos referimos a Envar El Kadri, Andrés Framini, Aníbal Jozami y Juan Manuel Abal Medina, entre otros, militantes peronistas en la década de los setenta. Todos ellos se caracterizan por haber formado parte del peronismo revolucionario con mayor o menor implicancia y jerarquía en sus estructuras.

[21] El debate se inició en el diario *Página/12* con dos notas publicadas por Gabriela Cerruti y Miguel Bonasso bajo el título "La memoria, los montoneros y el futuro" el 7 de abril de 1996, dos semanas después del estreno del film. Días más tarde otros intelectuales, periodistas y cineastas se sumaron a la discusión. Un extracto de la nota de Cerruti expresa con claridad el carácter de las críticas que se le hicieron al film: "Toda una proeza: una película de más de dos horas sobre la historia de los montoneros sin nombrar ni una sola vez a Mario Eduardo Firmenich, ni a Rodolfo Galimberti, ni a Roberto Perdía o Fernando Vaca Narvaja". Vale aclarar que Cerruti, quizá para dotar de mayor impacto su argumento, también "olvida" que Rodolfo Galimberti sí es nombrado y además mostrado por el film en un acto en la cancha de Atlanta. Esto se debe a que gran parte de los testimoniantes pertenecían a la Columna Norte de Montoneros y Galimberti era el jefe de esta. Véase Sonderéguer, M. (2001) "Los relatos sobre el pasado reciente en Argentina. Una política de la memoria", *Iberoamericana* 1, pp. 99-112.

[22] *Ibíd.*

[23] Véase Molfetta, A. (2011) `La representación que recupera el pasado´, en Lusnich, A. L.& Piedras P. (eds.), *op. cit.,* p. 531.

[24] Véase Verzero, L. (2009) `Estrategias para crear el mundo: la década del setenta en el cine documental de los dos mil´, en Feld, C. & Stites Mor J. (comps.), *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*. Buenos Aires: Paidós, p. 185.

[25] Nos referimos a *Los rubios*, *Papá Iván* y *M*, films citados por los autores mencionados como ejemplos de nuevas narrativas más críticas y complejas en su relación con el pasado histórico.

indica que ella pudo prescindir de cierta cronología histórica sobre la época justamente porque esa función ya había sido cumplida audiovisualmente por *Cazadores de utopías*. Nicolás Prividera también expresa su interés por este film en la instancia de preproducción de *M.*[26] Además, David Blaustein fue el productor asociado del film de Roqué, el productor ejecutivo de *(H) Historias cotidianas* (Andrés Habegger, 2000) y colaboró con la producción de *Encontrando a Víctor* (Natalia Bruschtein, 2004).[27]

La obra de Di Tella,[28] si bien cuenta con el testimonio de militantes de renombre público,[29] coloca el eje de su relato en la experiencia personal y política de Ana Testa.[30] El punto de vista del documental, su perspectiva ideológica y su mirada sobre la historia están notoriamente filtrados por el cristal de su subjetividad.[31] Pero, en este caso, la protagonista no es un sujeto estable y seguro de su accionar durante aquellos años. Por el contrario, es un sujeto vacilante, con dudas. En su discurso, los cuestionamientos hacia la agrupación y hacia su devenir personal son constantes. Su retórica cataliza y resignifica los demás testimonios (más homogéneos en sus argumentaciones), conformando un discurso más interrogativo que persuasivo. Ana es un sujeto fracturado por la historia y el documental de Di Tella se encarga de transmitir esta escisión. El trabajo cinematográfico con el material de archivo también difiere de la función primordialmente ilustrativa que caracterizaba a *Cazadores de utopías*. En su mayor parte fragmentos audiovisuales extraídos de la televisión de la época, estos funcionan como el contrapunto del discurso de la militancia, dando cuenta de la mirada hegemónica que los medios de comunicación, aliados o cómplices de la dictadura, impusieron persistentemente en el cuerpo social.

No debemos olvidar que en ambos documentales existe un compromiso autoral diferente. Mientras David Blaustein fue parte de la historia que narra, Andrés Di Tella no tuvo participación política activa en dicho período. Esta diferencia explica parcialmente la distancia y perspectiva de cada obra respecto al pasado. Sin embargo, a pesar de las divergencias contundentes entre estas dos películas, la concepción historiográfica que subyace a ambas no se ha modificado sustancialmente en su matriz epistémica en relación con los films de los ochenta. Existe una continuidad en la organización narrativa causal: la forma en que Blaustein y Di Tella concatenan una serie de hechos y experiencias implica la misma fe en la capacidad del documental para decir, ya sea de modo crítico, interrogativo o asertivo, algo confiable sobre el referente histórico. El relato de una experiencia más dispersa y vacilante en el film de Di Tella sigue validándose en una trama que gestiona sus materiales a partir de una intriga dramática deudora de la narrativa clásica.

No obstante, como lo indicamos en el caso del documental de Carlos Echeverría, también *Montoneros, una historia* plantea rupturas en su acercamiento documental a la realidad que serán retomadas por el documental en primera persona contemporáneo. Aunque no haya coincidencia entre la primera persona de la protagonista y el sujeto de la enunciación, la enfatizada focalización en un punto de vista subjetivo e inestable como el de Ana pone en crisis el sistema explicativo de la obra como mirada totalizante, hallando sus

[26] Véase Piedras, P., *op. cit.*

[27] David Blaustein había producido en la década de los ochenta el film *Malvinas, historia de traiciones* (Jorge Denti, 1984). En el libro *No dejes que te la cuenten* (1997), de Ernesto Jauretche (coguionista de *Cazadores…*), se narra la génesis de *Cazadores de utopías*.

[28] *Montoneros, una historia* comienza a producirse a fines de 1992 y se proyecta por primera vez en 1994. En este sentido, según palabras del realizador Andrés Di Tella, la obra de David Blaustein se inspira en y es una respuesta a este film. Véase Piedras, *op. cit.*

[29] Roberto Perdía, Graciela Daleo, Jorge Falcone, Sylvina Walger y Roberto Baschetti.

[30] Militante de Montoneros secuestrada y torturada en la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), más tarde liberada. Su compañero fue desaparecido en el año 1979.

[31] La particularidad de ser *un* relato entre otros posibles ya se halla subrayada en el título de la obra.

proposiciones sobre el mundo un estatus más tentativo, parcial y fragmentario. A diferencia de *Cazadores de utopías*, identificar el posicionamiento político e ideológico del film es una tarea más compleja.[32]

III.

Dislocar las imágenes del pasado: reflexividad y performatividad en los discursos del documental contemporáneo

Si nos detenemos en un conjunto de films surgidos desde el año 2000, podremos observar en algunos de ellos los índices de un cambio de paradigma epistémico en los sistemas explicativos del documental respecto del mundo histórico. Este cambio se asienta en la reflexión sobre los elementos formales y los modos de organizar el discurso, y en la acentuada presencia de la performatividad como instancia mediadora entre la escena fílmica y la profílmica. Estos elementos se convierten en el común denominador de las obras más innovadoras de la década. En el seno de la producción documental parece manifestarse cierto agotamiento de los relatos totalizantes sobre el pasado histórico, reforzándose paralelamente la dimensión de la experiencia subjetiva de sus protagonistas. En este sentido, *Montoneros, una historia*, aun conservando una estructura narrativa propia del documentalismo de los ochenta, es en parte un antecedente de esta nueva tendencia.

Retomando los conceptos de Michael Renov,[33] si en el documental anterior predominaban las funciones de registro, preservación y persuasión, el nuevo documental recurrirá frecuentemente a estrategias analíticas o interrogativas y, sobre todo, a procedimientos expresivos. Desde una perspectiva historiográfica, esta nueva tendencia revela vasos comunicantes con las concepciones de la microhistoria que ponen en crisis la continuidad de los grandes relatos. Según Hayden White,[34] la microhistoria otorga un énfasis renovado a las relaciones entre historiografía y narrativa, y aspira a poner en tela de juicio "la distinción entre los elementos del relato y de la trama en el discurso histórico".[35]

Ahora bien, nos resulta relevante llamar la atención sobre dos tendencias concurrentes que brindan al territorio documental argentino contemporáneo una identidad singular. En primer lugar, la intensa y pronta adhesión de una zona del documental de la última década a estrategias narrativas y representacionales con elementos de los modos reflexivos y performativos de representación

[32] En contraposición a lo sucedido con *Cazadores de utopías*, el documental de Di Tella fue mejor recibido por las nuevas generaciones y sectores más críticos a Montoneros que por la militancia de aquellos años. De hecho, tal como lo mencionamos al comienzo, el film de Blaustein surge en cierta medida como una respuesta generacional, política y militante a la obra de Di Tella. El estreno del documental se realizó en el año 1994 en un programa de investigación televisivo de TELEFE llamado "Edición Plus" (en el cual también colaboraba Carlos Echeverría). Sin embargo, solo se proyectó la primera parte del film por presuntas presiones de sectores de la Marina influyentes en TELEFE. Más tarde se proyectaría durante los años 1995 y 1996 en el auditorio del Centro Cultural Ricardo Rojas, con gran afluencia de público. Véase Piedras, P. & L. Zylberman (2011) `Entrevista a Andrés Di Tella: precursor del documental autobiográfico en la Argentina´, *Revista Cine Documental* 4, 2º semestre. Disponible en http://revista.cinedocumental.com.ar/4/notas.html.

[33] Renov, M.(1993), *op. cit.*

[34] White, H. (1990) *The content of the form*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, p. 20.

[35] Nichols (2006, *op. cit.*, p. 216), también señala las afinidades existentes entre el documental performativo y los nuevos instrumentos de indagación histórica vinculados al formalismo y al contextualismo de autores como Hayden White. Ambos métodos (el formalista y el contextualista) se interesan menos por las generalizaciones que por indagar en las características únicas de los sucesos y su relación con contextos precisos.

documental.[36] En segundo lugar, podemos constatar que, no obstante los recurrentes usos de la reflexividad y de la performatividad, el pasado político y social continúa manteniéndose como un horizonte posible para la representación. La historia pública y el mundo histórico permanecen como un territorio secundario pero presente, sobre el cual se recortan relatos personales que, sin embargo, no los colocan como sitio de llegada ni como fuente de validación discursiva. Los documentales que subrayan y visibilizan la subjetividad del responsable de la enunciación, además de reflexionar sobre los modos de representación, tienen como eje la explicitación de quién es el que enuncia y desde dónde lo hace. En otras palabras, se caracterizan por evidenciar en sus discursos la parcialidad y subjetividad inherentes a toda representación del mundo histórico.

Con el objetivo de profundizar la propuesta precedente abordaremos tres documentales disímiles en sus modos de representación y en sus preocupaciones temáticas pero que manifiestan continuidades susceptibles de ser pensadas en conjunto. Nos referimos a *Un tal Ragone. Deconstruyendo a pa* (Vanessa Ragone, 2002), *El tiempo y la sangre* (Alejandra Almirón, 2004) y *Un pogrom en Buenos Aires* (Herman Szwarcbart, 2007).

Un núcleo compartido de elementos formales y narrativos se visualiza en términos generales al acercarnos a estos films: *a)* los directores se inscriben como narradores y/o personajes en el centro del relato, brindando un alto grado de relatividad y subjetividad a las proposiciones que los documentales expresan sobre el mundo extrafílmico; *b)* la organización narrativa elude la linealidad y el ordenamiento causal de los hechos por medio de estrategias heterogéneas; *c)* si bien los tres films trabajan con testimonios, estos son cuestionados en su aura de autenticidad o confiabilidad a través de la fragmentación, del montaje discontinuo, de la mediatización y de la reescenificación o puesta en escena. Asimismo, ninguno de los tres documentales tiene la vocación de explicitar la identidad y la profesión de sus personajes o testimoniantes; *d)* la utilización de fotografías y de archivos audiovisuales se encuentra generalmente revelada a partir de la exposición manifiesta de su manipulación o fuente de origen frente a la cámara; *e)* aunque los tres films acuden a los servicios de la voz *over* u *off*, la misma deja de lado sus funciones explicativas e informativas en pos de búsquedas poéticas y expresivas que, más allá del contenido textual, se subrayan a través de las entonaciones y las exploraciones sonoras.

La primera secuencia de *Un tal Ragone* es ejemplar en cuanto a las tensiones entre memoria e historia, entre lo personal y lo colectivo, entre el deseo y el deber de narrar, propias de estos documentales. A modo de epígrafe, el film se inicia con una frase de Rosi Braidotti (filósofa y teórica feminista), sintomática respecto al posicionamiento de la realizadora: "Si la linealidad y la objetividad fueran aún la ley, yo ni siquiera habría podido comenzar a relatar mi historia: soy fragmentada, luego existo". Seguidamente, un plano de situación muestra a Vanessa Ragone haciendo la valija antes de emprender el viaje a Santa Fe con el fin de saber más sobre la vida, la obra y la ciudad natal de su fallecido padre, Carlos Ragone, reconocido fotógrafo de la prensa gráfica argentina. La escena rehúye cualquier atisbo realista al ser tratada en cámara rápida y la banda sonora da cuenta de un índice de reflexividad al acudir a un tema musical de *Caro diario* (Nanni Moretti, 1993), todo un emblema de la autoficción fílmica y de las escrituras del *yo* en el marco de un cine de circulación comercial. La primera incursión de la voz en *off* de Vanessa Ragone concluye la secuencia explicitando los motivos de la obra: "Una vez me dijeron que tenía que hacer un documental más personal y también algo sobre la historia. Así que acá estoy haciendo un documental sobre Carlos Ragone, fotógrafo santafesino, mi padre". El film establece así su pacto comunicativo con el espectador,

[36] Retomamos la definición de Bill Nichols (2006, *op. cit.*, p. 199), pensando la performatividad como una modalidad que intenta distraer la atención del espectador sobre los aspectos referenciales de la obra, colocándolo en ocasiones como el referente del discurso, a diferencia del modo reflexivo, que intenta destacar y poner en primer término los atributos formales y políticos a partir de los cuales se construye la obra.

conjurando explícitamente los terrenos de la historia (lo intelectual) y de la memoria (lo afectivo) en la búsqueda de un posible diálogo entre el sujeto retratado y el contexto en el que se desempeñó.

Desde esta instancia la película adopta el formato del viaje de retorno[37] —figura compartida por una llamativa cantidad de documentales durante toda la década—[38] hacia Santa Fe capital, su ambiente político-cultural durante los sesenta y setenta, y particularmente hacia los rastros que allí ha dejado la figura del padre de la directora. La segunda secuencia también se constituye en torno a un vaivén entre la historia personal y la colectiva. Mediante entrevistas a los amigos de juventud de su padre y a su propia madre, la cineasta recupera la escena cultural santafecina de los años cincuenta, en la cual sobresale Fernando Birri.[39] Así, el nacimiento de una institución clave para el documentalismo nacional (la creación del Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional de Litoral) es narrado desde una nueva óptica. Se diría desde una perspectiva "menor", dado que la participación de Ragone fue limitada. No obstante, en un documental en el cual la cineasta explícitamente indaga cuestiones que hacen a su identidad, tratando de conocer más sobre su padre, la irrupción de la figura de Birri y las imágenes de *Tire dié* (Fernando Birri, 1958-1960) también dan cuenta de una potencial filiación de orden cinematográfico.

Con el avance del film, notamos que el itinerario de viaje no parece estar claramente definido, así como tampoco es posible afirmar que Vanessa Ragone intente hacer una investigación rigurosa. Los testimonios fragmentados por el montaje se enlazan con secuencias de observación de Santa Fe, con fotografías realizadas por Carlos Ragone y con imágenes de dos periodistas que recorren la ciudad preguntando a los ciudadanos santafesinos si conocieron a "un tal Ragone". La posibilidad de cuajar una imagen homogénea de la figura de su padre parece estar al alcance de la mano; sin embargo, la directora frustra insistentemente dicha opción a partir de diversas irrupciones en la continuidad entre las imágenes y la banda sonora, y de la ruptura del orden causal del relato.[40] La estructura del film busca analogarse con los procedimientos de la memoria, caracterizados, en una alocución de la voz en *off* de la directora, por su "construcción de cadáveres exquisitos".

La cautivante sensibilidad de *Un tal Ragone* radica entonces en el modo sutil en el que la cineasta construye un emotivo retrato de su padre, evadiendo comentarios directos pero sin descuidar, en su faceta de biógrafa, la obra que este, como fotógrafo y cronista de su época interesado en lo social y lo popular, legó a la memoria visual de los santafesinos. En la secuencia de clausura, la cuestión del

[37] La movilidad espacial es el origen del trabajo de rememoración. En el campo de los estudios sobre la memoria, diversos teóricos han propuesto el concepto de "lugar de memoria" para reflexionar acerca de los espacios y sus capacidades evocativas. Estos lugares pueden ser sitios concretos (museos, monumentos, nombres de calles), personajes inventados, instituciones, insignias, etcétera. Véanse Nora, P. (1984) *Les lieux de mémoire I. La République*. Paris: Gallimard, y Yates, F. (1974) *El arte de la memoria*. Madrid: Taurus.

[38] Nos referimos a la intensa circulación de imágenes y planos secuencia en subjetiva (o en subjetiva con referencia) desde automóviles, trenes y ómnibus que pueblan los documentales de la última década, adoptando estos el formato, aunque sea parcial, del diario de viaje.

[39] Carlos Ragone formó parte del teatro de títeres denominado "El retablillo de maese Pedro", una de las primeras incursiones de Fernando Birri en la escena cultural santafesina.

[40] Esta vocación por desfamiliarizar la percepción y cualquier concepto de representación mimética de lo real se anticipa en los primeros minutos del film, cuando la directora convoca al fantasma de Dziga Vertov en la mítica secuencia de *El hombre con la cámara* (1929) en la que la acción se detiene y se pasa a la sala de montaje.

legado, la herencia y la memoria familiar se sintetiza en el montaje de las fotos de Carlos Ragone acompañadas en la banda de sonido por el tema musical *Influencia*, interpretado por Charly García.[41]

El tiempo y la sangre es un documental de carácter ensayístico. Su directora, Alejandra Almirón, colabora con Sonia Severini, exmilitante de Montoneros, acompañándola en su regreso a Morón (la ciudad en la cual militaron ella y su ex compañero desaparecido) y viviendo a través de su recorrido la experiencia que generacionalmente le resultó inaccesible pero que, según sus propias palabras, marcó en alguna medida su vida.

En la primera secuencia, la voz en *off* de la directora nos da cuenta de su difusa memoria de los años setenta. Sincrónicamente se muestran imágenes de los funerales de Juan Domingo Perón alternadas con fragmentos de *Meteoro*, uno de los primeros *animé* que circularon en los setenta en América Latina. Intermitentemente se visualiza y oye lo que será algo así como el objeto semiótico emblema del film: el juego de memoria *Simon*. La figura del *Simon* anticipa y problematiza uno de los ejes del relato: las imbricadas configuraciones de la memoria, las dificultades para colocar en una secuencia lógica un conjunto de eventos del pasado. El *Simon* es en sí un juego para ejercitar la memoria, para hacerla trabajar. El documental se desarrolla en clave diaspórica y laberíntica, recurriendo alternativamente a imágenes públicas de archivo y a fragmentos de cine doméstico articulados con una voz *over* interrogativa, testimonios interrumpidos y secuencias de observación en las cuales los hijos de desaparecidos cuestionan y preguntan acerca de la vida y militancia de sus padres. No casualmente el conector fílmico más utilizado por este relato es la sobreimpresión, procedimiento que alude a los palimpsestos de la memoria. Con algunos pasajes que lindan con las formas del videoarte, la recurrente aparición de dibujos, animaciones, pinturas y fotografías distorsionadas remite a las capas de representación que necesariamente median cualquier acto de memoria.

El documental de Alejandra Almirón articula un conjunto de significantes que remiten, a raíz del propio horizonte semántico propuesto al comienzo del film, a un mundo histórico —el de la militancia de los setenta— al que la narración parece tener impedido el ingreso. La apuesta discursiva de *El tiempo y la sangre* es insinuar algunos accesos posibles a lo real, señalar su existencia y el deseo de representabilidad, pero al mismo tiempo mostrar la imposibilidad de cualquier relato totalizante.

Un pogrom en Buenos Aires efectúa una alquimia similar a la del film de Ragone, ya que combina la indagación en la memoria familiar de su director, Herman Szwarcbart, y la investigación histórica sobre el primer pogrom antijudío de la Argentina, ocurrido en Buenos Aires contemporáneamente a la Semana Trágica de 1919. La búsqueda intenta saldar el hiato existente entre la generación que todavía mantiene las tradiciones de la cultura yiddish y fue víctima del pogrom (representada en el documental por el abuelo de 95 años del director) y la generación del cineasta, caracterizada por pertenecer a una comunidad cuya historia, cultura e idioma desconoce parcialmente. La realización del documental implica un gesto de reparación histórica y un acto de restitución de un hecho excluido de la memoria colectiva, ya que la historiografía hegemónica casi no registró la persecución y asesinato de judíos comunistas y socialistas[42] entregados por miembros ortodoxos de la propia comunidad a elementos de las "Guardias Blancas".[43] De lo anterior se desprende que la

[41] La canción dio título al disco homónimo que Charly García editó en 2002. Sin embargo, es el único tema del LP cuya autoría no es de García sino de Todd Rundgren, guitarrista estadounidense. Es sugestivo que esta canción, que versa sobre influencias y herencias, se recuerde sobre todo por ser el leitmotiv de la última secuencia de *Los rubios*, estrenada un año después del film de Ragone.

[42] Por lo menos así lo plantea el documental de Szwarcbart.

[43] Las "Guardias Blancas" fueron cuerpos de ciudadanos armados organizados por sectores de la derecha civil y militar. En 1919 el almirante Manuel Domecq García fue uno de los responsables de la organización, que después se autodenominó "Liga Patriótica Argentina".

presente obra se acerca al referente histórico de manera más transparente y afirmativa que los films de Ragone y Almirón. Sin embargo, tras un planteamiento en el que prima la función informativa del relato y la historia se aborda con un rigor científico académico, la narración multiplica sus líneas de fuga para trazar los contornos de la persecución de judíos. La mostración se convierte en interrogación y análisis, y la narrativa histórica cede paso a una exploración más abierta.

En este marco surge la performatividad de dos modos distinguibles, más vinculados a la noción de Stella Bruzzi[44] que a la de Bill Nichols.[45] Por un lado, tres series escénicas son interpretadas por actores que leen textos referidos a los sucesos del pogrom. Lo particular de estos textos es que son reproducidos verbalmente en sus respectivos idiomas de origen: alemán, yiddish y español. El gesto tiene una finalidad política y cultural, ya que reelabora la diversidad lingüística, cultural y religiosa existente en el Buenos Aires de comienzos del siglo XX que conformaba el trasfondo social de los conflictos de 1919. Asimismo, en una secuencia el director organiza una puesta en escena teatral en la que se representa una de las pocas obras que contaron el pogrom.[46] Por otro lado, lo performativo se construye como intervención sobre lo real mediante una serie de acciones llevadas a cabo exclusivamente por y para el documental por el propio director. Así, lo vemos colocando cintas rojas en algunas de las casas de judíos que fueron atacadas, reproduciendo el audio de un texto de denuncia sobre el pogrom desde un parlante que es abandonado en la vía pública y limpiando las tumbas de los judíos perseguidos.

Lo que distingue a *Un pogrom…*de la mayoría de los documentales de la última década es la articulación entre una investigación histórica rigurosa, en la cual los rastros del pasado revisten el carácter probatorio propio del documental tradicional, y una rememoración personal, intencionada y subjetiva, que impacta directamente sobre el presente apropiándose de modalidades narrativas contemporáneas.[47]

IV.

El análisis precedente nos permite afirmar que las tendencias transnacionales del cine documental siguen encontrando condicionantes e inflexiones en las historias cinematográficas y políticas nacionales. A pesar de lo dicho, no podemos dejar de observar que durante los últimos veinticinco años se han registrado cambios acelerados y profundos en los modos de construir imágenes del pasado que habían permanecido relativamente estables durante las décadas anteriores.

En una era en la que la reproducción de imágenes de lo real trasciende ampliamente los límites tradicionales de las salas cinematográficas y de la televisión, prosperando a través de múltiples vías electrónicas como los celulares e Internet, resulta lógico que el documental argentino esté en sintonía con el cine de no ficción producido en otras partes del mundo, respecto de sus modos de representación y propuestas narrativas. Uno de los interrogantes que surgen ante esta comprobación es de qué manera los nuevos documentales se vincularán con el mundo histórico y con la esfera pública, dada la tendencia actual de este cine a explorar los

[44] Bruzzi, S., *op. cit.*
[45] Nichols, B., *op. cit.*
[46] *El judío Aarón* (Samuel Eichelbaum, 1926).
[47] Vale recordar que la interacción entre lo individual y lo colectivo se refuerza cuando el documental recurre a imágenes públicas de archivo (fotográficas y cinematográficas) y a filmaciones familiares para articular su doble discurso sobre la historia personal y la historia pública. Entre el primer grupo de imágenes sobresalen aquellas del film de ficción ("casi profético que se vuelve documental") *Juan Sin Ropa* (Georges Benoit, 1919), pieza clave de la historia del cine político y social argentino.

caracteres expresivos y poéticos de sus discursos. Cabe pensar que si la identidad del documental argentino de la última década se constituía por una fructífera tensión entre autoexpresión e irrupción del mundo histórico, dichas variables están destinadas a desplazarse por el efecto de los cambios en la estructura social, política y comunicacional acaecidos durante los últimos años.

El primer rasgo distintivo que irrumpe en las representaciones documentales del nuevo siglo es el reposicionamiento del sujeto como agente central en torno al cual se construyen los discursos históricos y, sobre todo, como autor de representaciones en las que se restituye alguna zona de lo real o del mundo histórico. El análisis efectuado en este artículo demostró que la nueva posición del sujeto no siempre redunda en una ruptura plena con los modos de explicar el mundo propios de la tradición documental. Las diversas disposiciones de las estructuras y voces narrativas, la organización del montaje, el uso de los testimonios y de las imágenes de archivo, determinan líneas de continuidad y de quiebre con los modelos de representación tradicionales y permiten comprender que la primera persona es un recurso cuyas implicancias no son uniformes. El nivel de relativismo, de provisionalidad o de escepticismo de los documentales respecto al referente histórico no se agota en la asunción de la primera persona en la enunciación sino que se plasma en la relación de esta con los múltiples componentes del discurso documental.

El segundo rasgo distintivo se vincula con la aparición de un cambio de paradigma respecto a los sistemas explicativos de lo real y a la representación del pasado. La adhesión de los documentales contemporáneos a diversas formas de exploración de la memoria (personal, colectiva, popular, social) deteriora en mayor o menor medida la certeza epistémica y la posibilidad de construir relatos totalizantes, y se relaciona con nuevas formas de expresar la identidad. Nos encontramos frente a films que en disímiles escalas conjugan y superan el dualismo constitutivo del cine documental entre arte y ciencia, mente y cuerpo, estética e historia, tal como lo caracterizaba Renov,[48] dado que la experimentación formal se ha vuelto el requisito insoslayable para narrar la experiencia personal en la no ficción contemporánea.

[48] Renov, M., *op. cit.*

DOSSIER

La Vieja Guardia Sindical y Juan Carlos Torre

Julio César Melon Pirro (ed.)

Mónica Gordillo
La vieja guardia sindical en la historia

Daniel Dicósimo
Sindicalismo e historia. A propósito de *La vieja guardia sindical*

Juan Carlos Torre
Sobre los orígenes del peronismo

Elisa Pastoriza
Escribir historia política, escribir historia. Entrevista a Juan Carlos Torre

Juan Carlos Torre:
Semblanza autobiográfica

"*La Vieja Guardia Sindical* y Juan Carlos Torre"

Edición y presentación por Julio César Melon Pirro[□]

(UNMdP- UNICEN)

Introducción

Algo propio de la disciplina debe ocurrir para que la historiografía más innovadora, aquella que formula nuevas preguntas o logra hermenéuticas perdurables, se condense con frecuencia en obras de profesionales cuyo campo de formación originario no es el de la historia en sentido estricto. En esta misma sección se ha recordado –y celebrado- la aparición y, como corresponde a los historiadores, el itinerario, de *El Orden Conservador*, de Natalio Botana, y *El Estado Burocrático Autoritario*, de Guillermo O Donnell, dado el impacto que dichas obras han tenido en el mundo académico y el alcance de sus elaboraciones que, cumpliendo todas las reglas del método, han devenido en verdaderos clásicos para la disciplina.

Desde dicha perspectiva, no llamará la atención que ahora dediquemos este espacio a *La Vieja Guardia Sindical y Perón,* de Juan Carlos Torre, libro que comparte con los mencionadas dos condiciones esenciales para aparecer en esta galería de reconocimientos historiográficos. La primera radica en que, obra en este caso de un sociólogo, es un gran libro de historia. El pretexto tampoco difiere demasiado de los precedentes: si tomamos la producción de la tesis doctoral del autor como momento liminar de los que luego van a ser sus trabajos más conocidos y, de hecho, como el momento de elaboración del tema, tendríamos "derecho" a incluir esta obra en la lista de las fundacionales que han cumplido o que están próximas a cumplir las tres décadas. Publicado por primera vez en 1990, es el fruto de una tesis doctoral presentada en 1983 pero a su vez remite –como el propio testimonio del autor certifica- a una elaboración de larga data.

El libro de Torre fue, desde antes de su aparición en la medida en que se lo anticipó en artículos y ponencias, una influencia notable en el trabajo de los historiadores del movimiento obrero y del sindicalismo peronista. En esta oportunidad, abrimos el dossier con la inclusión de comentarios que hemos solicitado a dos especialistas y cuyo principal propósito ha sido, precisamente, el de evaluar dicho impacto. El trabajo de docentes e investigadores de Mónica Gordillo y Daniel Dicósimo los califica, pues, para interesarnos en una lectura fundada de dicha obra. La secuencia es completada mediante tres textos que apuestan a una relación de mayor intimidad con el autor. En primer lugar, se reproduce un comentario que el propio Torre realizó a la edición de su obra en 1990 para la revista *La Ciudad Futura*. Allí el autor reflexiona agudamente sobre la importancia del conocimiento de la coyuntura histórica en un escenario de relaciones cuyo futuro es, por definición, indeterminado. Sigue con una entrevista que Elisa Pastoriza le realizó especialmente para este dossier, en la

□ Magister en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro. Es profesor de Historia Contemporánea en ambas universidades. Es autor de *El peronismo después del peronismo*, coordinó la obra *Historia contemporánea. La Argentina y el mundo (1850-2005)* y, junto con María Liliana Da Orden, *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas (1943-1958)*.

que se expresan otros avatares de la circulación editorial de la obra a la vez que se apuntan datos relevantes respecto de su inspiración y a la proyección de sus argumentos liminares en el contexto de la actual producción de las ciencias sociales sobre el tema. Informo al lector que al momento de articular y de presentar los textos quise constatar algunos datos biográficos a los efectos de incluirlos en esta introducción. El autor me devolvió la inquietud con una semblanza autobiográfica cuyo valor, he entendido, amerita que sea incluida sin mediaciones de mi parte.

Curiosa posibilidad esta, la de leer a lectores que han leído a un autor que a su vez, consiente en expresar su propia lectura.

Podrá observarse en lo que informan estas contribuciones, que en *La vieja guardia sindical y Perón*, Juan Carlos Torre no solo ha terciado desde el título mismo en las grandes polémicas entre "ortodoxos" y "revisionistas" sino que ha dispersado otras oposiciones en el análisis de los hechos y, sobre todo, fundado sobre nuevas premisas uno de los grandes temas de la historia y de la Argentina contemporánea. Apunta Dicósimo que la obra ha devenido canónica en los estudios sobre el peronismo y sobre el sindicalismo, luego de explicar el lugar de este libro entre ortodoxos y revisionistas y su largo aliento en las formas de una historia política que gana en densidad mediante el relato de la constitución de sus actores. Señala Gordillo que ha impactado de modo sensible en generaciones de investigadores, luego de distinguir el momento de producción y el de posterior circulación de su trabajo en una verdadera explicación historiográfica. Relatan ambos comentaristas, y hasta examinan en el registro de sus propios itinerarios profesionales, el modo en que este texto ha llegado a los estudiosos y ha llegado a las aulas. En la entrevista de Pastoriza, en tanto, aparece confesa la búsqueda íntima del autor en sus preocupaciones actuales, menos interesado en incursionar en el siempre concurrido mar de las interpretaciones sobre los orígenes del peronismo y mucho más orientado a afirmar la perdurable novedad del sindicalismo de esos tiempos cuya relativa autonomía, insiste, lo distingue y a la vez diferencia aquel movimiento político.

En la presencia de ese laborismo perdidoso políticamente en el momento de la conformación del peronismo aunque sobreviviente en la tradición del sindicalismo, en tantos otros tramos de la obra y en el propio testimonio del autor aparece claramente, además, esa vocación de restituir a la historia condiciones de posibilidad distintas de las que inducen a pensar los desenlaces conocidos pero tenidas en cuenta por los contemporáneos. En el mismo prefacio de la obra Torre advierte contra "la manía profesional del historiador que reduce al campo de las posibilidades encerradas en el pasado a ese futuro único desde cuyo presente escribe porque sólo éste ha tenido lugar", algo que sirve, en definitiva, para recordarnos que no había necesidad causal del peronismo en los procesos políticos y sociales previos, ni fórmula previsible excluyente en la contingencia de resolución de la ecuación política y social de la que emergieron este movimiento político y el sindicalismo que conocemos. Torre cuenta la batalla, diría Huizinga a propósito de Salamina, "como si los persas aún pudieran ganar", y trata de sacudirse la omnisciencia derivada de conocer su resultado a la hora de escribir, pues, la historia.

La vieja guardia sindical en la historia

Por Mónica Gordillo[□]

(CIFFYH, UNC- CONICET)

La reflexión que, desde una perspectiva personal, propongo sobre el impacto en el campo historiográfico de la obra ya clásica de Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*[1], no puede –sin embargo- dejar de dar cuenta de una experiencia generacional de los que, a mediados de los '80, nos iniciábamos en la investigación histórica y, en particular, dentro del campo de la historia social y del movimiento obrero. En ese sentido la valoración de su aporte, mirado hoy retrospectivamente, se asienta en la trayectoria posterior que nos fue posible desplegar, como consecuencia de los desafíos abiertos en ese entonces, a quienes estábamos interesados en las luchas y transformaciones sociales ocurridas en el país durante el siglo XX.

Según lo señalado por el propio autor, su tesis de doctorado –que luego adoptó la forma del libro publicado en 1990- fue escrita entre 1974 y 1982 y defendida en la École de Hautes Etudes de París en enero de 1983. Es decir, próximamente, se cumplirán treinta años de la culminación de su trabajo que, sin modificaciones sustanciales, fue dado a conocer años después. Pero, como él mismo también remarca en el Prefacio del libro, la comprensión acabada y complejizada de su planteo requiere también la consideración de su célebre artículo en la revista *Desarrollo Económico*,[2] separado de aquél por entender que en el texto original "convivían dos retóricas, la de la narración histórica y la del análisis sociológico" [11]. Lo que quizás no advirtió en ese momento fue que esa tensión o, mejor dicho, complementación, era justamente su principal aporte al conocimiento histórico y que, a pesar de su separación formal y explícita en otro texto, el análisis sociológico permeaba toda la minuciosa reconstrucción histórica realizada en el libro. De este modo, al referirnos a su obra sobre la temática es necesario considerar los dos textos juntos, aunque tal vez no hayan tenido la misma circulación dentro del campo de los historiadores o no lo hayan hecho de manera simultánea.

La especificación del momento de producción y el de posterior circulación de su trabajo es importante porque en el Prefacio de su libro aparece como una preocupación central la de considerar las condiciones sociales de producción del conocimiento, alertando sobre la necesidad de situar el trabajo intelectual –y el suyo propio- en el contexto histórico específico y en relación con las que aparecen como preguntas y demandas de cada momento. Convencido de que todo conocimiento reconoce marcas colectivas que lo ligan a los desarrollos previos, así como a los requerimientos contextuales y a las discusiones propias de cada disciplina, el libro parte de situar las explicaciones sobre la relación de Perón con los trabajadores dadas tanto por su propio maestro, Gino Germani, como por la primera revisión propuesta por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero en 1970, con los contextos de producción de las mismas. Relaciona esas interpretaciones con las preocupaciones de cada momento pero, a su vez, como un avance en el conocimiento fundado y no meramente

□ Investigadora independiente del CONICET. Se doctoró Historia en 1993, hizo su carrera de grado y de postgrado en la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente es investigadora y profesora titular de Historia Argentina en la misma universidad. Ha trabajado sobre la experiencia política y social de los trabajadores en la Argentina de los 60 y 70; desde hace varios años lo hace sobre la última década del siglo XX, analizando la dinámica de la acción colectiva y sindical. Su trabajo más conocido es *Córdoba en los sesenta: la experiencia del sindicalismo combativo.* Córdoba: UNC, 1999 (1996).

[1] Editado por Sudamericana y el Instituto Torcuato Di Tella en 1990.

[2] Nos referimos al artículo de Torre, J. C. (1989) `Interpretando, una vez más, los orígenes del peronismo´. *Desarrollo Económico* 28 (112).

especulativo sobre esa relación. Lo que debiera sin embargo ser subrayado para la reflexión que propongo a continuación, es también la inserción de esas sucesivas problematizaciones dentro de las discusiones o líneas de análisis desarrolladas en el campo de las ciencias sociales que afectaban también a las de la historia. En efecto, desde esta mirada, el planteo de Murmis y Portantiero discutiendo el presupuesto de la cooptación para destacar en cambio la racionalidad presente en la adhesión a Perón de los dirigentes sindicales con trayectoria previa, no sólo cambió el eje sobre la manera de interpretar el peronismo sino que, además, ligó esta observación con las reflexiones que para entonces tenían lugar dentro de algunas vertientes de la sociología - como las de la elección racional desarrolladas por Olson y Elster- respecto a la forma de entender la acción colectiva. A la vez, al diferenciar esas respuestas de los comportamientos irreflexivos resultantes de situaciones de anomia social, las nuevas interpretaciones podían muy bien integrarse dentro del énfasis puesto en la consideración de los regímenes y oportunidades políticos como incentivos para la acción, de importante desarrollo en el pensamiento norteamericano para entonces de la mano de Charles Tilly, entre otros, quienes más tarde precisarían sus aportes a la teoría de la acción colectiva bajo los conceptos de estructura de las oportunidades políticas y estructuras movilizadoras como factores activadores de la acción.

La vuelta de tuerca que Torre aporta al papel ya para entonces señalado de los dirigentes sindicales consolidados – la vieja guardia sindical según sus términos- en los orígenes del peronismo será el sostener que, más allá de una racionalidad sustentada en intereses materiales, lo que habría llevado a los trabajadores –tanto nuevos como viejos- a movilizarse en apoyo a Perón habría sido un conjunto de valores, reclamos de reconocimiento y de búsqueda de integración dentro de la comunidad política, ya presentes en la cultura obrera, y que terminarían sedimentando en una identidad política centrada en la adhesión al líder. Pero, ¿hasta qué punto esa identidad se resolvió de manera heterónoma o pudo en cambio mantener rasgos de autonomía? El tema de la autonomía obrera, preocupación central en su trabajo, aparecerá –según el autor- como una tensión permanente en la trayectoria del movimiento obrero a partir del peronismo, aunque ya reconoce antecedentes anteriores a él. Esta preocupación que atravesará toda su obra sobre la temática, podría explicarse también dentro del contexto de las preguntas iniciales de Torre al abordar su análisis sobre el movimiento obrero imbuido de las experiencias sindicales, en especial de las propuestas clasistas, que a comienzos de los ’70 tuvieron lugar en el país, que él mismo conoció y sobre las que reflexionó a través de su participación, entre otras, en el grupo editorial *Pasado y Presente.* Ese tema, aunque desde una perspectiva completamente diferente ligada a los mecanismos para asegurar la institucionalidad democrática, volvió a adquirir centralidad en el contexto de los ’80 cuando resolvió editar su libro. A su vez, y volviendo a sus análisis sobre el peronismo, la importancia dada a la conformación de una identidad, tanto para el surgimiento como para la consolidación de un movimiento social y político, ligaba también su planteo a las lecturas realizadas por las conocidas como vertientes europeas dentro de la teoría de la acción colectiva que, bajo los lineamientos de Melucci y Touraine entre otros, destacaban el componente expresivo como factor esencial para explicar el pasaje a la acción y el sostenimiento de la misma. De este modo, a través de su trabajo histórico, Torre daba cuenta sucintamente no sólo de las preocupaciones intelectuales de cada momento sino también de los cambios operados en el interior de la propia disciplina sociológica en relación a cómo pensar la acción social y política, remitiendo con esto nuevamente a Tilly quien, como uno de los principales referentes de la sociología histórica, bregaba por la confluencia de la historia con el resto de las ciencias sociales.

Pero, ¿en qué contexto receptaron el libro los historiadores y qué desafíos presentó para ellos? Por lo señalado al comienzo, esta apreciación está teñida de mi propia experiencia personal que no he indagado hasta qué punto es generalizable; de todos modos considero que esos desafíos podrían medirse por lo menos en dos niveles: en lo que se refiere específicamente a cómo pensar el fenómeno del peronismo y las identidades obreras, cuestiones que trascienden la coyuntura de los orígenes tratada en su libro brindando

en cambio herramientas para analizar toda la trayectoria del mismo; y desde un punto de vista teórico-metodológico más general, inscripto en las teorías de la acción, aportes para analizar históricamente la dinámica social teniendo en cuenta los cambios estructurales y las dislocaciones sociales producidos en cada momento, así como la incidencia de las modalidades que adopta la interacción y el procesamiento de los conflictos entre los actores, incluido el gobierno, en las identidades resultantes.

Para comenzar habría que destacar que el trabajo de Torre entró en sintonía con otro aporte fundamental dentro del campo de la historia social, como fue la recepción de la obra de E.P. Thompson y de los debates sostenidos por los historiadores marxistas ingleses, que recién tocaron suelo argentino con la reconstrucción democrática. Las discusiones que habían tenido lugar en el viejo mundo durante los años sesenta y setenta y que habían comenzado a subestimar las determinaciones materiales en pos de la consideración de los valores culturales e históricos específicos que cimentaban la experiencia obrera, produjo en el país un florecimiento de la historia social que se amplió en la consideración de distintos ámbitos de socialización y sociabilidad pero, además, obligó a reconstruir las particularidades de la experiencia obrera en el caso argentino. Murmis y Portantiero habían lanzado a los historiadores el desafío de reconstruir la clase obrera de "carne y hueso" que había apoyado al peronismo, para diferenciarla de la abstracción contenida en la visión de una masa rural que se proletarizaba y que en una situación de anomia era cooptada por un líder carismático; obligaba así a conocer quiénes y con qué demandas y objetivos habían apoyado el ascenso de Perón. Sin embargo ese primer llamado a la reconstrucción histórica quedó trunco tras el golpe militar de 1976 que obturó el desarrollo de las ciencias sociales y en particular de los análisis históricos. Tras la vuelta a la democracia y en un ambiente de desarrollo de la historia social, el trabajo de Torre, como los de Hugo Del Campo[3], Gaudio y Pilone[4], Louise Doyon[5] y posteriormente el de Daniel James[6], encontraron un territorio fecundo para repensar el peronismo y su propuesta de alianza de clases desde otras perspectivas.

Yendo particularmente al libro de Torre y al artículo complementario ya citado, podrían destacarse importantes cuestiones teóricas que aportan a la reconstrucción histórica. En primer lugar, la invitación a pensar al peronismo como un movimiento social y político resultante de la serie de dislocamientos estructurales que produjeron modernización económica sin distribución durante los años '30 y que, por lo tanto, no tuvieron como correlato similar integración social y política. Ahora bien, no cualquier escenario de cambios estructurales sin integración social y política da como resultado movimientos como el peronismo. ¿Cuál fue la particularidad de éste si es que hubo tal particularidad? Habría que destacar que Torre busca explicar ese movimiento dentro de una perspectiva más general del cambio y la dinámica social, de allí que en el artículo señalado destaca las distintas alternativas que podrían resultar de un contexto con esas características, dándole un papel importante a la posición que adopta el régimen político y a la manera en que la elite dirigente procesa el conflicto para comprender no sólo las identidades resultantes en ese movimiento sino, también, el mayor o menor margen de autonomía de los actores. Por eso destaca que la experiencia mayoritaria de la clase obrera durante los '30 habría sido la de representarse un espacio casi congelado para la intervención de las bases, más allá de que esto respondiera a las prácticas y la situación concretas, por lo que el centro de las decisiones se habría desplazado hacia arriba, hacia las elites dirigentes. Según su planteo, las respuestas de esas elites incidirían en las características que adquirirían la movilización y posterior participación dentro del sistema político. En el caso particular del peronismo, la movilización social no cristalizó completamente ni en una alternativa reformista con

[3] Del Campo, H. (1989) `Sindicatos, partidos obreros y Estado en la Argentina´, en W. Ansaldi y J. L. MORENO *Economía y sociedad en el pensamiento nacional.* Buenos Aires: Cántaro, pp. 235-262.

[4] Gaudio R. y Pilone J. (1984) `Estado y relaciones laborales en el período previo al surgimiento del peronismo, 1935-1943´. *Desarrollo Económico* 24 (94): 235-273.

[5] Doyon L. (1984) `La organización del movimiento sindical peronista, 1946-1955´. *Desarrollo Económico* 24 (94): 203-234

[6] James, D. (1991) *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946- 1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

autonomía ni en una democratización por vía autoritaria sino, más bien, en una combinación de ambas al sellarse el 17 de octubre, con la demanda de liberación de Perón, una identidad política que basaba su cohesión e identificación en torno a la figura del líder; de allí que Torre señale que el peronismo se impuso sobre el laborismo y sobre los comportamientos oportunistas preexistentes entre los dirigentes de la vieja guardia.

Sin embargo el trabajo de Torre brindó a los historiadores un aporte más en las explicaciones sobre la alianza peronista. Frente a la visión de unas masas manipuladas o de dirigentes que respondían a las ofertas del gobierno realizando una evaluación de costos-beneficios, el planteo de Torre incorpora la *agencia obrera* como elemento fundamental y promotora de los cambios, pero también la idea de que la identidad se construye en la acción. Para él fueron las organizaciones obreras los "agentes exclusivos"[7] de la movilización popular, es decir fueron esas estructuras las que hicieron posible el 17 de octubre. Desde esta visión, Perón no accedió al gobierno con un proyecto de integración del movimiento obrero sino que fue en el devenir de la conflictividad obrera - con las características propias de su contexto histórico, es decir con la experiencia y los repertorios de acción aprendidos- cuando se fueron dando las respuestas, estableciendo las agendas y sellándose las alianzas, en base también a los marcos del momento y a las propias representaciones de la elite militar acerca de esa conflictividad obrera. De allí que el reconocimiento de esas marcas de origen, dadas por la interacción específica entre actores con intereses, identidades y expectativas, hacía necesario precisar las bases de esa conflictividad y considerar a través de estudios históricos, entre otras cuestiones, si ese origen podía ser replicado en otros escenarios provinciales y en la posterior conformación de un movimiento de alcance nacional. Como se podrá apreciar, los desafíos que se abrían para los historiadores eran enormes y poco a poco se fueron dando respuestas a los problemas planteados.

Sus explicaciones sobre el origen y posterior trayectoria del movimiento social y político más trascendente de la historia argentina aportaban así dimensiones para analizar otros procesos generales de movilización, delineando - aunque no se los definiera con esos términos- la síntesis planteada en los años noventa por los teóricos de la acción colectiva entre la vertiente norteamericana, que había priorizado la consideración de la movilización de recursos bajo los conceptos de *estructura de oportunidades políticas* y *estructuras movilizadoras*, y la vertiente europea que centraba más su atención en los componentes expresivos o en los definidos por algunos como *marcos culturales.*

Por último si, como él también señaló en el Prefacio del libro, cada generación de intelectuales reescribe la historia del peronismo, la importancia dada por Torre a la forma de interpelación política de Perón a los trabajadores para sellar una identidad, agrega un componente más a sus aportes y los liga tal vez con los debates más actuales sobre el populismo[8], renovando la vigencia y potencialidad de sus planteos. En efecto, su énfasis en la consolidación de una identidad política asentada en identidades obreras preexistentes pero que sin embargo se transforman en la movilización, pareciera habilitar –más allá de las diferencias de enfoque- la idea de la constitución de una identidad política autóctona que no pudo ser suturada por apelaciones anteriores, conformándose –en cambio- un "pueblo" a partir de la interpelación del líder, una particular integración dentro de la comunidad nacional que estructuró su límite en lo que no era peronista. Estas nuevas lecturas que, desde mi punto de vista, no contradicen sino que complementan o enfatizan

[7] Para Torre fue decisivo el papel jugado por el Comité Central Confederal el día 16 de octubre, dado que hasta que éste no aprobó la huelga general, más allá de que luego ésta se adelantara, los trabajadores no se lanzaron masivamente a las calles. Sostiene que si fue posible reunir a la muchedumbre popular que se congregó en Plaza de Mayo fue porque en los distintos barrios de la ciudad y de la periferia fabril los comités de huelga surgidos en los días previos actuaron en forma coordinada. Cf. *La vieja guardia…, op. cit.,* p. 127

[8] Me refiero a las interpretaciones dadas por la teoría del discurso político, conocida también como "Escuela de Essex" y referenciadas en la obra de Ernesto Laclau y sus discípulos.

otras dimensiones del fenómeno y están llevando también a producir una serie de estudios históricos sobre el tema, vuelven a situar los aportes de Torre sobre la identidad y los límites de la autonomía obrera dentro de nuevas discusiones, coincidentes también con el renacer de las formas de movilización social y política ligadas al peronismo, y con la tendencia a la recuperación de un papel protagónico por parte del actor sindical en el proceso abierto desde comienzos del siglo XXI.

Sindicalismo e historia. A propósito de *La vieja guardia sindical*

Por Daniel Dicósimo□

(IEHS, UNICEN)

Los estudios de Juan Carlos Torre aportaron a la historia del sindicalismo y del peronismo una idea perdurable: la clase obrera que participó en el origen de este movimiento político era un actor homogéneo y racional, que se movilizó el 17 de octubre de 1945 para consolidar los beneficios materiales que había recibido de Perón y, al mismo tiempo, una nueva identidad política que unificara a la clase. Esta tesis permite entender la estrecha asociación entre la naturaleza organizacional del sindicalismo y la identidad política que legitimó a las conducciones ante sus bases sociales, un fenómeno que trascendió los primeros gobiernos peronistas y se proyectaría sobre el vandorismo.

El derecho legal e histórico de los sindicatos de representar a todos los trabajadores en paritarias había sido otorgado por Perón pocos días antes de ser destituido y arrestado, el 2 de octubre de 1945. Ese nuevo régimen de asociaciones profesionales fue el certificado de nacimiento del sindicalismo peronista, merced al cual los líderes obreros aliados al coronel contarían, como señalara Louise Doyon, "con un marco legal que aseguraba la rápida consolidación de organizaciones sindicales fuertes e internamente cohesionadas, que hicieran frente a la fragmentación del sector industrial, asegurándole así al movimiento sindical un rol importante en el mercado de trabajo." [1] Además, el apoyo a la creación de una confederación laboral única garantizaba a la clase obrera y a sus dirigentes un papel político importante durante y después de los gobiernos peronistas. Como ha señalado Torre, esta nueva estructura sindical fue el soporte de la "cohesión interna" de la clase obrera, que se logró pocos días después de la emisión del decreto sobre asociaciones profesionales, el 17 de octubre de 1945, cuando a la conciencia de ser una fuerza social insoslayable se sumó una nueva identidad política. [2]

La idea de Torre representa una síntesis superadora en el debate sobre los cambios en la identidad política de trabajadores y dirigentes sindicales, durante la coyuntura fundacional del peronismo. Hasta entonces las interpretaciones de ortodoxos y revisionistas, si nos disculpan la arbitrariedad que siempre implica la delimitación de sectores en el campo historiográfico, habían oscilado entre la ruptura y la continuidad, la racionalidad y la irracionalidad, la autonomía y la heteronomía. El ensayo de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero fue el primero en sostener que la relación entre el sindicalismo tradicional y el peronismo se remontaba al origen mismo del nuevo movimiento político, cuya formación dependió en buena medida de la experiencia de organización que había desarrollado la vieja

□ Daniel Dicósimo, Doctor en Historia, docente en la Facultad de Ciencias Humanas e investigador en el IEHS. Autor de "Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social", junto a Silvia Simonassi, Prohistoria, 2011.

[1] Doyon, L. (1984) `La organización del movimiento sindical peronista, 1946 – 1955´. *Desarrollo Económico* 24 (94): 207.

[2] Torre, J. C. (1989) `Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo´. *Desarrollo Económico* 28 (112): 546.

guardia sindical durante los quince años previos al 17 de octubre de 1945.[3] A diferencia de Gino Germani, quien había postulado la traumática novedad del peronismo,[4] estos autores propusieron una continuidad entre la búsqueda de apoyo estatal del sindicalismo durante los años treinta y el apoyo otorgado a Perón, que constituía una opción racional ante la penuria económica y la explotación de clase. En esa misma línea puede situarse la investigación de Hugo del Campo, publicada en los primeros años ochenta, sobre la transición del sindicalismo pre – peronista al sindicalismo peronista.[5]

Torre replanteó los términos de la polémica inicial sobre la irracionalidad o la racionalidad de los obreros que apoyaron a Perón. Recuperando de Germani el intento de comprender la constitución de nuevas identidades colectivas populares y de Murmis y Portantiero la importancia de la vieja guardia sindical, propuso ampliar el concepto de racionalidad de la acción de masas y sostuvo que la acción política en el origen del peronismo era un fin en sí mismo: la consolidación de una nueva identidad de los sujetos movilizados.[6]

Como el lector habrá notado, hasta ahora no hicimos referencia a *La vieja guardia sindical y Perón*, el libro que Torre publicó en 1990, motivo de este dossier, sino que hablamos de "los estudios" del autor. En nuestro caso, y supongo que en el de otros colegas de nuestra edad, la lectura de *La vieja guardia sindical…* fue precedida del descubrimiento de los adelantos parciales de la obra, a través de diversas publicaciones que comenzaron a aparecer ya a mediados de la década de 1970.[7] La dispersión temporal de esos anticipos reflejan las peripecias de la escritura. Como Torre recuerda en su Prefacio, los primeros capítulos fueron escritos en 1974 – 1975 y los últimos en 1982, separados por el exilio en Estados Unidos, Brasil y Europa. Antes de transformarse en libro, el texto fue presentado como tesis de doctorado y dividido en dos partes, un análisis sociológico, publicado como artículo en 1989, y una narración histórica que finalmente fue editada con el título de *La vieja guardia sindical y Perón,* un año después.

En las postrimerías de la década de 1980, escuché a Juan Carlos Torre en una mesa redonda organizada por las autoridades del joven Instituto de Estudios Histórico Sociales, en la Universidad Nacional del Centro (Tandil). La expectativa era grande porque entre los disertantes también estaba Hugo del Campo, sobre cuyo libro *Sindicalismo y peronismo* había escrito una reseña en el primer Anuario del IEHS. Del Campo era reconocido como una autoridad sobre la historia del movimiento sindical durante los años treinta, pero Torre ya aparecía como el autor de una obra destinada a cambiar las interpretaciones vigentes sobre el origen del peronismo y del sindicalismo de estado. De esa visita quedó un texto mecanografiado de su autoría que leí y subrayé repetidas veces. Hoy, al rescatarlo de una caja – archivo, descubro que probablemente era un borrador de su introducción a la compilación *La formación del sindicalismo peronista* (1988) y que también fue incluido en el Prefacio de *La vieja guardia sindical y Perón*.

Los textos de Torre influyeron en mis primeros pasos como investigador, que en esa época estaban orientados a la historia de los trabajadores y los dirigentes sindicales metalúrgicos en la segunda mitad del siglo XX. Si bien pretendía incorporar elementos de análisis provenientes del campo de la historia social, con el propósito de explicar fenómenos complejos de las trayectorias políticas e institucionales de los sindicatos peronistas,[8] la historia político – institucional que Torre escribía apareció entonces renovada y se volvió

[3] Murmis, M. y Portantiero, J.C (1971, 1995) *Estudios sobre los orígenes del peronismo.* Buenos Aires: Siglo XXI.
[4] Germani, G. (1971) *Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires: Paidós.
[5] Del Campo, H. ([1983]2005) *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable.* Buenos Aires, Clacso.
[6] Torre, J. C. `Interpretando (una vez más)…´, *op. cit.,* p. 528
[7] Torre, J. C. (1974) `La caída de Luis Gay´, *Todo es Historia*, octubre; Torre, J. C. (1976) `La CGT en el 17 de octubre de 1945´, *Todo es Historia*, marzo; Torre, J. C., "Interpretando (una vez más)…", *ibíd.* y otras.
[8] Recordemos que un hito simultáneo a *La vieja guardia sindical y Perón* fue la publicación de *Resistencia e integración* (1990), de Daniel James, otro libro influyente en la historia del mundo del trabajo y los sindicatos.

más interesante. Hasta la difusión de los estudios de Murmis y Portantiero, en los primeros años setenta, y de Torre poco después, ese campo había sido dominado por la llamada "historia militante", que pretendía demostrar el papel central de determinadas vanguardias político – ideológicas en la historia del movimiento obrero.[9] En el marco de un relato épico de las luchas sindicales, los dirigentes eran presentados como héroes guiados por la justicia de sus ideas más que por una racionalidad instrumental, fuera ésta económica o política. Desde ese punto de vista no se quiso advertir que una parte considerable de la vieja guardia sindical participó, con las dudas y los reparos que provenían de sus identidades y experiencias políticas previas, en la formación del peronismo, sino que se la colocó sin matices en la resistencia democrática – progresista al gobierno militar y a Perón.

La renovación de la historia político – institucional, en la que Torre tuvo un papel relevante con su libro más conocido, es deudora de un cambio en los debates académicos durante la década de 1980. Como es harto sabido, y pido disculpas al lector por reiterarlo, la crisis de los paradigmas fue seguida por el abandono de la visión monolítica y determinista de la sociedad que habían propuesto y sostenido las teorías de la modernización y de la dependencia. Si, como afirma Manuel Antonio Garretón, los actores sociales habían sido definidos desde fuera de ellos mismos y sus interacciones fuera del contexto histórico por ellos creados, y considerados "agentes" portadores de algún rol o misión histórica, ahora se introduce y valoriza el concepto de actores sociales "que se constituyen e interactúan dentro de un contexto histórico e institucional que ellos mismos contribuyen a producir y reproducir."[10] En el contexto de este nuevo clima intelectual, Torre introduce un cambio en la conceptualización de los dirigentes sindicales, que son considerados como actores racionales que juegan sus cartas, sin éxito por cierto, para acompañar un proceso de reformas políticas y sociales tratando de no perder su autonomía política ante el Estado y el líder del nuevo movimiento.

No son los héroes ni sus acciones las luchas épicas de la historia militante, tampoco su conducta está determinada estructuralmente por la base material o la dialéctica entre la una sociedad tradicional y otra moderna, sino que tratan de construir su propio contexto histórico e institucional. El recurso más eficaz para dar cuenta de esas peripecias en un escenario delimitado por desafíos y oportunidades es la narrativa, la ponderación de lo cualitativo; así utiliza las tradicionales fuentes escritas, como las célebres actas de la sesión del 16 de junio de 1945 del Comité Central Confederal de la CGT, e incorpora, quizá por vez primera en una investigación histórica, los testimonios guardados en el Archivo de Historia Oral del Instituto Di Tella.

La conceptualización de los dirigentes sindicales, tanto en las posiciones más elevadas como en las intermedias y de base, así como la forma del relato que introdujo Torre en *La vieja guardia sindical y Perón* han sido adoptadas como un canon por la mayoría de los historiadores académicos. Sea en su versión inicial, aunque empleada para develar sectores todavía oscuros del mundo sindical, como es el caso de los estudios de Gustavo Nicolás Contreras sobre la organización gremial y actuación política del personal de la administración pública nacional, [11] o enriquecida con elementos de análisis provenientes del campo de la historia social, alternativa en la que me

[9] Un ejemplo de esa mirada sobre el movimiento sindical en los orígenes del peronismo es el de Iscaro, R. (1974) *Historia del movimiento sindical*. Buenos Aires: Anteo.

[10] Garretón, M. A. (1995) *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, p. 19.

[11] Contreras, G. N. (2011) `El personal de la administración pública nacional y sus proyecciones político-sindicales durante el primer gobierno peronista (1946-1955)´, en Dicósimo, D.y Simonassi, S. (comps.) *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social.* Rosario: Prohistoria.

incluyo,[12] la historia político – institucional renovada por Torre hace veinte años sigue siendo una mirada apreciada para reconstruir y comprender el mundo del trabajo y de los sindicatos.

[12] En dos estudios ya clásicos sobre los obreros de la industria automotriz de Córdoba, el sindicalismo combativo y el "cordobazo", Mónica Gordillo y James Brennan incorporaron a la historia de la política interna de los sindicatos y de las relaciones entre éstos y el Estado elementos propios de la base fabril, como la filosofía y la práctica gerenciales, la calificación, antigüedad y experiencia sindical de los afiliados. Brennan, J. (1996) *El cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976.* Buenos Aires: Sudamericana. Gordillo, M. (1999) *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*. Córdoba: UNC.

Sobre los orígenes del peronismo□

Por Juan Carlos Torre□

(UTDT)

Recientemente he publicado *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los Orígenes del Peronismo* y hoy quisiera compartir algunas reflexiones sobre la importancia que, en el estudio de los orígenes del peronismo, he llegado a adjudicar a la *coyuntura histórica*. Bajo esta referencia quiero llamar la atención sobre esos períodos de aceleración de la historia, en los que se desarticula un campo determinado de fuerzas y de equilibrios políticos y se abre una escena llena de virtualidades, en la que los actores hacen ahora sus apuestas intentando definir el perfil futuro del orden político. Quienes han leído *El 45,* de Félix Luna, y han acompañado su relato acerca de la suerte cambiante de los personajes en pugna durante ese año decisivo, cuando la fortuna política se inclina de un lado y de otro para volver a revertirse hasta el desenlace, entenderán bien qué es lo que quiero significar al llamar la atención sobre la coyuntura histórica.

El punto que quiero destacar es el siguiente: la reconstrucción de esa historia azarosa que transcurre entre 1943 y 1946 es central para la comprensión del peronismo. Este señalamiento puede parecer banal. ¿Quién no menciona en los estudios sobre el peronismo los avatares de la lucha política en esos años? Pero frente a este privilegio de la coyuntura cabe siempre un argumento alternativo. ¿Acaso Ud. no cree necesario hacer referencia al pasado inmediato, a la sociedad en la que el peronismo surge? De hecho, la referencia de la década del treinta ocupa un lugar central en las interpretaciones del peronismo. Así, se evocan, por un lado, los problemas de legitimidad del viejo orden conservador, y por otro, las transformaciones de la estructura social que acompañan la industrialización. Sucede, empero, –creemos necesario subrayar-, que, a menudo, hablar de la crisis del viejo orden y de las mutaciones estructurales a través de las cuales éste se transforma, lleva a trazar una relación demasiado directa (a veces, una relación de necesidad) entre estos fenómenos y el nuevo régimen que emerge. Como si una vez localizadas las causas del pasado, -para decirlo con las palabras de François Furet- la historia se moviera por sí sola, dirigida por ese impulso inicial.

El estudio de la formación del peronismo se resuelve no pocas veces en la tentación de hacer de él el fruto de los procesos sociales y políticos previos. Que el peronismo tenga sus causas y que ellas nos remitan a la sociedad argentina de la "década infame" y la industrialización, no significa, agregamos nosotros, que el peronismo estuviera todo entero contenido en ellas. Si bien es posible identificar los procesos que anticipan el derrumbe del viejo orden, resta todavía esclarecer la contribución que hace a la resolución de la crisis la coyuntura de los años 1943 a 1946, en la cual las distintas fuerzas sociales se confrontan procurando imprimir un rumbo a los acontecimientos. ¿Significa esto que abandonamos un razonamiento en términos de procesos y de causas, para postular en su lugar una historia narrativa, que se limita a acompañar pasivamente los aciertos y los errores de los actores? De ningún modo. Lejos estamos de proponer la adopción de la perspectiva de los protagonistas, para los cuales todo es a la vez incierto y posible. La coyuntura histórica no

□ Publicado en Revista *La Ciudad Futura*, 23/24, junio-setiembre de 1990.

está suspendida en el vacío; hay numerosas restricciones, que van desde la naturaleza de las relaciones sociales hasta el clima de ideas de la época.

Pero lo que queremos subrayar es que estas restricciones no tienen sentido más que con referencia a la acción de los actores políticos. *Lo que quiere decir que un estado dado de los elementos sociales y culturales —la Argentina tal como puede ser descripta en las vísperas de 1943— admite cierto número de desenlaces políticos, y lo que es preciso establecer es cuál de todos ellos termina por definir el perfil del país que va a emerger finalmente.* El tránsito de la restauración conservadora al ascenso del peronismo no se produjo por una avenida de mano única. A la largo de 1943 a 1946 varias fueron las rutas alternativas delante de las que se encontraron los protagonistas de esta historia. La tarea primera del análisis histórico es ser sensible a este hecho y evitar la trampa de la historia positiva, para la cual el pasado es apenas el prólogo a la realización del presente actual. La segunda tarea, no menos importante, es la de instalarse en la coyuntura para ir identificando en la percepción de los actores, en sus creencias, en sus decisiones, en las consecuencias inesperadas de sus actos, cómo se va gestando la secuencia que conducirá, por obra de la política, el desenlace final.

Veamos más concretamente lo que hemos intentado decir a manera de hipótesis de trabajo. El peronismo, como movimiento y como régimen político, está asociado a un fenómeno singular, el del *sobredimensionamiento* del lugar político de los trabajadores organizados. Digamos que la palabra sobredimensionamiento tiene por finalidad poner de relieve esa singularidad: no basta afirmar que el lugar político de los trabajadores organizados es importante en el peronismo. Importante lo es en las sociedades industriales maduras, pero la Argentina de los años cuarenta es un país en vías de industrialización. Sin embargo, en ella el lugar político de los trabajadores organizados es comparable al que éstos tienen, por ejemplo, en la Inglaterra de la época: de allí que hablemos de sobredimensionamiento. Ese lugar es importante también con relación a experiencias políticas de signo parecido al del peronismo, como el varguismo en Brasil. Pero en el varguismo el lugar político de los trabajadores organizados, aunque más sobresaliente de lo que fuera en el período anterior de la historia de Brasil, estará diluido dentro de una coalición de fuerzas sociales, mientras que en la Argentina peronista será el soporte principal del régimen y un componente clave del movimiento.

¿Cómo dar cuenta, pues, de este sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados? ¿Basta evocar para ello las transformaciones de la estructura productiva, de la estructura urbana, que se resumen en los desplazamientos de la población rural a las ciudades y las fábricas operados en la década del treinta? ¿Es acaso este fenómeno político un emergente natural de los procesos sociales previos? Ciertamente, que dichos procesos sociales hayan acontecido nos permite hablar del fenómeno que estamos considerando. Pero el solo hecho de caracterizarlo como un fenómeno de naturaleza política nos invita a dirigir la atención, más allá de las transformaciones estructurales, hacia el mundo de la política.

Este es el camino por muchos recorrido, pero habitualmente para identificar allí, en el mundo de la política, un proyecto, una intención. En esos casos estamos ante una tendencia muy frecuente de los análisis históricos, cual es la de razonar retrospectivamente, desde las consecuencias generadas por una coyuntura hacia atrás, hacia la caracterización de la coyuntura misma: como si dichas consecuencias fueran todas el producto de un proyecto, de una intención de los actores y no, como sucede a menudo, el producto de los efectos no queridos de sus acciones. Esto fue, en rigor, lo que sucedió con el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados. Porque si algún proyecto es posible identificar, si alguna intención comanda las iniciativas políticas de la nueva élite dirigente en el poder y de Perón en el momento que surge como su portavoz hacia fines de 1943, en ellos se reserva a los trabajadores organizados un lugar menos destacado del que habrán de tener en definitiva. Y es el fracaso de esa tentativa ideal el que

conduce a que dicho lugar se redimensione y agrande por obra de las vicisitudes de la lucha por el control del estado en la coyuntura de 1943-1946.

¿Cuáles son los rasgos de esa tentativa frustrada? Sus tres componentes son bien conocidos: la gestión reformista desde la Secretaría de Trabajo, la búsqueda del apoyo del aparato electoral del radicalismo, el discurso en la Bolsa de Comercio. De estos tres componentes, la innovación corre por cuenta de la política social; con ella y las otras dos operaciones políticas, Perón intenta triunfar en una empresa en la que otros antes que él han fracasado: la empresa de reconstruir un estado o (si se prefiere una caracterización menos estruendosa) la de resolver el problema de la legitimidad política.

En otras palabras, Perón intenta levantar en el sitio ocupado por el estado parcial y representativo de la restauración conservadora un estado más inclusivo y a la vez más autónomo. Para ello trata de devolver a las instituciones la legitimidad corroída por la existencia de un orden excluyente y de ampliar las fronteras del pacto estatal mediante la combinación de las piezas dispersas y fragmentadas de la vieja y la nueva sociedad. En su objetivo, ya que no en su diseño, es un proyecto afín a aquel otro que, en la visión de Juan Carlos Portantiero, asociara al general Justo, al presidente Ortiz y al líder radical Alvear en la tentativa transformista de los años 1938-1940 y cuya frustración marcó el cénit de la capacidad de dirección política de la antigua elite dirigente. Con la Revolución de Junio, esa empresa es ensayada nuevamente, pero ahora, y aquí reside la novedad, lo es por un jefe militar que intenta sustituir a los dirigentes políticos del pasado y convertirse en el polo del compromiso social e institucional.

Sabemos que ese proyecto, concebido a la manera de un bonapartismo, está destinado también él a fracasar y a experimentar luego un giro rotundo en el año decisivo de 1945. Reconstruyamos sucintamente sus avatares, tomando como eje uno de sus elementos claves, la política de intervencionismo social en favor de los trabajadores.

Dicha política comenzó siendo, en su origen, mucho más modesta de lo que las imposiciones de la lucha política la llevaron a ser después. Ella formó parte de una modernización de las relaciones de trabajo que intentaba reformar las prácticas existentes sin romper abiertamente con los sectores patronales. Las innovaciones de esta intervención fueron presentadas - según surge del discurso de 1944 en la Bolsa de Comercio- como si estuvieran al servicio de la regeneración y la salvaguarda del orden social vigente, y no del establecimiento de otro completamente nuevo. No creemos que esta prudencia violentara las convicciones íntimas de quien colocaba sus iniciativas bajo los auspicios de la doctrina social de la Iglesia y, en forma más privada, admitía su deuda para con las enseñanzas del fascismo social europeo, en su lucha contra la amenaza comunista, que era la obsesión de los militares de 1943.

Este último aspecto debe ser destacado. La política de reformas sociales, más que suscitada por la fuerza de la movilización popular —que a fines de los años treinta es más bien débil y todavía embrionaria— cumple una función anticipatoria y es la de prevenir los peligros potenciales que encerraba el precario estado de las relaciones de trabajo en el marco de una expansión de la población obrera. De allí que esté dirigida inicialmente a beneficiar a aquellos sectores del mundo del trabajo, como los viejos sindicatos de servicios, que por su organización y sus experiencias sindicales estaban en condiciones de servir como eje de articulación a la agitación social. Prudente y limitado, el intervencionismo social encontró, a poco andar, la frialdad primero y la resistencia después de los sectores empresarios.

Frente a la actitud de los empresarios, ¿debemos hacer nuestra, como acostumbran no pocos historiadores del peronismo, la visión de los militantes obreros *y* la del propio Perón, y limitarnos a constatar en dicha actitud la reacción previsible de un sector celoso de sus privilegios? Siguiendo con el enfoque que propongo creo que es preciso ir más allá e incorporar al análisis, como lo hiciera Tulio Halperín Donghi, la distinta evaluación que los sectores patronales y la élite militar hacen del estado de la cuestión social.

Perón procura justificar su gestión en la necesidad de prevenir la agudización de la lucha de clases. Presentándose como el garante del orden, no ignora que un llamado semejante ha tenido buena acogida entre empresarios no menos conservadores que los argentinos. Pero lo que faltaba en la Argentina de 1944 era la condición que llevó a los grupos patronales en los países en los que floreció el fascismo social a volcarse a una política de reformas, aun al precio de sacrificios inmediatos. Esto es, faltaba la sensación de amenaza ante la presencia de un movimiento obrero combativo. Nada había, en efecto, en la experiencia anterior de los empresarios que les aconseje pagar el tributo que les reclama el Secretario de Trabajo para evitar el peligro inminente de una revolución social.

¿Debemos concluir entonces que estamos ante el conflicto entre una clase ciega a su propia ruina y una élite esclarecida, dispuesta a salvarla, contrariando las tendencias naturales de esa clase que la llevan a empujar el país entero hacia el abismo? Que ésta sea la interpretación de Perón no la hace más convincente a los ojos de los empresarios ni, lo que es más importante, más cercana a los hechos. En rigor, la gestión del Secretario de Trabajo tiene toda la apariencia de una profecía que se autorrealiza: su política social, en lugar de pacificar, lo que hace es aumentar la movilización del mundo del trabajo, para invitar luego a las clases propietarias a actuar en consecuencia.

Pero ¿cómo no sospechar de los objetivos de una política que en nombre de la paz multiplica los conflictos, que en nombre de la conciliación de clases exaspera las tensiones sociales? No es necesaria demasiada sagacidad para descubrir, detrás de ella, una tentativa de sustitución política. Porque si Perón está lejos de proponerse dejar abierto el campo a la espontaneidad obrera, es invocando su presencia, su potencial explosividad, que procura forzar a las clases propietarias a delegar el poder en el estado. El rechazo de los medios patronales a las reformas de la Secretaría de Trabajo habrá de inscribirse, así, en un rechazo más amplio: el de un proyecto político que consolidaría, al mismo tiempo, la influencia de los sectores obreros en la vida social y política del país, y el papel arbitral de una nueva élite dirigente en el estado.

A la luz de estos elementos es posible concluir, a modo de argumento general, que en ausencia de una aguda polarización social, de un desbordamiento del sistema político o de un fraccionamiento del viejo bloque en el poder, las posibilidades de que se fortalezca naturalmente un actor estatal emergente como Perón son muy limitadas. Y en la Argentina anterior a 1943 no tenemos ni una aguda polarización social, ni un desbordamiento del sistema político, en tanto que los grupos tradicionales dominantes (esto es, la gran burguesía agraria capitalista) ejercen su predominio, no obstante algunos choques parciales, sobre el conjunto de los sectores propietarios rurales o industriales.

A la oposición de los patrones se suma el fracaso de las conversaciones con el Partido Radical. El año 1945 comienza siendo un momento de viraje para la Revolución de Junio antes de serlo para la sociedad sobre la cual su obra dejaría huellas tan profundas y permanentes. La evolución de la situación internacional, con la victoria inminente de los ejércitos aliados, modifica radicalmente el marco escogido por los coroneles argentinos para lanzar su experimento político. El año se inicia, así, bajo el signo de la normalización institucional, que tiene por objetivos la ruptura del aislamiento diplomático en que se encuentra el régimen, y, no menos importante en los cálculos de Perón, la búsqueda de la sucesión constitucional. Con ese fin, el hombre fuerte de la revolución de Junio ha hecho avances sobre Amadeo Sabattini, líder del ala de izquierda del radicalismo que sustenta una posición neutralista frente al conflicto bélico.

La reorientación del gobierno es bien pronto interpretada como el anticipo de su próximo colapso. Sabattini no se muestra dispuesto a recoger la herencia política del régimen y prestar su apoyo a quien parece tener los días contados. Por otro lado, el Partido Radical está acosado por la efervescencia de la movilización antifascista de las clases medias que están ansiosas por imponer la rendición incondicional de Perón. En estas circunstancias, Perón se verá llevado a hacer un llamado a los sectores populares y los sin-

dicatos que, inicialmente, tenían asignado un lugar secundario en su proyecto ideal. He aquí una razón más del sobredimensionamiento del lugar político que habrán de ocupar a partir del 17 de Octubre en la marcha hacia el poder y en el régimen que luego emerge.

Este fue, creemos, un punto de llegada que reflejó sólo parcialmente las intenciones originales de Perón y debe ser visto, más bien, como un efecto inducido por la cambiante trama de la coyuntura histórica. De ahí en más Perón deberá convivir con un peronismo distinto al que había concebido al iniciar su carrera hacia el poder.

En efecto, merced al triunfo de su liderazgo de masas, el estado sobre el que gobernará Perón a partir de 1946 quedará expuesto a la acción de los trabajadores organizados y se convertirá en un instrumento más de su participación social y política. El conjunto de derechos y garantías al trabajo incorporadas a las instituciones, la penetración del sindicalismo en la estructura estatal y su lugar clave en el sostenimiento del régimen, todo ello tendrá la virtud de introducir límites ciertos a sus políticas, particularmente en el terreno económico y visibles, sobre todo, al diluirse la prosperidad de los primeros tres años (1946-1948). La pretensión de constituir un estado arbitral y autónomo concluirá dando lugar a un estado que será, como lo era el de la restauración conservadora pero con un signo social muy diferente, también un estado representativo de ciertos intereses políticos y sociales específicos; lo cual habrá de debilitar la legitimidad de sus actos ante un amplio espectro de la opinión del país.

Asimismo, el movimiento de unanimidad nacional, que debía ser la réplica de un modelo de partido como el PRI mexicano, con tantas ramas como sectores corporativos hubiere, terminará siendo un movimiento fuertemente desbalanceado por la presencia obrera organizada. Inclusive, la ideología de paz social y orden bajo cuyos auspicios la Argentina debía marchar hacia una "comunidad organizada", estará atravesada por el componente popular y de clase del peronismo. Así, Perón deberá revalidar su liderazgo a través de una renegociación constante de su autoridad sobre las masas obreras, y esto lleva al régimen a recrear en forma periódica sus condiciones de origen. En esas circunstancias, la palabra de Perón se desdobla, y por la voz crispada de Evita es revivido el clima de 1945, y se actualizan, en toda su fuerza primigenia, los antagonismos sociales.

Estado, movimiento e ideología estarán marcados, pues, por el sobredimensionamiento del lugar político que ocupan los trabajadores en el peronismo, producto inesperado del desarrollo y del desenlace de la coyuntura en la que se forma y conquista el poder. A partir de esta conclusión de nuestro libro es que entendemos que una visión atenta a las transformaciones que el juego político impone al proyecto de los actores debería problematizar aquello que aparece habitualmente como el remate, como el fin de la historia. Esto es, se trata de combatir la manía profesional del historiador que reduce el campo de posibilidades encerrado en el pasado a ese futuro único desde cuyo presente escribe, porque sólo éste ha tenido lugar.

Este vicio de la práctica histórica aparece manifiesto en no pocos estudios del peronismo, que hacen suya la conclusión de la historia, la sacralizan, se identifican con los vencedores y no resisten la tentación de ver allí la obra de un destino que se cumple. Bajo esta inspiración emprenden luego el trabajo de reconstrucción del pasado, que se resuelve con frecuencia en la narración de cómo fue preparándose, inexorablemente, el triunfo de lo nuevo sobre lo viejo, de la justicia sobre los privilegios. Una historia semejante puede servir, como las vidas ejemplares de los santos, para la exaltación de los iniciados a un culto ideológico; lejos está, empero, de satisfacer el impulso inicial que nos lleva a la historia, esa curiosidad intelectual por entender los motivos que ligan el conocimiento del pasado con la vivencia de este nuestro siempre inquietante presente.

Escribir historia política, escribir historia. Entrevista a Juan Carlos Torre

Por Elisa Pastoriza[□]

(UNMdP)

Cuando Julio César Melon Pirro me solicitó un comentario sobre el libro *Perón y la vieja guardia sindical*, le propuse la realización de una entrevista, una interesante oportunidad para pensar junto a Juan Carlos Torre, con la distancia del tiempo de la publicación de su obra.

La entrevista que se transcribe, resultado de aquel encuentro, fue efectuada en agosto de 2011, en la casa de Juan Carlos Torre. Allí se trataron temáticas que hacen a las cuestiones más importantes de su trabajo, su relación con el presente y a la construcción y los desafíos que aceptó al escribir un libro de historia política.

Es mi deseo llamar la atención, respecto este último aspecto: la denominada *escritura de la historia*, que tantos debates y discusiones historiográficas ha implicado. Algunas de las reflexiones que el autor nos plantea son factibles de ser pensadas para el relato histórico en general. En palabras de Michel de Certau, en el discurso histórico intervienen composiciones y figuras propias de la escritura narrativa y de ficción, al mismo tiempo que enunciados que aspiran a un estatus de verdad y verificabilidad. Así, el relato histórico esta siempre atravesado por dicha tensión, que confluye en la configuración de una poética del saber. Complejidad y tensión que Juan Carlos Torre admirablemente pudo resolver.

Elisa Pastoriza (E. P.) *-Conmemorando la proximidad de los 20 años de la primera publicación de* La vieja Guardia sindical y Perón*, nos interesa en esta entrevista pensar en algunas cuestiones de tu libro. Un libro de lectura obligatoria en todas las facultades, no solamente en las carreras de historia sino de sociología, de ciencias políticas, una referencia muy importante para las nuevas generaciones a propósito de la temática de la naturaleza del Peronismo. Una primera pregunta está relacionada con algo que planteás en la introducción, cuando decís que el estudio del Peronismo tiene que ver con el lugar que ocupó en tu generación intelectual, como una vía de entrada obligada a nuestra historia contemporánea. Entre las versiones que circularon inicialmente en los medios académicos con respecto a los orígenes del peronismo hay tres que suelen destacarse, la propuesta por Gino Germani, luego el comentario crítico y alternativo de Murmis y Portantiero y finalmente la tuya, que indagan sobre un interrogante colocado por Germani acerca del respaldo brindado por los obreros al proyecto de Perón.*

□ Docente e Investigadora de la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde dirige el Grupo de Investigación "Historia y Memoria", el "Archivo de la Memoria Social y política de Mar del Plata. Voces e imágenes", y la Maestría en Historia. Autora del libro *Los trabajadores de Mar del Plata en vísperas del peronismo* (CEAL, 1993), coautora junto a Mónica Bartolucci de *Recuerdos en común. Italianos en la Argentina, 1886-1960*. (FONCYT-UNMD-Suárez, 2005). Editora de *Los caminos de la democracia* (ed. con Julio Melón Pirro, Biblos, 1997), *Las puertas al mar* (Biblos, 2003) y *Un mar de memoria. Historias e imágenes de Mar del Plata* (Edhasa, 2009). Es autora de artículos en revistas especializadas y capítulos en numerosos libros. Recientemente ha publicado el libro *La conquista de las vacaciones. Breve historia del turismo en la Argentina* (Edhasa, 2011).

Juan Carlos Torre (J. C. T.) Antes de responder a tu pregunta quiero decirte que saber que el libro sea de lectura obligatoria sirve para compensar, retrospectivamente, el trago amargo que implicó su publicación original. El manuscrito lo terminé hacia 1982 y como hice un paréntesis en mi vida académica durante los años de Alfonsín recién pude mandarlo a imprenta en 1990. Unos cuatro o cinco años más tarde, no recuerdo bien, la Editorial Sudamericana se comunicó conmigo para decirme que como hasta entonces se habían vendido 1.700 ejemplares habían decidido sacarlo del catálogo y mandar los ejemplares que quedaban, de una edición de 2.000, a la mesa de saldos de las librerías. Por cierto no podía quejarme, con 1.700 ejemplares vendidos, pero ver el resultado de un trabajo de años mezclado en una mesa de saldos fue, como te dije, un trago amargo. Afortunadamente, quienes lo compraron lo hicieron circular bien y pudo lograr tener un destino mejor.

Volviendo ahora a tu pregunta. Sí, en la *Introducción* a mi libro escribí que cada generación se acerca al peronismo con una pregunta planteada desde su presente ya que es una experiencia histórica que activa en forma recurrente nuestras creencias, nuestras emociones. Cuando entro al estudio de los orígenes del peronismo lo hago desde un ángulo distinto al de la pregunta clásica hasta entonces. Nos preguntábamos todos: cómo fue que los trabajadores apoyaron a un líder ajeno a las filas del movimiento obrero. Por mi parte, busqué explorar otra cuestión, la problemática de la autonomía obrera en un proceso político de cambio histórico. Eso es lo que más me interesó de toda esa experiencia. Te diría que partí del conocimiento ya adquirido: que el apoyo a Perón provino tanto de los viejos como de los nuevos trabajadores. En ese debate que suscitó tantas contribuciones, yo no pretendía hablar demasiado, no era mi preocupación principal. Al escoger como vía de entrada a la vieja guardia sindical y sus relaciones con Perón me propuse abordar una temática de naturaleza estrictamente política, y que era tributaria de una experiencia personal, y no solo mía, me refiero a los avatares de la democracia en la Argentina. Pero también puedo decir que en mi interés en ella había también la resonancia de mis lecturas sobre la dinámica de las grandes movilizaciones sociales y su desenlace en la ocupación del estado por un nuevo elenco dirigente. Esto es, se trata de la cuestión de cómo conjugar un proceso de fuerte y rápido cambio con una pretensión de autonomía dentro del movimiento sociopolítico que lo impulsa y accede al poder. Es de allí de donde parto y desde donde estoy todo el tiempo pensando y razonando mientras voy juntando las piezas de los orígenes del peronismo. Ese fue el ángulo de esa historia que traté de rehabilitar frente a lo que se había escrito. Por lo tanto, más que moverme dentro de un paradigma sociológico, - las condiciones que se combinaron para fusionar a los trabajadores con un militar surgido desde la entrañas del estado – escribí mi libro bajo otro interrogante, las condiciones para una experiencia de autonomía sindical. Sé que buena parte de los lectores de mi libro lo hace siguiendo las pistas clásicas de los debates sobre la gestación y la naturaleza del peronismo. Pero te aclaro que mis preocupaciones estaban por otro lado.

E. P. - *Por eso te centraste en la experiencia laborista…*

J. C. T.- Para ocuparme del tema de cómo conciliar autonomía con un proceso de cambio vertiginoso conducido desde un liderazgo plesbicitario, decidí echar una mirada a las vicisitudes de los fundadores del Partido Laborista. Esa fue una empresa política que pude conocer casi de primera mano porque llegué a tener relación muy franca, muy afectuosa con Luis Gay, una de las figuras más importantes del laborismo. Gay era muy expresivo de esa empresa, al final fallida, de respaldar el proceso político liderado por Perón y, al mismo tiempo, retener un margen de independencia.

E. P.- *Eso quedó bien ilustrado en el diálogo de Perón con Luis Gay, una vez que éste fue electo para dirigir la CGT, que reproducís en tu libro, y en el que Gay, rechazando las órdenes de Perón, le dice al Presidente que se ocupe de sus cosas porque a la CGT la dirigimos nosotros*.

J. C. T.- De modo que el libro, si bien se ocupa de los orígenes del peronismo, enseguida te hablaré de las cosas que tengo también para decir al respecto, en realidad lo que más me interesó fue explorar esa cuestión de naturaleza más política. Por cierto, y también lo señalo, el banco de pruebas sobre el que se jugó esa cuestión tenía bases muy precarias. Muy pronto se vio que no había cómo compatibilizar la potencia de un liderazgo de masas emergente con una pretensión de autonomía sindical. No solamente porque el respaldo popular con el que contaba Perón lo habilitaba a concentrar fuertemente el poder. También porque que esa pretensión de autonomía fue levantada por unos cuadros sindicales que habían pasado largos años en la periferia de la vida pública y que frente a la promesa de ser escuchados por el estado, la mayoría estuvo dispuesta a silenciarla. No se me escapa que ese intento mío por ver recreado en un escenario tan desequilibrado el drama que suele acompañar la consolidación de un nuevo poder en el estado pueda aparecer como un ejercicio fuera de lugar, como un ejercicio sin la debida perspectiva histórica. A pesar de sus limitaciones, quise colocar el foco en esta empresa del laborismo porque iluminó aspectos centrales de la naturaleza del peronismo. Y lo hizo porque en una versión más modesta, y más bien como expresión de una personalidad obrero-sindical diferenciada dentro del amplio arco del peronismo, el laborismo sobrevivió a su derrota política.

E. P.- *También incursionás en tu libro sobre otras dos cuestiones que son importantes, y más adelante las trabajaste con mayor intensidad: la primera , la problemática de los momentos de aceleración de la historia –como el que transcurre desde el golpe del 43 hasta la disolución del PL- en los que son varias las alternativas de resolución política las que están en pugna; y la segunda, la tesis del sobredimensionamiento del lugar que Perón terminó otorgando al movimiento obrero en su coalición política.*

J. C. T.- Comenzando por esta última, hablé del sobredimensionamiento del lugar de los trabajadores o del movimiento obrero dentro de la experiencia peronista con el fin de llamar la atención a un hecho: el lugar que finalmente tienen no es el que Perón les tenía inicialmente reservado, y van a terminan allí como producto de los avatares de la coyuntura política. Frente a la ofensiva de la oposición social y política en 1945, Perón hace un llamado directo a los trabajadores organizados que hasta allí eran un componente importante pero auxiliar de la vasta coalición de la burguesía, el ejército y la iglesia con la que aspiraba a conducir su proyecto de cambio político y social. El éxito de ese llamado le dará un matiz propio a toda esa experiencia. Creo que ese matiz tiende a opacarse bajo la nueva popularidad que hoy tiene el concepto de populismo, que con una valencia positiva y muy distinta de las del pasado se ha vuelto a poner sobre la mesa. Esta rehabilitación del populismo, tal como se frecuenta hoy día, tiene a mi juicio el defecto de no hacer justicia cabalmente a las peculiaridades de esa experiencia. Porque un rasgo distintivo del movimiento nacional-popular que emerge en esa coyuntura crítica de 1945 es el lugar sobresaliente que llegó a tener el movimiento sindical por comparación a experiencias afines en otros países, el varguismo en Brasil es un ejemplo. Y cuando digo movimiento sindical estoy subrayando la importancia que tuvo el conflicto de clases por sobre los conflictos ideológicos-políticos que son el eje en torno al cual se razona desde el renovado concepto de populismo. En la reconstrucción de la coyuntura crítica de 1945 exploro las razones por las cuales la gran coalición que originalmente Perón tenía en su cabeza se disolvió y lo condujo a hacer un llamado directo a los trabajadores. En la Argentina de la época no son los trabajadores como masa disponible los que acuden a su llamado sino que son los trabajadores organizados y en vías de organización. Ese es un aspecto relevante. Y vale la pena subrayarlo otra vez, ya que la perspectiva más reciente con la que se examina los orígenes

del Peronismo pone todo el acento en las artes combinatorias del Líder en la gestación del nuevo movimiento sociopolítico y hace de ellas su único eje de vertebración. Esto no resume toda esa experiencia. Seguramente hay muchas facetas para ver la peculiaridad del peronismo dentro de la familia de los movimientos nacional-populares, pero una es el sobredimensionamiento del lugar ocupado por los sindicatos, que va a ser indisociable de esa experiencia y se transformará en la única de las instituciones que habría de sobrevivir a su caída en 1955.

E. P. - *Los estudios actuales sobre el Peronismo, ponen los acentos en estas cuestiones?*

J. C. T.- Quizás este énfasis en el papel del movimiento obrero dentro del peronismo ya ha perdido el interés por ser algo conocido. Ahora los investigadores exploran otros aspectos. Como lo digo al final de la introducción a mi libro: esto es lo que tenía para decir a partir de esta experiencia histórica; luego, otros vendrán con nuevas preguntas tratando de explorar nuevas dimensiones. Y serán bienvenidas. Echando una mirada para atrás te diré que me interesa reiterar mi punto de vista por dos razones. La primera razón por la que creo que vale la pena destacar el componente sindical en los orígenes del peronismo es porque, para repetirlo nuevamente, dirige la atención a una dimensión de esa experiencia que el concepto de populismo hoy en boga no logra justamente aprehender. Cuando lo usamos como lente, como clave interpretativa, ese concepto no arroja demasiada luz sobre el carácter de posibilidad y a la vez de restricción en su gestión del poder que fue para el peronismo contar con una masa de trabajadores organizados. La segunda razón es porque el peronismo es un movimiento político dentro del cual el componente obrero y sindical no fue nunca efectivamente reabsorbido. Y mantuvo una identidad socio-política consistente a lo largo del tiempo. Visible después de 1955 y todavía vigente hoy en día. Ciertamente, esa identidad se ha expresado y se expresa sin las pretensiones de autonomía política que capturaron la imaginación de algunos de los fundadores del laborismo. Una vez que se corrió el velo que cubría esas fantasías al imponerse el liderazgo de Perón, el sindicalismo se deslizó con el tiempo a la condición de grupo de presión. Ese es el itinerario que procuré reconstruir en otro libro mío, dedicado al rol jugado por los sindicatos durante el gobierno peronista de 1973 y 1976 y publiqué luego con el título de *El Gigante Invertebrado.* En ese perfil cada vez más corporativo que fue asumiendo el sindicalismo después de 1955, los arrebatos de autonomía bajo los que colocó su acción, no vinieron junto a una propuesta de alternativa de carácter nacional; diría que más bien fueron la expresión de su voluntad de conservar el lugar sobresaliente que habían conseguido y que después de no pocas tribulaciones volverían a reconquistar, para buscar desde allí ejercer una influencia decisiva y permanente sobre los gobiernos.

Otro de los aspectos que me interesa señalar al hablar de este libro es que fue un intento de escribir un libro de historia política. Y cuando digo escribir un libro de historia política estoy hablando de un libro con personajes, con personajes envueltos en los dilemas que les pone una coyuntura de aceleración de la historia, es decir, una coyuntura en la que el poder como capacidad para fijar un rumbo se desata de sus anclajes de siempre y se dispersa y oscila de un lado a otro, obligando a esos personajes a hacer jugadas, y eventualmente a acertar o equivocarse en sus esfuerzos por apropiarse de él y prevalecer sobre las jugadas alternativas que realizan sus adversarios. Por cierto, en esas coyunturas hay un marco de condicionamientos de variada índole. Pero también hay una dimensión de iniciativa que es preciso reconocer y poder comunicar a los lectores porque… me parece que ella debe estar en el centro del oficio de la historia política. La historia política no puede consistir en ocuparse de aquellos residuos que dejan la historia económica y la historia social, como son los acontecimientos de la vida pública y su prolijo relato. La historia política debe ser una historia adonde hay que entrar, cautelosamente, pero haciendo un esfuerzo de empatía con los dilemas a los que se confrontan los personajes, para poder colocarse en aquel punto de la trama en el que para ellos la historia toda está por hacerse. Esto fue lo que intenté y para lo cual puse un

cierto empeño literario; uno de los elogios que más atesoro fue el de Beatriz Sarlo, que dijo que mi libro se lee con el gusto con que se lee una buena novela policial.

Esta referencia a la novela policial puede servir para ampliar lo que venía diciendo sobre la historia política. En la novela policial no se conoce el desenlace y parte de la intriga se sostiene sobre el enigma del final. No ocurre lo mismo con la historia política porque, aunque sea a grandes rasgos, el lector ya conoce el final. Por eso, la historia política es como una novela policial pero a condición de que se tenga en cuenta que quien la escribe no sólo reconstruye una trama sino que, también y sobre todo, debe tratar, como ha señalado Darío Roldán, de "restituir en el pasado la incertidumbre del futuro", y de ese modo mostrar a unos actores que toman decisiones en el contexto de las alternativas posibles que cada uno de ellos tiene frente a sí, ignorando cuáles serán, finalmente, las consecuencias de lo que hacen puesto que no son los únicos actores en juego. El desafío principal al hacer historia política reside precisamente en eso, esto es, en encontrar la manera de poder transmitir ese margen de incertidumbre con el que los personajes hicieron sus apuestas y de lograr, a la vez, que el lector acompañe el fluir de la narración suspendiendo por un tiempo - el tiempo que lleva leer un libro - lo que ya sabe sobre el desenlace de la historia. Esto es lo que intenté en mi libro.

E. P. - *En un comentario posterior al libro hablás de una tensión entre dos retóricas: la narración histórica y el análisis sociológico.*

J. C. T.- Es verdad, quise moverme en dos registros. Una narración histórica, otra vez, atenta a la perspectiva de los personajes y la puja que entablan en un contexto en el que deben mover sus piezas de un lado a otro en el tablero de una coyuntura política que se desenvuelve a golpes de timón. Por otro lado, también soy sociólogo de formación y procuré asimismo tomar distancia para identificar las líneas de tendencia a fin de sistematizar esa experiencia vertiginosa con claves extraídas del análisis sociológico. Para no perturbar al lector opté por separar ambas retóricas en dos textos diferentes porque no tuve la inteligencia o el tiempo para articularlas. Fue así que escribí mi libro en clave de historia política y después publiqué un ensayo en el que volqué con enmiendas y matices las enseñanzas de la sociología, como las que me aportaron ciertos pasajes de la obra de Alain Touraine, director de la tesis que fue el origen del libro.

E. P. - *De igual modo siempre pensé que son dos discursos que se complementan en el libro. Si bien los aspectos más sociológicos están en el artículo ¨Interpretando (una vez más) los orígenes del Peronismo¨, en el libro se logra conjugar ambas retóricas .Otra pregunta:en los años previos a la redacción del libro y a su publicación, comienza a entrar en la Argentina y a discutirse y difundirse la tendencia historiográfica del marxismo británico. ¿Tuvo influencia en tus textos?*

J. C. T.- Diría que no. Por cierto conocí esa literatura. Desde E. P. Thompson hasta el grupo de "History Workshop" animado por R. Samuels. Pero son autores que no hacían el tipo de trabajo histórico en el que yo estaba embarcado: hablan del mundo del trabajo en sus dimensiones sociales y culturales. Su objeto de estudio es, para decirlo con fórmulas convencionales, "la historia desde abajo" y ese no fue el registro dentro del que concebí *La Vieja Guardia Sindical y Perón*, que se situó más bien en "la historia desde arriba", al estar centrada en la empresa política de un puñado de dirigentes del movimiento obrero.

Juan Carlos Torre:

Semblanza autobiográfica

Luego de terminar mis estudios en la escuela secundaria de Bahía Blanca, en 1958 vine a Buenos Aires y me inscribí en la recientemente creada Carrera de Sociología. Allí estuve unos siete años, un promedio bastante alto ya que buena parte de mis compañeros invirtió cuatro años para obtener el título de Licenciado en Sociología. Ocurre que mientras estuve en la universidad compartí el tiempo dedicado a los estudios con la militancia estudiantil; hubo años en que rendí pocas materias. Me enrolé en las agrupaciones de izquierda. Al principio en las que respondían a la Federación Juvenil Comunista y después en las que se formaron en disidencia con ella, y llegué a ocupar posiciones en la política universitaria: como representante de los estudiantes en el Consejo de la Facultad de Filosofía y Letras y más tarde en el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires.

En 1966, una vez graduado, mis primeros empleos fueron en el Consejo Federal de Inversiones (CFI) y en el Consejo Nacional de Desarrollo (Conade) en compañía con otros colegas. Fue entonces que empecé, fuera de las horas de trabajo, a interesarme en los estudios de la sociología y de la historia de los trabajadores. Subrayo la referencia a una y otra disciplina porque fue entre ambas que distribuí mis noveles intereses académicos. Pero recién pude ocuparme de ellos en 1972, cuando logré ser incorporado como investigador en el Instituto Di Tella. Por el clima intelectual que lo distinguía y las facilidades que ofrecía, el Instituto Di Tella era ya el lugar por excelencia de la investigación en ciencias sociales en Buenos Aires.

En ese ambiente favorable me propuse dos líneas de trabajo. La primera, centrada en el sindicalismo contemporáneo, y bajo la guía de la sociología del trabajo procuré establecer qué proporción de los trabajadores estaba afiliada a los sindicatos y también cómo se desenvolvía la democracia dentro de la vida política interna de los sindicatos. Los resultados de estos ejercicios bastante elementales los publiqué en la revista *Desarrollo Económico* en 1973 y 1974 y fueron en la época las primeras aproximaciones empíricas sobre cuestiones del debate público. Comencé también a ocuparme de la trayectoria del sindicalismo pos-1955 y tuve la suerte de formar parte de la Comisión de Estudios del Trabajo organizada por la CLACSO, que me permitió obtener una perspectiva comparativa a través del intercambio con investigadores de Brasil, Colombia, México, Chile, Perú. La segunda línea de trabajo consistió en la exploración de la pista abierta por M. Murmis y J.C.Portantiero en su discusión con Gino Germani acerca del papel del viejo sindicalismo en los orígenes del peronismo. Para ello conté con una fuente invalorable: las entrevistas con antiguos dirigentes obreros hechas por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero para el Archivo de Historia Oral del Instituto Di Tella. A partir de ellas, y del trabajo en colaboración con la joven investigadora canadiense, Louise Doyon, que estaba dando sus primeros pasos en la construcción de una obra indispensable sobre el sindicalismo de los años peronistas, fui perfilando el rumbo de mi historia de las relaciones entre la Vieja Guardia Sindical y Perón entre 1943 y 1946. Escribí entonces un artículo sobre la CGT y el 17 de Octubre de 1945 y otro sobre el desplazamiento de Luis Gay, uno de los más reputados miembros de la vieja guardia sindical, por parte de Perón en 1946. Como la factura de estos artículos era de corte narrativo entendí que no cabían en una revista de ciencias sociales como *Desarrollo Económico*; opté por publicarlos en la revista *Todo es Historia.* Dirigida por Felix Luna, un nombre que no tenía prestigio en los medios académicos, esa revista me pareció, sin embargo, por

su mayor público lector, el medio adecuado para dar a conocer episodios claves de una historia que, como la de los orígenes del peronismo, tenía una gran resonancia en la vida pública del país.

El itinerario que he descrito hasta aquí no estaría completo si omitiera una escala que fue un capítulo principal de mi formación intelectual: mi vinculación con el grupo de intelectuales que luego de su separación del Partido Comunista fundaron la revista *Pasado y Presente* y se convirtieron en animadores centrales de los debates de la izquierda argentina entre 1963 y1975.

A fines de 1975 viajé a New York invitado a dar un seminario de tres meses. En febrero de 1976 obtuve un subsidio del Social Science Research Council con el que esperaba regresar al país para reanudar mis investigaciones. El golpe de estado del mes de marzo cambió mis planes. Gracias a la generosidad de quienes me lo habían otorgado, pude llevarme el subsidio hacia un nuevo destino: viajé a Paris y me inscribí en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales para realizar estudios de doctorado bajo la dirección de Alain Touraine, cuya obra había sido, a la distancia, una referencia permanente en mis trabajos de investigación. Al término de 1976, cuando había cumplido con los requisitos de escolaridad del programa de posgrado y sobre todo se habían agotado también los fondos que tenía, debí buscar otros horizontes. La solidaridad de los colegas que había frecuentado a lo largo de los años vino en mi auxilio. Francisco Weffort me consiguió una invitación para dar cursos en la Universidad de Campinas y la Universidad de Sao Paulo durante 1977. Al año siguiente fue David Rock el que me llevó en calidad de investigador visitante al Institute of Latin American Studies de Londres. Luego fue Alan Angell quién me ofreció una posición similar en el Centre for Latin American Studies de Oxford : allí estuve hasta mediados de 1979 y, luego de una breve estadía en Buenos Aires en 1980, regresé nuevamente, ahora con otro subsidio del Social Science Research Council, hasta principios de 1982, cuando volví para quedarme en el país y reintegrarme al Instituto Di Tella. Así, mientras que buena parte de mis amigos pasó esos terribles años argentinos en el exilio, en particular en México, yo hice a lo largo de ellos una y otra vez las valijas como un turista intelectual accidental. Afortunadamente, colegas de Buenos Aires me hicieron llegar y pude colocar en mis valijas los documentos, los recortes de diarios, las anotaciones que había acumulado antes de esta existencia nómade; con estos materiales logré continuar, por cierto no sin contratiempos, con mis proyectos de trabajo.

En enero de 1983 defendí mi tesis de doctorado en Paris sobre el papel del sindicalismo en los orígenes del peronismo y ese mismo año publiqué el libro en el que me ocupé de la trayectoria de los sindicatos en el gobierno peronista de 1973-1976. El retorno de la democracia introdujo un paréntesis en mi vuelta al trabajo académico: invitado por amigos me sumé en diciembre de 1983 al gobierno de Raúl Alfonsin y allí estuve por cincos años. El propósito de convertir el manuscrito de la tesis en un libro debió esperar: recién a fines de 1988 pude retomarlo. Con la publicación en 1990 de *La Vieja Guardia Sindical y Perón. Sobre los Orígenes del Peronismo*, culminó la investigación cuyos primeros borradores vieron la luz en *Todo es Historia* en 1974 y 1975. En los años siguientes volví una y otra vez sobre esa historia en notas y artículos. Pero como corolario de la temporada que pasé en el gobierno en mi agenda de trabajo se incorporaron cuestiones más contemporáneas ligadas a la democracia política y el gobierno de la economía.

ENSAYOS CRÍTICOS

Martín D'Alessandro
Sobre la democracia, la agencia y el Estado.
Algunas notas a partir de la teorización de Guillermo O'Donnell

Beatriz Sarlo
Un clásico: *Viena a fin de siglo*

Lila Caimari
Sobre la ley y las economías morales del bosque. A propósito de la publicación de E. P. Thompson, *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*

María Luisa Múgica
Presencias y ausencias: Rosario, historia y nuevos libros

Inés Rojkind
Ensayo sobre el libro de Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*

Sobre la democracia, la agencia y el Estado. Algunas notas a partir de la teorización de Guillermo O'Donnell

Por Martín D'Alessandro*

(CONICET- UBA)

A Guillermo O'Donnell, *in memoriam*

Resumen

El artículo revisa los principales argumentos del último libro del politólogo argentino Guillermo O'Donnell, que condensa gran parte de su trabajo intelectual de los últimos veinte años. O'Donnell propone una teoría de la democracia en la que tienen importancia las condiciones del Estado (particularmente su capacidad de garantizar derechos de manera universal) y la ciudadanía para un desarrollo satisfactorio del régimen democrático. El artículo relaciona estos contenidos con la obra previa de este autor, subdividiendo su trabajo intelectual y destacando algunos conceptos centrales de su pensamiento.

Palabras clave: Democracia – Agencia – Estado – O'Donnell – Teoría democrática

Summary

The article looks through the main arguments of the Argentine political scientist Guillermo O'Donnell's last book, which abridges most of his work in the last twenty years. O'Donnell proposes a democratic theory within which state and citizenry conditions (particularly the state capacities to guarantee universal rights) are important to fulfill a satisfactory development of the democratic regime. The article relates these contents with O'Donnell's previous work, underlining some central concepts of his whole thought.

Key words: Democracy – Agency – State – O'Donnell – Democratic theory

Guillermo O'Donnell es una de las figuras más importantes de las ciencias sociales de la Argentina. En su ámbito específico, la ciencia política, es por lejos el nombre más destacado, con un reconocimiento internacional como muy pocos académicos argentinos han

* Politólogo, Doctor en Ciencias Sociales (UBA), Profesor de ciencia política (UBA) e investigador del CONICET. Sus temas de investigación se orientan a la representación política, el liderazgo político, los partidos políticos y las campañas electorales. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: (2010) `Los partidos políticos y la representación democrática. La evolución de su desarrollo teórico´, en *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas* XXXVII (II); (2010) `Liderazgo político´, en L. Aznar y M. De Luca (comps.) *Política. Cuestiones y problemas*. Buenos Aires: Cengage Learning, pp. 349-385; y (2011) `La relevancia democrática de las campañas electorales mediáticas´, en *Revista Argentina de Ciencia Política* (13-14): 93-126.

FECHA DE RECEPCIÓN: 09/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 06/10/2011

logrado. Estas características hacen que la aparición de su último libro como autor tenga una importancia singular en el ámbito académico y, como veremos más adelante, también más allá de sus fronteras.

La relevancia de *Democracia, agencia y estado. Teoría con intención comparativa*[1] no reside exclusivamente en los pergaminos del autor sino en que además condensa gran parte de su trabajo intelectual de los últimos veinte años. En realidad, muchos de los temas de este libro están presentes en toda la obra de O'Donnell, pero si pudiéramos subdividirla —con las arbitrariedades que ello implica— podríamos identificar prima facie tres grandes núcleos de investigación, todos ellos de vanguardia intelectual.

El primero está marcado por su preocupación por la (im)posibilidad de la democracia política en América Latina (y particularmente en Argentina) y la sistematización teórica sobre el Estado. Su primer gran libro, *Modernización y autoritarismo*,[2] tuvo una repercusión inmensa al contribuir a destronar a la teoría de la modernización y del desarrollo político —cuyo principal referente a nivel mundial fue Seymour Lipset— mostrando que era posible que la modernización, la industrialización y la urbanización de las sociedades no desembocaran en la democracia política sino incluso que condujeran al autoritarismo. En Sudamérica, en general, ha tendido a generar un tipo específico de autoritarismo denominado "burocrático".[3] Su segundo gran libro —su tesis doctoral en Yale—, *El Estado burocrático autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*,[4] detalla -concentrándose en el caso argentino- las características de este tipo de Estado como forma de dominación. El argumento vertebral es que el autoritarismo burocrático surge como respuesta a supuestas amenazas populares al orden político y económico, pero la misma exclusión de lo popular que posibilita su existencia trunca a su vez su futuro como forma de gobierno viable. En el tránsito entre estos libros, O'Donnell fue profundizando su interés por el funcionamiento del Estado y sus interrelaciones con el régimen político, la sociedad y la economía argentinas a través de conceptos claves como nación, pueblo y ciudadanía.[5]

Un segundo momento estaría marcado por el estudio de la democratización y los déficits de funcionamiento de las democracias en países no desarrollados —o en términos de O'Donnell, que no pertenecen al cuadrante noroccidental del mundo—. Aquí hay que mencionar al célebre *Transiciones desde un gobierno autoritario* que compilara junto a Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead en 1986.[6] En el último de sus cuatro tomos[7] está el marco teórico básico —también novedoso para la época— del tránsito de los autoritarismos a la democracia: dentro de los regímenes autoritarios hay sectores duros y sectores blandos, cuyas estrategias, sumadas a las de los grupos democráticos, resultan en diferentes caminos hacia la democracia. Pero así como esos caminos son múltiples y

[1] O'Donnell, G. (2010) *Democracia, agencia y estado. Teoría con intención comparativa*. Buenos Aires: Prometeo.

[2] O'Donnell, G. (1972) *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.

[3] Esta conceptualización marcaba una diferencia importante con otro enfoque que en ese momento desafiaba a la teoría de la modernización: la teoría de la dependencia prefería caracterizar a estos regímenes como "fascismos" y, por lo tanto, la reacción a ellos debía orientarse más a la confrontación armada y al socialismo que a la democracia. O'Donnell, G. (1995) `Democracias y exclusión´, entrevista, en *Ágora* (2): 165-72. Por razones prácticas, en este trabajo sólo se hará referencia a textos del autor en castellano.

[4] O'Donnell, G. (1982) *El Estado burocrático autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano (reeditado en 2009 por Prometeo).

[5] Los artículos más famosos e influyentes de ese período son O'Donnell, G. (1977) `Estado y alianzas en la Argentina, 1955-1976´, en *Desarrollo Económico* 16 (64): 523-54 (originalmente publicado en 1976 como Documento de Trabajo del CEDES), y O'Donnell, G. (1978) `Tensiones en el Estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia´, *Documentos CEDES* 11, Buenos Aires. Ambos reimpresos en O'Donnell, G. (1997) *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós. Otro es O'Donnell, G. (1978) `Apuntes para una Teoría del Estado´, en *Revista Mexicana de Sociología* 40 (4) (originalmente publicado ese mismo año como Documento de Trabajo del CEDES). Los tres trabajos fueron a su vez republicados en O'Donnell, G. (2008) *Catacumbas*. Buenos Aires: Prometeo.

[6] O'Donnell, G., Schmitter, P. & Whitehead, L. (1991) *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Buenos Aires: Paidós.

[7] Reimpreso como O'Donnell, G. (2010) *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas* (junto a P. Schmitter). Buenos Aires: Prometeo.

contingentes, también lo son los resultados y los funcionamientos efectivos de las democracias.[8] En ellos la preocupación se concentra en la ausencia o la deficiencia de mecanismos institucionalizados de control a los gobernantes y de búsqueda de acuerdos que prima en varias democracias de la región y en otras latitudes.[9] Ello incluye el análisis de las instituciones en abstracto y de las distintas corrientes que conforman la tradición democrática.

El tercer momento, o mejor dicho, el tercer núcleo, se centra en las interrelaciones entre el Estado, el régimen y los individuos (la agencia). Esta articulación trasciende los análisis tradicionales de la teoría política y ha sido abordada por O'Donnell en varios artículos también importantes.[10] La situación de pobreza de vastos sectores de la población latinoamericana, la imposibilidad del Estado de hacer regir la ley en todo su territorio, su articulación con los rincones menos democráticos del régimen y la concomitante limitación a los seres humanos en su dignidad de ciudadanos y agentes, son los ejes que mayormente se condensan finalmente en *Democracia, agencia y estado*. La vinculación del Estado —y sus manifestaciones físicas como el territorio o la burocracia, y simbólicas como la identidad—, con la democracia y los individuos redunda además en una fuerte toma de posición normativa y en una crítica aguda a gran parte del *mainstream* politológico estadounidense, que incluye a la ciencia política "procedimentalista" y a la teoría democrática circunscripta exclusivamente al análisis del funcionamiento de las reglas del régimen.[11]

Así, el derrotero intelectual de O'Donnell lo muestra como un intelectual a la vez desafiante y constructor. Su producción ha estado, por un lado, destinada a remover críticamente varios cimientos del saber convencional y, por otro, sus aproximaciones no sólo han generado un interés inmediato en la comunidad politológica nacional sino que han construido un bagaje teórico y conceptual nuevo, produciendo en definitiva grandes avances en la construcción del conocimiento social y político.

Como sus otros libros y textos, *Democracia, agencia y estado* tiene la intención de ser leído por cualquier persona interesada en la política argentina. Además de definiciones claras, argumentos teóricos lógicos y sustento empírico —siempre presentes en su obra—, éste también comparte con los anteriores un lenguaje limpio y clásico, sin conceptos extravagantes o ininteligibles para los no especializados.

Democracia, agencia y Estado

[8] Aquí los textos emblemáticos son O'Donnell, G. (1992) `¿Democracia delegativa?´, en *Cuadernos del CLAEH* (61); O'Donnell, G. (1996) `Otra institucionalización´, en *Ágora* (5): 5-28; O'Donnell, G. (1998) `*Accountability* horizontal´, en *Ágora* (8); y O'Donnell, G. (2001) `*Accountability* horizontal: la institucionalización legal de la desconfianza política´, en *POSTData* (7): 11-34. Los dos primeros, reimpresos en O'Donnell, G. (1997) *Contrapuntos...* op. cit., y los dos segundos en O'Donnell, G. (2007) *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*. Buenos Aires: Prometeo.

[9] El concepto de "democracia delegativa" ha sorteado con creces los límites del ámbito académico. Una rediscusión de su significado y alcances se encuentra en O'Donnell, G., Iazzetta, O. & Quiroga, H. (2011) *Democracia delegativa*. Buenos Aires: Prometeo.

[10] Entre los que han tenido mayor trascendencia están O'Donnell, G. (1993) `Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. Una perspectiva latinoamericana con referencias a países poscomunistas´, en *Desarrollo Económico* 33 (130); O'Donnell, G. (1997) `Pobreza y desigualdad en América latina: algunas reflexiones políticas´, en O'Donnell, G., *Contrapuntos...* op. cit., pp. 331-53; O'Donnell, G. (2000) `Teoría política y política comparada´, en *Desarrollo Económico* 39 (156): 519-70; y O'Donnell, G. (2002) `Las poliarquías y la (in)efectividad de la ley en América Latina´, en J. E. Méndez, G. O'Donnell y P.S. Pinheiro (comps.) *La (in)efectividad de la ley y la exclusión en América latina*. Buenos Aires: Paidós, pp. 305-336. El primero reimpreso en O'Donnell, G. (1997) *Contrapuntos...* op. cit.; el segundo reimpreso en O'Donnell, G. & V. E. Tokman (1999) *Pobreza y desigualdad en América latina. Temas y nuevos desafíos*. Buenos Aires: Paidós, y los otros dos en O'Donnell, G. (2007) *Disonancias…* op. cit.

[11] O'Donnell, G. (2010) `La democracia y las fronteras dinámicas de la política´. *Lo Que Vendrá*, *Publicación periódica de la Carrera de Ciencia Política*, Año 7 (5): 110-7. Universidad de Buenos Aires.

El libro empieza por el nivel medio, el régimen. Por supuesto las elecciones deben ser limpias —esto es, competitivas, libres, igualitarias, decisivas, inclusivas e institucionalizadas—, pero para que ello sea probable —y para que el derecho a participar sea efectivo— deben existir ciertas condiciones —a garantizar por el Estado— adyacentes al mero régimen. Según O'Donnell, para el funcionamiento de la democracia son necesarias ciertas libertades concomitantes a las elecciones. Algunas son básicas, como las de expresión, asociación e información, pero otras varían con el tiempo y el espacio, por lo que son indecidibles a priori y es necesario evaluarlas inductivamente.

Para la existencia del régimen hay dos elementos indispensables: a nivel micro, el agente, y a nivel macro, el Estado. La agencia es la presunción de la capacidad de todos los seres humanos —con razón práctica y discernimiento moral para tomar decisiones en función de su situación y metas, de las cuales se lo considera el mejor juez— para tomar decisiones políticas. Y en este sentido, la democracia política es el resultado de la apuesta de unos (ego) por permitir que otros (alter) decidan quién debe gobernar. En realidad, la noción del individuo como un agente es el producto del desarrollo de largos siglos de filosofía moral, de la teoría jurídica del contrato, de los procesos de formación de los Estados, del capitalismo y del derecho racional-formal. En la teoría democrática de las últimas décadas, la noción es retomada tanto desde los enfoques liberal-pluralistas[12] como desde los enfoques más participacionistas.[13] El liberalismo acuñó la idea de que el poder del soberano reside por fuera y por debajo de él, es decir en los individuos con derechos civiles. Así, defendió derechos que ya existían y logró que se plasmaran en constituciones y así se empezó a institucionalizar la apuesta. Aun cuando la legislación social y la participación en los beneficios del Estado de Bienestar permitieron a muchos ejercer su agencia, la igualdad legal versus la desigualdad económica inspiró los grandes debates del siglo XIX. Las luchas pasadas, presentes y futuras para ampliar la agencia hacen que la ciudadanía existente sea siempre incompleta y desigual.

En este libro, como se dijo, también está presente la obsesión de O'Donnell por el Estado, por su conceptualización teórica y por su desenvolvimiento concreto. Teniendo en cuenta las cuatro dimensiones del Estado que el autor señala —el Estado como un conjunto de burocracias jerárquicas (eficacia), como un sistema legal (efectividad), como un foco de identidad colectiva (credibilidad) y como filtro que regula diversas fronteras de territorio, mercado y población en busca del bienestar de su población (filtrado)—, un aspecto a subrayar es que el régimen es sólo parte del proceso de toma de decisiones del Estado. De allí que el Estado debería tener suficiente poder para tomar decisiones colectivas pero también mecanismos que protejan derechos frente a eventuales decisiones arbitrarias. Ambas fueron tendencias teóricas e históricas bastante generalizadas en los procesos de formación estatal y de desarrollo del capitalismo.

Nación, pueblo y ley

[12] Robert Dahl, el autor clásico de esta corriente, ha desarrollado una teoría que tiene en el centro de su argumentación la idea de autonomía personal. Esto es: a) que ninguna persona puede ser mejor juez de sus propios intereses que ella misma, ni actuará mejor que ella para perseguirlos, b) que nadie está mejor calificado que esa persona para evaluar si los resultados de una decisión promueven sus intereses, y c) que ninguna minoría está mejor calificada para gobernar que la inmensa mayoría de los adultos. Dahl, R. (1992) *La democracia y sus críticos*. Barcelona: Paidós.

[13] David Held, uno de sus referentes, escribió: "los individuos deberían ser libres e iguales para determinar las condiciones de su propia vida; es decir, deberían disfrutar de los mismos derechos (y, por consiguiente, de las mismas obligaciones) en la especificación del marco que genera y limita las oportunidades disponibles para ellos, siempre y cuando no utilicen este marco para negar los derechos a los otros". Held, D. (1993) *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza, p. 326.

La nación es una apelación que opera como una identidad colectiva con un bien común al que se dirigen las acciones de la cúspide, que demanda lealtad y obediencia basándose en las dos grandes contribuciones que realizan los estados: garantizar el orden y la previsibilidad sociales, y personificar simbólica e institucionalmente la continuidad histórica de su nación o pueblo. Los discursos de la nación son repetidamente presentados en rituales en los que trasciende que el Estado está por encima de la sociedad y, si son exitosos, crean un nosotros que, evocando una colectividad solidaria que trasciende la individualidad de sus miembros, puede ser representado y movilizado políticamente. Aunque el contenido típico de los discursos sobre la nación sea homogeneizante —en el sentido de que tiende a negar las desigualdades—, también abre oportunidades para demandas de justicia sustantiva: ¿por qué algunos iguales sufren privaciones? Aquí aparece un sentido de "pueblo" o "lo popular" como el verdadero pueblo compuesto por los no privilegiados, pero la definición de sus límites puede generar violentos conflictos que pueden llegar a poner en duda la credibilidad del Estado como agente del bien común, sobre todo cuando sus funcionarios e intelectuales demandan severamente identificación con su propia versión oficial de la nación. Es cierto que hay discursos "cívicos" sobre la nación —ciudadanos aceptados en su individualidad y diversidad— pero también que hay gran peligro de caer en el nacionalismo, que se mezcla fácilmente con el racismo y la xenofobia. Aun así, en el Noroeste la ciudadanía y el Estado ayudaron al reconocimiento de derechos para sectores subordinados.

En una democracia, la nación/pueblo es también la ciudadanía. La teoría democrática suele omitir —teórica y empíricamente— que la democracia nació y se expandió en estados que justifican su poder invocando la nación/pueblo. Pero dado que el Estado no es un conjunto neutral de burocracias sino que condensa, procesa y genera relaciones de poder, O'Donnell propone como agenda de investigación el estudio de las interrelaciones entre la democracia y el Estado.

En este sentido, la ley es una dimensión fundamental, constitutiva, del Estado: el sistema legal es la fuente de validez por la que el Estado reclama el uso legítimo de la fuerza, y además constituye y sostiene a las relaciones sociales. Cuando el Estado se somete a su propio sistema legal —el Estado de Derecho— todo el aparato estatal se somete a la ley, tanto las burocracias como el régimen democrático, y no hay zonas informales o mafiosas ni se niega a nadie derechos sociales o acceso a los tribunales. Lógicamente, ningún país ha alcanzado el ideal del Estado de Derecho, pero sí hay aproximaciones: cuando se verifica la existencia de las diferentes *accountabilities*[14] y hay promulgación y efectividad suficientes de derechos sociales como para ejercer la agencia, se puede hablar de un "Estado democrático de Derecho".

La ley iguala[15] pero también sanciona y respalda relaciones sociales estructuralmente desiguales (capitalistas, burocráticas, de género, etc.).[16] Esta ambivalencia varía según los países pero en sentido puro la ley nunca es aplicada igualitariamente. A veces por

[14] La *accountability* vertical implica la rendición de cuentas de los gobernantes ante sus gobernados y se efectiviza a través de elecciones libres; la *accountability* horizontal implica la rendición de cuentas de los gobernantes frente a instituciones estatales de control y se efectiviza ya sea por el normal accionar institucional (por ejemplo, el Congreso controlando al Poder Ejecutivo) como a través de agencias específicamente diseñadas a tal fin; la *accountability* vertical social implica la rendición de cuentas de los gobernantes ante sus gobernados y se efectiviza a través de asociaciones de ciudadanos y de acciones mediáticas. Ver O'Donnell, G. (1998) '*Accountability* horizontal', *op. cit*.; O'Donnell, G. (2001) `*Accountability* horizontal…´, *op. cit*.; O'Donnell, G. (2002) `Acerca de varias *accountabilities* y sus interrelaciones´, en E. Peruzzotti y C. Smulovitz, *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Temas de hoy. El desarrollo local de estos conceptos se debe al impacto de las conceptualizaciones previas de O'Donnell. Una muestra de ellos es el volumen completo de Peruzzotti, E. y Smulovitz, C. (eds.) (2002) *Controlando la política... op. cit*.

[15] O'Donnell copia una cita de Franz Neumann: "La igualdad ante la ley es meramente formal o negativa… pero contiene una garantía mínima de libertad y no debe ser desestimada, y el derecho racional, después de todo, sirve también para proteger a los débiles". O'Donnell, G. (2010) *Democracia, agencia y estado...* op. cit., p. 150.

[16] Tema también tratado en O'Donnell, G. y O. Oszlak (1984) `Estado y políticas estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación´, en O. Oszlak (comp.) *Teoría de la burocracia estatal: enfoques críticos*. Buenos Aires: Paidós.

imposibilidad técnica —implementar derechos requiere complejos y costosos mecanismos institucionales— y otras porque funcionarios y jueces tienen prejuicios sociológicos o que se alejan de los principios democráticos. Pero lo cierto es que la ley está impregnada de relaciones de poder y por eso es siempre un terreno en disputa. De hecho, las luchas por la democracia y su expansión fueron conflictos para que ciertos derechos fueran inscriptos en la ley e implementados por las burocracias.

Las caras del Estado y sus limitaciones

El Estado no es sólo lo fenomenológico externo a la sociedad —funcionarios, edificios— o lo que a través de la legalidad da textura a las relaciones sociales. Esto está ya bastante aceptado. O'Donnell propone abordarlo como una complejidad con múltiples caras que se presentan de diversas formas: el Estado como conjunto de burocracias tiende a aparecer "enfrente" de la sociedad; como intento de foco de identidad colectiva, aparece "encima"; como filtro, "alrededor"; y como sistema legal, "adentro".[17] La unidad del Estado se encuentra, con todo, en su sistema legal: algunos individuos actúan en nombre del Estado por un sistema legalmente sancionado de autorizaciones para actuar de esa manera. Es una "cascada de autorizaciones" que emana desde el vértice y es eso lo que le da unidad empírica y conceptual. La efectividad del sistema legal en su conjunto y por lo tanto la calidad de la democracia dependen en gran parte del buen entrelazamiento de diversas agencias estatales, del no abuso por parte de las burocracias, del respeto a sus subordinados y de que los funcionarios cumplan con su rol sin entrar en cadenas de comportamientos particularistas, ni extralimitarse, ni infralimitarse.

La intención comparativa del libro es a esta altura evidente: a lo largo de la argumentación se subraya el contraste entre el Noroeste y América Latina respecto de los procesos de formación y desarrollo estatal, los resultados alcanzados en las cuatro dimensiones estatales, los poderes que tienen para democratizar sus sociedades y las diferentes caras que suelen mostrar a sus ciudadanos. La ineficacia de las burocracias, la penetración despareja y socialmente sesgada del sistema legal y el poco logro de bien común hicieron que América Latina no avanzara mucho en las diferentes dimensiones del Estado. Aunque no hay mucha investigación sobre sus procesos de formación estatal, sí sabemos que fueron desarticulados y variados —diferentes en sus características demográficas, en sus instituciones coloniales, en sus civilizaciones indígenas, exportaciones, economías, estructuras de clase, etc.— y que dieron como resultado estados débiles: no cohesionaron socialmente ni normalizaron legalmente sus sociedades y naciones, no penetran ni organizan la totalidad de su territorio y ejercen una legalidad truncada y una legitimidad desafiada. A pesar de que todo ello puede convivir con elecciones limpias y ciertos derechos y libertades, un Estado incapaz de propulsar la extensión de derechos no parece ser un Estado para la nación/pueblo/ciudadanía. El autor muestra datos de que, más bien al contrario, en la región se lo percibe como sesgado, corrupto y poco digno de confianza —sobre todo el Congreso, la Justicia, la policía, la efectividad del sistema legal, las elecciones y también los partidos políticos—. Además, hay en la región presidentes con sesgos antiinstitucionales[18] que reciben amplia aceptación a este tipo de prácticas sumadas a fuertes controles verticales gubernamentales —clientelismo, presión, cooptación a movimientos y sindicatos—. Pero a pesar de todo ello la democracia importa para el reconocimiento de derechos, como lo muestra la existencia de una mayor conciencia de que su ampliación puede conseguirse a partir de protestas, *accountability* social y de la emergencia y relevancia de partidos indigenistas.

[17] Sobre todo en países desiguales, los privilegiados se encuentran con pocas o amables caras del Estado, mientras que los pobres y excluidos ven otras muy diferentes. Así, a la pobreza material se suma la pobreza legal, lo que en otros textos el autor llamó "ciudadanía de baja intensidad" en "zonas marrones", donde es débil la efectividad de la legalidad estatal. O'Donnell, G. (1993) `Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. Una perspectiva latinoamericana con referencias a países poscomunistas´, en *Desarrollo Económico* 33 (130).

[18] Temas tratados también en O'Donnell, G. (1992) `¿Democracia delegativa?´, *op. cit.*, y O'Donnell, G. (1998) `*Accountability* horizontal´, *op. cit.*

Red dialógica y desarrollo humano

En la concepción de O'Donnell, la democracia es también la posibilidad de la autoafirmación a nivel micro. Dado que: a) sólo la democracia produce una red dialógica en la que coexisten una voz vertical —la posibilidad de interpelar al centro afirmando nuestra identidad e intereses sobre cuestiones que consideramos relevantes— y una voz horizontal —que hace posible el asociacionismo y una voz colectiva compartida—[19]; b) para que esa red sea efectivamente democrática debemos tener derecho a hacer esas interpelaciones y gozar de libertades que las protejan; y c) para poder ser nosotros mismos y tener una identidad debemos proyectarla en un espacio simbólico interactivo; entonces sólo la democracia garantiza redes dialógicas que hacen a los seres humanos más completos, realistas y maduros, y a las instituciones democráticas más abiertas, receptivas y responsables. Sin embargo, estos procesos se interrumpen cuando el Estado se aliena, se reifica, es decir cuando se pierde de vista su origen y la justificación de su poder y se presenta como un Otro situado por encima de los ciudadanos, transformados en meros sujetos —en un proceso análogo a la fetichización del capital y las mercancías en Marx—.

Como se ve, *Democracia, agencia y estado* es un libro que transgrede fronteras. Por un lado, rebasa los límites existentes entre la teoría pluralista y la teoría participativa de la democracia. Si para la primera lo esencial son los procedimientos y las libertades del régimen y para la segunda la posibilidad de que las personas decidan efectivamente el curso de sus vidas —aun a costa de la supresión del capitalismo—, O'Donnell conjuga ambas familias mostrando, en realidad, su complementariedad. Por otro lado, el libro traspasa otros límites —muchas veces demasiado rígidos— entre la teoría política, la teoría social y la ética, porque si la disponibilidad de redes dialógicas de discurso es condición necesaria (o casi) para la dialéctica de la identidad, el reconocimiento y la socialización, entonces la democracia es importante más allá de sus aspectos puramente políticos para imbricar a las características del contexto social. Por ejemplo, para que la libertad de disponer de fuentes alternativas de información —requisito procedimental clásico, pero que es a la vez un hecho social, dado que es la cara colectiva de las libertades de expresión y asociación— sea efectiva, se requiere un sistema legal que respalde esa diversidad pero también un contexto social afín a la existencia de la diversidad —de valores, creencias, estilos de vida, opiniones—. Y a su vez la efectividad de esas libertades resulta, a nivel macro, en un bien público, porque todos se benefician del papel de los otros en el libre intercambio de información y opiniones. Y por lo tanto, si mi vida se enriquece con el contexto social diverso, entonces mi interés individual es que los demás tengan las condiciones necesarias para elegir libremente sus vidas y que el sistema legal respalde los derechos necesarios para lograrlo.

Por otro lado, la concepción del ser humano como agente —recordemos, un ser dotado de razón práctica que puede esperar ser respetado en su dignidad como tal y la provisión social de las condiciones necesarias para ejercer libremente su agencia— es a la vez el resultado de la convergencia de a) las corrientes actuales sobre derechos humanos y desarrollo humano, que la invocan desde una mirada universalista pero sin accionabilidad judicial, lo que es contrarrestado por b) la democracia política, que la invoca sobre la base de la nacionalidad pero por lo tanto de alcance restringido, lo que es contrarrestado por c) la adopción de convenios internacionales como leyes domésticas, la extensión de derechos civiles, sociales (y hasta políticos) a todos los habitantes, incluidos residentes no

[19] Esta idea ya había sido tratada en O'Donnell, G. (1997 [1986]) `Sobre las fructíferas convergencias de las obras de Hirschman´, Salida, voz y lealtad y Compromisos cambiantes: reflexiones a partir de la experiencia argentina reciente", en O'Donnell, G., *Contrapuntos*..., op. cit., pp. 147-164, en el marco del análisis de los "microdespostismos" de las sociedades latinoamericanas y particularmente la argentina. Ver también O'Donnell, G. (1984) `¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil´. *Documentos CEDES*, Buenos Aires, reimpreso en O'Donnell, G. (1997) *Contrapuntos*..., op. cit.

nacionales.[20] Ahora bien, en términos prácticos, ¿cómo se podría definir un nivel básico de agencia? ¿En qué consistiría ese derecho universal a una igualación básica que incluya que cada persona sea tratada con respeto y consideración como agente? Según O'Donnell, qué atributos concretos deberían formar parte de ese derecho es algo indecidible: siempre se discutirá por dónde comenzar cuando hay muchas privaciones y también sobre quién decidirá cuáles son las prioridades. Aunque en este último caso la respuesta de O'Donnell es tentativa —*in dubio, pro democracia*, aun a sabiendas de que la democracia no es una fórmula mágica para encontrar soluciones—, propone caminos concretos: para pensar el nivel básico de la agencia, se puede operar a contrario, es decir identificar cuáles son los derechos sin los cuales no existen ni el régimen democrático ni la ciudadanía; y para pensar por dónde empezar, O'Donnell sugiere empezar por los derechos civiles, porque pueden —y reconoce, sólo pueden— convertirse en importantes soportes para una más completa democratización para la autodefinición de la identidad y los intereses de los seres humanos.

Sin embargo, la argumentación se encuentra aquí con un escollo difícil: muchas personas, por razones culturales y/o religiosas, descreen de la universalidad de la idea de agencia. A pesar de ello, el derecho internacional ha avanzado muchísimo y tiene buenas razones para intentar un diálogo respetuoso y bienintencionado con esas personas. En primer lugar, a pesar de algunas inconsistencias e hipocresías, las leyes internacionales sancionan y promueven valiosas visiones de ética universal que pueden ser compartidas por diversas tradiciones culturales, y está siendo crecientemente aplicado, a nivel nacional, sobre todo en relación con los derechos humanos. Si bien es cierto que después del 11S hubo significados y cambios que socavaron mucho estos avances —sobre todo en cuanto a su credibilidad—, varios desarrollos expresan una creciente conciencia moral de la humanidad sobre la importancia de esos valores. En segundo lugar, la idea de que la unidad individual de la democracia es el ciudadano-agente no necesariamente la hace individualista: como incluso algunas corrientes del liberalismo han reconocido, esas unidades son seres sociales pre y re-constituidos como tales durante sus vidas. Y por último, la idea de agencia pertenece a buena parte de la cultura legal de la humanidad —gracias a la Revolución Francesa, la Constitución de Estados Unidos o la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU— y ha sido movilizada en muchas ocasiones para extender derechos de los que originalmente sólo gozaba una minoría. Con todo, fijar estándares internacionales es sumamente complejo, sobre todo teniendo en cuenta el "pluralismo legal": la coexistencia, en muchos países, del derecho occidental de libertades democráticas para todos los ciudadanos con otros sancionados especialmente para algunos miembros de la población. Sin embargo, los fundamentos de la democracia[21] son un requisito transcultural de decencia humana y pueden ser vistos como un horizonte normativo próximo, socialmente exigible, de la democratización, e incluso como una línea de base para evaluar comparativamente la calidad de las democracias.

Teoría y agenda

[20] Estos temas y otros conectados con la idea de agencia y su protagonismo para la calidad de la democracia son tratados también en O'Donnell, G. (2003) `Democracia, desarrollo humano y derechos humanos´, en O'Donnell, G., Iazzetta, O. y Vargas Cullell, J. (comps.) *Democracia, desarrollo humano y ciudadanía.* Rosario: Homo Sapiens, pp. 25-147.

[21] 1) Elecciones libres y limpias, 2) acceso a medios legales, sociales y materiales para ejercer la agencia, 3) cada individuo porta legalmente derechos universales, 4) proteger a todos de violencia arbitraria o ilegal, 5) tratar a todos con el debido respeto de un agente, 6) que los funcionarios reconozcan que la ciudadanía es la justificación de su autoridad, y 7) que los funcionarios se sujeten a las reglas constitucionales y legales.

Para concluir, según O'Donnell hay múltiples razones que hacen preferible a la democracia política,[22] pero ella es sólo un aspecto, indispensable, de la democracia. Una adecuada conceptualización de la democracia requiere moverse en tres niveles —ciudadanía, régimen y Estado—, con conciencia de que cada caso tiene legados históricos y diferencias comparativas. Y como el carácter siempre abierto de la democracia prohíbe una definición rígida, la teoría de la democracia que propone se orienta más a la democratización que a la democracia, es decir a la adquisición y el respaldo legal de derechos y libertades civiles, políticos, sociales y culturales; en otras palabras, una teoría de la democracia que tiene en cuenta las condiciones sociales de la ciudadanía —y no sólo la constitución de los "votantes"— y que se mueve en un terreno intermedio entre los extremos de, por un lado, el politicismo estrecho y, por otro, la indeterminación sociologizante. Se ha escrito por allí que la concepción de O'Donnell de democracia se limita al nivel del régimen y que por lo tanto no incluye cuestiones relativas a la igualdad o la equidad. O que su visión del Estado es formalista. Nada más lejos de la realidad ni más cerca de no haber entendido sus textos.

Además de una sólida reflexión teórica y una amplia agenda de investigación, *Democracia, agencia y estado* es un libro actual y dirigido a la ciudadanía, útil sobre todo en estos días en los que han vuelto a resonar los ecos rancios de la discusión entre democracia formal versus democracia real, y entre liberalismo versus populismo. La visión de O'Donnell es ampliamente superadora, porque la democracia no está obligada a sacrificar lo formal para prestar atención a lo real, sino todo lo contrario, es un sistema integral de derechos para dignificar la vida humana.

[22] Brinda maneras pacíficas de decidir quién gobernará durante un tiempo; provee el único recurso político igualitario (el voto); permite resolver los conflictos entre derechos y obligaciones de maneras accionables legalmente (es también un sistema de derechos); sus derechos son útiles para democratizar diversos espacios sociales; da igual peso a todos los votantes; las decisiones derivan de procesos ascendentes y se ajustan a las reglas legales; los ciudadanos son la fuente y la justificación de la autoridad y de los poderes que emanan de ella; las elecciones des-reifican todos los poderes, sobre todo el del Estado; y sus prácticas son una base para luchar contra las tendencias desigualadoras del capitalismo y las burocracias.

Un clásico: *Viena a fin de siglo*

Por Beatriz Sarlo*

(CONICET- UBA)

Resumen

El que sigue es un ensayo crítico sobre la obra de Carl Schorske, *Fin-de siècle Vienna; Politics and Culture,* de reciente publicación en Buenos Aires. Aparecido en 1981, momento en que despertó un gran interés por parte de escritores, ensayistas e historiadores y considerado como un modelo de historia cultural de las ciudades, debió esperar 30 años para ser traducido al castellano. En él, Schorske toma a la ciudad de Viena como objeto de estudio y cree posible analizar la sociedad y la cultura de la época a través de un estudio de sus objetos.

Una amplia variedad de fuentes, especialmente ligadas al mundo del arte y del quehacer intelectual, y una reconstrucción desde el punto de vista de su trazado urbano y de su arquitectura, convierten a la Viena del autor en escenario del enfrentamiento entre las tendencias aristocratizantes y las burguesas, y del entrelazamiento de las diferentes texturas ideológicas y sociales del liberalismo y el nacionalismo austríaco. Por los rasgos que la caracterizan, así como por la influencia que ejerció en los estudios urbanos, la obra de Schorske constituye un *locus* de la historia cultural.

Palabras clave: Viena – Fin de siglo XIX- Ciudad – Historia cultural – Historia urbana

Summary

This is a critical essay on Carl Schorske's *Fin-de siècle Vienna; Politics and Culture*, of recent publication in Buenos Aires. Published in 1981, when it aroused a great interest among writers, essayists and historians, and considered as a model of cultural history of the cities, it had to wait 30 years to be translated into Spanish. In this book, Schorske considers the city of Vienna as his object of research, and believes possible to analyze the society and the culture of that time through a study of its objects.

A wide variety of sources, specially from the world of arts and intellectual work, and a reconstruction of its urban layout and architecture, turn the author's Vienna into scene of the clash between aristocratic and bourgeois trends, and of the intertwining of the different ideological and social textures of liberalism and Austrian nationalism. For its characteristic features as well as for the influence that it exerted over urban studies, Schorske's book constitutes a *locus* in cultural history.

Key words: Vienna- End of 19th century- City - Cultural history - Urban history

* Licenciada en Letras, Investigadora Principal del CONICET. Ha dictado cursos en la UBA y en distintas universidades del exterior como Berkeley, Columbia, Minnesota, Maryland y Chicago. Fue miembro del Wilson Center en Washington, "Simón Bolívar Professor of Latin American Studies" en la universidad de Cambridge (Inglaterra) y en 2003 miembro del Wissenschaftskolleg de Berlín. Varios de sus libros han sido traducidos en Brasil, Gran Bretaña, Estados Unidos e Italia. Su primer libro, publicado en 1967, fue un breve estudio sobre la crítica literaria en el siglo XIX. Ha investigado sobre temas de literatura argentina, nacionalismo cultural y vanguardias, cultura urbana y cultura popular. Formó parte del consejo de redacción de la revista *Los Libros* hasta su clausura en 1976. Desde 1978 hasta 2008 dirigió la reconocida revista de cultura y política *Punto de Vista*, un prestigioso ámbito de discusión y difusión intelectual.

FECHA DE RECEPCIÓN: 04/08/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 23/09/2011

En 1981, se publicó la primera edición de este libro, que hoy es traducido al castellano y aparece en Buenos Aires con el sello de Siglo XXI. Es curioso que hayan pasado treinta años, ya que el libro y el autor fueron "de culto" en los ochenta no sólo en la universidad ni sólo entre investigadores. En ese entonces Viena estaba furiosamente de moda porque escritores, ensayistas e historiadores de menos de cuarenta años se interesaban de modo innovador por los estudios urbanos. Por ejemplo, el grupo formado durante los años de la dictadura por "Pancho" Liernur, que integraban Fernando Aliata, Anahí Ballent, Adrián Gorelik y Graciela Silvestri, o investigadores de las formaciones políticas y culturales urbanas del siglo XX porteño, en especial Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero. El "objeto ciudad", tanto para los historiadores de la arquitectura y el urbanismo como para los historiadores sociales, se estaba redefiniendo y los libros que llegaban de afuera se acoplaban, dialogando o en conflicto, con otras tradiciones locales: los escritos de Ángel Rama sobre *La ciudad letrada*; el gran *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* de José Luis Romero, aparecido al filo de la dictadura en 1976.

Otro libro muy de época, *All That is Solid Melts into Air*, de Marshall Berman, cuya primera edición es de 1982, también se tomó su tiempo para ser traducido al castellano y la edición brasileña circuló mucho en Buenos Aires. Con sus capítulos sobre París, San Petersburgo y Nueva York, el libro de Berman participó también de este "espíritu de época" que hizo girar la investigación urbana hacia perspectivas francamente culturales (lo que hoy llamamos historia cultural). Como en la *Viena* de Schorske, ciudad y modernidad estética eran consideradas en un mismo movimiento de la investigación o del ensayo literario. En este clima de pasión por la cultura urbana, *Fin-de siècle Vienna; Politics and Culture* fue recibido como un modelo. Es curioso que, en la trayectoria intelectual de Berman y Schorske, estos dos libros sean el centro casi excluyente de su obra aunque ambos, en especial Schorske, ya habían hecho aportes importantes tanto históricos como de método.

En el campo estético, literario y filosófico, Viena apasionaba por motivos diferentes, pero no opuestos. En Viena se descubría un fin de siglo no decadente, o no exclusivamente decadente. Freud, Wittgenstein, Schönberg, el expresionismo, Loos y Otto Wagner eran el siglo XX, no los últimos fuegos de artificio de unas décadas epigonales. Se volvía a leer a Arthur Schnitzler y a Hugo von Hofmannstahl, por supuesto a Wedekind; la ópera *Lulu* de Alban Berg fue un suceso en el Teatro Colón en 1993 y dio nombre a la más importante revista de teoría musical argentina de las últimas décadas, dirigida por Federico Monjeau. La "Carta a Lord Chandos" interesaba a marxistas como José Aricó, y no sólo a jóvenes escritores experimentales. Por otra parte, los filósofos marxistas y nietzscheanos de Italia, en primer lugar, Massimo Cacciari, el crítico y teórico de la arquitectura Tafuri y toda la escuela de Venecia influían por el lado de la teoría en los estudios estéticos y urbanos. Y también sobre ensayistas como Nicolás Casullo, gran comentador extraacadémico de estas filiaciones.

La fascinación por Viena no tenía competencia sino que se potenciaba con el interés por Walter Benjamin, Kracauer, Adorno y la Alemania de entreguerras. Benjamin, en especial y particularmente a quienes todavía no habían leído a Simmel, también ofrecía textos para construir el "objeto ciudad" (los abusos y las reiteraciones a los que se sometieron esos textos fueron numerosos). Todo parecía responder a un mismo impulso intelectual. Los ensayos agrupados en *Poesía y capitalismo,* traducidos por Jesús Aguirre para Taurus y publicados en 1970, salieron de la biblioteca de los muy entendidos para convertirse en citas inevitables; la reconstrucción por Susan Buck-Morss de la obra inacabada sobre París y los pasajes, publicada en inglés en 1989, le dio a ese libro perdido, inacabado, de Benjamin, una especie de textura real que todos encontramos convincente y de donde podían extraerse sugerencias para la investigación urbana, creencia confirmada cuando circularon en Buenos Aires unos pocos ejemplares de la edición filológica de las fichas y anotaciones de Benjamin realizada por Rolf Tiedemann (1982).

Que Benjamin hubiera dejado su obra inconclusa sostenía aún más la idea de que la ciudad era un tema del siglo XX, porque su estudio estaba precisamente marcado por los avatares trágicos de ese siglo. Y, naturalmente, ahora le tocaba a Buenos Aires, nuestra ciudad "moderna", también producto de los últimos cien años (es decir del último tercio del XIX en adelante). Todo se ordenaba tanto para la Viena de los ensayistas y los *literati* como para la de muchos académicos (yo creo que formaba parte indistinguible de ambos bandos). Además, Buenos Aires y otras ciudades de América Latina vivían la transición democrática; volvía la *polis*, en el sentido de la filosofía política, pero también en un sentido fácil y banal. A diferencia de los procesos actuales, la ciudad estaba de moda: vivir en ciudad, reclamar el derecho de ciudad.

En este clima, cuando leemos el libro de Schorske (en mi caso fue en 1985), todo estaba dispuesto para que Viena suscitara una admiración real y para nada snob, aunque podría haberlo sido, comenzando por quien esto escribe. La parcial ignorancia y los conocimientos arrebatados de apuro sobre una ciudad ideal y real, que todo el mundo sabía inevitable, fortalecía la admiración por lo que Schorske venía a mostrar en su libro: la impresionante colisión y alianza cultural, hecha de líneas liberales y nacionalistas, liberales y conservadoras, antisemitas y plurinacionales, innovadoras y nostálgicas, el nudo de la Europa Central y de un Imperio que no tardaría mucho en caer disolviendo la facetada unidad, cuyas riendas estaban en la Kakania de Musil, capital que se duplicaba problemáticamente en Budapest y Praga. Estábamos listos para admirar el libro de Schorske.

Pocos años antes, en 1981, había aparecido en España la traducción de algunos escritos de Karl Kraus por Jesús Aguirre, en la misma editorial Taurus que en 1974 introdujo el libro de Stephen Toulmin y Allan Janik, *La Viena de Wittgenstein*. Este libro, cuya primera edición en inglés es de 1973, hace más misteriosa todavía la tardanza con la que ahora aparece el de Schorske en Buenos Aires.

La aparición de esos escritos de Kraus en castellano llaman la atención sobre la monumental biografía de Edward Timms, *Karl Kraus; Apocaliptical Satyrist; Culture and Catastrophe in Habsburg Vienna*, de 1986, donde se estudia minuciosamente el periodismo y sobre todo ese órgano intensamente crítico que fue *Die Fackel*, extendido *feuilleton* que escribió Kraus en caprichosa y desesperada soledad, magnetizando la opinión y creando una nube de seguidores y de detractores que, como Canetti, concurrían a sus conferencias, especie de *performances* satíricas que en la obra de Schorske encuentran poco espacio. Las intervenciones de Kraus fueron un bastión de las nuevas estéticas: Adolf Loos, Wedekind, Schönberg y Kokoschka. Cuando se estrenó "El espíritu de la tierra" de Wedekind, Kraus reprochó a los críticos vieneses no ser moral ni estéticamente capaces de percibir la "naturaleza polígama de la mujer".

Se abría así una vía de discusión filosófica y psicológica, que Schorske no retoma en su libro, sobre la sexualidad y lo que Peter Altenberg llamó "el genio estético de las mujeres" en oposición al "genio intelectual masculino". Otto Weiniger (un autor de quien tampoco se ocupa Schorske) publicó en 1903 *Sexo y carácter*, donde Kraus declara haber captado las razones del clímax de la sexualidad femenina, la mujer niña y la *femme fatale*, que confluyen en *Lulu* de Wedekind y definen un aspecto principal de la literatura vienesa del fin de siglo.

En 1986 se publica en Italia *Danubio*, de Claudio Magris, con un capítulo dedicado a Viena, no sólo ni principalmente a la ciudad de fin de siglo XIX y comienzos del siguiente sino también a la que en los años veinte da lugar a intervenciones tan significativas como la casa moderna que Paul Engelmann construye para Wittgenstein. El capítulo se titula "Café Central", ese café vienés donde, hasta hoy, a una mesa se sienta un muñeco con la fisonomía de Peter Altenberg, cuyos poemas fueron convertidos en *lieder* por Alban Berg en 1911-12. Menciono estos nombres, cuya vigencia sigue hasta hoy, para definir un horizonte posible (no siempre el horizonte empírico de cada lectura) para el libro de Schorske.

Tanto deslumbró este libro, con entera justicia, que no reparamos entonces en lo que hoy es evidente. En primer lugar, que *La Viena en el fin de siglo*, que parecía tan macizo, consistía en la articulación de ensayos publicados a lo largo de los veinte años anteriores a su primera edición como volumen. Es decir que su unidad era la suma de trabajos monográficos aparecidos en la *American Historical Review* y en el *Journal of Modern History*. Lo que hoy parece muy obvio en cuanto se examina el índice pasó prácticamente desapercibido en los ochenta por motivos que se originan en las cualidades del libro.

El primero es la escritura. Schorske está poseído por el interés absorbente de su objeto. No se aburrió jamás estudiando Viena y este goce desborda el interés académico y hace posible una experiencia de intensidad subjetiva. Por otra parte, sus fuentes tienen casi siempre belleza o inteligencia literaria. Naturalmente, las memorias sobre la construcción del Ringstrasse son páginas burocráticas. Pero Schorske analiza cantidad de textos de Freud, de Schnitzler, de von Hofmannstahl, debates y declaraciones de artistas, arquitectos y pintores. Su materia documental es la del gran arte de los años que estudia. Un objeto como Viena ofrece la calidad superior de las fuentes documentales y de quienes, como Camillo Sitte, el gran urbanista, se ocuparon de pensar la ciudad tanto como el arquitecto que construyó algunos de sus edificios más notables, Otto Wagner.

Armado con estas fuentes, la unidad de escritura del libro de Schorske no es simplemente una ilusión de lectura devocional. Por otra parte, hay un movimiento libre, ensayístico, que se traslada de las citas al texto, que a su modo lo "contagian". Para decirlo brevemente, no es lo mismo leer a Freud que a un burócrata del estado austrohúngaro, y en el libro de Schorske hay más Freud que burócratas. Cuando las fuentes caen, en una cantidad apreciable, del lado del gran ensayo estético y científico de la época, la historia cultural encuentra un medio "bello" en el cual desenvolverse. Que esto suceda no es necesario, pero ayuda. Schorske ha pasado décadas en contacto con las escrituras más complejas y sofisticadas de su período, que lo han obligado a una relación compleja de inteligibilidad. Lo opuesto, naturalmente, sucede y es el gran desafió de historiadores o de críticos que no estudian materias tan generosas. Pero Schorske se vio transportado por la cultura y el atractivo de su objeto de estudio.

El segundo motivo era bien evidente hace treinta años, cuando el libro daba la impresión de una totalidad más firme. En efecto, en los treinta años transcurridos (y en parte como repercusión del interés que produjo la Viena de Schorske) se ha escrito mucho sobre la cultura vienesa del período. Eso no desplaza a Schorske de su lugar de clásico pero también lo ubica en el lugar, menos cómodo, del precursor (junto a los autores de *La Viena de Wittgenstein*). Lo que hoy "falta" en Schorske probablemente fuera menos visible cuando apareció la primera edición. Este efecto del paso del tiempo es inevitable, salvo que se piense que un objeto se establece de una vez y para siempre, y que seguirá siendo el mismo compuesto de factores y de hipótesis.

Entonces, para ser justos con Schorske y con nuestra primera lectura deslumbrada, examinemos su carácter de clásico de la historia cultural. Schorske hace las operaciones que todavía hoy haríamos para estudiar una ciudad. En primer lugar, el modo en que llegó a ser lo que es, en el momento en que se la estudia, tanto desde el punto de vista de su trazado urbano como de su arquitectura. Por eso el capítulo II sobre la Ringstrasse y el "modernismo urbano" es el más largo del libro y aquel donde se ve el desarrollo de una historia con diversos momentos de cambio, desde la modernización aristocrática, pasando por el debate sobre qué hacer con los edificios cívicos y las grandes avenidas (debate en el cual Camillo Sitte propuso soluciones que no fueron las adoptadas pero que son de enorme interés), hasta la construcción de las casas de renta y los cambios en las tipologías que incluyen un comienzo en estilo aristocrático hasta una eclosión en estilo moderno.

El arco recorrido por este largo capítulo es unitario no sólo por la unidad intrínseca de la historia que expone, no sólo por la unidad que le proporciona su objeto mismo. También lo es por una hipótesis que, como un bajo continuo, lo recorre y no es abandonada

en todo el libro: el enfrentamiento entre las tendencias aristocratizantes y las burguesas, el entrelazamiento de las diferentes texturas ideológicas y sociales del liberalismo, y su tendencia, en Austria, a incorporar hilos nacionalistas a esa textura, su no contradicción absoluta sino su diálogo con los nacionalismos de checos y húngaros (cualidad que, por otra parte, con expresiones diferentes, podía encontrarse en las políticas imperiales).

De este modo, el capítulo sobre la Ringstrasse y la modernización de Viena en dos etapas que se suceden casi sin interrupciones, es una base de unidad para los capítulos monográficos que se articulan a su alrededor. El efecto de unidad proviene de una historia urbana perfectamente especializada en su objeto y en su periodización. Si se permite una suposición, a partir de este capítulo sobre la Ringstrasse Schorske habría podido elegir otros temas y el libro habría resultado igualmente sólido. Lo que quedó afuera hubiera podido estar. Por ejemplo, las Werkstätte y sus objetos que influyeron todo el diseño europeo; o la recepción de la escuela de Viena por parte de los críticos musicales y del público especializado, tal como la expone Esteban Buch en su reciente *El caso Schönberg*, de 2008, un libro apasionante sobre las vanguardias; o la Kunst-Schau de 1908, gran exposición con pabellones proyectados por Josef Hoffmann y varios discípulos de Otto Wagner, que albergaron a artistas de la Secesión, entre ellos Klimt, y diseñadores de objetos y muebles modernos o en tránsito hacia la modernidad, como se observa en las magníficas fotografías y trabajos reunidos por Markus Kristan en *Kunst-Schauen, Wien 1908*, publicado en el centenario de la gran exhibición realizada en honor del jubileo del emperador Francisco José.

La Viena de fin de siglo se ocupa de la Kunst-Schau sólo cuando analiza a Klimt. No la considera en sí misma como acontecimiento que reunió a la corte, la aristocracia y los artistas de la modernidad en el mismo predio. Sin embargo, las tesis de Schorske permiten pensar las razones que la hicieron posible sin escándalo estético. Se trataba, en efecto, de un entrecruzamiento de la cultura liberal con los sectores que todavía formaban la base conservadora pero abierta a la modernización, del poder político del Kaiser y del poder socioeconómico de la aristocracia, además del interés de los industriales que se enriquecían con el proceso modernizador urbano y del consumo.

La atención que Schorske le dedica a Klimt permite ver que este entrecruzamiento ideológico, social y cultural no transcurría pacíficamente. Klimt fue rechazado por el Ministerio como profesor en la Academia de Bellas Artes (puesto para el que había sido elegido). Sin embargo, encontró un grupo de profesores que lo defendieron cuando se abrió un debate sobre sus famosísimos frescos en las paredes de la universidad, impugnados por el filósofo Jodl, de persuasión decididamente liberal. Defendido por hombres claramente identificados con la aristocracia, Schorske señala en un denso análisis de estos episodios de la carrera de Klimt que el espíritu cosmopolita y moderno de la Secesión y, por supuesto, de su máximo artista, idolatrado por Otto Wagner, podía encontrar aliados pero también alimentar los conflictos culturales de una "nación dividida", aunque las líneas de esa divisoria no enlazaran invariablemente los mismas posiciones y los mismos sujetos.

Schorske contrasta el episodio del debate y la condena de los frescos universitarios de Klimt con el del nombramiento de Freud como profesor. Paradójicamente, el Ministro cuyas oficinas habían rechazado el nombramiento de Klimt aceptó el de Freud gracias a la intervención de una aristócrata que le ofreció al Ministro un cuadro de Böcklin como reconocimiento. El cuadro nunca llegó a la galería moderna que el Ministro estaba organizando y en cambio recibió otro de un pintor a quien Schorske califica como el más conservador de los innovadores. Curioso camino y curioso resultado, sobre todo tratándose de Freud, un hombre de gustos clásicos.

Freud es protagonista de otro gran capítulo de *La Viena en el fin de siglo.* Schorske entra en *La interpretación de los sueños* no por el lado de la exposición de la hermenéutica del inconsciente sino por un segundo plano, que él, freudianamente, considera el relato

"incompleto pero autónomo" de una historia personal que debe leerse en los refugios más ocultos del yo de Freud. Magistralmente, Schorske analiza el suelo político y de resentimiento social sobre el cual se desarrolla el drama de la aristocracia (y sus insolencias) y la burguesía culta (y sus deseos de ascenso). Por casualidad, Freud observa en una estación de trenes a uno de los aristócratas mejor vestidos y de modales más despectivos e intolerables de Viena. Después de esa visión, Freud sueña una escena política en la universidad, donde se enfrentan conservadores, nacionalistas, socialdemócratas, judíos. De esa escena, él mismo huye, pasando a la carrera por los recintos académicos. Ideal para que Schorske despliegue su fineza interpretativa y su erudición histórica; el sueño de Freud reúne, en la interpretación de Schorske, deudas impagas a su padre, el abandono de una intervención en la vida política austríaca y la humillación experimentada ante los representantes más recalcitrantes de la aristocracia. Es una descarga y una disolución de culpas. Freud finalmente se liberaba en el sueño de la humillación de la aristocracia y de una deuda con la vida pública. Schorske culmina su análisis con la afirmación (sólo posible por la hermenéutica freudiana) de que el sueño le permitió liberarse de un conflicto entre padre e hijo a través del encuadramiento de su relación con la política dentro de una estatuto subordinado. Este mismo movimiento le habría permitido alcanzar una teoría liberal de la subjetividad que fuera, al mismo tiempo, no política.

Probablemente desde el punto de vista interpretativo éste sea el capítulo más audaz del libro de Schorske, allí donde se mueve con más libertad respecto del espectro disciplinario de la historia cultural y donde decide emplear instrumentos llegados de la teoría de la subjetividad para interpretar al sujeto mismo que los había creado o que iba a crearlos después del paso liberador por *La interpretación de los sueños.*

El capítulo que Schorske le dedica a Freud está precedido por el de las biografías de tres dirigentes extremistas del período, en quienes muestra uno de los desenlaces posibles de un clima donde el liberalismo conducía su ofensiva y encontraba sus límites. Como se probó también en Alemania, las líneas subterráneas de extremismos diversos comenzaban entonces a encontrar una audiencia. La modernidad vienesa presentaba, como la alemana, el drama de ideas que estalló como tragedia poco después. Las biografías prefiguran los movimientos masivos (democráticos, escribe Schorske) y antiliberales que caracterizaron los años treinta: gestualidades tradicionalistas y antiguas vetas antisemitas que hierven en odios sociales. Las masas son fuertes y peligrosas, dignas de toda desconfianza. Schorske, como lo hace en las páginas sobre Freud, no se limita al análisis de los motivos públicos de un enfrentamiento de ideas; sigue a su "trío" en las zonas menos conocidas de la subjetividad, convencido de que juega un papel fundamental en la cristalización de esas configuraciones ideológicas extremas.

Después del trío y después de Freud, los dos capítulos finales llevan del *Jugendstil* al expresionismo: de Klimt a Kokoschka y Schönberg, según la clasificación estética de Schorske. El "jardín" vienés estalló con la "emancipación de la disonancia" que provoca una democratización: no hay tono dominante, como tampoco hay armonía de color dominante en Kokoschka. De allí, directamente al expresionismo: cierre de época y fin del libro de Schorske.

En 1980, un año antes de la aparición de *La Viena del fin de siglo*, Massimo Cacciari publicó *Dallo Steinhof* (traducido como *Hombres póstumos* en 1989), un conjunto de ensayos breves que piensan de otro modo a Viena. Los objetos de Cacciari son diferentes de los de Schorske y su mirada es más detallista, deliberadamente fragmentaria. Su libro no es de historia cultural sino de estética aplicada a un período y un lugar. Unos pocos ejemplos. Schorske sigue a Otto Wagner en la evolución de sus ideas urbanísticas y en la creación de nuevas tipologías para el transporte, el edificio público y la casa de rentas moderna. Cacciari comienza su libro con un ensayo sobre una obra de Otto Wagner, la iglesia de San Leopoldo, en el hospital psiquiátrico del Steinhof, desde donde se divisa toda la ciudad. Su primera proposición, a diferencia de Schorske que cree posible leer una sociedad y una cultura en todos sus objetos, es que

San Leopoldo tiene mucho de indescifrable: no puede decirse lo que expresa ni lo que anuncia. Su morfología y su decoración (los vitrales de Kolo Moser) están suspendidas entre la tradición y la Secesión; las formas puras de la arquitectura contradicen la oscilación de los colores; la sensibilidad nerviosa se enfrenta con la racionalidad intelectual.

Cacciari, siguiendo a Simmel, subraya el juego de máscaras. Schorske persigue la construcción de identidades. Cacciari señala la ausencia de fundamento de la mascarada vienesa; Schorske señala el conflicto y la transformación de los valores aristocráticos y modernos en un nuevo tipo de personalidad social. Schorske termina su gran libro con Schönberg. Cacciari consagra en Alban Berg la cualidad de exponer el estado de desgarramiento de esos vieneses que oscilan entre el "no más" y el "todavía no". Schorske termina su libro con el estallido expresionista de Kokoschka. Cacciari subraya en Berg la negación de todo grito primordial expresionista. Define el arte vienés como *Trauerspiel*, alegoría rota de seres desencantados que ya no creen en la expresividad del símbolo (lectura benjaminiana de la alegoría). En esta línea, retoma lo que no está en la Viena de Schorske: algunos pintores y dibujantes y, sobre todo, los personajes de Pandora y Lulu. Schorske menciona muy poco a Adolf Loos, a quien Cacciari pone como centro excéntrico de una irreductible ética formal aplicada a la arquitectura y la vida.

Las diferencias son muchas y significativas porque no se trata simplemente de haber elegido distintos objetos o personajes, lo cual sería completamente secundario. En Schorske predomina la representación y la explicación del conflicto. En Cacciari, la dramaticidad de una cultura de "hombres póstumos", donde todos los elementos están en una tensión irrepresentable e irresuelta.

La Viena de Schorske es un *locus* de la historia cultural y lo será por bastante tiempo. La de Cacciari, del ensayo filosófico. Dos ciudades.

Sobre la ley y las economías morales del bosque. A propósito de la publicación de E. P. Thompson, *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*[1]

Por Lila Caimari*

(CONICET- UdeSA)[2]

Resumen

A propósito de la publicación en castellano de *Whigs and Hunters*, de E. P. Thompson, este ensayo se interroga por los sentidos de esta obra en contextos diferentes, en la medida en que esta traducción al castellano coloca sus argumentos en un marco de discusión que es a la vez diferente al de su génesis y al de la inicial recepción de la obra de este autor en el mundo hispanoparlante. Reconstruye por eso los hitos de la reflexión política e historiográfica que rodearon la gestación de este estudio de la "Ley Negra" de 1723, las polémicas generadas en el momento de publicación del libro en inglés en 1975 y el significado de la aparición de esta obra en el marco de la expansión de un campo de estudios históricos de la ley y el delito que ya ha incorporado una parte de la herencia thompsoniana.

Palabras clave: Ley negra- Historia social- Historia legal- E. P. Thompson- Economía moral

Summary

The recent publication of the first translation of E. P. Thompson's *Whigs and Hunters* (1975) is an opportunity to explore the meanings of this book in very different contexts. Its arguments will be read by an audience both removed from their original debates and from the inicial reception of this author's work in the Spanish-speaking world. Thus, this essay reconstructs the landmarks of the political and historiographical map where this study was born, as well as the controversies it aroused once it was published. Finally, it places the Spanish version of this study within a growing field of historical research of crime and the law in Latin America, where the Thompsonian legacy is already part of its conceptual baggage.

Key words: Black Act- Social history- Legal history- E. P. Thompson- Moral economy

[1] Siglo XXI, 2010.

* Investigadora Independiente del CONICET. Entre sus libros figuran *Perón y la Iglesia católica* (Emecé, 1995/reeditado en 2010); *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina (1880-1955)* (Siglo XXI, 2004); *La ciudad y el crimen* (Sudamericana, 2009) y la compilación *La ley de los profanos* (Fondo de Cultura Económica, 2007). Asimismo, ha publicado numerosos artículos en revistas académicas y capítulos en libros colectivos, en el país y el exterior. Actualmente investiga sobre policía y orden urbano en Buenos Aires de inicios del siglo XX y coordina el grupo de investigación histórica "Crimen y Sociedad", radicado en la Universidad de San Andrés.

[2] Agradezco los comentarios de Juan Manuel Palacio a una versión previa de este ensayo.

Una balada de la tradición *folk* inglesa (interpretada por Joan Baez en su memorable disco en vivo de 1962) relata la triste historia de Geordie. Geordie "nunca robó vacas ni terneros/ nunca lastimó a nadie", pero ha sido condenado a muerte por vender dieciséis ciervos reales obtenidos clandestinamente. Su amada, que narra el episodio, se desplaza a Londres a rogar clemencia en nombre de los hijos de ambos. El juez apenas la mira para decirle: "Bella dama, debe irse/ pues no puedo perdonar a Geordie."

Escuché esta canción durante años, como se escuchan tantas canciones de otras tradiciones culturales: conmovida por una melodía envolvente, sin entender del todo el sentido de lo que se narraba. Refería, eso sí, a antiquísimas historias de amor e injusticia transmitidas de generación en generación por las vías de la frondosa tradición folklórica anglosajona. Pero su sentido exacto era oscuro: por qué se ejecutaba a alguien por robar ciervos, por qué debía suplicarse en Londres por una falta lejana, por qué ese juez aparecía como el frío verdugo del inocente amado... Años después, la historia de Geordie intersecta inesperadamente con mis intereses historiográficos. Ocurre cuando leo la descripción de un carro colmado de hombres semi-moribundos trasladados a Londres para ser colgados en ceremonia pública. Esos hombres tienen nombre y apellido, y refutan la legitimidad de la ley que los condena a morir por haber robado ciervos de la Corona. La escena, relatada con la pluma más vívida que he encontrado hasta entonces en un libro de historia, proviene de una obra de Edward Palmer Thompson, *Whigs and Hunters*.

El tema de ese libro (tan inglés como aquella balada) es, en apariencia, muy poco romántico. Trata de la historia precisa y pormenorizada de una durísima ley forestal: su explicación económica y política, sus usos, sus sentidos socialmente diferenciados, sus brutales efectos de corto y largo plazo, sus víctimas. Parte de una constatación: en 1723, en los bosques de Windsor y Hampshire, se prohíbe con pena de muerte la caza de ciervos a personas armadas, disfrazadas y con las caras "pintadas de negro". En poco tiempo, esa "Ley Negra" es utilizada rutinariamente para castigar una serie mucho más amplia de transgresiones, que incluyen el daño a los cercos o la tala de árboles, y pronto llega a más de cincuenta delitos capitales.

El proyecto de investigar este episodio se remonta al año 1970, cuando un grupo de historiadores reúne materiales para un libro sobre la ley y el crimen en el siglo XVIII. De allí nacerá el volumen colectivo *Albion's Fatal Tree* (1976, reeditado en 2011), obra fundante de una "nueva" historia de la ley y el delito como variantes de la potente renovación de la historia social liderada por una generación de jóvenes intelectuales marxistas. En ese grupo está Thompson, exponente brillante de una concepción nueva y personalísima de esta vertiente. Para entonces, ya se ha asegurado un lugar en la historiografía británica por su extraordinario *The Making of the English Working Class* (1963), cuyos argumentos apenas aluden a la ley pero guardan relación con esta incursión en la historia legal, como veremos. De esa empresa colectiva nace un proyecto individual más acotado, que se torna –según sus propias palabras- en "experimento historiográfico". Thompson lo desarrolla a lo largo de cinco años y en 1975 publica *Whigs and Hunters. The Origin of the Black Act*, resultado del estudio de la "Ley Negra" de 1723.

E. P. Thompson es hoy una figura consagrada y ha dejado tras de sí una obra inmensamente influyente. Su descendencia (explícita o no) ha sido retomada repetidas veces, tocando la historiografía social y cultural en muchos rincones del mundo, incluyendo el nuestro. La publicación de *Los orígenes de la ley negra*, traducción de un libro menos conocido de un autor crucial, invita por eso a interrogarse por el sentido de esta novedad a cuatro décadas de su gestación, en un medio lejano pero muy receptivo a la obra de su autor. En efecto: a diferencia de los sujetos pequeños del pasado que Thompson procura rescatar con su pluma, la posteridad académica le ha reservado todo menos condescendencia. Por eso mismo es fácil olvidar en qué medida estamos ante un autor que escribe para la polémica, en contextos que definen los términos de su intervención, política o historiográfica. Y luego: el estudio sobre la Ley Negra sale a la luz en la Argentina en el marco de la expansión de un campo local y regional de estudios históricos de la ley y el delito que ya ha

incorporado una parte de la herencia thompsoniana, aunque su nombre no siempre esté explícitamente asociado a esa historia social de la justicia que se desarrolla tan vigorosamente. Este breve ensayo se pregunta por el camino que va de la historia social inglesa a la historia crítica de la ley inglesa, y de allí a la (más compleja y diversificada) historiografía socio-cultural de la ley en América Latina.

***

¿Por qué un historiador que ya se ha dedicado a temas tan centrales a las preocupaciones del marxismo como la formación de la clase obrera inglesa se empeña en conocer los detalles de la historia (oscura en tantos sentidos) de una ley del temprano siglo XVIII nacida en escenarios forestales? Thompson plantea la pregunta recién al final de su obra, luego de un camino que ha sido largo, con amplios tramos irresueltos y puntuados de polémicas de especialista. Esas dificultades son expuestas a cada paso, con la responsabilidad de quien toma muy en serio el trabajo más elemental del historiador: su apego a una verdad comprobable en el archivo, la solidez fáctica de los eslabones parciales de un argumento general. Y si bien la pregunta por el sentido general de un estudio semejante recién es planteada al cerrar el libro, el lector ha ido encontrando algunas pistas importantes.

El trabajo abre con una reconstrucción del escenario forestal que es una investigación en sí misma: una historia demográfica, económica, social y política de los bosques de Windsor y Hampshire. También es una historia del *poder* en el bosque, de un mundo tramado de conflictos, expectativas y descontentos que dan cuenta del advenimiento y posterior curso de la Ley Negra. Esa trama es construida hilo por hilo, mediante estudios parciales sobre temas como la tradicional economía del ciervo, los complejos equilibrios del derecho de propiedad -según se reparten entre los intereses de la Corona, los grandes terratenientes, la *gentry*, los *yeomen*, agricultores, artesanos–, la burocracia del bosque, el funcionamiento de la justicia, etc. Cada tanto, el texto se detiene en algún personaje con nombre propio: figuras del poder político (como Robert Walpole), algún propietario terrateniente descrito con particular atención (Sarah, Duquesa de Marlborough, cuyo estilo de administración desafiante del poder real despierta cierta intrigada simpatía en el autor), un inspector forestal más detestado que otros (como Charles Withers) o el líder de los "Negros", William Shorter. Un comentario aparte merece la selección de ilustraciones, que subrayan con gracia los disparates del privilegio: los retratos de los poderosos del bosque, con grandes pelucas y atuendos fastuosos; los planos y vistas de sus posesiones, las esculturas en postura de banquete romano, un palacete levantado en la inmensidad de tierras boscosas (coto de caza de Lord Craven quitado a los cazadores y agricultores), los parques manicurados para el ocio aristocrático… Todo refuerza la enérgica colocación crítica en relación a la avanzada *whig* sobre los tradicionales derechos colectivos de acceso a la tierra -una apuesta por demás polémica, si recordamos que en el momento de la publicación de *Whigs and Hunters* este grupo estaba lejos de ser percibido como una fuerza depredadora y tenía un lugar en la historiografía por su papel moderador de la persecución religiosa y de la arbitrariedad monárquica-.[3] El subversivo humor de Thompson asoma aquí y allá para reforzar descripciones, que incluyen toda la información posible sobre las burlas populares en relación a estos personajes. Uno de los retratos muestra un enorme caballo. El epígrafe reza: "Dado que no hemos podido encontrar ningún retrato del Conde de Tankerville, aquí está uno de sus caballos." (p. 177).

[3] En su reseña del *Whigs and Hunters*, por ejemplo, Lawrence Stone rechaza radicalmente esta descripción revisionista de los *whigs* como un siniestro patriciado. Recuerda que el consenso del que gozaban provenía, entre otros factores, de sus efectos en el aplacamiento de las masacres religiosas, la barrera a la arbitrariedad del poder del rey, a la represión policial y la disminución de costosas aventuras militares. Insinúa incluso cierta mala fe de Thompson en el acento sobre rasgos y prácticas que mancharían el retrato de *cualquier* grupo de poder. Los niveles de codicia y corrupción *whig*, argumenta Stone, no eran distintos de los de administraciones previas ni de las que le siguieron, hasta fines del siglo XVIII. Stone, L. (1981) *The Past and the Present*. Boston y Londres: Routledge & Kegan Paul, cap. 11.

¿Y qué sabemos de los "Negros" objeto de la ley y cazadores ilegales de ciervos? Que para evitar caer en las trampas de la "historiografía elegante", hay que tomarse el trabajo de interrogar mucha evidencia dispersa y fragmentaria del descontento subterráneo: "un repollo en procesión por aquí [se refiere a una procesión burlesca, donde se ridiculiza a las autoridades], un tañido de campanas por allí, unos pocos católicos acosados con impuestos y aterrorizados, un panfleto en la calle..." El estudio de la composición de este grupo es un modelo del trabajo más comprometido con la dimensión detectivesca y artesanal del *métier* de historiador: cotejando evidencia, cruzando datos, ponderando proporciones… Los "Negros" que emergen de esta laboriosa reconstrucción tienen ocupaciones conocidas y aceptadas. Sus acciones se inscriben en una larga tradición (la "costumbre del bosque") y están dotados de racionalidad. La conclusión se desprende del examen minucioso de los blancos de ataque y las metodologías escogidas, donde el historiador debe leer el *sentido* de acciones narradas como *sinsentido*. Lejos de ser golpes erráticos, dice Thompson, las acciones de los "Negros" dan voz a un estado de profundo descontento en relación a cambios en la ley forestal y, más en general, a la pérdida de derechos de los habitantes del bosque. Esa pérdida, explica, se vincula a la llegada de la dinastía Hanover al poder, que produce el retiro de la influencia directa del monarca y el avance de nobles y funcionarios *whigs* que derivan su poder de la Corona. Los "Negros" no son "bandidos sociales" sino "habitantes armados que imponen la definición de derechos a los que la 'gente de campo' se había habituado" (p. 68). Hay una suerte de guerra, entonces, entre habitantes herederos de una cultura de la propiedad forestal y administradores de singular rapacidad, recién llegados a estas antiguas comarcas. Lo que está en juego no es la propiedad protegida por la ley contra la no-propiedad, argumenta, sino contra definiciones alternativas (ancestrales, precapitalistas) del derecho a esa propiedad. La acción de los Negros debe entenderse como expresión de la reafirmación de viejos equilibrios de acceso a ciertas tierras y ciertos bienes centrales de la economía forestal –ciervos y también madera, pastura, pesca– en un momento de viraje de los derechos de propiedad. El robo de ciervos adquiere entonces un sentido simbólico que excede su valor alimenticio o comercial.

Un argumento "thompsoniano", diríamos hoy, pues leemos esta demostración en un mundo historiográfico donde el concepto de "economía moral" ha hecho un largo y fructífero camino, marcando para siempre la historia de la acción colectiva. De hecho, el estudio de los ataques "Negros" transcurre en simultáneo a la publicación del más famoso ensayo de Thompson, donde argumenta en favor de una historia de las concepciones de justicia económica ("economías morales") que subyacen a las manifestaciones en apariencia menos articuladas de sujetos anónimos.[4] Este llamado se apoya en una premisa: la sociedad dieciochesca inglesa que experimenta el advenimiento más espectacular del capitalismo está profundamente marcada por la *costumbre*. Por eso el historiador social debe atender con máxima seriedad (con seriedad *antropológica*) a las estructuras morales *previas* que organizan concepciones de lo económicamente justo e injusto. Transgresiones y transgresores en apariencia mudos y "primitivos" –condenados a la "enorme condescendencia de la posteridad", según su célebre fórmula– deben ser salvados del repertorio de impulsos regresivos atribuidos a las clases trabajadoras. Su lugar está en otra historia: la de las resistencias colectivas ante el cambio de las reglas sociales de la economía, acciones de racionalidad perfectamente discernible.

Así pues, las dificultades para reconstruir la acción de los "Negros" valen la pena más allá de la historia política del período, porque su fruto cumple una función en la consolidación de este marco conceptual para la historia social. Se ha argumentado, más tarde y sobre evidencia adicional, que el vínculo político de los Negros con conspiraciones jacobitas contra la sucesión hanoveriana debería ser tomado con mayor seriedad de lo que propone Thompson, pero no nos detendremos aquí en los debates entre expertos de la transición

[4] Thompson, E. P. (1971), `The Moral Economy of the English Crowd in the 18th Century´, *Past & Present*, (50): 76-136. El ensayo fue incluido luego en el volumen: Thompson. E. P. (1991), *Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture*. Nueva York: The New Press. La traducción española: (1995), *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.

política inglesa del temprano siglo XVIII.[5] Interesa lo que en *Los orígenes de la ley negra* se conecta con el centro del proyecto thompsoniano, en la medida en la que el libro es, como lo había sido *Los orígenes de la clase obrera*, un esfuerzo por comprender la lógica de sujetos y acciones condenados de antemano –a la muerte por los contemporáneos, a la insignificancia por la historiografía-. Este libro también es parte de la empresa de "ciudadanización histórica plena" de un universo de sujetos relegados.[6] La reconstrucción del mundo de los "Negros" del bosque, entonces, puede ser leída como parte de la génesis y la elaboración del gran tema de la *ley moral* de los menos poderosos –"en las mentes plebeyas y mal entrazadas de esos vagabundos deben de haber surgido algunas definiciones alternativas", dice (p. 195)-. A ella dedica enormes esfuerzos heurísticos y hermenéuticos, y para ello recurre a categorías (del folklore o la antropología) que exceden (en el momento en el que escribe) el repertorio tradicional del historiador.

Esta empresa de *visibilización inteligible* de las acciones menos inteligibles del pasado tiene una lógica genealógica. Y la genealogía de las morales económicas precapitalistas lleva, con frecuencia, muy lejos del capitalismo, a una suerte de escolástica de las corrientes que no han encontrado un lugar en las líneas maestras de la historia de las ideas. Thompson es un especialista en tradiciones políticas olvidadas, derivas religiosas disidentes, cultos semiclandestinos, intelectuales y artistas "rústicos" (o aspectos disonantes de artistas consagrados), líderes populares relegados a la periferia. Puesto que su propósito es identificar racionalidades donde parece no haberlas, no le interesa lo que es irracional, disparatado o incluso aberrante –en el sentido de estar por completo fuera de las líneas del relato histórico- y en eso se diferencia de cierta historia cultural posterior, que se ha interesado en fenómenos de la subjetividad popular más allá de la cuestión de la justicia económica. Su interés (y su empatía) está en lo que resiste a las estructuras capitalistas emergentes, en formas de pensamiento acaso vueltas anacrónicas pero aun cargadas de sentido moral. (La recurrencia de estos temas y estos argumentos le ha ganado algunos críticos, que detectan un núcleo de romanticismo antimoderno en su descripción de las relaciones de propiedad preburguesas "humanas" que añoran las mayorías, sean habitantes del bosque o de las urbes que se industrializan.)[7]

La polémica recorre toda la demostración de *Los orígenes de la ley negra*, escrito contra los *whigs* o contra los historiadores de los *whigs.* Thompson no tiene paciencia con "lectores desatentos o quizás deliberadamente obtusos" (p. 325). El tono podría atribuirse, quizás, a su famoso gusto por la controversia e incluso a cierto autoindulgente cultivo de la "gran" pelea por la causa justa, que embellece.[8] La víctima principal de la vehemencia thompsoniana es en este caso el historiador Pat Roberts, a cuya caracterización de los Negros como una "banda" que participa de "subculturas criminales" dedica varias páginas (p. 207 y ss.) (Más allá de los argumentos de Roberts, que parecen efectivamente atacables, cabe preguntarse si los lectores hispanoparlantes oirán alguna vez las voces de los contendientes de Thompson, que desfilan como sombras condenadas de antemano ante su proteica figura. Acaso alguno merezca ser thompsonianamente salvado de su reducción a la condescendencia de la posteridad historiográfica, aunque más no sea para restituir cierto sentido de proporción a estas controversias.) Más allá de querellas parciales, el tono general del libro indica hasta qué punto el estudio de las concepciones de justicia de los menos poderosos está aun lejos de haber ganado legitimidad. El compromiso en la construcción del argumento en relación a la racionalidad de los actores más pequeños –y cada prueba de ese argumento– nos recuerda

[5] Broad, J. (1988), `Whigs and Deer-Stealers in Other Guises: A Return to the Origins of the Black Act´, *Past & Present*, Mayo 1988: 56-72.
[6] La expresión proviene de "Homage to Tom Maguire" en Thompson, E. P. (1994), *Making History. Writings on History and Culture*. Nueva York: The New Press, 23.
[7] Fine, R. (1994), `The Rule of Law and Muggletonian Marxism: The Perplexities of Edward Thompson´, *Journal of Law and Society* (21): 193.
[8] Sobre las intemperancias polémicas de Thompson, remito al intercambio entre T. Judt y E. Countryman (2007), `The Case of E. P. Thompson´, en *The New York Review of Books*, 15 de febrero. Disponible en: http://www.nybooks.com/articles/archives/2007/feb/15/the-case-of-ep-thompson/

que lo que hoy damos por sentado como una tarea del historiador socio-cultural es todavía una batalla por establecer esa obligación, cuyo sentido debe ser demostrado.

La vitalidad del historiador/polemista reposa también en su fuerza descriptiva, en la inmersión plena en el punto de vista de sus sujetos -figuras vivas, beligerantes, *encarnadas*-. Sus reconstrucciones salpicadas de humor grueso y detalles dickensianos están tratadas con conocimiento íntimo de la cultura popular inglesa. No hay nada casual en este estilo: las ideas de Thompson están esencialmente unidas al *lenguaje* de Thompson, empecinadamente próximo al de las fuentes que quiere recobrar y la prosa de autores que le interesa restaurar en el canon.[9] La fortuna de los argumentos también descansa, entonces, en la expresividad de una pluma que acompaña y refuerza la gran apuesta a la empiria. Las polémicas thompsonianas con las "miserias" teóricas del marxismo "continental" althusseriano (que juzga peligrosamente propenso a la moda y la inacción política) son bien conocidas. Pero *Los orígenes de la ley negra* revela un disgusto adicional con las ascéticas aproximaciones cuantitativas de la historia social de sus colegas de los *Annales*, "esos pensadores universales que se impacientan con todo lo que no sea de *longue durée*, que no se dejan conmover por los carros cargados de víctimas rumbo a Tyburn si los comparan con los índices de mortalidad infantil." (p. 290) No hay que despreciar las fuentes más idiosincráticas en nombre de la supuesta confiabilidad estadística, enfatiza. Este libro hecho de peripecias del bosque, que dignifica la intervención individual en la causalidad de la historia, también es para ellos.

***

El núcleo polémico de *Los orígenes de la ley negra* no proviene de las casi 300 páginas de reconstrucción de su objeto, incluidos sus tramos más querellosos, sino del brevísimo e inesperado colofón que le sigue, titulado "El imperio de la ley" (*The Rule of Law*). La reconstrucción de esta ley atroz demuestra muchas veces la funcionalidad del sistema legal a la consolidación económica y política *whig*. Demuestra también que esa consolidación se logra a expensas de las mayorías, mediante la criminalización de quienes claman por los antiguos derechos de acceso a los bienes del bosque. Luego de semejante demostración, el lector espera que la ponderación del sistema legal en la construcción del orden social inglés moderno culmine en un remate convencionalmente marxista: la ley como instrumento de dominación de clase, garantía de la acumulación capitalista de la propiedad, farsa de igualdad de derechos en un juego de brutales *des*igualdades de derecho. En lugar de eso, Thompson cierra su libro con una apasionada reflexión sobre la importancia de la ley como problema histórico, llamando a considerar el problema más allá de las definiciones simples a las que invita su propia demostración.

Por su misma transparencia, el sentido económico de los procedimientos institucionalizados de la clase dominante no merece excesiva atención teórica. Pero la cuestión, agrega Thompson, no debería agotarse en la fórmula ley = poder de clase. ¿Puede la más cristalina interpretación del sistema legal sobrevivir una inmersión momentánea en el escepticismo? La respuesta es negativa: hay que resistir el deslizamiento al reduccionismo estructural, buscar conclusiones más complejas. A pesar de lo que sugiere el estudio de una de las peores leyes de la historia, el sistema legal es más que pura farsa. Más aun: si bien la ley ha faltado a su propia retórica de la igualdad, "no obstante, *la noción de imperio de la ley es en sí misma un bien incondicional*." (p. 289, énfasis agregado).

[9] Tal es el caso, por ejemplo, de su estudio sobre William Blake: (1993), *Witness Against the Beast. William Blake and the Moral Law*. Nueva York: The New Press.

Por razones evidentes, el desconcertante *afterthought* es recibido con estupor por sus lectores de formación marxista. Estas pocas páginas de cierre inician una controversia que continúa incluso después de la muerte de su autor.[10] ¿Cómo explicar el inesperado golpe de timón, esta apostasía de último momento a la visión que sobrevuela todo el libro? No se desprende de la lógica de la investigación, evidentemente. Pero sí de las dudas que genera el contexto de gestación del trabajo y los resultados del proyecto de estudios de la justicia en el que ha nacido.

Según el historiador legal Daniel Cole, Thompson retorna a *Whigs and Hunters*, para cerrarlo, luego de finalizar la coedición del volumen colectivo *Albion's Fatal Tree*. Los resultados de ese proyecto lo han llevado a una postura profundamente pesimista en relación al papel de la ley en la sociedad. Sobre esa visión, dice Cole, discute largamente con su esposa, la historiadora Dorothy Thompson, compañera en el universo político comunista y estudiosa del movimiento decimonónico de trabajadores ingleses, el cartismo. Su disenso en relación a la visión más extrema (más escéptica) a la que han arribado algunos participantes del proyecto de historia social de la ley deriva en una serie de agitadas discusiones. La adición de una reflexión sobre la sustancia del sistema legal sería, según su testimonio a Cole, fruto de la reconsideración de la cuestión a la luz de implicancias (historiográficas, pero también políticas) que exceden el caso en cuestión.[11]

Otras huellas del giro hacia una reconsideración de la función de la ley conducen al tumultuoso paso de Thompson por la Universidad de Warwick. Durante su breve estadía como profesor en el Centro de Estudios de Historia Social, a fines de los años sesenta, participa de una demanda estudiantil contra las autoridades de la institución en relación a un caso de flagrante violación del respeto de la libertad ideológica de los profesores. No obstante, su intervención a favor de la demanda de los estudiantes es inesperadamente atacada por activistas de la izquierda, que lo acusan de ingenuidad: la imparcialidad universitaria no es más que otra farsa burguesa y quienes la defienden se hacen cómplices de dicha farsa. Thompson aborrece esta deriva del movimiento estudiantil, que considera destructiva. En los años siguientes –y en paralelo con su investigación sobre la Ley Negra- publica una serie de artículos defendiendo ciertas instituciones liberales de dos ataques simultáneos: de esa izquierda que descarta la "legalidad burguesa" como mera fachada y del creciente autoritarismo de derecha, que avanza sobre garantías en su camino hacia la represión de la disidencia política.[12] La lucha por una mayor conciencia de la importancia de los derechos constitucionales pasa a su agenda de intelectual público.

Por último: la reconsideración de la ley –y las profundas ambigüedades que denota este cambio de postura- proviene de las implicancias del tema en el marco de la gran batalla política contemporánea. No lo olvidemos: a lo largo de toda su carrera académica, y con variantes según el curso de la agitadísima escena de posguerra, Thompson es un prominente líder intelectual: del comunismo británico primero, de la "Nueva izquierda" luego de su renuncia al partido en protesta a la invasión soviética de Hungría en 1956 y del movimiento pacifista después. Su participación en la *New Left Review* y su exposición pública a partir de 1980 son testimonio de una vida de intervenciones al servicio de un ideal que no renuncia a su raíz comunista (así sea "disidente" o "libertaria"), pero que defiende en contextos por demás adversos la raíz humana y humanista de esta tradición. La lección del peligroso siglo que le ha tocado transitar

[10] Anderson, P. *Arguments within English Marxism*, p. 201, citado en Bess, M. (1993), `E. P. Thompson: The Historian as Activist´, *The American Historical Review*, (98) 1: 27; Horowitz, M. J. (1977), `The Rule of Law: An Unqualified Human Good?´, *Yale Law Journal* (86): 561-566; Merritt, A. (1980), `The Nature and Function of the Law: A Criticism of E. P. Thompson's 'Whigs and Hunters'´, *British Journal of Law and Society* (7) 2: 194-214; Stewart, I. (2006), `'Customs in Common': The Old Emperor's Clothes'´, *Macquire Law Journal* (6): 139-160. Una reconstrucción de las críticas al texto de Thompson sobre el "Imperio de la ley", seguida de una defensa de la postura thompsoniana, en Cole, D. (2001), `'Un Unqualified Human Good': E. P. Thompson and the Rule of Law´, *Journal of Law and Society* (28) 2: 173-203.

[11] Cole, D., `'Un Unqualified Human Good'...´, *op. cit.*, p. 183. Cole se apoya en su propia correspondencia con Dorothy Thompson.

[12] Bess, H., `E. P. Thompson: The Historian as Activist´, *op. cit.*, 18-38.

debe servir de algo al historiador, dice Thompson al cerrar su libro sobre los cazadores del siglo XVIII. "Porque existe una diferencia muy grande, que la experiencia del siglo XX tendría que haber dejado en claro incluso ante el pensador más exaltado, entre el poder arbitrario extralegal y el dominio de la ley." (p. 286)

Así pues, *porque* la ley es más que fachada, debe importar al historiador. ¿Pero en qué consiste esa ley que *no* es fachada? La definición que proporciona Thompson es mínima: la ley debe ser tomada en serio no solamente por consagrar la legitimidad del dominio de los dominantes sino por su capacidad para *limitar* ese mismo poder. Y porque lejos de reducirse a un artilugio más de clase, la historia de ese sistema legal forma parte de las grandes causas de lucha popular: "Las inhibiciones que la ley impuso al poder me parecen un legado tan importante como cualquier otro que provenga de las luchas de los siglos XVII y XVIII." (p. 287) Tanto dominadores como dominados participan de un universo legal en el que *creen* y que debe ser tomado en serio. Con todas sus injusticias, discriminaciones y barbaridades, pasar por alto la legitimidad que la ley tiene para las mayorías inglesas del siglo XVIII –su lugar en las economías morales, su indisoluble asociación a la costumbre- es otro ejercicio de arrogancia de la izquierda ilustrada: "(…) la gente no es tan estúpida como suponen algunos filósofos estructuralistas. No se dejan embaucar por el primero que se encasqueta una peluca. (…) Si la ley es evidentemente parcial e injusta, no podrá enmascarar nada, ni legitimar nada, ni contribuir en nada a ninguna hegemonía de clase." (p. 284)

En estas breves páginas aparece el vínculo entre la ley del estado y las estructuras morales de las mayorías, que son bastante más complejas que la resistencia pura a esa ley. De allí se recorta un nuevo tema para el historiador social, brotado de una estrecha e incómoda cornisa teórica. Los dos bordes de esa cornisa están presentes en *Los orígenes de la ley negra*. El primero, en el cuerpo argumental del libro, escrito contra aquella historiografía conservadora que pasa por alto la instrumentalidad del sistema legal para legitimar la injusticia y la diferencia de clase, y que es incapaz de historizar críticamente las categorías delictivas provistas por ese mismo sistema legal. El segundo borde radica en la visión marxista según la cual la ponderación seria de la ley es una claudicación ideológica, que no puede percibir la arena legal como ámbito de disputa del que también participan los menos poderosos o escribir sin desprecios sobre las nociones de justicia e injusticia de las sociedades del pasado.

***

La escrupulosa traducción de *Los orígenes de la ley negra* que acaba de publicarse en la Argentina llega bastante después del *corpus* nuclear de ideas de Thompson y por eso coloca sus argumentos en un contexto de discusión que es a la vez diferente al de su génesis y al de la inicial recepción de la obra de este autor en el mundo hispanoparlante. Los elementos más evidentes de esa diferencia residen en la consagración (internacional y local) del legado historiográfico thompsoniano y la transformación del contexto político-ideológico que da sentido a la lectura de su obra. En la medida en que son pocos los que hoy llegarán a este autor desde las ortodoxias de la historia económica marxista, sus nociones directrices ya no constituyen una ruptura de potencia comparable a la de sus orígenes. Los consensos historiográficos que la suscitaron son hoy marginales -entre muchos motivos, gracias al triunfo de sus perspectivas-. Tal es la impresión que se desprende, por ejemplo, de la lectura del celebrado libro de Geoff Eley *A Crooked Line* (2005), que narra en primera persona una trayectoria generacional que va de la historia social marxista a una historia cultural de inflexiones e implantaciones múltiples, y de allí a una nueva preocupación por el lugar de lo social. Su reconstrucción de las derivas teóricas y metodológicas de las últimas cuatro décadas podría ser leída también como un testimonio de la larga impronta de la obra de Thompson en los giros historiográficos posteriores, que vuelven –con preguntas y planteos teóricos diferentes- sobre tantas de sus propuestas e intuiciones. No obstante sus singularidades (anglosajonas, germanas), el relato testimonial que ofrece Eley de los goces y las tensiones que van

surgiendo de este viraje de paradigmas (escrito por un autor particularmente explícito en relación a su deuda intelectual con Thompson) tiene muchos pasajes en los que podrán reconocerse historiadores provenientes de otros horizontes académicos, como lo testimonia la rapidísima traducción del libro y la circulación previa de sus artículos sobre el tema.[13] En la medida en que la cultura, los lenguajes y los puntos de vista de los grupos no-dominantes forman parte de la agenda de los historiadores sociales y culturales (dos categorías que son hoy difícilmente separables), es probable que el lector de *Los orígenes de la ley negra* llegue al libro con un bagaje de nociones que le permitirán reconocer fácilmente el sentido de sus postulados. Cierro este breve ensayo llamando la atención sobre una diferencia de contexto que es más específica: la existencia, en Argentina, de un vigoroso campo de estudios históricos de la ley.

La historia argentina es como un imperio que no cesa de anexarse provincias, decía Tulio Halperin Donghi en una intervención reciente. Es probable que se refiriera a la renovación de la historia política o a la trayectoria recorrida en los últimos años por la historia socio-cultural de las religiones o incluso al desarrollo de la historia intelectual, diversificada en su repertorio de temas y enriquecida gracias al intenso diálogo interdisciplinario. Pero si en estos casos se trata del desarrollo de áreas temáticas previamente existentes -aunque restringidas en su definición-, la historia de la justicia y el delito constituye una anexión en un sentido más fuerte, dado que (y para no abandonar las analogías imperialistas) se trata del desembarco de los historiadores en temas que hasta no hace mucho eran provincia de sociólogos y juristas, a su vez muy separados entre sí.[14] Quien inicia hoy su camino en la investigación histórica y se interesa en cualquiera de las ramificaciones del vasto campo de la ley y lo legal encuentra una considerable oferta de espacios de discusión y algunas hipótesis (parciales o generales) que ayudan a estructurar las primeras reflexiones. También encuentra una lista de lecturas iniciales. Si el proyecto se orienta hacia el vínculo entre delito y control social, esa lista comenzará por Michel Foucault y una amplísima "constelación foucaultiana". Pero como se trata de un campo amplio y no todo en él es tributario de la perspectiva del poder, en otras vertientes, como la historia social de la ley y la justicia, las preguntas decisivas tienen una genealogía más decididamente historiográfica, de la que Thompson forma parte. La traducción española de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1989), y de *Costumbres en común* (1995) instaló hace tiempo en el horizonte local su rica visión de la experiencia de clase y su proyecto en relación a las economías morales.[15] El núcleo de la herencia thompsoniana en Argentina (y no solamente) proviene de la lectura de estas dos obras mayúsculas, que desde entonces integran la currícula universitaria en cátedras de Historia Social y Cultural, y muchísimas más listas informales de lecturas. Como es natural, su influencia se expresa más claramente en la historia del trabajo y de las clases trabajadoras. Ahora bien: ¿hasta qué punto ha sido Thompson un referente en el naciente campo de estudios de la justicia? Como ocurre con autores cuyas ideas han sido integradas al piso básico de los consensos disciplinares, es una presencia insoslayable y difusa a la vez, reconocible pero no siempre reconocida. Sus argumentos (y sobre todo, su sensibilidad) forman parte de un conjunto que incluye a otros autores, que se han ido entrelazando y reforzando mutuamente. Internarse en un ejercicio de atribuciones demandaría, en todo caso, un estudio genealógico que excede por completo los límites de este ensayo. Me limito a la observación de algunos puntos de intersección.

---

[13] Eley, G. (2005) *A Crooked Line. From Cultural History To The History of Society*. Ann Arbor: The University of Michigan Press. Traducción al castellano: (2008) *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Universidad de Valencia; Eley, G., `¿El mundo es un texto? De la Historia Social a la Historia de la sociedad dos décadas después´, *Entrepasados. Revista de Historia*, IX, 17, fines de 1999: 75-124; (2008) `Forum on Geoff Eley's A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society´, *The American Historical Review*, 113 (2): 425-37.

[14] Esta operación, que se ha desarrollado a lo largo de los últimos veinte años, no encontró demasiada resistencia inicial de los "gobernantes" anteriores, de lo cual se deduce la marginalidad de dichos temas en los territorios disciplinarios de origen. Hay indicios, no obstante, de que la multiplicación de aproximaciones historiográficas ha reavivado debates disciplinarios en sede "historia del derecho", donde un diálogo más fluido con los historiadores socio-culturales de la justicia forma parte del contexto de estas líneas.

[15] Thompson, E. P. (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica; *Costumbres en común*, op. cit. En 1994, la revista española *Historia Social* dedica el número 18 a evaluar las implicancias de la concepción de clase de *La formación*…

Por cierto, la historiografía latinoamericana se interesa en la ley y en los sistemas jurídicos de las sociedades del pasado desde hace mucho, comenzando por la gran pregunta por la transición entre ley colonial y leyes de las naciones independientes. Más importante para nuestros propósitos: la historia colonial y decimonónica temprana tiene en nuestro país una larga práctica de exploración de los archivos judiciales para hacer historia social y ha considerado largamente el uso de la ley por sectores sociales subordinados –indios, esclavos, mujeres-.[16] Atribuir esa inflexión a la influencia de la obra de Thompson sería una simplificación y acaso un error, aunque numerosos trabajos trasuntan una implícita sintonía de agendas. Un hito mucho más nítido de esta convergencia proviene de un proyecto vinculado a la historia del delito y la justicia gestado en el ámbito académico estadounidense, del que participaron varios historiadores argentinos hoy activos en nuestro medio. En 1997 una conferencia en la Universidad de Yale convocó a una serie de investigadores de América Latina para discutir una constelación de preocupaciones en un terreno aun muy ampliamente definido. El resultado fue la publicación del volumen colectivo *Crime and Punishment in Latin America* -coeditado por Ricardo Salvatore, Carlos Aguirre y Gilbert Joseph en 2001–, cuyo subtítulo era *Law and Society Since Late Colonial Times*. El libro cerraba con una reflexión del historiador inglés Douglas Hay, quien tres décadas antes había sido coautor (junto a Thompson, Peter Linebaugh, John Rule y Cal Winslow) de *Albion's Fatal Tree*. Hay llamaba allí a atender a las "culturas legales" populares latinoamericanas y a explorar para un futuro campo de estudios la cuestión del encuentro entre la ley del estado y las (más o menos difusas) nociones legales de los actores sociales. Poco antes, un volumen colectivo sobre la formación del estado en México privilegiaba visiones "negociadas" de la formación estatal. Allí la herencia thompsoniana era retomada y releída a la luz de los trabajos de James Scott, quien había analizado la resistencia campesina en el sudeste asiático introduciendo las nociones de "resistencia cotidiana" y "textos ocultos", en términos que resultaron singularmente pertinentes a los historiadores latinoamericanistas. Para más de un investigador, la vigencia de Thompson se renovó a la luz de la lectura de este autor, que ha sido traducido al castellano.[17]

En esos años y en esos ámbitos, el legado thompsoniano también hacía su camino mediado por un intenso giro teórico que incluía el diálogo con los "Estudios Subalternos", con los estudios de género, con relecturas de Gramsci y de autores interesados en la micropenetración del poder en las relaciones sociales, como Foucault o Pierre Bourdieu. Se abría una gran cantera para la historiografía latinoamericana. Para el estudio de casos argentinos, este marco fue utilizado con provecho para análisis del fenómeno caudillista, que prestaron particular atención a las culturas populares y a la cuestión de la ley, la justicia y el castigo.[18] Mientras tanto, otras lecturas de Thompson convivían con las derivas pos-*Annales* de la historiografía francesa de lo social y con la microhistoria italiana -ambas notablemente influyentes en la Argentina-, inspirando una variedad cada vez más compleja y creativa de posibilidades de reconstrucción de la historia de una serie de "sujetos sin historia".

---

[16] Imposible hacer justicia en este marco al vasto repertorio de trabajos. Me limito a mencionar dos aportes de representantes de generaciones sucesivas de esta tradición: Mallo, S. (2004), "La sociedad rioplatense ante la Justicia, 1750-1850", La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires "Dr Ricardo Levene"; Candioti, M. (2010), `Altaneros y libertinos. Transformaciones de la condición jurídica de los afroporteños en la Buenos Aires revolucionaria (1810-1820)´, *Desarrollo Económico* 50 (198): 271-296.

[17] Hay, D. (2001), `Afterword´, en Salvatore, Aguirre y Joseph, *Crime and Punishment in Latin America. Law and Society Since Late Colonial Times*. Durham: Duke University Press, 415 y ss.; Joseph, G. y Nugent, D. (eds.) (1995), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham: Duke University Press; Scott, J. (1977), *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press; (1987) *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press; (1992) *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven, Yale University Press, traducción castellana: (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Era.

[18] Un ejemplo del entrelazamiento de perspectivas de Estudios Subalternos y la exploración de las "economías morales" en la sociedad rural de la era rosista en Salvatore, R. (2003), *Wandering Paysanos. State Orden and Subaltern Experience in the Rosas Era*. Durham: Duke University Press. En este mismo contexto se gestó el trabajo de De la Fuente, A. (2006), *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado Nacional Argentino (1853-1870)*. Buenos Aires: Prometeo.

Los orígenes de la ley negra encontrará, pues, muchos lectores capaces de reconocer sus argumentos centrales, que tendrán oportunidad de acceder a eslabones intermedios de una gran gesta historiográfica. Para quienes lo lean desde ese campo de estudios de la justicia que reconoce a la ley como ámbito clave de negociación del poder y construcción multi-agenciada del orden social, las oscilaciones de este libro apasionado repondrán algo del camino conceptual que condujo a las premisas que hoy lo sostienen. Podrán comprobar también la calidad del trabajo documental que cimenta los argumentos en cuestión, una virtud algo devaluada en la historiografía pos-giro cultural, que nos devuelve a las dimensiones más básicas del oficio, tan escrupulosamente honradas por E. P. Thompson. Para quienes leen a este autor por primera vez, la saga de la lucha entre cazadores y propietarios del bosque ofrece otra puerta de entrada a una obra fundamental. Sin duda, su lectura será diferente de la que propone este ensayo. Sólo queda envidiar el camino que tienen por delante.

Presencias y ausencias: Rosario, historia y nuevos libros

Por María Luisa Múgica*
(UNR)

Resumen

Casi en simultáneo con la muerte del historiador Ricardo Falcón producida el 28 de junio de 2010, aparecieron dos libros dedicados a la historia de la ciudad de Rosario que son de alguna manera herederos de las líneas historiográficas inauguradas por él a su regreso del exilio. *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930* y *Ciudad de Rosario* son nuevos textos de historia de la ciudad que intentan revisitar temas e imágenes procurando producir nuevas miradas e inteligibilidad sobre el pasado y sobre enunciados como *"Hija de su propio esfuerzo"*, la *"Barcelona Argentina"*, la *"Chicago Argentina"*, entre otros, en tanto restos del pasado que se actualizan asiduamente.

Palabras clave: Historia - Historiografía- Libros- Rosario- Falcón

Summary

Almost simultaneously with the death of the historian Ricardo Falcón, on June 28th, 2010, appeared two books on Rosario city's history which somehow are the heirs of historiographical lines opened by him on his return from the exile. *The challenges of modernization. Rosario, 1890-1930* and *Rosario City* are new city history books which try to revisit themes and images, and to produce new insights and intelligibility of the past and of statements such as "daughter of their own effort", the "Barcelona Argentina", "the Chicago Argentina", among others remnants of the past that are regularly updated.

Key words: History- Memory- Books- Rosario- Falcón

* Profesora adjunta de la cátedra Teoría de la Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Es Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia y Licenciada en Historia (UNR), Maestro en Ciencias Sociales con mención en Sociología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Doctora en Historia (UNR).
Ha investigado sobre la historia de la prostitución reglamentada en Rosario entre 1874 y 1932, y publicado libros y artículos sobre la cuestión. Entre las últimas publicaciones se encuentran la coordinación del dossier "Prostitución e Historia", con (2009) `La prostitución en Rosario: un análisis histórico sobre un nuevo/viejo problema´. *Itinerarios del CEEMI* 3, Rosario, CEEMI - UNR Editora; (2009) `Entre el reglamentarismo y el Código de Faltas. Una mirada histórica sobre la relación entre prostitución, policía y poder político en Rosario´, en Sozzo, M. (coord..) *Historias de la cuestión criminal en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. del Puerto; (2010) *La prostitución reglamentada en Rosario entre 1874 y 1932*. Rosario: tesis de doctorado inédita; (2010) AAVV *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930*. Rosario: UN. Es editora de la *Revista Reseñas.Net. Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red* del CEEMI http://www.ceemi-unr.com.ar/revista-digital/ultimo/. Ha participado en diversas jornadas y congresos nacionales e internacionales, además de formar parte de equipos de investigación especializados en Historia de Rosario.

"He bebido demasiada sangre negra de los muertos", decía Michelet aludiendo a las relaciones entre historia, muerte y escritura, y veía a la última como un gesto a través del cual se aseguraba no sólo un lugar para los que no estaban -procurando el no olvido-, sino también el suyo.

A fines de junio de 2010 murió el historiador argentino Ricardo Falcón. Pocos meses más tarde se editaron dos libros sobre la historia de la ciudad de Rosario, que están directamente en deuda con él. Nos referimos a *Los desafíos de la Modernización. Rosario, 1890-1930* de Alicia Megías, Agustina Prieto, María Luisa Múgica, María Pía Martín y Mario Glück; y, *Ciudad de Rosario* de Alicia Megías, Agustina Prieto, Ana María Rigotti, Pablo Montini y Raúl D'Amelio. Si miramos los autores, vemos dos nombres que se repiten y de los ocho, considerando las recurrencias, seis fueron sus discípulos en las carreras o becas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) o del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario (CIUNR), en las direcciones de tesis de grado o de posgrado, maestrías o doctorados. Podríamos intentar explicar por qué casi en simultáneo con su muerte aparecieron los dos textos apelando a la intervención de factores azarosos ("la nariz de Cleopatra", según la célebre fórmula pascaliana); podríamos, tal vez, intentar otras explicaciones o bien construir elaborados ejercicios hermenéuticos que, por cierto, no tendrían demasiado sentido. Sin embargo, no sorprende que el 75% de los autores haya estado de distintas maneras vinculado con él, sencillamente porque Ricardo Falcón fue el gran dinamizador de los estudios dedicados a la historia de Rosario. Aunque el espacio local no concentraba exclusivamente sus intereses, sino más bien coexistía con su inclinación por la historia del movimiento obrero argentino, la cultura, el mundo y las condiciones de vida de los trabajadores, por ciertos temas y autores enrolables en la historia de las ideas o de los intelectuales (como José Ingenieros, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Esteban Echeverría, etc.), encontrándose entre sus últimos escritos la formación de la identidad socialista en Argentina.[1]

Entre sus preocupaciones se encontró la cuestión del orden en sus diferentes manifestaciones: social, urbano, laboral y cultural; las relaciones entre la élite dirigente y los sectores populares; las políticas desplegadas a los efectos de construirlo y las resistencias que conllevaba, focalizando la óptica analítica en el espacio local -la mira estaba puesta en Rosario-, complejizándola sin por cierto perder la perspectiva del marco general, nacional, cuando no internacional, observando las especificidades insulares y en permanente ejercicio comparativo, en especial con Buenos Aires.

Los desafíos y *Ciudad...* son deudores de esas preocupaciones que estaban relacionadas con la cuestión social o con lo que Falcón definió como "la cuestión social urbana moderna", refiriendo a problemas que daban cuenta del pasaje de una sociedad precapitalista aunque mercantil a otra con rasgos capitalistas, entre los que se encontraban la mendicidad de menores y adultos, los problemas habitacionales, la prostitución, las epidemias, los "vagos y malentretenidos", la cuestión obrera, por sólo mencionar algunas de sus principales expresiones. Allí, tal vez, en la concentración de intereses en diversos problemas propios de la ciudad moderna, es donde mejor puede ponerse de manifiesto la impronta común. Para ver otras "marcas" basta con leer el artículo de María Pía Martín "Notas sobre un maestro"[2], que rescata tres presupuestos aprendidos: no confundirse con el objeto de estudio, sospechar todo el tiempo de lo que se lee en las fuentes e hipotetizar permanentemente. A los que se podrían agregar algunos otros: "hay que describir e interpretar" todo el tiempo; el marco teórico debe aparecer mezclado con el objeto analítico; leer libremente (desprejuiciadamente) y

[1] Sin pretensiones de exhaustividad, Falcón, R. (1984) *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899).* Buenos Aires: CEAL; (1986) *El mundo del trabajo urbano (1890-1914).* Buenos Aires: CEAL; `Militantes, intelectuales e ideas políticas´, en Falcón, R. (2000) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930).* Buenos Aires: Sudamericana; (2008) `Notas sobre la formación de la Identidad Socialista en Argentina´ (avance del libro *Los orígenes del Socialismo en Argentina 1830-1900*). Rosario: Laborde - CIESAL. Fueron republicados otros artículos en (2011) *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral* 40, primer semestre.

[2] *Estudios Sociales*, op. cit.

combinar diferentes autores ("eclecticismo militante"); romper con las perspectivas disciplinares, etc. Era tal vez un historiador poco convencional y, al mismo tiempo, muy historiador en el sentido más clásico del término. Poco convencional en cuanto a los modos de abordaje que estimulaba sobre ciertos fenómenos, casi de orden sociológico, que combinaba con una fina sensibilidad filológica, con lecturas políticas y literarias. Eduardo Hourcade lo sintetizó agudamente aludiendo a lo que Paul Veyne llamaba la "historia conceptualizante" en un acto homenaje reciente llevado a cabo en la Facultad de Humanidades y Artes con motivo de la nominación de un aula, imagen más que elocuente y que habla de por sí. Ya aludiremos a la segunda dimensión.

Volviendo a los autores, no fueron sus únicos dirigidos, aunque algunos se encontraban entre los primeros luego de su regreso del exilio en París. Apelaba asiduamente a gestos de memoria mencionando la antigüedad en los lazos laborales que iba estableciendo, suerte de lógica etaria si se quiere, aunque no excluyente, ya que estimulaba a mucha gente joven cuyos temas o perspectivas le resultaban atractivos o provocadores y muchos estudiantes y docentes se beneficiaron con sus consejos y sus intervenciones.

Apostaba por la organización de grupos, que tenían además como particularidad fuerte ser inflacionarios y estar conformados por recursos que se hallaban en distintas instancias formativas que se iban incorporando a los espacios/ideas que iba generando, sin bajas, sumándose como partes al todo polimorfo, que veía como un caleidoscopio, cambiante al virarlo, permeable al contacto e interacción con otros; pensaba los colectivos no en sentido substancialista, sino relacional. Producto, fabricación, eran sin duda conceptos que le gustaban y que encontraban su matriz en su formación francesa como historiador, vinculados con el aprendizaje y con la relación con el otro, que era su dirigido. Había incorporado y procuró transmitir esas normas, hoy algunas ya obsoletas por los cambios producidos en los sistemas de investigación, de la tesis monumental, de la erudición con la interpretación combinada, de la marca de historicidad del archivo con el ejercicio de reflexión teórica, no como instancias separadas sino parte del mismo texto/narración, de la relación maestro - alumno. En sus relatos siempre aparecía Robert Paris y su propia presencia durante seis años cada quince días en los seminarios que aquel dictaba, con quien estableció un vínculo y una serie de iniciativas de investigación, como la confección de un diccionario biográfico del movimiento obrero argentino, que quedó inconcluso; o Madeleine Rebérioux, que había sido su directora, porque Paris no tenía tesis de doctorado de Estado y, por ende, no podía dirigirlo formalmente.[3] Aprendió y después desarrolló ese modelo del "patrón",[4] al decir de Devoto, alguien que estimula y acompaña la carrera profesional de otro respetando, claro, su propio sesgo.

A su regreso del exilio, estimuló los estudios relacionados con la historia del movimiento obrero en la Argentina. Halperin Donghi describió muy bien la situación en la que se encontraba la historiografía argentina entre el '60 y el '85, mostrando cómo los vaivenes políticos repercutieron en la vida académica, traduciéndose no sólo en las dificultades de actualización de los estudios históricos sino también en el grave deterioro de bibliotecas, carreras, profesores y auxiliares de investigación, muchos de los cuales encontraron en el exilio espacios para construir sus problemas más notables de investigación.[5]

[3] Gotta, C. y Múgica, M. L. (2008) `Entrevista a Ricardo Miguel Falcón´, en *Itinerarios. Anuario del CEEMI* 2: 71-72.

[4] Devoto, F. (1991) *Braudel y la renovación histórica*. Buenos Aires: CEAL, pp.10-11, refiriéndose a la relación entre Febvre y Braudel, modelo que está configurado a partir del propio proceso de profesionalización que sufrió la historia en Francia con los historiadores metódicos, que instalaron las reglas del oficio y apuntalaron formas de sociabilidad formal e informal con ese objetivo, además de construir una comunidad de historiadores profesionalizados. Puede verse también Noiriel, G. (1997) *Sobre la crisis de la historia*. Valencia: Frónesi, especialmente los capítulos "Nacimiento del oficio de historiador", "El juicio de los iguales" y "*Annales*, la "disconformidad" y el mito de la eterna juventud".

[5] Halperin Donghi, T. (1986) `Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)´, en *Desarrollo Económico* vol. 25: 100.

Y fue la Universidad el sitio en el cual se produjeron cambios con el retorno a la democracia. En ese sentido, la carrera de Historia en Rosario, como en muchos otros lugares, sufrió una transformación profunda y saludable. Docentes que retornaron a sus cátedras junto con otros nuevos y jóvenes crearon ciertos espacios, impulsaron cambios de planes que se aplicaron no sin bemoles y no sin perjuicios y prejuicios, sin embargo. Desde la Escuela de Historia, dirigida por entonces por Marta Bonaudo, se organizaron seminarios -práctica vieja del oficio que, salvando las instancias y las modalidades, ya había instalado Ranke-, dedicados uno a la historia regional y otro general, de contenido variable. Desde este último y desde la cátedra Corrientes Historiográficas Argentinas y Latinoamericanas, Falcón fue aglutinando estudiantes, como así también más tarde desde sus cátedras en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales.

Michel de Certeau mostraba al texto de historia como un artefacto (texto/relato) que combinaba lugar y procedimientos disciplinares y lo describía como un proceso o de montaje en el cual el artículo o el libro era resultado y el síntoma de un grupo/laboratorio, producto/fabricación específica y colectiva más que efecto de una filosofía personal, que contenía las marcas de un lugar.[6] De algún modo *Los desafíos...* y *Ciudad de Rosario* son herederos de las líneas inauguradas en los años '80 y '90 a través de "Un orden y una moral para Rosario. Una tentativa de disciplinamiento de los sectores populares en formación, 1870-1890" o bien de "Controlar y Reordenar. Las políticas de la élite dirigente hacia los sectores populares en Rosario, 1890-1900", trabajos aún inéditos pero cuyas hipótesis más fuertes se plasmaron en "Élite y sectores populares en un período en transición, 1870-1900", cuyos resultados se difundieron gracias a Adrián Ascolani -que impulsó en 1990 un encuentro[7] y luego en 1993 un libro[8]-, impidiendo -no siempre con la misma fortuna- la apropiación de enunciados y formulaciones que tenían anclajes y autorías. No citar alguno de estos productos, práctica que pareciera mostrar que la historia (en tanto historiografía) de la ciudad nace con el enunciador, habla bastante mal de algunas novedades en el quehacer historiográfico contemporáneo, que paradójicamente se transforma de este modo en pre-paradigmático, parafraseando a Kuhn.[9]

Ciudad de Rosario es un objeto estético muy bello, editado por el Museo de la Ciudad y la Editorial Municipal de Rosario. En él predominan las fotografías sobre la narración, dando cuenta de que fue originalmente concebido como de fotografías e imágenes exclusivamente y con cinco relatos que sintetizan trabajos anteriores de los autores y están en perfecta sintonía con las imágenes. Está organizado como un texto de divulgación académica, sin notas al pie, aunque las referencias están incluidas en el relato sin que interrumpan el estilo de escritura más libre que se propone. Por otro lado, las explicaciones esgrimidas sobre el pasado de la ciudad no son monocausales ni simples, manteniendo las enunciaciones probabilísticas de la obra de historia académica. Aunque a diferencia de los textos de divulgación "exitosos" y de fuerte circulación en el mercado, el precio lo hará menos vendible, más allá de que está

[6] "...la operación histórica se refiere a la combinación de un *espacio* social y de *prácticas* "científicas". Certeau, M. de (1978) `La operación histórica´, en Le Goff, J. y Nora, P. *Hacer la Historia.* vol. 1 *Nuevos problemas*. Barcelona: Laia, (1ª ed. francesa: 1974), pp. 16, 19 y 25-26. O bien, afinando el concepto anterior, combina un *lugar* social, *prácticas* "científicas" y una *escritura*. (1993) *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana (1ª ed francesa: 1978), p. 68.

[7] *Seminario de Actualización docente "Cien Años de Hist. de Santa Fe 1840-1940"*, organizado por el Museo y Archivo "D. Santos Tosticarelli" de Casilda el 27 de octubre de 1990.

[8] Falcón, R., Megías, A., Prieto, A. y Morales, B., en Ascolani, A. (comp.) (1993) *Historia del Sur Santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)*. Rosario: Platino, pp. 73-120. Los trabajos inéditos corresponden a los tres primeros autores. Véanse también entre otros: Falcón, R. y Stanley, M. (2001) *La Historia de Rosario. Economía y Sociedad*. Rosario: Homo Sapiens, tomo 1, o Falcón, R. (2005) *La Barcelona Argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario 1870-1912*. Rosario: Laborde.

[9] Kuhn, T. S. (1995) *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Siglo XXI, pp. 33-50. Alude a aquellas obras que por sus propias características suponen que el campo "científico" está reconfigurándose permanentemente, que no hay líneas, métodos, técnicas, etc., a seguir, cuestiones que, por el contrario, dan cuenta del desarrollo de la "ciencia normal".

subsidiado, si no debería ser más alto por las imágenes. El corpus textual se completa con una bibliografía y un sector dedicado a los créditos de las imágenes, que se podría haber subsanado en el mismo cuerpo ya que allí están identificadas, pudiendo habérsele agregado la filiación o el repositorio en vez de volver a repetir la información al final.

Los desafíos..., por el contrario, es el resultado de un PID, un proyecto colectivo dependiente de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Rosario. Está construido en base a artículos, muchos previamente ponencias, discutidas parcial o totalmente en jornadas o congresos académicos. Está cargado de las clásicas marcas de historicidad, contiene algunas imágenes y diferentes recuadros con relatos de fuentes o bibliografía, pero el texto tiene primacía sobre las imágenes. Si bien la edición está bastante cuidada en relación con otras producidas por la misma Editorial de la UNR, los aspectos estéticos no tienen la misma importancia que en el anterior. *Los desafíos...* se propone desmontar ciertos mitos urbanos de enorme impacto citadino que, a modo de resto o relicto, la memoria ha legado a la historia, procurando en otro registro diferente del memorioso, producir nuevas miradas e inteligibilidad sobre el pasado. En *Los desafíos*... se revisitan temas e imágenes diversas, partiendo del presupuesto común de Rosario como ciudad cosmopolita, laboriosa, en la que se conjugaron crecimiento económico, demográfico, heterogeneidad de culturas y costumbres y problemas nuevos o que, si no lo eran, sufrieron una fuerte resignificación social, fruto del impacto inmigratorio y de las abruptas transformaciones urbanas tales como la marginalidad, la prostitución, las demandas obreras, el hacinamiento, la difusión de enfermedades sociales, entre otras. Precisamente fue entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX que se elaboró el mito de la ciudad cosmopolita, laboriosa, laica y productiva, que se había forjado a sí misma a partir del empuje de sus habitantes, "hija de su propio esfuerzo". Al mismo tiempo, otras metáforas se fueron configurando por entonces: Rosario como la "Barcelona Argentina" por el peso del anarquismo en el movimiento obrero; "la ciudad de los burdeles", una ciudad casi "tomada" por las prostitutas; la "Chicago Argentina", resultado del crecimiento económico y, después del veinte, asociada sobre todo a la mafia y a la prostitución. Estos son todavía algunos de esos restos del pasado que se actualizan asiduamente. El texto pretende tanto mostrar cómo se fueron configurando esos mitos como al mismo tiempo ponerlos en tensión.

De modo entonces que diversas capas de memorias sedimentan las historias de las ciudades y, en ese sentido, Rosario no constituye una excepción. Memorias dispersas, múltiples y multiplicadas, fragmentadas, cambiantes, se plasman en algunos de esos enunciados que todavía hoy tienen enorme circulación social. Justamente uno de esos mitos, el de Rosario "hija de su propio esfuerzo", apuntaba a una ciudad que se había construido a sí misma, por el tesón de sus habitantes independientemente de la tutela estatal, a la cual la laboriosidad de estos le auguraba un inmenso porvenir; una ciudad sin pasado colonial, sin barniz aristocrático, una ciudad nueva y joven, "obra única de la inmigración". El mérito entonces de la fuerte transformación de caserío a centro urbano progresista y pujante se debería exclusivamente a la labor tesonera de sus habitantes. Ese mito se habría forjado entre fines del siglo XIX y principios del XX, y con la *Historia de Rosario* de Juan Álvarez adquirió su forma más acabada. Alrededor de la década del veinte se intentó imponer otro mito de orígenes, como demuestra Glück, que estaba ligado a una fecha -al año 1725 como el de su asentamiento- y a la figura de un supuesto fundador llamado Francisco de Godoy, datos elegidos sin demasiadas certezas. Esa preocupación por encontrar fecha de fundación y fundador se impulsó especialmente con los festejos del Bicentenario de la ciudad (la última cuestión carecía para Álvarez de completa importancia, aunque no así la creación de un onomástico). La falta de acuerdos respecto de la fecha de fundación se suplía con cierta disposición de la élite de conferirle una connotación religiosa al festejo, ya que tal vez la única coincidencia acerca del origen apuntaba hacia la existencia de un curato o una capilla. Dato no menor, que daba cuenta de ciertos cambios introducidos en el imaginario de la élite en favor de la religión católica. Sólo un poco antes, en 1908, cuando se intentó instalar un obispado en la ciudad, se

produjo tal reacción, impidiéndolo un grupo de liberales, masones y anticlericales,[10] acontecimiento que podía interpretarse como una derrota de la élite católica. Justamente que el día de Rosario coincidiera con la festividad de la Virgen y la fecha con 1925 podría leerse como una victoria de los católicos. Era intendente por entonces el médico higienista, radical, liberal y seguramente masón Manuel Pignetto, con una larga trayectoria política en la ciudad, que en 1908 formó parte de la Liga Liberal combatiendo el proyecto de instalación de un obispado en Rosario. Pero fue Juan Álvarez con su *Historia*..., escrita en 1938 y publicada en 1943, el que construyó un relato cuyo eje estaba centrado en Rosario, hija de su propio esfuerzo, proponiéndose sentar las bases de una identidad o "inventar una tradición".[11]

La configuración de "ciudad cosmopolita" estuvo relacionada con los procesos de transformación brusca que Rosario fue sufriendo entre fines del siglo XIX y principios del XX. A lo largo del siglo XVIII se fue formando lenta y desordenadamente. Era por entonces un caserío de 300 habitantes, próximo a una capilla rural, y un puerto natural ubicado a la vera del Camino Real que permitía la circulación de productos locales, el ingreso de mercancías, viajeros y novedades del exterior. En 1757 Santiago Montenegro, un comerciante que administraba justicia y ejercía el poder de policía en el poblado y campaña, donó una franja para levantar un templo a la Virgen del Rosario. Más tarde en 1823 el villorrio inicial se transformó en "villa", en 1852 fue declarada ciudad, convirtiéndose en el principal puerto de ultramar de la Confederación argentina. El propio trazado de la ciudad, con las marcas del ferrocarril, una aduana, un muelle comercial, depósitos públicos y privados de mercaderías, entre otros, plasmó el proyecto de ciudad liberal y capitalista, y a partir de 1870 aproximadamente experimentó una vertiginosa expansión económica y demográfica, progreso que no iba a impactar del mismo modo en todos los grupos sociales.

Como Rosario no tuvo oficialmente un sitio fundacional, durante mucho tiempo la capilla fue el principal espacio de referencia y, enfrente, la plaza fue el centro cívico y político por excelencia, erigiéndose a su alrededor edificios de las principales instituciones públicas. La plaza fue el espacio de las rondas de los jóvenes, donde las familias concurrían a escuchar retretas y bandas de música; era el escenario de actos, desfiles y de las conmemoraciones de los extranjeros, que seguían atentos la vida política de sus países de origen y festejaban los 14 de julio, los *XX de Settembre*, el nacimiento del Príncipe de Asturias, entre otros; eventos que, junto al considerable incremento de la población, reforzaron el carácter cosmopolita de la ciudad. Recuérdese que hacia 1900 la ciudad contaba con 112.461 habitantes, casi el 54% de los cuales eran hombres y el 42% extranjeros, cifra que se cuadruplicó hacia 1926, incrementándose el porcentaje de extranjeros. Fue la plaza también el lugar de manifestación de los clubes electorales, del levantamiento de los radicales contra Juárez Celman en 1893.

Al complejizarse la trama urbana, también lo hicieron las instituciones públicas, puesto que el comandante militar, el cura y el juez de Paz ya no podían hacer frente a los nuevos problemas vinculados al orden, la administración y el control, y de ellos se pasaron a ocupar la Jefatura Política, el Tribunal de Comercio y en 1860 la Municipalidad. A lo largo del siglo XIX, se fueron diseñando instituciones y tecnologías específicas que se hicieron cargo de esos cambios notorios que impactaron en la ciudad, tales como la Asistencia Pública como policía sanitaria o la Inspección General como policía de costumbres, entre tantos otros. Cambios en la infraestructura y los servicios, vapores, ferrocarril, diligencias, mensajerías y correos que la comunicaron con la mayor parte de las provincias argentinas.

[10] Este episodio está presente en tres artículos del libro: en el de Glück, Martín y Prieto.

[11] Glück, M (2010) `Juan Álvarez y la consagración historiográfica de un mito de orígenes para Rosario: la hija de su propio esfuerzo´, en *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930*. Rosario: UNR.

Bulevares, avenidas, plazas, nuevos medios de transporte como tranvías a caballo, luego eléctricos, barrios de trabajadores, palacios, mansiones, petit hoteles, etc., marcan esa ciudad moderna,[12] de la que todavía quedan restos a través de la arquitectura.

El cosmopolitismo trajo aparejadas la articulación y la sociabilidad de los inmigrantes a través de las asociaciones, inicialmente por nacionalidades. Ante la carencia de lazos sociales, familiares o de algún tipo de vínculo que les ofreciera amparo y protección, y con el objetivo de socorrer a los enfermos, accidentados, viudas, y enterrar a sus muertos, se crearon las asociaciones de socorros mutuos. A finales de 1870 aparecieron o se consolidaron sociedades corporativas que reunieron a comerciantes, hacendados, industriales u obreros. Al mismo tiempo, tempranamente se cimentó un imaginario de impronta localista que destacó insistentemente los altos aportes que hacían los rosarinos al erario provincial y lo poco que recibían como contrapartida. Diversos episodios de la historia local desmintieron la idea de que el cosmopolitismo no constituyó un problema sino una virtud y que los extranjeros estaban exclusivamente dedicados a sus negocios privados, como los actos eleccionarios o la disputa acerca de dónde ubicar la estatua de Garibaldi que impulsaron los italianos luego de su muerte, que puso al mismo tiempo de manifiesto la existencia de un sector clerical fuerte en la capital provincial y un sector laico, opositor y dominante en Rosario. La estatua se inauguró finalmente en la Logia Masónica Unión 17, un espacio privado no público. Rosario se reivindicaba laica y liberal, y la movilización de vecinos era frecuente. Durante el siglo XIX la vida política e institucional conservó ese carácter contencioso, las coyunturas electorales violentas, la politización intensa, y la prensa siguió azuzando a la opinión pública con discursos provocadores o mordaces. A lo largo de 1890 esas tensiones se manifestaron en actos públicos, movilizaciones callejeras, festejos, quejas, huelgas y violencia electoral, manteniendo a los vecinos en constante alerta, como, entre otros, durante la primera conmemoración del 1° de mayo, acto en el cual los oradores hablaron en diferentes idiomas. A partir de 1890 las movilizaciones, los actos y las concentraciones públicas se instalaron como una de las formas habituales de hacer política; la violencia fue frecuente; las asociaciones de defensa de intereses locales o sectoriales se multiplicaron y se consolidaron agrupaciones y partidos políticos claramente marcados por un espíritu localista y municipalista.[13]

Otra de las facetas de esa ciudad moderna y cosmopolita estaba directamente relacionada con el mundo del trabajo, la actividad portuaria, la vida y la organización de los trabajadores.[14] Tempranamente la instalación de un puerto fue vista como una verdadera necesidad, ligada al lugar que Rosario tenía dentro de la economía regional. Hubo varios intentos previos de establecimiento del Puerto Moderno, que fueron embestidos por los reveses geográficos. En otras oportunidades con motivo de las epidemias, en función de los cordones sanitarios establecidos, también se paralizaron las actividades portuarias y, como en tantos lugares, fue en las proximidades del puerto donde se concentraron inicialmente las casas de tolerancia. Ya desde los primeros planos encontrados y pensados sobre Rosario, en todos, el río constituía el principal argumento.[15] La enorme expansión demográfica y edilicia de la ciudad llevó además a la creación de los barrios obreros o "industriales" y trajo aparejada como en tantas ciudades que, como ésta, sufrieron procesos de modernización brusca, problemas sanitarios directamente relacionados con el hacinamiento de los trabajadores, la falta de obras de infraestructura como agua corriente y un sistema de eliminación eficaz de aguas servidas. Fueron también el blanco fuerte de las epidemias que se cobraron numerosas víctimas, como en el caso del cólera en 1867-68, 1886-87 y 1894-95, o la peste bubónica en 1900, ante las cuales las autoridades nacionales crearon cordones sanitarios. Las medidas higiénicas apuntaron a los barrios obreros; hubo desalojos, baños compulsivos, destrucción de ranchos y casillas. Esos barrios fueron vistos como peligrosos para la ciudad, porque

[12] Megías, A. (2010) `La formación de la ciudad´, en *Ciudad de Rosario*. Rosario: Ed. Municipal de Rosario.
[13] Megías, A. (2010) `Modernización y turbulencias políticas. Rosario en la segunda mitad del siglo XIX´, en *Los desafíos*..., *op. cit.*
[14] Prieto, A. (2010) `Postales proletarias del progreso´, en *Ciudad de Rosario*, *op. cit.*
[15] Rigotti, A. M (2010) `El río como argumento´, en *Ciudad de Rosario*, *op. cit.*

el puerto podía perder su atractivo; sus problemas parecían ir inexorablemente de la mano del progreso y como su propia contracara. A partir de las epidemias se impulsaron obras como cloacas, aguas corrientes y la creación de la Oficina de Higiene en 1887, que se transformó en 1890 en Asistencia Pública.

Uno de esos barrios, conocido como la Refinería, era tal vez "el barrio más cosmopolita de la cosmopolita ciudad del puerto"; allí, en los conventillos, verdaderas "Babilonias modernas", se alojaban obreros de distintas partes del mundo y del país. También estaba el llamado Barrio de las Latas, que tenía tiendas o casillas levantadas con material de desecho. En la Refinería, debido a las difíciles condiciones de trabajo, los trabajadores se organizaron a través de sociedades de ayuda mutua, gremios y sindicatos que impulsaban cambios en las condiciones laborales y salariales, organizaciones en las que las ideas anarquistas tuvieron primacía por lo menos entre 1889 y 1914. Figuras como Virginia Bolten, obrera anarquista, o el obrero austríaco Cosme Busdislavich, asesinado en 1901 por la policía en la puerta de la fábrica, son algunos de los tantos activistas que dan cuenta de esa otra capa de memoria de la ciudad, aquella que durante mucho tiempo fue calificada como "la Barcelona Argentina".[16] Eran esos barrios obreros los lugares de "redención" elegidos por algún librepensador como Carlos Suríguez y Acha para sus protagonistas. Aunque también la ciudad retratada por Suríguez era la Chicago del comercio y la industria, ciudad de actividad y enorme bullicio provocado por los tranvías eléctricos y las bocinas de las fábricas; el automóvil, la bicicleta y el tranvía eléctrico impusieron su ritmo a la calle, que además visibilizaba las tensiones de clase.[17] Claro que hubo otros modos de habitar y de explotar el espacio privado y fueron los italianos los que se destacaron en la rama de la construcción, los que edificaron las llamadas "casas chorizo", que por su gran flexibilidad permitían usos mixtos aun en sus formas más sencillas, que no era otra cosa que la adaptación de pautas básicas de la tradición mediterránea a las restricciones impuestas por el loteo.[18]

Otra ciudad, semejante y distinta a la ya mencionada, cosmopolita y en la que todo estaba por hacerse, fue la de los católicos con sus propios intelectuales, como Antonio Cafferata y Federico Valdés -ambos abogados y dirigentes del Círculo Católico de Obreros-, que coadyuvaron a la construcción de representaciones sociales. Valdés fue parte de la Comisión Pro-Obispado de 1908. Era otra cara de la ciudad, distinta de la liberal, masónica y anticlerical mencionada. En ese contexto los católicos rosarinos tuvieron su propio combate en un espacio donde lo moderno y secular se confundía sin conflictos. Estos intelectuales reivindicaban lo moderno en tanto vinculado al progreso económico y la expansión de la ciudad, fruto del trabajo y la inmigración, aunque tomaban distancia respecto del proceso secularizador que el concepto implicaba. Rosario era vista por ellos como una ciudad nueva, pujante, con perfil laicista moldeado en el cosmopolitismo de su población y en la permeabilidad a las ideas liberales, masónicas y de izquierda, de allí el imperativo de cristianizarla comprometiendo para ello a sus fieles.[19]

Así como el asociacionismo y las sociedades corporativas tendían a fortalecer la solidaridad, los lazos y la protección de sus miembros, hubo también ciertos programas culturales fomentados desde la élite que llevaron a la creación de instituciones como la Biblioteca Pública Municipal Argentina o, un poco más tarde, el mismo grupo -el Círculo de la Biblioteca- proyectó conciertos,

[16] Prieto, A. `Postales Proletarias´, en *Ciudad de Rosario*, op. cit. Hacia 1942 el puerto se nacionalizó.

[17] "La ciudad del librepensador", de A. Prieto, trabaja tres novelas (*La Comedia Social*, *Despertar* y *Germinar*) que transcurren en Rosario y cuentan historias de redención. Buscando el origen de sus miserias, los protagonistas hallaban las causas de los grandes males sociales transformándose en apóstoles del orden social y moral esbozado. Suríguez y Acha fue el primer orador en el acto realizado por la Liga Liberal en el Teatro Politeama, en oposición a la creación del Obispado ya mencionado.

[18] Rigotti, A. M., *op.cit.*

[19] Martín, M. P. (2010) `El mundo católico rosarino a comienzos del siglo XX. Orden, progreso y cristiandad en el espacio local´, en *Los desafíos...*, *op. cit.*.

exposiciones y conferencias que pretendían revertir la imagen de Rosario como una ciudad meramente mercantilista. Fue el Círculo el que organizó el Primer Salón de Bellas Artes con colecciones particulares de vecinos. Elementos como el coleccionismo y el consumo artístico se reconocían como hábitos de clase y de distinción social. Juan Castagnino, Julio Marc o el propio Cafferata fueron ejemplos en ese sentido, representando de otro modo al hombre moderno interesado en el arte. Fue desde estas organizaciones, sumado al esfuerzo de particulares, de emprendedores como los citados, que se inauguraron algunos de los más importantes museos locales, como en 1920 el Museo Municipal de Bellas Artes o en 1939 el Museo Histórico Provincial de Rosario, el Museo Estévez o el Palacio Vasallo, los dos últimos donados por particulares, aunque corrieron una suerte diversa.[20]

Finalmente, dos lugares fuertes de memoria[21] de naturaleza muy diferente parecen también haber configurado y marcado al mismo tiempo la propia historia de la ciudad. Por un lado, el Monumento a la Bandera, pensado en términos conmemorativos a los efectos de recordar que se enarboló en Rosario por primera vez el pabellón patrio. Hubo dificultades respecto a su emplazamiento; existió más de uno, el primero en una isla frente a la ciudad, El Espinillo en 1872, que habría sido arrastrado por una crecida; otro se proyectó pero no llegó a emplazarse. Sin embargo, la memoria parecía no hallar un lugar donde depositarse y estaba inquieta, hasta que en 1898 por el impulso de algunos concejales se destinó dinero, un sitio y se contrató a la escultora Lola Mora. Llegaron hacia 1915 las principales figuras del monumento, que fueron calificadas como "feas", por lo que se rescindió el contrato y terminaron circulando desde entonces por el espacio urbano hasta que en 1997 se les fijó su sitio actual, en el Pasaje Juramento. En 1940 la obra le fue adjudicada a los arquitectos Alejandro Bustillo y Ángel Guido y a los escultores Fioravanti y Alfredo Bigatti, con el lema "Invicta" y no sin bemoles, hasta que fue inaugurado finalmente el 20 de junio de 1957.[22]

El otro lugar de memoria fue Pichincha, uno de los antiguos barrios prostibularios rosarinos desde 1914 hasta 1932, cuando se suprimió el sistema de prostitución reglamentada en la ciudad. Sus trazas perduran hasta hoy y subsisten, aunque refuncionalizadas, algunas de esas antiguas construcciones,[23] actualizando de cierto modo ese pasado. Pichincha suscitó una gran proliferación de imágenes diversas y contradictorias; era una de esas "glorias tristes" de la ciudad, aunque sus burdeles eran vistos como "casas alegres". Fue un espacio muy singular -no el único, Rosario tiene un largo pasado vinculado con la reglamentación de la prostitución que databa de 1874-, precisamente por el tipo de función que desempeñaba: fijaba e intentaba controlar la sexualidad de acuerdo con ciertos presupuestos que estaban en boga por entonces, el espacio donde el placer estaba "permitido". Barrio Alegre, "gangrena y ludibrio", orilla del pecado, barrio con símbolos y signos que aludían indefectiblemente a la existencia de casas de tolerancia, a la sexualidad, en el que la música, el consumo de alcohol, la venta de estupefacientes, la exhibición de mujeres en puertas o balcones o en las calles ligeras de ropas o prácticamente sin ellas, el tipo de lenguaje calificado de obsceno e impudoroso, en el que las riñas, los escándalos y la muerte

[20] Pablo Montini en "El programa cultural de la burguesía" menciona que el coleccionismo de vanguardia de la década del 1960 se dio acompañado de transformaciones en cuanto al público consumidor de artes plásticas y de un redimensionamiento del mercado de bienes simbólicos, en la medida en que se amplió el consumo cultural de la clase media. Un ícono de los cambios fue la muestra "Tucumán Arde" en 1968, por medio de la cual un grupo de artistas jóvenes pretendieron generar un circuito de contrainformación para desenmascarar la campaña de prensa de la dictadura de Onganía sobre la situación social en la provincia de Tucumán, luego de la cual muchos de ellos abandonaron la práctica artística o pasaron a la acción política. Otros museos que se crearon fueron el Museo de la Ciudad en 1981, a finales de la década del '90 el Museo de la Memoria y en 2004 el Museo de Arte Contemporáneo de Rosario; esta última experiencia se dio junto a distintas políticas de intervención urbana (*Ciudad…*, *op.cit.*)

[21] Nora, P. (2008) `Entre memoria e historia. La problemática de los lugares´, en *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce, p. 33. Nora menciona que los lugares de memoria lo son en los tres sentidos: material, simbólico y funcional. También Ricoeur, P. (2008) *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: FCE, pp. 518-529.

[22] D' Amelio, R. (2010) `Avatares de un monumento´, en *Ciudad de Rosario*, *op. cit.*

[23] Rosario tuvo una arquitectura de burdeles, construcciones ex profeso que no tuvieron otras ciudades argentinas que, como ella, también reglamentaron la prostitución.

eran moneda corriente. Aunque la prostitución reglamentada se abolió a fines de 1932 en la ciudad, este espacio ha perdurado en la memoria de los rosarinos -con mayor o menor extensión- marcado por su intensa connotación sexual. Espacio fundamental y necesario para procurar producir inteligibilidad sobre aquellos aspectos que constituyen parte de la historia social y de la historia negra y violenta de la ciudad.[24]

Nuevos relatos entonces, sobre la historia de la ciudad, con la impronta de Ricardo Falcón -sin su responsabilidad intelectual-, ya que apuntaló nuevas líneas de indagación sobre la historia urbana rosarina, algunas presentes en los artículos mencionados, marca que además se nota en los modos y hasta en los estilos de construcción de los textos. Resulta impensable que ya no esté; pervive, claro, de otro modo a través de sus enseñanzas, con la misma extraña sonoridad que tenían los documentos para Michelet cuando recorría los Archivos Nacionales despertando y "escuchando" la historia de Francia. Ese gesto taumatúrgico del historiador romántico, en este caso entonces, parece saludable que se siga haciendo sentir.

[24] Múgica, M.L . (2010) `Sexo y geografía en la ciudad: Pichincha, barrio prostibulario. Rosario, 1914-1932´, en *Los desafíos... op. cit.*

Ensayo sobre el libro de Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*.[1]

Por Inés Rojkind*

(CONICET- Instituto Ravignani, UBA)

Resumen

Este ensayo sugiere algunas claves para analizar el reciente libro de Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas*. Entre los méritos del trabajo sobresale la mirada renovada sobre el modo en que el PAN consolidó su hegemonía a fines del siglo XIX y buscó, además, legitimarla. Alonso reconstruye la dinámica de competencia entre *ligas* rivales del partido gobernante (especialmente ante la instancia de la sucesión presidencial) y muestra la influencia que ello tuvo en el funcionamiento de la política nacional y provincial. Propone asimismo una caracterización de los mecanismos de los que se valieron roquistas y juaristas para edificar sus respectivas bases de poder. Y postula una nueva interpretación acerca del significado que adquirió la emergencia del modernismo en tanto reivindicación de la autonomía política y financiera de las provincias.

Quizás el aspecto más problemático del enfoque elegido por la autora sea la discusión, por momentos demasiado forzada, que plantea con las "versiones heredadas" de la historiografía sobre el período. El riesgo consiste en esquematizar y simplificar los términos de dicha discusión, opacando los alcances de la contribución que entraña el libro en términos de la necesidad de revisar, complejizar y cuestionar las interpretaciones predominantes.

Palabras clave: Paula Alonso- Partido hegemónico- Sucesión presidencial- Competencia intrapartidaria- Régimen político

[1] Buenos Aires: Edhasa, 2010.

* Doctora en Historia por El Colegio de México. Actualmente es Investigadora Asistente del CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras, UBA. La investigación que desarrolla se titula "Régimen y vida política en Buenos Aires. Entre el control y la participación (1880-1916)". Entre sus trabajos recientes pueden citarse `*Una explosión ruidosa de la indignación pública*. Deuda, honora nacional y protesta política en Buenos Aires del novecientos´, en Lobato, M. (comp.) (2011) *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*. Buenos Aires: Biblos, y (2009) `Orden, participación y conflictos. La política en Buenos Aires a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Miradas clásicas y nuevas aproximaciones´, en *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal* 34.

FECHA DE RECEPCIÓN: 05/07/2011 · FECHA DE ACEPTACIÓN: 30/08/2011

Summary

This essay suggests some clues to analyze the recent book by Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas.* Among the merits of the work stands an updated perspective on how the PAN consolidated and endeavored to legitimize its hegemony in the late nineteenth century. Alonso reconstructs the dynamics of competition between rival leagues within the ruling party (especially in the face of the presidential succession) and shows the influence it had on the functioning of national and provincial politics. She also puts forward a characterization of the mechanisms that Roquistas and Juaristas used to build their respective bases of power. In addition, she posits a new interpretation about the emergence of *Modernistas* and their demand for political and financial autonomy of the provinces.

Perhaps the most problematic aspect of the approach chosen by the author is the discussion, too forced at times, she holds with the so called "inherited versions" of historiography on the period. The risk is to simplify the terms of that discussion, so obscuring the extent of the book's contribution in terms of the need to review and challenge dominant interpretations.

Key words: Paula Alonso- Hegemonic party- Presidential succession- Parties competition- Political regime

La historia política argentina se ha renovado en las últimas décadas. Uno de los ejes alrededor de los cuales se articuló esa renovación ha sido el análisis de los complejos procesos que encuadraron la construcción del Estado y de la nación a lo largo del siglo XIX. La literatura más reciente en relación con esos temas ha logrado delinear "un contorno interpretativo diferente", en función del cual se ha modificado y enriquecido la visión que se tenía sobre la organización de una nueva comunidad política luego de la disolución del orden virreinal.[2] En ese marco, no obstante, llama la atención la ausencia de lecturas novedosas acerca del período que se abrió hacia 1880 precisamente con la afirmación del Estado central y con la llegada al poder de una coalición de alianzas provinciales que luego iba a dar lugar al surgimiento del Partido Autonomista Nacional (PAN). Han aparecido nuevos interrogantes, y tópicos que antes eran ignorados están siendo investigados desde perspectivas variadas. Pero ese movimiento no se ha plasmado hasta ahora en una interpretación global alternativa a las que constituyen el horizonte de referencia ineludible para quien desee explorar los procesos políticos que tuvieron lugar en la Argentina a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

En ese contexto, la publicación del nuevo libro de Paula Alonso era aguardada con interés. No solamente porque se trata de una las principales exponentes de la historiografía política actual dedicada al período del llamado *orden conservador* (1880-1916) sino porque además los adelantos que se fueron dando a conocer anticipaban ya la intención de la autora de elaborar una visión distinta de las establecidas acerca del funcionamiento de la política nacional durante los años de permanencia del PAN en el gobierno. Esa visión ha quedado plasmada finalmente en *Jardines secretos, legitimaciones públicas*. Alonso se propone examinar allí el modo en que fue "construido y dirimido" el poder político en la Argentina entre la llegada de Julio A. Roca a la presidencia en 1880 y la designación de Luis Sáenz Peña como candidato para los comicios de 1892. El recorte temporal elegido (básicamente, la decisión de restringir el análisis a la etapa que denomina "de consolidación del PAN en el gobierno") posee ciertas implicancias que serán consideradas más adelante. Por el momento, importa señalar que las claves del enfoque planteado por Alonso se encuentran en la descripción que realiza de la naturaleza "inorgánica" del PAN y en la reconstrucción que practica de una complicada trama de conflictos, negociaciones y acuerdos que se suscitaban en torno a la definición de la sucesión presidencial. Su intención es problematizar las explicaciones clásicas que, indica, no han prestado la atención debida a la existencia de una feroz rivalidad entre diversas facciones del *partido hegemónico* –así lo llama— que buscaban influir en la designación del candidato a ocupar la presidencia. Alonso sostiene que la dinámica interna del PAN impactó fuertemente sobre aspectos medulares del sistema político e institucional, pero esa circunstancia –agrega— ha permanecido opacada por el peso de la "versión predominante" de acuerdo con la cual "el presidente saliente elegía a su sucesor". (p. 15)

Como cualquier texto, también este libro puede ser objeto de múltiples y variadas lecturas. Mi propuesta en esta intervención consiste en formular algunas observaciones vinculadas tanto con el contenido del trabajo, el método de análisis empleado y los aportes que realiza, como con la perspectiva en la que se sitúa la autora frente a aquellas interpretaciones que busca revisar y cuestionar. El libro se basa en una minuciosa investigación que le permitió a Alonso explorar dimensiones de la historia política del período que habían sido escasamente abordadas. Por encima de la discusión –a veces demasiado forzada— con supuestas miradas reduccionistas o simplificadoras, creo que el gran mérito del libro reside en la posibilidad que ofrece de abrir nuevas problemáticas a partir de las cuales repensar los mecanismos de los que se valió el PAN para edificar su hegemonía.

Es necesario comenzar, entonces, observando los ejes alrededor de los cuales la autora despliega su argumentación. El punto de arranque es, como ya se señaló, la caracterización del PAN no como un partido propiamente dicho sino como "una borrosa

[2] Sabato, H. (2007) `La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada´, en G. Palacios, *Ensayos sobre la Nueva Historia Política en América Latina, siglo XIX*. México: El Colegio de México, pp. 83-94.

constelación de hombres vinculados con los gobiernos provinciales y el gobierno nacional" (p. 14). Alonso ha destacado en otras oportunidades las dificultades que se presentan al hablar del PAN en términos de una organización homogénea y disciplinada.[3] Vuelve a subrayar en este libro la falta de institucionalización interna y enfatiza asimismo la ausencia de pautas instituidas o incluso de criterios consensuados que pudieran regular "la principal función de todo partido político", esto es la selección de candidatos con los que disputar los puestos electivos. En lugar de ello, advierte, la decisión sobre las candidaturas era el resultado de enredadas negociaciones que se llevaban a cabo "en la trastienda" de la escena política. La llave de la elección presidencial, afirma, estaba en las provincias. La disponibilidad de votos en manos de los gobernadores y la existencia del sistema de juntas electorales para la elección de presidente y vice determinaban la relevancia de las situaciones provinciales. Era allí, en las provincias, donde los aspirantes a competir por la presidencia debían buscar sus apoyos a través de una combinación de presiones, persuasiones e intercambios de favores. Los acuerdos que se alcanzaban por esos medios –explica Alonso— daban lugar a la formación de coaliciones o *ligas*, cada una de las cuales aspiraba a dominar la política nacional con vistas a la siguiente elección. Las ligas no se configuraban en torno a programas u opciones ideológicas sino que respondían a liderazgos personales y tenían como base "cálculos numéricos de suma de poder": cuántos eran los apoyos que se podían recolectar y cuáles eran, por lo tanto, las posibilidades de ganar la contienda. Por eso también la fragilidad de esas alianzas, que se hacían y se deshacían constantemente.

Una primera conclusión que extrae Alonso es, por lo tanto, que la selección del candidato presidencial dentro del PAN constituía un proceso furtivo, "resistente al escrutinio público", que incluía transacciones y arreglos celebrados en los *jardines secretos* de la política. Esas negociaciones privadas, por otra parte, tenían su contracara en las batallas periodísticas que se libraban con el objetivo de legitimar *públicamente* las posiciones y el accionar de los distintos actores. Alonso ha estudiado en trabajos anteriores la importancia que tenía la prensa política a fines del siglo XIX, especialmente en la ciudad de Buenos Aires. Los diarios, ha mostrado la autora, eran herramientas fundamentales de las que se valía cada agrupación o facción política para difundir sus ideas y combatir las de sus adversarios.[4] Al introducir el tema también en el libro, Alonso apunta a resaltar la "inherente tensión" entre los acuerdos secretos que sostenían la construcción del poder, por un lado, y el rol que cumplían los diarios al hacer de la política "una cosa (relativamente más) pública", por el otro. En efecto, la tensión entre jardines secretos y legitimaciones públicas le da título al libro y articula además la organización de los ocho capítulos que lo componen. Lo cierto, no obstante, es que el verdadero núcleo del razonamiento de Alonso no se localiza allí, en el señalamiento de esa contradicción, sino en la pregunta que antes mencionábamos acerca de la huella que la dinámica interna del PAN imprimió sobre el desenvolvimiento de los procesos político-institucionales en un sentido más amplio. La pretensión es utilizar al PAN como "panóptico" de la política nacional y atender en particular a la instancia crucial de la elección presidencial en un contexto en el cual la imposibilidad de la reelección inmediata aceleraba notoriamente los tiempos de la carrera por la sucesión.

En relación con esta última cuestión, Alonso plantea la necesidad de revisar las que denomina "versiones heredadas de la política del período" y de discutir con ellas. Está claro que el interlocutor principal es, en ese sentido, Natalio Botana. Alonso retoma en parte el análisis que Botana desarrolló en su clásico estudio sobre el *régimen de hegemonía gubernamental* que los hombres del PAN montaron en 1880 y que les permitió mantenerse en el poder durante más de treinta años.[5] La autora reconoce expresamente que el concepto de *gobiernos electores* acuñado por Botana constituye el punto de partida de su propia exploración. El objetivo de Alonso es

[3] Por ejemplo, Alonso, P. (2003) `La política y sus laberintos. El Partido Autonomista Nacional entre 1880 y 1886´, en Sabato, H. y Lettieri, A. (coord.), *La vida política. Armas, votos y voces en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE, pp. 277-292.

[4] Entre otros, Alonso, P. (1997) `'En la primavera de la historia'. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa´. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"* 15: 35-70.

[5] Botana, N. (1994) *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana. [1era. ed. 1977]

destacar la capacidad que tenían los gobernadores provinciales de controlar los comicios en sus respectivos distritos. Esa capacidad de control –aclara— fue ejercida de manera distinta en cada una de las catorce provincias en que se dividía entonces el país, pero en términos generales el efecto fue poner manos de los gobernadores un caudal de votos que, dada la existencia del sistema de juntas electorales, terminaba definiendo la elección presidencial. Por esos motivos, desde la perspectiva de Alonso la fórmula de gobiernos electores resulta útil. El problema se presenta, en cambio, frente a la noción –obviamente central en el planteamiento de Botana— de régimen político. De hecho, la autora evita emplear ese término a lo largo del libro. Aunque no lo manifiesta de manera explícita, no es difícil percibir que la incomodidad que la idea de régimen genera en Alonso se vincula con la tendencia, que sí menciona, a concebir el sistema político de esos años como un esquema jerárquico y centralizado de relaciones de poder (una *escala de gobiernos electores*, diría Botana), en el cual el presidente, ubicado en la cúspide, disponía de una serie de instrumentos formales e informales de control que le permitían vulnerar los principios establecidos por la Constitución y asegurar de ese modo la supremacía de una reducida elite política. En el marco de esa "visión clásica", sugiere la autora, la conclusión parece ser que la dinámica política difícilmente podía escapar a los parámetros de un sistema vertical de controles que desde la presidencia alcanzaban al partido, a las provincias e incluso a las instituciones. Y en el centro de ese sistema de controles se hallaba el de la sucesión presidencial. Alonso busca reemplazar esa mirada (supuestamente demasiado simplista) por otra que contemple los intensos conflictos que se generaban dentro del PAN por el control de la sucesión y que tenga en cuenta asimismo el protagonismo que en relación con ello adquirían los dirigentes políticos provinciales. Las rivalidades y las negociaciones permanentes, la "maraña de grupos" que conformaban el partido, la existencia de numerosos pretendientes al cargo presidencial, todos esos factores –asegura Alonso— no hacían sino contrarrestar y, en última instancia, mitigar el peso de los mecanismos de control en manos del presidente. En consecuencia, sostiene, la dinámica de la política nacional debe ser vista en realidad como "un proceso cambiante, pautado tanto por las posibilidades, preferencias y estilos de los gobernadores, como por las de los presidentes de turno y los aspirantes a sucederlo" (p. 354). Ninguno de esos actores, recalca, poseía el dominio absoluto de todas las variables en juego.

Las observaciones de Alonso son, por supuesto, pertinentes. Ayudan a matizar una interpretación que ha sido durante mucho tiempo la preponderante y que precisa ser reconsiderada a la luz de las nuevas problemáticas y preguntas que han ido apareciendo. Corresponde anotar, al respecto, que Alonso consigue llenar de contenido y de movimiento el análisis de los procesos políticos que Botana tendía a observar desde una perspectiva más acentuadamente institucional. Sin embargo, no es posible dejar de advertir al mismo tiempo que en la discusión historiográfica que plantea Alonso termina delineando una perspectiva en algunos tramos forzadamente esquemática de las explicaciones que procura rebatir. La idea de régimen entraña, es cierto, el riesgo de simplificaciones, pero difícilmente podría negarse que la literatura más relevante dedicada a estos temas ha sabido eludir con éxito esos riesgos y, en primer lugar, el de suponer que el control de la sucesión presidencial operaba de manera automática. El propio Botana ha apuntado a propósito de ello que si bien la lógica del régimen se fundaba en "el control de la sucesión que el gobernante en funciones pretendía imponer sobre aquel que había de desempeñar el mismo cargo", esa pretensión chocaba luego en los hechos con "oposiciones, conflictos y efectos inesperados".[6] Desde ese punto de vista, no parece desacertado afirmar que la imagen que proyecta Alonso acerca de la competencia entre ligas que desde el interior del PAN peleaban por manejarlo y, junto con él, a la política nacional, viene a corroborar la percepción de "un orden ambivalente, duradero sin por ello dejar de ser inseguro".[7]

[6] Botana, N. (2005), `El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930´, en J. Nun (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*. Buenos Aires: Gedisa, p. 121; Botana, N. (1994), *op. cit.* p. ll.
[7] Botana, N. (1994), *op. cit.*, p. XXIII.

Por otra parte y directamente vinculado con lo anterior, conviene advertir también que un aspecto que Alonso no aborda en el libro es el de los controles que los gobiernos del PAN instrumentaban sobre la oposición y que eran indudablemente un componente importante de la hegemonía que detentaba el partido. Esa ausencia tiene que ver con el enfoque adoptado y no sería conducente en ese sentido reclamarle a la autora por cuestiones que no era su interés considerar. Le importa marcar, ante todo, que la flexibilidad interna del PAN, la capacidad de gestionar los conflictos que lo atravesaban evitando llegar a rupturas y escisiones, terminó siendo una garantía de su supervivencia. El recorte temporal que traza contribuye por lo demás a reforzar esa perspectiva, puesto que durante la década del ochenta la oposición (en particular los grupos políticos porteños que habían sido derrotados en 1880) permaneció desarticulada y marginada. Uno de los méritos del libro reside, por lo tanto, en mostrar que –en palabras de Alonso— "la competencia interpartidaria fue reemplazada por otra intrapartidaria entre las distintas ligas […] que se dibujaban dentro del PAN" (p. 16). Y, sin embargo, no habría que pasar por alto que cuando a partir de 1890 la oposición recobró protagonismo, los desafíos externos adquirieron una relevancia inusitada justamente porque se combinaron con las divisiones que recorrían al partido gobernante, debilitándolo. Si bien el trabajo de Alonso se detiene en 1892, queda pendiente la pregunta por el modo en que se procesaron los conflictos internos en el contexto de un nuevo escenario político convulsionado por las protestas, los levantamientos armados y por el surgimiento de una fuerza –el radicalismo— que rechazaba activamente el dominio del PAN.

Una objeción adicional que puede formularse se refiere al alcance de la dinámica de competencia intrapartidaria que describe Alonso y que, sostiene, contradice la suposición de que existía un alto grado de centralización en el manejo del partido y de la política nacional. La imagen de la disputa entre ligas rivales dentro del PAN resulta atractiva y convincente, especialmente para entender la manera en que se resolvió en 1886 la sucesión de Roca. Alonso ya había mostrado, de hecho, el modo en el que se armaron y quebraron acuerdos entre diversos sectores en esa coyuntura, hasta que finalmente rochistas e irigoyenistas abandonaron la carrera y Roca terminó aceptando –no imponiendo— la designación de Miguel Juárez Celman.[8] Seis años después, no obstante, la situación se presentaba bastante diferente. En el ínterin, y aunque la Revolución del Noventa había fracasado, Juárez Celman tuvo que renunciar y Roca, en alianza con Carlos Pellegrini, tomó el comando del partido. El conflicto provino entonces del surgimiento de la "aventura modernista", como la denomina Alonso, y de la postulación de la candidatura de Roque Sáenz Peña, pero la impresión que surge de la lectura del libro es que se desdibujó en ese contexto la dinámica de competencia interliguista o, por lo menos, que no operó tan claramente como en la elección de 1886. Roque Sáenz Peña contaba con el apoyo de una amplia coalición de intereses provinciales, pero contra ese intento se alzaba el afán de un grupo restringido (Roca, Pellegrini y, en combinación con ellos, Bartolomé Mitre) de resolver de manera centralizada la cuestión de la sucesión. Y eso fue lo que finalmente ocurrió con el lanzamiento de la candidatura de Luis Sáenz Peña.

Ahora bien, más allá de las discrepancias que pueden enunciarse en relación, esencialmente, con el lugar en que Alonso busca ubicar su trabajo en clave historiográfica, el libro supone un gran aporte para el estudio de la política en los años que aborda la autora y para pensar asimismo los que siguieron. Un primer aspecto a destacar es el esfuerzo que la autora realizó para reunir y luego analizar un nutrido corpus documental, compuesto primordialmente por la correspondencia entre líderes políticos nacionales y provinciales. El abordaje metodológico que propone le permite mostrar la significación que adquirieron las situaciones provinciales en el armado de la dinámica política a nivel nacional. Alonso diseñó un método de análisis "caleidoscópico" –así lo llama— con el cual dar cuenta de la configuración de ligas en las catorce provincias y de la contienda que se establecía entre ellas. Consigue así trazar las imbricaciones que se iban tejiendo entre la política nacional y las políticas provinciales en relación con la pelea por la selección del candidato presidencial.

[8] Alonso, P. (2003), *op. cit.*

Como ya se apuntó, las bases de apoyo necesarias para tomar parte en esa competencia se fabricaban tratando de sumar a quienes controlaban los votos, es decir, los líderes provinciales. El recorrido del libro va desentrañando los vaivenes que siguió la conformación de esas alianzas cuyo soporte era la exigencia que enfrentaban los que manejaban (o aspiraban a manejar) la política provincial de asegurarse el acceso a recursos que se distribuían desde el gobierno nacional: créditos, obras de infraestructura, empleos, protección del ejército nacional, etcétera. El clientelismo, afirma Alonso, fue un elemento central para la construcción de las coaliciones. Los votos y la lealtad se obtenían a cambio de recursos.

Otra línea que explora el libro, y que merece igualmente ser resaltada, es la de las diferencias que es posible marcar entre el roquismo y el juarismo en tanto formas de fabricar y de ejercer el poder. Según explica Alonso, el roquismo se configuró como un sistema de poder en el que el presidente tenía una considerable capacidad de intervenir en los asuntos provinciales. Roca negociaba directamente con gobernadores, diputados y senadores. Su gran preocupación era mantener la estabilidad política y fortalecer al Estado nacional, y se valía para ello del partido convirtiéndolo en una herramienta con la cual negociar con la finalidad de que los antagonismos no derivaran en choques violentos. Frente a ese modelo, sugiere, Juárez Celman puso en práctica un estilo de conducción diferente, menos centralizado. Juárez no intervino para oficiar de árbitro o para beneficiar a algún sector en particular en las luchas que se libraban dentro del PAN. Tampoco buscó controlar la labor del Congreso. Más importante todavía, les aseguró a las provincias libertad para manejar sus asuntos políticos y para dirigir el funcionamiento de sus economías, fundamentalmente la distribución de créditos y la impresión de moneda. Juárez construyó así, sostiene Alonso, un sistema de lealtades que no dependía del control personalizado de la política nacional que había ejercido su antecesor.

La caracterización que Alonso elabora aquí del juarismo difiere de las interpretaciones más arraigadas, incluso de la que ella misma había planteado con anterioridad. En su trabajo sobre los orígenes de la UCR, Alonso describió los rasgos que consideraba centrales del gobierno de Juárez Celman: la terquedad, la impaciencia y la intolerancia. Juárez, argumentaba Alonso entonces, no solamente había menospreciado y ridiculizado a sus oponentes a través de la prensa; había intentado asimismo socavar el poder de Roca, sirviéndose para ello de "todos los medios a su alcance": desde autoproclamarse el *jefe único* del partido hasta fabricar rebeliones o acudir a la intervención federal para remover a los gobernadores que no aceptaban ser incondicionales.[9] Resulta interesante contraponer ese retrato con el que ahora brinda desde las páginas del nuevo libro. El punto de partida es en este caso la situación de debilidad en la que –observa la autora— Juárez se hizo cargo del poder en 1886, la falta de capital político propio y la precariedad de su autoridad, tanto dentro como fuera del partido. La clave para explicar la manera en que a partir de esa debilidad inicial Juárez edificó su poder hay que buscarla, según esto, en la implementación de una política de "lealtad y *laissez-faire*" respecto de las provincias. Estas últimas podían disfrutar de una considerable autonomía en el manejo de sus asuntos políticos y financieros siempre y cuando los gobernadores ratificaran a cambio la lealtad que le debían al presidente.[10] Desde ese punto de vista, el *unicato* aparece como una forma descentralizada de ejercicio del poder, "una dinámica en la que el poder fluía, ida y vuelta, entre las provincias y la presidencia" (p. 224). La caracterización del juarismo en esos términos es provocativa y seguramente discutible en algunos puntos, pero eso mismo es lo que, por otro lado, la vuelve más interesante. Está claro, por lo demás, que esa estrategia de construcción de poder tenía límites. La renuncia de Juárez Celman después del fallido alzamiento de la Unión Cívica y mientras el país se hundía en la debacle económica, no hizo más

[9] Alonso, P. (2000), *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 75 y 76.

[10] El análisis de Alonso se articula fuertemente en este punto con el que Pablo Gerchunoff, Fernando Rocchi y Gastón Rossi efectuaron sobre la política económica llevada adelante por Juárez Celman. Ver Gerchunoff, P., Rocchi, F. y Rossi, G. (2008) *Desorden y progreso: las crisis económicas argentinas, 1870-1905*. Buenos Aires: Edhasa, pp. 77-119.

que poner en evidencia "la situación de gran vulnerabilidad" que, indica Alonso, se escondía detrás de la doctrina del jefe único. Juárez tuvo que alejarse pero –recalca— su renuncia "no fue resultado del accionar de los adversarios fuera del partido sino, principalmente, de los grupos desilusionados dentro de él" (p. 363).

Por otra parte, como es bien sabido, el abrupto desenlace de la carrera de Juárez no implicó el final del juarismo, que encontró una prolongación en el surgimiento de la corriente modernista dentro del PAN. Precisamente, la importancia del análisis de Alonso radica también en la atención que le reserva al tramo que se extiende entre la renuncia de Juárez Celman, a principios del mes de agosto de 1890, y el retiro de la candidatura presidencial de Roque Sáenz Peña en febrero de 1892. A lo largo de esos "intensos dieciocho meses", indica, se libró un auténtico duelo entre los roquistas que retornaban al ruedo y los antiguos juaristas ahora devenidos modernistas. Roca y Pellegrini destinaron todos sus esfuerzos a desmantelar el modelo de autonomía política y económica de las provincias que había sido fijado durante los años previos. Roca, especialmente, presionó para restaurar su estilo centralizado de conducción de la política nacional. En este último aspecto focaliza su atención Alonso y es desde allí que propone una nueva mirada sobre los procesos que se encadenaron durante esos meses y que llevaron finalmente a que Roque Sáenz Peña tomara la decisión de resignar su candidatura. Alonso sostiene que el acuerdo con Mitre se correspondía "en su forma y contenido" con el estilo político de Roca, basado en las transacciones y los arreglos secretos que esta vez incluían también a un sector de la oposición, el más moderado. El punto central de la argumentación que Alonso desarrolla en esta parte del libro se encuentra en su definición del modernismo como una reivindicación de la autonomía que las provincias habían obtenido (y disfrutado) durante el gobierno de Juárez Celman y, en consecuencia, como una resistencia frente a la tentativa del roquismo de reforzar los controles desde el centro hacia las partes. El modernismo, señala Alonso, representó "un intento de construcción de un sistema partidario descentralizado basado en los gobiernos provinciales, en el que se le recordaba al Estado nacional que las provincias eran la fuente de su riqueza, y exigían un mayor protagonismo en el control de la sucesión por medio de convenciones partidarias que ofrecieran el marco para la deliberación y garantizaran la democracia interna" (p. 365). Ese intento falló. Roque Sáenz Peña se bajó a último momento de la carrera presidencial presionado por el lanzamiento de la candidatura de su padre. Es conocida la historia de esa maniobra que orquestaron Roca y compañía, pero lo que le importa subrayar a Alonso es que se produjo en ese contexto el triunfo de la centralización política y partidaria. El fracaso del modernismo fue también el del ensayo de dotar al PAN de una mayor institucionalización y de conformar una dinámica política que brindara mayor autonomía política y económica a las provincias.

El recorrido del libro concluye, entonces, en 1892, pocos meses antes de las elecciones que habrían de conducir a Luis Sáenz Peña a la presidencia. Alonso justifica el recorte temporal en función de las dificultades que supondría extender en el tiempo la observación del intrincado funcionamiento de las ligas en el interior del PAN. Por otra parte, la autora considera que el intervalo de tiempo escogido "fue suficiente para subrayar la relevancia de analizar la política como un proceso que, sin bien es pautado por el sistema institucional, también lo transforma" (p. 19). Evidentemente, la apuesta metodológica que realizó Alonso impone ciertas restricciones. Podría agregarse incluso que la alternativa de acotar la investigación se condice también con la advertencia que ella misma formuló en otras oportunidades acerca de la importancia de marcar cortes y discontinuidades dentro de una época –la de la llamada "Argentina moderna"— que tradicionalmente ha sido vista como un único bloque.[11] Al mismo tiempo, no obstante, es casi inevitable que una vez concluida la lectura del libro surja la pregunta acerca de cómo pensar, desde la óptica que propone Alonso, los procesos políticos que se abrieron a partir de 1892. Como sabemos, se inauguró entonces un período de gran inestabilidad política que incluyó nuevas rebeliones armadas, una intensa movilización electoral, reiteradas manifestaciones callejeras y una activa intervención de la prensa. La crisis en la

[11] Alonso, P. (1998) `La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario´. *Anuario IEHS* 13: pp. 393-418.

que se hundió la UCR hacia fines de los noventa ciertamente desgastó la influencia de la oposición, pero el dinamismo de la vida política no se extinguió ni se apagaron tampoco las críticas frente al estilo político excluyente que ponían en práctica los hombres del PAN. Los dilemas que estos últimos tuvieron que enfrentar a partir de ese momento ya no se circunscribieron a las disputas internas por el control de la sucesión presidencial sino que giraron también en torno a la manera de lidiar con la intensificación de la movilización política. Además, en el marco de la escisión dentro del partido que finalmente se produjo cuando en 1901 se quebró la alianza entre Roca y Pellegrini, la cuestión más apremiante pasó a ser si encarar –y cómo hacerlo— la transformación del sistema de poder que habían montado veinte años atrás. Al respecto, Alonso sugiere que los imperativos que trajo consigo el debate sobre la reforma política (en particular la necesidad en la que se encontraron los líderes del PAN de adoptar posiciones más dogmáticas que las que hasta entonces habían sostenido) terminaron atentando contra la flexibilidad interna del partido y, por lo tanto, contra la posibilidad de neutralizar las tensiones que lo recorrían.

Pero más allá de las preguntas que pueden formularse hacia adelante y que, en todo caso, el libro tiene la virtud de actualizar, es indudable que el trabajo de Paula Alonso constituye un aporte fundamental para mirar la política de fines del siglo XIX y para continuar indagando sobre sus formas y actores. En mi opinión, el contrapunto que la autora busca instalar con las interpretaciones clásicas termina siendo quizás el aspecto menos atractivo de su análisis. Alonso introduce elementos nuevos, complejiza algunas aristas y cuestiona otras, pero no propone una interpretación alternativa sino más bien un complemento valioso e indudablemente necesario de aquellas interpretaciones ya instaladas. En ese sentido, y para concluir, es importante destacar que el libro contribuye decisivamente a perfilar una nueva mirada acerca de la manera en la que los hombres del PAN erigieron –en los años que Alonso examina— un sistema de poder hegemónico destinado a perdurar durante casi cuatro décadas. La autora muestra las dimensiones prácticas y simbólicas de ese proceso, visto en función de la naturaleza híbrida y maleable del propio partido gobernante. Pero además confirma la relevancia de una perspectiva que privilegie el ejercicio de contemplar "el proceso de la política –en lugar de concentrarse en los resultados—" (p. 18). El trabajo logra de ese modo ofrecer una interpretación no lineal y, en consecuencia, más rica, de las circunstancias en que el PAN edificó su dominio y buscó legitimarlo.

POLÉMICA

En el número 7 de PolHis fue publicada la sección Género y política. Uno de los artículos que la componen, “Los límites de la abstracción: individuo, sociedad y sufragio femenino en la reforma constitucional de San Juan (1927)”, de Luciano de Privitellio, dio origen a esta POLÉMICA, de la que participan Dora Barrancos, Adriana Valobra y el mencionado autor.

El lector encontrará en las páginas que siguen un debate académico y fructífero, por momentos acalorado, donde cada uno de los participantes hace honor a la diversidad de enfoques, argumentos y preguntas que atraviesan hoy el campo historiográfico referido al tema.

En adelante, cuando se susciten diferencias con alguno de los artículos publicados, PolHis dará, como en este caso, la posibilidad de someterlos una vez a réplica y contrarréplica. Posteriormente, si otros investigadores desearan sumarse a la discusión, se los invitará a presentar nuevos artículos relacionados con la cuestión, los que serán sometidos a arbitraje externo.

Dora Barrancos
Los límites de la interpretación: el sufragio femenino en la iniciativa cantonista de 1927

Adriana María Valobra
Paradojas de la historia política. Aportes para la construcción de un debate

Luciano De Privitellio
A propósito de los comentarios a mi artículo:
“Los límites de la abstracción: individuo, sociedad y sufragio femenino
en la reforma constitucional de San Juan (1927)”

Los límites de la interpretación: el sufragio femenino en la iniciativa cantonista de 1927

Por Dora Barrancos[□]
(UBA- UNQ- CONICET)

"La diferencia sexual es una diferencia política, la diferencia sexual es la diferencia entre libertad y sujeción. Las mujeres no son parte del contrato originario a través del cual los hombres transforman su libertad natural en la seguridad de la libertad civil. Las mujeres son el objeto del contrato"

Carol Pateman, "El contrato sexual"

Dado que algunos de mis trabajos han sido aludidos en el artículo de Luciano de Privitellio "Los límites de la abstracción: individuo, sociedad y sufragio femenino en la reforma constitucional de San Juan (1927)"[1], me mueve el ánimo de discurrir con el autor con el objeto de problematizar su peculiar ingreso a los estudios relacionados con la condición de las mujeres y las relaciones de género.

En primer lugar, me sorprende que me atribuya cualquier apego a la idea de una *inmanencia irreprimible del impulso modernizador*, tal como en términos más o menos equivalentes De Privitellio se refiere a mis ideas. Es evidente que el autor no las conoce bien, pero sobre todo está muy distante de los aportes del feminismo crítico y especialmente de la historiografía de las mujeres producida en muy diversas latitudes. Entre los retos más significativos lanzados a la "modernidad" se encuentran los provenientes de esa espesa masa de investigaciones de más de cuarenta años de forja. El feminismo historiográfico puso sobre el tapete los significados controversiales, a menudo involutivos, de fenómenos históricos que pudieron significar para la historiografía "al uso" un nuevo estadio para la individuación masculina. Recordaré tan sólo a una notable precursora, Joan Kelly-Gadol (1977),[2] quien mostró el retroceso del estatus femenino durante el Renacimiento. Podrían seguir los ejemplos hasta el hartazgo para disuadir a nuestro colega de que la historiografía de las mujeres que se precia de tal no comulga con principios universales, ni con esencias y menos aún con estatutos

□ Doctora en Historia –UNICAMP- Brasil, Profesora Consulta de la UBA. Directora de la Maestría y del Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades de la UNQ. Investigadora Principal del CONICET y Directora del CONICET desde mayo de 2010. Se ha especializado en historia de los sectores subalternos, en particular en historia de las mujeres. Entre su vasta producción se destacan los libros *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores 1890-1930* (Plus Ultra); *Inclusión/Exclusión* (FCE), *Historia con Mujeres. Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos* (Sudamericana); *Mujeres, entre la casa y la plaza* (Sudamericana).

[1] *PolHis* nº 7, 1º semestre de 2011.

[2] Kelly-Gadol, J. (1977), `Did Women Have a Renaissance?´, en Renate Bridenthal & Claudia Koonz (eds.), *Becoming Visible: Women in European History*, Boston: Houghton-Mifflin.

teológicos. Tal vez no fui del todo clara en el libro que dediqué a la situación de las mujeres en nuestro medio,[3] apoyada por una enorme saga contributiva, en el cual la segunda mitad del siglo XIX se presenta como un paradójico momento de retroceso- mientras se despliega la "modernidad" institucionalizante- debido a la sanción de la inferioridad jurídica de las mujeres en 1869 (merced a los códigos antecesores de Prusia y de Francia, sobre todo a este último, promulgado por Napoleón Bonaparte y, como es sabido, de enorme impacto en Latinoamérica). Ese retroceso fue moneda corriente en la mayoría de los países occidentales y sin duda un estímulo decisivo para el surgimiento del feminismo. Es cierto que en una nota al pie al menos el autor me cita para señalar lo que vengo sosteniendo: que el proyecto modernizador liberal en la Argentina tuvo limitadas convicciones sobre la soberanía de los individuos –acicateado por una perspectiva no enteramente secular, inflexiva ante la Iglesia- y que careció de la radicalidad de la fracción colorada uruguaya, capaz de ir más lejos en materia de derechos individuales (entre otras medidas, sancionó el divorcio vincular), anticipando ciertos derechos de las mujeres.

El autor ha tomado una frase mía con abuso de literalidad, la que se refiere a la "*meta celestial de la igualación de los sexos"*. ¿Es necesario aclarar que se trata de una locución irónica frente a la expectativa esencialista de las protagonistas que creían que el progreso se encargaría de la igualación? ¿Puede descontextualizarse esa frase del examen crítico en la que está inmersa? Hay al menos dos entradas de mi texto que contrarian la interpretación literal que el autor ha conferido a la frase. La primera se refiere a las perplejidades que atravesaban a las propias huestes feministas, que exhibían dudas sobre la "universalidad" del voto femenino. ¿O no es esto lo que advierto en las primeras posiciones de Alicia Moreau, dispuesta a aceptar el punto de vista del momento que abogaba por las virtudes que debía tener el ciudadano? En efecto, Alicia creía que había que educarse, prepararse para el ejercicio del voto, lo que implicaba recorrer varios estadios, y las mujeres parecían estar lejos todavía en 1910. Más adelante podría sobrevenir la "universalidad" del sufragio. La segunda se refiere a la "comunidad de sentimientos" de buena parte de las feministas: la idea de que las mujeres, porque estaban menos contaminadas, iban a resolver los grandes males sociales y su legislación sería mejor. Esa falacia argumentativa da cuenta del espíritu de época de aquel feminismo precursor que he tratado de manera crítica, sin dispendio de esfuerzos, ¡para dar lugar a la hagiografía o a la "adjetivación heroica"!

Y ya que he introducido el concepto de "universalidad del voto" que esgrimirá el feminismo en su saga renovada durante los años 1920 –década que trae singulares transformaciones, incluida la reforma cantonista-, replicaré las presunciones de esencialismo que una vez más el autor atribuye a mis posiciones. Indago el pasado en los términos de sus propias concepciones, sensibilidades y sentimientos, y creo haber hecho esfuerzos incontestables para evitar los anacronismos. En efecto, se trata del "sentido de la universalidad" que atravesaba a las diferentes agencias políticas, que en aquellas décadas sostenía que el derecho de ciudadanía -se pensase con la tradición "a la francesa" o a la "anglosajona"-, se subsumía en la idea de *ciudadanía cívica*. Ahí terminaba el concepto de ciudadanía y "los diferentes sentidos de la universalidad del voto" probablemente adquirieran formas de oxímoron: se trataba en verdad de especular acerca de *a quienes retacear la universalidad*. No hay dudas de que las feministas contestaron la insidiosa noción de "universalidad", como dijo Virginia Woolf refiriéndose al singular movimiento de las Pankhusrt, y con un mínimo de recursos económicos hicieron la más impactante transformación social de su época[4]. Creo que Rosanvallon invita a pensar en ciertos efectos del pasado sobre el presente, puesto que no se le puede pedir al pasado lo que en verdad es una tarea del ahora, la obligación de que nuestras reflexiones y nuestras acciones (des)"naturalicen una idea de universalidad como verdadera", tal como solicita De Privitellio. Aunque creo que

[3] Barrancos, D. (2007), *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires: Sudamericana.
[4] Woolf, V. (1980), *Tres guineas*, Buenos Aires: Lumen.

nuestro colega estará de acuerdo en que es éticamente imperioso abogar por una sociedadbasada en el reconocimiento y la equidad para todos los seres humanos, teniendo en cuenta sus diferencias, que justamente deben constituirlos/las como "individuos". Con lo que avanzamos sobre las posiciones de Joan Scott -no es sólo una cuestión de las "diferentes" mujeres– para la conquista de algo más amplio que la antigua noción de ciudadanía: se trata de la tendencia "universal" por garantizar derechos humanos. Una gran cientista política feminista, Iris Marion Young[5], formuló una teoría que contestó mucho más agudamente las nociones de "ciudadanía" y apostó a nuevas formas de representación de los/las "diferentes" que ya no debían admitir una mediación vicaria.

El análisis de De Privitellio argumenta sobre el cambio notable de la noción de ciudadanía empleada por el cantonismo, que se contrapone por completo –según su apreciación- a las fórmulas interpretativas de 1912. Esa reforma sustancial se plasma en la Constitución de 1927, que además otorga el voto a las mujeres. Aunque creo que la reforma radical se refiere sobre todo a la eliminación de la representación proporcional (el debate con las minorías debe darse ex ante y no en la legislatura, donde la mayoría debe reinar sin obstáculos), dando lugar al distrito uninominal. Sorprende que el autor no haya sido exigente en la interpretación de los diversos sentidos de este cambio -que eliminaba a las fuerzas opositoras como necesarios contrapesos en la vida parlamentaria-, limitándose, con algunas incursiones propias, a transliterar las argumentaciones del líder del bloquismo, Federico Cantoni, en el sentido de que la nueva fórmula representacional permitiría un mejor escudriñamiento de las necesidades distritales que harían más tangibles las relaciones con el representante. El autor sostiene que se trató de un paso importante (¿un *avance,* dicho de modo trémulo, para quien desea desterrar cualquier metáfora de la "construcción de ciudadanía"?), una vez que se trató de destronar al "ciudadano abstracto". No voy a detenerme en el análisis del cantonismo y de ese giro acerca, nada menos, que del orden representacional, aunque estoy convencida de que el autor no ha buceado suficientemente sobre el sustento de esa posición de cuño restrictivo. Pero sí me demoraré en la interpretación que De Privitellio realiza sobre "la gran transformación del principio de ciudadanía" en lo que respecta a la incorporación a la vida política de las mujeres. La verdad es que indiciar el orden privado como central en la vida social y política -que el autor atribuye a la completa alteración del concepto de ciudadanía del "tempo" cantonista- ha sido una preocupación de la institucionalidad llevada adelante por los estados modernos: lo primero que reglaron fue el derecho privado. Más tarde vino el derecho público y Richard Sennet ha visto muy bien lo que, en rigor, una vieja acumulación de anatemas contra la burguesía ya había observado: la esfera pública significó una colonización de lo privado[6]. ¿La preocupación por dar representación a lo privado –la "organicidad del voto"– es algo nuevo o bastante más viejo que el avance matizado del "ciudadano abstracto" del saenzpeñismo? Y más allá de la aparente vinculación de la tríada *distrito - vida privada – esfera pública* que traería el voto distrital uninominal, ¿en qué se modificaba el estatuto cívico y civil de los varones? No sabemos cómo ni cuánto se alteraba la vida de los varones (sí por cierto, que enfrentaban *una reducción de lo múltiple representado*, más allá de las capciosas argumentaciones de Cantoni), pero sí conocemos, con todas las letras, que las mujeres ingresaban a la vida política *porque eran* amas de casa, que se les otorgaba el voto en calidad de custodias del hogar, como sujetos de alta significación reproductiva. *Eso es precisamente lo que apreciaron desde muy antiguo, al menos desde el fin del Antiguo Régimen, los varones (y las propias mujeres) para que se les reconocieran derechos*. Hasta tiene un nombre, "dilema Wollstonecraft" (1792), esa paradójica circunstancia de que el derecho les es concedido a las mujeres porque están mucho más cerca de la Naturaleza, porque deben nutrir y cuidar, porque son el alma del hogar. Deberíamos recordar que el gran amigo de las mujeres, Condorcet, ya cifraba en esos precisos atributos el necesario otorgamiento del derecho a sufragar. Buena parte del feminismo iniciático se apoyó en el anclaje

[5] Young. I. (2000), *La justicia y la política de la diferencia*, Madrid: Cátedra.
[6] Sennet, R., (2002), *El declive del hombre público,* Madrid: Península.

reproductivo para abogar por prerrogativas y no hay en el examen de De Privitellio ninguna aproximación a esta vieja arcadia que reverberó en los designios del cantonismo. La revolución del concepto de ciudadanía ha entusiasmado al autor en un sentido divergente de sus propios principios. Espejismo intelectual con la irrupción de cambios que parecen asegurar "progreso indefinido". Cautela, tratándose de la condición de las mujeres, lo nuevo puede ser muy añejo.

Paradojas de la historia política. Aportes para la construcción de un debate□

Por Adriana María Valobra*
(CINIG, IDIHCS, UNLP - CONICET)

El historiador Luciano de Privitellio emerge como uno de los representantes más conspicuos de una de las vertientes dominantes en la historiografía política argentina. Es esta condición en el campo historiográfico lo que hace atractiva la invitación del *Boletín de Historia Política* a debatir sobre su producción reciente en torno a un tema en el que se ha incursionado poco, incluso en la renovada historia política de los últimos años. El caso de San Juan y los derechos políticos femeninos podrían pensarse a partir de una perspectiva que cruce la dinámica política, los estudios regionales/provinciales y la historia de las mujeres y género en nuestro país. Por ello, lo primero que resalta en la propuesta de De Privitellio es el intento de analizar la reforma de la Constitución de San Juan en 1927 y el especial énfasis que pone en el sufragio femenino que ésta consagró. Retoma, entonces, un tema considerado área de vacancia, pues fue apenas tratado en algunos estudios contributivos y en otros, fue enfocado de manera colateral.[1] Así, el artículo entusiasma por el tema que se propone explorar.[2]

Para reflexionar sobre ese caso histórico, el autor se posiciona en una crítica historiográfica y teórica a los estudios de género. En efecto, De Privitellio basa su argumentación en la idea de que el sufragio femenino concedido a las mujeres por la Constitución reformada de 1927 "no puede ser considerada simplemente como una 'ampliación de la ciudadanía' o una mera 'concesión de un derecho antes negado' (tal como suele considerarse en la mayor parte de los estudios realizados desde la perspectiva de género), sino que debe ser analizado en el marco de una resignificación completa de lo que sería la política y, por lo tanto, del significado de la categoría de 'ciudadano'".

No obstante, la hipótesis de partida del autor presenta algunos problemas que se evidencian a lo largo del artículo, tanto en el modo en que construye la matriz conceptual como en la forma de argumentar y reflexionar acerca de la producción referida al tema. En este sentido, nos proponemos establecer algunas consideraciones en torno a esos ejes señalando los aspectos teórico-metodológicos, las reflexiones sobre el estado del arte y la interpretación histórica que propone el autor.

□ Agradezco los comentarios de mi maestra, mis colegas y discípulas a esta versión y la posibilidad de reflexionar sobre nuestra práctica de manera respetuosa para con nuestras diferencias.

* Docente en la UNLP e Investigadora Adjunta CINIG, IDIHCS, UNLP - CONICET. Compiló *Mujeres en espacios bonaerenses* (EDULP, 2009); co-compiló, *Generando el peronismo. Estudios de cultura, política y género* (Proyecto Editorial, 2004) y *La Fundación Eva Perón y las mujeres: entre la provocación y la inclusión* (Biblos, 2008), y es autora de *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946-1955* (Prohistoria, 2010). Cuenta, además, con publicaciones en revistas especializadas y libros nacionales e internacionales.

[1] Cfr. Valobra, A., *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946-1955*, Rosario, Prohistoria, 2010, p. 18 y nota 12, en la que se detalla la bibliografía que ha aportado al tema.

[2] de Privitellio, L., "Los límites de la abstracción: individuo, sociedad y sufragio femenino en la reforma constitucional de San Juan (1927)", *PolHis* nº 7, primer semestre de 2011: 59-77.

1. En términos teóricos, esta intervención presenta dos grandes núcleos más o menos implícitos: el primero, el modo en que se considera la teoría de género, y el segundo, las ideas tácitas sobre el concepto de ciudadanía.

En relación con la cuestión de género, en el estudio se desaprueba la noción de paradojas con la que Joan Scott –historiadora que renovó los estudios sobre las mujeres al dar cuenta de la potencialidad de la categoría de género para pensar las diferencias entre los sexos como constructos sociales– reflexiona sobre las luchas feministas. Según esta perspectiva, la lucha histórica por los derechos de las mujeres se mantuvo dentro de una cierta concepción de la ciudadanía en la que el universo de posibilidades era restringido y masculinizado. Las opciones se dirimían entre una igualdad política social y una diferencia (supuestamente natural), como si se tratara de nociones opuestas que, en realidad, no lo son, pues lo contrario de igualdad es desigualdad, y de diferencia, mismiedad. Así, se exigió igualdad, pero era la igualdad de los hombres. Al mismo tiempo, se reclamó que se valorizaran las capacidades y actividades consideradas como propias de las mujeres, pero tal diferencia era la base de la exclusión de la ciudadanía. Esta paradoja puede rastrearse a lo largo de las intervenciones femeninas en Francia, que es lo que Scott reconstruye en su investigación.

Estas tensiones son desestimables para De Privitellio en relación con el caso de San Juan y esa postura puede generalizarse respecto de cualquier lectura con perspectiva de género. En efecto, el autor no hace un examen cabal de la producción existente sobre la temática, pero se apresura a desestimarla. A veces entrecomillada, otras no, la presenta como un conjunto homogéneo representado de manera excluyente en términos teóricos por la propuesta de Scott. En efecto, De Privitellio omite vinculaciones con otras postulaciones tales como las que realizara Carole Pateman sobre el denominado dilema Wollstonecraft. La referencia a la cuestión de género se introduce así de manera liviana y desconociendo otras investigaciones que formulan reflexiones tan enriquecedoras como ésta a la hora de pensar el tema. Sin hacer un detalle exhaustivo, pueden considerarse además a Adrienne Rich, Chantal Mouffe, Iris Young, Nancy Fraser o Kate Millet, entre las más clásicas impulsoras del debate sobre la ciudadanía política y las reflexiones en torno a lo que Scott denominó “paradojas”.

Luego, la noción de sufragio se introduce en el texto a partir de la exégesis de la obra de Pierre Rosanvallon. Fundamentalmente, De Privitellio glosa las advertencias de este autor acerca del recaudo de no incurrir en una historia teleológica del sufragio con un sentido normativo. Esta aceptación literal de las reflexiones del historiador francés no evita que De Privitellio evada los problemas que propone evitar. Fundamentalmente, se extraña una reflexión sobre la noción de ciudadanía y un esclarecimiento más acabado respecto del contexto político en el que ésta se desarrolla. La matriz conceptual desde la que el historiador argentino postula sus ideas apenas está expresa y parece más bien unidimensional, limitada al sufragio del cual se evidencia la dimensión normativa, abstrayéndose de abordar otras aristas para considerarlo. En verdad, el autor evita hacer pie en la noción de ciudadanía y elude así inscribir en ella el problema del sufragio y la representación. Asimismo, al inhibirse de cualquier comentario sobre la participación en el ámbito político más allá del mero voto, elude también cualquier otra dimensión vinculada a la ciudadanía política en el marco del sistema sociopolítico sobre el que reflexiona. En este caso, tampoco queda explícita la razón acerca de por qué la representación –concebida como una representación de tipo organicista– no involucra a las mujeres.

Estas posturas teóricas impactan, lógicamente, en el corpus documental y en la construcción misma de los datos. El efecto de una lectura enfocada en la dimensión normativa del sufragio conlleva la sobredimensionalización de un aspecto del fenómeno jurídico que analiza, que se traduce en la expresión de un debate político coyuntural exclusivo. De tal modo es así que el estudio se basa, también de manera excluyente, en los debates compendiados en los diarios de sesiones que constituyen las fuentes del análisis. Sin

desconocer la dificultad que supone escribir sobre un caso en el que lo más accesible son, precisamente, esos diarios de sesiones –aunque también lo son los periódicos de la época, que en este caso no han sido consultados–, llama la atención que estos debates sean apenas introducidos como pasajes ilustrativos que incluso no permiten alcanzar las deducciones que el autor realiza.[3] En esa tesitura, se borran aspectos culturales y sociales que atañen a la comprensión del fenómeno jurídico y que van más allá de la cuestión formal normativa, de la que, claro, no se puede prescindir.

2. El segundo núcleo de nuestras consideraciones respecto del artículo de marras nos obliga a señalar que las hipótesis y argumentaciones del autor están formuladas sobre la base de varias estrategias: una, la simplificación y/o falsación; otra, la descontextualización; y finalmente, la omisión de las lecturas que hemos realizado quienes venimos trabajando en la problemática de la ciudadanía con posturas analíticas semejantes o divergentes.[4] Esto parece sustentarse en un ostensible intento de descalificación de esos aportes cuya contracara es la referencia celebratoria a la propia producción y a la de los más allegados a la propia línea interpretativa.

Con esas estrategias, el autor describe un campo yermo desde el que posicionarse pues –supuestamente– la semilla de la historia de las mujeres y del género no ha fructificado en producir una "resignificación completa de lo que sería la política". Es sobre ese vacío que De Privitellio construye la investigación que le permitirá realizar su proeza historiográfica en relación con el tema. En vinculación con ello, el historiador señala que "los análisis existentes sobre el sufragio femenino en Argentina suelen atender a una dimensión parcial de la cuestión que, en cierto sentido, reflejan un problema más general que suelen desplegar los estudios sobre el sufragio. Todos ellos se instalan en lo que podríamos denominar, siguiendo a Pierre Rosanvallon, una historia heroica del sufragio que en cierto sentido cristaliza y naturaliza una visión única de esta práctica" (p. 62). En esa tesitura, intenta demostrar que –lejos de cualquier paradoja– la principal contribución de su investigación será la inserción del sufragio femenino en un proceso reformista más amplio impulsado al calor de los avatares de la entreguerra y que habría llevado a reformas de corte organicista en San Juan.

En este sentido, el trabajo no plantea un debate académico en tanto, además de la simplificación y el escaso reconocimiento a esas contribuciones, no dialoga cabalmente con trabajos señeros. Estas estrategias, que podrían fungir como tercera consideración respecto del artículo en cuestión, son particularmente relevantes en cuanto al silencio sobre las reflexiones de Marcela Nari y sus ideas sobre la maternalización de las mujeres y la politización de la maternidad.[5] Esas nociones cardinales le hubieran servido al autor para comprender –o al menos para discutir– el desplazamiento que significó el advenimiento del maternalismo político respecto de los estereotipos hegemónicos construidos desde fines del siglo XIX y principios del XX, terreno éste también férreamente abonado por la producción académica sobre el tema.

En el mismo sentido, llama la atención la sentencia acerca de la falta de consideración de vinculaciones más amplias de los estudios sobre derechos de las mujeres y, en especial, el supuesto sustrato evolutivo sobre el que se sustentan. Conviene resaltar al respecto que los aportes a la historia de las mujeres se han detenido tanto en la descripción y comprensión de las particularidades

[3] Ello es particularmente visible en torno a la cuestión de la representación orgánica y del modo en que se concibe la intervención política de las mujeres. Incluso el autor está tan imbuido de las afirmaciones que encuentra en los documentos que omite diferenciar las prescripciones de género de las prácticas efectivas y por ello no logra complejizar el significado de la noción de costumbre en la lectura de la propuesta que considera organicista (p. 78).

[4] Tampoco puede ignorarse el grosero tono empleado que se evidencia en apreciaciones tales como las vertidas en la página 62 y en la nota al pie nº 12.

[5] Nari, M. (2005), *Políticas de maternidad y maternalismo político*, *Buenos Aires (1890-1940)*, Buenos Aires: Biblos.

contextuales como también en el modo en que se juegan diferentes temporalidades entendidas lejos de todo sentido evolucionista.[6] Asimismo, a través del tamiz de la mujer como sujeto histórico, se han realizado reflexiones sobre otros sujetos que participaron de los ámbitos políticos estudiados.

3. Como coralario de todo ello, en un nivel más empírico se evidencia una construcción sesgada del proceso histórico y las preguntas, lejos de las certezas que el autor pretende imponer, se agolpan en torno al tema de manera vertiginosa.

Expuesta la hipótesis sobre cómo concibe el autor el sufragio femenino en San Juan, conviene introducir una hipótesis subsidiaria que sostiene toda la argumentación del artículo de manera más velada. El autor se muestra más interesado por reforzar la hipótesis subsidiaria de su investigación: que la reforma de San Juan fue un caso particular sin pretensión universal. La obviedad del hallazgo refuerza el supuesto fundamental del autor, según el cual hubo tal reforma universal, que fue la Ley Sáenz Peña.

La concepción teórica y metodológica en el artículo de De Privitellio parece sustentada en la idea de que la noción de ciudadanía no es operativa, básicamente, pues sólo se la concibe en el marco de una tradición liberal republicana. Si bien en la historia de la Argentina difícilmente podríamos sostener la existencia de la tan mentada ciudadanía –ni siquiera, incluso, en términos normativos–, para el autor la Ley Sáenz Peña es un caso que se apega a esa categoría. Esa tradición instaurada por la Ley presentó rápidamente su mismo límite pues en esta lectura el gobierno de Yrigoyen habría desvirtuado el sentido democrático del saenzpeñismo a través de una democracia de tipo plebiscitaria.

El autor no avanza sobre el problema de la noción de universalidad de esta ley. Más aún: ni siquiera debate con lecturas que han evidenciado con soltura esos alcances y sin duda nos encontramos ante una omisión expresa a los aportes de otras corrientes historiográficas tales como la que inaugura Waldo Ansaldi, quien en obras pioneras[7] ha considerado varias de las supuestas naturalizaciones que De Privitellio descubre en torno de los sujetos que ejercen los derechos políticos (nota 11).

En este caso, la misma teoría de género podría dar algunas claves no sólo de las visiones sobre las mujeres –a quienes explícitamente cercena un derecho– sino también de las construcciones de la noción de masculinidad que involucra la noción de ciudadanía y que están lejos de poder denominarse, como hace el autor, “idea general del ciudadano” (p. 64).

La concepción del voto, además, sin atender al régimen unitario o federal, su obligatoriedad o no obligatoriedad, la restricción o no a los analfabetos, debilita la comprensión del estudio sobre el sufragio, algo que el autor señala pero no resuelve.[8]

Asimismo, la referencia a los sucesos europeos y la crisis de los sistemas políticos y su impacto en nuestro país es más bien una enunciación. En efecto, esta variable, importante para comprender la influencia de esos fenómenos en nuestra propia legislación, está aquí vagamente enunciada, y no quedan explícitamente señalados de qué modo dichos hechos afectaron a la provincia o repercutieron en ella o, a la inversa, por qué no se hicieron evidentes en otros casos. Sin embargo, esa preocupación eurocéntrica está

[6] A fin de no repetir la bibliografía que De Privitellio cita en su artículo, mencionaré un estudio omitido en el que, al igual que en aquélla, se propone una interpretación de los derechos de las mujeres en Argentina que evidenció tempranamente que las lógicas evolucionistas no se ajustaban para comprenderlos: Lobato, M. Z. (1997), “El Estado en los años treinta y el avance desigual de los derechos y la ciudadanía”, en *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, año VII, nº 12: 41-58.

[7] De la nutrida producción del autor, cito especialmente un artículo clásico en el que se explaya sobre el tema: Ansaldi, W. (1999), `Crear el sufragante: la universalización masculina de la ciudadanía política en argentina. La reforma electoral de 1912´, en *Anales*, Nueva Época, nº 2, disponible en http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/art/crearsufragante.pdf

[8] Un aporte a esta mirada puede encontrarse en Giordano, V. (2010), `La ampliación de los derechos civiles de las mujeres en Chile (1925) y Argentina (1926)´, *Mora*, vol. 16, Nº 2, julio/diciembre , disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2010000200001&lng=es&nrm=iso&tlng=es

más visible que las interrelaciones temporales sobre el mismo caso estudiado. Así, el antecedente del sufragio femenino municipal no ha sido analizado en el artículo en su faz normativa ni en la efectiva. En este sentido, la cláusula de voto femenino en la Constitución de 1927 tal vez no fuera tan novedosa como lo supone el autor (p. 66), en tanto las mujeres habían votado en elecciones municipales con anterioridad.[9] Asimismo, deberían considerarse las condiciones a las que habilitaba aquella actuación municipal y, en todo caso, diferenciarlas de la otra sin que ello implique un sentido teleológico sino un afán comparativo. Incluso sorprende la ausencia de una consideración particular sobre el efecto que pudo haber provocado en la sociedad civil, cuya densidad está profundamente desdibujada en el artículo. En ese sentido, el autor ha desconsiderado su propia matriz de lectura, tal como la ofreció en su libro *Vecinos y ciudadanos*, en el que, aún sin considerar la incidencia de la variable genérica en la visión sobre los vecinos, intentó girar la mirada –con éxito variable– hacia el problema de la construcción acotada y local de la ciudadanía, clave que aquí hubiera permitido explorar más a fondo el tema.

En este mismo orden, las consideraciones sobre otros procesos de reforma se presentan más bien como ideas a explorar, pero la contundencia de ciertas afirmaciones resulta apresurada –por ejemplo, las vinculaciones con la reforma de 1902– y con ellas se corre el mismo riesgo de incurrir en una mirada teleológica que se pretende evadir –especialmente las vinculadas con el peronismo–.

La preocupación central está dada por entender la reforma en nombre de la particularidad que sus mismos impulsores pretenden adjudicarle. Esa mimetización argumental conduce a reducir el fenómeno jurídico a una faceta excluyente que tiene que ver con la letra de la ley o componente formal normativo sin auxilio de las dimensiones estructurales y culturales del problema. Así, el sufragio femenino queda encapsulado en una suerte de universo cantonista y termina desdibujándose el recorte temático propuesto sin siquiera poder confirmar, de acuerdo con la misma lógica propuesta por el autor, las hipótesis elaboradas.

Una agenda de investigación posible

Los estudios de mujeres y de género ofrecen actualmente no sólo visibilidad a sujetos históricos antes desconsiderados sino también reinterpretaciones de las lecturas existentes, y sugieren una reformulación a los que hasta ahora fueron considerados hitos históricos inamovibles. Por ello, y dada esta situación, resultan más contundentes las estrategias elegidas por el autor ante estos estudios y otras líneas interpretativas. En ese sentido, resaltan limitaciones tales como el intento de cerrar las explicaciones, de ignorar preguntas y aportes existentes o de simplificarlos, de formular lecturas reduccionistas groseras y de no abrir nuevas preguntas. En este caso, la obra de Scott le permitiría a De Privitellio considerar innecesarias las paradojas que ofrecen los estudios de mujeres y de género sobre la realidad histórica y política. Pero tal vez sea ésta también la mayor limitación del estudio, pues no se percata de las paradojas que su lectura también ofrece.

Sin embargo, y aunque el autor obtura todo diálogo posible por medio de las estrategias argumentativas que elige, podemos intentar el ejercicio de abstraernos de ello y rescatar la utilidad de reflexionar sobre el artículo. En este sentido, resulta interesante establecer algunos reconocimientos a su iniciativa. En primer lugar, De Privitellio ha retomado el desafío lanzado desde los estudios de mujeres y de género respecto de la necesidad de analizar el caso sanjuanino. En segundo lugar, sus referencias a otros sucesos históricos pueden generar la genuina inquietud de desarrollar una lectura comparativa a fin de beneficiar la comprensión de este suceso, prescindiendo –tal como se expuso- de las miradas teleológicas que obnubilan la consideración de la especificidad del caso.

[9] Con certeza desde 1912. Se desconoce si antes de esa fecha se efectivizó, aunque los estatutos municipales parecen haberlo contemplado.

Establecidas estas consideraciones con un profundo sentido constructivo, podemos sugerir futuras líneas de investigación en relación con el tema de los derechos políticos femeninos en San Juan, abriéndola no sólo a la normativa del sufragio sino también a otras dimensiones, como la condición de elegibilidad y los mecanismos de participación política. Es decir, se requiere reformular la matriz conceptual desde la cual mirar la temática, involucrando además los aspectos antes mencionados.

En primer lugar, el desafío del caso de San Juan está constituido por la necesidad de abordar un tema que resulta ser un hito de singular importancia en la historia de los derechos políticos de la Argentina y, en particular, un dato de fundamental relevancia para pensar la ciudadanía política de las mujeres. Ese acto de reflexión demanda no sólo una mera visibilización sino también una reflexión profunda sobre las implicancias de observar ese derrotero político desde el prisma de la historia de las mujeres.

En segundo lugar, se requiere de una explicación que incorpore nuevos actores a la dinámica política que se intenta explicar. En ese caso, cabe preguntarse qué papel jugó la Iglesia y qué presiones ejercieron otros representantes políticos en torno al tema. Incluso desconocemos aún qué papel desempeñaron las mujeres sanjuaninas –y no menos, los varones–, si estaban organizadas, si existían posturas sufragistas/feministas o meramente sufragistas previas. La misma mención del autor a Emar Acosta –diputada en 1934– abre la inquietud, pues ella tuvo una vinculación estrecha con la Asociación de la Cultura Cívica de la Mujer Sanjuanina, institución sobre cuya existencia desconocemos otras características, como el momento de surgimiento y filiaciones, entre otras cuestiones. Asimismo, nos interrogamos sobre cómo se vieron reflejadas situaciones del contexto político nacional tales como el voto de Julieta Lanteri en 1911, los simulacros electorales de los años veinte, o las candidaturas de la misma Lanteri o de Angélica Mendoza –acontecimientos vinculados estrechamente a la ciudad de Buenos Aires pero que, hasta donde sabemos, tuvieron impacto en otros ámbitos, como en Santa Fe, donde los medios se hicieron eco de ellos–.

En el mismo orden historiográfico, la reflexión requiere profundizar tanto en procesos políticos anteriores de la historia de San Juan como en los enlaces espacio-temporales. En relación con lo primero, retomo los señalamientos que ya he realizado en otros estudios: aún no conocemos a ciencia cierta cuál fue la reforma de los estatutos municipales que llevó al sufragio municipal en San Juan, cuándo se efectivizó, cuáles fueron los fundamentos. Tampoco qué reflexiones suscitó el voto municipal de las mujeres en los debates constitucionales que dieron finalmente la reforma de marras en 1927. En torno a los enlaces espacio-temporales, cabe indagar qué impacto tuvieron el voto municipal y el provincial sanjuaninos en otras provincias, cuál fue la recepción a la práctica efectiva que allí se desarrolló. Incluso, aunque está esbozado en el artículo y había sido señalado en otras investigaciones, la clausura de esa Constitución en San Juan se dio bajo el gobierno de Yrigoyen pero se volvió a poner en vigencia luego de 1930. Cuáles son las condiciones en que eso sucede, quiénes la promueven o qué consecuencias implica para el ejercicio del sufragio y la representación en esa provincia, resultan preguntas sugerentes para comenzar a reflexionar.

El diseño metodológico requeriría, en ese camino, de una profunda reformulación que permita establecer las vinculaciones entre ciertos objetivos y las estrategias de construcción de datos y delimitación del corpus documental pertinente. En ese sentido, la exploración documental requiere de un refinamiento analítico al que el campo suele ser reacio, pero que en virtud de su desarrollo nos demanda una actualización, una constante reflexión y sin duda una apropiación crítica que otorgue complejidad y espesor a nuestras estrategias investigativas.

En virtud de la posición desde la que hablo, entiendo que esa agenda debería involucrar una dimensión académica y potenciar el sentido polémico de un debate político más profundo que la historiografía debe darse respecto de la lectura sobre las formas de la democracia en nuestro país y en particular sobre las propias reglas del campo historiográfico.

Si el trabajo en análisis presenta importantes falencias respecto del tópico que lo convoca, considero que ello es una oportunidad para favorecer nuevas comprensiones del fenómeno que, con o sin perspectiva de género, sin duda deben tomar a las mujeres como sujetos activos de aquellos procesos que analizan. Asimismo, no puede dejar de exigirse a los futuros abordajes que nos consideren interlocutoras válidas en el ámbito historiográfico en el que hemos demostrado que la irreverencia del punto de vista que proponemos no nos ha exceptuado de rigor, seriedad y compromiso ni nos ha orillado a la petulancia ni a la descalificación de las interpretaciones divergentes.

A propósito de los comentarios a mi artículo: "Los límites de la abstracción: individuo, sociedad y sufragio femenino en la reforma constitucional de San Juan (1927)"

Por Luciano de Privitellio[□]

(CONICET- UNSAM- UBA)

He privilegiado la historia del feminismo, pero la utilidad de este abordaje se comprende más allá del feminismo, en la historia general... De este modo, la existencia del feminismo (o del movimiento obrero, socialistas o antirracistas, por citar sólo algunos ejemplos) no se explican como una resistencia a una masculinidad atemporal (o al capitalismo o al racismo), o a los límites rígidos de la teoría política liberal. El feminismo (o el sindicalismo o el socialismo, o el antirracismo) es más bien producido, de manera diferente en momentos diferentes, en los lugares de contradicción discursiva históricamente específicos... Uno de los objetivos de la investigación histórica es esclarecer la especificidad de esas condiciones de aparición.

Joan W. Scott.

Una confusión recorre las réplicas que ha recibido mi trabajo sobre la aprobación del sufragio femenino en San Juan en ocasión de la reforma constitucional del año 1927. Mi artículo de ninguna manera pretende ser un trabajo sobre las "relaciones de género" ni muchísimo menos sobre "la condición de las mujeres". Ambos temas los conozco en buena medida por los trabajo de Dora Barrancos, tal como lo señalo en el artículo. En cambio, apunta a analizar un momento de la larga historia del sufragio en la Argentina o, mejor aún, de las concepciones que subyacen a dicha práctica, a veces, como en este caso, plasmadas en un instrumento legal. Sobre estos temas vengo trabajando hace ya algunos años y este artículo no representa ninguna clase de novedad al respecto. Esta confusión, sin embargo,

□ Doctor en Historia. Profesor en la carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de San Martín. Investigador Independiente del CONICET. Es autor de *Agustín Pedro Justo, las armas en la política* (FCE); *Vecinos y ciudadanos, sociedad y política en la Buenos Aires de entreguerras* (Siglo XXI), y coautor de *La Argentina en la escuela* (Siglo XXI) y *Grandes discursos de la historia argentina* (Ariel). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas sobre temas de historia política argentina del siglo XX y sobre los contenidos de historia y civismo en los manuales escolares de la última mitad del siglo XX.

me permite comprender hasta dónde algunas perspectivas de análisis pueden pasar de iluminar un conjunto de problemas novedosos a transformarse en muros que encierran ciertas temáticas y que, a la vez, impiden ir más allá en el análisis de las mismas.

Dejo de lado el problema de la visión de la historia en clave progresiva: la apelación a "avances" y "retrocesos" o a mis propias ideas acerca del valor de derechos universales (que sin dudas comparto, aunque no comprendo cómo esa adhesión modificaría mi análisis del pasado) vuelven a poner en escena, al menos para mi perspectiva, aquello que se niega.

Me preocupa mucho más la reflexión sobre el punto específico; la palabra mágica en este caso es "mujer". Por alguna razón, pensar el problema del sufragio en función de una reforma constitucional, que entre otros tantos puntos incorpora el derecho de sufragio para las mujeres, al parecer catapulta al investigador a un terreno que parece estar convenientemente cercado. Es un terreno para iniciados. La idea sería así: mientras las leyes electorales no incorporen a las mujeres, el tema pertenece a cualquier historiador (o al historiador de la política o al del sufragio); si, en cambio, aparece la cláusula que habla del voto de la mujer, entonces el tema queda reservado para quienes asumen como propia la perspectiva de género o la condición de las mujeres. Con matices notorios, por cierto (el texto de Dora Barrancos tiene el sano objetivo de pensar un problema), en ninguna de las dos réplicas encuentro demasiadas menciones a la historia del sufragio y sí en cambio una lista larga o corta de mujeres a las que por alguna razón debería estudiar para comprender en que está pensando el bloquismo cuando introdujo dicha cláusula. La historia de las concepciones del sufragio femenino no es lo mismo que la historia del feminismo, ni siquiera de lo que algunas mujeres pensaban sobre la cuestión, aunque evidentemente ambos elementos pueden formar parte de esta historia; fueron hombres los que en 1927 y en 1947 levantaron la mano para votar. Me interesa entender su cabeza. Y, cuándo lo hicieron; en 1927 votaron además otros puntos relacionadas con el sufragio, y si bien en 1947 sólo votaron una ley de sufragio femenino, los diputados y senadores peronistas votaron otras muchas cosas sobre el sufragio antes de que en 1951 las mujeres pudieran ejercer su derecho por primera vez. Como sostengo en el artículo, recortar una historia paralela de la mujer en cada rubro impide comprender el problema en su totalidad.

Me interesa saber qué entendían que estaban haciendo los legisladores bloquistas y peronistas que votaron estas normas y para eso de nada me sirve estudiar a una u otra mujer sino a ellos mismos. Así que en principio agradezco las muchas sugerencias sobre cosas que debería estudiar pero están fuera de mi interés, y dado que creo que las bases empíricas de una investigación se construyen en función de sus preguntas, hasta el momento nada me muestra que tenga que tomar en cuenta otras cosas para poder responder a la que he planteado en el trabajo.

Como sostiene con agudeza Joan Scott, la paradoja que señala como propia del feminismo no encuentra su explicación central en la historia del feminismo, sino que se instala al interior de las aporías cambiantes propias de la idea de individuo abstracto. Puede ser un problema de la historia de la mujer, pero es sobre todo un problema de la larga historia de la idea de individuo moderna, ella misma estrechamente relacionada con la cuestión de la ciudadanía y el sufragio.

Allí es donde se advierte el problema de análisis histórico que he planteado: la señora Alicia Moreau de Justo (ejemplo que me fue sugerido) expresa sus dudas sobre el voto femenino apoyada en la escasa educación de las mujeres. Sin embargo, basta descentrar un poco la mirada sobre la mujer para advertir que exactamente la misma previsión tienen buena parte de los socialistas sobre el sufragio en general, incluyendo obviamente el de los hombres. En este punto, la concepción "pedagógica" de la ciudadanía a la cual nos hemos referido en varios artículos, no distingue necesariamente hombres y mujeres porque, en definitiva, apunta a una de las aporías de la idea de individuo y de ciudadanía, la de la relación de la idea de individuo con una idea de razón. En todo caso, si hay una diferencia esta se basa en el hecho de que el voto universal de los hombres no puede ser contestado (hay también varios estudios sobre el porqué).

Pero los socialistas no se hacían demasiadas ilusiones al respecto, como sucedía con otros tantos protagonistas de esa etapa. El culto al elector no es un problema de esos años, precisamente, y son pocos los que dudan en poner en cuestión al elector empírico en nombre de un elector ideal. Es una concepción general del sufragio y no una particular de la mujer la que allí se vislumbra.

En ese sentido, ninguna de las afirmaciones de los comentarios me hacen repensar los argumentos del artículo. El sufragio femenino en la Argentina, tanto en 1927 como en 1947, es aprobado en un contexto de revisión general de la idea de sociedad y política. Pero no es sólo un contexto: es esa revisión la que hace posible introducir este derecho sin que, en rigor, sea necesario en cambio revisar demasiado las concepciones sobre la mujer ni menos aún resolver ninguna clase de paradoja. Debo aclarar, tampoco resuelve la de los electores hombres, en buena medida porque las aporías no tienen resolución. El problema de inconsistencia entre el ideal ilustrado de la ciudadanía y los electores "inaptos" (que suele aparecer siempre alrededor del problema de la educación y el analfabetismo) tiende a desaparecer junto con la concepción individualista de lo social. Es decir, no se resuelve en tanto es menos un problema empírico que una contradicción propia de la concepción.

1927 y 1947 no son ampliaciones con más inclusión de lo que habría sido 1912. Son una revisión integral de las concepciones de 1912. Esta revisión se enmarca en lo que se ha denominado crisis de entreguerras (incluso se habla de una crisis civilizatoria), que, a despecho del provincialismo intelectual que suele rodear al giro "eurocentrismo"hoy tan de moda, es propia de Occidente y tiene su origen en la catástrofe de la guerra. Hay demasiada bibliografía al respecto como para citarla; me limito por ejemplo a los capítulos 2 a 8 del libro de Tulio Halperin Donghi, *Vida y Muerte*…, en especial el 2, donde analiza cómo la guerra pone en cuestión las ilusiones y previsiones de 1912. No se trata entonces de una simple inclusión sino de una reformulación completa del modo de entender la sociedad y la política. Que esa reformulación se realice amalgamando elementos ya presentes, va de suyo. Desde que Tocqueville nos enseñó que incluso la Revolución Francesa se conformó con elementos del pasado y hasta consolidó cambios iniciados por la propia monarquía, esto no debería sorprendernos. Una cosa es sostener que una concepción rompe con otra anterior, otra muy diferente creer que por eso todo en ella es original. El bloquismo elabora y asume como propia una nueva amalgama y la convierte en principios constitucionales, lo hace concientemente (este no es un punto menor) ya que constantemente sostienen la idea de ruptura con el pasado a partir de su crisis. No necesito decir que lo mismo sucede con el peronismo, "aurora de un mundo nuevo". El que esa proclamada ruptura y el pasado al que remiten no sean como los actores lo proclaman es otro problema; tampoco el Antiguo Régimen era como decían los revolucionarios franceses, ni la Revolución como la soñaron.

Esa reconstrucción se sostiene sobre la crítica de la idea de individuo abstracto como sostén primero de la comunidad política, luego de diagnosticar su crisis definitiva. En su lugar, introducen formas de figuración de lo social políticamente representable basadas en otros criterios, como los grupos con intereses (tal como había sucedido sin éxito en 1902), pasando por la familia, hasta el más renovador "las masas". Evidentemente, durante todo el siglo XIX había habido criticas al individualismo sostenidas en colectividades orgánicas y naturales; lo nuevo es la profunda sensación de que ahora se asiste a la crisis definitiva de aquello que en el siglo XIX era un paradigma en ascenso. Es la percepción de este problema lo que hace tan originales a los años veinte (y no sólo a ellos) y un listado, por más extenso que sea, de aquellas cosas que ya estaban no modifica, al menos para mí, esa certidumbre.

Por eso tampoco tiene demasiado sentido apelar al antecedente municipal. He trabajado este punto (además de otros autores que también lo han hecho) para mostrar cómo la municipalidad podía ser concebida de formas bien diferentes a la provincia y la nación, dado que es el único ámbito institucional en el que se expresaban con total legitimidad figuraciones organicistas de lo social. Los vecinos, las familias, entraban en el municipio cuando en cambio no podían hacerlo en otros ámbitos dominados por el individuo abstracto, en

tanto el municipio no era concebido como una instancia política sino administrativa. Las paradojas del individualismo no son exclusividad de la historia del feminismo. Otra vez, es la mirada concentrada en el tema "mujer" la que impide advertir la existencia de estos problemas y sugerir atención a cuestiones que poco tienen que ver con el argumento del texto.

Es la reformulación de lo social y de lo político lo que hace entendibles las leyes de sufragio femenino y sobre todo el momento de su aprobación. La mujer es la familia que irrumpe en la figuración de lo político, en aquello que debe ser objeto de representación política. La cuestión no es si la ley de voto familiar busca reforzar a una familia empírica, esto puede ser cierto y habrá que probarlo; lo revelador de la propuesta de Cafferata es que considere que la familia debe ser objeto de representación política, lo cual viene a poner en cuestión toda una concepción del sufragio, la de 1912, sea o no reforzada la familia empírica. La búsqueda de sustentos no "artificiales" (como lo es el pacto entre individuos abstractos) de lo social, se apoyan indistintamente sobre todo aquello que rememore grupos naturales, desde intereses hasta familias. Si se levanta la vista de la ley de 1947 y se analiza mínimamente la Constitución de 1949 y la ley de 1951, es decir, la trama completa que el peronismo construye alrededor del tema electoral, la evidencia sale a la luz con sencillez. En el caso de la Constitución sanjuanina es aún más sencillo: el voto femenino es apenas una palabrita en un artículo de los muchos que se reforman.

La tensión entre lo individual abstracto y las concepciones organicistas de lo social no nacen con la crisis de guerra. Tampoco la cuestión de la unanimidad y las minorías, o la deliberación, tema que el siglo XX recoge con sus propias características cuestiones del siglo XIX. Pero la crisis de guerra les da un escenario diferente y resuelve, en muchos casos, esta tensión a favor de concepciones que dan por tierra con la visión individualista (que en adelante en boca de sus críticos remite a lo que denominará "liberalismo") o con la concepción de los parlamentos como lugar de debate. Los cambios en el sufragio de 1927 y 1947/1951 se hacen cargo de estos problemas. La cuestión del sufragio femenino es también un episodio de este proceso, es una parte de la historia del sufragio y de las figuraciones cambiantes y conflictivas de lo social. Como sostiene Scott, no es la historia de un compartimento cerrado.

COMENTARIOS DE LIBROS RELACIONADOS

Paula Bruno

“Los intelectuales de un siglo”

Los intelectuales de un siglo[1]

Por Paula Bruno□

(CONICET- Instituto Ravignani, UBA)

Notas críticas sobre los siguientes libros: Altamirano, Carlos (director y editor del volumen), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, 811 páginas; Winock, Michel, *El siglo de los intelectuales*, Buenos Aires, Edhasa, 2010. Traducción de Ana Herrera de la edición del francés: *Le siècle des intellectuels*, Éditions du Seuil, 1997 y 1999, 1046 páginas.

Presentación

Sospechada, cuestionada y polémica, la figura del intelectual ha generado miradas en tensión en el marco de distintas disciplinas sociales y humanas, pero también en el ámbito público. Preguntas sobre su rol social y político, las relaciones con el poder, las potencialidades como actor de cambio o de reacción, entre otras cuestiones, han sido y son temas de interés. Con propuestas muy diferentes, pero focalizando la mirada en un horizonte común, los dos libros aquí comentados comparten un terreno de estudio: el mundo de los intelectuales; y una marca temporal de largo plazo: el siglo XX. Más allá de estos dos aspectos, no es una tarea sencilla trazar puentes entre ambos. Pero, como es sabido, no siempre las conexiones son lineales, así que se ensaya aquí un recorrido que pretende poner en diálogo ambas producciones centrando la atención en tres aspectos.

Geografías: París y Latinoamérica

Desde que Benjamin acuñó la expresión "París, capital del siglo XIX", es difícil no hacer un uso extensivo de la misma para pensar las manifestaciones culturales e intelectuales del siglo XIX europeo y, por qué no, de sus proyecciones en otras latitudes. En el mismo sentido: ¿quién diría que es aventurado utilizar un rótulo de aires benjaminianos, como: "Paris, capital de los intelectuales desde fines del siglo XIX"? La producción historiográfica de los últimos años no hace más que constatar la validez de este enunciado. Para evidenciarlo, basta sólo con mencionar algunos libros de muy distinto tono, pero que no dudan convertir a la capital francesa en el escenario de acción de los intelectuales como figuras públicas: Christophe Charle, *Paris. Fin de Siécle. Culture et politique* (Paris, Editions du Senil, 1998), Pascal Ory-Jean-François Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del Caso Dreyfus a nuestros días* (Valencia, Universitat de València, 2007; edición en francés: Paris, Armand Colin, 1986), Tony Judt, *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956* (Madrid, Taurus, 2007; edición original en inglés: University of California Press, 1994).

[1] Los/as animadores/as del *BBE* me plantearon el desafío de escribir este comentario. Les agradezco, entonces, la propuesta.

□ Doctora y Profesora en Historia por la Universidad de Buenos Aires y Magíster en Investigación Histórica por la Universidad de San Andrés. Es investigadora del CONICET y del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (FFyL, UBA). En 2008 recibió el Premio Pensamiento de América "Leopoldo Zea" del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (OEA) por su libro *Paul Groussac. Un estratega intelectual* (Buenos Aires, FCE/UdeSa, 2005).

El libro de Michel Winock se inscribe, sin fisuras, en la tendencia que hace de París la meca intelectual, solamente que, a diferencia de los ejemplos recién mencionados, parece haber borrado –quizás deliberadamente, quizás por decisiones de corte editorial- la marca geográfica del título de su obra. Como si fuera ya indiscutible que referirse a la intelectualidad del siglo XX es focalizar la mirada en Francia como centro irradiador de ideas, novedades, libros, revistas y tendencias culturales. Partiendo de esta premisa, en *El siglo de los intelectuales*, Winock propone "volver a trazar", la historia de los intelectuales franceses. Y elige como punto de partida un acontecimiento que, como es ya consensuado, ha dado origen a la figura del intelectual moderno: el caso Dreyfus de 1898 y sus repercusiones nacionales e internacionales.

Para Carlos Altamirano, promotor de la obra *Historia de los intelectuales en América Latina*, el libro de Michel Winock oficia de espejo invertido para definir la empresa que ha dirigido -en la introducción del volumen II-. Destaca que, así como París se ha considerado un espacio intelectual indiscutido, no existe una definición tan compacta de Latinoamérica como ámbito intelectual. Esto se debe a dos cuestiones. En primer lugar, se delinea un problema de definición geográfica asociado a la ya célebre controversia sobre las potencialidades y los límites de pensar América Latina como un todo. En este sentido, Altamirano destaca que "durante el siglo [XX] la vida intelectual latinoamericana corrió predominantemente por cauces nacionales y que no hubo ningún escenario central, como fue el caso de París y no sólo para Francia, la función de donde brota la autoridad intelectual" (p. 11). A esta cuestión de carácter "territorial" se suma una cuestión de orden temporal; el director de la obra subraya al respecto: "el proceso de América Latina y sus élites culturales en el siglo XX es demasiado intrincado como para que se lo ajuste a una historia escandida en etapas que valgan para toda la región" (p. 9). Dadas estas premisas, el desafío de un volumen colectivo que se enmarca en estas coordenadas es encontrar hilos comunes que atraviesen la pluralidad y la particularidad de los casos nacionales. Es decir, ver la forma de trazar cuadros de conjunto en un espacio heterogéneo surcado por cronologías no siempre sincronizadas. Para llevar a buen puerto esta intención de analizar los cruces entre destinos nacionales que no siempre han cristalizado en un producto único, fueron convocados autores y autoras de nacionalidades y disciplinas diversas. Sin dudas, este hecho aumentó, como se constata con la lectura del volumen, las posibilidades de su éxito, traducido en la riqueza interpretativa que se encuentra en sus páginas. Otro mérito de la obra es la renuncia a la búsqueda de un allanamiento del relato que ocluya la diversidad en pos de la armonía. En este sentido, no deja de ser interesante que la pregunta acerca de la posibilidad de pensar en la figura del "intelectual latinoamericano" o en la existencia –o no- de una "comunidad intelectual latinoamericana" atraviese varias de las contribuciones del volumen.

Focos: ideas e intelectuales

Podría sostenerse, de manera simplificada, que dos líneas generales de discusión signaron las producciones de historia y sociología de -y sobre- los intelectuales. La primera se define en el marco de aportes cuya intención central ha sido la de dar una definición más o menos acabada sobre qué es un intelectual. Aquí la lista de ejemplos podría ser prolongada y, como es sabido, pese a que se registran tempranas críticas al rol de los intelectuales (recuérdese que el "anti-intelectualismo" surgió en paralelo a la figura moderna del intelectual) fue el período de entreguerras y las décadas de 1960 y 1970 las que generaron mayores polémicas en este sentido. Para no saturar estas líneas con referencias, como ejemplos se pueden mencionar dos obras profusamente citadas que dan cuenta de los cuestionamientos acerca del rol de los intelectuales como figuras públicas que surgieron en dos coyunturas diferentes del siglo XX: *La trahison des clercs* de Julien Benda (Paris, Grasset, 1927; traducido como *La traición de los intelectuales*, Buenos Aires, Efece Editores, 1974) y *Les intellectuels* de Louis Bodin (Paris, Presser Universitaires de France, 1962; Buenos Aires, Eudeba, 1965).

Asociadas a las búsquedas de definiciones vieron la luz obras de muy distinto tinte –algunas más cerca de la Sociología y otras filiadas con la Historia- que instalaron una serie de preguntas sobre los intelectuales y sus roles públicos. De este modo, se ha consolidado una tradición de estudios que ha abordado predominantemente la participación pública de estas figuras, la relación de los intelectuales con la política y los grados de compromiso con los problemas y coyunturas políticas de corte nacional e internacional de distintas épocas.

Otra línea general de estudios que atendió de alguna forma a los intelectuales no focalizó, paradójicamente, en sus roles públicos sino en sus figuras como portadoras de ideas de orden más general. En este sentido, los intelectuales han sido estudiados como voceros, portavoces o "mediums" entre el mundo de las ideas abstractas y las coyunturas históricas. De este modo, las ideas han sido estudiadas en planos de alta abstracción y se ha utilizado a tal o cual intelectual como encarnación o ilustración de las mismas, en tanto fuerzas de una determinada época. En este marco los ejemplos son varios. Remito a una obra que muestra de manera paradigmática esta opción en la que las ideas, por decirlo de algún modo, "borran" a los intelectuales: *Ideas. Historia intelectual de la humanidad* de Meter Watson (Barcelona, Crítica, 2006, traducción de Luis Noriega. Título original: *Ideas. A History to Fire to Freud*). Por razones de espacio, para una descripción más específica de ambas líneas aquí mencionadas y de las "escuelas" interpretativas que de ellas se desprenden –así como los roles centrales de Michel Foucault, Pierre Bourdieu y otros a la hora de pensar en "familias" interpretativas- remito a la obra de François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007.

Sin dudas, tanto el libro de Altamirano como el de Winock tienen mayores aires de familia con la primera línea mencionada que con la segunda, presentada en el párrafo anterior. En la obra de Winock es predominantemente el intelectual público el que está en el centro de la escena. Ya en sus páginas iniciales el autor hace explícita esta elección en dos sentidos. En el primero se expresa por la negativa: "aquí no encontrarán, pues, una historia de las ideas, si no de manera indirecta, y menos aún un estudio de la producción cultural desde hace un siglo". En el segundo sentido subraya su perspectiva por la positiva: "abordaremos la descripción de los enfrentamientos políticos que opusieron a escritores, filósofos, artísticas, científico" (ambas referencias en p. 11).

En el volumen dirigido por Altamirano, es sobre todo la pluralidad de puertas de entrada para estudiar a las élites culturales latinoamericanas lo que marca la intención de pensar a los intelectuales como figuras públicas y la que da una relevancia particular no sólo a sus obras y sus ideas sino también a sus perfiles y proyecciones sociales para interpretar los rasgos de distintas épocas. De este modo, con los ejes que ordenan la obra –enumerados en la introducción con las siguientes denominaciones: "Intelectuales y poder revolucionario", "Trayectos y redes intelectuales", "Revistas", "Entre la acción cultural y la acción política", "La sustancia de la nación: intelectuales y cuestión indígena"; "Vanguardias", "Empresas editoriales: estrategias comerciales y proyectos culturales", "La *intelligentsia* de las Ciencias Sociales", "Tendencias y debates" – conviven miradas y perspectivas muy variadas. Mientras que algunas, por mencionar algunas facetas, están más concentradas en el estudio de la pertenencia de los intelectuales a tal o cual grupo social, sus instancias de formación y las sociabilidades (se inscriben en esta tendencia las contribuciones de Sergio Miceli, Fernando Devoto y Heloisa Pontes, entre otras), otras rescatan una experiencia particular y sus proyecciones, como el exilio político o la pertenencia a un grupo reconocido como una "generación" (en el primer sentido se inscriben los capítulos de Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, Ricardo Melgar Bao y otras; en la segunda dirección el aporte de Nora Catelli). Estos ejemplos muestran sólo algunas de las posibilidades de las exploradas en el libro.

Lo que queda claro en estas breves pinceladas descriptivas sobre el libro compilado y dirigido por Carlos Altamirano es que, ya desde su título se diferencia de obras que hacían de las ideas el principal eje de sus interpretaciones y análisis. De hecho,

interpretaciones hoy consideradas tradicionales tendían a rastrear y reconocer las influencias de las corrientes de ideas provenientes de los focos europeos de difusión de saberes (especialmente Francia e Inglaterra) para, posteriormente, ver las supuestas deformaciones o deficientes imitaciones y readaptaciones locales, o bien las respuestas y reacciones de una América Latina sometida al trasplante de ideas que no habían nacido en su seno. Para plantear un juego de contrapuntos, resultaría por demás interesante confrontar los índices del volumen *América en sus ideas* (con coordinación e introducción de Leopoldo Zea, México, Siglo XXI Editores, 1986), donde se encuentran artículos titulados "Panamericanismo y Latinoamericanismo" (Arturo Ardao) o "Ante el imperialismo, colonialismo y neocolonialismo" (Carlos Real de Azúa) con los dos volúmenes de la obra bajo dirección de Altamirano[2]. De la comparación de índices queda claro que, a diferencia de obras como *América en sus ideas*, una de las apuestas fuertes de la empresa comandada por Altamirano es, claramente, mostrar por distintos caminos la conformación de constelaciones de intelectuales y élites culturales de naciones latinoamericanas y los contactos establecidos entre las mismas.

Itinerarios y vidas: apuestas por los nombres propios

Casi tanto como la misma figura del intelectual, el género biográfico ha sido también durante muchas décadas sospechado. En ocasiones caracterizado como una ilusión y, en otras, catalogado como un género condescendiente con el mercado y sus caprichos. Sin embargo, en las últimas décadas el interés por las biografías recobró actualidad en el campo historiográfico, en el de la crítica literaria y en disciplinas afines.

En las obras aquí comentadas, sin dudas, se pueden ver fuertes apuestas por los nombres propios (parafraseando la obra de François Dosse, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Valencia, Universitat de València, 2005). Cuando se trata de pensar en qué medida Michel Winock define su objeto de estudio, se pueden observar dos elecciones explícitas. En primer lugar, elige tres "hombres de pluma" que representan, a su entender, momentos de la historia de la intelectualidad francesa: Maurice Barrès (entre el caso Dreyfus y la Primera Guerra Mundial), André Gide (para el período de entreguerras) y Jean-Paul Sartre (desde la Liberación en adelante). Estas figuras son consideradas exponentes inapelables de una época, tanto por su influencia a la hora de desatar amores y odios en el mundo cultural y político, como por la recuperación que de ellos han hecho las generaciones posteriores. La elección de los tres nombres propios, entonces, se justifica por el peso de cada uno en su propio contexto y por sus proyecciones en el mediano y en el largo plazo. Queda, de este modo, explícita la intención de Winock de estudiar figuras representativas por su rol en la esfera pública –como puede verse en un epígrafe en el que el autor recupera un comentario de León Blum sobre Barrès: "Barrès creó y lanzó al mundo, que lo recogió, no sólo la armazón provisional de un sistema, sino alguna cosa que afectaba más profundamente a nuestra vida, una nueva actitud, un modo de espíritu desconocido, una forma de sensibilidad nueva", p. 13-, más que por la importancia de sus obras. Esta apuesta por colocar los reflectores sobre Barrès, Gide y Sartre hace del "personalismo intelectual", por decirlo de algún modo, una marca autoral central en la definición de estos hombres de pluma como síntesis perfectas de determinadas épocas.

En *Historia de los intelectuales en América Latina. II* se encuentran varias contribuciones que apuestan al nombre propio. Es el caso de los aportes de Arcadio Díaz Quiñones (sobre Pedro Henríquez Ureña), Jorge Myers (que centra la atención en Alfonso Reyes), Emilio Kourí (atento a la influencia del indigenismo de Manuel Gamio), Luis Millones (focalizado en Arguedas) y Jeremy Adelman (que estudia a Albert. O. Hirschman). Pero, además, se encuentran otros nombres en los relatos de sus páginas. De hecho, toda una sección

[2] Aquí se centró la atención en el tomo II; pero está ya disponible también el tomo I: Altamirano, C. (dir.), Myers J. (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires: Katz, 2008, 587 páginas).

está dedicada a empresas editoriales. Así, son también *Amauta*, *Cuadernos Americanos*, *Marcha, Sur, Casa de las Américas, Revista Mexicana de Literatura* los nombres que asumen, junto con los propios, una presencia notable en el libro a cargo de Altamirano. Este hecho, sumado a otros atributos de la obra colectiva que ya se mencionaron, es una muestra interesante y valiosa de cómo pueden balancearse las posturas demasiado focalizadas en el estudio de los "personalismos intelectuales" con perspectivas que saben convertir a las figuras o a las empresas colectivas en "excusas" o puertas de entrada para iluminar y analizar los problemas de una época.

PRESENTACIONES DE LIBROS

"La conquista de las vacaciones, breve historia del turismo en la Argentina"
de Elisa Pastoriza
Un comentario, por Estela Spinelli

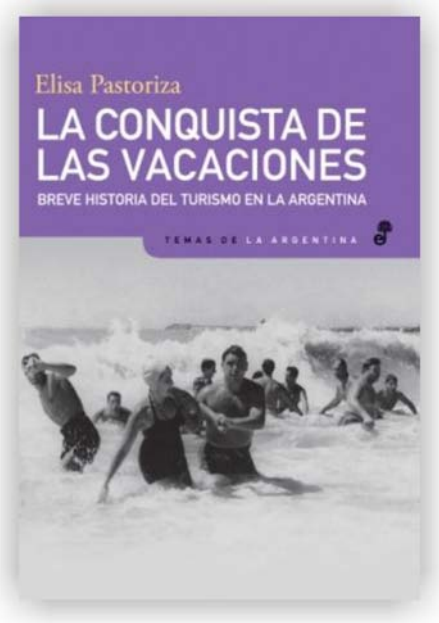
"*Atrapada sin salida. Buenos Aires en la política nacional (1916-2007)"*
de María Matilde Ollier
Por Marcela Ferrari

La conquista de las vacaciones, breve historia del turismo en la Argentina, de Elisa Pastoriza. Un comentario.[1]

Por María Estela Spinelli□

(IEHS, UNICEN- UNMdP)

Este libro representa una novedad en el campo de la historia social argentina. La autora, que a lo largo de su ya larga trayectoria profesional, ha centrado su labor de investigación y reflexión preponderantemente sobre la ciudad de Mar del Plata, amplía aquí su perspectiva analítica y su indagación empírica. Construye de este modo una historia del turismo en el país que recorre desde fines del siglo XIX, cuando las élites porteñas construyen el balneario de Mar del Plata, hasta mediados del siglo XX cuando el turismo se convierte en un hecho social de masas con el peronismo. Finalmente, culmina su trabajo, arribando a los tempranos sesentas cuando el turismo ya se ha instalado en amplias capas de la sociedad. A lo largo de las tres partes en que divide el tratamiento del tema, analiza las implicancias materiales, culturales y políticas de una historia que podíamos calificar de grata y en cierto modo familiar: las vacaciones, pero no por ello exenta de sacrificios, controversias y disputas.



En el relato subyace el problema, de más largo plazo, de la "conquista de las vacaciones" como un derecho social que se va ampliando y se construye sobre un conjunto amplio de temas. Entre ellos, se incluyen las diversas políticas de promoción del turismo

[1] Buenos Aires, Edhasa, 2011. El texto está basado en las notas trazadas para la presentación del libro que realizara, junto a María Rosa Aboy y Miguel Ángel Taroncher el 20 de mayo de 2011, en la sede de la Fundación OSDE, en la ciudad de Mar del Plata.

□ Profesora y Doctora en Historia, autora de *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la Revolución Libertadora, 1955-1958* (Buenos Aires, Biblos, 2005) y de compilaciones en colaboración: junto con Susana Bianchi, *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*; con Alicia Servetto, Marcela Ferrari y Gabriela Closa, *La Conformación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX*; y con Marcela Ferrari y Lila Ricci, *Memorias de la Argentina contemporánea 1946-2002. La visión de los mayores*. Es Profesora Titular de Historia Argentina (siglo XX) en la UNCPBA y del Área Teórico/Metodológica de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Es Investigadora del Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Profesor Juan Carlos Grosso de la UNCPBA.

encaradas por las distintas gestiones municipales, provinciales y nacionales; la construcción de infraestructura de caminos hasta el papel jugado por asociaciones civiles como el Automóvil Club Argentino y el Touring Club. Se incluye también la fundación de balnearios y villas, su arquitectura y urbanización, la creación de parques nacionales, el turismo en las sierras, las instituciones asociativas, las gestiones públicas y las iniciativas particulares entre otros.

El trabajo está inscripto en la tradición de la historia social argentina que ya ha hecho un largo recorrido, desde la historia económica y social de los tempranos sesenta, hasta la historia sociocultural instalada a mediados de la década de 1980. Se dio cabida en este trayecto a múltiples temas, problemas y modos de abordaje, sin embargo, el turismo, fenómeno social que ilumina y se ilumina a través de múltiples facetas, no había tenido aún en nuestra comunidad de historiadores un espacio de producción y discusión importante.

En este sentido *La conquista de las vacaciones* nos introduce en un escenario complejo donde aparecen varios actores sociales y políticos. Esto se observa desde el proyecto inicial. Allí juegan un rol central las élites porteñas que construyen el balneario de Mar del Plata para su propio solaz, dándole a la ciudad un nuevo perfil de distinción, con claroscuros y tensiones en la vida y las necesidades de los vecinos. Esto continúa hasta las disputas que genera su socialización, primero en el ámbito municipal, abriendo debates en la dirigencia política local sobre las pautas urbanización y, entre otros, sobre el juego. El trabajo aquí reseñado analiza luego las más ambiciosas políticas provinciales del gobernador Manuel Fresco, avanzados los años '30: El norte de estas políticas fue instalar a Mar del Plata como el centro turístico del país en el contexto de un más amplio proyecto de modernización que impulsó aquella gestión conservadora a nivel nacional con la extensión de la red de caminos y vías ferroviarias, la pavimentación de rutas nacionales, el apoyo a instituciones civiles como el Automóvil Club Argentino y la creación de Parques Nacionales y de la Dirección Nacional de Parques Nacionales. Estos temas aparecen particularmente analizados al abordar el surgimiento de Bariloche y otros centros turísticos del sur, la construcción de los grandes y emblemáticos hoteles, Llao Llao en Bariloche, La Angostura, Mascardi, Correntoso y el Gran Hotel Catedral, entre otros, donde la autora incluye una reflexión en un breve apartado que titula "La interesante experiencia de los años treinta".

El panorama sobre el turismo en la Argentina incluye una incursión en los otros balnearios de la Provincia de Buenos Aires como Necochea, Miramar, Mar del Sud y Ostende. Pero también el turismo y los centros turísticos más antiguos en las sierras, como Tandil y la Ventana y otros en Córdoba y en Mendoza. Aborda en cada uno de ellos, además del análisis de las bases materiales y de los entornos geográficos, aquello que se vincula inicialmente a las enfermedades y las terapias curativas recomendadas por los médicos que los convirtieron en lugares de descanso por excelencia, extendiéndose también sus efectos a la sociabilidad de quienes los utilizaban. Analiza también la creación de los balnearios más nuevos en la Provincia de Buenos Aires, Villa Gesell y Pinamar, donde las iniciativas particulares jugaron inicialmente un rol decisivo para su desarrollo.

El recorrido histórico culmina en la experiencia peronista, eje de la tercera parte del libro. Este apartado reposa sobre la conquista del turismo social -tema en el cual Elisa Pastoriza ya había incursionado anteriormente de manera más general, sobre todo, en el artículo que escribiera con Juan Carlos Torre sobre "la democratización del bienestar"[2]. La autora fue dotando así al fenómeno, de nuevos caracteres ligados a ese proyecto político que hizo del turismo y de las vacaciones un derecho de los trabajadores a acceder a los espacios y los bienes culturales antes reservados a grupos más acotados Pero, además, esta política también persiguió el objetivo de estimular el conocimiento geográfico del país, envolviendo la propaganda en una retórica patriótica. Pastoriza analiza también cuáles

[2] Torre, J. C y Pastoriza, E. (2002), `La democratización del bienestar´, en *Nueva Historia Argentina,* Vol. VIII: Director: J. C. Torre: *Los años peronistas*, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 257 a 311.

fueron los centros turísticos más fuertemente involucrados y promovidos por el gobierno peronista, como así los mecanismos por los cuales lo hizo.

Enfocando la faz política de la promoción del turismo en los años treinta y durante el peronismo, el análisis aporta nuevos elementos que permiten rever otros aspectos más amplios. En primer lugar, la fuerte intervención estatal en la planificación, la creación de instituciones, la ampliación del turismo en los sectores medios y los avances logrados en materia de infraestructura, organización y gestión durante las gestiones conservadoras. En segundo lugar, y con el eje puesto en la incorporación de los trabajadores al disfrute del turismo y las vacaciones como parte de la democratización del bienestar, los profundos cambios culturales que esto imprimió en la vida social.

A pesar del formato despojado casi totalmente de referencias erudita, que se explica en exigencias editoriales de la llamada alta divulgación, el libro fue elaborado a partir de una investigación amplia y rigurosa que combina distintos tipos de fuentes. Entre ellas, desde datos estadísticos provenientes de documentos oficiales de distintas esferas de la administración pública, hasta debates políticos, memorias, diarios y revistas de actualidad, películas y documentales, fotografías, con una nutrida bibliografía nacional y extranjera que abordó el tema.

En suma, *La conquista de las vacaciones…* constituye un aporte valioso al conocimiento de la historia social de la Argentina, iluminando una temática nueva en nuestra tradición historiográfica que permite asir un vasto arco de temas y problemas que involucran el análisis de los escenarios, de las políticas, de los grupos y de los individuos.

Atrapada sin salida. Buenos Aires en la política nacional (1916-2007), de María Matilde Ollier.[1]

Por Marcela P. Ferrari[□]

(CEHis, UNMdP- CONICET)

Quisiera iniciar esta presentación celebrando la aparición del libro de María Matilde Ollier porque estaba faltando una obra que recorriera la historia política de la provincia de Buenos Aires en el largo plazo y, a la vez, la articulara con la política nacional.

La producción de Ollier ya es bastante conocida por muchos trabajos que contribuyeron a pensar la historia política argentina del siglo XX, fundamentalmente, en su segunda mitad. Su formación en historia, en ciencia política y en ciencias sociales la han conducido a tener una mirada que combina los abordajes de las distintas perspectivas disciplinares por las que transitó.

Atrapada sin salida, es una buena muestra de esa formación pluridisciplinar. En este libro la autora asume el desafío que supone recorrer el largo y complejo período comprendido entre 1916 y 2007, partiendo de un supuesto que subyace a la investigación: considerar a la política como un campo autónomo. Ya desde el título -heredero de una excelente cinematografía- se pone de manifiesto una idea que impregna los trabajos de Ollier (y que es compartida por numerosos colegas al menos desde Richard Walter en adelante), la historia de la provincia de Buenos Aires es inescindible de la nacional, aun cuando sus especificidades sean notables.

Por esa razón la autora coloca ambas esferas en permanente diálogo y muestra claramente de qué manera una condiciona a la otra. No se le escapa que en el resto de las provincias ocurren situaciones similares, pero remarca que el caso bonaerense se destaca

[1] Buenos Aires, UNSAM Edita, 2010. Esta presentación fue realizada realizada en la Universidad de Bologna, sede Buenos Aires, en abril de 2011.

[□] Doctora en Historia. Profesora de Historia General Argentina II en la UNMdP. Investigadora Adjunta de CONICET, con lugar de trabajo en el CEHis, donde dirige el grupo « Actores y poder en Argentina, S. XX". Ha publicado *Los políticos en la República radical. Prácticas políticas y construcción de poder. 1916-1930* (Siglo XXI, 2008) y *Resultados electorales y sistema político en la provincia de Buenos Aires, 1914-1931* (Archivo histórico R. Levene, 2010), además de compilaciones, capítulos de libros y artículos en revistas de la especialidad. Es integrante del Programa Buenos Aires de Historia Política y directora de PolHis, el Boletín Bibliográfico Electrónico patrocinado por esta asociación.

por la intensidad y la frecuencia de las relaciones que, paradójicamente, convierten a la provincia más dotada de recursos en la más dependiente de la nación.

Reconocida esa imbricación, Ollier aborda la historia provincial utilizando un modelo –en el que queda en evidencia su formación en ciencia política- a partir del cual reconstruye esa relación de largo plazo reconociendo los impactos de distinto sentido establecidos entre la nación, la provincia y los municipios del conurbano. Destaca, en primer lugar, los impactos nacionalizadores, aquellos que expresan la influencia de la nación sobre la provincia, entre los cuales es posible destacar las intervenciones federales. Un segundo tipo de impactos, los provincializadores, se producen cuando la provincia incide sobre las políticas nacionales. Entre ellos la autora enfatiza en el decisorio caudal electoral aportado por la provincia en elecciones presidenciales.

Hacia fines de siglo XX agrega el impacto municipalizador, en el que inscribe la incidencia del conurbano bonaerense sobre la política de la provincia y la nación, en especial en cuanto se refiere a algunos liderazgos o a los aparatos políticos locales sobre el resto de las escalas. Sin embargo, en su interpretación no toda la relación está signada por la preponderancia de un orden sobre el otro sino que, en ocasiones, también existieron momentos de cooperación entre los distintos órdenes, tal el caso del fraude selectivo de 1937.

Utilizando ese modelo interpretativo, la autora desarrolla una historia provincial que organiza en dos partes. En la primera, aborda en términos de impactos la imbricación de los ejecutivos de provincia y nación en el largo plazo. En la segunda, analiza el patrón político del conurbano bonaerense desde 1983 en adelante, poniendo el acento en las condiciones de acceso y la permanencia de los ejecutivos locales.

La primera parte fue construida -fundamental más no exclusivamente- a partir de la consulta de una selección de fuentes secundarias. En ella el modelo analítico es aplicado a tres momentos articulados en cuatro capítulos. Acerca del primero, comprendido entre 1916 y 1943, la autora señala el juego de acción y reacción establecido entre provincia y nación, cuyo origen remonta a 1880, año en que el poder provincial fue "descabezado" por la nacionalización de la ciudad de Buenos Aires. Identifica cómo la provincia moviliza a los votantes a favor o en contra del gobierno nacional (impacto provincializador), mientras el gobierno central procura doblegar su influencia y su autonomía (nombrando candidatos a gobernador, desconociendo resultados electorales que pueden resultarle perjudiciales o enviando interventores). En palabras de Ollier, "la amenaza y el efecto del impacto provincializador en la escena nacional dan lugar al efectivo impacto nacionalizador".

Sobre el segundo momento, que abarca entre 1943 y 1983, la autora destaca que la inestabilidad democrática fue signada por cuatro fenómenos: la emergencia y consolidación peronista y su proscripción; la activa presencia de las FFAA; la división de la UCR; y el incremento de la violencia social y armada y el terrorismo de Estado. Repara especialmente en la centralidad de los gobernadores derivada del poderío electoral de la provincia. Por esa razón, afirma, los primeros mandatarios solían ser impuestos desde el centro o bien, en caso de conflicto, eran testigos de la intervención a la provincia. Domingo Mercante, Andrés Framini (a quien no le permitieron acceder a la gobernación) y Oscar Bidegain figuras que en algún momento de su trayectoria se convirtieron en "peligrosos" para el poder nacional, sufrieron esa situación. Queda claro que, si bien de la importancia de la provincia deriva su fortaleza, también puede afirmarse que de ella procede su debilidad. Y esto es así pues cada vez que el distrito se convirtió en una amenaza para el poder central éste la doblegó o intentó hacerlo.

Hasta aquí se desprende una lectura de la provincia casi personificada. Las relaciones de conflicto o de colaboración son presentadas en torno al juego político establecido entre dos grandes entidades: la provincia y el poder central. Si bien es señalada la existencia de partidos o de otros actores, el modelo explicativo prioriza el enfrentamiento de esas dos jurisdicciones. En cambio, a partir

de los capítulos 3 y 4, referidos respectivamente al peronismo y al radicalismo bonaerense de los años 1983 a 2007, se destacan otras cuestiones. La evolución de ambos partidos mayoritarios es vista a la luz de la estabilidad institucional sucesiva a la recuperación democrática. Y esto se realiza mediante un análisis que refleja los problemas atravesados por ambas fuerzas políticas en el orden nacional: éxitos, fracasos, enfrentamientos internos.

Es decir, al abordar el tercer momento comprendido entre la recuperación democrática y el fin de la presidencia de Néstor Kirchner, un período al que refieren también todos los capítulos de la segunda parte, la provincia como objeto prioritario de análisis cede el lugar a actores políticos que tienen lógicas específicas y recurren a prácticas diversas. Sin abandonar la hipótesis referida a la imbricación de la provincia en la nación ni el juego de impactos, Ollier introduce también otros temas -como la construcción de liderazgos y los aparatos políticos municipales- utilizando numerosas fuentes primarias escritas u orales que enriquecen notablemente el texto.

La segunda parte está dedicada a estudiar la construcción del poder político en el denso y complejo conurbano bonaerense. Se identifica la oscilación del bipartidismo desde 1983, la posterior hegemonía peronista, la apertura de una nueva ilusión bipartidista en 1999 hasta otro momento de predominio del peronismo transformado. Ollier analiza con gran realismo las situaciones políticas de ese espacio donde se juegan los destinos de las fuerzas políticas, los gobiernos y los liderazgos locales con gravitación nacional y provincial.

Del recorrido del libro es posible destacar algunas cuestiones puntuales. En primer lugar, el esfuerzo exitoso por ofrecer una visión de conjunto. En la actualidad existe un sólido consenso en cuanto a las bien ganadas virtudes de las investigaciones microanalíticas. Estas han sido emprendidas en buena medida por antropólogos o sociólogos que, sin dudas, han hecho aportes fundamentales para comprender las tramas del poder, el clientelismo o las concepciones morales que subyacen a la práctica política. En este mismo momento de las ciencias sociales Ollier aporta una lectura general de la política provincial y del conurbano sin temor por brindar explicaciones abarcativas. Esto es interesante porque permite reconocer las especificidades de los casos, inscribirlos en patrones de comportamiento comunes y ver en qué medida hay desviaciones. También porque una visión de conjunto permite señalar relaciones de poder entre esos municipios con la provincia y la nación en medio de la emergencia de nuevos liderazgos. Y porque aporta cuestiones de investigación básica con las que hasta el momento no contábamos, por ejemplo, una síntesis de la sucesión de los intendentes del conurbano bonaerense.

En segundo término, celebro que la autora no haya desdeñado por completo las perspectivas institucionales con las que discute. Y es que de algunas descripciones de ese orden, o referidas a aspectos normativos, es posible obtener resultados positivos cuando existen ausencias en el desarrollo de los temas. El texto hace referencia a la subrepresentación del conurbano en la legislatura, la posibilidad de reelección indefinida de los intendentes, la de destituir a los concejales, la imposibilidad de cortar la boleta electoral en el orden municipal y el sistema de cociente que refuerza a la lista del intendente. Lo interesante es que el trabajo enuncia estos aspectos y, además, avanza en el modo en que esas prácticas operan en las comunas.

La tercera cuestión que se impone al hablar del conurbano es la construcción de liderazgos de primera y segunda línea política. En distintos capítulos Ollier Matilde reconstruyó, entre otras, la trayectoria de Eduardo Duhalde, que es observado a partir de las prácticas y los atributos que lo llevaron a ser el líder indiscutido del conurbano bonaerense hasta 2003. Lo analiza en carácter de articulador de las relaciones entre provincia y nación; en relación con otros líderes nacionales; observa el acercamiento a Menem y su transformación en jefe de los barones del conurbano tras llegar al gobierno de la provincia con anuencia del gobierno nacional y disponer del Fondo de Reparación para el conurbano bonaerense, sobre el que descansó su poder material. Ollier señala los desaciertos de Duhalde, entre ellos, el apresuramiento en la presentación de su candidatura presidencial de 1999. Observa el modo en que finalmente arribó a la presidencia

tras la crisis de 2001 y el ocaso de su poder frente al predominio kirchnerista entre 2003 y 2007 argumentado, sugerentemente, que al dejar la gobernación –y con ella esa inagotable fuente de recursos que era el Fondo de Reparación del conurbano-, el partido se fracturó. Al no tener un único conductor, los aparatos construidos en torno a algunos líderes comunales adquirieron una autonomía tal que permitió a los barones del conurbano independizarse y trasladar su lealtad a quien le garantizara su permanencia en el poder local. Es decir, incidieron en la elección de Kirchner (impacto del conurbano) y pusieron en valor su poder, adquiriendo cada vez más autonomía y poder de negociación. Mientras tanto, en el años 2005, los divididos referentes justicialistas se enfrentaron en el tablero político enviando a "sus respectivas reinas" a luchar por la senaduría provincial: Hilda "Chiche" Duhalde y Cristina Fernández de Kirchner. El triunfo de la segunda y el ocaso del duhaldismo formaron parte de un mismo proceso que concluyó, en la visión de Ollier, con el kirchnerismo haciendo tratamientos diferenciales en los distintos partidos del conurbano, alentando las listas colectoras, favoreciendo a algunos intendentes que respondían a su poder y castigando a los díscolos.

Esta relectura del duhaldismo es interesante. Pero también lo es la recuperación de otras figuras políticas. Al abordar el patrón político del conurbano bonaerense, Ollier observa el acceso a los ejecutivos locales y la permanencia en ellos de algunos individuos de segundas o terceras líneas sobre quienes descansaba el armazón del poder político en el conurbano. La reconstrucción de sus trayectorias –algo que no es sencillo de realizar y en lo que es posible vislumbrar un trabajo de equipo- resulta muy esclarecedora porque al identificarlos es posible reconocer mecanismos de reclutamiento y selección, observar procesos de circulación y de reposicionamiento político. Está muy bien planteada la diversidad de esos liderazgos y también las generalidades que los recorren y hacen posible señalar patrones políticos referidos al acceso y permanencia en el poder local. También las estrategias que usan los jefes comunales para llegar o permanecer en el gobierno y el grado de estabilidad/inestabilidad en sus intendencias. Al respecto se señalan, además del derecho a la elegibilidad irrestricta y la posibilidad de denunciar a concejales, otras especificidades de las que depende la permanencia en el cargo: haber estado en la intendencia, ser delfín del jefe local, recibir impulso nacional o provincial.

Y aquí el último punto, derivado de lo anterior. De lo que habla la autora es de una lógica de poder en el conurbano que –especialmente entre los peronistas pero también en menor medida en el radicalismo o en algunas agrupaciones vecinalistas - tiene como centro dos pilares. El primer es el personalismo de los líderes locales. Estospugnan que pugnan por retener la jefatura comunal enmascarados tras acciones realizadas en el nombre del pueblo, combinando una serie de estrategias como el asistencialismo, la localización o nacionalización electoral, la conformación de frentes con otros partidos, el tránsito por distintos espacios políticos internos y la elección del sucesor. El segundo pilar son los aparatos construidos en torno a ellos, en especial desde 1991. Allí donde se organizaron eficientemente, reemplazaron a los partidos en términos de participación política, afiliaciones, militancia, y fueron artífices de los triunfos electorales. Ambos fueron construidos en interrelación con los poderes centrales con los que se establece una mutua dependencia.

Para terminar quiero plantear tres cuestiones para abrir el diálogo. La primera es sobre la imbricación de la provincia en la nación. Si bien esto resulta creíble, el modelo de los impactos es llevado a un punto de tensión que resulta difícil de observar. Posiblemente sean más afinadas las referencias a las tramas de poder específicas o a las prácticas políticas que siempre están más a ras de suelo.

Una segunda es la referida a la velocidad de los cambios. Desde la recuperación democrática, los liderazgos, las tendencias, las fracciones son fagocitadas sin que termine de consolidarse un sector hegemónico, aun cuando los individuos permanezcan en política. Es una crisis permanente, sobre todo en el peronismo, que, como afirmó Juan Carlos Torre, es un sistema político en sí mismo. Resulta

interesante reflexionar sobre las causas a las que se podría atribuir este fenómeno ¿Cierta debilidad institucional? ¿La imposibilidad de hegemonizar los espacios de poder por parte de alguna fracción partidaria? ¿La emergencia de liderazgos en pugna en contextos de crisis de representación? ¿Una lógica cortoplacista de los políticos en el sentido de mostrar resultados rápidos y tomar decisiones, para ser confirmados por sus pares o superiores partidarios y, después, por el electorado?

La tercera cuestión que deja abierta el trabajo de Ollier a posteriores investigaciones tiene que ver con los aparatos partidarios. Resultaría significativo observar si estos funcionan de igual manera para las elecciones municipales, provinciales o nacionales. Aunque una primera impresión parece sostener que no, el texto señala que el máximo de triunfos electorales peronistas en el orden municipal se da en 1995 y coincide con el máximo de expansión en las elecciones legislativas y de gobernador.

El trabajo de Ollier es, entonces, el resultado de una investigación que ha logrado articular una lógica de funcionamiento del sistema político argentino desde el "observatorio" provincial. Para concluir debe destacarse que su libro ha allanado el trabajo a muchos que le sucederán con la ventaja de poder dialogar con este relato.

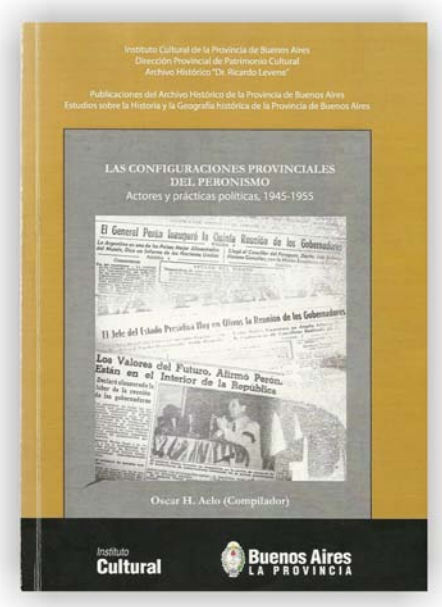
RESEÑAS

Natacha Bacolla
Juan Pablo Fasano
Alicia Megías
Yolanda de Paz Trueba
Andrés H. Reggiani
Maria Cecilia Lascurain
Laura Cucchi
Mariana Pozzoni
Lucía Brienza
Mercedes Amuchástegui
Micaela Iturralde
María Gabriela Quiñones
Osvaldo Barreneche
Juan Manuel Romero
Virginia Macchi
Valentina Ayrolo
María Cecilia Erbetta
Eduardo Zimmerman
Nicolás Sillitti
Verónica Ovejero
Horacio Robles
Flavia Macías
Gonzalo E. Cabezas

Oscar Aelo (comp.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945 – 1955*. Buenos Aires, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico Dr. Ricardo Levene, 2010. 382 páginas.

Por Natacha Bacolla

(UNL- UNR)



En los últimos años se ha desplegado una profunda renovación en los estudios sobre el peronismo, dando lugar a nuevas interpretaciones que discuten, dialogan y complementan a las clásicas, principalmente debidas a politólogos y sociólogos. Estas producciones son, mayoritariamente, el resultado de investigaciones historiográficas, en las cuales podemos reconocer -derivados de las confluencias interdisciplinarias- los insumos teóricos metodológicos aportados en las últimas décadas por la *nueva historia política.* Pero también se pueden mencionar los cambios de escala analítica que, al poner la mirada en el ámbito regional, local o provincial, han logrado hacer visible una miríada de matices que en muchos casos desdibujan las imágenes canónicas con pretensiones de alcance nacional.

Como señala el compilador, esta obra constituye un nuevo aporte en el esfuerzo por sistematizar una mirada de conjunto sobre las diversas experiencias del primer peronismo en las provincias y territorios nacionales, siguiendo el camino de obras colectivas previas como *La Invención del Peronismo en el interior del país* o más recientemente *Las formas de la política en la Patagonia*.

En líneas generales podría indicarse como tema de confluencia de las diversas colaboraciones el "partido y el movimiento peronista", sus componentes y las dinámicas de conformación de cuadros y élites dentro del mismo, en diversos espacios y coyunturas. En esa dirección se destacan dos registros. Por una parte, aquel de los actores políticos y sociales que conformaron la organización partidaria peronista y que fueron en su mayoría radicales renovadores, algunos liderazgos conservadores, católicos y sectores sindicales que confluyeron en el laborismo. Pero esta caracterización no sólo se realiza con el

propósito de identificarlos, sino que se intenta encontrar -a través de los desempeños electorales, los elencos, las capacidades y herramientas de movilización- los elementos que permiten asignarle un peso específico y relativo dentro de cada caso provincial.

Por otra parte, un segundo registro gira en torno a la relación Nación/provincias; tanto respecto a los grados de autonomía de las administraciones gubernamentales –principalmente en cuanto a la implementación de políticas sociales- como relativas a los procesos de institucionalización del partido en sus diversas etapas hasta llegar al "movimiento".

El libro presenta doce capítulos: uno introductorio a cargo del compilador -que sitúa la obra en el universo de problemas y tópicos que aborda- y once contribuciones que se detienen sobre un igual número de casos regionales.

Los trabajos de Azucena del Valle Michel, Mariana Garzón Rogé y Javier Tobares centran sus indagaciones en el corte cronológico que enmarca los años "formativos", entre las revolución de 1943 y la reforma constitucional de 1949. Michel describe los conflictos que se produjeron en los inicios del peronismo salteño, identificando sus distintos ejes de tensión. Garzón Rogé aborda la dinámica de constitución político partidaria del peronismo en Mendoza, describiendo el proceso de disciplinamiento de las fuerzas provinciales, sostenido no sólo por la verticalización sino también por demandas desde las bases. Tobares, tomando el caso de Córdoba, examina las operaciones de reconstrucción del pasado que realiza el gobierno peronista provincial como mecanismo de legitimación; y, el proceso de resignificación de ideas claves en el discurso político de la época.

Los demás artículos abordan los mencionados registros en un modo diacrónico durante el período completo del primer peronismo. El artículo de Adriana Kindgard se detiene en la provincia de Jujuy y orienta sus argumentos, principalmente, a explicar la relativa estabilidad institucional del caso, a diferencia de otros espacios provinciales. María Erbetta, en un trabajo de carácter exploratorio, describe las tensiones del peronismo santiagueño enfocando el proceso de construcción de un "reformismo centralizado", pautado por una alta beligerancia entre niveles centrales y provinciales, tanto partidarios como sindicales, por la aplicación de la legislación laboral y las instituciones estatales que se constituyen a tal fin. En esa misma tónica exploratoria, José Ariza indaga la conformación de cuadros peronistas en el caso catamarqueño y la trayectoria del mismo en el gobierno provincial, destacando la conflictividad interna que impone a la nueva fuerza política la constitución del liderazgo personal de Saadi.

Dos contribuciones se detienen en las especificidades del peronismo en los territorios nacionales: la de Aixa Bona y Juan Vilaboa –para el caso de Santa Cruz- y la de Fabio Alonso –para La Pampa-. Postulándose, en ambos, como particularidad de la construcción del peronismo en los espacios territorianos la centralidad del movimiento social por sobre el uso de estructuras estatales en la formación del partido, como así también la constitución de una élite política nueva y muy relacionada con las esferas nacionales. Alonso agrega otra dimensión, aquella que vincula la provincialización del territorio con el ritmo de constitución de la organización partidaria en el mismo.

Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein revisan el entramado de fuerzas políticas y sindicales que coadyuvaron a configurar, con no pocos conflictos, el peronismo tucumano. En esa dirección detienen su análisis en la marca de origen que acompaña y modula el derrotero del mismo: la debilidad del radicalismo renovador y el tono propio que impone la Federación Obrera Trabajadores de la Industria Azucarera.

Los trabajos de María M. Prol y Oscar Aelo cierran la compilación con sendos análisis sobre las formas de organización partidaria y el proceso de constitución de las élites peronistas; el primero para el caso de Santa Fe y el segundo para la provincia de Buenos Aires. En ese marco común, ambos proponen periodizaciones particulares que responden a características locales en la composición de los cuadros dirigentes, las prácticas políticas dentro del partido y, más ampliamente, a la dinámica del espacio político local. Mientras Prol organiza la misma en consonancia con la periodización clásica tripartita –sociabilidades

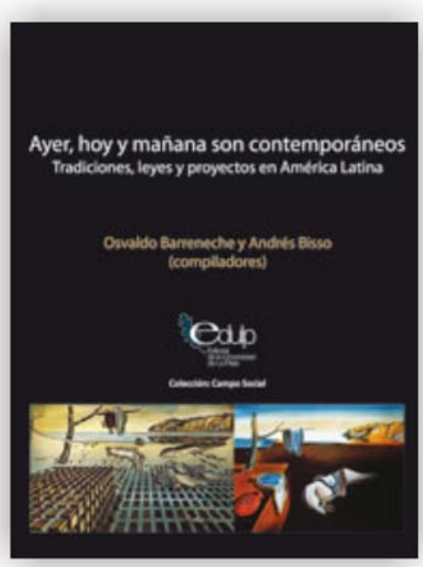
previas a la formación partidaria, partido y movimiento- Aelo identifica en el caso bonaerense dos fases distintas: una primera modelada por la figura de Mercante y por la activa participación de las bases en la construcción de la estructura partidaria. Este momento se diferencia de los otros casos donde el recurso a la intervención fue un expediente constante. Una segunda fase estuvo signada por un recambio dirigencial que instala una estructura partidaria centralizada, verticalista y convergente con la tónica de otros peronismo provinciales.

En suma, los trabajos compilados constituyen aportes necesarios para continuar construyendo un mapa interpretativo de ese "hecho por momentos inasible" que es el peronismo.

Osvaldo Barreneche y Andrés Bisso (comps.), *Ayer, hoy y mañana son contemporáneos. Tradiciones, leyes y proyectos en América Latina*. La Plata, Editorial de la UNLP, 2010. 506 páginas.

Por Juan Pablo Fasano

(UBA)



"La conciencia de la existencia de una temporalidad múltiple presente en cada una de las manifestaciones de nuestra sociedad y que anuda el pasado, el presente y el futuro en la cosmovisión de sus habitantes" (p. 12). Esta expresión, incluida en el libro aquí reseñado, sintetiza el nudo en que se cruzan las problemáticas que los compiladores de *Ayer, hoy y mañana con contemporáneos* se proponen abordar a través de sus páginas.

Articulado en tres partes ("Tradiciones", "Leyes" y "Proyectos"), el libro reúne un conjunto de contribuciones diversas, tanto en términos temáticos como en los enfoques propuestos y en los modos que aluden al tema mediante el cual los compiladores buscaron reunirlos.

La primer parte ("Tradiciones") ofrece un conjunto de trabajos que apuntan, centralmente, a la reflexión sobre la construcción de relatos sobre el pasado argentino en distintas instancias. Los dos primeros abordan experiencias más remotas. Andrés Bisso y Javier Kraselsky analizan nudos y desplazamientos en los relatos de las "invasiones inglesas" construidos en el período posrevolucionario y en la década de 1940. En tanto Leandro García propone revisitar un período relativamente marginado en los trabajos de historia del movimiento obrero y volver sobre el peso de la tradición sindicalista a comienzos de los años '30.

Los otros dos artículos remiten al pasado más reciente. Jeffrey Shumway pone en juego el entramado discursivo que ligó el discurso en torno a la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas en 1990 y la estrategia política de indultos otorgados por Carlos S. Menem. Emmanuel Kahan, en tanto, analiza los cambios en los contenidos y estrategias de información y denuncia presentes en el periódico *Nueva Presencia* –y, consecuentemente, de un sector de la opinión en la colectividad judía argentina – durante la última dictadura militar.

En la segunda parte ("Leyes"), se reúnen trabajos que ofrecen un panorama de la situación de los estudios sobre la ley y la justica. Ese efecto se logra no sólo por la diversidad temática -desde la persecución de la "vagancia" en la jurisprudencia de la Real Audiencia porteña hasta la creación y transformaciones de los fueros judiciales durante los siglos XIX y XX o el lugar de los peritos médicos en los procesos penales- sino también por los distintos ámbitos y las trayectorias que marcan la extracción de sus autores. Así, Agustín Casagrande, autor del estudio sobre la "vagancia" tardocolonial, proviene de las ciencias jurídicas, mientras que – en el ámbito de la historia – se reúnen trabajos de una estudiante avanzada (Betina Rivas), que analiza expedientes penales por violación y estupro en el Departamento Judicial del Sur a fines del siglo XIX; dos doctorandos como María Angélica Corva que analiza los cambios que llevan de la justicia corporativa de la tradición consular y la creación del fuero comercial en el marco de la codificación o Andrés Stagnaro quien estudia comparativamente el surgimiento de la justicia del trabajo en Argentina y Brasil, hasta el propio Osvaldo Barreneche, quien desde una trayectoria consolidada de investigación, presenta aquí una faceta poco conocida de las reformas policiales del peronismo en la provincia de Buenos Aires, con la creación de una justicia interna.

La tercera y última parte gira en torno a la circulación de distintos proyectos intelectuales en América Latina. Un conjunto de trabajos aluden al caso brasileño y a su comparación con el caso argentino. Yamila Kiriacópulos estudia el impacto del movimiento escolanovista en ambos países, mientras que Horacio O. Mosquera analiza disputas intelectuales sobre la identidad nacional brasileña y Horacio García Bossio revisa el impacto del pensamiento socialcristiano en el desarrollismo brasileño. Otros trabajos se articulan en torno al problema de la construcción de redes intelectuales en lo que emerge como un espacio hispanoamericano durante la primera mitad del siglo XX. Andrea Pasquaré lo aborda en un momento temprano correspondiente al auge del modernismo y el impacto del '98 español. Ana González Neira y Leandro Sessa, abordan la puesta en marcha de los mecanismos de esas redes en los años '30 y '40 en torno a las "mesas rodantes" organizadas por la revista *Cuadernos Americanos* y la lucha antifascista en la experiencia de los exiliados apristas, respectivamente. Ese momento de diásporas y redes constituye, la referencia inicial de Ricardo Rivas sobre la difusión de los imaginarios sobre la democracia venezolana durante el último medio siglo.

Ayer hoy y mañana… no se presenta como el resultado de un proyecto colectivo previamente articulado. Resultado de la reunión de trabajos originalmente presentados en mestas temáticas en distintas jornadas y congresos, la labor de los compiladores ha logrado dar forma a la reunión de trabajos diversos, de modo que suponen tanto aportes a sus respectivos campos y como a las problemáticas que los articulan. Al mismo tiempo, el sello editorial, las trayectorias de quienes participan y la dedicatoria a la memoria de Carlos Mayo, le otorgan al libro tiene una fuerte impronta platense. En ese sentido – y sin reducir, por supuesto, ese ámbito a los participantes de esta colección – revela, sobre todo, la existencia de un ambiente historiográfico en movimiento.

Darío Barriera (dir.), *Instituciones, gobierno y territorio. Rosario, de la Capilla al Municipio (1725-1930)*. Rosario, ISHIR/CONICET, 2010. 189 páginas.

Por Alicia Megías

(CIC, UNR)

Este libro estudia el desarrollo institucional de Rosario desde el orden colonial hasta las primeras décadas del siglo XX. La extensa periodización se justifica en el caso del Pago de los Arroyos, una región que al cabalgar sobre el Arroyo del Medio, tuvo dificultades jurisdiccionales y complejas relaciones tanto con Santa Fe como con Buenos Aires. En ese sentido, el trabajo pone en primer plano las transformaciones sociales, económicas y políticas y evita desprender el espacio local de su jurisdicción de pertenencia, estabilizando las interpretaciones que quedan inscriptas en los más amplios contextos provincial o nacional.

El trabajo se organiza en tres partes encabezadas por una introducción donde un léxico con algunos de los conceptos básicos utilizados a lo largo del libro -"instituciones", "administración", "gobierno"- advierten al lector sobre la perspectiva general y una serie de cruces sobre las percepciones que la gente ha tenido y tiene respecto de las instituciones y sobre el sentido y el valor de la política.

La primera parte, titulada *"El equipamiento del territorio. Del Pago de los Arroyos a la ciudad de Rosario (1725-1852)"*, a cargo del director de la publicación, comienza con una caracterización de las ciudades hispanoamericanas, continúa con el análisis del poblamiento del Pago de los Arroyos y termina en el momento en el que Rosario fue declarada ciudad, a mediados del siglo XIX. En los cinco capítulos de esta primera parte, se describe la evolución de las instituciones santafesinas en general y del sur en particular; la lógica que sucesivamente respaldó la designación de alcaldes, jueces de paz, comandantes militares, etc. y las circunstancias en las cuales fue produciéndose esa institucionalización. Al considerar, por un lado, el peso de la distancia entre el Pago de los Arroyos y la ciudad capitular y las funciones asignadas a las instituciones del sur y por otro lado, el modo en el que los funcionarios concibieron y desempeñaron sus cargos y los múltiples vínculos que desde ellos establecieron, el enfoque adquiere significación invitando, quizás, a un desarrollo más extenso, en la medida en que como sugiere el autor, esas cuestiones fueron fundando diferencias entre el departamento Rosario y el resto del territorio santafesino.

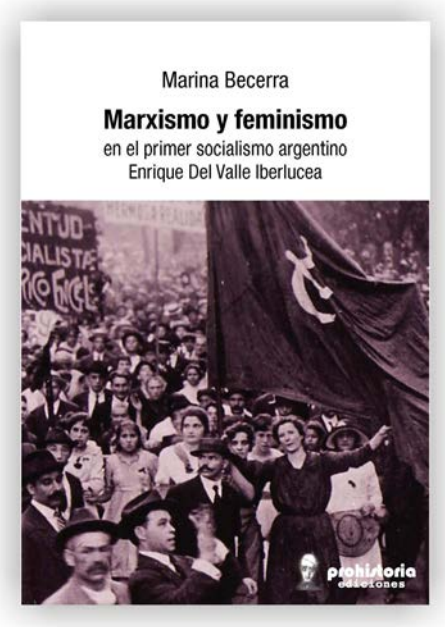
Los cuatro capítulos de la segunda parte, *"La ciudad y su gobierno antes del Concejo. (1852-1874)"* de Irene Rodríguez, inscriben la aparición de la institución municipal en las transformaciones operadas en el país y la provincia después de Caseros. Luego, pasan a la revisión de las complejas circunstancias que rodearon a la creación de un municipio y una jefatura política en Rosario, destacando las tensiones derivadas de la sujeción de esas instituciones respecto de las autoridades políticas provinciales. Sin embargo, en los dos capítulos siguientes, la autora se concentra en *"Los vínculos interpersonales y el poder político local"* y en *"La consolidación de una élite en Rosario"*, deslizando el análisis desde el plano institucional anunciado en el título principal hacia el de los actores, sus vínculos y sus prácticas. En esos dos capítulos, muestra una atenta lectura de los trabajos producidos sobre el periodo y reconstruye algunos fragmentos de las redes familiares y sociales generadas por quienes participaron de las instituciones locales, en su sentido más amplio, avanzando hasta la fundación de la Liga del Sur, en primera década del siglo XX.

Los ocho capítulos que conforman la última parte –*"Formación y reforma del municipio"y* a cargo de Diego Roldán- recuperan más nítidamente la línea temática original. Los primeros exploran, por un lado, la creación, los recursos y las funciones asignadas a la institución municipal y, por otro lado, los mecanismos de deliberación. Este es un tema importante pero poco transitado en los estudios sobre municipios y sobre lo cual el autor realiza interpretaciones consistentes. Los últimos capítulos avanzan temporalmente para indagar sobre otros aspectos relevantes: los problemas del crecimiento constante y las tensiones entre cosmopolitismo y nacionalismo; el peso de las cuestiones fiscales y las prácticas de resistencia organizadas por los vecinos de la ciudad; los problemas que se suscitaron con el advenimiento de la sociedad de masas y la obsolescencia –para muchos rosarinos inesperada e injusta- de los recursos que habían habilitado una expansión avasalladora desde mediados del siglo XIX.

Marina Becerra, *Marxismo y Feminismo en el primer socialismo argentino. Enrique Del Valle Iberlucea.* Rosario, Prohistoria, 2009. 223 páginas.

Por Yolanda de Paz Trueba

(IEHS, UNICEN- CONICET)



¿Cómo leer la modernidad argentina? ¿Cómo pensar la producción de una ciudadanía moderna en un contexto en que la Ley Sáenz Peña de 1912 había consagrado la obligatoriedad del voto para los hombres, asumiendo como universal sólo a la parte masculina de la población? Estas son algunas de las preguntas que inspiran esta obra en la que Marina Becerra se propone analizar la relación entre la modernidad y el progreso, entre ciudadanía y género en la Argentina del primer socialismo, a través de la obra de Enrique Del Valle Iberlucea, un complejo intelectual socialista, dueño de una de las primeras voces masculinas que se levantaron en pro del reclamo de derechos civiles para las mujeres.

A principios del siglo XX, estas estaban excluidas de la esfera pública y los primeros discursos que las interpelaron desde el Estado lo hicieron en tanto madres, sin nombrarlas como individuos o ciudadanas. Desde este rol maternal se defendieron incluso los derechos femeninos entendiendo que la maternidad era un privilegio de las mujeres: dar vida a los futuros ciudadanos de la nación. Para las feministas -a diferencia de los sectores más conservadores del grupo gobernante y de la sociedad en general- esta era una función que excedía lo social: desde esa posición las mujeres podían reclamar por derechos civiles y políticos.

En este marco, el Partido Socialista argentino asumió una posición explícita a favor de la emancipación femenina, constituyendo el primer partido político local que alentó la participación política de las mujeres, al proponer el sufragio femenino en su programa. Del Valle, aparece no obstante como una figura singular dentro del mismo, al defender una amplia gama de derechos para las mujeres. Es importante, dice la autora, señalar que éste pensaba a la mujer como sujeto de derecho, independientemente de su carácter de trabajadora, condición que estimulaba los reclamos de muchos de sus compañeros de filas.

Claro que este planteo no estuvo exento de tensiones: los socialistas consideraban que la ciudadanía debía ser universal, partiendo del supuesto de igualdad entre todos los individuos. Por otro lado, la ciudadanía debía ser particular, fundándose en las capacidades diferenciales de los individuos concretos, pues las mujeres se consideraban diferentes de los hombres, de acuerdo a su condición maternal. Del Valle no fue extraño a esta tendencia y encarna uno de los ejemplos más paradigmáticos de tensión entre

lo universal y lo particular. Las mujeres eran definidas todavía por su capacidad maternal. Pero precisamente por eso, sostiene Becerra, les correspondía tener derechos específicos: debían estar en espacios públicos, llenando con su amor maternal, los vacíos de la razón.

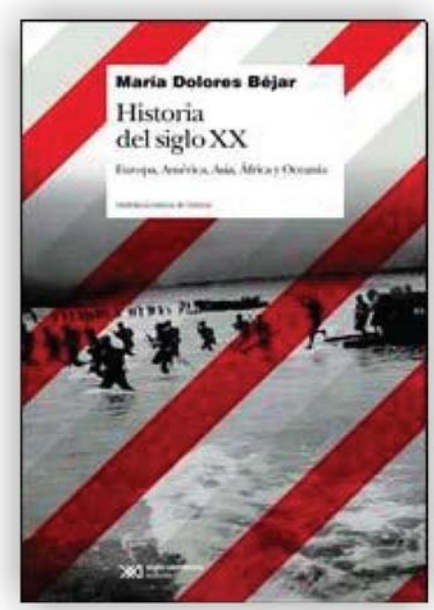
En síntesis, a lo largo de esta investigación, Marina Becerra intenta revisar, a través de la singular figura de Enrique Del Valle Iberlucea, algunas cuestiones propias de la época de modernización liberal del país. En medio de un clima opresivo para las mujeres que suponía que la naturaleza definía como natural el rol doméstico, algunas voces emergieron para expresar otras formas de pensar las diferencias entre los sexos. Del Valle, junto a las feministas socialistas y a algunos hombres de su propio partido, lucharon por desnaturalizar los roles sexuales, planteando que las diferencias eran defendibles en tanto y en cuanto las pensaban como términos equivalentes y complementarios. Desde la concepción maternalista de la mujer, reclamaba iguales derechos para ambos sexos, tanto en la esfera pública como en la privada, manteniendo una tensión irreductible entre lo universal y lo particular en su concepción de ciudadanía.

Finalmente, la autora sostiene que su prédica dio resultados, tal como parece ponerlo de manifiesto la importancia que sus proyectos tuvieron como base para la ley que en 1926 se transformó en la primera que reconoció derechos civiles a las mujeres. Así, asegura Becerra, la heterodoxia de Del Valle incomodó en cierta medida a las voces establecidas, pero es posible afirmar tras la investigación desarrollada, que existieron surcos por donde sus ideas pudieron colarse.

María Dolores Béjar, *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011. 461 páginas.

Por Andrés H. Reggiani

(UTDT)



Reseñar una obra de síntesis es una tarea difícil porque sabemos que, para ser justos, deberemos encontrar el equilibrio entre la indulgencia del que reconoce el enorme esfuerzo que demandan las visiones panorámicas y la exigencia del que las juzgará por su coherencia y equilibrio. La autora, especialista en historia argentina con una amplia trayectoria docente, es conciente de este problema y lo aborda desde las primeras páginas. No podemos sino elogiar el haber afrontado el desafío de comprimir en sólo 460 páginas, nada más ni nada menos, que la historia del mundo desde el último tercio del siglo XIX hasta la crisis financiera de 2008. Asimismo hay que destacar las virtudes de una obra escrita en un estilo directo y claro que la hace accesible a un amplio público de lectores no expertos. Los recursos didácticos (fuentes, cuadros, sugerencias cinematográficas) resultan de gran ayuda, especialmente para el trabajo en clase.

Para tener una medida más precisa del porte de esta obra basta tener presente que Eric Hobsbawm necesitó más de 600 páginas para narrar un período más corto, el que se extiende desde la Primera Guerra Mundial hasta la disolución de la Unión Soviética y Yugoslavia (*Historia del siglo XX*) mientras que a Tony Judt le insumió más de 1000 páginas contar la historia de Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (*Posguerra: Una historia de Europa desde 1945*). A estas obras de historiadores que gozan hoy de una gran reputación internacional se suman otras similares de autores algo menos difundidos en nuestro país, tales como Gabriel Jackson, Paul Johnson, Marc Nouschi, Giuliano Procacci y Gabriel Tortella, entre otros (todos traducidos al castellano).

Los libros de este género plantean al lector tres preguntas básicas: en primer lugar, queremos saber si sus contenidos reflejan de manera cabal el estado actual de los conocimientos; en segundo, esperamos del relato una mirada original sobre una historia ya contada por otros; finalmente, buscamos desde las primeras páginas el hilo conductor que ordene y dé sentido a la montaña de información que va creciendo con cada década que pasa y con cada nuevo territorio que "entra en la historia". En términos generales, o para ser más precisos, si consideramos los temas que, con énfasis diferentes, forman parte del canon de la historiografía sobre el siglo XX, la Historia de Béjar es una obra bien informada y debidamente actualizada. En las otras dos cuestiones ésta resulta menos satisfactoria, en parte porque el relato reproduce los esquemas convencionales que

asignan al desarrollo histórico de occidente un lugar preponderante (Europa y los EEUU ocupan el doble del espacio que el "resto del mundo"). Nos preguntamos si no hubiese sido más provechoso seleccionar unos pocos ejes en lugar de intentar abarcar trece décadas de historia política, económica y de las relaciones internacionales en cinco continentes. O ¿por qué no contar esa misma historia desde una perspectiva más atenta a los procesos históricos latino/sudamericanos? Probablemente la respuesta a estos interrogantes esté en el propósito mismo de un libro que parece haber sido concebido como un instrumento didáctico que ponga al alcance del gran público una síntesis apretada de "lo que todos deben saber" sobre el siglo pasado. Con algunas salvedades que detallaremos más abajo la obra cumple holgadamente con ese propósito.

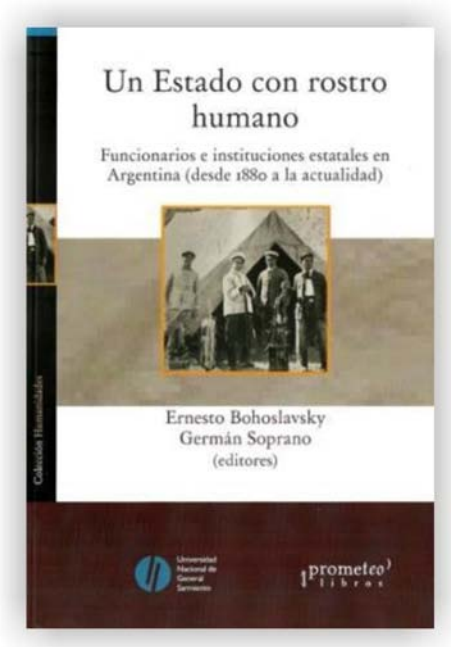
El período que se extiende hasta 1945 (cap. 1 a 4) es el que presenta una coherencia mayor. El criterio utilizado para la periodización y el agrupamiento de temas del cap. 4 (desde la Segunda Guerra Mundial a la caída del Muro de Berlín), en cambio, es menos evidente si se tiene en cuenta que varios de estos temas vuelven a aparecer en el cap. 7 (El fin de una época). El segundo bloque (cap. 5 y 6) comprende el período posterior a la Segunda Guerra Mundial y el despertar del Tercer Mundo. La autora incurre en un error de concepto o apreciación al incluir el bloque soviético dentro de los "años dorados". Como se sabe, este concepto y sus distintas versiones nacionales (*golden years*, *trente glorieuses*, *Wirtschaftswünder*) refieren a una realidad histórica que conjugó el bienestar social, la economía mixta y la democracia política. Mirada bajo la óptica que se la mire, la experiencia del socialismo realmente existente fue, cuanto menos, un gran fracaso social y económico, sin hablar de sus consecuencias catastróficas en el plano político y de las mentalidades. Asimismo debería revisarse, o al menos matizarse, la afirmación según la cual en la década del 60 los gobiernos europeos (occidentales) se desplazaron hacia la izquierda (228). Con la excepción de Escandinavia, no hubo tal desplazamiento en España, Portugal y Grecia (todas bajo regímenes dictatoriales), en la Francia de De Gaulle (1958-1969) ni en Italia y Alemania occidental (ambas gobernadas por la democracia cristiana desde fines de los 40). En Gran Bretaña los laboristas accedieron al poder en 1964 (tras 13 años de hegemonía conservadora) pero fueron derrotados una vez más en 1970. El cambio durante la década rebelde hay que buscarlo no en los gobiernos sino, ante todo, en la sociedad.

Estas observaciones en modo alguno restan mérito a una obra que seguramente será bien recibida por estudiantes, docentes y los lectores interesados en comprender la historia de un siglo complejo y contradictorio.

Ernesto Bohoslavsky y Germán Soprano (eds.), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 hasta la actualidad).* Buenos Aires, Prometeo- UNGS, 2010. 470 páginas.

Por Maria Cecilia Lascurain

(IDAES-UNSAM)



El libro que se reseña a continuación es una compilación de artículos cuya primera motivación fueron unas jornadas de discusión sobre agencias estatales en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Como su nombre lo indica, el conjunto de los trabajos que reúne buscan relativizar las perspectivas más estructurales y normativas sobre el Estado, reparando en las prácticas cotidianas de los actores reales y concretos que "son" el Estado, en sus diversos ámbitos de interacción, en sus acuerdos y conflictos y en las zonas grises que expresan la influencia de lo no estatal sobre lo estatal. Para ello, estos escritos recurren al análisis de la configuración y trayectoria de distintos funcionarios e instituciones estatales en la Argentina a partir de casos situados en la segunda mitad del siglo XIX y hasta el presente, y a distintos niveles jurisdiccionales: locales, provinciales y nacionales.

El libro consta, en primer lugar, de un nutrido capítulo introductorio con un análisis crítico del estado de la literatura académica sobre el Estado Argentino producida entre 1960 y la actualidad y donde se presentan nuevas propuestas para reactualizar el estudio del mismo. Luego de este apartado, el libro se divide en tres secciones. La primera, "Autonomía y heteronomía en la formación y desarrollo de cuerpos de expertos en las agencias estatales", problematiza la relación entre técnica y política, cuestionando que sean cada una un campo netamente separado del otro y poniendo sobre la mesa la multiplicidad de luchas en las que intervienen actores y momentos "mas políticos" o "mas técnicos" según la configuración de aquellas disputas y decisiones. Así, se proponen trabajos que transitan el cambio del siglo XIX al XX sobre la Historia del Departamento Nacional de Higiene, la inspección laboral de los funcionarios del Departamento de Trabajo y el papel de los expertos de la Dirección de Economía Rural y Estadística del Ministerio de Agricultura, u otros que avanzan hasta los años 50 sobre el rol recaudador del Estado en la Dirección General Impositiva y sobre la administración sanitaria de la Secretaria de la Salud Publica.

El brazo armado y de seguridad del Estado es explorado en la segunda parte. Bajo el título de "El monopolio estatal del ejercicio legítimo de la violencia física en las perspectivas y experiencias de sus funcionarios", los escritos agrupados allí analizan a estas esferas estatales desde perspectivas menos utilizadas en el estudio de estos actores, como son las que se interesan por las subjetividades, valores y creencias de los propios individuos que las integran. Por un lado, dos de los artículos recalan en el pasado de estas instituciones: uno sobre la historia social de los policías patagónicos entre 1880 y 1946 y otro sobre los agentes de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y su comportamiento sobre las instituciones judías de La Plata. Luego, otros dos se detienen en los años recientes para aproximarse a los oficios y los usos de la policía bonaerense y al perfil de los aspirantes al ingreso a la carrera militar en el Ejército.

Finalmente, la tercera sección vuelve sobre el análisis de las controvertidas "fronteras" entre jurisdicciones, agencias y actores, pero con un abordaje más amplio ya que comprende el estudio de las disputas por definir los sentidos, las facultades, los recursos y los programas entre actores estatales y no estatales. Estos ejes son trabajados a partir de la investigación de instituciones y espacios diversos tales como la justicia y la salud pública en los territorios nacionales del país, las disputas sobre la definición de las políticas sanitarias de atención primaria en un municipio bonaerense, los criterios de reclutamiento de funcionarios en la ciudad de Morón durante la última dictadura militar y la conformación y puesta en práctica de políticas educativas en un gobierno local atravesadas por lógicas nacionales y locales y por la acción reciproca e indeterminada, muchas veces, de múltiples agentes.

Lo valioso de esta compilación es que estimula la participación de la antropología social, la micro-sociología y la micro-historia como nuevas maneras de acercarse a lo estatal, tanto teórica como metodológicamente, fundamentales para oxigenar nuestros saberes y prácticas en y sobre el Estado Argentino.

Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (coords.), *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Buenos Aires, Biblos, 2010. 319 páginas.

Por Laura Cucchi

(Instituto Ravignani, UBA- CONICET)

Este libro presenta un conjunto de reflexiones sobre los distintos ensayos de formación de un sistema político nacional. El periodo abordado es el que se abre con el fin del rosismo y llega hasta 1880, momento en que habitualmente se ha considerado que se hizo efectiva la unidad política. El proyecto editorial nace de dos reuniones de trabajo realizadas en el Instituto de Estudios Históricos y Sociales (IEHS) de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Cuyo y que se planificaron con el propósito -de acuerdo a la introducción de sus coordinadores- de revisar y discutir el ensayo de interpretación que ha iluminado en gran medida toda la nueva historiografía sobre el periodo: *Una nación para el desierto argentino*, de Tulio Halperín Dongui. Para ello se invitó a varios especialistas en historia política que en los últimos años han contribuido decisivamente a esa renovación. El propósito que guiaba esos encuentros, y que recupera el libro en sus doce artículos, fue presentar los resultados de investigaciones actuales, donde se exploran diferentes aspectos de la constitución de un sistema político nacional y de un principio de autoridad estable, en escenarios diversos y con escalas de observación también variadas. Los acompañan dos comentarios finales de historiadores que se han especializado en temas de la primera mitad del siglo XIX, que habían sido invitados a realizar los comentarios a los trabajos presentados en aquellas reuniones, con el objetivo de comenzar a romper los límites que separan las historiográfica de la primera y de la segunda mitad del siglo.

En el diálogo entre todas estas contribuciones prima la voluntad de repensar los procesos de negociación y conflicto entre las autoridades locales, provinciales y nacionales,

partiendo tanto de las formas en que se organizaron y consolidaron algunos poderes nacionales en las provincias, así como desde los modos en que se buscó "conducir la autoridad al centro". En ese sentido, aunque la formación y consolidación del Estado no constituye el eje de discusión, sí permanece como un segundo plano al que muchos de los trabajos remiten directa o indirectamente y, con él, a *La formación del Estado Argentino* de Oscar Oszlak.

Un problema que es abordado por varias de las contribuciones es la dificultad de consolidar un orden político en las provincias, y de allí, los diferentes mecanismos diseñados en cada una de ellas para controlar y gobernar su territorio. En relación con ello, se explora el papel de algunas figuras como los comandantes militares que desempeñaron funciones administrativas y políticas en la campaña, y sus complejas relaciones con las autoridades provinciales asentadas en las ciudades capitales. Vinculado a esto aparece también una preocupación por las formas en que se organizaron las fuerzas militares en el periodo, y su relación con los modos en que se pensó tanto el papel de los ciudadanos en la vida política como las relaciones entre poder central y provincias, en lo que hacía al poder de coerción. En algunos trabajos aparece además un interés por los cambios económicos de algunas provincias en ese periodo, y su vinculación con transformaciones políticas, en lo que hacía, por ejemplo, a la administración de recursos y la organización de sistemas fiscales.

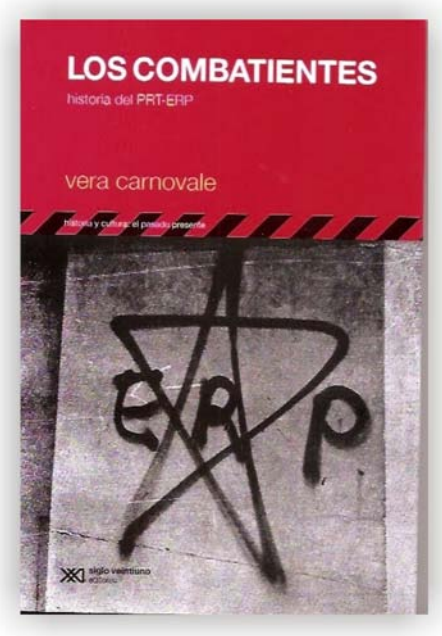
La formación de un orden político nacional cambió las reglas de los enfrentamientos y con ello se produjeron también transformaciones en las prácticas políticas. Varias contribuciones exploran, en relación con ello, el rol que desempeñaron en el periodo las identidades y tradiciones políticas, en lo que hacía a las formas colectivas de acción y a la organización de partidos políticos, con características propias de la época.

En conjunto, esta colección de artículos brinda un panorama muy interesante de las direcciones en que se está trabajando actualmente el problema de la constitución de un orden político en la segunda mitad del siglo XIX, mostrando cuánto pueden contribuir a una mayor comprensión de ese proceso, cambios en las escalas de análisis y reflexiones que se interroguen por la edificación de un poder central partiendo, también, de la dinámica política e institucional de las provincias.

Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT- ERP.* Buenos Aires, Siglo XXI, 2011. 310 páginas.

Por Mariana Pozzoni

(CONICET- CEHis, UNMdP)



El libro de Vera Carnovale se inscribe dentro de aquellas investigaciones orientadas a aportar a la comprensión de la experiencia militante revolucionaria entre fines de los años '60 y principios de los '70, centrándose en la que protagonizó el Partido Revolucionario de los Trabajadores- Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT- ERP).

La autora discute con las distintas lecturas que, tras la derrota, dieron lugar a un conjunto relativamente homogéneo de críticas respecto de la actuación del PRT- ERP. Elaboradas en su mayoría por ex militantes y basadas en una impugnación prescriptiva, esas miradas, suelen concentrarse en determinados posicionamientos políticos y prácticas de la organización que, según su criterio, evidenciaron un proceso de "militarización" que se constituyó en la base de un progresivo aislamiento político. El problema de la militarización, sumado a una supuesta imposibilidad de la militancia perretista de detenerse a tiempo o retroceder, delimitaron el conjunto de vectores que guiaron esta investigación.

Para abordar estas cuestiones, Carnovale se centra en la subjetividad partidaria porque entiende que existió una fuerte lógica entre el sistema de creencias y valores de los militantes del PRT- ERP y su hacer. En este sentido, sostiene que aquellos hombres y mujeres actuaron en función de un conglomerado de formulaciones que no podía sino impulsar la lucha armada de la organización, articulado con un puñado de mandatos morales definitivamente irrenunciables en tanto hacían a su propio ser revolucionario.

El libro se estructura en una introducción, cinco capítulos, un epílogo y las conclusiones, a través de los cuales se despliegan un conjunto de temáticas que buscan dar sustento a tal afirmación.

En el primer capítulo se realiza un análisis de las principales corrientes político- ideológicas que nutrieron el PRT, fundado a partir de la confluencia del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) y Palabra Obrera (PO) en 1965. Alentados por la experiencia de la revolución cubana, ambos establecieron un acuerdo inicial en torno a la necesidad de

llevar a cabo una revolución ininterrumpida, antiimperialista y socialista simultáneamente, que sufrió una primera fractura en 1968, cuando el sector liderado por Nahuel Moreno se escindió por no compartir la línea proclive a la lucha armada defendida por la corriente de Mario R. Santucho, que en 1970 fundó su brazo militar, el ERP.

El capítulo siguiente se centra en la política partidaria de este último sector, atendiendo especialmente al problema de la militarización y la adopción de una caracterización del proceso como una "guerra". Allí la autora parte de la premisa de que la diferenciación-oposición entre violencia y política se torna poco productiva a la hora de analizar la experiencia perretista, que incluyó la expansión simultánea de todas las formas de lucha, en sus manifestaciones pacíficas o violentas, semilegales o clandestinas, como una constante en su historia.

Por su parte, el tercer capítulo, se focaliza en la identificación de las acepciones de "enemigo" presentes en la subjetividad partidaria. A partir de los testimonios, Carnovale afirma que la experiencia cotidiana de la represión y el accionar de las FF.AA condujeron a que en el imaginario perretista la doble acepción de enemigo -burguesía y "ejército opresor"- se resolviera a favor del último. Asimismo, sostiene que los guerrilleros postularon un enemigo a imagen y semejanza desconociendo el paradójico hecho de que ese enemigo había asimilado más seriamente las implicancias de las nociones de enemistad absoluta que la guerra revolucionaria traía consigo.

Ante la brutalidad represiva, los militantes postularon la moral revolucionaria, tema que se aborda en el siguiente capítulo a través de la figura del "hombre nuevo". El mismo, identificado con el Che Guevara, reunía una serie de valores como la humildad, la sencillez, la solidaridad, la renuncia y el espíritu de sacrificio, en torno a los cuales el imaginario perretista fue construyendo un ideal de héroe, cuyo punto cúlmine era la caída en combate. Frente a éste, se erigió como opuesto, el traidor o quebrado.

El capítulo quinto, analiza dos mecanismos que el PRT- ERP puso en práctica a la hora de la homogeneización y el disciplinamiento de la organización. La proletarización y el control de la vida privada e íntima de los militantes tuvieron como objetivo, por un lado, combatir las características pequeño- burguesas de los propios integrantes del partido, y por otro, contribuir a la fusión de los mismos en un cuerpo revolucionario sin fisuras.

Finalmente, el epílogo reconstruye la actuación del PRT- ERP en el período que selló su derrota entre 1975 y 1977, y las conclusiones constituyen una recapitulación de las principales ideas expuestas en el libro que finaliza con la reafirmación de la hipótesis de la autora acerca de la persistencia perretista: "Los militantes de PRT- ERP no se equivocaron, no se desviaron ni se empecinaron caprichosamente. Fueron en todo caso, terriblemente fieles al ideario y a los imperativos que ellos mismos enarbolaron, en pos de una revolución en la que creyeron inconmoviblemente" (p. 288).

Emilio Crenzel (coord.), *Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983 – 2008)*. Buenos Aires, Biblos, 2010. 271 páginas.

Por Lucía Brienza

(UNR)

Hace ya varios años que Emilio Crenzel se dedica a investigar diversos tópicos relativos al denominado pasado reciente en nuestro país. Su sólida trayectoria en estos temas le ha permitido coordinar este libro que contiene una variedad de autores y problemas. A partir del título, se esperaría que el denominador común de los distintos artículos aquí reunidos fuera el de los desaparecidos en la Argentina. Sin embargo, una mirada más atenta, muestra que la clave de lectura –y por lo tanto el eje de la compilación– es el problema de las *representaciones.* Particularmente, la representación de acontecimientos límite, entre los cuales se cuenta el fenómeno de la desaparición de personas en nuestro país. El coordinador hace explícita esta opción en el subtítulo; y en la introducción al libro, inserta las reflexiones en el seno del debate sobre la (im)posibilidad de representación del genocidio nazi. A partir de allí, se despliega la hipótesis de trabajo que, de uno u otro modo, atravesará los distintos artículos: el caso argentino ayudaría a rebatir "el supuesto carácter impensable, indecible e irrepresentable de la violencia extrema y el horror" (pág. 13).

Es entonces gracias a que existe representación de los desaparecidos, y que pueden encontrarse diferentes formas de hacerlo, que la compilación encuentra un eje común, siendo ella misma una puesta en acto de dicha representación. En esa dirección, se remarcará que el carácter decible y/o representable de un acontecimiento no puede pensarse por fuera del contexto de enunciación y recepción en el cual se inscribe, y por lo tanto se busca mostrar también de qué forma la producción de discursos sobre el pasado reciente – y más puntualmente aún, sobre los desaparecidos argentinos – pudo haber influido en la generalización de ciertos sentidos sobre ese pasado.

Otro eje que aparece recurrentemente, y que no es aludido en el título del libro, es el de las diversas representaciones de la violencia política. Si bien el coordinador de la obra hace explícito este tópico en la introducción, por momentos queda diluido en la abundancia de las referencias a los desaparecidos. Quizás resultaría interesante ahondar sobre

esta cuestión, dado que ha sido menos transitada que el problema de los desaparecidos, pero es a la vez la que genera mayor riqueza en los debates más recientes.

El libro presenta entonces diferentes artículos que, si bien responden a un objeto de estudio común – "los diversos soportes centrales en el proceso de formación de sentidos sobre el pasado y de transmisión de la memoria" (pág. 17) – lo hacen desde puntos de vista variados, que van desde la prensa gráfica y los discursos públicos hasta las diferentes intervenciones artísticas y los textos escolares.

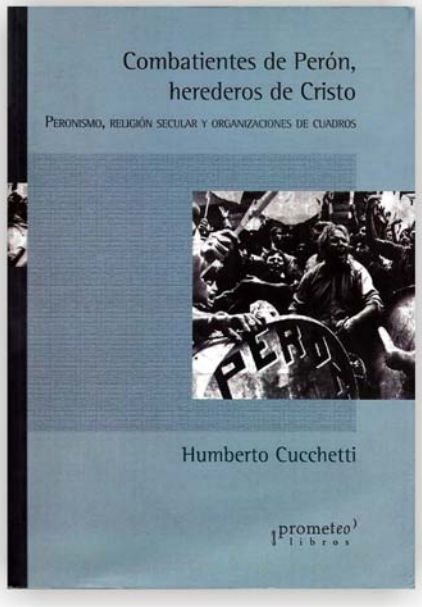
Como sucede con muchas compilaciones, la calidad de los artículos y el interés que éstos despiertan es irregular: en términos generales puede afirmarse que termina haciéndose evidente la diferencia entre aquellos escritos que son resultado de largas trayectorias de investigación y los que provienen de primeros acercamientos a la problemática. Sin embargo, el mérito de incluir a ambos tipos de producciones quizás radique en la posibilidad que se les brinda de participar de publicaciones de calidad a quienes recién se inician, en pie de igualdad con investigadores consagrados. Crenzel logra reunir a docentes, alumnos e investigadores en calidad de pares, y consigue al mismo tiempo señalar de manera convincente los ejes comunes que guiaron la selección, haciendo olvidar al lector la diversidad y disparidad de las contribuciones.

Finalmente, quien se aboque a la lectura de este libro, encontrará que todavía existen múltiples aristas de la historia reciente y sus representaciones sociales que presentan alta potencialidad para ser investigadas, y que a pesar de la eclosión en la investigación de estos temas, permanecen aún inexploradas. Por otra parte, si la lectura de conjunto de la obra permite abonar la idea vertida en la introducción acerca de "el carácter cambiante que ha tenido la representación de los desaparecidos y la violencia política en el país en los últimos treinta años" (pág. 21), se constatará también que el sólo paso de los años es fuente suficiente para continuar con pesquisas que sigan reflejando dichos cambios.

Humberto Cucchetti, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*. Buenos Aires, Prometeo, 2010. 436 páginas.

Por Mercedes Amuchástegui

(UCA)



En esta investigación el autor intenta pensar con categorías sutiles y profundas una trayectoria organizacional compleja y problemática como fue la de Guardia de Hierro, las organizaciones que le sucedieron y los hombres que se formaron en ellas.

La pesquisa se afirma en la idea de que la filiación de izquierdas y derechas que había guiado a otros estudios no es suficiente para explicar una realidad con aristas muy diversas como la del objeto estudiado.

Es por ello que el autor intentará escapar a esa dialéctica y buscará comprender a la organización y sus sucesoras a partir del análisis de la excepcionalidad que recorre el contexto histórico político argentino durante la mayor parte del siglo XX como consecuencia del descreimiento en el sistema de representación demoliberal. También, a partir de la idea de que gran parte de las carencias de este sistema son consecuencias del intento de la Iglesia Católica, sobre todo a partir de la década de 1930, de salir de las sacristías para conquistar la vida social y política. Sin embargo, el autor no deja de notar que la contracara de este avance se encuentra marcada por la imposibilidad de las diversas ideologías de evitar el intento de transformarse en sustitutivos secularizados de las religiones antiguas.

Guardia de Hierro surgió a mediados de la década de 1960 y en el contexto de un peronismo proscripto. La pérdida de las especificidades discursivas, al decir de Beatriz Sarlo, marcó la vida institucional de este período del mismo modo que lo hizo la excepción y el intento de suplantar los intentos reformistas de la vida política por transformaciones de corte revolucionario. El nacimiento de esta organización compartió muchas de las características que tuvieron las agrupaciones que luego harían una opción por la confrontación armada, tanto dentro como fuera del universo peronista. En este sentido, prevaleció en un principio la idea de la vanguardia revolucionaria y del foquismo como modo de destrucción de un sistema que impedía el regreso de Perón.

Corto es este primer carácter organizacional que varió, según el testimonio de sus principales miembros, como consecuencia de la voluntad del mismo Perón, quien necesitaba una retaguardia para su movimiento cuya función sería generar en la sociedad argentina el clima propicio para su retorno. Es en este marco que se unieron la Guardia de Hierro comandada por Alejandro Álvarez y el Frente Estudiantil Nacional (FEN) de Roberto Grabois quien, desencantado con las opciones que ofrecía el socialismo internacionalista en el que había militado desde su primera juventud, se encontraba en la búsqueda de una opción nacional para su agrupación. De dicha unión nacería la OUTG (Organización Única del Trasvasamiento Generacional), encargada de formar militantes dedicados a un enorme y fructífero trabajo territorial en la Capital Federal, en zonas específicas del conurbano bonaerense y en algunas de las capitales provinciales. La OUTG se presentaría a sí misma como la puerta ancha de entrada a un peronismo ortodoxo que buscaba cumplir en todo con la voluntad de Perón y diferenciarse de las agrupaciones que intentaban realizar un movimiento de entrismo en el peronismo y transformarlo en un partido revolucionario. Prevalecieron en ella tanto el doble verticalismo (con respecto al jefe directo y a Perón), el militantismo sacrificial, y una religiosidad secular referida al líder.

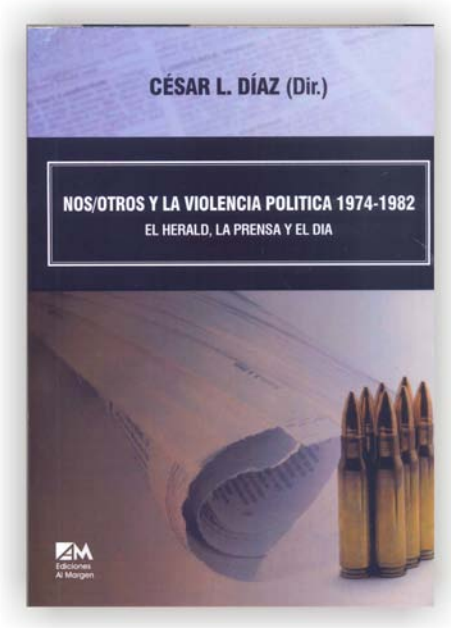
Con la muerte de Perón la OUTG sería disuelta y sus miembros quedarían temporalmente sin una estructura de contención ya que Álvarez consideraba que una agrupación dedicada a formar cuadros era contradictoria con la idea de movimiento propia del peronismo. Sin embargo, como señala Cucchetti, tanto el mismo "Gallego" como diversos militantes de la agrupación licuada intentarían en adelante, de distintos modos, generar redes que parangonaran el perdido tiempo dorado. Estos intentos los llevarían a un ensayo de referencia respecto de Isabelita, a una relación cuasi obligada con Massera y su experimento de *democracia social*, a la dispersión en la vida partidaria y la contradicción con la tendencia de la renovación peronista. Del mismo modo también los impulsaría a la formación de la Orden de María, la estructuración de los cursos de *fideipolítica* y una alianza temporal con el FREPASO.

Como destaca el autor, a partir de las entrevistas realizadas que permitieron vislumbrar los caminos organizacionales y personales recorridos, para quienes siguieron a Álvarez, la historia dictaría una sucesión de desencantos con respecto a la vida política que los conduciría a una re-significación de lo aprendido en una superior esfera de religiosidad.

César L. Díaz (dir.), *Nos/otros y la violencia política. Buenos Aires Herald - El Día - La Prensa / 1974-1982.* La Plata, Al margen, 2009. 474 páginas.

Por Micaela Iturralde

(CONICET – CEHis, UNMdP)



Este libro es el resultado de una parte de la labor que hace más de diez años iniciaron César L. Díaz y su equipo de investigación, con la premisa de conocer y explicar el papel desempeñado por la prensa de interés general en algunos de los hechos más importantes de nuestra historia reciente. En 2002, publicaron *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976,* en el que analizaron las estrategias comunicacionales de los más importantes diarios nacionales puestas en marcha a favor del derrocamiento del gobierno peronista por las Fuerzas Armadas y el inicio del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. En *Nos/otros y la violencia política*, los autores enfatizan nuevamente la necesidad de problematizar las miradas, tanto en términos de cómplices, como de víctimas, que existen acerca del papel desempeñado por la prensa de difusión masiva durante este período. Los artículos de esta compilación están destinados a explicar e historizar las prácticas discursivas de los diarios *La Prensa*, *El Día* y *Buenos Aires Herald* en torno a la cuestión de la violencia política en la década de los setenta.

El libro cuenta con un prefacio a cargo de Díaz, al que le siguen dos apartados dedicados a consideraciones teóricas y a referencias históricas que permiten contextualizar el análisis. Este se desarrolla a lo largo de siete capítulos escritos en su mayoría conjuntamente por César L. Díaz, María M. Passaro y Mario J. Jiménez. Cabe destacar que los capítulos dedicados al diario inglés *Buenos Aires Herald* están precedidos por un prólogo escrito por quién fuera su director durante el período en cuestión, el periodista Robert Cox.

Recurriendo a herramientas teóricas de diferentes disciplinas como la historia, la comunicación y la lingüística, los autores analizan un amplio corpus de editoriales publicados en los tres diarios entre 1974 y 1982 acerca del accionar de las organizaciones armadas, el terrorismo de Estado y las violaciones a los derechos humanos. Los trabajos comparten una interpretación que considera a los medios de prensa como actores políticos portadores de ideología y productores de

representaciones sociales, y a sus editoriales como la expresión de su posicionamiento institucional.

En forma complementaria con ciertas técnicas y categorías del análisis del discurso y de la comunicación, los autores elaboran nuevas herramientas conceptuales para interpretar los enunciados de la prensa argentina del período. Consideran que es posible realizar una distinción entre "socios" y "no socios" del Proceso del Reorganización Nacional, la cual toma como base la participación de los diarios en la empresa estatal *Papel Prensa S.A* creada en 1977. La caracterización de los tres diarios analizados como "no socios" ofrece para los autores un punto de diferenciación fundamental con el accionar de los llamados "socios" (*Clarín, La Nación* y *La Razón),* sobre todo, en función del mayor grado de independencia que pudieron conservar respecto del gobierno militar. Asimismo los autores cuestionan la categoría de "periodismo de seguridad nacional", que homologa los posicionamientos de toda la prensa a ciertos discursos apologéticos y colaboracionistas con el régimen y, en su reemplazo, proponen la de "periodismo pendular", que permite comprender los cambios que a lo largo de los años sufrieron los discursos mediáticos y explicarlos a la luz de los valores y creencias de cada medio, sus intereses políticos y económico-empresariales eventuales.

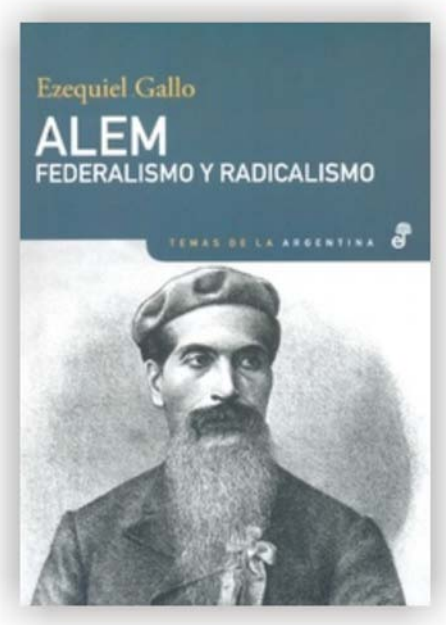
A partir de este andamiaje teórico-conceptual, indagan acerca de las producciones discursivas de los tres periódicos en torno a los grupos armados y la figura de la subversión, el golpe de Estado de 1976 y la implementación de su vasto plan represivo, la visita evaluatoria de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y las denuncias de violaciones a los derechos humanos, entre otras cuestiones fundamentales ligadas a la violencia política del período. Concluyen al respecto que los medios analizados no actuaron como un bloque homogéneo, sino que hubo importantes diferencias entre ellos, en particular en torno a las violaciones a los derechos humanos, respecto a las que el *Buenos Aires Herald* adoptó tempranamente un tono crítico, informando y denunciando los secuestros y desapariciones.

Nos/otros y la violencia política saca a la luz una variedad de posicionamientos y estrategias periodísticas que desmienten las visiones estáticas y maniqueas del accionar de los medios de prensa durante la última dictadura militar. Además del atractivo y la actualidad social de la problemática que aborda, constituye una contribución fundamental para el campo de estudios sobre la prensa en particular y el conocimiento de la historia reciente de Argentina en general.

Ezequiel Gallo, *Alem: Federalismo y Radicalismo*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. 155 páginas.

Por María Gabriela Quiñones

(UNNE)



Este ensayo de Ezequiel Gallo se origina en un tardío gusto del autor por la biografía y en su percepción de que se trata del género adecuado para analizar el comportamiento de los actores individuales. La elección de Leandro N. Alem se debe a la importancia que tuvo su figura en la política de finales del siglo XIX y al hecho de que la biografía del líder radical actúe como contrapunto con un ejercicio previo que realizara sobre la figura de Carlos Pellegrini. Por otra parte, Alem representó una corriente ideológica significativa en las últimas décadas del siglo XIX que fue perdiendo vigencia paulatinamente. Ello convierte a muchas de sus intervenciones discursivas en interesantes piezas del debate ideológico del período.

El autor destaca las dificultades que debió superar, dado que a diferencia de otros actores del período, en este caso la documentación resulta escasa y fragmentaria y no se dispone de intercambios epistolares. El pensamiento de Alem es reconstruido por el autor a partir sus notas periodísticas y discursos parlamentarios, pero también en gran medida a través de la contraposición de testimonios de sus contemporáneos, entre los que busca equilibrar a adversarios y correligionarios. Ello se asienta en un fuerte apoyo bibliográfico que se destaca en las citas de cada capítulo. A lo largo del libro se advierte la periodización de la vida del biografiado que realiza el autor al distinguir su actuación de los años setenta, hasta la federalización de Buenos Aires, y su retorno a partir de 1889.

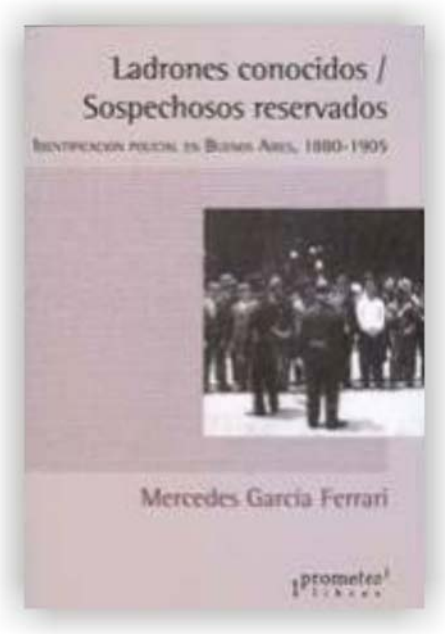
Gallo advierte que no es su objetivo indagar sobre la vida de Alem, sino más bien, poner el acento en aquellos aspectos centrales de su pensamiento y su actividad política que han sido opacados por el mito. El libro se estructura en tres capítulos que han sido titulados con frases pronunciadas por el biografiado: “En casa de cristal”, “Esa maldita tendencia centralizadora” y “Que se rompa, pero que no se doble”. En el primer capítulo, fundamentalmente a través de las descripciones o referencias de sus contemporáneos, se propone desentrañar la naturaleza del carácter de Alem, en particular de aquellos rasgos de su personalidad que tuvieron

fuerte incidencia en su actuación política: su carácter intransigente, su principismo, su oposición a las alianzas y su propensión a la utilización de recursos no pacíficos para resolver disputas políticas que se hace evidente en los años noventa. En el segundo se dedica a analizar su formación intelectual, las fuentes que nutrieron su pensamiento y los aspectos centrales del mismo. Es aquí donde se revela la preocupación fundamental de Alem acerca del funcionamiento del sistema político. El principio rector es su tenaz oposición al centralismo, es decir, a todo avance del poder ejecutivo que afecta al funcionamiento del sistema federal y su insistencia en la necesidad de establecer mecanismos de limitación del poder que ejercen el presidente y los gobernadores. Se advierte también el énfasis puesto en la necesidad de sostener la autonomía de las provincias que han sido las creadoras de la Nación y que por lo tanto deben ejercer todas las prerrogativas no delegadas en ella al momento de su formación. También se señalan las posiciones de Alem respecto de la relación Iglesia-Estado, el debate liberalismo-proteccionismo y la reivindicación del derecho a la rebelión, que se da particularmente en el segundo período de su actuación pública. En el tercer capítulo destaca aspectos centrales de la vida política de Alem: su tarea como legislador provincial y nacional, su participación en conflictos militares y el papel protagónico que desempeña al oponerse a la dirigencia política de su propio partido en más de una ocasión. Este último aspecto se manifiesta en las dos etapas de la vida pública, aunque es en el segundo período en que adquiere rasgos marcadamente revolucionarios. Gallo pone en evidencia los vaivenes de la vida política de Alem, su intensa participación tanto en las contiendas electorales como en los levantamientos armados, su prolífica redacción de manifiestos partidarios, su participación en mitines políticos, su destacada oratoria, su paso por la prisión y su tarea al frente del periódico El Argentino. Al final presenta un anexo documental.

Mercedes García Ferrari, *Ladrones conocidos / Sospechosos reservados. Identificación policial en Buenos Aires, 1880-1905.* Buenos Aires, Prometeo, 2010. 212 páginas.

Por Osvaldo Barreneche

(IdIHSC, UNLP - CONICET)



Este libro, resultante de la tesis de maestría de la autora en la Universidad de San Andrés (dirigida por Lila Caimari) trata sobre la historia de la identificación en la Argentina de finales del siglo XIX y comienzos del XX. La pieza toma a la ciudad de Buenos Aires como estudio de caso, a través del cual se sigue la expansión de los registros estatales de identidades. Para trazar ese recorrido histórico se analizan las prácticas identificatorias de la Policía de la capital durante sus primeros 25 años de existencia y que abarcan los límites temporales anunciados en el título de la obra. Durante estos años, asistimos a una enorme expansión y diversificación de los archivos policiales porteños y de sus registros de identificación fotográfica, antropométrica y dactiloscópica. De allí que el texto se concentre en un periodo en el cual la individualización de personas estaba ligada al mundo del delito. Esta etapa fundacional de los aludidos registros policiales en Buenos Aires, colocó a la Argentina a la vanguardia del fenómeno mundial de la identificación humana en sentido amplio. Por qué motivos tuvo esto lugar y cómo fue que sus resultados llevaron, durante el siglo XX, a la aceptación de la aplicación de tales prácticas policiales sobre la población en general, son preguntas que Mercedes García Ferrari procura responder.

El libro se divide en una introducción y tres partes. La introducción incluye una revisión historiográfica que traza el recorrido de los estudios sobre tecnologías e instituciones de control social en la Argentina, desde la recepción de *Vigilar y Castigar* de Michel Foucault hasta los aportes más recientes. En este marco, la autora centra su estudio en las prácticas institucionales cotidianas de la Policía en la ciudad de Buenos Aires, a través de múltiples fuentes, procurando explicar el temprano despliegue de tecnologías de identificación humana en dicha ciudad.

La primera parte del libro, titulada “La calle” consta de dos capítulos (La ciudad y La policía de la capital). En ellos, se explica el contexto histórico y espacial en el cual se desarrolla la trama de esta investigación. Un crecimiento urbano impresionante expandió el anonimato de sus habitantes,

provocando inquietudes, temores y reacciones de las autoridades frente a ese fenómeno. Es en ese escenario cambiante donde se dio el proceso de organización policial que terminó incluyendo la adecuación e implementación de nuevos conocimientos, técnicas y procedimientos de identificación.

La segunda parte, titulada "Identificación fotográfica" consta de tres capítulos (Galerías, Nuevos espacios y saberes, y Resistencias) y se centra en el uso de la fotografía policial como primer instrumento de identificación institucional de delincuentes. Esto comenzó en coincidencia con la inauguración de la Oficina Antropométrica y con la confección y publicación de la "Galería de ladrones" durante la década de 1880. En los años siguientes, se siguió con la integración de la fotografía a los otros instrumentos de identificación vinculados a la expansión del sistema antropométrico y al nacimiento del prontuario policial. Y en el desarrollo de esta historia, también aparecen y se analizan las resistencias de los destinatarios de la identificación policial, fuesen o no delincuentes y criminales.

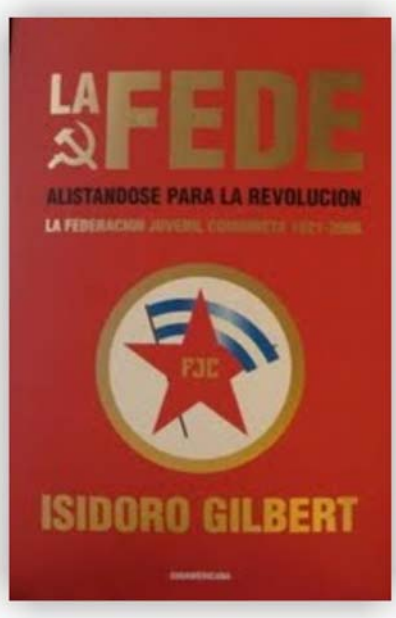
La tercera y última parte, titulada "Antropometría y Dactiloscopia", presenta tres capítulos (El sistema antropométrico, El sistema dactiloscópico, e Historia de un conflicto en la Policía de la capital). Se analizan aquí el nacimiento y primeros pasos de dos dependencias policiales vinculadas a sendos sistemas de identificación, el antropométrico y el dactiloscópico. Los avatares de cada una de ellas y el conflicto que protagonizaron hacia el interior de la institución policial porteña son recorridos hasta los primeros años del siglo XX, cuando dichas contiendas internas van decantando en la emergencia de una perdurable doctrina policial de la identificación humana.

En la actualidad, en la que los "indocumentados" marcan la zona de exclusión de los ciudadanos como sujetos portadores de derechos, conocer cuales fueron los orígenes de la identificación sistemática y generalizada de personas resulta fundamental. Que en esos inicios haya sido la policía la encargada de estos asuntos, de cómo y por qué fueron llevados a cabo, permite comprender trayectos ulteriores. Este es el principal aporte de un libro bien escrito y documentado.

Isidoro Gilbert, *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista. 1921-2005*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009. 800 páginas.

Por Juan Manuel Romero

(UBA- UdeSA)



En *La Fede*, el periodista Isidoro Gilbert –autor también de *El oro de Moscú*- propone una historia de Federación Juvenil Comunista, organización que curiosamente ha sido poco atendida en sede historiográfica. Se trata de una investigación original que aprovecha la reciente disponibilidad de fuentes y testimonios inéditos para el abordaje del comunismo argentino. En sus 800 páginas, el ensayo se organiza según una lógica más narrativa que analítica, avanzando, en sus diecinueve capítulos, en un recorrido cronológico en el que la historia de la Federación Juvenil Comunista (FJC) se confunde con la historia del comunismo argentino y su lugar en la historia nacional.

Sin dudas, un enfoque de esas características -y con esas ambiciones-, permite al autor cimentar lo que puede leerse como el argumento central del libro: la importancia de la "Fede" se encuentra ratificada por su lugar formativo clave en el derrotero de varias generaciones de dirigentes que tendrían luego roles protagónicos en la política nacional. Pero del mismo modo, en un relato donde el objeto no aparece focalizado con consecuencia y claridad, pierden densidad algunas líneas problemáticas que el texto sin embargo sugiere. Así, del recorrido se desprenden un conjunto de temas cuya indagación parece todavía una tarea pendiente: las preguntas acerca de la especificidad organizativa de la FJC y su relación con el Partido Comunista Argentino que aparece tensionada por las pretensiones de autonomía, a la vez que por la porosidad de las fronteras entre ambas estructuras. Pero también sobre las relaciones con las organizaciones juveniles del comunismo internacional, la naturaleza de sus vínculos con el movimiento estudiantil y universitario, el modo en que la historia de la "Fede" puede ser pensada en el marco de la política armada de los años setenta, y finalmente, el lugar encontrado a partir de la recuperación democrática por una fuerza que tenía su bandera principal en la idea de la revolución. Es posible que también la extensión del período contemplado en la obra –desde su

fundación en 1921 hasta el 2005-, explique sus límites para abordar en profundidad estas cuestiones.

El autor, quien se afilió a la FJC a fines de los años cuarenta, emprende con rigor la búsqueda documentada de información, y el uso de algunas fuentes originales puede contarse, ciertamente, entre las virtudes del libro. En cambio, el apoyo testimonial de las entrevistas, realizadas durante años a una enorme cantidad de militantes, no encuentra su lugar más productivo en la estructura de la narración de Gilbert.

El saldo es en algún sentido paradójico. Puede suponerse que un ensayo de estas características se encuentra orientado a un público no especializado. Pero las dimensiones de una obra que abunda en información minuciosa sobre anónimos o célebres militantes comunistas conspiran contra su atractivo como lectura didáctica o informativa. Del mismo modo, algunos de los cuadros generales de historia argentina que el libro ofrece no resultarán satisfactorios para el público de historiadores. Pero es posible también que entre estos últimos, aquellos que se empeñan en la reconstrucción de la historia del comunismo argentino –una historia sin dudas compleja- encuentren en *La Fede* una fuente generosa de datos e ideas para sus estudios.

Fabián Herrero (comp.), *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*. Rosario, Prohistoria, 2010. 188 páginas.

Por Virginia Macchi

(Instituto Ravignani, UBA- CONICET)

El presente libro es una compilación de artículos de investigadores especializados en el estudio de los procesos iniciados con la revolución en 1810 desde, aunque no de forma exclusiva, la perspectiva de la historia política y de las ideas de la primera mitad del siglo XIX. Entre ellos se encuentran Fabio Wasserman, Alejandra Pasino, Klaus Gallo, Fabián Herrero, Sara Mata, Gustavo Paz y Silvia Romano.

El artículo de Wasserman busca, desde una perspectiva historiográfica, desentrañar las interpretaciones, valoraciones y representaciones acerca de la revolución durante el siglo XIX. Para ello, el autor se centra en dos debates: En primer lugar aborda la polémica suscitada entre mayo y junio de 1826 en torno a la construcción de un monumento a los autores de la revolución, y el segundo debate, durante la segunda de la década de 1850, cuando se pensó el rol de las distintas provincias durante el proceso revolucionario. Durante estas controversias estuvo en juego la posibilidad de construir un orden estatal nacional y, a través de ellas, se manifestaron las diferencias regionales, facciosas, ideológicas o personales de los participantes. Estas diferencias imposibilitaron la construcción de un relato único que, en última instancia, hubiera clausurado el proceso revolucionario lo que, en el imaginario de los protagonistas, debía ocurrir con la constitución de un gobierno legítimo y estable.

En los dos artículos siguientes los respectivos autores trabajan una problemática común en torno a la recepción de las ideas políticas en el Río de la Plata. En el trabajo sobre *El Español* de José María Blanco White, Pasino investiga acerca del propósito de la reproducción de artículos del mencionado periódico en la prensa porteña durante la década de 1810. El interés de esta investigación radica en que este fue el primer liberal español que buscó pensar los efectos que el proceso peninsular podía tener para las colonias americanas y sus escritos fueron, de hecho, utilizados para legitimar la constitución de una junta en Buenos Aires. Una vez que en la

prensa porteña los debates se suscitaron en torno a la independencia, los discursos condenatorios del español desde las páginas de *El Censor* y *El grito del Sud* sirvieron para fomentar la discusión en torno a este controversial asunto. El artículo de Gallo responde a la pregunta de cómo fue que la *idéologie* y el utilitarismo francés se adentraron en el ámbito intelectual porteño a fines de la década del 10. A partir de la correspondencia de Rivadavia, se analiza la recepción de las ideas francesas e inglesas en su obra, que se manifestarán en las reformas del ministro durante el gobierno de Martín Rodríguez.

El escrito de Herrero estudia la participación del "pueblo" a partir de la emergencia de una tendencia confederacionista que surgió en Buenos Aires en 1816 con un signo netamente provincial y no sólo urbano o rural. Esta tendencia contaba con algunos exponentes visibles dentro de la élite pero, mayoritariamente, tenía a sus elementos más relevantes a nivel político dentro de los sectores intermedios. Asimismo, busca explicitar las dificultades trajo aparejadas la imposición de un sistema de representación, apareciendo formas de participación alternativas para distintos sectores sociales reflejando así una especie de democracia directa.

Los últimos tres artículos se alejan del ámbito porteño y bonaerense para dedicarse a los casos de Salta, Jujuy y Córdoba. El primer caso, estudiado por Mata, centra su análisis en el protagonismo adquirido por nuevos actores sociales, mayoritariamente marginales, y las perspectivas que estos tenían de ascenso social. Este ascenso fue posible gracias a su participación en las milicias durante las guerras de independencia y bajo el liderazgo de Guemes, quien a su vez estableció un nuevo tipo de discurso político. La guerra en el extremo norte propició, así, la existencia de nuevas formas de concebir el poder que se materializaron en el campo social, pero que actuaron en un marasmo de conflictos y tensiones preexistentes. Para el trabajo de Paz, la cuestión de la autonomía jujeña es central y la clave interpretativa está en el rol del Cabildo como principal impulsor de esta tendencia. Precisamente, fue el cabildo quien intentó restituirse para sí antiguos derechos y prerrogativas a la vez que proponía una nueva forma de gobierno basada exclusivamente en su control. Para el caso cordobés, Romano examina la administración de justicia en la campaña de esa provincia y la trayectoria de los funcionarios destinados a tal fin, desde la colonia hasta la construcción del estado provincial autónomo, perfeccionándose y resignificándose la institución colonial para terminar siendo el basamento del poder político provincial.

Fabián Herrero, *Federalistas de Buenos Aires, 1810-1820.* Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús, 2009. 292 páginas.

Por Valentina Ayrolo

(CONICET- CEHis, UNMDP)

"Si hay algo que la política no soporta - dice Fabián Herrero en las conclusiones de la obra aquí reseñada - son los espacios vacíos." Esta frase cierra un libro que logra ocupar vacíos por lo menos en dos sentidos. En el primero y más obvio, da cuenta de la existencia "variada" de la tendencia política del federalismo confederal en la provincia de Buenos Aires descubriendo así un tema que fue desdeñado por la casi totalidad de historiadores del período. Pero, en un segundo sentido, el libro sugiere y enuncia aquellas otras cuestiones olvidadas que, como el centralismo, ameritan estudios particulares. De forma tal que además de alcanzar sus objetivos, este trabajo propone a la historiografía volver a interrogarse sobre las cuestiones olvidadas o ignoradas recuperando -a través de las expresiones federales de Buenos Aires- temas soslayados por haber considerado que su impacto había sido apenas perceptible en los procesos históricos generales. Es sobre todo, en estos sentidos que importa *Federalistas de Buenos Aires*.

Este libro completa los argumentos y el análisis que el propio Herrero había iniciado en *Movimientos de Pueblo. La política en Buenos Aires luego de 1810* aparecido en el año 2007. Ambos textos son, a su vez, tributarios de su tesis doctoral defendida hace ya una década. *Movimientos de Pueblo,* centraba el análisis en los acontecimientos ocurridos en Buenos Aires en junio de 1816 y en el golpe de Estado federal de octubre de 1820 como momentos clave en los que se manifestó la tendencia confederal dispuesta a hacerse del poder en contra del centralismo. En cambio, en *Federalistas de Buenos Aires,* el análisis está focalizado en la noción misma de federalismo. Para ello se estudia el alcance conceptual del término según un abanico de autores que incluye norteamericanos y franceses pero que no olvida las versiones y adaptaciones locales. Pero además, se detiene una y otra vez, en los actores que harán de esta propuesta una posibilidad concreta de discusión acerca de las bases políticas del poder recién conquistado.

El tema del federalismo confederal se desarrolla en tres partes que contienen en total diez capítulos. En la primera se incluyen cinco capítulos. Los primeros tres se ocupan de identificar el concepto y las formas en las que federalismo confederal fue presentado y desarrollado en sus distintas variantes. Para ello Herrero toma los "papeles públicos porteños", en los que incluye pasquines, poniéndolos en diálogo con la literatura a la que aluden los federales de Buenos Aires cuando piensan el federalismo. Especialmente para dar cuenta de estas diferencias, en el segundo capítulo se da cita a Moreno y Daunou mostrando la variante "americana" de este modo de concebir el ordenamiento político. Los otros dos capítulos de la primera parte (el 4 y el 5) presentan, en cambio, a los actores de la corriente federal de Buenos Aires en sus distintos escenarios incluyendo a aquellos que, aunque de manera efímera, adhirieron al artiguismo.

La segunda parte y sus dos capítulos están dedicados a la vertiente federal en los años de la independencia. En este caso la prensa periódica tiene un lugar destacado para discutir no solo la ideología confederacionista sino también sus detractores. En estas páginas el autor incorpora a los debates que hubo por entonces, entre ellas, las voces de Thomas Paine y su opción democrático-federal, al omnipresente Benjamín Constant en las versiones vernáculas del federalismo y la vertiente monarquista. Toda esta diversidad de posturas se integra en los capítulos 6 y 7 probando la necesidad enunciada por Herrero de prestar oídos a todas las voces.

La tercera y última parte nos propone el ingreso al intrincado mundo político de la Buenos Aires en vísperas de la batalla de Cepeda. Los tres capítulos que componen el bloque están organizados en torno a los hombres políticos de Buenos Aires, sus intereses y sus opiniones. Aquí retórica y praxis son presentadas como dos caras complementarias, dos formas de expresar, con intensidad diversa, al federalismo de Buenos Aires.

El libro de Fabián Herrero ocupa un lugar vacío en la historiografía. Se ocupa de manera meticulosa e inteligente de una de las tendencias políticas que, aunque minoritarias, efectivamente existieron en la Buenos Aires pos revolucionaria. Pero además, discute acertadamente las interpretaciones que vacían al federalismo de su vertiente bonaerense. Para Herrero llenar ese vacío es posible porque sigue las metamorfosis de los hombres que se inician en la política con la revolución, los escucha y les da entidad.

Fernanda Maidana, *El ascenso y descenso de los dirigentes del Partido Justicialista (PJ) en los cargos de gobierno durante los años 1995-2005. Relaciones entre políticos y políticas en Salta con J.C. Romero.* Salta, UNSA, 2010. 144 páginas.

Por María Cecilia Erbetta
(UNSAM- CONICET- UNLP)

Este trabajo realizado por la antropóloga Fernanda Maidana tiene como principal objetivo comprender la forma en que se *hace política* desde los sentidos producidos por los actores que conforman el elenco partidario oficialista en la provincia de Salta desde 1995 hasta 2005 período que marca el ascenso y descenso del líder y gobernador Juan Carlos Romero. El trabajo se enfoca en mostrar como los dirigentes del oficialismo logran un crecimiento sostenido en sus carreras políticas a partir de dos relaciones fundamentales. En primer lugar, la que se genera entre el dirigente y el líder/gobernador y en segundo término, a partir de los mecanismos de adhesión que se dan entre el dirigente con los electores, obtenidos en buena medida, por la capacidad que este posea de gestionar y distribuir recursos tanto materiales como simbólicos provenientes del aparato estatal. Maidana analiza desde la perspectiva de los actores, cómo la política es vivida e interpretada por los sujetos y cómo estos se apropian y significan en prácticas y discursos estrategias que coadyuvan a comprender cuál es la forma *de hacer y estar* en política en esta provincia.

El libro se compone de cuatro capítulos, una introducción y concluye con unas reflexiones finales. En el primer capítulo titulado "*La forma de publicitar y la prensa*", Maidana señala que los medios de comunicación entre 1983 hasta 1987 eran espacios en donde se ponían de manifiesto las disputas entre las distintas facciones del justicialismo y esta visibilización de los disensos internos en el espacio público fue señalada como una de las causas por las cuáles el partido justicialista pierde las elecciones provinciales en 1987. Esto provoca que a partir de 1995 se haya instaurado un discurso en donde el disenso desaparece, donde hay una pretensión de homogenidad bajo una *"ética del político responsable",* en

donde se valora un "saber hablar" que tiene como fin último velar por el prestigio y buena imagen del gobernador, siendo esta una muestra de lealtad imprescindible para acceder a un cargo público o aspirar a tenerlo. Por otra parte, la autora señala que una de las principales fuentes de financiamiento de los medios de comunicación en Salta son los fondos que provienen de la distribución de la publicidad oficial y esto genera un monopolio comunicacional en donde resulta difícil sostener un discurso crítico al partido gobernante. Por esta razón, los desacuerdos al interior del oficialismo se dirimen en espacios privados e informales y solo salen a la luz cuando se produce una traición.

En el segundo capítulo titulado "*Un modelo en ascenso, el del "político desposeído*", *hombre de confianza de Romero"*, Maidana señala las nuevas pautas de crecimiento político que se pergeñan desde 1995. A partir de entonces es la decisión del líder la que dirime las rivalidades entre las distintas facciones y con ello se evita la fragmentación del oficialismo a partir de la distribución de cargos entre los diferentes grupos. La contrapartida de los candidatos es expresar públicamente su lealtad al líder mostrándose cerca de éste durante la campaña electoral, acciones que luego son interpretadas como señales certeras - tanto para los funcionarios como para los militantes- de que ese candidato *tiene llegada* directa a los recursos estatales a partir de los vínculos que posee con el Poder Ejecutivo.

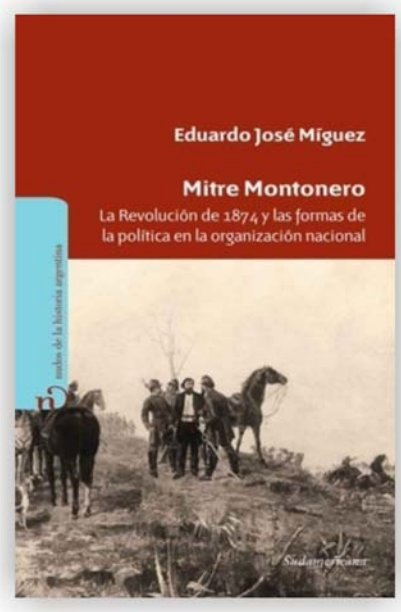
En el capítulo siguiente "*El éxito y el fracaso en la narrativa de la obediencia y la lealtad"* la autora señala cómo en la primera situación se presentan una serie de atributos que deben poseer los dirigentes para ser reconocidos como conductores por parte del líder: *"ser un todo terreno" "saber acordar", "saber hacer" "saber hablar" "conocer la provincia" "tener el aparato"* devienen en cualidades sobre las cuales se construye una relación de confianza y lealtad entre el dirigente y el gobernador. Si la contracara de la lealtad es la traición esta se produce cuando el dirigente ha dejado de ser fiable para el líder porque no se ha envestido con algunos de estos atributos.

El último capítulo "*El hacer política desde los cargos*" muestra la forma en que un dirigente una vez que accede a un cargo estatal y con ello, a los recursos públicos, comienza a tener prestigio entre sus electores y con el líder. Esta situación le permite permanecer al interior de una cadena de lealtades y de disciplinas que va de arriba hacia abajo generándose una dependencia recíproca entre las partes.

Eduardo José Míguez, *Mitre Montonero. La revolución de 1874 y las formas de la política en la organización nacional*. Buenos Aires, Sudamericana, 2011. 224 páginas.

Por Eduardo Zimmermann

(UDESA)



En noviembre de 1874, tras haber entregado la banda presidencial a Nicolás Avellaneda, y cuando ya había estallado el movimiento revolucionario encabezado por Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento se lamentaba con su amigo Manuel Montt, ex presidente de Chile: "Mitre ha venido a turbar la paz, tan arraigada ya en las instituciones y en el ánimo de los pueblos (…) las largas revoluciones y las pasadas tiranías han dejado hasta en el ánimo de los viejos la levadura de los antecedentes…" Esa "levadura de los antecedentes", que explicaba que alguien como Mitre iniciara un levantamiento a esa altura de los tiempos, es parte del objeto de estudio de este brillante trabajo de reconstrucción de la revolución de 1874 de Eduardo Míguez, que se suma a la colección dirigida por Jorge Gelman dedicada a "los nudos de la historia argentina".

El libro cumple sobradamente el objetivo de la colección de acercar a un público general los avances producidos por la investigación historiográfica local, de una manera que combine el análisis riguroso con una exposición clara y de lectura "amigable". Pero el trabajo de Míguez logra, además, engarzarse exitosamente con lo mejor de esa producción. En efecto, este estudio viene a sumar una importante contribución a la discusión de las formas de la política en la organización nacional tal como acertadamente anuncia el subtítulo. Pero también es un aporte a los estudios sobre los procesos de articulación e integración de situaciones políticas y cuadros dirigentes provinciales en la construcción de un Estado y una élite política nacional. Estos temas han atraído recientemente la atención de otros historiadores, y son tópicos sobre los cuales el autor ya ha realizado aportes importantes (véase el volumen editado por Míguez junto a Beatriz Bragoni, *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional 1852-1880*).

El primer capítulo, dedicado a la exposición de los hechos de la revolución y sus antecedentes, incluye un cuidadoso análisis de las fuerzas que conformaron el llamado "ejército constitucional", liderado por Mitre. Una fuerza irregular

que combinaba nombres de peso como Rivas, Arredondo, y Borges, con guardias nacionales de los partidos de frontera en los que los comandantes y jueces de paz se habían sumado al movimiento, hasta los indios comandados por Catriel. Con característica crueldad, Sarmiento diría en carta a Posse que el estado mayor mitrista estaba formado por "quebrados y filas de cronistas de diarios". Míguez contrasta bien las posibilidades de esa fuerza con la del oficialismo: un ejército modernizado por la experiencia de la Guerra del Paraguay, con oficiales que habían adquirido ahora una nueva solvencia profesional.

En los dos capítulos siguientes se analizan la trayectoria política de Mitre y los jalones que en la misma van conduciendo a la encrucijada de 1874 como también el papel clave de Roca en la derrota del emprendimiento revolucionario. Esto se acomete, tanto en el plano militar como en el político, anudando en el interior del país situaciones favorables al oficialismo ("San Luis es Ud., Ud. es San Luis", termina una carta que le envía el presidente Avellaneda).

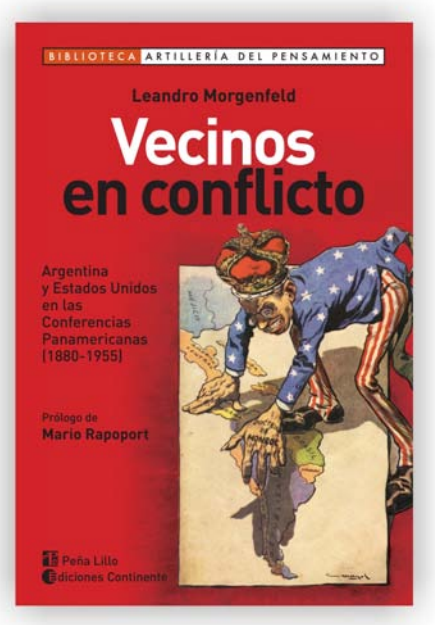
Tanto el cuarto capítulo ("Razones de una revolución") como las conclusiones, de tono más analítico, desarrollan claves interpretativas que permiten insertar la comprensión de la revolución en el telón de fondo de la política argentina del siglo diecinueve. Dos de esas claves proporcionadas por el autor resultan particularmente reveladoras. Por una parte, la vinculación entre la política y la violencia en el siglo diecinueve argentino, vinculación sostenida por la constante presencia de la guerra como rasgo de la vida pública. Esto es lo permite entender esa alusión de Sarmiento a "la levadura de los antecedentes" en las revoluciones sudamericanas. "La constante asociación entre política y guerra que había dominado el Plata entre 1810 y 1861", sostiene Míguez, "hacía que existiera una prolongación natural entre ellas y que la incorporación de una forma pacífica de vida política fuera una práctica que debía ser desarrollada y aprehendida" (p. 181).

Por otra, el muy agudo análisis con que Míguez concluye el libro, en torno a la manera en la que el alzamiento mitrista refleja una paradoja clásica de la acción política, cuando intenta combinar aspiraciones de reforma de viejas estructuras que deben ser superadas, con la utilización de esas mismas estructuras como bases de poder, juego que termina por reforzarlas. "Mitre mismo lo enunció respecto de las montoneras: combatir fuego con fuego sólo aumenta las llamas. Pero si la transformación política requería poder, únicamente se podía adquirir poder jugando a la política con las reglas que unánimente se condenaban" (p. 211). Una vez más, el estudio de Míguez nos muestra de manera elocuente cómo el cambio y la continuidad delimitan los contornos tanto de los procesos políticos como de la comprensión histórica de los mismos.

Leandro Morgenfeld, *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955).* Buenos Aires, Ediciones Continente, 2011. 447 páginas.

Por Nicolás Sillitti

(UBA- UNSAM)



Este trabajo se ocupa de estudiar las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos en el período que se extiende entre 1880 y 1955. Esta temática es abordada a partir del análisis de las diez conferencias panamericanas, las cuatro reuniones de consulta de cancilleres y tres encuentros extraordinarios que tuvieron lugar durante aquellos años.

El libro es un exhaustivo estudio de los vínculos diplomáticos entre ambos países. Morgenfeld pretende trazar un cuadro de las relaciones exteriores de la República Argentina a partir de la reconstrucción de su tensa vinculación con la principal potencia del continente.

El autor insiste en destacar que el campo de las relaciones internacionales, en el que sitúa su trabajo, no es un campo autónomo de las dimensiones económicas de la sociedad. Desde su perspectiva, el análisis de la política exterior de los Estados Unidos –fundada en reiterados intentos por establecer una hegemonía político-económica en el continente americano- y el posicionamiento argentino frente a ella, se explican a partir del contexto más amplio de la consolidación del capitalismo a nivel mundial y la competencia entre las distintas potencias imperialistas.

Además de ofrecer un mapa historiográfico acerca de los trabajos más relevantes acerca de las relaciones argentino/estadounidenses, el libro de Morgenfeld se vale de numerosos e importantes documentos diplomáticos inéditos de las cancillerías de ambos países. Este es uno de los principales aportes del libro, ya que ofrece gran cantidad de información y referencias poco conocidas. Esto se combina con una serie de fuertes apuestas teóricas y metodológicas que hacen eje en la adscripción al "materialismo" como corriente explicativa. Las hipótesis que se desprenden de estas apuestas invitan a la discusión y constituyen quizás el aspecto más polémico del estudio.

El libro, estructurado a partir del minucioso análisis de las conferencias panamericanas, se divide en catorce capítulos organizados en cinco partes. Al prólogo de Mario Rapoport -director de tesis de Morgenfeld- siguen un primer capítulo introductorio y otro dedicado a los "antecedentes" de las conferencias. Los demás capítulos se agrupan en las partes mencionadas; "Del imperialismo a la guerra (1880-1914)", "De la guerra a la crisis (1914-1929)", "De la crisis a la guerra (1929-1939)", "La guerra (1939-1945)" y por último "Inicios de la guerra fría".

Morgenfeld justifica esta división cronológica argumentando que a cada uno de esos períodos corresponde -además de una fase particular de la política exterior norteamericana- una serie de características que definen el perfil de la Argentina.

Los años que van de 1880 a 1914, fueron para el autor los años de la Argentina "atlantista y liberal", mientras el período siguiente estuvo dominado por la conformación del triángulo Buenos Aires- Londres-Washington. La crisis de 1929 es mencionada como un hito a partir del cual la Argentina volvió a refugiarse en una estrecha relación con Gran Bretaña. Luego, la segunda guerra, dio paso a un nuevo momento de las relaciones entre la Argentina y Estados Unidos, signadas fundamentalmente por la disputas en torno de la posición que debía asumirse frente al conflicto mundial. Por último, en los años de posguerra, los esfuerzos de Estados Unidos se orientaron a combatir la posible influencia del comunismo en los países americanos. La Argentina, entretanto, optó por la "tercera posición" como política internacional. El trabajo culmina, en el marco de la "guerra fría", con la décima conferencia panamericana de Caracas en 1954, y un balance de los encuentros regionales.

Fabiola Orquera, *Ese Ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un "campo" cultural: Tucumán, 1880-1975*. Córdoba, Alción Editora, 2010. 450 páginas.

Por Verónica Ovejero

(CIUNT, UNT)

Este libro es una compilación de trabajos interdisciplinarios provenientes de Tucumán, Córdoba, Buenos Aires, Estados Unidos y Francia, y representa un valioso aporte a los estudios culturales de la provincia y la región asociados a las vicisitudes de la Nación y Latinoamérica.

La obra sostiene que Tucumán ocupó un lugar destacado en la formulación del corpus de ideas y tendencias que forjaron la cultura nacional. A la vez, también se presentaba como una tierra de contradicciones e imágenes enfrentadas que tuvo como telón de fondo a la economía azucarera. Este tipo de economía se caracterizó por haber estado ligada a los constantes cambios políticos, como la emergencia del radicalismo, del peronismo y la implantación de gobiernos militares-autoritarios que ejercieron una profunda incidencia en la construcción del "campo cultural" tucumano.

Así, el recorrido por los distintos capítulos, logra introducirnos en el análisis del proceso de formación, desarrollo y desarticulación de aquel "campo", desde fines del siglo XIX hasta 1975. Se van asociando sus trasformaciones a los cambios políticos y sociales que fue viviendo la provincia, y analizando las complejas y tensas relaciones que se tejieron entre cultura y política. El concepto bourdiano de "campo cultural" es utilizado aquí de forma heterodoxa, como herramienta para describir un entramado complejo integrado por instituciones oficiales y no oficiales y por diversas manifestaciones independientes de la cultura.

El libro parte de una contextualización histórico-política del periodo (coautoría de Campi-Bravo), para luego abordar el análisis del proceso de profesionalización e institucionalización del espacio intelectual tucumano con el nacimiento de la "Sociedad Sarmiento", antecedente directo de la Universidad Nacional de Tucumán (Vignoli). El autor plantea que la paulatina consolidación de estos espacios, reforzada por la creación de nuevas facultades, como la de Filosofía y Letras y el Departamento de Artes, permitió a la provincia forjar la

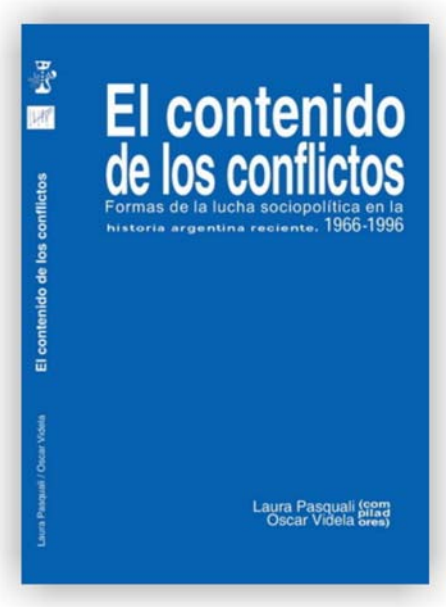
imagen de un polo cultural indiscutido en el NOA. En este sentido se encuentra presente la idea de que la importancia que cobró la cultura folklórica regional y su consolidación como disciplina científica autónoma, entre los años 1935-1955, fueron factores de resistencia de una élite cultural pujante y decidida a reforzar las expresiones de la región frente al centralismo porteño y al avance de la cultura de masas (Chamoza y Cheín). A su vez, los trabajos dan cuenta de que el afianzamiento del campo intelectual y literario se vio reforzado por el nacimiento de nuevos espacios como la revista *Cántico* y el grupo *La Carpa* (Martínez Zuccardi), como así también la "Página literaria" de *La Gaceta* (Risco). Asimismo, en el libro se encuentra un estudio acerca de una década clave para la UNT, los años treinta, cuando se produce la disputa entre "Fundadores" y "Reformistas" (Vanella). Por su parte, los años que sucedieron a la caída del peronismo se caracterizaron por la profundización de las tensiones entre cultura y política, fenómeno que se plasmó en todos los órdenes y expresiones del arte tucumano. En este clima la cultura local mantuvo los estímulos gracias, en parte, a la creación del Consejo provincial de difusión cultural en 1958 y al desarrollo de espacios independientes.

A la vez se produjo la emergencia, en el contexto de creciente crisis económica y social, producida por el cierre de los ingenios azucareros durante la dictadura de Onganía, de toda una estética que buscó el compromiso social del arte, como lo representaron, el folklore expresado en la voz de Mercedes Sosa (Illa Carrillo-Rodríguez); la plástica (Wyngaard); la poesía (Kaliman); el cine político de Gerardo Vallejo (Mestman) y el surgimiento del grupo "Nuestro Teatro" del dramaturgo Oscar Quiroga (Tossi). De ese modo tuvo lugar una redefinición simbólica de la "tucumanidad", en la que artistas y escritores reformularon el vínculo con su lugar de pertenencia, y difundieron un arte identificado con las raíces populares a las cuales se les debía dar voz frente a una cultura hegemónica que las negaba. Así quedaban al descubierto las tensiones emergentes en el imaginario azucarero entre dos representaciones antagónicas, por un lado, la imagen oficial y tradicional de "Jardín de la República" y, por otro, la imagen opuesta de "Jardín de la Miseria" (Orquera). Finalmente el libro plantea cómo hacia 1975 este proceso se vio interrumpido por los efectos devastadores del "Operativo Independencia" y la represión ejercida sobre el "campo cultural" tucumano (Crenzel).

Laura Pasquali y Oscar Videla (comps.), *El contenido de los conflictos. Formas de la lucha sociopolítica en la historia argentina reciente. 1966-1996*. Rosario, Ediciones La Quinta Pata & Caminos, 2010. 208 páginas.

Por Horacio Robles

(UNLP)



El libro, compuesto de ocho artículos producto de la actividad académica de un grupo de investigadores con especialidad en historia vinculado a la UNR, postula un eje articulador. Se presenta como una investigación local sobre la *conflictividad social y política* en una zona "conformada por el estímulo industrializador de mediados de los '60". La investigación se localiza geográficamente entre el sur santafecino y el norte bonaerense y, temporalmente,durante el período que se extiende desde el golpe del '66 hasta la consolidación del proyecto privatizador de Carlos Menem, a mediados de los '90. Para los autores, en ese escenario regional/temporal la conflictividad social describió una parábola que alcanzó su mayor expresión a comienzo de los '70, luego recibió el freno autoritario de la dictadura y, finalmente, entró en un proceso de degradación en los años de la década de 1990. Los distintos artículos seleccionan una serie actores evaluados como característicos de este proceso: los vinculados a la lucha armada, los involucrados en las relaciones de género y los que actuaron a nivel del movimiento obrero y sindical. Inscripto en el campo de la historia reciente, el otro elemento que articula la compilación es la utilización preferencial de fuentes orales.

La primera parte, de tres, aborda el arraigo alcanzado en el Gran Rosario por las dos organizaciones armadas de mayor gravitación nacional, con el objetivo de poner en cuestión un supuesto desvío militarista. El artículo de Laura Pasquali se ocupa del PRT-ERP focalizando el análisis en los "frentes legales". La autora argumenta que esta organización reflejó las características poblacionales de la zona, tanto por la composición social originaria de su juventud, con escasos estudiantes y muchos trabajadores, como por su ascendencia para orientar algunos de los conflictos fabriles más importantes. A su vez, Alberto Neirot enumera las razones por las cuales la organización Montoneros fue numéricamente mayoritaria en la región. Se destaca que el uso de la violencia

política fue un rasgo de época que al ser asumido tempranamente por esta organización le permitió legitimar sus prácticas y sus formas organizativas. Sin embargo, los testimonios de militantes recogidos por el autor demuestran que este impulso aglutinante inicial terminó siendo el factor de la división: en Rosario, el asesinato de Rucci formalizó el primer cisma montonero con la creación de la JP Lealtad.

La segunda parte se concentra en el conflicto de género a través de la militancia femenina de los '70 y la actividad científica universitaria de un grupo de mujeres durante los '90. El escrito de Nadia Freytes, subraya el fuerte cuestionamiento al tradicional rol doméstico de la mujer que implicó la militancia setentista. Pero, a la vez, destaca un elemento contradictorio con esta ruptura no siempre percibido: las reivindicaciones feministas, al interior de las organizaciones, podían ser consideras como "contrarrevolucionarias". Por su parte, Gisela Figueroa postula la vigencia de una serie de obstáculos para el desarrollo de las docentes/investigadoras, con el agravante que las propias mujeres bajo análisis, un reducido grupo de la Universidad de Rosario, no "subvierten los límites del campo". Sólo avanzan aquellas que interiorizan el "modelo masculino", básicamente sin hijos y liberadas de las tareas domésticas.

La tercer parte, se ocupa de la conflictividad en el movimiento obrero y del actor sindical. Agustín Prospitti y Ernesto Rodríguez analizan el foro "antiburocrático" reunido en el Plenario Nacional de Gremios y Agrupaciones Combativas, realizado en Villa Constitución en abril de 1974 y asumiendo el carácter "necesario", y también conflictivo, de la articulación entre lucha sindical y lucha política. No sin cierta ambigüedad, al reconstruir los antecedentes y alcances del plenario, los autores destacan que habiendo sido hegemonizado por la militancia estudiantil, logró la "politización de la vanguardia" del combativo movimiento metalúrgico local, pero al precio del "distanciamiento de las bases".

Edith San Segundo indaga los efectos, a largo plazo, del golpe del 1976 en una localidad del sur santafecino, Arroyo Seco, vinculada a las luchas obreras de Acindar de comienzo de los años '70. Reconstruir el molecular accionar represivo en el pago chico permite a la autora, además de desmentir la fórmula "en los pueblos no pasó nada", observar un "retroceso" en conciencia obrera y la consolidación de una mentalidad del consumo que explican, entre otras cosas, las privatizaciones y la consolidación en la zona del modelo sojero.

Diego Diz, muestra una experiencia poco conocida de oposición al "vandorismo" a través de la trayectoria del Sindicato de Trabajadores Siderurgia Argentina (STSA). El autor se centra en un acontecimiento que condensó dicha trayectoria: la huelga metalúrgica de enero 1973 impulsada por STSA y que paralizó la planta de SOMISA en San Nicolás. La reconstrucción de este acontecimiento permite ver en un contexto local a los principales actores de la "transición democrática" del '73 y muestra también la disolución final de esta experiencia antiburocrática. El autor concluye, acaso con un vocabulario que evoca a los actores, que esto último se debió a la falta de una ideología "clasista" de los dirigentes STSA.

También Mauricio Correa incursiona en un tipo de conflictividad laboral poco conocida: la del sindicato de empleados "jerárquicos" de la Asociación del Personal Superior de la Siderurgia Argentina (APSSA) en el contexto de la privatización de SOMISA, entre 1989 y 1992. Paradójicamente, el trabajo muestra cómo APSSA, una agrupación de ingenieros, fue la que impulsó la resistencia social al proceso privatizador, que finalmente aceptó sumándose a la UOM. El autor concluye que este desenlace fue posible en el marco de una "tendencia social regresiva" producto de la acción de la dictadura y acentuada por el menemismo.

Entendemos que la compilación logra articularse en torno al eje establecido en la introducción, de manera más clara en la tercera parte - aunque algunas de sus conclusiones parecen influenciadas por las perspectivas de los actores-, así como también mostrar la originalidad de la conflictividad local y sus resonancias nacionales.

María Sierra, María Antonia Peña y Rafael Zurita, *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*. Madrid, Marcial Pons – Historia, 2010. 543 páginas.

Por Flavia Macías

(ISES, CONICET– UNT)

Desde hace algunas décadas, la construcción del liberalismo, así como las características de los sistemas políticos desarrollados a la luz de sus principios, han despertado la atención de numerosos historiadores dedicados a la historia política del mundo occidental decimonónico. La obra aquí comentada, se incorpora al referido núcleo temático y constituye una contribución de particular importancia. En primer lugar, este trabajo aborda un momento fundamental de la historia de España y muy poco atendido por los historiadores de esa región: la constitución del sistema liberal en el marco de la época isabelina y del Sexenio Democrático. A su vez, este estudio enfoca el problema de la construcción liberal en España mediante el análisis del problema de la representación política otorgando especial atención a los debates vinculados con su definición y en los principios teóricos que nutrieron dichos debates. Por otra parte, pone en juego diversas perspectivas de análisis que evidencian la complejidad del problema y los múltiples actores involucrados en él.

Para comprender los procesos de construcción político-culturales de los diversos conceptos de representación elaborados por el liberalismo español de mediados del siglo XIX, los autores privilegiaron el estudio del sentido que los protagonistas (entre ellos dirigentes, periodistas, intelectuales) otorgaron al gobierno representativo. Para esto, priorizaron el análisis de una amplia variedad de fuentes. Al estudio pormenorizado de las normativas electorales se sumaron los proyectos de ley "que no fueron", así como los debates acaecidos al respecto. Por otra parte, el análisis de panfletos, ensayos y catecismos políticos otorga a esta investigación un profundo dinamismo y da cuenta de la multiplicidad de actores involucrados en la configuración del liberalismo español de mediados del siglo XIX. Por último, el estudio comparativo con otros casos europeos como los de Francia, Inglaterra e Italia (mediante historiografía y fuentes primarias) permiten a esta sección de la historia política española iniciar un renovado e

interesante diálogo con las experiencias liberales occidentales más cercanas. El resultado es un análisis complejo que resalta la importancia que un sector de la élite liberal española dio a la construcción de la representación política.

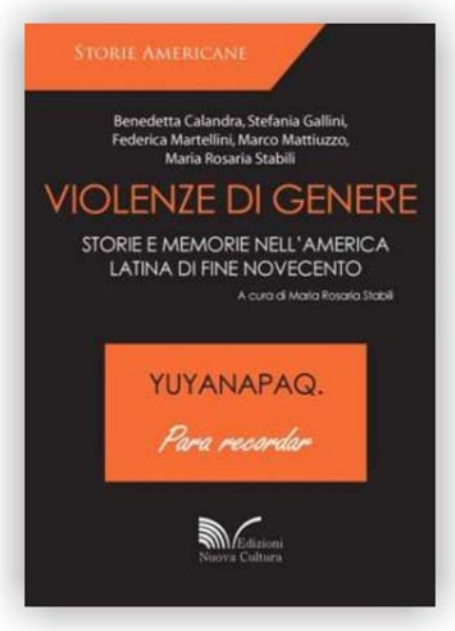
Sin lugar a dudas, la interacción de diferentes perspectivas metodológicas posiciona a este libro en un lugar distinto respecto de las producciones tradicionales españolas dedicadas al período. Las escasas contribuciones realizadas desde los clásicos trabajos de historia intelectual, concentrados en describir el derrotero cultural de algunos exponentes de la época, es superada por una obra que articula la historia de los lenguajes políticos con la nueva historia política. Esto se observa en la organización del libro, constituido por tres ejes centrales, abordado cada uno por cada autor respectivamente. En el primero, María Antonia Peña analiza los inicios del gobierno representativo en España y contrapone este caso de estudio con la experiencia norteamericana y de otros países de Europa. Destaca las influencias externas del liberalismo español con especial referencia al proceso de construcción ciudadana en España. En el segundo eje, Rafael Zurita explora las características del sistema representativo español a través de la legislación electoral. Se presta especial atención a la definición del elector y del individuo elegible así como al perfil del sector de la dirigencia comprometido con este aspecto de la discusión política. Por su parte, María Sierra, a cargo del último eje, analiza los debates en el marco de la opinión pública. El análisis discursivo ocupa aquí un lugar central ya que los conceptos y los lenguajes políticos constituyen el objeto de estudio por excelencia. La contingencia, la historicidad y la experiencia son las bases en las que se asienta la autora para estudiar los múltiples significados atribuidos a la noción de legitimidad, soberanía, pueblo y ciudadanía, entre otros.

En el marco de la historiografía dedicada a la historia política española del siglo XIX, esta investigación representa una contribución fundamental tanto por el período de estudio elegido como por su perspectiva de análisis pero, sobre todo, por insertar al caso español -de forma decisiva- en los actuales debates historiográficos políticos dedicados al siglo XIX iberoamericano, europeo y estadounidense.

Maria Rosaria Stabili (a cura di), *Violenze di genere. Storie e memorie nell'America latina di fine novecento.* Roma, Edizioni Nuova Cultura, 2009. 226 páginas.

Por Gonzalo E. Cabezas

(UNS)



En este libro diversos autores se ocupan de la cuestión de la violencia de género en países latinoamericanos afectados en las últimas décadas del siglo XX por dictaduras militares y/o conflictos armados internos que posibilitaron la violación sistemática de los derechos humanos. Todos los capítulos comparten la preocupación por rescatar las formas en que las mujeres reelaboraron el trauma, construyendo nuevos proyectos y estructuras de pertenencia, individuales y colectivos.

Con fines analíticos y comparativos diferencian dos grupos de países. Por un lado, Argentina, Chile y Uruguay, donde las últimas dictaduras introdujeron como novedad el uso sistemático y planificado de la violencia del Estado. En estos contextos, la violencia de género se inscribió en diversos y complejos niveles, interrelacionados con la represión política generalizada.

Por otro lado, Colombia, Guatemala y Perú, países con una historia de prolongados conflictos armados internos acaecidos bajo regímenes formalmente representativos, aunque política e institucionalmente frágiles y profundamente autoritarios en sus prácticas. Allí, la violencia sobre las mujeres se dio en las casas, en los centros de detención y tortura, en las incursiones y masacres de comunidades indígenas enteras, y en los desplazamientos forzados de población.

El trabajo se divide en cinco capítulos, cada uno de los cuales es elaborado por un autor diferente, que se ocupa de una temática específica.

Tras analizar la violencia perpetrada por las últimas dictaduras argentina y uruguaya, Federica Martellini examina proyectos promovidos autónomamente por mujeres unidas por la experiencia de la detención y que, desde finales de los años noventa, dieron vida a los "laboratorios de la memoria". La autora estudia dos casos, uno uruguayo y otro argentino, estrechamente correlacionados en tiempo, contexto y modalidades de recuperación de la memoria. También observa las complejas relaciones de género que existieron dentro de las

formaciones políticas clandestinas a menudo rígidamente organizadas en sentido militar y típicamente masculinas.

Benedetta Calandra estudia las características esenciales de las políticas represivas del general Augusto Pinochet en Chile (1973-1990), que incluyeron episodios generalizados y recurrentes de violencia sexual, sufridos sobre todo por las militantes políticas durante su detención. Luego menciona los distintos actores sociales que, con tiempos y modalidades diversos, identificaron la violación como forma de tortura específica, diferenciándola de otras dinámicas represivas. Finalmente, pone de manifiesto que la adjudicación de responsabilidades e identificación de ejecutores materiales es un proceso laborioso y contradictorio, con fronteras vagas y complejas: mujeres verdugos y hombres víctimas surgen como nuevos elementos de "confusión", pero también de enriquecimiento.

Marco Mattiuzzo reconstruye el conflicto armado interno que ha caracterizado la historia reciente de Guatemala (1960-1996). Parte de la hipótesis de que la violencia sobre las mujeres ejercida por el ejército durante la guerra ha sido una de las tácticas represivas de la estrategia elaborada por los regímenes dictatoriales para desestructurar la sociedad maya. Por último, menciona las numerosas dificultades que aún presenta el análisis del fenómeno. La violencia de género como cuestión específica ha sido un tema escasamente debatido, excepto en reducidos y excepcionales espacios, impulsados por asociaciones por los derechos humanos, de víctimas y feministas.

Maria Rosaria Stabili analiza la diversidad de la violencia de género en Perú en el período 1980-2000 y explica que fue una práctica común entre los bandos en conflicto y que sus víctimas fueron tanto militantes políticas como campesinas alejadas del compromiso político. La autora estudia dos escenarios diferentes: los años ochenta en una zona rural periférica, en la región de Ayacucho, donde el cuerpo femenino es disputado, junto a la tierra, por los actores en lucha; y los años noventa en Lima, la capital, donde la mujer representa un actor social que amenaza la hegemonía masculina tradicional.

Por último, Stefania Gallini expone las dificultades de hacer historia reciente en Colombia, país en conflicto permanente desde hace décadas. Muestra cómo la violencia de género es parte integrante del mismo y cómo es utilizada contra comunidades situadas en las zonas de guerra para humillar al “enemigo”, sembrar el terror, forzar desplazamientos poblacionales, vengarse de adversarios o acumular "trofeos de guerra". Alejándose de los análisis predominantes que leyeron la historia contemporánea de Colombia como una larga saga de violencia, Gallini busca comprender la especificidad de este conflicto en particular, así como el peso y rol de la violencia de género en él.

RESÚMENES DE TESIS

Gabriel Carrizo
"Sindicatos libres, Judas del proletariado argentino". Populismo y sindicalismo en Comodoro Rivadavia durante el primer peronismo"

María Soledad Catoggio
"Contestatarios, Mártires y Herederos. Sociabilidades político-religiosas y ascesis altruista del catolicismo argentino en la dictadura y la pos-dictadura"

Ana Laura Lanteri
"De lo ideal a lo posible. Dirigencia e instituciones nacionales en la "Confederación"

Sabrina Ajmechet
"El principio del fin o de cómo el peronismo cambió a «La Prensa». Un estudio del diario y su relación con la política"

Gabriel Carrizo (UNPSJB – UNPA – CONICET), *"Sindicatos libres, Judas del proletariado argentino". Populismo y sindicalismo en Comodoro Rivadavia durante el primer peronismo.* Tesis doctoral. Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, Mención en Análisis Interdisciplinario en Historia y Política contemporánea, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, 2010. Director: Dr. Sebastián Barros.

En esta tesis hemos entendido al populismo como una categoría importante para el análisis de la constitución de las identidades políticas. Al considerarlo como una forma de la política, nos hemos distanciado del tratamiento que la sociología política y la historia política dedicaron a dicha categoría, interpretándolo como un fenómeno político propio de un tiempo y espacio delimitado. Al mismo tiempo juzgándolo como una amenaza que hay que evitar por el bien de los sistemas democráticos asociándolo solamente con liderazgos demagógicos y basados en el carisma.

Aquí nos hemos valido de la teoría del populismo formulada por Ernesto Laclau y de una gama de recientes propuestas teóricas que han aportado nuevas explicaciones y formas de entender una identidad política. En todos estos enfoques se ha planteado la necesidad de des–historizar dicho concepto, evitando toda alusión a su carácter peyorativo, y vincularlo con la lógica de la política. Todo este estudio introductorio forma parte del capítulo 1.

En el capítulo 2 nos dedicamos a analizar las razones que llevaron a la creación de una zona militar entre 1944 y 1955 en la Patagonia central. El argumento naturalizado por la historiografía acerca del motivo de creación de la gobernación militar de Comodoro Rivadavia radicó en el aspecto geopolítico dado por el marco de la segunda guerra mundial. Es decir, dada la existencia de un recurso estratégico como el petróleo surgió la necesidad de proteger militarmente ese espacio. En esta investigación sostenemos que la creación de dicha gobernación no respondió al particular contexto histórico de la guerra y los riesgos que generaba en cuanto a la apropiación por parte de un enemigo extranjero de un recurso energético vital. A lo largo de la investigación hemos mostrado que la militarización del espacio en torno a la ciudad de Comodoro Rivadavia respondió a las características particulares del movimiento obrero petrolero que, para las autoridades, hacían peligrar el orden social en los yacimientos.

Además, la demanda de militarización de la Patagonia adquirió sentido porque estaba articulada con la forma en que fueron percibidos los denominados "territorios nacionales". Lo que sobredeterminaba el carácter de estos espacios políticos fue la percepción de lugares no preparados para el autogobierno, a partir de las constantes referencias a una idea de inmadurez política y moral de sus habitantes, rasgos que llevaron a una mirada despolitizada y evolucionista de la vida en esos territorios. Esta sobredeterminación fue central en nuestro análisis, por convertirse en superficie de inscripción de otras demandas por la militarización de este espacio patagónico. En efecto, la incapacidad de los "territorios nacionales" para el autogobierno legitimó la instalación de una gobernación militar, antes que la posibilidad de obtención de derechos políticos plenos.

En la sección final del capítulo 2 nos dedicamos a escrutar los efectos de la ruptura por la aparición del peronismo entre los trabajadores petroleros de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). La transformación espacial que implicó la instalación de una zona militar,se vio afectada por un proceso político que trastocó las configuraciones identitarias. La irrupción del peronismo en la región dislocó las identidades políticas locales, y también supuso una modificación del espacio comunitario. Este enfoque permitió diferenciarnos de aquellos autores que han postulado al peronismo como sólo continuidad de procesos pre existentes.

En el análisis del discurso de los trabajadores del petróleo y los efectos que entre ellos generó el peronismo, será central entender al populismo como un momento de ruptura. Pero también una radical inclusión de una heterogeneidad que hasta ese momento se manifestaba como un espectro del pueblo que rondaba y asediaba amenazando con quebrantar la institucionalidad vigente, al postular el derecho de considerarse igual a quien ocupaba una posición más alta en las jerarquías sociales. En este sentido, se muestra que los trabajadores petroleros irrumpieron y distorsionan el hasta ese momento orden natural / normalidad de la vida. Esa radical inclusión que genera el discurso peronista vino a reivindicar el daño de determinadas políticas, en aquellos que no tenían voz en la etapa pre – peronista. Entendemos que el pueblo del populismo no es cualquier pueblo, sino que es un pueblo que abre el campo de la representación a una demanda que no estaba articulada en el campo de lo simbólico. Aquí veremos que el populismo implicó una forma específica de práctica radicalmente inclusiva. Esa radical inclusión fue *traumática* para aquellos sectores patronales, pues el peronismo significó para este sector un desafío a las jerarquías tradicionales.

En el capítulo 3 estudiamos el conflicto desatado entre un sector "autonomista" y otro peronista en el interior del Sindicato de Obreros y Empleados de YPF (SOyEYPF). Uno de los argumentos de la historiografía canónica a la hora de analizar la relación entre Perón y los sindicatos, ha sido que el sindicalismo se encontraba entrampado en la siguiente disyuntiva: o colaborar con el gobierno o perder su autonomía. Ante esta encrucijada, algunos dirigentes sindicales optaron por el oportunismo, esto es, la necesidad de mantener e incrementar los beneficios materiales, aún a costa de ser cooptados por el régimen. De hecho, los estudios del sindicalismo durante el primer peronismo nos han mostrado la historia del trayecto desde un sindicalismo autónomo hacia la dependencia absoluta de Perón.

Una expresión del sindicalismo que se distanciaría del oportunismo sería el laborismo, el cual para esta historiografía se constituiría en una fuerza sindical que intentaría preservar su autonomía, y que por esta insolencia sería víctima de la estrategia política de Perón. Es decir, al ser el laborismo una amenaza a su autoridad, se decidió eliminarlo. Como parte de este consenso historiográfico, se ha afirmado que el espíritu democrático del laborismo no tenía lugar en un movimiento político digitado por un líder carismático. Sin embargo, lo que no pudo explicar la historiografía es por qué hubo escasa resistencia, tanto en las bases como en parte de la dirigencia sindical ante la disolución del laborismo.

En el caso del SOyEYPF se ha destacado que a partir de 1947 se profundizaría la política de control de los obreros con militancia sindical no adepta a los parámetros oficiales, manifestándose presiones por "peronizar" a aquellos sectores no alineados al peronismo. Así, ante la negativa del gremialismo petrolero local a "mimetizarse" con el régimen peronista, se fortalecieron políticas de encuadramiento del movimiento gremial por parte del Estado y de sus aparatos de control y represión. Esta sería la razón por la cual en 1952 se disolvería el SOyEYPF para integrarse a la CGT oficial. Este presupuesto ha reproducido tanto el proceso de disolución del Partido Laborista, como aquel vinculado a la creación de los denominados "sindicatos paralelos", para reafirmar el autoritarismo de Perón sobre el movimiento sindical a partir de 1950. En estos enfoques generalmente se presentan los mismos componentes desarrollados en la literatura canónica del peronismo, lo cual señala el persistente procedimiento de trasladar al contexto local / regional explicaciones e hipótesis que se formulan en otros espacios académicos.

En nuestro trabajo es posible observar que la disolución del SOyEYPF se explica por la forma de articulación que generó el discurso de la ruptura peronista. Al analizar la disputa interna del sindicato local, observamos que ya en octubre de 1947 los trabajadores que constituían el sector peronista solicitaban el reconocimiento de un nuevo sindicato que los nucleara. Las razones que ameritaron el pedido de intervención del SOyEYPF en julio de 1947 no deben buscarse en la naturaleza carismática de Perón, sus deseos de manipulación o su objetivo de extender lealtades, explicación que todavía pervive en algunos estudios. Allí había adquirido presencia un nuevo sujeto político fruto de la ruptura peronista, que en nombre de un daño sufrido reclamó la totalidad de la vida comunitaria. Entendemos que la explicación radica en una de las condiciones del discurso populista: la irreductibilidad que implica la partición de la vida comunitaria. La ruptura que generó el peronismo fue tal, que la distancia entre los dos polos fue irreductible. Para este nuevo sujeto político, lo que pasó a estar en disputa fue la comunidad misma. Por esta condición del discurso populista es que para el sector peronista, el SOyEYPF quedaba en el lugar imperdonable de la traición al movimiento obrero argentino. Precisamente, la designación de *Judas del proletariado argentino* para el SOyEYPF por parte de los trabajadores peronistas remite a esta irreductibilidad.

María Soledad Catoggio (CINICET- UBA) *Contestatarios, Mártires y Herederos. Sociabilidades político-religiosas y ascesis altruista del catolicismo argentino en la dictadura y la pos-dictadura.* Tesis doctoral. Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2010. Director: Dr. Fortunato Mallimaci; co- directora: Dra. Patricia Funes.

La investigación estuvo orientada a contribuir al conocimiento de las modalidades de negociación y supervivencia puestas en práctica por sacerdotes, religiosos/as, seminaristas, e incluso, obispos en situaciones límite durante la última dictadura militar. La propuesta de un abordaje a partir del caso de los especialistas religiosos del catolicismo se debe a su posición privilegiada, tanto en el espacio social como parte de una institución de larga tradición y legitimidad para amplios sectores de la sociedad argentina, como en cuanto parte de una institución clave en la alianza de gobierno tejida durante la última dictadura. Por esta doble condición, los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas víctimas del terrorismo de Estado se convierten en un caso paradojal para explorar las tensiones expresadas durante la experiencia traumática del gobierno militar y son sujetos de nuestro especial interés.

Por mucho tiempo, la tesis de la existencia de "dos iglesias", una *cómplice* y otra *perseguida* ha funcionado como clave de lectura canónica sobre esta temática obstaculizando, a veces, una comprensión más profunda del fenómeno. En efecto, el escenario de la última dictadura militar dio lugar a sucesos disímiles que evidenciaron la porosidad de los mundos de la religión y la política, por ejemplo: que los elencos militares se invistieran en guardianes de la "ortodoxia católica" y llegasen a condenar una edición de la Biblia; que la organización armada Montoneros buscara entablar correspondencia con el papa Juan Pablo II, eligiendo como emisario a su propio capellán, el sacerdote Jorge Adur, desaparecido en ese intento en el marco de la Operación Cóndor; que emblemas del nacionalismo católico como el presbítero Leonardo Castellani se sentaran a la mesa con el General Videla y reclamasen por el desaparecido Haroldo Conti o que figuras asociadas a la renovación conciliar como el obispo Antonio Quarracino pasasen a denunciar a aquellos compañeros que habían optado por la "solución marxista". En este contexto, nuestra investigación se propuso ser original en la búsqueda por comprender desde una mirada sociológica que privilegie la reconstrucción de las trayectorias de los actores en el largo plazo, se interese por el desarrollo de los procesos socio históricos, analice los conflictos y alianzas cambiantes entre diversos sectores del catolicismo y los modos de circulación de las personas y las formas de sociabilidad que articularon redes sociales específicas que fueron objeto del terrorismo de Estado.

La tesis persiguió la compresión de las relaciones entre catolicismo y política a partir de los siguientes interrogantes: ¿qué relaciones se pueden establecer entre un tipo de sociabilidad político-religiosa y las estrategias puestas en juego por obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas del catolicismo para dotar de sentido a la situación represiva vivida durante la última dictadura militar en la sociedad argentina? ¿Qué vínculos se puede establecer entre estas sociabilidades y las formas de memoria construidas durante la posdictadura?

La dimensión temporal del objeto de esta investigación integra, por una parte, una problemática propia de la historia reciente, como son los acontecimientos represivos vividos por los especialistas religiosos del catolicismo durante la última dictadura militar, situados en los años 1970 y comienzos de la década de 1980; por otra, se desplaza hacia el presente, tomando las elaboraciones de memoria en torno las víctimas católicas (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas) producidas fundamentalmente en los años 2000 como unidad temporal de contraste. La elección de una línea temporal larga que integra pasado y presente en una misma unidad analítica es el resultado de un ejercicio reflexivo emergente durante el mismo proceso investigativo. Este resultado condensa problemáticas de la historia y la memoria social desde una perspectiva sociológica. Aún tomando estos cortes temporales como unidades de contraste, vale la pena destacar que el análisis de las trayectorias vitales de los sujetos y del derrotero de los grupos de los cuales forman parte a lo largo del tiempo dan sentido y continuidad a esta extensión temporal entre los años de la década de 1970 y el 2000.

La población de estudio de esta tesis esta compuesta por el conjunto de obispos, sacerdotes, religiosos/as y seminaristas víctimas de la represión estatal entre 1974 y 1983. Esta población reúne –sin pretensiones de exhaustividad, atendiendo a las características propias del objeto y del diseño teórico-metodológico elegido- una colección de casos heterogéneos, de individuos y/o grupos pertenecientes a distintos marcos institucionales dentro del vasto universo del catolicismo. Partir de la colección de casos cristalizados de la represión[1] nos permitió objetivar un primer rasgo común de esta población heterogénea dentro del mundo católico: el de la condición de víctimas.

Con el transcurso de la investigación descubrimos que esa colección de casos individuales estaba atravesada por historias convergentes en torno a *círculos y redes sociales comunes*: Mauricio Silva, sacerdote salesiano compartió su formación religiosa con Jaime De Nevares y con Carlos Dorniak. Silva pasó a formar parte de la congregación Fraternidad del Evangelio, donde confluyó con otros sacerdotes, como Pablo Gazarri y Carlos Bustos, entre otros tantos, que más tarde fueron objeto de la represión estatal. El 14 de junio de 1977, Silva fue secuestrado por las fuerzas de seguridad y se convirtió en un desaparecido más. Jaime de Nevares fue investido obispo de la diócesis de Neuquén y es reconocido por su papel en la denuncia de las violaciones a los derechos humanos, fundamentalmente a partir de su participación en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y, más tarde, en la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP).

Por último, Dorniak, perteneciente al Instituto Superior Juan XXIII, en Bahía Blanca, Pcia. de Buenos Aires, fue asesinado el 21 de marzo de 1975 en el marco de en un operativo represivo que, a su vez, desencadenó el exilio de otros compañeros, como el del sacerdote Benito Santecchia, largamente espiado por los servicios de inteligencia de la policía bonaerense. Este es un ejemplo de una larga lista de vínculos, intercambios, interacciones que dan existencia a una *forma de sociabilidad* que en esta tesis hemos denominado *ascético-altruista* vigente hasta nuestros días. Esta vigencia exige captar, por una parte el proceso de *reconversión* de viejos actores, víctimas y sobrevivientes de la represión estatal en *emprendedores de memoria*; y por otra, incorporar al análisis a actores nuevos, pertenecientes a generaciones más jóvenes que identificados con aquella experiencia, recurren al acervo de la memoria de los "mártires católicos" para reelaborar sus propias trayectorias como "linajes", reposicionándose en el lugar de "herederos" del estatuto ejemplar de las víctimas. En este sentido, la reconstrucción de la trayectoria del ex sacerdote Patricio Rice, ligado en el pasado a la congregación de

[1] Cuando hablamos de "represión estatal" nos referimos a los casos de detención por motivos políticos, tortura, desaparición de personas, expulsión fuera del país, asesinato, persecución como causa de exilio y a todas aquellas otras formas de vigilancia estatal que hayan sido percibidas como una "amenaza para la vida" por los sujetos, durante el período comprendido por la última dictadura militar.

los Hermanitos del Evangelio, desaparecido en octubre de 1977, liberado y exiliado en noviembre de ese mismo año, es emblemática para ilustrar el proceso de profesionalización en el campo de los derechos humanos (FUNDALATIN, FEDEFAM, MEDH, etc.) a partir de la capitalización de vínculos y redes del mundo católico.

Para llevar adelante esta formulación desde una perspectiva comprensiva hemos construido un objeto de estudio centrado sobre los vínculos, las experiencias y los significados atribuidos por los sujetos situados contextualmente en la última dictadura militar. Este diseño se ajusta a las características propias de la investigación cualitativa, de tipo interpretativa, inductiva, multimetódica y reflexiva. La elección de este abordaje teórico-metodológico contempla los presupuestos epistemológicos que implica, es decir, su carácter contextual y subjetivo antes que objetivo y generalizable. Esto responde a una predilección por la profundidad y la inducción a partir de casos significativos, más que a una preocupación por la extensión y la superficie del fenómeno.

El desarrollo de la tesis se organiza en siete capítulos. El primero está dedicado a presentar los conceptos centrales y emergentes del proceso de investigación (círculos y redes sociales, sociabilidad, ascesis altruista, situación límite y estrategias). El segundo, rastrea la génesis histórica del fenómeno, a partir de una revisión y organización original de la producción historiográfica existente. El tercer capítulo tiene por objeto desentrañar quiénes fueron los sujetos víctimas de la represión que conforman nuestra población de estudio. Esto exige comprender en qué marco institucional y jurídico-canónico se inscriben los actores investigados, reconstruir las trayectorias personales y describir tanto las formas particulares de inserción como los itinerarios e intercambios personales y colectivos por distintos círculos sociales y formas organizativas del catolicismo. El cuarto busca dar cuenta de los elementos socio-históricos que, en términos típicos, configuraron esa modalidad ascético-altruista, considerando para ello disposiciones para la acción, imaginarios, tradiciones y figuras ejemplares. El quinto capítulo se detiene en las relaciones de convergencia y conflicto entre las modalidades represivas implementadas desde el terrorismo de Estado y los dispositivos disciplinarios practicados por las autoridades eclesiásticas que tuvieron como objeto a los actores de nuestra población de estudio. El sexto capítulo reconstruye y pondera la eficacia de las estrategias puestas en juego por nuestros actores ante la situación represiva a la luz de los resultados obtenidos en el corto y mediano plazo. El séptimo y último reconstruye las distintas modalidades de reconversión de las víctimas y sobrevivientes y analiza la modalidad de incorporación de nuevos actores al campo de la memoria social de las víctimas católicas del terrorismo de Estado.

Como resultado de esta serie de operaciones analíticas, encontramos que la configuración de una sociabilidad ascético-altruista, a partir de la circulación e intercambio por círculos y redes compartidas, fue condición de posibilidad y consecuencia de un proceso de diferenciación y de construcción identitaria que demarcó fronteras simbólicas dentro del mundo católico. Esta forma de sociabilidad, con rasgos identitarios, antes de dar recetas para la acción frente a la represión estatal fue eficaz para dotar de sentido la situación represiva. Esos sentidos compartidos por víctimas y sobrevivientes de aquella experiencia trágica fueron reapropiados y resignificados por protagonistas históricos y jóvenes generaciones para elaborar el pasado traumático y legitimar acciones en el presente. La oposición entre víctimas "inocentes" y "culpables" -culpabilidad, imputada socialmente a vinculación con la lucha armada- demarcó tempranamente un estrecho margen para procesar aquellas experiencias. En ese escenario, la definición y apropiación de la figura del *mártir* fue central en la disputa de los actores por definir el estatuto legítimo de las víctimas. Esta categoría, ya fuera para reivindicar la "inocencia" de las víctimas o la ejemplaridad del "verdadero mártir", que muere realizando la voluntad divina, incluso por medios violentos, quedó tempranamente fijada en el cruce entre la religión y la política. A su vez, en este decurso tuvo lugar un proceso de resignificación política de la categoría religiosa de "martirio" y de reinvención religiosa de la figura del "desaparecido". Estas transacciones de sentido recurrentes en los homenajes de memoria, impulsados por actores sociales y agentes estatales en la actualidad, confirman -una vez más- la porosidad de las fronteras entre la religión y la política.

Ana Laura Lanteri (CONICET- CEHis, UNMdP), *De lo ideal a lo posible. Dirigencia e instituciones nacionales en la "Confederación" (1852-1862).* Tesis doctoral. Doctorado en Historia, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 2010. Directora: Dra. Valentina Ayrolo; co-director: Dr. Eduardo José Míguez.

El objeto general de la tesis fue analizar el proceso de construcción del sistema político de la "Confederación" (1852 -1862). En ella se estudiaron tres problemáticas en forma conjunta. En primer lugar, la integración de las élites políticas provinciales en una dirigencia nacional. En segunda parte, la articulación por parte de dicha dirigencia de sus recursos y accionar hacia la formación de una estructura estatal. Y, en tercer lugar, la manera en que dicho diseño fue retroalimentado por las provincias.

Para ello se toma como punto de referencia el diseño y la dinámica político-institucional de dos instituciones estatales: el Congreso nacional y, subsidiariamente, la justicia federal. El enfoque elegido privilegia entonces al Congreso nacional como la institución desde la que se observa el proceso político general, pero la indagación lo trasciende. Se atiende a las redes de relaciones que sostuvieron la política y a la respuesta de las élites políticas provinciales a las disposiciones tomadas en dicho Congreso.

Se suma como clave explicativa de la articulación entre nación y provincias que tuvo lugar durante el período el estudio de trayectorias públicas y privadas individuales y familiares del personal político federal (no sólo de los legisladores sino también de los que ocuparon los principales cargos nacionales militares, judiciales, ejecutivos y administrativos en el período). Además, se analiza el accionar concreto y la interacción de los legisladores, el poder ejecutivo nacional y las élites políticas provinciales. Finalmente, se profundizan las problemáticas desde un estudio de caso: la justicia federal.

La tesis se organiza en cuatro capítulos más sus respectivos anexos y las conclusiones finales. Cada uno aborda temas y problemas específicos que, sin embargo, se van integrando en las discusiones de los siguientes. El primero de ellos estudia el proceso de conformación de una dirigencia nacional desde sus aspectos relacionales y biográficos. Se examina quiénes formaron parte del personal político federal y cuáles fueron sus principales vínculos, intereses, cualidades y atributos de poder. Luego, considerando este sustrato, se cambia el ángulo de análisis hacia el interior del Congreso nacional. Se discute el problema de la naturaleza de la representación política desde la situación de los "alquilones"[1] y la ley general de elecciones.

El segundo capítulo trata sobre el funcionamiento institucional general del Congreso nacional y, por otra parte, sobre su accionar concreto y el del poder ejecutivo nacional en la conformación de la estructura estatal de la Confederación. Se inicia con el análisis de la instalación del primer Congreso en 1854 y de la proyección de lo sucedido allí al resto de los períodos legislativos. En segunda instancia, se examinan cuestiones asociadas a la organización y actividad interna legislativa, como los procedimientos reglamentarios, la conformación de comisiones, el personal administrativo y el *quórum* legal para sesionar. Finalmente, se realiza un

[1] Término que puso la prensa porteña a los legisladores que representaban desde 1853 a provincias en las que no habían nacido ni tenían residencia inmediata.

análisis sobre la estructura legislativa-institucional del estado nacional desde una sistematización de las leyes sancionadas en el Congreso y, especialmente, desde el devenir de los principales organismos administrativos. En este marco se exploran las prioridades, las dificultades y los avances de las distintas áreas de la conformación estatal.

El tercer capítulo vuelve sobre la conformación de una dirigencia nacional pero desplazando la mirada desde lo biográfico a la dinámica política legislativa. Se complementa así la caracterización sobre los mecanismos y las redes de poder que construyeron un espacio político nacional en el período. Se analiza la relación poder ejecutivo-poder legislativo y los vínculos entre las provincias y sus representantes, reparando en la conformación de solidaridades y polarizaciones políticas en el Congreso nacional. Luego, se profundiza el estudio desde la sanción de las constituciones provinciales, uno de los conjuntos normativos que fue central para la institucionalidad estatal por su refuerzo de la homogeneidad jurídica federal. Finalmente, se proyecta la discusión al período abierto en 1862, para aprehenderla con una historicidad mayor.

El cuarto y último capítulo se acerca a las problemáticas desde el estudio del tercer poder estatal: la justicia federal. Se analizan los avatares generales de su organización y funcionamiento. Se vincula el tema con las redefiniciones del rol y los vínculos político-institucionales de los poderes provinciales en función del nacional y se relaciona al poder judicial con los otros dos poderes estatales. En primer lugar se estudian las controvertidas negociaciones que estuvieron en la base de la legislación y de los gastos nacionales en materia de justicia. Luego se examina la dinámica de la justicia federal desde el accionar concreto de las provincias y de la "Cámara Superior de Justicia" (que durante el período suplió a la Suprema Corte de Justicia). Posteriormente también se proyecta la experiencia a los años iniciales de la presidencia de Bartolomé Mitre.

Por los resultados obtenidos en estos capítulos, en la tesis se concluye que durante la "Confederación" las provincias comenzaron a entenderse y a asumirse en una forma federal y republicana y las autoridades a construirse como una dirigencia política con proyección nacional. Hubo un sugestivo grado de cohesión y de referencialidad al espacio nacional y, en este devenir, el juego institucional fue reconocido y se fue imponiendo como una forma de articulación política. Se sostiene así, que en el hiato entre lo proyectado y lo realizado se inició en la "Confederación" un proceso de aprendizaje y de conformación político-institucional nacional que se consolidó en las décadas siguientes. El mismo fue mucho menos eficaz de lo que sus autoridades esperaban, aunque más significativo -tanto para el propio desarrollo estatal como para el posterior- de lo que las interpretaciones históricas describieron.

Sabrina Ajmechet (CONICET – UNSAM - UBA), *El principio del fin o de cómo el peronismo cambió a "La Prensa". Un estudio del diario y su relación con la política*. Tesis de Maestría en Historia. IDAES, Universidad Nacional de General San Martín. Buenos Aires, 2010. Director: Dr. Luciano de Privitellio.

La relación de la prensa con la política cambió a partir del momento en el que Juan Domingo Perón se convirtió en candidato a presidente. La tesis de maestría titulada "El principio del fin o de cómo el peronismo cambió a *La Prensa*. Un estudio del diario y su relación con la política." pretende presentar un aporte interpretativo de esta relación.

El análisis del diario, en este caso, se convierte en el foco central que permite iluminar un escenario más amplio. La elección del periódico *La Prensa* no es casual. Se eligió pensar la relación entre la prensa y la política a partir del que era el matutino más importante (con mayor tirada, con mayor cantidad de avisos publicitarios y con mayor intervención en los debates de la esfera pública) al momento en el que Perón accedió a la presidencia de la nación.

La hipótesis que sirve de marco general de la tesis de maestría es que el primer peronismo (1946-1955) desarrolló una idea sobre la política y sobre lo político que significó una ruptura respecto a las concepciones que tenía el mundo liberal, hegemónico en las décadas previas. Mientras que en los años anteriores eran muchos los que coincidían en la importancia del debate y del intercambio de argumentos en pos de la toma de decisiones, a partir del peronismo, en cambio, se impone como predominante la figura del conductor. Este conductor, en tanto encarnación del pueblo, también encarna la verdad, por lo que no precisa poner en discusión sus ideas. Estas dos formas contrapuestas de considerar el mundo político, una basada en la deliberación y otra que reconoce la centralidad en el conductor, están presentes en la tensión que propone pensar este trabajo.

En gran parte de la literatura existente, la relación entre Perón y la prensa ha sido explicada a partir de la categoría de autoritarismo. Mientras que algunos autores se ocuparon de adjudicarle este tipo de comportamiento al gobierno otros hicieron lo mismo respecto a los medios de comunicación. El camino elegido en esta tesis llevó a restarle centralidad a la idea de actitudes autoritarias para privilegiar, más bien, la posibilidad de mirar la relación entre el medio de comunicación y el gobierno. A partir de allí se analizó cómo se construyó esa relación, sin pensar en si se trataba de avasallamientos de uno sobre otro. De este modo, se optó por estudiar los vínculos entre ambos actores sin partir de ideas o categorías previas, analizando la forma de relacionarse en cada coyuntura en particular.

La investigación se inscribe en el campo de la historia política argentina del siglo XX. Desde esta perspectiva, se ha elegido definir al objeto de la tesis, el diario *La Prensa*, como a un actor político no partidario. Se reconoce al periódico como agente de socialización y también como narrador, comentarista y participante del conflicto político. En este último sentido, el trabajo discute la idea presentada por otros estudios en los que se plantea que importantes periódicos miran la política desde arriba, como una tribuna, sin intervenir en ella. El caso de *La Prensa* nos permite plantear que, si bien el diario se posiciona por encima del mundo político al decirle con comodidad a todo el resto de los actores cómo deberían actuar, no deja por eso de intervenir en la arena política. De hecho, consideramos que este es uno de los modos de hacer política que tiene un diario, al que hemos de denominar "rol pedagógico". Pero que tampoco es el único, ya que durante el período analizado hemos podido ver en numerosas ocasiones prácticas, intervenciones e interacciones con el mundo político que superan el lugar de enunciar el "deber ser".

A efectos narrativos, la tesis se centra en los momentos electorales. Esta decisión responde a la idea de que en los procesos de elecciones se producen escenarios muy ricos para cualquier análisis, ya que son estos los períodos de máxima condensación de la actividad política. De este modo, la investigación recorre las tres elecciones nacionales en las que convivieron el peronismo y el diario de la familia Paz: la presidencial de 1946, la legislativa de 1948 y la constituyente del mismo año.

A lo largo de la tesis se observa que *La Prensa* operó a través de dos modos de intervención. Por un lado, un rol pedagógico y formador de civilidad con tradición en el diario y, por el otro, la manifestación explícita por alguna opción en circunstancias electorales. Si bien estas dos formas son señaladas y, como se explica a continuación, se explicita que en determinadas coyunturas una se impuso sobre la otra, vale bien aclarar que ambas formas también lograron por momentos convivir.

El matutino consideró que en las elecciones de 1946 la ciudadanía decidía entre la democracia y el totalitarismo. De esta forma, al interpretar que la de 1946 no era una elección más, *La Prensa* complementó su rol de instructor de civilidad con un novedoso apoyo a una de las formulas en competencia

Las elecciones legislativas de 1948 mostraron que esta conjunción entre un rol pedagógico y una participación directa no fue la estrategia elegida por el diario durante todo el peronismo. En aquella coyuntura, *La Prensa* privilegió la información por encima de la opinión y no expresó que unos candidatos fueran mejores que otros.

En las elecciones constituyentes de 1948, las transformaciones que se deseaban introducir en la Constitución representaban para el diario un escenario en el que el futuro de la democracia estaba nuevamente en peligro. De este modo, *La Prensa* encontró nuevamente la forma de justificar que su rol educador fuera acompañado por una preferencia partidaria.

Durante todo el período, *La Prensa* planteó la defensa de determinadas ideas, que consideraba vitales y hasta constitutivas de la nacionalidad argentina. Cuando estas estaban en peligro, la mejor forma de participar en política era señalarle a la ciudadanía a quién votar. Así fue que la forma pedagógica de intervenir en política –tradicional en el diario- y una estrategia más directa se alternaron e incluso complementaron durante el período.